EL LABERINTO DE PIEDRA

JAVIER OLIVA

Grijalbo

Año 1563. En agradecimiento por la ayuda divina en la batalla de San Quintín, el rey Felipe II ordena alzar un edificio imponente que refleje la magnitud de su fe y su poder imperial. Una construcción que será a la vez monasterio, palacio y panteón real: San Lorenzo de El Escorial.

Una obra de tal envergadura conlleva un gran asentamiento de hombres, mujeres y frailes. Entre estos últimos se halla el enigmático postulante Tello del Saz. Aunque nadie de su entorno lo sabe, hubo un tiempo en que fue un soldado sin piedad, un sicario al que ahora preferiría olvidar. Su instinto, sin embargo, no se ha perdido, y enseguida despierta ante los extraños sucesos que observa a su alrededor.

Todo apunta a que una mano siniestra ronda por los pasillos del futuro monasterio, dejando una estela de cadáveres a su paso. Solo alguien como Tello del Saz puede desvelar la verdad antes de que sea demasiado tarde… Antes de que esas piedras puestas para alabar a Dios queden eternamente manchadas por la maldad de los hombres.

Con una prosa ágil y un dominio magistral de la trama, Javier Oliva nos ofrece una magnífica novela histórica, un fascinante viaje a la construcción de un edificio emblemático y a los secretos que la rodearon.

EL LABERINTO DE PIEDRA

JAVIER OLIVA

Grijalbo

2026, Javier Oliva
2026, Penguin Random House
2026, Album / Granger, NYC. El Escorial en construcción (1576), dibujo atribuido a Fabricio Castello, Hatfield House, colección lord Salisbury
2026, Album. Tomás López Enguídanos (Engraver), José Gómez de Navia (Drafstman), por la ilutración del inicio del libro
Cipriano Maré (Letter engraver) y Calcografía Nacional (The seller). «Vista general del Real Monasterio de
San Lorenzo de El Escorial desde el Alto del Romeral» (1800-1809), por la ilustración del final del libro
2026, Ricardo Sánchez, por los materiales gráficos del interior

Para todos aquellos que suelen padecer las consecuencias de convivir con quienes nos dedicamos a contar historias. El ahogo y la dicha son la cara y la cruz de una misma moneda, esa que vosotros y yo compartimos.

A Indiana, Julia y Olimpia, por constatar que tenemos la misma edad.

En recuerdo a los que no me vieron llegar y les hubiese gustado asistir

> Muchas son las cosas de que yo pudiera ahorrar en estos discursos, si todos entendieran las plantas, monteas y perfiles, y muchas me es fuerza á decir como puedo, que casi es imposible darlas á entender con la pluma, porque se tenga alguna noticia de ellas, y los que las ven adviertan lo que quizá no atinaron sin tener alguna lumbre.

FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA,
Historia Primitiva y Exacta del Monasterio del Escorial (Discurso XIV)

DRAMATIS PERSONAE

Tábano: rodelero de los tercios en Flandes
Pedro Saldaña: señor de Guijosa
Gregorio Atance: barón de Riosalido
Inés Atance: hija de Gregorio Atance, mujer de Pedro Saldaña
Francisco Atance: hijo de Gregorio Atance
Justino Velasco: comerciante de Cubillas y amigo de Francisco Atance
Tello del Saz (Tábano): postulante y ayudante de fray Antonio de Villacastín
Fray Julián de Tricio:[1] prior del convento de San Lorenzo el Real
Esteban Lizar: aparejador de herrería
Risco: perro de Tello del Saz
Gaspar: ayudante de Tello del Saz
Fray Antonio de Villacastín:[2] obrero mayor de las obras
Pascual Cascante: comerciante navarro de frutas y verduras
García de Quesada:[3] aparejador de carpintería
Remigio: albañil napolitano
Rodrigo Muñoz: maestro de cantería
Felipe II:* rey de España, promotor de la construcción del monasterio
Juan de Herrera:[4] arquitecto principal de las obras tras la muerte de Juan Bautista de Toledo
Ofelia: madre adoptiva de Gaspar, mesonera
Fernando de Castro: registrador de laborantes
Guzmán Martínez de la Osa: alférez de la guarnición de las obras
Don Gonzalo Ramírez:[5] Contador Real
Francisco Bajo: contador de las obras
Miguel de Almedilla: mercader de tapices
Ana: sobrina de Miguel de Almedilla

María: mesonera
Fernando Álvarez de Toledo:[6] duque de Alba, visitante de las obras
Constanza: dueña de la tasca
Hernando: aguador
Antón Ruiz:[7] aparejador principal de albañilería
Jerónimo Gili:[8] diseñador de carpintería
Munio: rufián de El Escorial
Fray José de Sigüenza:[9] bibliotecario del monasterio y cronista de las obras
Lucas Escalante:[10] aparejador de cantería
Pedro de Tolosa:[11] aparejador de cantería
Juan de Austria:[12] hermano de Felipe II, visitante de las obras
Agustín de La Hoya: apicultor
Fray Tomás: responsable de la cerería del convento
Sancho Patón: registrador principal de laborantes
Damián: soldado de la guarnición de las obras
Fray Miguel de Alaejos:[13] prior del convento sustituto de fray Julián de Tricio

PRIMERA PARTE

1

Tres por cabeza.

No era momento de acobardarse. Mucho menos de soltar bravuconadas. Si había algo cierto era que su inferioridad resultaba manifiesta y las palabras no servirían para reconducir la situación. Los dos españoles sabían que no habría mejor discurso que respirar hondo y lanzarse a destripar a esa media docena de protestantes franceses que les cercaban. La sangre correría sin remedio en cuanto las hojas de sus espadas roperas cortaran el aire en busca de los cuerpos de sus atacantes. Pero no iba a ser sencillo. De hecho, sonaba a imposible. Estaban en minoría. Tocaban a tres por cabeza.

Tábano y Pedro Saldaña se dieron la espalda para acometer con más garantías su defensa y comenzaron a girar sobre sí mismos dispuestos a repeler el ataque. Cada uno tenía enfrente a tres hombres blandiendo sus armas en actitud hostil. Los músculos permanecían tensos, duros; los ojos, vivos, vigilantes.

Mientras esperaba una furiosa carga contra ellos, Tábano pensaba que le hubiera gustado morir luchando en una gran batalla y no en una escaramuza en aquella aldea del sur de Francia, tan lejos de su Castilla natal. En un parpadeo recordó que llevaba lejos de su hogar demasiado tiempo, casi media vida, y eso que tan solo contaba veintidós años. Pronto se cumplirían diez desde que se escapó de su pueblo junto a otros muchachos mayores que él para unirse a una de las compañías del Tercio de Milán. En ella fue aceptado como mochilero porque era muy joven para luchar como soldado. No tardó en presenciar su primera batalla, una celebrada victoria de los españoles sobre el ejército francés en la ciudad de San Quintín aquel lejano 10 de agosto de 1557. En ese tercio sirvió varios años más, siempre en la retaguardia llevando pertrechos, consiguiendo comida, limpiando armas y rellenando los *apóstoles* con pólvora para que los

arcabuceros continuaran siendo los más letales de la guerra.

—Vuestro camino ha llegado a su final.

La bravata la había escupido uno de los seis atacantes en un mísero castellano.

—Moriréis del mismo modo horrible en el que vosotros, los católicos, asesináis todos los días a muchos de nuestros compatriotas —dijo otro.

—¿Compatriotas? ¡Ja! Protestantes calvinistas, hugonotes al fin y al cabo. Matar a un hereje no es ningún crimen, sino dar cumplida cuenta de los designios de Nuestro Señor —objetó Pedro Saldaña con media sonrisa nerviosa—. Deberíais envainar vuestras armas y dejarnos marchar —les aconsejó a la vez que apretaba su espalda contra la de Tábano.

—No permitiremos que escapéis para dar aviso a vuestras tropas de lo ocurrido en Nimes —advirtió iracundo un tercero. Hacía dos días que una multitud de hugonotes se habían amotinado en aquella ciudad francesa y habían ajusticiado en los jardines del palacio episcopal a un centenar de personas entre notables, religiosos y militares—. Vuestro fanatismo católico termina aquí. Añadiremos dos cadáveres más a los que ya reposan en el pozo del difunto *monseñor* —les amenazó con afilada ironía.

A Tábano no le asustaba sentir los latidos del corazón en sus oídos. Se había acostumbrado a ello. Ni siquiera los estallidos de los arcabuces lograban atenuarlos cuando las tropas entraban en batalla.

Los seis franceses les habían abordado en la plaza de Bernis, una pequeña aldea a la salida de Nimes. Su aspecto de extranjeros había provocado que los atacantes echaran mano a la empuñadura de sus espadas en cuanto les escucharon hablar en castellano. Tábano se había visto antes en otras situaciones parecidas, ya fuera entre rugidos de soldados enemigos o maldiciones de borrachos de taberna. Era muy joven, pero tenía el alma curtida y su corpulencia bastaba para enfrentarse a cualquier amenaza con garantías de superarla. En cualquier caso, nunca se había encontrado en tan franca desventaja.

Echó un rápido vistazo a su alrededor. Los pocos aldeanos que

había en la plaza no daban crédito a lo que estaba ocurriendo en su apacible pueblecito esa tarde de otoño. Seis de sus paisanos venidos desde Nimes habían acorralado a dos españoles y pretendían darles muerte de la misma forma en que los católicos procedían desde hacía tiempo contra los hugonotes con los que se topaban en la región. De hecho, ser sospechoso de simpatizar con las ideas de Calvino era suficiente excusa para que un católico procediera a humillarlo, apalizarlo y hasta quitarle la vida. No solo se trataba de imponer sus creencias. ¡Era todo un acto de venganza!

El círculo formado por los franceses se iba estrechando en torno a los dos españoles, que no dejaban de agitar sus espadas para mantener la distancia.

—Nos abrimos paso y, a partir de ahí, sálvese quien pueda —murmuró Pedro Saldaña, que resultaba tan diestro como el rodelero a la hora de batirse con el enemigo.

Tábano sabía de la mucha habilidad del hidalgo con la espada porque jamás había rehuido un combate, pero era tal el empeño de aquel hombre en alcanzar un título dentro de la nobleza española que a menudo le podía la impaciencia sin importarle los riesgos que asumía. Eso le había supuesto al soldado tener que defenderle a costa de su propio pellejo, aunque en alguna ocasión no hubiese podido evitar que sufriera algunas heridas. Él no solo era más joven, más alto y más fuerte que Pedro Saldaña, sino que además solía hacer uso de la prudencia, aunque no por ello le faltaran arrestos para plantarle cara al peligro.

—Buscaremos ventaja, pero no tratéis de huir —le avisó Tábano —. Estos locos son capaces de abriros un tajo en la espalda. Encontrad una pared que os cubra —masculló.

Adoptaron una posición de combate y, tras un brevísimo intercambio de miradas, los dos dieron a un tiempo un paso al frente, luego otro atrás y dos nuevamente adelante. Aquel ballet fue acompañado de ataques de espada con movimientos rápidos y precisos, y Tábano abatió a su primer francés antes de que este agitara su arma para defenderse.

Demasiado torpe, pensó. No había sido rival para él. De hecho, pocos podían serlo dada su destreza con el acero. Aquella facilidad

para deshacerse de un enemigo comenzaba a ser habitual. No obstante, era consciente de que no podía confiarse. Había visto morir a demasiados hombres considerados héroes.

Algo similar le había ocurrido a Pedro Saldaña. Tras herir de muerte a uno de sus atacantes, de inmediato se había enfrentado a los otros dos sin buscar una tapia como le había aconsejado su escolta. Al primero le hizo retroceder y, en tanto recuperaba la posición, la emprendió contra el otro para obligarle a caminar hacia atrás. Una vez consiguió que se trastabillara, le dejó como recuerdo un profundo corte en el antebrazo.

Para entonces, Tábano había traspasado de lado a lado el estómago de otro de sus contrincantes. El último lanzó dos estocadas al aire y huyó a la carrera. Viéndose libre de amenazas, el joven se acercó a Pedro Saldaña, quien aún luchaba con su tercer enemigo mientras el segundo también emprendía la retirada taponándose la herida con la mano.

Sin cruzar palabra, se unió a la pelea y, en tres precisos golpes, clavó su acero en la garganta del francés.

—No voy a aplaudirte —se quejó Pedro Saldaña viendo cómo el cuerpo sin vida se desmadejaba sobre la tierra de la plaza—. Solicité al capitán tu compañía durante el viaje de regreso a mi hogar para que me protegieras, no para que hicieras méritos por mí. La próxima vez…

—Mi obligación es procurar que no haya una próxima vez. No quiero que os vuelvan a herir en combate —le interrumpió Tábano devolviendo su espada a la vaina de cuero.

No había terminado de hacerlo cuando un estallido resonó en los edificios de la plaza. El bolazo de plomo silbó junto a su cabeza y fue a estrellarse contra uno de los sillares de la vieja iglesia. Cuando se giró para ver el lugar de donde provenía el disparo, observó cómo el hugonote que había huido sin hacerle frente lanzaba un arcabucillo al suelo y sacaba otro que llevaba sujeto al calzón. Tábano sabía que si se daba prisa y saltaba sobre él, no le daría tiempo a realizar un segundo disparo. Así que se acercó dando grandes zancadas mientras desenfundaba de nuevo su espada. Sin embargo, pronto advirtió que había cometido un error de cálculo y era demasiado

tarde para enmendarlo. El francés había logrado preparar su arma aunque, al apretar el gatillo, nada sucedió. No tardó más que un instante en dejarla caer y levantar las manos en señal de rendición.

—La suerte no está de tu lado esta mañana —le dijo Tábano justo antes de atravesar su corazón con un solo movimiento certero—. No hay perdón para traidores ni para cobardes —sentenció mientras extraía la hoja de su pecho.

—Tampoco para los herejes —completó Pedro Saldaña.

Los dos vieron cómo el hombre caía de rodillas y se desplomaba en el suelo.

—No hay tiempo que perder. Salgamos de aquí antes de que se corra la voz —remató Tábano robándole los dos arcabucillos al francés.

2

Casi un mes emplearon en llegar desde Bernis hasta Guijosa, un pueblecito próximo a la ciudad castellana de Sigüenza. La aparición inesperada de Pedro Saldaña fue motivo de júbilo para los dos centenares de vecinos que lo habitaban, pero sobre todo para su esposa Inés. La noticia del regreso de su marido la sorprendió en el pequeño castillo que su familia poseía a la entrada de la población. En cuanto supo de su llegada, la joven abandonó a la carrera la residencia paterna para reunirse con él.

Don Gregorio Atance, padre de Inés y, a la sazón, suegro de Pedro Saldaña, ostentaba la baronía de Riosalido, distinción que le fue concedida a su bisabuelo por Enrique IV de Castilla hacía casi un siglo, decían que allá por 1474. El viejo noble mantenía su distinguida posición cultivando contactos con otras familias de alta alcurnia, tanto en la cercana Sigüenza como en ciudades más lejanas como Guadalajara o Torrelaguna. Sus tejemanejes le proporcionaban un aura de persona influyente y le henchían de una vanidad desmedida que, de puro exagerada, era percibida como desprecio por sus vecinos. Haber transformado el antiguo y austero castillo familiar en una residencia con aires palaciegos no hacía sino engordar aquella actitud de suficiencia que era tragada con grandes dosis de sumisión por los habitantes del pueblo.

La tarde en que Pedro Saldaña regresó a Guijosa hubo una gran celebración de bienvenida, pero no se realizó en la fortaleza, sino en la casa solariega de la familia Saldaña. Inés se desvivió por conseguir las mejores viandas de la comarca para agasajar a su marido. También se ocupó de acomodar a Tábano en una de las habitaciones que daban al patio principal y que no le faltara de nada.

No fue hasta el día siguiente cuando, acompañado de su mujer y

de Tábano, Pedro Saldaña fue a presentar sus respetos a don Gregorio Atance. Una sirvienta los condujo hasta el gran salón de la fortaleza donde las llamas crepitaban en dos chimeneas gemelas. Allí el soldado conoció al barón y a su hijo Francisco Atance, el único hermano de Inés. A Tábano apenas le llevó un minuto advertir que, si bien la fama de hombre pomposo que recaía sobre el noble era notoria a juzgar por lo que estaba presenciando en aquella recepción, la actitud arrogante de Francisco superaba con creces la de su padre. Aun así, Pedro Saldaña aguantó con paciencia los desvaríos de grandeza de uno y otro para, a continuación, enseñarles con orgullo la misiva del capitán del Tercio de Lombardía en la que se reconocían su mérito y su valor en campaña.

—Y como podréis leer, si tenéis a bien tomar esta carta, finalmente se ha propuesto a la Corona que sea nombrado señor de Guijosa.

—Es una magnífica noticia —concedió desdeñoso don Gregorio sin mostrar interés alguno en querer coger el escrito. Apenas mediada la cincuentena, se trataba de un hombre de cuerpo ancho al que el buen comer y el poco ejercicio habían redondeado allá por donde se le mirara. Tanto le abundaban las carnes que las mejillas le temblaban cuando hablaba.

El de Guijosa no se amilanó ante la parquedad de su suegro.

—Por ello, también he solicitado ser admitido en la Orden de Santiago.

—Ya lo hiciste una vez y te fue denegado. No sé por qué ahora tendría que considerarse una respuesta distinta —le recordó al punto Francisco, que había cumplido los veintitrés. De cabellos negros y barba cuidada, lucía buenas ropas y anillos en sus dedos. Al contrario que a su padre, no se le apreciaban grasas por ninguna parte.

Pedro Saldaña soportó con aplomo la insolencia.

—Te recuerdo que voy a ser nombrado señor de Guijosa por Su Majestad. Quizá mi hidalguía no fuera hasta hoy de suficiente valía para la Orden. Pero, a partir de ahora, mis méritos de guerra y un señorío serán un respaldo a la hora de considerar mi solicitud.

Aquella recepción en el castillo de los Atance reveló a Tábano muchos aspectos que marcaban la vida cotidiana en la pequeña

población. El primero fue el bajo aprecio que el barón de Riosalido y su hijo Francisco sentían por Pedro Saldaña. El segundo era la manera tan notoria —y ciertamente orgullosa— en la que Inés mostraba un inmenso y profundo amor por su marido. Desde que había aparecido en Guijosa, la mujer no se había separado de él ni un instante. Tampoco se la había visto avalar, ni siquiera con un gesto, las ofensas y las amenazas veladas que padre e hijo arrojaban sobre él. Como esposa modelo, se limitaba a ser discreta y guardar silencio. Con todo, a Tábano le resultó llamativo que suegro y yerno no se entendieran en absoluto cuando lo acostumbrado era que, tras acordarlo entre ambos, el padre le hubiese concedido la mano de su hija sin tan siquiera consultarlo con ella. Esa relación debía de encerrar algún extraño motivo para que, a todas luces, reflejara el mundo al revés. Fuera como fuese, no era asunto suyo.

Lo que no tenía misterio alguno era el encanto de Inés Atance. Algo mayor que Tábano, poseía una belleza casi insultante para cualquiera que tuviera la fortuna de disfrutar de su presencia. No había en toda la comarca una mujer que reuniera para sí tantos y tan buenos atributos de hermosura: rostro agraciado de rasgos suaves, piel fina y adornada con alguna peca traviesa, ojos de color miel que mantenían una mirada limpia y cálida, y cabellos del color de la paja mojada. Pero lo que más atraía a Tábano de Inés era su manera de hablar, su voz, su entonación ligeramente cantarina y melosa a un tiempo, como si sus dulces palabras acunaran los oídos de quien las escuchaba.

Durante aquellos días de otoño de 1567, Tábano ocupó gran parte de su tiempo en acompañar a Pedro Saldaña. Cuando salía a la calle, el hidalgo se pavoneaba delante de sus vecinos relatando sus aventuras en Flandes, alardes que eran recibidos con asombro aunque, al igual que ocurría con el barón de Riosalido, no produjeran demasiada admiración. Lo que percibía el joven escolta era cierto hartazgo ante los desvaríos de uno y otro. Guijosa era un corral demasiado pequeño para dos gallos con tantas ínfulas de poder. Tomar partido por uno suponía quedar proscrito para el otro. Por lo tanto, cuando el barón o el futuro señor salían de su madriguera, la mayoría se limitaba a hacer muecas de sorpresa y de

respeto para ocultar su aburrimiento e indiferencia.

La vida monótona en el pueblo solo se rompía cuando Pedro Saldaña ensillaba su caballo para trasladarse, junto a su esposa y a Tábano, a lugares cercanos como Atienza, Molina de Aragón o Jadraque, pero sobre todo a Sigüenza. Allí era recibido por alguna de las muchas personalidades que residían en la ciudad. Mientras el futuro señor de Guijosa se esmeraba en incrementar sus opciones de llegar a ser caballero —y de ese modo conseguir el equilibrio entre su familia y la de Atance—, su hombre de confianza disfrutaba haciendo compañía a la joven Inés. Así que no era extraño verlos pasear por las calles en animada conversación hasta que Pedro Saldaña daba por terminada la visita y regresaba exultante junto a ellos convencido de que ingresaría en la Orden. Tanto era así que, en uno de sus arrebatos de euforia, encargó a un herrero seguntino que forjara un enrejado para el balcón principal de su casa y situara una cruz de Santiago en el mismo centro.

Sin embargo, a Pedro Saldaña no le dio tiempo a verlo terminado. El edicto que Felipe II había promulgado a comienzos de ese mismo año para el control de los moriscos en Granada estaba provocando grandes disturbios en aquel reino. La nueva ley les prohibía practicar cualquier rito o ceremonia de culto, hablar su lengua e incluso utilizar sus vestidos. Como era de suponer, los afectados no acataron las limitaciones impuestas desde Madrid y las refriegas comenzaron a sucederse con frecuencia. No tardaron en llegar noticias que anunciaban que una compañía del Tercio de Lombardía había abandonado Milán y se desplazaba con urgencia a las Alpujarras con el fin de apoyar a las tropas allí destacadas. Pedro Saldaña vio en ello una magnífica oportunidad para continuar engrosando sus méritos. Junto a Tábano, emprendió viaje hacia el sur y, una vez allí, ambos fueron admitidos como rodeleros en la compañía que acababa de asentarse.

La situación en la región era alarmante. Desde hacía muchos meses, los moriscos se dedicaban a asesinar cristianos al tiempo que destruían sus templos. Por su parte, las tropas reales se habían

limitado a realizar incursiones en las poblaciones rebeldes para practicar algún castigo ejemplar pero poco eficiente y, sobre todo, apresar a mujeres y niños para venderlos luego en los mercados de esclavos. La avaricia de los cristianos, mezclada con cierta desidia, provocaba una situación de toma y daca que, en verdad, solo perjudicaba a la Corona.

Tras dos años intentando apagar los rescoldos de aquella rebelión, la llegada a Granada de don Juan de Austria en enero de 1570 impuso el orden entre las huestes cristianas. El hermano del rey trajo consigo un verdadero ejército compuesto en su mayoría por veteranos que, lentamente pero sin descanso, fue asegurando la paz en la región. En pocos meses logró el control de cada camino, monte y pueblo. A medida que se iban recuperando territorios, la Corona decidió expulsar a los moriscos a tierras de Castilla.

La disciplina, la entrega y la dedicación de Pedro Saldaña en esas misiones fueron tan encomiables que no tardó en brotar entre los militares su fama de hombre honorable. En paralelo, la figura de Tábano se alzó tras la de su señor revelándose como excelente consejero, ingenioso estratega en la lucha contra los moriscos y, sobre todo, un guerrero valiente y un maestro con el acero. Sin embargo, había algo que el soldado ocultaba al hombre a quien servía. Por las noches, cuando se acostaba, el rostro dulce de Inés aparecía en su mente iluminando la oscuridad e impidiéndole conciliar el sueño.

Cuando el ambiente belicoso languideció en las Alpujarras, Juan de Austria mandó llamar al señor de Guijosa y a su escolta. El hermano de Felipe II los recibió mientras visitaba las obras del palacio que su padre había ordenado levantar junto a la Alhambra hacía casi medio siglo.

—Mis obligaciones aquí han finalizado —les anunció—. El rey me ha ordenado bajarle los humos al turco temiendo que, si no se le hace frente con prontitud, termine por invadir toda Europa. No va a ser empresa fácil. Para ello voy a contar con una magnífica flota a la que se unirán el Tercio Viejo de Nápoles y el Tercio Viejo de Sicilia. Pronto partiré hacia el Mediterráneo y, sin duda, me vendrían bien hombres como vosotros.

Si Pedro Saldaña no le hubiese sujetado por el brazo, Tábano habría dado un paso al frente sin dudarlo. Su ímpetu era de difícil doma cuando se le ofrecía luchar para mayor gloria del Imperio. Contaba ya veinticinco años.

—Nada nos agradaría más —mintió el señor de Guijosa—, pero debemos regresar a Flandes e integrarnos en alguna de las compañías del Tercio de Lombardía. Como a buen seguro seréis conocedor, yo desempeñaba allí labores de aprovisionamiento hasta que fui herido en combate y me vi obligado a regresar a Guijosa para recuperarme. Ahora debo volver para continuar con mi labor, por Dios y por nuestro rey.

Don Juan torció el gesto, contrariado.

—Os honra vuestra dedicación y vuestro celo, pero os ruego toméis en consideración mi demanda antes de partir hacia allá —respondió esperando que su mero deseo fuera suficiente para anular sus reticencias.

Sin embargo, Pedro Saldaña no tenía intención de arriesgar su pellejo más veces de las necesarias. Consideraba que haber contribuido a pacificar las Alpujarras bastaba como remate para culminar sus aspiraciones. Deseaba volver a Guijosa y partir desde su casona hacia Flandes. Allí se mantendría a salvo en la retaguardia realizando aquellos trabajos que tan bien ejercía como conseguidor de víveres, pertrechos y armamento para las tropas. Tenía decidido quedarse hasta que le llegara la noticia de su admisión en la Orden de Santiago.

Aquella fue la razón por la que no se demoraron demasiado en abandonar Granada y tomar el camino de regreso a Castilla.

—Me has resultado de gran ayuda, amigo mío. Ahora más que nunca te quiero junto a mí —le dijo el de Guijosa a Tábano a los pocos días de iniciar el viaje—. Y como muestra de mi agradecimiento y confianza, haremos un alto en el camino para visitar a Alonso de Sahagún, uno de los mejores espaderos de Toledo y del que me han hablado maravillas.

Fue en aquella ciudad donde Pedro Saldaña hizo entrega a Tábano de una espada ropera de excelente forja, hoja recta de doble filo labrada en su base, empuñadura con pomo esférico, guarnecida de

gavilanes y rematada por dos pequeñas cazoletas. Una verdadera obra de arte que no tenía nada que envidiar a la daga de vela que adquirió a la par y cuyo guardamano tenía grabados los mismos adornos y filigranas que la espada.

—Tu servicio en Granada ha sido sobresaliente —le dijo cuando le entregó las armas—. Sin tu ayuda y la seguridad que siento al saberme protegido, mi nombre jamás habría llegado a oídos de don Juan.

—No hago más que cumplir con la obligación que me habéis encomendado.

—Lo sé, y con tu actitud y tu valor demuestras que, más que cubrirme las espaldas, eres un buen amigo. Jamás pones en tela de juicio mis órdenes por muy desaprensivas que, a buen seguro, alguna vez te hayan parecido.

—Provenís de familia hidalga, ahora sois señor y pronto caballero. Yo no dejo de ser un simple soldado. Vuestros conocimientos son más amplios y profundos que los míos —concluyó Tábano—. Me debo a vos.

De vuelta en Guijosa, los cacareos que Pedro Saldaña exhibía delante de su suegro y su cuñado se repitieron cuando cantaba las cruciales labores que había desempeñado durante tres años en las Alpujarras. Al noble también le interesaba verse con algunas personalidades de la región y comentar los avatares de la pacificación del Reino de Granada, así como su breve entrevista con don Juan de Austria. Mientras el señor se esmeraba en divulgar sus logros, Tábano se ocupaba de dar conversación a Inés. Era aquella una obligación gratificante y a la vez dolorosa: tantas veces recordada durante las noches granadinas, ahora la imponente presencia de la dama se filtraba a través de su piel hasta calarle muy adentro. Cuando advirtió que no conseguía dejar de pensar en todo momento en la esposa de quien le pagaba para protegerle, decidió apremiar a Pedro Saldaña para partir hacia Flandes. Atrás quedaría la tentación de la carne, pero, sobre todo, el aroma de un amor que estaba naciendo en su corazón y que en ningún caso podría ser

correspondido. Además, se sentía incapaz de traicionar a su señor arrebatándole la esposa, menos aún cuando ella no perdía oportunidad de mostrar la pasión que profesaba a su marido. De hecho, tan solo imaginarse junto a la joven le resultaba del todo inverosímil pues sabía que no era digno de ella. Inés jamás se fijaría en un hombre embrutecido por tantos años de desarraigo y siempre a merced de un destino impredecible y caprichoso. Así era en verdad. Él no dejaba de ser un simple mochilero que se había convertido en soldado, alguien que había matado sin piedad y sin remordimientos. Hasta que la había conocido, lo único que sabía de las mujeres era lo que le enseñaban las lavanderas que seguían a las compañías de los tercios, mujeres de todas las edades que no solo lavaban la ropa a los soldados, sino que también les hacían olvidar sus penas con palabras y caricias pagadas con unos pocos maravedíes.

En un principio, Pedro Saldaña no entendió muy bien la urgencia de su escolta por ir a Flandes. Pero poco después, cuando recibió la noticia de una segunda negativa a su ingreso en la Orden de Santiago, fue él mismo a quien le urgió salir de allí antes de que los Atance hicieran una comedia de su fracaso. De todos modos, su reacción llegaba tarde. El barón de Riosalido ya era conocedor de aquella suculenta información y no tardó en dejarse caer por la casona con la excusa de hacerle una visita a Inés y así regodearse en la desgracia de su yerno de manera perversa, casi cruel.

El alma del señor de Guijosa comenzó a hervir aquella tarde y así continuó durante el año siguiente. El largo viaje hasta Flandes no sirvió para atenuar la vergüenza sufrida ni la ira que crecía en su interior. Tampoco el transcurrir de los días tan alejado de Castilla hizo que olvidara la humillación a la que los Atance le habían sometido. Tábano le animaba asegurándole que las circunstancias que se vivían en las batallas que asolaban aquellas tierras eran las más adecuadas para que su obsesión se desligara de sus infortunios.

—No digo que sigáis mi consejo, pero aquí se viven tiempos tan salvajes que resultan muy oportunos para perder la fe, e incluso la cordura.

Y es que Flandes se estaba convirtiendo poco a poco en la cepa

de una infección incurable. Los levantamientos populares se multiplicaban aquí y allá como las pústulas de la peste. En contra de lo que Felipe II tenía ya planeado, el duque de Alba había tenido que prolongar su gobierno en el territorio para apaciguar los ímpetus de aquellos que, comandados por Guillermo de Orange, ansiaban la independencia de España. Sus tropas no cesaban de hostigar a los destacamentos españoles y de conquistar poblaciones que, posteriormente y no sin esfuerzo, eran recuperadas. La entrada en combate, que para cualquier soldado formaba parte de un empleo digno y peligroso, para Pedro Saldaña comenzó a significar una purga de sus recuerdos y sus frustraciones. El señor de Guijosa argumentaba que se debía a su rey y a su Dios. Sin embargo, lo que en realidad necesitaba era demostrar al barón de Riosalido que podía alcanzar iguales méritos, ¡¡incluso la gloria!! Tan rabioso estaba que, en no pocas ocasiones, tomó la iniciativa y se adentró en territorios hostiles en busca de huestes rebeldes. Tábano admiraba la valentía y la determinación de su señor para frenar y aniquilar a sus enemigos participando en cuantas acciones bélicas se le presentaran. El escolta jamás le dejó solo por muy enajenado que se mostrara. Siempre le acompañó y, en algún momento, tuvo que cubrirle las espaldas olvidándose él de guerrear.

A medida que las batallas se sucedían y se reconquistaban territorios, los espías del duque de Alba descubrieron que los rebeldes bajo las órdenes del de Orange eran ayudados de manera clandestina por Gaspar de Coligny, noble francés y destacado dirigente hugonote. Aquel hereje protestante proporcionaba armas y dinero a los de Orange con la intención de forzar al rey francés Carlos IX a que rompiera sus vínculos de simpatía con España. De esa manera, Flandes quedaría un poco más aislada y eso beneficiaría tanto a los orangistas como a los hugonotes.

Nadie supo con certeza cómo Pedro Saldaña y su inseparable Tábano terminaron en presencia del duque de Alba una mañana de la primavera de 1572. Quizá fue por la insistencia del maestre del tercio en proporcionarle dos inteligentes y valerosos guerreros. O también pudo deberse a un consejo directo de don Juan de Austria, de quien ya se decía que podía acabar en Flandes como gobernador

después de su gran victoria en la batalla de Lepanto seis meses antes. En cualquier caso, Tábano y el señor de Guijosa recibieron instrucciones secretas y precisas para desplazarse a París. Allí contactarían con un grupo de católicos franceses que decían actuar en nombre de su rey.

A los pocos días de llegar a la capital francesa, el conde de Coligny recibió un disparo de arcabuz que le destrozó el brazo izquierdo. Aquel atentado sublevó a los hugonotes que malvivían en París. Tras congregarse frente a las puertas del palacio del Louvre, lanzaron soflamas amenazando con pasar por las armas al rey, a la reina madre y a todos los nobles católicos que alentaban la segregación de los hugonotes en la ciudad. Lejos de amilanarse, Carlos IX ordenó disolver a los alborotadores y capturar a los cabecillas protestantes, unas indicaciones algo confusas que provocaron que los soldados hicieran de su capa un sayo y se extralimitaran al cumplir las órdenes del monarca a base de pólvora y acero. Rápidamente, la violencia se extendió a las calles. En pocas horas, las milicias urbanas asesinaron impunemente a cuanto protestante encontraron, lo cual no resultó complicado pues solían vestir de negro y se les identificaba con facilidad.

No tardó Pedro Saldaña en sumarse a aquellos católicos enloquecidos y manchar de sangre su espada. La turba estaba tan enardecida que Tábano ejecutó las órdenes que le daba el señor de Guijosa sin pestañear, matando a quien le pedía o a aquellos con los que se topaba. Para el joven, volvían a ser tiempos de guerra aunque el enemigo estuviese vencido y muchas veces desarmado. Durante los tres días que duró la matanza de hugonotes en París, el escolta arrebató vidas sin descanso hasta que los ánimos se serenaron. Pedro Saldaña trató entonces de trasladarse a otras ciudades como Ruan, Orleans o Burdeos, donde el exterminio de hugonotes había comenzado. Sin embargo, Tábano logró convencerle de que aquella era una guerra de religión entre franceses y, por mucho que al señor de Guijosa le gustara matar herejes, podría hacer lo mismo por su país y su rey regresando a Flandes y defendiendo el territorio de ataques orangistas. Aun así, le costó varios días conseguir que entrara en razón.

3

Tábano y Pedro Saldaña regresaron a Guijosa a finales del verano de 1572. Al noble le extrañó que su casona estuviese deshabitada. El portón permanecía bajo cerrojo y nadie había acudido a abrir cuando llamaron. Que Inés hubiese salido de la vivienda no era extraño pues solía visitar con asiduidad a su familia y a sus amistades. Pero que no estuvieran la cocinera ni las dos sirvientas resultaba preocupante.

Tábano le hizo notar que la fachada estaba descuidada, al igual que las caballerizas y la entrada al patio.

—Hace tiempo que aquí no vive nadie. Al menos, un par de años —sentenció al observar algunos hierbajos que crecían entre las junturas de los sillares y alrededor de las baldosas que perfilaban el edificio.

Se disponían a acudir a la pequeña iglesia para preguntar al párroco por el paradero de Inés cuando un vecino les descubrió que la joven hacía dos inviernos que se había trasladado a vivir al castillo de los Atance. Las mujeres que trabajaban en la casa se habían ido con ella y ahora prestaban sus servicios al barón de Riosalido.

—Poco más podemos hacer hoy. Vayamos a la posada y pasemos allí la noche —propuso Tábano viendo que el sol comenzaba a ocultarse tras un otero cercano—. Y tú cierra la boca hasta mañana —le ordenó al vecino antes de tirar de las riendas de su caballo—. Nadie tiene por qué enterarse de que ya estamos aquí.

No duró demasiado su descanso. Apenas había llegado el alba cuando los dos hombres ya estaban frente a las puertas de la pequeña fortaleza. Se trataba de un edificio cuadrado con torreones circulares en sus esquinas. Las estancias se repartían en dos de sus gruesas fachadas, así como en una robusta torre de tres alturas situada en el centro del patio.

En cuanto uno de los sirvientes les abrió el portalón de entrada, Pedro Saldaña comenzó a llamar a voces a Inés. La joven no tardó en asomarse bajo uno de los pocos arcos que se abrían en la torre para volver a desaparecer de inmediato. Tábano apenas logró vislumbrar su silueta y tuvo que reprimirse para no gritar el nombre de la dama delante de su marido. Tal era su impaciencia por verla.

El señor de Guijosa se dirigió entonces hacia la escalera que conducía a las habitaciones, pero Francisco Atance le cortó el paso.

—¡Bienvenidos! —forzó un saludo el hijo del barón.

—Hazte a un lado y déjame ver a mi mujer —le increpó Saldaña.

Pero el otro no se movió.

—Inés bajará cuando se haya vestido de manera adecuada para salir de sus aposentos. Entretanto, ¿por qué no vienes a presentarle tus respetos al barón? Mi padre está deseando verte.

A Tábano no le gustó el tono del primogénito de los Atance. Si de él hubiese dependido, se habría ahorrado continuar con la visita. Tantos años flirteando con el peligro habían hecho que se le espabilaran los sentidos alertándole de una amenaza que no veía pero que sabía que estaba latente. Era puro instinto. Así que, cuando penetraron en las estancias para reunirse con el barón de Riosalido, llevaba la mano izquierda agarrada al cuero de la vaina de su espada por si había que desenfundarla con presteza.

Sin embargo, no halló razón para ello. Don Gregorio Atance los recibió sentado a la mesa mientras daba cuenta de un abundante desayuno. Su menosprecio se hizo evidente cuando, sin levantar los ojos del plato, les indicó con un ademán que tomaran asiento.

—¡Quiero ver a Inés! —ladró el de Guijosa frente al noble haciendo oídos sordos al ofrecimiento.

El barón insistió con un gesto más acusado de su mano. Tábano avanzó unos pasos y cruzó una mirada con su señor animándole a que aceptara la invitación. Era preferible comenzar con buen pie aquel parlamento, aunque más bien pareciera un acto de sumisión. De cualquier modo, no tenía nada que perder pues, de torcerse las cosas, él estaría siempre preparado para ayudarle.

—Inés bajará en unos minutos. Dale tiempo para que esté presentable —habló el barón después de beber de su copa—. Ya

sabes que mi hija te ama demasiado; con desmesura, diría yo. Incluso más que a su hermano ¡y que a mí mismo!

Francisco Atance había entrado en el salón e hizo amago de acercarse a la mesa. Antes de que pudiera llegar, Tábano dio dos zancadas para imponer su presencia de recio soldado al hijo del noble. Este se detuvo de inmediato.

—Que te profese tanto amor no es motivo suficiente para que mi hija viva en soledad tus ausencias —continuó el barón—, sobre todo cuando estas han sido largas y se han repetido en el tiempo demasiadas veces.

—Me debo a mi rey —arguyó Pedro Saldaña.

—¡Bobadas! Tu rey ni te conoce ni te tiene la más mínima consideración —atacó don Gregorio, y por tercera vez reiteró el gesto de invitarles a la mesa.

Tábano seguía convertido en piedra tras su señor, quien se limitó a sentarse a cierta distancia del barón. Luego tomó un muslo de capón de una bandeja y esperó a que su suegro prosiguiera.

—Aparte de conseguir distinciones, ciertamente no sé cuáles son tus propósitos. He hecho cuentas, Pedro, y llevas casi siete años lejos de aquí. Tan solo has permanecido en casa dos cortas temporadas. Milán, Flandes, Granada, de nuevo Flandes… Tú andas recorriendo Europa y aquí queda Inés, sola, triste y humillada ante todo el pueblo porque su marido se pasa la vida fuera y luego regresa sin recompensa alguna.

—¡Lo que decís es del todo absurdo! Insisto en que me debo a mi rey.

—Pues deberás esmerarte mucho más, ya que no dejas de ser un hidalgo que ha logrado un señorío en extrañas circunstancias.

—¿Extrañas? Me jugué la vida en Flandes para conseguirlo.

—¿Apañar víveres, enseres y ropajes es jugarse la vida? Siempre has ido cerrando el movimiento de las tropas con los mochileros, los cobardes y todas esas rameras… —se burló Francisco.

Pedro Saldaña golpeó la mesa con furia.

—Luché, maté y puse mi vida en juego para que Inés tuviera un marido del que sentirse orgullosa, alguien con notoriedad y títulos por méritos propios. Hay otros, y bien lo sabéis vos, barón, que los

han heredado, y eso no demuestra valor, sino tener ancha la bolsa —contraatacó con cierto desprecio.

Francisco avanzó un paso más hacia la mesa. Al verlo, Tábano extrajo de la vaina una cuarta de su acero, lo que hizo que el vástago se lo pensara mejor y se detuviera.

—En Granada fui llamado por el mismísimo don Juan. Y antes de regresar aquí, fue el duque de Alba quien se interesó por mí. He estado al servicio de dos grandes hombres, ¡dos-grandes-hombres! —repitió remarcando las palabras con orgullo—. Sabed además que, de camino a Guijosa, he solicitado por tercera vez mi ingreso en la Orden de Santiago. Ahora no podrán rechazarme.

Don Gregorio sonrió con gesto escéptico.

—Lo creeré cuando te vea la cruz roja bordada en el pecho. Entretanto, cuida de mi hija. ¡Y hónrala!, porque ella siempre estará por encima de ti. Recuerda que Inés pertenece a una familia de buen nombre, con títulos y vastas propiedades. Ya sé que eso no te importa porque, cuando yo muera, todas irán a parar a mi primogénito. Las verás pasar por delante de tus narices sin olerlas siquiera. Y en el caso de que faltara Francisco, sería ella quien las heredase, no tú.

Ahí su hijo vio el hueco para volver a intervenir.

—Por lo tanto, las posesiones de los Atance nunca serán del patético señor de Guijosa —redondeó con malicia.

Pedro Saldaña se levantó y dirigió sus pasos de nuevo hacia el patio. Antes de que terminara de atravesar el salón, Tábano se acercó a Francisco y se le encaró para disuadirle de cometer cualquier torpeza. Ante semejante actitud, el hombre ni siquiera intentó moverse. Se limitó a seguir al de Guijosa con la mirada y luego clavó sus ojos en los del escolta.

—Si alguna vez te aburres de vigilarle las espaldas y prefieres un trabajo más digno, búscame —le murmuró con falsa cortesía—. Tu señor siempre ha sido un aprovechado. Lo hizo con su padre, al que jamás cuidó cuando cayó enfermo. Tampoco ayudó a su hermano mayor cuando se endeudó de tal modo que terminó siendo acuchillado en un callejón de Aranjuez. Pedro heredó un triste mayorazgo, pero no tuvo reparo en engatusar a mi hermana. Mi

padre y yo tuvimos que plegarnos a ese matrimonio porque, en verdad, que él fuera un simple hidalgo no era razón de peso para oponerse. En cualquier caso, y aun habiendo recibido una buena dote, en poco tiempo supimos que estaba arruinado. Mi padre pagó sus deudas por no decepcionar a Inés. Ella siempre ha sido su ojito derecho. Verla infeliz le hace sufrir. Esa es la única razón por la que consintió que se casara con ese bufón. Y lo hizo pese a sospechar que lo único que le importaba era asegurarse la comida en la mesa, como así fue, y, ¡por qué no!, tal vez algún día hacerse con el título de barón. Pero para eso tendría que pasar por encima del cadáver de mi padre, y también del mío. Y el nuevo señor de Guijosa no es rival para ninguno de nosotros dos.

—Quizá en vuestra familia seáis cortos de vista. He visto luchar a ese hombre, y lo ha hecho con valentía y honor —le cortó Tábano.

—Le puede la ambición.

—Quizá a vosotros os pueda la arrogancia —respondió, y se encaminó hacia la puerta.

Aquella mañana determinó el ambiente enrarecido que habría de respirarse en el pueblo durante todo el otoño. La joven regresó con su marido, y con ella llegaron también la cocinera y las sirvientas. Todo hacía presagiar que la normalidad se instalaría nuevamente en la casa del señor de Guijosa. Pero no fue así. Los fríos de octubre y noviembre iban a traspasar los muros de piedra invadiendo sus vidas.

Pedro e Inés retomaron su relación y muchas mañanas partían a las poblaciones cercanas para cultivar esas amistades que tanta falta le hacían al señor para ser nombrado caballero. Sin embargo, al caer la noche, sus conversaciones ante la copiosa cena que se servía en el salón principal ya no resultaban tan fluidas y cordiales como antes.

—No solo me siento humillada —admitió con gesto serio Inés una de aquellas veladas—, sino que, además de perder el apetito, ahora tampoco puedo dormir gracias a un sinfín de dudas que me desvelan.

—¿Qué dudas?

—¡Oh, Pedro! ¡Por Dios…! —se quejó con ironía—. Ni justo después de nuestros esponsales, ni en los dos cortos periodos que pasaste en Guijosa, has logrado dejarme encinta. Cada mañana, cuando me miro al espejo, veo mi rostro más ajado a causa del tormento que me provocan todas estas decepciones e inseguridades.

—Es verdad que Dios no nos ha concedido la gracia de tener hijos, pero de eso yo no tengo culpa alguna.

—Pero sí la tienes cuando dispones de otras distracciones y no te acercas a mí.

El puñetazo en la mesa atronó en el salón.

—¿Estás insinuando algo más? —rabió Pedro Saldaña.

—Has pasado demasiado tiempo fuera para no haber estado con mujer alguna. Es más: no sería descabellado aventurar que ya no me quieres, que prefieres a cualquiera de esas mujerzuelas que van en la retaguardia de los tercios sirviendo a los soldados antes que a mí.

—Si he salido de esta casa no ha sido para yacer con otras mujeres, sino para honrar tu futuro.

—Un futuro sin descendencia no es futuro.

—En breve seré nombrado caballero y no me veré en la obligación de salir a batallar.

—Quizá ya sea tarde.

—¿Tarde? ¡Eres muy joven! ¡Tienes todo el tiempo del mundo para ser madre!

—Cierto, pero se necesita algo más que juventud para serlo.

Aquellas tristes disputas se fueron produciendo cada vez con más frecuencia. Quizá se tratase de una huida hacia delante de ambos esposos pues su distanciamiento comenzaba a ser patente. Si bien para Pedro Saldaña la situación resultaba irritante, para su mujer era una verdadera travesía por el desierto.

Tampoco para Tábano eran plato de gusto. Presenciar aquellas trifulcas que resquebrajaban sin remedio la alegría de Inés le dolía en el alma. Además, sucedía que, cuando el señor los dejaba solos en alguna ciudad mientras él se encontraba con tal noble, tal comerciante, tal obispo o tal capitán, la tentación se convertía para Tábano en un tormento inhumano. Y por si fuera poco, de tanto

compartir la espera, Inés no tardó en hacerle partícipe de sus penas y sus miedos con respecto a su marido. Y aquello le resultaba al escolta tan peligroso como entrar en un pajar con una antorcha.

—¿Puedo ser franca contigo? —le preguntó una tarde.

—Siempre, señora.

—¿Y serás capaz de guardar mis confidencias?

—No podéis dudar de mí. Estoy a vuestro servicio.

—Y al de mi marido, Tábano —aseveró con un gesto de angustia —. Por eso quiero que me asegures que podrás guardar mis confidencias incluso si él te las reclamara.

—Antes me dejaría matar que permitir que alguien pudiera haceros daño, señora.

Ella sonrió y el cielo pareció apartar todas las nubes panzudas y grises que lo poblaban aquella tarde, aunque casi de inmediato sus ojos tristes volvieron a nublarlo.

—Temo que Pedro ya no me mire con la misma ternura y devoción que siempre ha mostrado —se lamentó tras superar el reparo que le provocaba hacerle tales confesiones a Tábano.

—Creo que exageráis —respondió fingiendo convencimiento. Era cierto que el cambio de actitud de su señor a nadie escapaba, pero se sentía incapaz de admitirlo delante de Inés porque, sin duda, sus suposiciones terminarían por herirla.

—No eres sincero conmigo —le acusó ella desviando la mirada.

—Podéis contar con que os ayudaré en todo lo que me ordenéis.

—Pues no lo estás haciendo ahora —claudicó—. Al menos, espero que no sueltes prenda delante de mi marido.

—Jamás, mi señora. Antes daría la vida.

Ninguno de los dos merecía tanta desgracia, sobre todo ella, de quien el escolta se había prendado ya sin remedio. Inés encarnaba todo aquello que admiraba en una mujer. Además de ser bella y delicada, era inteligente, despierta, decidida. Tábano admitía que semejantes dotes ya las había descubierto —y experimentado— en aquellas muchachas que seguían a las compañías de los tercios, pero no era menos cierto que eran tan falsamente cariñosas como burdas, todo lo contrario que Inés, cuyas intenciones y sentimientos parecían transparentes, refinados, dulces.

La cercanía del invierno enfrió aún más los sentimientos del matrimonio. Acaso sí recalentó los de Tábano, que cada día sufría más y más por la joven. Se sabía preso de su amor y trató de evitar su presencia. Incluso insinuó a Pedro Saldaña que un soldado como él no hacía nada de provecho en un pueblo pequeño y tranquilo como Guijosa.

—Debéis dejarme marchar. Aquí no hay nada que os haga temer por vuestra integridad o la de doña Inés.

—No me preocupan nuestras vidas —le dijo Saldaña—. Te necesito porque todo caballero que se precie ha de hacer notorio su prestigio ante los demás. ¡Y qué mejor impresión puede dar un hombre que estar siempre acompañado por alguien que se ocupe de su seguridad y la de su familia! Fíjate en mi suegro. Sí, es todo un barón, pero solo tiene un viejo castillo que ha convertido en un palacio de azúcar. Hasta tú podrías asaltarlo sin necesidad de ayuda.

Para Tábano era muy difícil llevarle la contraria, aunque comprendía sus argumentos, mucho más cuando descubrió en un rincón del patio aquella reja que encargó hacía más de cuatro años con la cruz de Santiago en el centro. El enrejado ahora se mostraba maltratado por la suciedad y el óxido, y le pareció que lo mismo había ocurrido con sus vidas, antes limpias y ahora llenas de impurezas. Días después de que avisara a su señor de tal hallazgo, el noble hizo llamar a un herrero para que volviera a forjar el enrejado y lo colocara protegiendo el balcón principal de la casona.

—Quizá sea mejor esperar a tener noticias de la Orden —le aconsejó Tábano el mismo día en que dos albañiles se disponían a sujetarla a la fachada.

—Te estás precipitando, Pedro —le advirtió también su cuñado Francisco cuando una mañana pasó por delante de la casa y comprobó que las habladurías de los vecinos eran ciertas.

—Sujétala bien al muro para que nada ni nadie pueda desprenderla. O, si alguien lo intenta, que sude bien su atrevimiento —sentenció un día el barón de Riosalido con una ironía que movía las piedras.

Pedro Saldaña no comentaba ninguna de las opiniones que recibía. Desde que la reja con la cruz de Santiago adornaba su

balcón, se limitaba a pasear por fuera de la casa sin quitarle el ojo de encima. Estaba orgulloso de su futura condición y muy ansioso por que se hiciera realidad.

Aquel comportamiento fue minando los ánimos de Inés, que deseaba incluso con más ahínco que el señor fuera por fin admitido como caballero y así terminara aquella pesadilla de orgullos y vanaglorias. De hecho, tanto empeño había originado que su actitud con él cambiara. Ya no se mostraba como la mujer complaciente que siempre había sido. Su desilusión había derivado en asperezas y contestaciones fuera de tono, lo que generaba discusiones nunca antes vistas, unos enfrentamientos que hacían rugir a Pedro Saldaña.

—¡Y yo sufro cada vez que le hago un desaire porque nunca he sido dada a ello! —le confesó Inés a Tábano en uno de los paseos que compartían mientras su marido disfrutaba con sus pavoneos ante otras personalidades.

—Hay situaciones que nos hacen perder la paciencia, pero eso no tiene que causarnos desasosiego porque son asuntos que nos superan —trataba de calmarla.

—Tantas pretensiones le están volviendo loco, y ese trastorno me tiene devastada. Debería hablar con mi padre para que moviera algunos hilos en la corte y le nombraran caballero de una santa vez. Así descansaríamos todos y, cuando las cosas vuelvan a estar en su sitio, quizá pueda darme un hijo.

—Convencer al barón para que viaje a Madrid puede ser la solución.

—Todo sea por que la cordura regrese a la cabeza de mi marido. Y que también pueda recuperarla yo, Tábano, pues a veces creo que estoy dejando de amarle —confesó entre sollozos.

—No digáis esas barbaridades, señora, que es la ansiedad la que habla por vuestra boca.

Tábano era quien más interesado estaba en que Inés recobrara la alegría, aunque al mismo tiempo dudaba de sus buenos anhelos ya que, si ella regresaba a los brazos de Pedro Saldaña, él la habría perdido para siempre.

La vida en Guijosa es demasiado complicada, se convenció a sí

mismo una noche mientras volvía del mesón que había en un extremo del pueblo*. Creo que es hora de volver a la simpleza que dan las armas en el campo de batalla. Matar o morir. No hay más*.

Quizá sus deseos fueron escuchados. O quizá todo se redujera a que, como se temía, la existencia en este mundo no era un juego fácil. El caso es que esa misma noche Pedro Saldaña apareció en sus aposentos hecho una furia. La noticia le acababa de llegar. La Orden de Santiago declinaba por tercera vez su solicitud para ser admitido como caballero. A modo de despedida, en el documento se hacía mención expresa a que aquella era la última vez que estimarían su petición.

—No hay más que hacer —se lamentó entre iracundo y desolado.

—Existen otras órdenes que, de seguro, podrán admitiros.

—¿A cuáles te refieres? ¿La de Calatrava? ¿Acaso la de Alcántara? No quiero que la Corona me otorgue la gracia de pertenecer a alguna de ellas. Me sentiría humillado si fuera objeto de ese tipo de favores. Tengo que ser nombrado caballero por méritos propios.

—Pudiera ser que no los consideren suficientes y sea preferible volver a guerrear en Flandes o en cualquier otro lugar para añadir algunos más…

—¡No me has escuchado! —le cortó presa de la exasperación—. No me permitirán solicitar el ingreso de nuevo. Además, estoy convencido de que todas estas negativas han estado guiadas desde un principio.

—¿Estáis seguro?

—Y tanto.

—¿Qué os hace pensar eso?

—Con mis merecimientos, cualquier otro lo habría conseguido al primer envite. —Al ver el gesto de duda de Tábano, añadió—: No sería de extrañar que los Atance anden detrás de mis desgracias.

—Pudiera ser… —dijo pensativo. Tal vez Inés habló con su padre para que se cumplieran sus deseos y el barón, con las mismas, había obrado de manera contraria.

—Han sido siete años guerreando. ¿Recuerdas? El capitán del tercio abogó para que mis méritos llegaran a oídos de la corte y fue así como me concedieron el título de señor. Después, tú lo sabes

bien, he recibido el reconocimiento de don Juan de Austria, ¡¡y hasta del duque de Alba!! No tendría que hacerme falta nada más. Por eso estoy seguro de que el barón ha maniobrado para que se me niegue la entrada en la Orden.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

Pedro Saldaña bufó nervioso antes de responder.

—Porque, de ser nombrado caballero, me pondría a su altura. Es más: el rey podría distinguirme añadiendo otro título al de señor, y eso don Gregorio Atance no lo soportaría. Tantos años burlándose de mí, humillándome, restregándome en las narices que el único que ganaba algo con mi matrimonio era yo, un hidalgucho… ¡¡Sus argucias resultan ya una afrenta insoportable!! Si quieren juego sucio, lo van a tener. No pienso vivir arrodillado el resto de mi vida junto a ellos.

—¿Y qué pensáis hacer contra el barón?

Saldaña fijó su mirada perturbada en la de Tábano.

—Pregunta mejor qué puedes hacer tú por mí, amigo mío.

—Bien lo sabéis. Lo que sea menester, señor.

Pedro Saldaña dispuso y Tábano no se demoró demasiado tiempo en cumplir lo que le pidió; apenas unos pocos días. Ambos sabían que en las cuestiones donde se mezclaban la extrema gravedad de su naturaleza con la urgencia para su resolución, lo mejor era actuar sin dejar enfriar la sangre. Uno dio la orden impulsado aún por la locura que le provocaba la frustración; el otro era consciente de que se dejaría arrastrar por la sinrazón del momento para llevarla a cabo.

El episodio ocurrió una tarde de aquella misma semana. Francisco Atance regresaba al castillo familiar después de dar un largo paseo por los alrededores. Iba acompañado de Justino Velasco, un destacado comerciante que residía en el cercano pueblo de Cubillas. El ocaso llegaba a su fin y el frío comenzaba a ser intenso. Los dos hombres caminaban en animada charla entre las carrascas que flanqueaban el sendero que conducía hasta Guijosa. Ninguno de los dos vio por dónde había aparecido la sombra que les salió al paso. La figura iba embozada con una capa corta y tocada con un sombrero de ala ancha. Su mano derecha empuñaba una espada desnuda; la izquierda, una daga de vela.

Fue Justino quien primero advirtió su presencia y desenfundó su arma sin dilación.

—No tengo nada contra vos —gruñó Tábano bajo la capa—. Apartaos.

Francisco guiñaba los ojos para observar con mayor nitidez al hombre que tenía frente a él difuminado por la penumbra. También había desenvainado la espada y estaba en guardia.

—No trates de confundirme; reconozco tu voz —espetó el hijo del barón, y se giró hacia su amigo—. Es el escolta de Pedro Saldaña. Se hace llamar Tábano.

—Acabáis de condenar a muerte a vuestro compañero —masculló el antiguo soldado adelantándose un paso.

Justino Velasco no esperó a que el agresor se abalanzara sobre ellos y lanzó un primer golpe con su espada que Tábano detuvo algo desconcertado. Aquel hombre sabía luchar. No se trataba de un provinciano venido a más por haber hecho algunos dineros y que lucía una buena espada colgando de su cintura. La segunda estocada que esquivó le confirmó que debía andarse con cuidado si no quería terminar con medio palmo de acero dentro del estómago. Además, el peligro no acababa ahí: el taimado de Francisco esperaba su momento para arremeter contra él.

Golpe a golpe, Justino demostró ser un magnífico espadachín. De ágiles movimientos, ataques precisos, defensas eficaces y rápidos reflejos, obligó a Tábano a echar mano de su amplia experiencia para detener sus acometidas y encontrar los pocos huecos francos que dejaba el de Cubillas para intentar tocarle. Era tan hábil que apenas le permitía utilizar la mano izquierda con la que agarraba su daga buscando el costado de su enemigo. Por si el riesgo no fuese suficiente, Francisco estaba al acecho, moviéndose de un lado a otro, tratando de tomarle la espalda para tenerle a su merced.

Tábano supo entonces que, sin duda, había pecado de vanidoso. A priori había considerado aquel trabajo como un manjar exquisito, pero este se había tornado en una copa de vino envenenado. La costumbre le decía que debía concentrar todas sus energías en defenderse y, a un tiempo, conocer el repertorio de golpes que poseía Velasco. De esa forma, aguardaría a que su contrincante se

confiara. Tenía que hacerle creer que iba ganando, que en breve él claudicaría y se daría por vencido. Eso haría que su atacante fuera desgastándose. Solo entonces tendría alguna ventaja con la que roer aquel hueso.

Y así lo hizo. Tábano se limitó a parar todos los embates que le propinaba Justino y los que trataba de colar a traición Francisco. Cuando no le daba tiempo a utilizar la espada empleaba su daga, aunque para ello tuviera que mantener la muñeca izquierda dura como un bloque de granito. Si, como parecía, el de Cubillas era un avezado practicante de la escuela de la «verdadera destreza», él desde luego lo era de la que imperaba en las calles y los campos de batalla, la común, la que se conocía como «vulgar destreza», un arte que añadía al anterior ciertas bribonadas y ardides poco honrosos pero que resultaban del todo necesarios cuando uno se jugaba la vida y los escrúpulos ya estaban de más.

Aquel era exactamente el escenario y la ocasión. Justino babeaba ya por la victoria. Había soltado media docena de estocadas certeras que habían sido repelidas de milagro por su adversario. En ese mismo instante, cuando se disponía a emprender la ofensiva final, Tábano se desplazó a un lado con una rápida finta y le asestó con habilidad un tajo en la corva de la pierna izquierda. El comerciante no pudo impedir que su rodilla se plegara cuando los músculos dejaron de sujetarla. Un segundo después perdió el equilibrio, y luego la vida, justo cuando la hoja de la espada de Tábano atravesó su corazón. La sorpresa había dejado sin habla al de Cubillas, que apenas exhaló un murmullo de protesta. Antes de desplomarse sobre la tierra del camino ya estaba muerto.

Tábano se giró hacia Francisco. El primogénito de los Atance seguía en posición de guardia mientras sus ojos no se despegaban del cuerpo inerte del comerciante.

—Podemos llegar a un arreglo —dijo volviendo la mirada hacia la de su enemigo.

—Él no era mi objetivo. —Tábano dictó sentencia.

—Deja de guardarle las espaldas al ruin de Pedro Saldaña y únete al barón de Riosalido. Duplicaré cualquier oferta —le ofreció sin dejar de apuntarle con su arma—. Te haré rico.

—Ya me considero así estando lejos de personas como vos.

El antiguo soldado dibujó con su espada un rápido zigzag que Francisco no pudo repeler. Cuando se quiso dar cuenta, la punta del acero asomaba por su espalda. Luego observó en un destello cómo la hoja salía de su cuerpo y se clavaba de nuevo bajo su esternón.

Las tinieblas se habían apoderado del cielo cuando el antiguo mochilero echó un último vistazo a su alrededor para comprobar que nadie había presenciado el duelo. Sabía que, de haber alguien en las proximidades, no tardaría en acercarse al lugar alertado por el sonido que habían escupido las espadas al chocar durante el combate. Entonces descubriría los dos cadáveres y cundiría la alarma en Guijosa. En caso contrario, los cuerpos no serían encontrados hasta la mañana siguiente por algún aldeano que tomara el sendero. Fuera como fuese, pronto o tarde, él ya estaría reposando en sus habitaciones.

Al entrar en la casona de Pedro Saldaña, le extrañó que las dos sirvientas trajinaran con vajillas y manteles a todo correr. Preguntó a una de ellas la razón de tanta prisa.

—Esta noche están invitadas a cenar tres importantes personalidades —contestó.

—¿Quiénes son? ¿Cuándo llegarán?

La criada alzó los hombros como muestra de su ignorancia.

Tábano torció el gesto. Nadie le había puesto sobre aviso. Así que, en lugar de ir a su habitación, dirigió sus pasos hacia la antesala donde solía descansar su señor. Allí lo encontró, sentado frente a la chimenea con la mirada perdida entre las llamas.

Cuando lo oyó entrar, Pedro Saldaña se incorporó de un salto.

—¿Lo has hecho? ¿Cómo ha ido? ¿Te vio alguien? —se atropelló.

—No me avisasteis de que Francisco iría acompañado de un hombre muy ducho con la espada —se quejó—. Ha sido como luchar con un demonio.

—Pero… ¿pudiste darle muerte?

—Ni Francisco ni ese hombre volverán a respirar —respondió con sequedad—. Y nadie me vio, como tampoco nadie me ha advertido

de que hoy habrá invitados en esta casa.

—¿Qué más da eso ahora? —rebajó la tensión Saldaña, que no podía impedir que la comisura de sus labios formara media sonrisa —. Lo importante es que has cumplido con tu cometido.

—El resultado podría haber sido el contrario. Entonces mi cuerpo estaría tendido en el camino y vos tendríais que dar explicaciones al barón, unas explicaciones para las que no estáis preparado. Eso os colocaría en un gran aprieto. Y a mí se me paga para evitar esas situaciones. Por ello, tendría que haber sabido que Francisco no estaría solo y que hoy vendrá gente a esta casa. Ese, y no el otro, es mi cometido.

—Siento lo ocurrido, y te felicito por haber cumplido tu misión. Mis noticias se limitaban a que Francisco se dejaba ver por esas sendas, pero siempre confié en ti. Sé que eres capaz de afrontar los contratiempos y que te sobran agallas.

—No tantas. En ocasiones, carecer de ellas me ha hecho seguir vivo.

—Pero hoy no ha sido así.

—Tuve que armarme de paciencia, utilizar mi daga y esperar el momento justo de propinar con la espada un golpe de Jarnac.

—¡¡Ah, maldito fullero!! —fingió ilusionarse Pedro Saldaña al tiempo que le felicitaba palmeándole el hombro—. Tú y tus canalladas… ¿Le cortaste el jarrete?

—El tajo en la corva fue de lado a lado, pero tardé en encontrar el momento. Estuve a punto de darme por vencido. Si no hui fue porque Francisco reconoció mi voz. Tanto él como su amigo descubrieron mi identidad, y no exagero al decir que, en verdad, tuve que jugarme la vida.

—Y yo te lo agradezco. En pago recibirás una bolsa llena de reales de a ocho.

La noticia de una magnífica gratificación no hizo sonreír a Tábano.

—Recordad: si no consideráis compartir conmigo las informaciones que os lleguen, o no me tenéis al tanto de vuestras circunstancias, me pondréis en peligro, y así dificultáis que pueda protegeros o anticiparme a una posible amenaza, como bien puede ocurrir aquí esta noche.

—A nadie se le ocurriría hacerme daño en mi propia casa. Además, los invitados de hoy son personas de buena fe.

—Entonces, si mi presencia no es necesaria, me gustaría retirarme a descansar.

—Espera, espera… —le rogó Saldaña bajando el tono—. Has terminado una de tus tareas, pero todavía hay que redondear el trabajo —y le hizo un gesto para que se sentara frente a la chimenea.

—¿De qué se trata? —preguntó extrañado mientras se quitaba el cinturón con el tahalí que portaba su espada y la daga. Luego acercó una silla al fuego.

—Dentro de tres horas se celebrará una gran cena tras esas puertas —dijo desviando la mirada hacia el salón contiguo. Luego volvió a posarla sobre los ojos pardos de Tábano—. Se trata de personas de cierta relevancia.

—¿Vendrá el barón de Riosalido? Acabo de matar a su hijo…

—No está invitado. Pero eso ahora no es importante —prosiguió mientras tomaba la daga del soldado y jugueteaba con la punta sobre la palma de su mano—. Lo que has hecho tú sí que lo es, porque desde este momento la única heredera del barón es Inés, lo que quiere decir que, cuando este muera, y aunque ella gobierne todos los bienes que hayan pasado a su dominio, yo me convertiré en señor de Guijosa y barón de Riosalido.

—Consorte —precisó Tábano—, barón consorte.

—Como tú quieras. Para el caso, es lo mismo.

4

Un instante después de escuchar la retorcida disquisición de Pedro Saldaña, el escolta abandonó la sala dando grandes pasos. Hacía mucho tiempo que su conciencia no se revolvía y arañaba sus tripas. Quizá la causa de tal desasosiego fueran los dos asesinatos que había cometido esa tarde. Cierto era que siempre había considerado al hijo del barón un provocador y un imbécil prepotente y altanero. Por eso no le costó ni un suspiro acabar con su vida. Estaba convencido de que, quitando de en medio a ese desperdicio, el pueblo entero salía ganando. Incluso todo el reino. Pero también haría mucho daño a su adorada Inés, y eso incomodaba sobremanera su espíritu.

—¡Te espero en el salón esta noche! —dijo Pedro Saldaña a su espalda antes de que cerrara las puertas—. A la mesa se sentarán personas con gran prestigio en esta comarca y te necesito junto a mí.

Lo primero que hizo Tábano fue alimentar la chimenea de su habitación con dos gruesos troncos de encina. Luego se lavó las manos y la cara en una jofaina, y se tumbó en la cama. Necesitaba tranquilizarse, poner la mente en blanco, aunque no entendiera muy bien por qué. No era la primera vez que mataba a un hombre. Es más, lo había hecho muchas veces siendo soldado en el tercio. En cualquier caso, eran escenarios de guerra, situaciones extremas donde no había ley y solo primaba la victoria, porque obtenerla significaba la supervivencia. Era la única norma que debía seguir cualquier contendiente con independencia del bando en el que estuviera, de su condición, sexo o edad.

—Mata o muere —murmuró con rabia—. Así de simple.

Tábano también recordaba haber acabado con muchas vidas en las Alpujarras, o cuando se vio mezclado en las guerras de religión

en Francia. Si le pagaban para matar, mataba. Si le ordenaban matar, mataba. Si consideraba matar, mataba.

Rememoró la primera vez que lo hizo con una espada. Sintió con nitidez cómo el doble filo cortaba la carne abriéndose paso dentro del cuerpo, atravesando uno a uno los órganos hasta chocar con las costillas, la columna o salir por la espalda. Luego tiraba de ella y la sacaba sin dificultad volviendo a percibir cómo se llevaba la vida de su adversario pegada a la hoja.

Con los ojos atrapados en el techo de su alcoba, revivió el momento en que comenzó su andadura militar siendo un simple mozo de pertrechos en los tercios. Años después se curtió ya como soldado y, gracias al señor de Guijosa, terminó degenerando en una especie de mercenario con pocos escrúpulos. No sabía cómo, pero, al final, se había convertido en un asesino, aunque le costara admitirlo.

Una de las sirvientas golpeó la puerta de su habitación y le comunicó que el señor de Guijosa le reclamaba de inmediato en el salón. Así que Tábano saltó de la cama y se vistió con unas calzas, un jubón bordado con preciosos hilos y un calzón acuchillado muy conveniente para recibir a esas personalidades que podrían llegar en cualquier momento. Antes de salir, buscó los correajes de su magnífica espada y los ciñó a la cintura. Luego buscó la daga de vela que hacía juego con su arma, pero no la encontró.

Abandonó sus aposentos y cruzó la casona de parte a parte. Sentía cierta aprensión por si, entretanto, aparecían los invitados. Cuando se presentó en el salón, Pedro Saldaña le esperaba de pie muy cerca de la mesa. Iba vestido con un hermoso jubón que cubría con una cuera brocada de manga corta. De la cintura colgaba su espada. Junto a él, sentada en una silla de caderas, Inés le sonreía con cariño. Ella lucía una camisa labrada bajo un corpiño de terciopelo verde, y unas faldas de brocado amarillo que le tapaban los pies. Vestir sus mejores ropas revelaba que los invitados de aquella noche eran gente distinguida.

—Estás muy elegante —agasajó Inés a Tábano mirándole de arriba abajo.

—Mi condición queda en nada si la comparamos con la vuestra,

señora —respondió cortés.

Se hizo el silencio. A Tábano no le apetecía hablar. La intensa lucha con el amigo de Francisco Atance le había debilitado, y lamentaba el disgusto que su crimen causaría a la dama.

Antes de que la situación se tornara incómoda, el sonido de un carruaje se filtró a través de los postigos que protegían las ventanas del frío. Los invitados se acercaban por el camino. En poco tiempo se escucharían los aldabonazos en los portones.

—¿A quién vamos a recibir? —se interesó Tábano.

—Si nadie ha tenido un imprevisto, espero que por esas puertas entre el corregidor de Sigüenza acompañado del teniente de la guarnición y uno de los alguaciles.

Ciertamente eran personajes importantes, sobre todo el corregidor.

—Por cierto, amigo, esto es tuyo. —En su mano sostenía la daga que había olvidado por la tarde—. Puedes recuperarla cuando quieras.

Tábano no había dado el primer paso cuando Pedro Saldaña se situó detrás de la silla en la que estaba sentada Inés. Con una parsimonia calculada, sujetó su cabeza por la frente con la mano izquierda y con la derecha pasó el filo de la daga de lado a lado de su garganta.

Inés intentó gritar. Sin embargo, apenas pudo exhalar un gorgoteo macabro mientras la sangre, oscura y densa, comenzaba a brotar del tajo como si de un manantial se tratara. En menos de tres segundos la joven se había desvanecido. Tábano no pudo impedir que su cuerpo resbalara por la silla y cayera al suelo. Tenía los párpados entrecerrados, pero pudo observar cómo los ojos se habían vuelto hacia arriba. El escolta sabía que a Inés se le escapaba la vida a la carrera. Aun así, trató de parar la hemorragia con las manos. Su respiración cada vez más débil provocaba que se formaran docenas de burbujas encarnadas en la herida abierta a lo largo de su cuello. Y así se fueron sucediendo aquellas pompas: sufridas, antinaturales, arrítmicas. Hasta que, en menos de un minuto, Inés dejó de respirar. A su alrededor, un gran charco de sangre se iba extendiendo por el solado de ladrillos macizos.

La cabeza de Tábano se vio entonces sacudida por una cascada de sensaciones. Desolación, tristeza, confusión… Sus pensamientos parecían rodar como guijarros en una cuesta empedrada, y así estuvo unos instantes hasta que el charco de sangre manchó uno de sus zapatos. En ese momento fue plenamente consciente de lo que acababa de ocurrir, del crimen que Pedro Saldaña había cometido, de que su amada Inés estaba muerta. También advirtió que, agachado como estaba junto al cuerpo sin vida de la joven, le ofrecía su espalda al asesino. Resultaba un blanco claro y fácil para que acabara también con él si así se lo había propuesto.

Tábano se incorporó como un latigazo y desenvainó su espada. Ante él encontró al de Guijosa en la misma actitud. Entre las puntas de las dos armas apenas había un palmo.

—¿Por qué? —murmuró Tábano.

—Los Atance me han humillado durante años y han impedido por tres veces que sea caballero de la Orden de Santiago.

—Pero, señor, doña Inés, su esposa… —balbuceó incrédulo.

—Bien sabes que entre nosotros las cosas ya no eran igual. Inés también me avergonzó cuando abandonó mi casa. Intuyo que estaba a punto de repudiarme. De esta manera heredaré sus bienes. Y la salud del barón no resistirá demasiado. La pérdida de sus dos hijos será suficiente para que la tristeza se lo lleve al infierno en poco tiempo, si es que no tarda un par de días en arrojarse desde lo alto de la torre de su castillo. Y yo, ya nombrado barón, ingresaré en la Orden de Santiago.

—Sois un asesino —murmuró entre dientes el escolta dejando de lado unas formalidades que el señor ya no merecía—. Soltad la espada en el suelo y entregaos a mí, o no veréis salir el sol.

—Esperaré a que llegue el alguacil —respondió—. Será él quien te arreste a ti. ¡¡Has matado a mi esposa!! ¡¡Y antes a su pobre hermano!! —gritó al tiempo que lanzaba una estocada.

Chocaron las hojas de acero delante del cadáver de Inés, una, dos, tres veces antes de que Tábano rodeara la mesa para darse un respiro. Se sentía en inferioridad contra su señor. Quizá con la espada fueran tan diestros el uno como el otro, pero él había luchado contra dos hombres hacía un par de horas. Aún no se había

recuperado del combate cuando el crimen ocurrido en aquel salón lo había sorprendido y derrotado a un tiempo. Estaba aturdido, vapuleado por las circunstancias. Cuatro, cinco, seis veces más tuvo que parar las acometidas del noble sin disponer de un segundo para contraatacar. Le faltaban las fuerzas, los reflejos, el ánimo para desenvolverse con garantías en aquella pelea. Siete, ocho, nueve… A punto estuvo de soltar la espada al repeler uno de los embates. Sus manos estaban manchadas con la sangre de Inés y no sujetaban con firmeza la empuñadura.

Me va a matar, pensó mientras se zafaba de la enésima arremetida.

—¡¡A mí!! ¡¡A mí!! —gritó Pedro Saldaña—. ¡¡Han asesinado a doña Inés!!

Las puertas del salón se abrieron y Tábano vio de soslayo las figuras de tres hombres bajo el dintel. Fue en ese momento cuando sintió una agudísima punzada en su antebrazo izquierdo, como si alguien estuviera escarbando en su interior con un gancho de cocina al rojo vivo. Cuando recuperó la posición, la tela del jubón estaba rasgada y comenzaba a mancharse de sangre, sí, de su propia sangre. El señor de Guijosa acababa de hincarle su acero y el dolor era insoportable. Quizá le había roto un hueso, o los dos… Lo cierto es que el brazo no respondía a sus órdenes.

—Este hombre ha matado a mi mujer. ¡¡Prendedlo!! —pidió al alguacil, quien desenvainó su espada al instante—. ¡¡Justicia!!

Voy a morir. Si no me mata Saldaña, se encargará este imbécil…, se dijo.

Y detuvo como pudo el golpe que el alguacil le asestó por uno de sus flancos.

Tábano rugió de dolor, de miedo, de ira. Reunió el poco aliento que le quedaba y lanzó una estocada contra Pedro Saldaña que este apenas pudo parar. De hecho, la hoja quedó atrapada entre los gavilanes de su empuñadura. De no haber sido así, la punta de la espada le habría tocado el rostro. Acto seguido, el escolta giró sobre sí mismo y, haciendo palanca con su espada, desarmó a su señor. El arma voló por encima de la mesa y se dirigió descontrolada contra el alguacil, que la desvió en el aire con la suya. Ese fue el primer y

último error que tuvo aquella noche, porque Tábano aprovechó para atravesarle las tripas con su acero. Después se dirigió hacia la puerta buscando escapar de aquella ratonera. Para entonces, el teniente había apartado a un lado al corregidor y estaba intentando sacar una espada corta que llevaba bajo su capa.

—Si lo hacéis, daos por muerto —le amenazó Tábano—. Dadme vuestra capa y alejaos de la puerta.

El militar obedeció mientras veía cómo Pedro Saldaña recogía su espada del suelo. Era el momento indicado para entorpecer la huida del escolta, pero Tábano le golpeó con saña en el rostro y lo empujó contra el señor de Guijosa, que ya estaba a tiro de espada. Después agarró de los cabellos al corregidor y lo lanzó contra los dos hombres. En medio de la confusión, con Saldaña y sus tres invitados pataleando sobre el suelo, abandonó el salón, abrió las puertas de la casona y se desvaneció en la negrura de la noche.

Roto de tristeza y apremiado por el miedo, se alejó de Guijosa dejándose guiar por su instinto, una sensación que había experimentado más de una vez cuando batallaba con el tercio. Por eso ya no notaba el cansancio de aquella tarde ni el dolor en su brazo herido. Su cabeza le dirigía hacia ninguna parte, pero lo hacía a la velocidad que le permitían sus piernas y a la luz de las estrellas en aquella despejada y heladora noche castellana del mes de noviembre. Cuando se supo lejos del pueblo, buscó cobijo bajo una tupida encina para tratarse la herida del brazo. Tomó uno de los cordones de su jubón y lo ató con fuerza por encima del codo tirando de los extremos con los dientes. Luego se arropó bien con la capa que le había quitado al teniente. Debía descansar antes de que amaneciera. Para entonces, estaba seguro, Pedro Saldaña saldría en su busca con una reala de perros, sin duda la que le cedería el propio barón de Riosalido. ¡Qué paradojas tenía la vida! Don Gregorio Atance pondría todos los medios al servicio del asesino de su hija, el mismo que había ordenado matar a su primogénito. Definitivamente, la vida en Guijosa era demasiado complicada. Peligrosa. Letal.

El frío y la tensión apenas le dejaron dormitar, y cuando cerraba los ojos lo hacía a intervalos cortitos que culminaban en un violento

sobresalto si el sueño parecía vencer a la vigilia. La aurora terminó de convencerle de que era mejor ponerse en marcha. Ya tendría tiempo de descansar. Sus perseguidores estarían a punto de salir de Guijosa, y quizá también desde Sigüenza. Había dejado con vida al corregidor y al teniente, pero ignoraba la suerte del alguacil. Sabía que la herida era muy grave, seguramente mortal. Y lo lamentaba, pero se trataba de su vida o la de aquel hombre.

La primera claridad del día le reveló que se encontraba en la cima de una pequeña loma poblada de carrascas. Antes de decidirse a emprender la caminata, detuvo sus ojos en el tajo de su antebrazo. La herida no resultaba tan profunda como temió en un principio. Supuso que el intenso dolor fue a consecuencia del golpe de la espada cuando impactó contra uno de los huesos. Así que los palpó con cuidado por si apreciaba una fractura. Ninguno parecía estar roto. Incluso podía mover los dedos, sí, los cinco.

Sabiéndose en mejores condiciones de las que creía, se puso en pie y observó los alrededores. Una hermosa vega se extendía hacia el sur y dedujo que por allí debía de discurrir un riachuelo. Sin pensarlo más, comenzó a descender colina abajo vigilando el horizonte. Tenía que llegar al río, limpiarse la herida, beber y cruzarlo para confundir a los perros. Si lo conseguía, a partir de ahí les habría tomado cierta ventaja.

Esa mañana Dios estaba de su parte. Apenas divisó un par de rebaños de ovejas en la travesía que le llevó hasta las cercanías de Pelegrina, una aldea que apenas contaba con una pequeña iglesia, medio centenar de vecinos y un viejo castillo deshabitado que se alzaba sobre el cerro que dominaba el valle del río Dulce. Protegido del frío por la capa, Tábano rodeó la población buscando la oportunidad de llevarse algo a la boca. Necesitaba una puerta entornada, un postigo abierto, algo olvidado en un corral, desperdicios que sirvieran de comida para los cerdos… Daba igual lo que fuera. Cuando ya se desesperaba, encontró el zurrón de un pastor. Estaba colgado de la cancela que cerraba un vallado donde dos docenas de cabras remoloneaban dentro de una pequeña

paridera. Por lo abultado del morral, parecía contener viandas para sustentar a un hombre varias jornadas. Tras asegurarse de que no había ojos observándole, y poniendo cuidado en no hacer ruido, se aproximó hasta el cercado, lo tomó con delicadeza y lo escondió bajo su capa.

¡Estaba de suerte! En la bolsa había media hogaza de pan, un chorizo, medio queso y dos manzanas. Calculó que tendría para alimentarse tres o cuatro días. Dentro también encontró un recio chaleco de piel, un gorro de lana y varios paños que parecían limpios y que más tarde utilizó para cubrir su herida cada vez que la lavaba, práctica que hacía tan pronto se topaba con un arroyo en el camino.

Durante ese primer día de huida estuvo muy atento a todo aquello que alcanzaba su vista. Tampoco dejó de aprovechar los recodos que se marcaban en los senderos para quedar oculto ante cualquier mirada casual. Habría muchos hombres buscándole por toda la comarca y era perentorio que se anticipara a cualquier peligro. Por ello, cuando le pareció oír ladridos en la lejanía, se subió con prontitud a un chopo y descubrió una reala gobernada por varios hombres, algunos de ellos a caballo. También creyó distinguir algún soldado. Gracias al cielo, la dirección que tomaron se alejaba de la que él tenía planeada seguir hacia el sur. En cualquier caso, antes de continuar esperó subido al árbol hasta que los perdió de vista.

Cuatro días empleó en llegar a las cercanías de Guadalajara. Escondido en los arrabales, se dispuso a descansar a la espera de que la noche cubriera las calles ya que prefería confundirse con las sombras cuando se adentrara en ellas. Su intención era hacerse con algo de comida y alguna prenda más de ropa que le protegiera de un invierno que ya estaba a las puertas. Así que, tan pronto anocheció, penetró más y más en la ciudad en busca de fortuna. Al pasar cerca de una taberna, escuchó hablar a varios hombres de manera vehemente.

—¡Deberían ahorcar a ese demonio en la plaza después de romperle los huesos a palos! —sentenciaba uno bastante enojado.

—No es para menos, maese Miguel —coincidía otro—. Y dicen que

el fulano lo hizo a sangre fría, delante del marido, a quien luego también intentó matar. Menos mal que le hicieron frente el alguacil y el teniente que estaban invitados allá. Y hasta el corregidor de Sigüenza quiso ayudar a prenderle, pero el asesino hirió a uno de los militares, que en gloria esté, y huyó como alma que lleva el diablo, aunque antes el señor de Guijosa le propinó un buen tajo en un brazo. Con suerte se habrá desangrado por aquellos montes y terminará devorado por los lobos.

—Dios te oiga —intervino un tercero.

—¡Eh! Pero no acaba ahí la cosa, que el muy zafio se entendía con la mujer de su señor. Dicen que esa misma tarde ya había asesinado al hijo del barón de Riosalido y a un comerciante de Cubillas, seguramente porque el hermano se oponía a que se fuera con ese buscavidas. El muy ladino le habría propuesto a doña Inés huir con él a Barcelona y de allí llegarse a Génova, ¡o a Nápoles! Pero ella se negó porque el tal Tábano, que ya solo el nombre da miedo, aparte de ser un asesino, nunca ha tenido oficio ni beneficio. En la discusión fue cuando los sorprendió el marido.

—Se cuenta que don Pedro Saldaña ha quedado muerto en vida después de ver cómo ese demonio degollaba a su mujer —intervino de nuevo el que atendía por maese Miguel—. Y que después de luchar con él y haberle herido, intentó quitarse la vida ya que se sintió traicionado. Por lo que cuentan, había rescatado a ese Tábano de la indigencia allá en Flandes y se dejó sus buenos dineros en alimentarle, cuidarle, educarle y enseñarle a luchar. ¡¡Para que luego te fíes!! Solo una alimaña sin conciencia muerde la mano que le da de comer.

—Uno de los soldados que paran en el palacio del duque del Infantado me ha dicho que ya se ha hecho pública la orden de captura. Habla de un hombre que ronda los treinta, alto, ancho y fuerte, barbado, de ojos negros y un tajo en el antebrazo izquierdo. Yo, de encontrarle, lo pasaría a cuchillo sin esperar a la justicia. No merece más.

—Con la descripción que nos has dado, acaso fuera él quien te pasara a ti —dijo otro, y todos rieron.

La rabia y la indignación de aquellos cuatro hombres eran las

mismas que sentía Tábano. Pedro Saldaña se había encargado de difundir un rumor que lo hacía parecer el hijo del mismísimo Belcebú. Un ser cruel e inhumano, tal y como lo había catalogado el tal maese Miguel, un tipo que pasaba de los cuarenta, más bien falto de carnes, con largos y escasos cabellos cenicientos y una leve cojera en la pierna izquierda. Por suerte para Tábano, cada vez que la movía se oía un leve tintineo metálico, seguramente producido por una bolsita de cuero que contenía algunas monedas.

Tábano se retiró a una esquina oscura y allí se acomodó en el suelo a la espera de que a maese Miguel no le entrara más vino por la garganta y se dispusiera a regresar a su casa, aunque tardó un buen rato en decidirse. Cuando pasó junto a él, el escolta le rogó una limosna, pero el hombre tan solo le dedicó un puntapié que, gracias a los vahos del alcohol, no llegó a acertar en ninguna parte. Tábano dejó que se distanciara medio centenar de pasos y se levantó para seguirle. No tuvo que esperar demasiado para verle embocar un callejón poco iluminado. Fue ese momento el que eligió para abalanzarse contra el tullido y, tras empujarlo, provocar que diera con sus huesos en el empedrado. Cuando se dio la vuelta farfullando insultos contra la madre del que había osado hacerle perder el equilibrio, encontró la punta de una espada bailando entre los ojos.

—Dame tu bolsa —le ordenó una figura embozada a la que apenas podía ver en la penumbra del callejón.

—¿Qué demonios voy a darte si no tengo nada? —gruñó.

El antiguo soldado golpeó su pierna izquierda con la parte plana de la hoja de su espada y las monedas se quejaron.

—Si ya tienes dificultades para caminar con esta pierna averiada —le dijo volviendo a golpearla para hacer sonar la bolsa escondida bajo el calzón—, imagínate si también te estropeo la otra.

Maese Miguel no tardó en rebuscar bajo sus calzas y se la entregó a Tábano.

—Como se te ocurra gritar, doy media vuelta, te rajo la barriga y saco las tripas a ventilar. Así que mantendrás la boca cerrada hasta que termines de rezar un padrenuestro, ¿verdad?

Maese Miguel entornó los párpados antes de comenzar a recitar la

oración.

—*Pater noster…, qui es in cælis*…

El escolta abandonó el callejón a la carrera. Gracias a las monedas que había en la bolsa, los días siguientes pudo comer y vestirse con algo más de ropa. Lo único que le preocupaba era el estado de la herida de su antebrazo. El tajo nunca había dado muestras de iniciar su cura, al contrario; no solo continuaba abierto, sino que la piel se estaba ennegreciendo por uno de sus extremos. La agüilla sanguinolenta que había supurado desde el primer día ahora se había tornado de un color grisáceo. Y olía mal.

Tábano empleó diez días en llegar a Toledo. En un primer momento estuvo tentado de entrar en la ciudad para que algún cirujano, o incluso un sacamuelas, le viera el brazo, pero desistió porque cualquiera podría dar cuenta a los alguaciles de la presencia en sus calles de un herido. Si el señor de Guijosa había conseguido que se diera orden de captura contra él, debía permanecer alejado de villas tan concurridas.

No tuvo más remedio que cruzar el río Tajo y bordear la antigua capital del Imperio para continuar camino hacia el sur en busca de algún otro sitio donde encontrar refugio. Estaba seguro de que ni la orden de detención ni las pesquisas del señor de Guijosa llegarían a lugares pequeños. Así podría emprender una nueva vida.

Se dirigió pues a Cobisa, una aldea de la que le habían hablado algunos labriegos con los que se había topado en el camino y que quedaba apenas a dos leguas de la capital. Esa mañana sentía la fiebre agarrarse a su frente y supo que, si no actuaba con prontitud, su brazo terminaría por pudrirse y él moriría. Necesitaba que alguien le aplicara algún remedio. Con más de la mitad del camino recorrido, estuvo tentado de dar media vuelta y arriesgarse a entrar en Toledo. Fue al detenerse indeciso cuando descubrió parte de los tejados de un edificio que se ocultaba tras una pequeña loma. Decidió entonces dirigir sus pasos hacia allá esperando que se tratara del caserío de algún labrador que pudiera ofrecerle su hospitalidad. Sin embargo, lo que encontró fue un robusto edificio de dos plantas rematado en sus esquinas con torres cuadradas. Aquello no era ninguna casa de labranza. La arquitectura le pareció soberbia. Los dinteles y las

jambas de puertas y ventanas estaban rematados por pequeños y discretos adornos tallados en piedra o realizados con ladrillo. Enfrente de aquella magnífica edificación se erigía otra de menor altura pero de igual belleza. En esos momentos no había un alma por los alrededores y temió que ambas estuviesen deshabitadas. De todas formas, aunque solo fuera para trasnochar, decidió acercarse.

Tábano supo que las fuerzas le estaban abandonando cuando le costó alzar la aldaba del portalón y lanzarla contra la tachuela de hierro. La luz de la tarde languidecía detrás de unos nubarrones que no presagiaban una noche tranquila. A punto estuvo de ponerse a rezar mientras esperaba a que alguien le abriera.

Tras un par de eternos minutos, quien por fin lo hizo fue un hombre de avanzada edad. Iba vestido con hábitos de fraile de un tono muy claro, quizá blanco. Sobre ellos llevaba un escapulario largo de color tostado.

—Necesito vuestra ayuda —le rogó Tábano, a quien la fiebre ya le mordía todo el cuerpo. Con el ánimo rendido, alzó la manga del jubón y le mostró el corte.

—¡Dios santo! No os quedéis ahí con el frío que hace. Pasad, pasad… —le apremió el monje—. Descansad mientras voy a buscar al padre enfermero —le rogó señalándole un banco donde sentarse —. Dios santo, Dios santo…

Eso fue lo último que Tábano escuchó mientras el hombre se perdía en el interior del convento.

SEGUNDA PARTE

5

Hacía dos horas que el carro había rebasado el pueblo de Valdemorillo. Aún no estaba ni mediado el mes de julio, pero el calor ya apretaba de buena mañana. Llevaban dos jornadas en las que corría una suave brisa desde el sur, templando así las faldas de la sierra de Guadarrama. Al menos —consideró Tábano—, la temperatura no era tan agobiante como durante los días anteriores en el monasterio de Santa María de Sisla, el lugar que le había servido de cobijo durante los tres últimos años hasta que su prior dispuso que se uniera a otros monjes para trasladarse a una localidad cercana a la villa de Madrid. No tuvo por ello más remedio que abandonar el que había sido el convento de la Orden de San Jerónimo más importante de España hasta que se hubo terminado de construir uno mucho mayor, precisamente al que ahora se dirigían.

El antiguo soldado ya no se asombraba de lo caprichoso que se había mostrado el destino con él, siempre caótico cuando se trataba de guiar su vida. Sabía que nunca había sido dueño de sus pasos, ni tan siquiera cuando, siendo apenas un niño, abandonó su pueblo para unirse a los mozos que perseguían la gloria en los tercios. Entonces nadie podía anticipar que su compañía iría a Flandes, pero fue; ni que después estaría acuartelada en Milán, pero lo estuvo; y tampoco imaginó que terminaría pacificando las Alpujarras o luchando contra los orangistas en los Países Bajos, pero lo hizo. Si todo se hubiera desarrollado de una forma natural, a buen seguro habría muerto en cualquiera de los muchos combates en los que había participado. Aun así, tras haber burlado a la muerte, jamás supuso que desempeñaría labores de custodio para un simple hidalgo, por mucho que luego hubiese sido nombrado señor. Quizá ahora —barruntaba—, tres años después de la muerte de Inés y de

su hermano Francisco, aquel ser ruin y mezquino llamado Pedro Saldaña ya se hubiese convertido en caballero de la Orden de Santiago. En el otro lado de la moneda, él tenía que continuar escondiéndose de los ojos de todos.

Lo que en ningún caso se le había pasado por la cabeza era que terminaría tras los muros de un convento. Mientras el carromato se acercaba a las inmediaciones del monte Abantos, recordó cómo comenzaron aquellos mil días que ya cumplía en compañía de los monjes jerónimos. De lo ocurrido las dos primeras semanas apenas tenía constancia. Le dijeron que el padre enfermero le dedicó una decena de jornadas con todas sus noches para salvar su brazo de la putrefacción. Aquel hombre versado en medicina supo detener la purulencia que le comía las carnes, aunque no pudo evitar la fiebre, las pesadillas ni las alucinaciones. También le dijeron que anduvo muy cerca de la muerte, que empleó un mes en alejarse de ella y casi dos en recuperarse, en volver a comer, a beber, a caminar con normalidad, a sentir que el peligro había pasado.

Una tarde fue llamado por el prior. Acompañado por el vicario, acudió a uno de los despachos del convento y allí se quedó a solas con él.

Por lo primero que se interesó el principal de los monjes fue por saber quién era.

—Me llamo Tello del Saz —respondió Tábano, a quien su propio nombre le sonó extraño en los labios después de haberlo omitido más de media vida—. Ignoro dónde nací, pero mis primeros años los pasé en el pueblo de Algete.

—*Villa* de Algete —precisó el prior, un hombre maduro, de cuerpo escurrido, rostro cadavérico y tonsura exagerada. Vestía el acostumbrado hábito blanco y el escapulario de lana color tostado que le llegaba hasta los pies—. Nuestro rey Felipe II hace tiempo que le otorgó el título de villa.

—Sea, pues —admitió Tello sin darle importancia—. No era más que un muchacho cuando me incorporé a uno de los tercios junto con otros jóvenes de allí y de la cercana localidad de Fuente el Saz. De primeras fui rechazado, pero luego me hicieron un hueco como mochilero. Con el tiempo llegué a ser arcabucero y rodelero. Harto

de la guerra y de su barbarie, regresé a Castilla para purgar mis pecados y olvidar mis penas, aunque os aseguro que siempre luché por Dios y en favor de nuestro rey.

—¿Y tu herida del brazo? ¿A qué se debió?

—No lo recuerdo… —mintió—. En cualquier caso, eso ya es agua pasada, padre.

El prior se acarició la barba con gesto desconfiado.

—Vestías buenas ropas cuando llegaste aquí, usadas y sucias, pero de calidad. Entre tus pertenencias también había una bolsa con algunas monedas, no muchas, pero ningún soldado puede reunir varios reales de a ocho y llevarlos encima. Y portabas una espada de excelente factura: acero toledano, hoja grabada con filigranas en su base y vaina de un soberbio cuero negro —dejó caer.

—¿Y bien? —rehusó explicarse Tello.

—¿Eres un hidalgo? ¿Quizá ostentas un título de más importancia? ¿Qué te trajo hasta este monasterio? ¿O acaso, hijo, fuiste presa de ciertas tentaciones y buscaste refugio? —desgranó el religioso con paciencia—. Son muchas preguntas…

—Responderé a vuestra curiosidad si me decís dónde está mi espada —contestó Tello. El prior le señaló un rincón del despacho con un golpe de cejas. Allí descubrió el arma apoyada de pie en la esquina—. ¿Puedo recuperarla? —preguntó dominando a duras penas la ansiedad.

—Necesitaría una explicación por tu parte antes de darte permiso para tomarla, aunque seguramente no lo necesites. Los dos estamos aquí solos y yo no sé luchar.

—No soy ningún ladrón, tampoco un asesino… —gruñó, aunque la última palabra casi se le atragantara.

—Tómala, pues.

Gracias a la conmiseración del prior, o a que se trataba de un hombre poco temeroso, Tello consiguió recuperar su espada y que le cediera una celda de la pequeña hospedería del convento. En cualquier caso, jamás le descubrió quién era ni qué locuras había cometido, aunque, si se hubiese visto abocado a ello, sabía que podía acogerse al secreto de confesión. Ignoraba si su apodo, Tábano, habría llegado hasta Toledo. Desde luego era difícil que los

frailes lo hubiesen oído pues apenas abandonaban la clausura ni se relacionaban con nadie del exterior. Aun así, por mucho que los remordimientos corroyeran su ánimo y pidieran a gritos revelar sus maldades para lograr el perdón divino, era preferible dejar que su sobrenombre y su pasado se descompusieran en el olvido como hojas secas. Bastante tenía con que se lo recordara la horrible y retorcida cicatriz que se deslizaba como una culebra ponzoñosa desde la muñeca hasta el codo.

Desde aquellos primeros días en Sisla, Tello se limitó a ser un monje más y, dentro de sus posibilidades, a pasar desapercibido para el resto de la comunidad. Se esmeró en mantener la boca cerrada y prestar obediencia absoluta. Esa actitud sirvió para que, un año después de su llegada, el prior le invitara a unirse a la Orden.

—Te hemos acogido sin muchas preguntas y compartes trabajo, sacrificios y oración con nosotros —le dijo una mañana—. La caridad no exige el pago de buenas obras, y nadie te va a obligar a abandonar el monasterio. Pero tan cristiano es aceptar la generosidad de tus semejantes como tratar de devolverles lo que has recibido. Quizá fuera buena idea que te postulases para ingresar en la Orden. En un año, superando las pertinentes pruebas, serías novicio, y en poco más de dos podrías tomar los hábitos.

—Prefiero continuar como vuestro huésped, padre. Por el momento no tengo intención de marcharme. Al contrario: pretendo compensar a la comunidad siendo un hombre de provecho en un futuro cercano gracias al estudio y la oración, y dedicar así mi vida al Altísimo.

El prior torció el gesto con una mueca de guasa.

—¿Debo creer a un hombre que ha demostrado no ser pobre en la tierra y, además, posee un arma magnífica?

—Os aseguro que, hoy por hoy, no soy digno de ser un jerónimo. Permitid que purifique mi alma y me ejercite en las artes y en la fe. Y luego, Dios dirá.

Subido en el carromato, Tello recordó su trayectoria en el convento durante esos cerca de tres años. Al igual que los monjes se habían volcado con sus circunstancias, él trató de ser fiel a la palabra dada y devolverles lo que recibía. Se dedicó por ello al

estudio de la teología, la filosofía, el latín y la aritmética con ánimo de convertirse en alguien de provecho más allá del manejo de las armas. Poco tiempo después, y no sin cierta sorpresa, advirtió que estaba tan bien dotado para manejar el acero como para acumular en su cabeza enseñanzas, cálculos, hipótesis e ideas. Al principio, en el convento se le profesaba una sana envidia que, con el transcurrir de los meses, se tornó en cierta admiración. El prior, el vicario y, de cuando en cuando, algunos de sus consejeros, llamados *diputados*, insistían para que solicitara su entrada en la Orden, pero él continuaba resistiéndose.

—Nací para la acción, padre —se excusaba cuando le ponían en un brete—. Ahora estoy enterrado entre legajos y libros de matemáticas y otras disciplinas, pero este sacrificio fructificará con el tiempo y me entregaré a mis semejantes en cuanto me sienta preparado.

—Podrías llegar a ser monje lego y no tener más obligación que servir a otros monjes —le ofrecía el prior.

—Creo que no me he explicado bien. Cuando hablo de los demás, no me refiero a mis hermanos de la Orden, que estos ya saben cómo arreglárselas, sino a mis otros hermanos, aquellos que en verdad tienen muchas carencias.

Ni el prior se olvidó de insistirle, ni Tello se cansó de rechazar sus ofrecimientos. Necesitaba ocupar su cabeza en tareas de provecho y, a la par, mantenerse lejos de cualquier persona que pudiera reconocerle. Y es que, con impertinente frecuencia, sus ojos volvían a contemplar las vidas que había segado cuando era soldado. Pero, sobre todo, rememoraba con nitidez aquellas que había arrancado con desprecio cuando era el custodio de Pedro Saldaña y obedecía sus órdenes sin cuestionarlas. Ahora se echaba en cara no haberse negado a cumplir sus deseos. De hecho, si no le hubiese faltado arrojo, podría haberse marchado de su lado. Incluso podría haberle denunciado. Al final, admitía con pesar que, en esos lejanos y vacíos días, jamás se lo hubiera planteado. La buena vida y su orgullo le cegaban.

También recordaba el principio de su propio final, aquel día que su soberbia comenzó a agrietarse tras asesinar a Francisco Atance y al

comerciante que le acompañaba. Las razones que esgrimió su señor eran absurdas, infantiles, fuera de todo entendimiento, pero, aun así, cumplió su encargo. Era cierto que, en aquella ocasión, sintió una quemazón en su espíritu que nunca antes había experimentado. Y luego, a las pocas horas, sin tiempo para asumirlo ni mucho menos para recapacitar, llegó la muerte de Inés, y se produjo de una manera horrible, idéntica a la que él mismo había practicado contra muchos flamencos y franceses sin importarle si eran hombres, mujeres o niños. Por eso, aunque se sabía con los infiernos asegurados ya que su perversión resultaba imperdonable, no estaba de más tratar de conseguir cierto perdón dedicando al prójimo sus conocimientos y sus esfuerzos lo que le restaba de vida. Con suerte y algo de compasión del Altísimo, quizá lograra solo tostarse en el purgatorio para toda la eternidad. Lo que no podía cuestionarse era si debía abandonar el convento. Castilla, España entera, estaba preñada de hombres que habían sido soldados y el sobrenombre de Tábano era bien conocido entre ellos.

Durante todo ese tiempo, la paz de espíritu se negó a llamar a su puerta. Tomando ejemplo de otros frailes que se mortificaban noche y día para unirse a la pasión de Cristo y buscar el amor y el perdón de Dios —y también porque él comenzaba a sentirlo así—, pidió que le facilitaran un cilicio. Poco tiempo después, al comprobar que los pequeños desgarros en su brazo izquierdo no eran suficiente sacrificio porque apenas apaciguaban su memoria, se hizo con un pequeño látigo de cáñamo para flagelarse por las noches cuando, en la soledad de su celda, imploraba de rodillas a Dios que le perdonara sus pecados y le permitiera vivir sin todos aquellos recuerdos que le perseguían cada vez con más ahínco. Tras varios meses, algunos de sus compañeros le veían como una persona extraña que no quería abandonar el convento ni separarse de ellos, quizá porque buscaba un inconcebible proceso de santificación. Pero Tello sabía que aquellas acciones iban dirigidas no solo a solicitar la misericordia divina, sino, principalmente, a no perder la cordura.

Esos recuerdos le mantenían abstraído aquel día de julio cuando, tras cinco horas de camino, el carro atravesó la pequeña aldea de El Escorial y continuó rumbo al norte. El leve golpe que uno de sus

compañeros le propinó en la rodilla le hizo regresar a la realidad. El monje dirigió su vista hacia delante y Tello siguió la dirección que le indicaban sus ojos. Por fin iban a abandonar la gran arboleda por la que habían transitado desde que salieron de El Pardillo poco después de despuntar el sol. Aquel último tramo se resolvía en una línea casi recta que desembocaba en lo que, desde su asiento, Tello supuso que debía de ser una gran pradera libre de vegetación por la explosión de luz que se adivinaba en la lejanía.

No se equivocó. El carro que transportaba a la docena de monjes comenzó a bordear una inmensa explanada. Con el sol a sus espaldas, Tello observó que aquella llanura no era natural pues tenía forma cuadrada. Calculó que cada lado mediría unos doscientos cincuenta pasos. En sí no era más que una porción de monte desbrozado, pero su grandiosidad no solo se debía a sus proporciones, sino a la impresionante construcción de piedra que se alzaba majestuosa en uno de sus lados. Aun estando a una buena distancia, se trataba de un edificio de dimensiones colosales. Los sillares se apilaban en perfecta armonía hasta ganar una larga fachada principal de cuatro alturas bajo un generoso tejado abuhardillado. En los extremos más alejados se erguían dos torres cuadradas, anchas, macizas, que se elevaban tres alturas más y estaban coronadas por agujas rematadas con pizarra, algo que Tello solo había visto en las iglesias francesas. Entre ambas torres habría más de ciento veinte pasos. ¡Era increíble! Hizo un rápido cálculo: ¿sesenta pasos de fachada principal y casi el doble de lado? Si en verdad era así, no había en toda Europa un edificio con semejantes medidas. O si lo había, desde luego, no tenía noticia de él.

Según bordeaban la explanada para aproximarse a lo que parecía la entrada principal de aquella mole de piedra, le impactó la intensa actividad que se veía por todas partes. Varios centenares de hombres, quizá un millar, la cruzaban en todas direcciones como queriendo emular un gran hormiguero donde cada uno desempeñaba con precisión y diligencia la tarea que tenía adjudicada. Advirtió que la mayoría llevaba en las manos alguna herramienta: martillos, mazos, paletas, cinceles, azadas, picos, palas… Otros portaban cuerdas, sacos, cueros curtidos, pieles…

Algunos pocos conducían un pequeño rebaño de ovejas, o de cabras, o una reducida piara de cerdos, o guiaban mulas que tiraban de carros llenos de cal, de cantos, de tinajas y pellejos con agua, o repletos de grandes maderos, de estacas… Había también algunas mujeres acarreando cestos tapados con telas, seguramente con viandas. Otras se hacían acompañar por muchachos muy jóvenes que arrastraban carretillas llenas de frutas o verduras.

Y frente a ellos, el imponente monte Abantos vigilaba los movimientos de aquellos habitantes y parecía, de alguna manera, ordenar sus destinos. En sus faldas, hacia el oeste, se apiñaban bastantes cabañas de madera y algunas casas construidas con sillares. A su izquierda, más al norte, se distinguían varias hileras de construcciones a modo de albergues, almacenes, talleres, quizá también algún comercio. Cerca de allí era por donde los pastores dirigían a sus animales en dirección a los senderos escondidos entre los pinares que trepaban hacia la cima y que, a buen seguro, terminaban en apriscos y parideras. A cada minuto que pasaba, la algarabía que provocaba tanto movimiento se iba tornando más abrumadora, como si los oídos de los visitantes dieran permiso a los ojos para que lo captaran todo en un inicio y luego, una vez asumida la belleza del lugar, reclamaran su función.

—¿Dónde estamos? —se decidió por fin a preguntar a uno de sus compañeros de viaje, un hombre que le doblaba la edad, redondo por todo su cuerpo y de rostro sonrosado. Desde un principio le pareció que tenía la encomienda directa del prior de instalarse en aquel lugar.

—En San Lorenzo el Real, nuestro nuevo hogar —respondió sin disimular el asombro que, asimismo, le tenía turbado—. Se trata del convento más importante de la Orden desde que se concluyó hace cuatro años. Inicialmente el proyecto fue concebido para albergar a cincuenta monjes, pero el rey en persona ha ordenado duplicar tal cantidad. Esa es la razón por la que ahora nos encontramos aquí.

Tello no cesaba de mirar hacia arriba y a los lados. A medida que se acercaban, todo lo que abarcaba la vista comenzaba y terminaba siendo edificio.

—Es… Es… ¡¡grandioso!! —se admiró.

—Guarda tus adjetivos para cuando la obra esté terminada. Levantar el convento costó casi ocho años, pero aún falta mucho por construir.

—¿Más todavía?

—El monasterio contempla un edificio gemelo al que ves. Dispondrá de un seminario, un colegio y una amplia zona destinada a las estancias reales. Entre medias de las dos construcciones se erigirá una biblioteca y una gran basílica. Así que podría considerarse que, hasta el día de hoy, apenas se ha realizado una tercera parte.

Esas palabras no hicieron más que acrecentar su curiosidad. Junto al lado más largo del convento, el perpendicular a la fachada principal, Tello descubrió que se abrían ya varias zanjas en el terreno como si fueran a albergar otra edificación de proporciones inmensas a juzgar por la profundidad y la longitud de las mismas. Incluso en algunas zonas se podía distinguir cómo habían comenzado a alzarse grandes pilares.

El carro se detuvo frente a la gran entrada al edificio. Allí esperaban cuatro monjes que les dieron la bienvenida. Tello era el único viajero que no vestía hábito ni llevaba rasurada la cabeza con la tonsura. De hecho, había dejado crecer sus cabellos hasta rozarle los hombros. Así que a nadie le extrañó que, tan pronto pusieron el pie en tierra, uno de los monjes le indicara a otro en un susurro que abordara a ese recién llegado que no encajaba con el resto de los hermanos.

—¿Eres Tello del Saz? —se interesó. El visitante asintió con un rápido movimiento de cabeza—. Haz el favor de acompañarme. El padre prior quiere conocerte.

Tello siguió los pasos del monje y se introdujo en el convento por la que era la verdadera entrada al mismo: una pequeña puerta lateral hacia la mitad de la larga fachada del edificio. Le hubiera gustado caminar más despacio para admirar su interior, sus anchos pasillos con techos abovedados y cruzados por arcos que reflejaban la luz que se introducía desde patios y claustros. Pero aquel personaje de corta estatura movía con rapidez sus piernecillas y no estaba dispuesto a que el visitante se relajara. Además, alguien los

seguía a escasa distancia. No se atrevió a mirar hacia atrás hasta que el religioso se detuvo frente a una puerta abierta que daba a una estancia donde había un armario, una mesa, un sillón y un gran candelabro de madera de tres brazos.

El monje le hizo un gesto con la mano para que pasara y Tello obedeció. Detrás de él entró la persona que los había seguido y cerró la puerta.

—Soy Julián de Tricio, prior del convento —se presentó. Su gesto y el tono de sus palabras exhalaban cordialidad, pero los sentidos de Tello ya estaban alerta. No le había gustado que, antes incluso de respirar el aire de la montaña, aquel hombre le hubiese apartado de sus compañeros para interrogarle. Porque eso era seguramente lo que se disponía a hacer—. El prior de Santa María de Sisla, al cual conoces bien, nos hizo llegar un escrito hace meses anunciando que viajarías junto con otros monjes desde Toledo para cumplir con los deseos del rey de completar aquí al menos un centenar de frailes. Hernando de Ciudad Real, mi antecesor, me puso al tanto de tu llegada en cuanto ocupé su cargo.

—Espero que no os incomode mi presencia. Tal y como he venido, puedo irme si lo consideráis oportuno —habló Tello cuidando la entonación y las palabras, aunque ya no le costaba demasiado hacerlo. Llevaba casi tres años practicando.

—Toma asiento —le pidió señalándole una silla que estaba arrimada a la pared mientras el prior, un hombre de mediana altura, bien proporcionado, de edad cercana al medio siglo y cabellos tirando a rubios, se sentaba en el sillón que había al otro lado de la mesa dispuesto a proseguir tan peculiar acto de bienvenida—. En aquel escrito se hablaba mucho de ti. No tengo intención de importunarte. Sé de tus circunstancias y de la evolución que has experimentado en Sisla. En todo este tiempo, nadie ha tenido queja. Es más: el prior se deshace en halagos, lo cual celebro. Pero hay un punto que me preocupa.

—Vos diréis, padre.

—¿Es cierto que posees una espada?

—Sí.

—¿La has traído contigo?

—Por supuesto —contestó resuelto.

—¿Y no habría alguna manera de…?

—En absoluto, padre. Donde esté yo estará ella, y viceversa.

El prior hizo un gesto de contrariedad. Tello le sostenía la mirada con actitud tranquila, segura.

—No me importa que allí se contravinieran las normas y hubiera un arma dentro del convento, pero aquí…

—Me marcharé hoy. Ahora mismo, si así lo decidís. Pero no me desprenderé de ella.

El prior carraspeó antes de continuar. Sus ojos pardos mostraban una mirada despierta y, a un tiempo, contenida.

—Mi hermano de Sisla te considera una persona de gran valía. No solo gozas de buena inteligencia, sino también haces gala de una gran templanza, paciencia, humildad y disciplina, tanto con la Orden como contigo mismo. —Sonrió—. El prior está seguro de que antes de pisar su convento no eras así, que algo se te torció en la vida y, ¡por el Altísimo!, le hiciste frente con determinación. Me asegura que puedo confiar en ti, que te utilice para todo aquello que se me ocurra porque no me defraudarás. Aun así, Tello, no estoy dispuesto a plegarme ni a las palabras de mi hermano ni a tus condiciones.

—¿Qué deseáis de mí?

—Esa actitud me gusta más —dijo conciliador mientras echaba el cuerpo hacia delante—. Quiero que te conviertas en postulante… No, Tello, no hables todavía, espera a valorar mis razones y luego podrás responderme. —El antiguo soldado inspiró profundamente y soltó el aire con lentitud, dispuesto a seguir escuchando—. Según entendí en el escrito del prior, quieres purgar tus pecados, llevar una vida recta dedicada a los demás y continuar con tus estudios. ¿Para qué necesitas entonces una espada?

—No sigáis por ahí, padre —le advirtió.

—Muestra un poco de cintura. Y de humildad. ¡Sí, y también de esa inteligencia que dicen que tienes! Soy el prior de este convento, la persona más importante de una orden privilegiada que la Corona cuida con esmero. He sido designado por el mismísimo rey. Para que te hagas una idea, hace pocos días Su Majestad nos confió acoger un servicio fúnebre para dar sepultura al infante Carlos Lorenzo, su

segundo hijo. El pequeño murió repentinamente en Galapagar y su cuerpecito fue traído hasta aquí por el obispo de Sigüenza para enterrarlo en nuestra capilla, bajo el altar. Así que, como puedes deducir, mi relación con el rey es estrecha e incluso ostento cierto poder —le advirtió, aunque en sus palabras no se traslucía amenaza alguna—. Como personas de bien, tú y yo tendríamos que saber llegar a un acuerdo. Prefiero la buena voluntad y la disposición a tener que dar órdenes.

—¿Qué queréis de mí que tantos rodeos os hace dar, padre?

El prior resopló haciendo acopio de paciencia.

—Si tan empeñado estás en conservar tu maldita espada, puedes quedarte con ella, pero nadie debe enterarse de que la tienes, ni debe salir de tu celda bajo ninguna circunstancia. A cambio, te ofrecerás como postulante. Después de un año, y habiendo superado ciertas pruebas, optarás a ser novicio y luego monje. Si aceptas, te permitiré vivir en el convento. —Tello fue a replicar, pero el prior le mandó callar con un leve movimiento de su mano—. Además, hasta que seas novicio te libraré de llevar los hábitos de monje, aunque deberás vestir de manera humilde y sencilla. Una camisa y unas buenas calzas ahora en verano son más que suficientes. ¡Ah!, y también te eximiré de la clausura. Las puertas estarán abiertas para ti día y noche.

Tello permaneció unos segundos en silencio.

—¿Dónde está la trampa? —habló por fin.

—Serás libre de andar por donde quieras porque, mucho me temo, tendrás que cumplir una misión necesaria para mí, para el rey y para Nuestro Señor.

—¿De qué se trata?

—Lo sabrás a su debido tiempo, Tello. ¿Aceptas?

6

Julián de Tricio y Tello llegaron a un acuerdo. El de Algete —o quizá de Fuente el Saz; ni él mismo lo sabía— no alcanzaba a comprender por qué el superior había querido afrontar aquella suerte de negociación con él cuando podía haber zanjado la cuestión imponiendo su voluntad. No era normal que un seglar se alojara en un convento, mucho menos armado. Tampoco lo era que el prior lo consintiera, o que maniobrara de manera tan cautelosa. No había duda de que, por alguna razón que se le escapaba, ambos se necesitaban. Él precisaba de la cobertura que le brindaba el convento. Pero ¿y el prior? Temía el momento en que fray Julián le reclamara cumplir su parte. Y no lo sabría hasta que él lo considerara oportuno. Tal y como le había dicho, conocería sus pretensiones *a su debido tiempo*.

Tello se instaló en una de las celdas de la planta baja del edificio, muy cerca de las dos galerías dedicadas a la hospedería. Allí dejó su escaso equipaje, apenas un fardo atado de modo que camuflara su espada. Lo desenvolvió y escondió el arma en uno de los lados del camastro, en el hueco que quedaba entre el jergón y la pared, un lugar donde nadie podría encontrarla porque nadie tenía por qué entrar en su celda. Antes de arrodillarse frente al crucifijo que presidía la estancia, se remangó la camisa y se ajustó el cilicio que aprisionaba su brazo izquierdo. Luego dio gracias a Dios por continuar bajo su protección.

Para no hacerse notar y mostrarse ante todos como un huésped más, Tello empleó los primeros días en reconocer los terrenos colindantes a las obras del futuro monasterio. Por las mañanas paseaba por un amplio descampado que se extendía frente a la fachada meridional y que estaba siendo preparado para albergar los jardines. Por las tardes se dirigía hacia el este, donde había bellas

arboledas que alternaban con dehesas en las que pastaban magníficas reses. Ambos lugares estaban atravesados por pequeños riachuelos donde era posible pescar. En las cercanías había huertas en las que aprovisionarse de frutas y verduras. Toda aquella zona que daba al oriente era en realidad una gran despensa.

Antes de que se cumpliera una semana desde su llegada, el antiguo soldado volvió a retomar sus estudios. En ellos ocupaba más de medio día. Y cuando el sol iniciaba su declive, aireaba su cabeza deambulando de nuevo alrededor de las obras. Así supo que el edificio de planta cuadrada que se erigía pegado al convento por el lado contrario a la fachada principal estaba destinado a albergar las habitaciones que ocuparía la familia real cuando visitara el monasterio. Comparado con la gran mole, el palacio se mostraba pequeño, pero solo en apariencia, pues su altura, como el resto del complejo, en verdad desafiaba a los cielos. Tello contemplaba maravillado la magnitud de la edificación cuando una voz a su espalda reclamó su atención:

—Queda por rematar el interior de todas las piezas, amueblarlas, vestir paredes, ventanas y solados… El trabajo aún está lejos de concluir.

Al girarse se encontró con un hombre un poco más bajo que él, fuerte, ancho de hombros, barba poblada y grandes ojos oscuros. Su aspecto algo feroz estaba en consonancia con una vestimenta de color pardo bastante sucia y un delantal de cuero en el que alternaban grandes tajos con lo que parecían ser quemaduras.

—Os llevo observando desde que llegasteis, pero hasta hoy no me he atrevido a saludaros —continuó el personaje.

—¿Quizá porque, habiéndome reconocido, temías abordarme? —le provocó Tello. Y lo hizo porque él sí había identificado su voz y su semblante fiero, aunque también sabía que, en verdad, no suponía ningún peligro pues el hombre siempre había mostrado una actitud bonachona. La última vez que vio a Esteban Lizar fue el día que entregó en la casa de Pedro Saldaña el enrejado del balcón con la cruz de Santiago en su mismo centro.

—No tengo intención de crearos problemas, mucho menos de generármelos a mí mismo —se explicó el herrero de manera apacible

—. Únicamente quería presentarme antes de que pensarais que podía delataros. En Guijosa hubo muchas habladurías sobre vuestra implicación en la muerte de doña Inés. Y en la comarca todos conocían a Tábano. Bueno, no solo allá. Vuestra fama os precede sobre todo en los ambientes militares. No es extraño que os atribuyeran el asesinato, máxime cuando dicen que entre ella y vos había algo más que aquello que todos los ojos veían.

—¿Y tú qué piensas?

Esteban se acercó a Tello y le observó de arriba abajo.

—Desde que llegasteis me costó aceptar que erais vos. Me resultaba sorprendente vuestra transformación, antes tan bravucón, tan osado y altivo cuando paseabais por el pueblo en compañía de don Pedro o de su difunta mujer… Ahora os mostráis silencioso y apocado como un monje, quizá arrepentido de…

En un arrebato de indignación, Tello agarró al herrero por la camisa y pegó su rostro al suyo.

—Yo no tuve nada que ver con aquel asesinato —masticó las palabras en un susurro—. El señor de Guijosa me tendió una trampa. Si no hubiese huido, llevaría años comido por los perros o estaría enterrado en cualquier monte. Por eso me vi obligado a desaparecer. —Y viendo que aquel corpachón no oponía resistencia, lo soltó—. No pienso seguir escondido toda la vida. Aquello ocurrió hace casi tres años y terminará por olvidarse. En cualquier caso, soy inocente, y si hay alguien que quiera reavivar las acusaciones de aquel crimen, haré lo que sea necesario para que no se propaguen. —Y repitió la advertencia con tono duro—: Lo que sea necesario.

—Por mí no será, Tello del Saz. —Pronunció su nombre con una afectada delicadeza. Daba a entender que no iba a utilizar su antiguo apodo—. Don Pedro Saldaña nunca me resultó simpático, aunque, en verdad, sentí la muerte de doña Inés, mucho más cuando me enteré de cómo se produjo. Gracias al cielo, pocas semanas después de aquella tragedia me llamaron para trabajar aquí en las estancias reales que estáis contemplando. El acuerdo que me ofrecieron cubría solo esa parte del monasterio, pero antes de finalizar la faena me nombraron capataz porque necesitaban artesanos como yo para acometer las otras dos construcciones.

—No me importan tus cometidos —se molestó Tello—. Lo único que quiero saber es si vas a tener la boca cerrada.

—No debéis preocuparos. Vuestro secreto está bien guardado conmigo. Ya os he dicho que no busco problemas, mucho menos con vos —y con la mano hizo un ademán liviano, casi cómico, como si manejara una espada—. Tampoco pienso desperdiciar la oportunidad de participar en este desafío imperial. El rey quiere que aquí se construya la octava maravilla del mundo, un complejo tan grande como esa basílica que están levantando en Roma desde hace medio siglo. Y me consta que desea concluir las obras cuanto antes.

—¿Cuándo comenzaron?

—Hace ya doce años que se puso la primera piedra. Los trabajos para levantar el convento se extendieron durante los ocho primeros. Apenas hubo descanso antes de iniciar las obras del edificio destinado a palacio, que se dilataron algo más de treinta meses. Ahora bien, todavía faltan por acometer dos terceras partes del complejo.

—¿Dos terceras partes? —quiso confirmar Tello la información que ya le había ofrecido uno de los monjes el mismo día de su llegada—. ¡Si esto ya es enorme!

—Guardaos vuestro asombro para cuando esté finalizado. En el lado opuesto al convento se construirá un edificio de muy parecida arquitectura. Ya habréis visto que se han comenzado a levantar los muros que cerrarán todo su perímetro. Ambas fachadas principales mirarán al mismo lado, pero, entre medias, se erigirá una enorme biblioteca y la gran basílica, de la que ya se ven parte de los cimientos y la base de algunos pilares.

—¿Y cuándo se tiene pensado concluir semejante hazaña?

—Don Juan de Herrera afirma que de aquí a diez años la construcción del monasterio habrá finalizado, y eso incluye los jardines que habrá al sur y al este, así como una gran lonja que hará esquina al norte y al oeste.

—¿Una lonja?

—Así llama el arquitecto a esa zona en sus planos. Es como una avenida, una gran plaza a lo largo de las fachadas principales y de aquella que formará el muro lateral del edificio gemelo al convento.

—Entonces será una especie de atrio abierto que rodeará esas dos partes del complejo…

—En efecto. Ahora esos lugares están ocupados en su mayor parte por talleres, cobertizos y almacenes, aunque los trabajadores ya usamos el nombre que Herrera ha consignado en las trazas: lonjas.

Tello miró a su alrededor. Desde su posición al pie del palacio que albergaba las estancias reales, la mole del convento quedaba a su izquierda. Nadie en su sano juicio podía pretender que, en solo una década, se fuera a erigir un edificio gemelo a su derecha y entre medias, frente a donde estaba él, toda una basílica. ¡Dios santo! Su vista no podía abarcar tanto espacio de una vez.

—¿Bebe mucho vino ese Juan de Herrera? —bromeó con incredulidad.

—Cuidad vuestras palabras, Tello del Saz. Estáis hablando del arquitecto que tiene la responsabilidad de llevar adelante las obras.

—No creo que le dé tiempo a terminarlo en diez años. Ni en veinte. Quizá nunca.

—El rey está dotando al proyecto de todo lo necesario: operarios cualificados, capataces, maestros… —Recorrió con su mano la explanada para abarcarla en su totalidad—. Alrededor hay albergues, mesones, establos, depósitos, quioscos de todo tipo, hasta un hospital de laborantes. Todo eso desaparecerá cuando se terminen los trabajos y se perfile la lonja, donde se construirán nuevos edificios para la administración de la Corona. Aquí la organización es perfecta porque, como he dicho, el rey quiere verlo terminado en una década. De ahí que, para ahorrar tiempo, su estilo arquitectónico haya sido modificado para que carezca de ornamentos que retrasen las obras.

—No te enfades si lo que dices no resuelve mis dudas.

—¿Por qué no me acompañáis mañana? Podréis ver cómo se trabaja en esta gran explanada con vuestros propios ojos.

Se citaron a la salida del sol en el acceso al convento. El padre portero, un hombre bajito y encorvado por el paso de los años,

despidió a Tello con cierta sorpresa al verlo marchar a esas horas cuando siempre solía hacerlo pasado el mediodía. El antiguo soldado comenzó a bordear el terreno donde se estaban abriendo las zanjas para los cimientos de la basílica. Acababa de despuntar el sol por detrás del palacio cuando se escuchó el repicar de una campanilla. A partir de ese momento, el lugar fue rehén de una intensa actividad. En apenas unos minutos aparecieron docenas de obreros que se esmeraban en herir la tierra con sus azadas y sus palas en perfectas líneas rectas tiradas a cordel. Al otro lado de aquella zona, que no tenía mucho más de veinticinco pasos de ancho, otros peones levantaban más andamios para proseguir la construcción de la fachada principal del edificio gemelo al convento. Junto a ellos se detenían carros tirados por bueyes que transportaban maderos, hierros o sogas.

—El asombro os ha dejado la boca abierta —escuchó decir a Esteban. Se había acercado a él a través del descampado que en un futuro sería parte de la lonja.

—En verdad se trabaja con diligencia.

—Ya os lo advertí, Tello del Saz.

El antiguo soldado se giró hacia el capataz y lo miró a los ojos.

—Te agradecería que dejaras de mentarme así y me trataras como a un postulante sin más. Esas distinciones en lo único que pueden favorecerme es en crearme problemas.

—Como ordenes —concedió Esteban con cierto tono de guasa—. Y ahora que has visto que los operarios aprovechan cada minuto del día en agradar a su rey y a Dios, te pediría que vinieras a mi taller para ver cómo trabajamos el hierro. De paso, te enseñaré todo lo que merece conocerse de este lugar.

Caminaron siguiendo las marcas que delimitaban el edificio gemelo entre obreros, albañiles y canteros. Así llegaron hasta el que sería el final de la edificación, donde ya se habían levantado dos alturas de la fachada trasera. Después penetraron en la zona del palacio y subieron hasta la planta donde se sucedían las estancias que habría de ocupar el rey durante la *jornada*.

—Así se le llama al tiempo que Su Majestad está en el monasterio —le aclaró Esteban.

—¿Y cuánto tiempo dura esa *jornada*?

—Desde finales de septiembre hasta principios de noviembre. Hay veces que se desplaza desde Madrid y otras desde el palacio de La Granja, donde disfruta del verano. Su alcoba aún está sin estrenar pues no quiere instalarse en ella hasta que se termine el monasterio. Por ahora ocupa una celda en el convento, la número uno.

El herrero le fue explicando la manera en que se completarían los trabajos en las habitaciones dedicadas a la Corona, las maderas que se utilizarían, los azulejos de Talavera para el zócalo y las sobrias telas que adornarían aquel extraño palacio.

Poco después abandonaron el edificio y desanduvieron el camino para así recorrer la hilera de cabañas y casas que ocupaba la línea norte de la lonja, en su mayoría toscas construcciones tras las cuales se adivinaba un pequeño campanario. Esteban le iba descubriendo la finalidad de cada edificio, desde albergues repartidos por gremios, donde dormían los obreros y operarios, hasta los talleres que utilizaban los artesanos u otros almacenes donde se reunían las mercancías. Luego le enseñó la zona administrativa de las obras, edificaciones más sólidas dedicadas a gestionar la burocracia, los pedidos, los pagos, lugares donde ejecutaban sus tareas los registradores, contables, tesoreros, pagadores y otros funcionarios de la Corona. También le indicó que una de aquellas casas estaba destinada a los arquitectos y los aparejadores, donde el propio Juan de Herrera estaba realizando un estudio mecánico para fabricar máquinas elevadoras que fueran capaces de subir bloques de granito a grandes alturas con rapidez y poco esfuerzo.

—A partir de esa esquina, justo donde comienza la parte oeste de la lonja, verás que hay algunas cabañas de madera y casas hechas con ladrillos y sillares —le indicó Esteban señalando con su dedo índice—. Las primeras acogen a sobrestantes, ayudantes de maestros de obras, jefes de cuadrillas y otro personal importante relacionado con los trabajos, incluidos los administradores de los que antes te hablaba. Las de piedra las ocupan mercaderes, comerciantes, algún hidalgo que aspira a más, algún noble que se ha quedado sin recursos, personajes invitados desde el Alcázar de Madrid…

—¿Tanta personalidad hay aquí? —se extrañó Tello.

—No son tantas como crees. De hecho, son pocas en comparación con el séquito que sigue al rey cuando pasa aquí la *jornada*. Los cargos más distinguidos se alojan en la hospedería del convento, pero las camas se cubren enseguida y el resto tiene que repartirse por todas esas casas. Los hay incluso que la comparten con los funcionarios. Durante esos días, los encargados del aprovisionamiento se vuelven locos para alimentar a tanta gente. Solo proveer de pan y agua los lleva de cabeza.

Aquella visita le enseñó a Tello que allí todo el personal trabajaba sin descanso desde que salía el sol hasta que se ocultaba. Las explicaciones de Esteban demostraron que la organización era perfecta y todo respondía a una planificación muy precisa, que Juan de Herrera era poco amigo de la improvisación y así se lo había contagiado a sus ayudantes. En las obras no se desperdiciaba un minuto si no era por una causa de fuerza mayor. También pudo percibir que el capataz contaba con la estima de sus compañeros, tanto de los herreros que tenía a su cargo como de otros obreros y responsables. Su forma de hablar pausada pero firme, con plena confianza en lo que decía, le había hecho ganarse el respeto del resto. Días después descubrió que, además, era muy tenaz en su trabajo, alguien que se debía por entero a sus ocupaciones, comprometido con las obras y con el rey. En verdad era un hombre que poseía un firme compromiso por desarrollar aquel proyecto.

El calor apretó durante los días siguientes y Tello prefirió aprovechar las mañanas para estudiar en su celda. Por las tardes salía a pasear por los alrededores y siempre terminaba con los ojos enganchados en cualquiera de las muchas tareas que se desarrollaban en las obras. Fue en una de esas caminatas por las inmediaciones del monte Abantos cuando se cruzó con un cachorro de perro. Calculó que tendría siete u ocho meses aunque ya poseía una buena alzada. El animal, de pelaje largo color canela y moteado de manchas pardas, se le acercó arrastrando la panza y moviendo la cola como si estuviera barriendo la tierra del camino. Cuando llegó a sus pies, se

volvió patas arriba sin dejar de menear el rabo. Tello se agachó y le acarició el vientre con desgana. No era muy amigo de los perros y aquel estaba sucio y olía mal, así que pronto se cansó de manosearle. En cuanto se puso en pie, el animal se incorporó y le golpeó con la pata para que continuara.

—Vas listo, amigo. Los perros me recuerdan a Flandes y allí nos servirías de comida. —El cachorro levantó las orejas y ladeó la cabeza—. Búscate a otro. Es mejor para los dos que cada uno siga su camino.

Lo intentó de todas las maneras posibles, lanzándole patadas, arrojándole piedras, gritándole que se fuera al infierno, incluso rogándoselo, pero el animal le seguía a diez pasos de distancia sin sentirse aludido. Cuando Tello se daba la vuelta para ahuyentarlo una vez más, el cachorro se sentaba y giraba la cabeza, primero a un lado, luego al otro, como haciéndole ver que no comprendía sus mensajes aunque fueran tan explícitos.

Al llegar a la parte de la lonja que les separaba del convento, Tello se dio por vencido. Se detuvo en el mismo borde de la explanada y le hizo un gesto al animal para que se acercara. El perro corrió solícito y apoyó sus grandes patazas en la barriga de Tello, quien miró a todos lados antes de dirigirse al convento.

—Te quedas conmigo con la condición de recibir un buen baño. —El perro lamió su mano—. Dormirás en el suelo, comerás sobras, me obedecerás en todo y no ladrarás. Y ya que el destino ha unido nuestras vidas en las faldas del monte Abantos, te llamaré Risco. Así que pórtate bien y no hagas que me arrepienta —murmuró mientras le indicaba que bajara sus patas al suelo.

Tello tuvo que convencer al padre portero para que le dejase pasar con el perro, y más tarde al vicario para poder quedarse con él siempre y cuando no saliera de su celda si no era en su compañía. Ninguna de las dos negociaciones fue una empresa fácil. El animal se presentía como una bestia indómita, pero lo cierto fue que, desde esa misma tarde, Risco se convirtió en una sombra peluda y simpática que, a cuatro patas, seguía a Tello a dondequiera que fuese. El cachorro trotaba a pocos pasos de su amo y aprendía rápido todo lo que el antiguo custodio le enseñaba.

Y fue así, haciéndose mutua compañía, como los dos juntos averiguaron al día siguiente todo lo que había detrás de aquella primera línea de construcciones que bordeaba la lonja por su lado norte. Tras los albergues, talleres, almacenes y estancias destinadas a la administración de la obra, Tello descubrió que, a continuación, se desperdigaban casi sin orden ni concierto tabernas, mesones, posadas, corrales, tahonas, fraguas, sacamuelas, zapateros, talleres de sastrecillos, de guarnicioneros, incluso de aquellos que hacían talabartes… Había hasta un mercado con algunos puestos de frutas, verduras y carnes. En uno de los extremos localizó una pequeña iglesia y un cuartel con un reducido destacamento militar. No supo calcular cuántos soldados acogería, pero no más de tres docenas. Más allá se esparcían fondas y tascas de aspecto poco decoroso, y más lejos, tras una pradera natural, vislumbró algo parecido a un paupérrimo campamento.

La tarde en la que se cumplía la primera semana con Risco como compañero, Tello se encontró al prior y al padre portero en la entrada del convento cuando regresaba de su caminata vespertina. En un principio no le dio importancia a que le estuvieran esperando. El perro no había creado ningún problema y por suerte apenas ladraba. De hecho, se estaba ganando el aprecio de todos los monjes, que no cesaban de dedicarle carantoñas según se cruzaban con él. No obstante, la decisión de admitir al cachorro la había tomado el vicario y ahora su superior podía desautorizarle.

Julián de Tricio recibió a Tello con una sonrisa y le preguntó si le apetecía retomar el paseo, esta vez junto a él.

—Tenemos un asunto que resolver —fue el colofón a su propuesta.

Tello llamó de un silbido a Risco, que ya se había introducido en el convento, y el cachorro salió de inmediato.

—El padre bibliotecario me ha dicho que no dejas de solicitarle volúmenes que lees en unos pocos días —le dijo el prior mientras caminaban por la lonja—. Por otro lado, estás ayudando mucho en la organización de las labores del convento. No llevas ni un mes en San Lorenzo el Real y ciertos monjes con cargos importantes me dicen que muestras una impresionante facilidad para echar una mano en

las tareas, ya sea en las porterías, la ropería o la hospedería.

—Exageran. Es lo menos que puede hacer un hombre que, en otoño, cumplirá los treinta.

—Conozco a todos y cada uno de los monjes que hay bajo nuestro techo. Cierto es que algunos se dejan llevar por el entusiasmo, pero no son precisamente esos los que me han hablado de ti. De hecho, los hay bastante cascarrabias. Pero eso no importa ahora. Todos sabemos que eres una persona reflexiva, reservada, que no se separa un dedo de la doctrina de Nuestro Señor y que te obcecas en no olvidarlo un solo minuto del día ni de la noche en la soledad de tu celda —le dijo refiriéndose al flagelo.

—Eso no es nada nuevo, padre —se precipitó.

—Lo que quiero decir es que toda la comunidad presiente que eres alguien en quien se puede confiar —le dijo pidiéndole un poco de calma con la mano—. Por otra parte, has de saber que, hasta este momento, las obras se han desarrollado al margen de nuestra Orden. Cierto es que, cuando se construyó el convento, nosotros no estábamos aquí, pero ahora que el edificio está terminado y la comunidad reunida, incluso doblada en número por orden del rey, debemos tener cierta influencia en el desarrollo de los trabajos. Al fin y al cabo, el monasterio estará bajo nuestra responsabilidad en el futuro.

—No sé adónde queréis llegar.

—Aunque yo, como prior, estoy al tanto de todo lo que ocurre aquí, hay ocasiones en las que no se me informa con la presteza ni el detalle que yo precisaría para cumplir mis responsabilidades como es debido. Estoy harto de llevarme berrinches y sinsabores. Al menos debo tener argumentos para quejarme y disponer así de tiempo para enmendar o prevenir los problemas a los que el arquitecto y sus ayudantes me abocan, aunque tengo que decir que la mayoría de las veces es a causa de su excesivo trabajo, nunca de forma voluntaria ni consciente. O casi nunca, que el mal humor de Herrera lo paga cualquiera, incluso yo.

—Pero vos ya presidís la Congregación que administra las obras junto al contador y al auditor real —dijo sin ver más recorrido a las palabras del prior—. Y Antonio de Villacastín, como obrero mayor,

representa a la Orden en el desempeño con los arquitectos.

—Sí, pero la relación con ellos está algo tensa. Desde la Congregación llevamos la provisión de los materiales de construcción, y muchas veces nos enteramos de las necesidades tarde y mal. Lo que quiero es que se me informe en tiempo y forma.

—Lo entiendo, pero no sé qué papel queréis que juegue yo, que ni siquiera soy monje.

El prior agitó la cabeza, molesto.

—Recuerda, Tello: ya eres postulante —le reconvino—. En menos de un año serás novicio, y en casi dos llegarás a ser monje de pleno derecho. Incluso en ocho podrías consagrarte como sacerdote.

—En cualquier caso, padre, sigo sin saber cómo puedo ayudaros.

Habían llegado hasta el final de la lonja y giraron a la derecha camino del palacio.

—Las obras sufrieron retrasos y contratiempos al morir Juan Bautista de Toledo, el primer arquitecto del monasterio. El rey quiso poner remedio pronto y yo creo que se precipitó al delegar en Giovanni Battista Castello. Hace solo tres años nombró como director del proyecto a Juan de Herrera. El cántabro posee una gran capacidad de organización, tiene grandes pretensiones, es un gran ahorrador de tiempo y dineros, pero a menudo va tan rápido que se olvida de informar a su ayudantía de las decisiones que va tomando. Así que, con este panorama, voy a solicitar a Su Majestad que te conviertas en uno de sus ayudantes.

Hubo un espeso silencio que Tello tardó en romper.

—No sé si mis facultades y mi valía estarán a la altura, padre —se excusó.

—Estoy convencido de que la empresa, si bien es importante, no es inabordable para alguien como tú. Te reclamará más de un sacrificio, pero eso solo será al principio. Lo primordial para la comunidad es que serás mis ojos y mis oídos allá donde se toman las decisiones. Ahora ya no importará que oculten, traspapelen u olviden ciertas cuestiones porque tú serás quien me haga llegar la información.

—Os agradezco los cumplidos, pero no sé…

—Te lo recuerdo una vez más: eres postulante aunque no vistas el

hábito, y vives en el convento aunque no seas novicio. Tienes conocimientos de filosofía, teología, astronomía y matemáticas. Y por la forma en la que te desenvuelves, sé que has tenido trato con hidalgos y nobles. Además —y bajó el tono hasta hacerlo casi inaudible—, sabes luchar y tienes una espada. Por lo tanto —forzó un carraspeo—, estimo que estás más que preparado para este trabajo o cualquier otro.

—En verdad, padre, yo preferiría seguir tal y como estoy.

—¿Leyendo y paseando a diario? ¿Ayudando a descargar cestos de frutas y verduras en las despensas de los sótanos? ¿A controlar los remanentes de leña, pescado o vino? ¿A recibir la cera de las colmenas reales y dirigirla a la cerería para hacer velas? —Negó con el índice hacia arriba—. No, mi querido Tello, ni hablar. No te voy a recordar la parábola de los talentos, aunque deberías tenerla presente.

—Pero…

—No insistas. Trabajar en las obras te ayudará a purgar esas heridas que te cierran la boca, te ensombrecen el ánimo y te lastran el alma. La labor que te encomiendo es en beneficio de toda la cristiandad, un trabajo para el que pareces bien dotado y para el que, sin saberlo, te has preparado a conciencia.

—¿Estas eran vuestras pretensiones, padre, aquellas que debía aceptar si quería conservar mi espada? —preguntó Tello sin ocultar su mal humor.

—Esta es mi voluntad.

7

El prior empleó un mes en manejar los hilos que pondrían a Tello bajo el círculo de influencia de Juan de Herrera. No tuvo más remedio que utilizar todas las dotes de persuasión que poseía para que el rey admitiera su propuesta y el arquitecto aceptara a un hombre del convento entre sus colaboradores directos. De hecho, Herrera concluyó que, en un principio, Tello se convirtiera en ayudante de Antonio de Villacastín, obrero mayor del proyecto y que, aun perteneciendo a la Orden de los Jerónimos, no soltaba prenda al prior de las decisiones que tomaban. Se excusaba el monje diciendo que estaba demasiado atareado dirigiendo las obras. Y a Julián de Tricio, como era de esperar, se lo llevaban los demonios.

—Por otra parte —le había dicho el arquitecto—, el rey vendrá a pasar la *jornada* en dos meses. Quiero que a su llegada todo esté en perfecto orden. Mientras dure su estancia, decidle a vuestro postulante que se cuide muy mucho de cometer cualquier error o indiscreción. Ya sabéis cómo se las gasta Su Majestad, siempre interesado en conocer al detalle el progreso de las obras y presto a hacer comentarios que, en el fondo, no dejan de ser órdenes que hay que cumplir sin réplica ni demora.

Al prior le traían sin cuidado las monsergas de Juan de Herrera. Ya se encargaría el arquitecto de que todo saliera como lo había planificado. Esa era su costumbre. Tello obedecería sus instrucciones, tendría la boca cerrada, llevaría a cabo los cometidos que se le encomendaran y, lo más importante, le informaría puntualmente.

El antiguo soldado no tardó en comprender que le iba a resultar muy difícil lograr cierto equilibrio para desempeñar sus labores. El prior, el Contador Real y el inspector de la Corona formaban la

Congregación, una institución cuyo objetivo principal era organizar las cuadrillas, disponer de materiales y contar con los dineros necesarios para acometer las obras. También debía garantizar la provisión de yeso, ladrillos, pizarra, tejas, piedra y madera. Por otro lado, estaban Juan de Herrera y los aparejadores que formaban su equipo, quienes se responsabilizaban de que no les faltase trabajo ni herramientas a los maestros, los mayorales y el resto de los obreros. Aunque los dos grupos debían estar coordinados, las tensiones eran constantes ya que ninguno mostraba gran voluntad en tener al corriente de sus quehaceres al otro. Ni la Congregación ni el arquitecto obraban de mala fe. Tampoco pretendían imponer su voluntad. Lo que sucedía era que cada parte estaba convencida de que la verdadera importancia del desarrollo de las obras recaía en ella, siendo la otra un mero complemento. Julián de Tricio se quejaba de que siempre se enteraba tarde y mal de los gastos que tenía que acometer, y el arquitecto se enfadaba sobremanera cuando los materiales tardaban en llegar por falta de previsión en el pago o porque los laborantes no cobraban el salario a tiempo.

Como obrero mayor, Antonio de Villacastín era el encargado de la ejecución de los trabajos, el hombre sobre el que pivotaba cualquier decisión. Sin embargo, otro de sus cometidos era procurar que la comunidad jerónima estuviese cómoda durante las obras, algo que él no consideraba apremiante. Y es que al monje le cautivaban mucho más las artes constructoras, disciplina en la que era muy docto. Esa era la razón por la que, además de relajarse a la hora de informar al prior, también esquivaba la resolución de algunos problemas que luego recaían sobre la Congregación. De ahí que Julián de Tricio hubiera colocado a su peón en el grupo del arquitecto.

Tello no tardó mucho en estrenarse. Ocurrió a mediados del mes de agosto, cuando el trabajo en la explanada era frenético debido a la llegada del monarca prevista para septiembre. Las zanjas para la cimentación de la basílica se abrían a buen ritmo y dos de sus grandes pilares comenzaban a sobresalir del terreno. En el edificio gemelo al convento ya se estaban levantando los andamios en las fachadas laterales tal y como había ocurrido en la principal y en la

trasera. Todo se desarrollaba según la planificación, pero no con la celeridad deseada debido a una incipiente falta de madera. La demanda había aumentado desde hacía semanas y los almacenes alegaban no dar abasto.

—Ahí tienes tu primer cometido —le indicó una mañana fray Antonio a Tello. El obrero mayor era un hombre no demasiado alto y algo encorvado. En su cabeza resaltaba una enorme tonsura, más efecto de la edad que del afeitado. Su parte trasera estaba flanqueada por unos pocos cabellos ya muy blancos. A sus sesenta y tres años, el monje conservaba intactas sus aptitudes para el trabajo, lo que le hacía ser muy directo en las órdenes que daba a sus subordinados—. Es necesario traer madera de donde sea y como sea. Utiliza mi nombre, el del arquitecto o el del propio rey Felipe si es necesario porque lo tendremos aquí en poco más de un mes, y podemos quejarnos de cualquier cosa menos de no tener faena. Sin madera, la mitad de los obreros se quedarán en unos días de brazos cruzados.

Junto a su inseparable Risco, a Tello le faltó tiempo para ir en busca de Esteban Lizar, quien ya estaba al tanto de la situación.

—Aunque no pensé que fuera tan acuciante —admitió el capataz.

—De camino hacia acá he entrado en uno de los almacenes y había bastantes tablones, pilotes, estacas y traviesas acumuladas —le explicó Tello.

—Yo también he hecho mis pesquisas, pero con lo que he visto no tenemos ni para dos semanas. Sin grandes cargamentos de madera no se pueden hacer los armazones ni los andamios. De continuar así mucho tiempo, cuando vengan los fríos no habrá ya capacidad de reponer todo lo que falte. Tampoco quedará con qué encender fuegos para calentarse, cocinar, preparar tintes, pinturas, fraguas… La cosa está complicada, Tello. He hablado con García de Quesada, el aparejador de carpintería. Me ha dicho que se está esforzando en ahorrar material estos días, pero esa solución es provisional y necesita que se le suministre madera en breve.

Tello observó el gesto expectante de Esteban. Aguardaba una respuesta que de momento no tenía. Lo mismo ocurrió cuando miró hacia abajo y encontró la cabeza de Risco con las orejas levantadas.

—Insistiremos a García de Quesada en que ahorre todo el material que pueda y lo utilice con sentido —opinó el postulante—. Sea mucho o poco, algo es mejor que nada. Luego me gustaría ver a alguno de los comerciantes más importantes que haya en las obras.

—Recuerda que es la Congregación la que se encarga de abastecernos, y no hay ningún mercader especializado en madera.

—No me importa a qué se dedique, Esteban. Quiero hablar con alguien que sea despierto y tenga influencia.

Además de encontrarse abrumado por las circunstancias, Tello rabiaba por dentro porque, si alguien se manejaba con soltura en aquellos menesteres, era justamente Pedro Saldaña. Haber presenciado sus tejemanejes en la retaguardia de los tercios tenía que servirle ahora de inspiración por mucho que le pesara sacar provecho de las artes de un asesino. Desde ese momento, un dolor punzante anidó en la boca de su estómago recordándole a cada paso, a cada respiración, que el señor de Guijosa —seguramente ya habría añadido a ese título el de barón de Riosalido— no iba a desaparecer nunca de su cabeza. Por ello, mientras Esteban le guiaba hacia la casa donde vivía uno de los más importantes comerciantes asentado en las obras, Tello se ajustó con disimulo el cilicio que llevaba en su brazo izquierdo. Quizá Pedro Saldaña le sacara de un apuro, pero él pagaría el precio por semejante ayuda.

El mercader navarro Pascual Cascante se dedicaba a proveer a San Lorenzo el Real de cuantas frutas y hortalizas hicieran falta. Cierto era que, en las grandes fincas adyacentes al monasterio, aquellas que la Corona había adquirido hacía ya quince años, se podían encontrar muchos árboles frutales y huertos. Aun así, resultaban del todo insuficientes para dar de comer a los tres millares de almas que poblaban la explanada y sus alrededores. De hecho, cubrían las necesidades del convento y poco más. Tanto por el prestigio del que gozaba como por los dineros que movía, Pascual Cascante era alguien a quien recurrir cuando se presentaban momentos de crisis.

El comerciante habitaba una casa de una sola planta construida con ladrillo frente a la parte oeste de la lonja, aquella que daba a la

fachada principal del convento. Tello y Esteban fueron recibidos por una criada que los condujo hasta una estancia amueblada con una alacena, una gran mesa con tablero de roble y varias sillas a su alrededor. Pascual Cascante no se hizo esperar. Se trataba de un hombre mucho mayor que sus dos visitantes. Quizá hubiera dejado atrás los cincuenta. El paso del tiempo no había supuesto un problema para su poblada cabeza, con cabellos en su mayoría oscuros y bien recortados, al igual que su barba, en la que, ahí sí, ya blanqueaba la barbilla. Pese a su edad, se acercó a ellos con brío y soltura para recibirlos de manera afable y cortés. Esteban hizo las presentaciones y Tello no se demoró en plantearle el problema:

—Antes de realizar cualquier movimiento, deberíamos contar con García de Quesada. Como aparejador de carpintería, tenemos que estar de acuerdo en las acciones que podamos plantearle. Su opinión es muy importante.

—Hablé con él de buena mañana —intervino Esteban—. Me dijo que aprovecharía hasta la más pequeña de las astillas que hubiera en los talleres. Así ganaremos algunos días para buscar madera en otros lugares.

—Eso y nada es lo mismo —respondió Pascual Cascante—. ¿Qué ocurre con nuestros leñadores?

—Se están desplazando más lejos —continuó el herrero—. Los mayorales de carreterías dicen que sus conductores traen de inmediato la poca madera que encuentran hasta los depósitos, pero cada vez resulta más lento…

—E insuficiente —completó el comerciante mientras se acariciaba la nuca con fastidio—. Conozco a alguien que nos podría echar una mano. Vive en la comarca de Cardeñosa, a tiro de piedra de Ávila. Me consta que por allá hay zonas de bosque con abundante madera. Ordenaré a uno de los mozos que le lleve un mensaje proponiéndole un acuerdo. Si saliera ahora mismo, podría cabalgar las doce leguas que hay hasta sus propiedades antes de que caiga la noche y traernos respuesta mañana.

Tello suspiró con cierto alivio.

—También podemos enviar carreteros a todas las poblaciones cercanas a las obras para hacer acopio de madera —propuso—. Si

previamente se trasladaran por allí algunos emisarios para informar de su paso, podrían tener preparadas las remesas para cuando llegaran los carros.

—Eso nos daría algo de vida para fabricar elementos como puertas, entrepaños, pequeños muebles o empuñaduras de herramientas —barruntó el comerciante—. No es mala idea. En estos momentos, poco puede ser mucho. Esperemos que García de Quesada esté de acuerdo.

—Es de suponer. Eso beneficiaría parte de su trabajo.

—Desde luego, pero no le hagamos de menos. Debemos contar con su aprobación. Id a verle y que sea él quien tenga la idea de enviar a los emisarios. No sé si me he explicado.

No hicieron falta más palabras. Para Tello, Pascual Cascante se había revelado como un verdadero negociador. Sin perder de vista el fin que perseguía, cuidaba asimismo de que otras personas colaborasen para no menoscabar sus egos. El comerciante sabía cómo hacer negocios evitando una pelea de gallos en la que dejarse plumas innecesariamente.

Cuando Tello y Esteban fueron a ver a García de Quesada y le explicaron las soluciones que tenían sobre la mesa, el capataz de carpintería agradeció la ayuda y, tal y como había vaticinado Pascual, de él pareció surgir la iniciativa de utilizar mensajeros para avisar del paso de las carretas recogiendo remanentes de madera.

—No sé si sería de provecho reutilizar también todas las sobras que queden en los talleres —sugirió Tello—. Podrían reunirse en un solo almacén para sacarles el máximo partido.

—Es una magnífica aportación —concedió el aparejador, un hombre algo mayor que el postulante, de cuerpo ancho y achaparrado, más por constitución que por darle gusto al paladar, rostro redondo, barba algo desordenada, piel curtida y gesto serio que se transformaba cuando sonreía por salirle las cosas bien, que era a menudo—. Solicitaré a la Congregación que se lo comunique a todo el personal.

Tello fue recibido por fray Antonio al final del día. Aunque parecía cansado y apático tras una dura jornada de trabajo, el obrero mayor escuchó con atención las decisiones que se habían tomado para

paliar, al menos en un primer momento, la carencia de madera. Esa misma noche, el antiguo soldado visitó a su vez al prior.

—La Congregación coordinará las labores que hemos encomendado a Cascante y al aparejador de carpintería.

Julián de Tricio quedó satisfecho y felicitó a su postulante por su buen trabajo, pero también le advirtió de que el éxito no le hiciera confiarse.

—No me gusta cómo actúa fray Antonio —dijo Tello a bocajarro—. Tenía que haberos avisado del problema mucho antes.

—Lo hizo cuando se percató de él.

—Creo que la falta de madera no se detecta de un día para otro, padre.

—Fray Antonio desempeña un cargo muy importante en las obras. Tiene muchas cosas en la cabeza.

—Y yo no lo pongo en duda, pero esta no tendría que haberle pasado desapercibida. Además, sabe que la Congregación es la responsable de proveer de madera a las obras.

—Esto no es una guerra, Tello. Aquí no hay enemigos —le cortó meneando la cabeza con pesadez—. Tampoco es tu misión buscar culpables. Únicamente quiero que la información fluya. Por eso te escogí, y solo me podrás ser de ayuda si tienes los ojos bien abiertos y apartas de ti los malos pensamientos —concluyó.

Esa noche, en la soledad de su celda, Tello se deshizo del cilicio y lo dejó sobre la mesita que había junto a la ventana hasta la mañana siguiente. Luego rebuscó debajo de su jergón y sacó el flagelo para recordarse a sí mismo que cualquier salto de su memoria hacia atrás suponía un peligro que debía evitar a toda costa. Volver a tener presentes a personas y actos del pasado representaba una doble tentación que le resultaba muy difícil de vencer. Por un lado, revivir aquellos días no tan lejanos le impulsaba a regresar a una vida desahogada y libertina que poco le había aportado y mucho le había quitado. Por otro, las entrañas se le contraían en busca de una venganza que, en verdad, ansiaba con toda el alma.

Convencido de que la buena senda era la que escogió en Santa María de Sisla, tendría que purgar sus culpas hasta el mismo

instante en que abandonara este mundo. Porque de lo ocurrido en el pasado, ahora…

—… nada sirve, nada importa, nada existe.

Ese era el pensamiento que se repetía el postulante una y otra vez justo antes de que los pequeños latiguillos de cáñamo le laceraran la piel de la espalda. Hacía uso del azote en la soledad de su celda y no en la capilla del Santo Cristo del convento, que era el lugar donde se reunían los monjes que practicaban los castigos corporales. Él prefería mortificarse en la intimidad para borrar a latigazos cualquier recuerdo inoportuno de los que era imposible sacar nada bueno. No podía relajarse ni permitirse desliz alguno. Esa misma mañana se había fallado a sí mismo cuando echó mano de sus vivencias para imaginar cómo habría actuado Pedro Saldaña ante un problema de suministros. Y al recordarlo, también aparecieron los muchos muertos que cargaba su conciencia, algunos de ellos innecesarios, arbitrarios, caprichosos, casi por diversión. Luego resurgieron los dos últimos asesinatos aún muy vívidos. Su memoria le refrescó la muerte de Francisco Atance y de su amigo, crímenes que cometió poco antes de presenciar cómo su amada Inés se desangraba ante su mirada llena de espanto. Y acto seguido, de manera irremediable, escuchó la voz de la mujer, vio sus ojos y sintió su aliento. Por cada inspiración que percibía, estrellaba el flagelo contra su espalda después de sentenciar que *nada sirve, nada importa, nada existe*. El único consuelo que encontraba a tanto sufrimiento era pensar que jamás se atrevió a tocar a Inés. Era consciente de que, si lo hubiese hecho, tras la muerte de la joven se habría quitado su propia vida no sin antes llevarse al infierno la de Pedro Saldaña.

Debido a su condición de postulante y a sus nuevas obligaciones, Tello se levantaba cada día poco antes del alba para acudir a la misa de la hora prima. Luego, tras un frugal desayuno, abandonaba el edificio hasta la hora tercia, momento en que regresaba para asistir a la misa conventual. Eran los dos únicos actos comunitarios en los que participaba además de la cena, que se servía después del Ángelus, pasadas vísperas. A partir de ese instante se le

recomendaba no salir de su celda. Él mismo sabía que si lo hacía nadie iba a impedírselo, aunque no estaría bien visto.

La libertad que le procuraba a Tello no tener ataduras con los horarios le permitía también acudir allá donde se le requiriera desde muy tempranas horas de la mañana, lo cual facilitaba su trabajo. No era el suyo un cargo baladí. Al fin y al cabo, era uno de los ayudantes del obrero mayor. Y aunque no era el único con aquella distinción, estaba seguro de que le abriría algunas puertas. Con el problema de la madera en vías de solucionarse, pensó que sería de provecho darse a conocer entre mayorales, capataces y tenedores de materiales. Para él fueron un par de días algo complicados ya que el ritmo vivo de las obras no proporcionaba un ambiente idóneo para que los encargados le prestaran demasiada atención. Un buen puñado de ellos hicieron caso omiso de su presentación aunque regalaron a sus oídos buenas palabras. Otros, los menos, consideraron que podría ser alguien a quien acudir cuando las cosas se torcieran. Pero para la mayoría, la presencia de Tello en las obras fue vista como una intromisión que solo podía interferir en sus trabajos. Además, la poca locuacidad del antiguo soldado, añadida a su tono monocorde y las formas un tanto categóricas al hablar tampoco ayudaron a que entrara con buen pie en aquel grupo. Al menos, haberse presentado de la mano de Esteban le facilitó que nadie le tomara por un extraño cuando, a los pocos días, fue de los primeros en aparecer segundos después de que la lonja se llenara de lamentos y sangre.

Ocurrió a comienzos del mes de septiembre, al amanecer. Tello se encontraba en el refectorio ayudando a recoger la vajilla para llevarla a la cocina cuando escuchó un aparatoso estruendo que provenía del exterior. Como un latigazo, su instinto le hizo viajar a aquellos días de guerra en los que presenció cómo los edificios se desplomaban tras el impacto de una bala de cañón o al ser pasto de las llamas. Sabía de la gravedad que transmitían aquellos terribles sonidos, por lo que no tardó ni un segundo en abandonar la estancia. Al salir afuera, una nube de polvo oscuro cubría lo que ya se había construido de la fachada principal del edificio gemelo al convento.

—Llamad al padre enfermero y a su ayudante —le dijo al portero antes de dirigirse a la carrera hacia el lugar donde la tolvanera iba extendiéndose.

A medida que avanzaba, volvió a tener esa desagradable sensación que ya había experimentado en Flandes, esos instantes en los que una calma peligrosa parecía adherirse por todas partes como un velo que todo lo aplacaba para confundirle y ocultar la realidad. Como siempre ocurría, el estrépito inicial había dejado paso a un silencio macizo solo roto por el chasquido de algún objeto que caía desde poca altura. También creyó percibir algún sollozo, algún quejido, alguna palabra confusa, todos rumores muy débiles en cualquier caso, lejanos, casi inaudibles. Conocía bien aquel sonido. La muerte estaba rondando la lonja.

Llegó antes de que la nube comenzara a disiparse y esperó atento alguna señal pues no veía nada que no fuera polvo en suspensión. Lo primero que distinguió fue el cuerpo de un hombre tendido boca abajo. Se acercó a él y le dio la vuelta con cuidado. Era un obrero joven, apenas un muchacho. Tenía una herida en la cabeza poco profunda. Le tocó el cuello y notó su pulso agitado. ¡No estaba muerto! Al alzar la vista en busca de alguien que pudiera ayudarle, observó con horror que parte del muro de la esquina de la fachada principal se había derrumbado arrastrando con él los andamios que tenía sujetos. Ahora los lamentos y los gritos de dolor se escuchaban con más claridad. Dejó al muchacho en el suelo y corrió hacia donde se amontonaban los sillares de una manera caótica, macabra, como si un niño se hubiese cansado de construir una torre con un montón de piedras y la hubiese derruido de un manotazo.

Al llegar se percató de que varios obreros se movían erráticos alrededor de los bloques caídos. Algunos iban en parejas y se apoyaban los unos en los otros buscando salir de allí para pedir ayuda. Llevaban las ropas sucias, rotas y cubiertas de polvo y sangre. Hubo uno que se dejó caer tras haber dado una docena de pasos. Antes de que Tello se decidiera a socorrerle, escuchó gritos de dolor aún más fuertes. Provenían de una zona donde el derrumbe comenzaba a mostrarse como una gran catástrofe. Al cabo de unos segundos, reparó en uno de los obreros que trataba de librarse de

un gran sillar que le había aplastado las piernas. Se acercó a él con prontitud y, ayudado por otro compañero, logró apartar la piedra. Lo que vio a continuación le sumió en una gran confusión. Las piernas de aquel hombre estaban prácticamente seccionadas por el golpe. Sin duda iba a morir, y no tardaría mucho en hacerlo. Había visto heridas de guerra menos graves y el soldado afectado apenas había sobrevivido unos pocos minutos.

Esa mañana fallecieron tres obreros, dos de ellos en el acto. Uno se había partido el cuello en la caída desde el andamio. El otro murió aplastado por los maderos. El tercero fue el que Tello había visto con las piernas destrozadas. Los heridos, hasta un total de quince, fueron llevados al hospital de laborantes, un edificio situado en la villa de El Escorial que el rey había ordenado alquilar trece años antes, cuando se iniciaron las obras del convento. Aunque en un principio estaba destinado a atender las dolencias veniales como cólicos, fiebres o pequeños accidentes de trabajo, no había tardado en hacerse imprescindible cuando se producía alguna contingencia más grave o para paliar las consecuencias de una desgracia como la que acababa de ocurrir.

—No es la primera vez que sucede algo así —le dijo un viejo albañil de origen napolitano que atendía por Remigio, un hombre moreno, enjuto, todo piel y huesos.

—¿Se han desmoronado otros muros durante las obras? —se extrañó Tello.

Ambos estaban en las puertas del hospital. El obrero esperaba a que terminaran de realizarle las curas a un compañero. Tello no se había movido de allí desde que llevaron a todos los heridos porque así se lo había pedido el padre enfermero. Debía aguardar en la entrada por si le necesitaba.

—Desde luego es la primera vez que un accidente de tal magnitud se produce en una fachada, pero yo llevo aquí desde que se iniciaron los trabajos y ya he asistido a caídas de andamios, desplomes de paredes, colapsos de suelos, roturas de pisos…

—¡Santo cielo! ¿Y a qué se debieron?

—No sabría decir… Soy un simple albañil, pero son muchos años bregando con yeso en obras como esta. Supongo que algunas

calamidades fueron causadas por algún defecto en la edificación. Es cierto que, en comparación con otros lugares en los que trabajé, aquí se respetan mucho las órdenes de los aparejadores, pero creo que a veces vamos demasiado deprisa.

—Aunque no siempre es así.

El comentario lo había soltado sin pudor un hombre de edad parecida a la de Tello, pero más alto, más ancho y seguramente más fuerte. Tenía la cabeza rasurada y lucía una lustrosa barba rubia.

—¿Pudiera ser que, a medida que se acerca la *jornada*, don Juan de Herrera y los aparejadores se pongan nerviosos? —aventuró el postulante.

—Todos son maestros. Aunque no lograran dominar su ansiedad, tampoco deberían cometer errores —contestó con seguridad el calvo sin moverse de la piedra sobre la que estaba sentado.

Tello se acercó a él. Advirtió que el hombre le miraba a los ojos con determinación aunque no resultaba desafiante. De hecho, cuando llegó a su altura, le hizo una levísima inclinación de cabeza mostrando respeto.

—Me llamo Rodrigo Muñoz y soy cantero.

—*Maestro* cantero —puntualizó Remigio.

Ambos desviaron un instante la mirada hacia el napolitano, que se encogió de hombros y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Dejémoslo en artesano —zanjó Rodrigo.

—Antes has dicho que los accidentes no siempre han sido producto de las prisas —se interesó Tello.

El cantero le hizo hueco en la piedra para que se sentara a su lado, y así lo hizo. Risco se acomodó entre los dos.

—Como en cualquier obra, hay un poco de todo: llamadlo urgencia, o mala suerte, o precipitación en algunos casos. Llevo aquí menos tiempo que Remigio, aunque voy para diez años, y he visto trabajos que se erraron desde un principio y hubo que demolerlos; y otros que, ¡santa María!, parecían del todo correctos y, quién sabe por qué, se malograron. Pero eso es relativamente habitual en una obra de esta envergadura. También hubo accidentes de carretas que transportaban materiales, y no me refiero solo a sillares, que son los más pesados, sino a madera, cal, ladrillos, pizarra o piezas de hierro.

A nadie parecía importarle que los ejes o los laterales de la caja sufrieran cuando se sobrecargaban, pero si hubiese sido siempre así, nos habríamos quedado sin transporte y sin animales. No obstante, y prestadme atención, también ha habido bueyes y mulas que aparecieron muertos al amanecer, quizá porque se les pedía mucho esfuerzo durante el día y, ¡santa María!, los dejaban disfrutar de poco descanso por la noche.

—Todo lo que cuentas podría resultar común en otras obras. Confieso que es la primera en la que trabajo, pero la lógica me dice…

—La lógica no se aplica cuando hablamos de personas. Aquí los hay que saben hacer cálculos pero luego les falta sentido común.

—¿A qué te refieres?

—A que quizá algunos no estén haciendo del todo bien su trabajo.

8

Tello consideró que la sentencia que había dejado caer Rodrigo Muñoz no era más que la exageración propia de un fanfarrón. El hombre quería hacerse notar aprovechando la oportunidad que le brindaba estar junto a uno de los ayudantes del obrero mayor. De todas formas, él tenía la suficiente formación como para saber que, por muy maestro de cantería que fuera el calvo, un asunto era cortar piedra, tallarla, incluso atreverse a realizar alguna filigrana, y otro muy distinto tener conocimientos para saber el lugar exacto donde situar aquella piedra en un muro, cuánto peso aguantaría y qué fuerzas serían capaces de desplazarla. Él ya había estudiado algo sobre construcción en los libros que encontró en la biblioteca de Santa María de Sisla. También algunos monjes, más instruidos que él en matemáticas, le habían mostrado que los arquitectos y los aparejadores no se fiaban de la lógica, sino de aquellos cálculos endemoniados que él mismo estaba aprendiendo con no poco esfuerzo.

Lo cierto era que, después de aquel fatal accidente, Juan de Herrera dio prioridad a la reconstrucción de aquella parte de la fachada. Si bien el cántabro sabía que no le iba a dar tiempo a completar lo que ya se había edificado antes del derrumbe, al menos maquillaría el desaguisado para cuando llegara el rey.

Fueron quince días de trabajo incesante. Tello recibió el encargo de fray Antonio de reclutar peones en otros lugares de la obra y desplazarlos hasta la zona del accidente, bien para que ayudaran a liberarla de andamios quebrados y sillares caídos, bien para comenzar la reconstrucción. Fue durante aquellos días cuando se dio cuenta de que había un muchacho de unos trece años que le seguía a todos lados. Era un chiquillo de gesto simpático, largos cabellos oscuros y cuerpo delgado y fibroso bajo una vestimenta que, si bien

no eran harapos, en verdad tenía un aspecto lamentable.

La primera vez que cruzaron dos palabras fue al salir de la fragua de Esteban Lizar. El capataz quedó en cederle media docena de herreros para ayudar a desescombrar ya que en esos momentos no tenía demasiada faena en el taller. Tello tomó la senda que conducía hacia los carreteros cuando el muchacho le cortó el paso.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

El antiguo soldado recorrió con la mirada al chico de arriba abajo.

—No es de tu incumbencia —le espetó antes de continuar su camino.

—Tratar con los carreteros es buena idea si quieres que ayuden, pero te apuesto dos maravedís a que van a darte largas —le dijo acompasando sus andares a los de Tello, aunque se mantenía un paso por detrás.

—Gracias por el aviso.

—Aprovecharías más el tiempo si fueras a ver a los artesanos que fabrican sogas y cuerdas. Quedan más allá de los telares. Nadie suele contar con ellos ni les agradecen el buen trabajo que hacen. Te digo yo que si te acercas y hablas con ellos, va a gustarles que alguien solicite su colaboración —remató mientras sacaba pecho, como si sus palabras fueran verdad de ley.

Tello se detuvo y se situó frente a él.

—¿Cómo te llamas?

—Gaspar —dijo mostrando una amplia sonrisa.

—¡Piérdete, Gaspar!

El chiquillo se quedó allí clavado mientras el antiguo soldado dejaba atrás los corrales donde se reunían los carreteros y continuaba hacia los talleres de los artesanos. En efecto, entre ellos pudo reunir sin dificultad hasta diez hombres que ayudaran en las labores de limpieza.

A los pocos días, tal y como había vaticinado el arquitecto, la esquina que más tarde soportaría una de las cuatro torres del monasterio alcanzó una cuarta parte de la altura que tenía cuando se vino abajo. La pérdida era manifiesta, pero, al menos, quedaba muy aparente para cuando Felipe II llegara a San Lorenzo el Real.

Esas dos semanas de duro trabajo se extendieron a todo aquel

que se encontraba en el monasterio. La inminente presencia del monarca traía aparejada no solo la llegada de un nutrido séquito, sino también la de otros invitados pertenecientes a la nobleza. Entre todos podían sumar hasta trescientas almas. Aquello añadía multitud de labores a las ya habituales. Por ello, varias cuadrillas de operarios se volcaron en la limpieza y adecuación de los caminos de toda la comarca. Los comerciantes como el navarro Pascual Cascante incrementaron su actividad para fijar vías de abastecimiento con las regiones limítrofes de tal forma que no hubiese escasez de alimentos. Asimismo, los posaderos de las propias obras, así como sus colegas de las poblaciones cercanas, hicieron acopio de ropa de cama y otros enseres. La explanada y sus alrededores se convirtieron en una suerte de hormiguero enfurecido.

Si bien Juan de Herrera era el máximo responsable de la marcha de las obras, había otra persona que también soportaba una gran presión para que todo estuviera en perfecto orden. Julián de Tricio, como prior del convento, tenía muchos hilos de los que tirar y acaso más cabos que atar. Fue por eso por lo que requirió la presencia de Tello la mañana siguiente al derrumbe del muro. El postulante acudió a su despacho justo antes de la misa del alba y allí se encontró con los padres obrero, hortelano y refitolero. Este último era quien se ocupaba de las vajillas, las cuberterías y las mantelerías del monasterio. El prior los había convocado porque los tres tenían que estar coordinados de cara a los preparativos y el posterior desarrollo de la *jornada*.

—He sido informado de que la estancia de Su Majestad se alargará hasta principios del mes de noviembre —comenzó a explicarles.

—Es lógico que lo haga ahora que ya está prácticamente concluida la parte destinada a las habitaciones reales —opinó Tello.

—Lo mismo he pensado yo, pero el monarca ha decidido que no ocupará esas estancias hasta que hayan finalizado todas las obras, por lo que volverá a alojarse en la celda que tiene reservada aquí, en el convento.

—Es absurdo.

—No lo niego, pero es el rey y hace lo que le place —zanjó antes de pasear la mirada por los rostros de los asistentes a la reunión—. Os he citado aquí porque he creído conveniente que, desde hoy, Tello se familiarice con la manera en la que nosotros cuatro aunamos esfuerzos para que el servicio resulte impecable. No en vano, el cometido que el postulante desempeña en las obras hará que también tenga contacto con Su Majestad. Por ello es necesario que sepa que fray Pablo es el principal encargado de que tanto los preparativos como el posterior desarrollo de la *jornada* sean perfectos.

Tello conocía al padre obrero de haber coincidido con él en la iglesia y en el refectorio, pero jamás había cruzado palabra con aquel hombre que rebasaba con holgura los sesenta, con una tonsura algo recatada y abundantes cabellos blancos y rizados. Bien alimentado, fray Pablo mostraba una tez sonrosada alrededor de unos hermosos ojos azules.

—Fray Toribio es el padre hortelano —continuó Julián de Tricio moviendo la mano hacia un hombre fuerte, de grandes manos y rostro envejecido por el viento y el sol—. Tiene bastante trato con Pascual Cascante, a quien ya conoces. Él será quien se ocupe de que las mejores viandas lleguen a la mesa de Su Majestad, y proporcionará otras por indicación del rey o de fray Pablo.

—Estando tan cerca del monarca, sin duda tendremos que apreciar también tus comentarios —le dijo el padre hortelano a Tello, que asintió complacido.

—Y fray Bautista, como padre refitolero, y con el que tienes buen trato porque sueles ayudarle todas las mañanas a recoger lo utilizado en el desayuno, es quien velará para que no falte un mantel, un plato, una copa, una fuente o un cubierto durante la presencia del rey —concretó el prior—. Desde hoy, y hasta una semana después de que abandone el monasterio, nos reuniremos los cinco aquí mismo antes de la misa del alba. Pondremos en común las tareas realizadas el día anterior, daremos novedades y planificaremos los trabajos extraordinarios que haya que realizar.

Ser convocado a aquella reunión diaria suponía para Tello un

reconocimiento a sus facultades y su predisposición. Si para entonces ya se mantenía muy concentrado en las labores de apoyo a Antonio de Villacastín, a partir de esa mañana multiplicaría sus sentidos para todo aquello relacionado con la visita del rey.

El gran momento sucedió cuando quedaba una semana para que finalizara el mes de septiembre. Unos días antes ya se habían adelantado algunos funcionarios de la Corona y ocuparon casi todas las celdas del convento, así como muchas de las camas de los edificios oficiales destinados a la administración de las obras. Casas de personajes importantes como Pascual Cascante alojaron a su vez a algunos nobles con sus familias. Pero esa tarde en concreto, poco después de las tres, una pareja de emisarios llegó al monasterio y avisó al prior de que la comitiva real entraría en la explanada antes del anochecer.

Acompañado por Tello, Julián de Tricio se desplazó hasta el pequeño cuartel que había tras las casas de la parte norte de la lonja y comunicó la llegada del rey. El alférez que mandaba la guarnición envió a diez soldados a caballo por el camino de oriente para encontrarse con el cortejo. A esa hora, los trabajos de las obras ya se habían detenido. Tras el toque de campana, obreros, maestros, capataces y aparejadores se habían recluido en sus respectivas casas para asearse y cambiarse las ropas. De las poblaciones cercanas llegaba un goteo incesante de personas que se iban situando alrededor de la lonja donde ya se estaban apostando los habitantes de San Lorenzo el Real.

El sol rozaba la cresta del monte Abantos cuando volvió a repicar la campana que llamaba a las obras. Casi al instante aparecieron los soldados que habían ido a dar escolta a la comitiva. Los seguía una compañía de la guardia real. La mitad montaba a caballo y la otra iba a pie vistiendo libreas amarillas y guardas color carmesí. Tras ellos venía un carruaje de color encarnado y nada ostentoso, más bien práctico, en cuyo interior se podía distinguir al rey mirando a través de las ventanas de las portezuelas y saludando de manera discreta, casi tímida, a la multitud que se había congregado allí para recibirle con vítores y aplausos. A la cabeza de dos docenas de monjes, el prior inició una pequeña procesión para salir a su

encuentro y ya después, a las puertas del convento, le dio la bienvenida junto a Juan de Herrera, fray Pablo y Antonio de Villacastín. Tello se mantuvo en un segundo plano con otros religiosos que tenían responsabilidades en la *jornada*, además de varios aparejadores y algunos maestros. Después de una breve misa en la iglesia del convento, y en cuyo altar colgaba un impresionante lienzo de Tiziano que representaba el martirio de san Lorenzo —un encargo del propio monarca hacía ya diez años para que luciera en aquel preciso lugar—, se procedió a entonar un *Te Deum* tras el cual el rey se dirigió a su celda, muy cerca de la iglesia. A excepción de su secretario y media docena de soldados, el resto de la comitiva se instaló en los albergues y las casas de las cercanías, así como en la hospedería del convento.

En la madrugada posterior a la llegada de Felipe II, Tello acudió a la reunión diaria con los tres monjes y el prior. Estaba hecho un manojo de nervios. La posibilidad de tener que cruzar siquiera una palabra con el monarca le alteraba el ánimo. Por un lado, no quería cometer error alguno delante de él; por otro, le henchía de orgullo tener la oportunidad de compartir con el rey aunque solo fuera unos instantes. Esta última fue la razón por la que ciñó el cilicio a su brazo algo más de la cuenta en cuanto se despertó. Poco después, mientras se repartían los deberes entre todos, sus carnes se quejaron pues el sacrificio comenzó a ser importante. De hecho, estuvo tentado de regresar a la celda y aflojar el castigo antes de que se iniciara la misa del alba, pero se sobrepuso y ocupó la mente en estar preparado para verse delante de Su Majestad, hecho que sucedió a media mañana, cuando el monarca ordenó que se presentaran ante él los responsables de las obras. El postulante acudió a una de las salas de palacio junto con Juan de Herrera, Antonio de Villacastín y el prior. También estaban presentes los aparejadores de cantería y albañilería, García de Quesada como aparejador de carpintería, así como uno de los seis capataces principales.

Lo primero que le impresionó de Felipe II fue su porte y su

vestimenta de un negro impecable. Aunque las ropas de aquel color, aparte de costosas, le otorgaban una gran elegancia, le pareció que no tenía aspecto de rey. No era demasiado alto, ni demasiado bajo, ni demasiado delgado, ni demasiado grueso. En realidad, no era demasiado nada, aunque estaba bien proporcionado y, cuando permanecía de pie, se mantenía derecho como una vela. Otro detalle que le llamó la atención fue que tuviera el cabello tirando a rubio, quizá porque Su Majestad estaba a punto de coronar el medio siglo y las canas se lo clareaban. También poseía unos atrayentes ojos azules, o grises, o un poco de cada color según le diera la luz. El timbre de su voz era grave y algo áspero, y hablaba con una cadencia tranquila aunque, a su vez, su tono transmitiera energía y seguridad.

En aquella sala de proporciones relativamente escasas para ser un palacio, el monarca estaba acompañado por dos personas. A su derecha permanecía hierático un monje jerónimo al que Tello no había visto nunca. Tenía su misma edad y complexión, tonsura perfecta, rostro ancho y gesto pétreo, indescifrable. A su izquierda, con la barbilla elevada y los ojos vigilantes, el alférez de la guarnición del monasterio parecía querer intimidarles. Y en verdad podía hacerlo. Se trataba de un hombretón mayor que Tello, pero no mucho, algo más alto, de cuerpo fuerte, macizo, expresión seria tirando a fiera, barba abundante pero bien arreglada. Por su aplomo y su actitud recia, sospechaba que aquel hombre bien podría ser también un veterano de los tercios. Tras él, a dos pasos de distancia, el capitán de la guardia real parecía no quitarle ojo a ninguno de los ocho visitantes, a todos a la vez.

El rey expresó su satisfacción por que el palacio estuviera terminado. Aunque faltaran todavía algunos muebles, cortinajes y pinturas en las paredes, los suelos, techos y elementos de carpintería como puertas y postigos estaban perfectamente rematados. Tan solo quedaban por colocar los azulejos que formarían los zócalos. Lo que allí había era de su gusto: sobrio, austero e inspirando en todo momento la oración al Creador.

—Además, compruebo que las obras progresan según lo planificado —completó sus felicitaciones.

—El edificio que albergará el colegio, el seminario y el resto de las dependencias palaciegas se ha iniciado sin contratiempos —mintió Juan de Herrera para evitar que a nadie se le ocurriera mentar el accidente—. En cuanto a la basílica, los cimientos están muy avanzados y ya se van levantando algunos pilares. Por otra parte, nos ha costado algo más de trabajo soterrar la cúpula que, en un futuro, acogerá el panteón real, pero los problemas que teníamos con las filtraciones de agua ya están solucionados. Trabajaremos desde esta zona del templo que da al palacio, e iremos construyendo hacia la fachada principal, de tal forma que la parte más importante de la basílica sea la primera en terminarse.

—Me agrada saberlo. Buen trabajo, Herrera —concedió—. Aunque no debéis olvidar que, desde mi habitación, he de observar el altar para asistir a misa cuando esté indispuesto y mis dolencias me impidan salir de la cama.

—Está todo previsto, majestad.

El rey, que se había mantenido de pie frente a los ocho convocados, hizo un gesto con la mano para que todos se trasladaran a una sala contigua en la que había un sillón donde se acomodó. Luego pidió que se dispusieran en fila para poder verlos con un golpe de vista. A partir de ese momento, hizo algunas preguntas muy técnicas a los aparejadores y les dio algunos consejos que a Tello le sonaron más a órdenes veladas.

—Antes de que regreséis a vuestros quehaceres, tengo que comunicaros mi preocupación por la gestión que se hace aquí de los dineros —dijo sorprendiendo a todos—. No quiero decir que el control se esté realizando de manera equivocada o se caiga en el dispendio. En absoluto. Creo que las cuentas se llevan como se debe. Lo que quiero es advertiros de que se avecinan tiempos difíciles para el Imperio. Las muchas guerras que mantenemos abiertas generan gastos excesivos y la Corona no va a poder afrontar todos los pagos que tiene comprometidos.

Un levísimo rumor escapó de todas las bocas. Los gestos de Herrera, el prior y fray Antonio se agriaron de inmediato.

—La quiebra es inevitable —sentenció el monarca, y acto seguido se puso en pie y comenzó a caminar delante de los visitantes como

si pasara revista, hasta que se detuvo frente a Julián de Tricio—. Sé lo que estáis pensando, padre prior, pero la situación no solo es complicada aquí. Esta vez los Fúcar no podrán socorrernos. Esos banqueros alemanes que, como sabéis, eran grandes amigos de mi padre, están pasando igualmente por un momento delicado. Pudiera ser que el negocio de la familia quiebre también. No puedo contar con su ayuda.

—Majestad, haremos todo lo que esté en nuestra mano —se arrancó Juan de Herrera—. Será cuestión de…

—Vos sois uno de los que más me preocupan, Herrera. Me consta que, siguiendo mis órdenes, no vais a escatimar en materiales, pero eso tiene un coste. Lo que quiero deciros a todos es que, a partir de ahora, hay que ejercer más control sobre los gastos. Por un lado, tendremos escasez de fondos y habrá que emplear los dineros con más cabeza. Y, por el otro, es de suma importancia que las obras no se vean afectadas y se prosiga a buen ritmo hasta su conclusión. Nada puede hacer que se retrasen, mucho menos que se abandonen como ha ocurrido en otros tantos casos. Tenéis que daros cuenta de que estáis contribuyendo a erigir la mayor construcción de la cristiandad.

—También recordad que el dinero es finito —se atrevió a comentar fray Antonio.

—Y escaso, obrero mayor: finito y escaso. Y ahí vos tenéis mucho que decir —le reconvino el monarca sin acritud—. Antes de venir mantuve varios encuentros con los contadores, los pagadores y los inspectores del Consejo de Estado, de la Hacienda Real y de la propia Corona. Todos me aseguraron que las obras podrán continuar, aunque me advirtieron de que el periodo de liquidez será breve. Para no acumular más deudas de las deseadas, la solución que me dieron fue, en primer lugar, repasar todas las cuentas generadas hasta este momento y, en segundo, reducir los costes superfluos de tal manera que se asegure la viabilidad de la construcción. Hay que evitar cualquier riesgo por nimio que parezca. A partir de ahora, la Congregación queda eximida de ese control, que pasará a manos de los inspectores de la Corona, tanto de los que ya residen aquí como de aquellos que llegarán en los próximos días desde Madrid. Espero

que todos estéis a su disposición si así os lo requieren.

—Se hará como ordena Su Majestad —intervino el prior.

—Lo sé, fray Julián, lo sé —respondió condescendiente—. Por último, me gustaría anunciaros que José de Sigüenza se quedará a vivir con vosotros durante algún tiempo. Ya ha sido nombrado bibliotecario del monasterio y cronista oficial de las obras de esta gran fábrica —añadió, calificando el conjunto como gustaba de hacer el monje seguntino cuando se refería al edificio completo, tanto de palabra como en sus escritos—. Ayudará a dar fe de todo lo que se hace aquí. No tengo que recordaros que debéis tratarle y servirle en todo lo que solicite como si fuera yo mismo.

El monje, que había permanecido a la derecha del rey en todo momento, avanzó un paso e hizo una ligera inclinación de cabeza ante los visitantes. Todos parecían conocerle porque se dirigieron a él con medida familiaridad, todos excepto Tello, a quien fray José le pareció un hombre bastante hosco, serio, silencioso y algo malencarado.

Esa misma noche, en la soledad de su celda, Tello repasó los acontecimientos del día. Lo vivido aquella mañana, en especial la arenga del monarca para que las obras no se malograran ante el grave contratiempo económico, le transportó sin remedio a las primeras batallas que se libraron contra el protestantismo estando él bajo el amparo de los tercios. El movimiento protestante se había extendido por el centro de Europa con tanta fuerza que la alta nobleza estaba convencida de que podría imponer las ideas de Calvino a todo el continente. Tello había visto con sus propios ojos cómo la lucha había comenzado en Francia, donde los hugonotes no dudaban en asesinar a católicos influyentes para conseguir sus objetivos. Ahora entendía la obsesión de Felipe II por finalizar las obras del monasterio. No solo había que recurrir al uso de las armas. También era necesario demostrar a los herejes quién era el auténtico defensor de la verdadera fe. En cualquier caso, si se avecinaba una gran quiebra en las arcas de la Corona, ¿qué harían para evitar el fracaso? *Equilibrio* —resonaba aún en sus oídos cuando el rey se despidió—. *Gastar menos y mejor*.

En realidad, la presencia del monarca en el monasterio pasó casi

desapercibida durante los días siguientes. Saber que estaba allí hacía que todos se mantuvieran en tensión y nadie se relajara en sus obligaciones. Pero al rey, en definitiva, apenas se le veía si no era cuando paseaba por las obras en compañía de Juan de Herrera y fray Antonio. Cualquiera podía toparse con él si decidía desplazarse de un edificio a otro, traslados que realizaba de manera esporádica y siempre escoltado por el alférez de la guarnición y el capitán de la guardia. En ocasiones también le acompañaba su secretario Martín de Gaztelu. La forma más fácil de observarle era sentarse por las tardes en los aledaños de la lonja y esperar a que saliera a cazar con ballesta los ciervos que deambulaban por las fincas cercanas como la de El Castañar. Lo hacía al menos dos veces por semana y siempre iba en un carruaje que permitía distinguir sin dificultad su rostro de gesto sereno.

Si bien el rey no acostumbraba a moverse demasiado fuera del complejo, a Tello le faltaba tiempo para hacerlo dadas sus obligaciones. Risco no era el único que acompañaba a su amo a todas partes. La presencia de Gaspar comenzó a ser habitual y ya formaban un trío. Para irritación del postulante, el muchacho había hecho muy buenas migas con el perro. Y no solo se contentaba con seguir sus pasos, sino que muchas veces adivinaba adónde se dirigía y corría adelantándose a su llegada. De esa manera, aquellos a los que visitaba parecían estar sobre aviso y esperaban la aparición del ayudante del obrero mayor en actitud mucho más servicial que si hubiese surgido de repente.

Aquella primera mañana de octubre, Tello abandonó el convento después de la misa del alba con la intención de reunirse con fray Antonio para recibir nuevas instrucciones. La parte de la fachada aquejada por el derrumbe había recuperado ya un buen ritmo de trabajo y era imperativo acometer otras tareas.

Aún no había terminado de cruzar la lonja cuando le asaltó Gaspar con aquella sonrisa que iluminaba la explanada incluso antes del amanecer. Risco se abalanzó sobre el muchacho dispuesto a bañarlo a lametones de alegría.

—¿Adónde vas? —le preguntó acariciando el cuello del perro de manera enérgica.

—¿No sabes saludar, dar los buenos días al menos? —gruñó Tello sin aflojar el paso.

—¡Buenos días! Ja, ja, ja… ¿Adónde te diriges?

—Voy a ver al obrero mayor, y tú no estás invitado.

—Yo que tú iría antes al taller de carpintería. Allí andan sobrados de maderos.

—¿Y qué? —rezongó.

—Después tendrías que ver a los artesanos cordeleros —continuó como si no hubiese escuchado la pregunta—. Vive Dios que te tienen en buena estima porque te acordaste de ellos para que ayudaran en el desescombro, aunque en realidad quien te dijo que fueras a verlos fui yo —y estalló en una risotada contagiosa, aunque el postulante no cambió el gesto.

—¿Y qué hago yo con la madera y todos esos hombres?

Gaspar correteaba al lado de Tello mientras jugaba con Risco.

—Ayer noche escuché a un capataz albañil decir que hoy trabajarían en uno de los tejados del palacio. Tienen que modificar no sé qué para que encaje con una parte de la basílica.

—¿Estás seguro? —preguntó guiñando un ojo con desconfianza.

—Está bien… No sé para qué van a retocar los tejados, pero el hombre se quejaba porque tenía que reunir a los operarios, hacerse con el material y levantar un andamio. ¡Vaya, que se les iba a ir todo el día en eso! —se explicó con determinación—. Y esta mañana vi cómo una carreta estaba descargando allí pizarra y ladrillos. Puedes verlo tú mismo.

Tello se detuvo. Habían llegado al final de la lonja. Miró hacia la derecha y, efectivamente, en el extremo de lo que sería el edificio gemelo al convento, junto al palacio, había una carreta descargando material.

—Espérame aquí —le ordenó a Gaspar dirigiendo sus pasos hacia el lugar—. Y tú también, Risco.

Tello confirmó con el jefe de la cuadrilla de albañiles que esa mañana comenzarían una pequeña remodelación del tejado. Debían prepararlo para cuando se uniera con el edificio de la basílica. Al regresar hasta el borde de la lonja, advirtió que Gaspar había desaparecido. Le hubiera gustado agradecerle su ayuda, pero no

sabía si el muchacho regresaría, así que se dirigió hacia el taller donde se reunían los artesanos que fabricaban las sogas con las que se afianzaban los andamios. Cuando llegó, seis de ellos le estaban esperando.

—Nos avisó el chico de que vendríais a buscarnos, y aquí estamos —le explicó uno nada más verle entrar en el taller—. También nos dijo que tendríamos que ir a la carpintería para ayudar a cargar los maderos en los carros, que es asunto apremiante.

Así ocurrió. Cuando Tello se presentó en la parte noroeste del palacio con los operarios y todo el material necesario para levantar los andamios, ya les aguardaban el de Villacastín y Antón Ruiz, aparejador principal de albañilería. Los dos hombres felicitaron al postulante por su anticipación y celeridad. Tras una breve conversación, se dirigieron hacia el interior de las estancias reales. Fue ese el momento elegido por Gaspar para reaparecer. Tello no pudo evitar una sonrisa.

—Ven aquí, ratón —le llamó.

Al muchacho le faltó tiempo para acudir con Risco. Traía el gesto expectante.

—¿Ha resultado todo bien?

—No lo sé. Supongo que sí. Sabías mucho más que yo. Gracias por tu ayuda.

Y se giró para comenzar a dirigir a los operarios.

—¿Puedo ser tu escudero?

Tello no pudo evitar soltar una tremenda carcajada al escuchar semejante pregunta.

—¿Mi escudero?

—Me gusta más esa palabra que sirviente, mozo, paje… Te apuesto dos maravedís a que puedo serte de gran ayuda. Solo dos maravedís…

El antiguo soldado volvió a reír.

—¿De dónde has salido, Gaspar?

—De por ahí, maese Tello —dijo señalando las hileras de edificios que había más allá de la lonja.

—Llámame por mi nombre. ¿Y no podrías ser un poco más preciso?

—Acompáñame. Te mostraré el paraíso.

9

Esa noche el flagelo descansó bajo el jergón de la celda. Tello sentía que en verdad podía concederse aquella merced. Su fuerza de voluntad había estado a la altura que él mismo se exigía, y eso que tentaciones no le habían faltado para tropezar, sobre todo cuando decidió acompañar a Gaspar hasta aquel paraíso del que aseguraba provenir.

Protegido por el silencio que reinaba en su celda, Tello recordó cómo tuvieron que esperar el tañido de la campana para dar por finalizada la jornada. Con el sol rozando ya la cima del monte Abantos, el muchacho le guio a través de las construcciones que se alineaban en el extremo norte de la lonja destinadas a albergar a los operarios. También pasaron junto a otras que servían de almacenes, depósitos y talleres. Tras dejar atrás el cuartel y la pequeña iglesia que daba servicio a los trabajadores, alcanzaron lo que no dejaban de ser los arrabales de la explanada. Allí recorrieron calles menos ordenadas en las que se alternaban cobertizos, mesones, posadas y el chamizo de algún artesano. A partir de ahí, ya se desperdigaban establecimientos de menor entidad sin orden ni concierto. Cuadras y corrales se repartían entre tabernas y fondas cada vez más aisladas del núcleo principal hasta que se llegaba a una pequeña pradera. Aquel claro suponía una frontera natural que delimitaba una especie de campamento donde se apreciaban cabañas muy toscas o carpas confeccionadas con pieles y toda suerte de telas a modo de tiendas. En uno de los extremos discurría un arroyuelo con el suficiente caudal como para permitir el baño o que se lavaran ropas. En esos momentos había una docena y media de mujeres esmerándose en blanquear las prendas que acumulaban en cestos. Cuando repararon en él, Tello advirtió que al menos tres de ellas se le insinuaban con miradas libidinosas. Tendría que andarse con ojo.

Gaspar le condujo hasta una cabaña construida con piedras, tablones y restos de ladrillos, todo unido por una débil argamasa de barro y yeso.

—No es el palacio del rey, pero te digo yo que muchos ya lo quisieran para sí —le dijo apartando un grueso cortinaje que hacía las veces de puerta.

El interior era lo más parecido a una paridera que Tello había visto en su vida. El suelo era de tierra apisonada y el techo estaba conformado por una acumulación desordenada de espesos ramajes. Las únicas diferencias consistían en que alguien había apañado una especie de hogar en una de las esquinas, y que dos telas cruzaban la estancia colgando de cuerdas para separar lo que podían adivinarse como habitaciones.

—Por ahí tiene que haber algo de fruta —comentó el muchacho mientras le indicaba con un gesto que se sentara sobre un tocón de encina.

—¿Vives aquí con tus padres? —preguntó Tello permaneciendo en pie.

Risco se estaba volviendo loco olfateando cada rincón de la estancia.

—A mi padre yo creo que no lo conoció ni mi propia madre —se explicó Gaspar con naturalidad al tiempo que revolvía el interior de un saco que había cerca de la chimenea apagada—. Dicen que ella fue de las primeras en llegar a las obras. No es de extrañar que, siendo una de las pocas mujeres que había por aquí, pronto la preñaran. Unas fiebres se la llevaron de este mundo cuando yo apenas tenía unos meses. Para entonces ya habían venido muchas más muchachas y fui adoptado por sus compañeras —le relató sin el menor atisbo de emoción—. ¡Uy!, aquí hay una manzana. ¿Gustas?

Tello rechazó el ofrecimiento. El fruto parecía tener una parte podrida.

—Entre todas las que me cuidaron, Ofelia fue la que más estuvo conmigo —añadió a la vez que mordía la manzana y escupía el pedazo pasado por la única ventana de la barraca.

—Y Ofelia… ¿continúa viviendo aquí?

—¡Eso espero!

La voz femenina provenía de la puerta. Tello se giró mientras Risco soltaba dos ladridos. Allí encontró a una mujer de edad parecida a la suya, corta de estatura, con el pelo moreno recogido de mala manera sobre la cabeza y un cesto lleno de ropa apoyado en la cadera. Vestía una blusa blanca algo suelta y faldas oscuras hasta los pies.

—Tello, ella es Ofelia —los presentó Gaspar.

—Para serviros, señor —dijo poniendo el cesto en el suelo y cerrándose algo más la blusa.

Hubo unos escasos segundos de silencio que Tello aprovechó para observar su rostro. A esa hora de la tarde, con apenas un suspiro de luz, se adivinaba muy hermoso, con mejillas sonrosadas por el sol y los vientos de la sierra. Sus ojos negros eran pequeños, vivos, de mirada tan avispada como la de Gaspar, sonrisa entre pícara, maliciosa y retadora, de esas que atacaban los sentidos. Efectivamente, mujeres como Ofelia las había visto a cientos en la retaguardia de los tercios.

—¿Qué se os ofrece?

—Nada, mujer. Soy invitado de Gaspar. Vine hasta aquí porque él me lo pidió.

—¡Soy su escudero!

Ofelia no pudo evitar una risa sincera mientras apartaba a Risco de su lado.

—Voy a servirle todos los días —insistió con entusiasmo el muchacho.

—No tan deprisa… —puntualizó Tello con afabilidad—. Un postulante no precisa en absoluto de un criado, mucho menos de un escudero.

—Desde luego que no, mi niño. ¡Para el carro! —le apoyó ella—. Yo te necesito aquí para que nos ayudes a sobrevivir. Así que, de irte con este señor, ¡ni hablar!

—Es el ayudante del obrero mayor —insistió Gaspar.

—Uno de sus ayudantes…

—Como si es el obispo —atacó ella.

Tello se acercó un paso a la mujer.

—¿Acaso eres su madre?

—Por supuesto —se encaró con él. Parecía desafiarle sin dejar de lado la sonrisa, una actitud que muchas utilizaban para no dejarse pisar sin antes quejarse.

El postulante no pudo impedir que las comisuras de sus labios se alzaran divertidas.

—Para llevar muerta trece años, tienes un aspecto estupendo.

—¿Quién dice que haya muerto?

Tello señaló al muchacho con un golpe de cejas.

—Sí, bueno, en fin… Su madre murió, pero ¡qué demonios!… Yo he cuidado de él desde que era un puro renacuajo.

La mujer miró a su alrededor hasta dar con una rudimentaria banqueta donde sentarse. Después le ofreció a Tello que lo hiciera sobre el tronco.

—Gaspar se queda conmigo. ¡Vaya que si se queda! —anunció abriendo las piernas y reuniendo de inmediato las faldas entre ellas —. Lo necesito aquí. Si tiene que ayudar a alguien, me tiene a mí y al resto de las vecinas.

Tello escuchó atento las palabras de la mujer y luego apoyó las palmas de las manos sobre las rodillas.

—Te propongo un trato porque, si te soy sincero, no estoy muy seguro de que aquí, el mozo, sirva para algo más que para tener la lengua muy larga —y antes de que Gaspar se quejara, le ordenó con un gesto guardar silencio—. Si te parece bien, lo tendré a prueba una semana. Me esperará a diario en la puerta del convento antes de que las campanas toquen a laudes. Permanecerá a mi lado todo el tiempo y me obedecerá sin rechistar. Repito, Gaspar: sin rechistar. Y así hasta las tres de la tarde.

—Entonces regresaré con madre —dio por hecho el muchacho.

—No, Gaspar. Entrarás en el convento conmigo y, mientras yo descanso, tú te dejarás instruir por algunos monjes hasta el ocaso.

—¿Yo?

—¿Él?

—¿Sabes leer? ¿Acaso escribir?

El chico negó por dos veces.

—¡Quia! Eso no le servirá para nada —vaticinó la mujer—. Gaspar se basta y se sobra echando una mano a las mujeres del

campamento. Aquí se labrará un futuro, ¡vaya que sí! Pronto será todo un hombre y podrá trabajar en las obras como carretero o aguador.

—Lo peor entre lo más bajo, o lo más bajo entre lo peor —barruntó Tello antes de mirar fijamente a Ofelia—. Si trabaja conmigo y luego atiende a las enseñanzas de los monjes, estoy seguro de que, en poco tiempo, aprenderá a leer y a escribir. Eso le será más útil que quedarse aquí. Incluso, ¡quién sabe si podría abrirle las puertas de la corte! Al fin y al cabo, en la explanada hay mucho funcionario de la Corona. ¿No te parece ese mejor futuro que conducir bueyes o ir al río para rellenar odres de agua y ofrecérselos a los obreros?

La mujer torció el gesto al tiempo que al muchacho se le iluminaba la cara.

—Estudiaré mucho —aseveró—, y con la caída del sol vendré a ayudarte.

—No puedes tener tanta suerte… —desconfió ella.

—Solo existe la mala suerte. El resto es simplemente la vida.

—¡Oh, señor!… ¿Acaso os burláis de mí? —se quejó Ofelia detrás de una risa amarga.

El postulante se puso en pie con parsimonia.

—Para que veas mi buena fe, estoy dispuesto a darle dos reales al día, lo mismo que gana un peón. Tendrá suficiente para comprar pan, aceite, algo de carne y garbanzos para su sustento, y aún le sobrarán algunos maravedís para echarte una mano.

Las palabras tardaban en salir de la boca de la mujer. Mientras, Tello percibió en el exterior el ajetreo de animales y personas que habitaban el asentamiento.

—Hay trato —concedió al fin Ofelia levantándose y tendiéndole la mano, pero Tello la rechazó.

—Mañana, antes de que toquen a laudes —dijo por toda despedida.

Salió de la barraca por delante de Risco, pero no abandonó el lugar, sino que bordeó las paredes y se quedó al otro lado, muy cerca de las jaras que crecían por los alrededores. Su instinto siempre le había ayudado a conocer a las personas antes siquiera de

cruzar una palabra con ellas, pero su experiencia también le decía que podía equivocarse. Así que apoyó la espalda contra los tablones y con un gesto de su mano ordenó al cachorro que se tumbara. Risco obedeció de inmediato y posó la cabeza sobre la tierra.

—Cuídate de no enfadar a ese señor —escuchó decir a Ofelia—. De primeras parece un majadero, pero vaya por delante que de tonto no tiene ni al perro. Así que más vale que le respondas, que nos puede venir de perlas… ¡Aunque vive Dios que, siendo postulante, ya podría ser un tantito más gentil!

—Antes de atreverme a hablar con él, no le quité el ojo de encima durante algunos días —le respondió Gaspar mientras partía varias ramas secas para encender la lumbre—. Ha podido hacer algunas cosas extrañas, pero ningún mal.

—¿Cosas raras? ¿Como cuáles?

—Tello solo habla para dar órdenes a los obreros. El resto del tiempo lo pasa callado.

—¡Quia!… Eso lo hacen todos los monjes, incluidos los postulantes.

—Pero es que además tiene un perro. Tú lo has visto.

—¿Y?

—Habla poco, lleva perro y, como todos los religiosos, parece estar siempre embobado. Pero cuando hace unos días se derrumbó la nueva fachada de la parte norte, él fue el primero que movió el culo. ¡Y parecía no tener miedo! Sabía lo que se hacía, madre.

—Espero que no estés exagerando —dijo Ofelia y en su tono asomó la duda—. Tipos con esas mañas y esos misterios que dices no suelen ser monjes ni tienen intenciones de serlo. Así que cuidadito con el pollo, ¿eh?

—Lo tendré, madre, que no sé si es de fiar. Te apuesto dos maravedís a que no es la clase de persona que aguante mucho encerrado en un convento.

—A ver… Algo de tufo a monje sí que tiene, que no se ha dignado a mirarme y vaya que yo traía la blusa a medio cerrar. Los ojos de un hombre se cuelan aquí dentro sin tener que empujarlos —fanfarroneó con voz alegre—, y él solo se ha fijado en mi cara. Se nota que es un hombre educado. Y convincente. ¡Y muy apuesto,

vive Dios!

—Pero ¡madre!…

Lo último que oyó Tello fue el sonoro beso que uno de los dos le estampó al otro. Con cuidado de no hacer ruido, emprendió el camino de regreso al convento seguido de Risco. Mientras se alejaba del campamento, se sorprendió del ambiente distendido que se respiraba en torno a las fondas perfumadas en vino. Los vahos de alcohol se mezclaban con el olor a guisos y asados a medida que se acercaba a los mesones y posadas. No había duda de que a los trabajadores les gustaba divertirse una vez terminaba la jornada y, además, disponían de dineros para gastar. Estaba seguro de que muchos luego se llegarían hasta los arrabales para visitar a las lavanderas y, en especial, a las que vivían con ellas pero no lo eran.

Aquella fue la razón por la que esa noche no castigó su espalda. Al contrario. Sentía cierto orgullo por haber soportado la cercanía del alcohol y, sobre todo, la hermosura y el aroma a mujer que desprendía Ofelia. Con tesón y disciplina, la sombra de la tentación había quedado arrinconada en su cabeza. Y ahí seguiría con la ayuda de Dios Todopoderoso.

Al día siguiente, Gaspar ya le esperaba en la puerta del convento en cuanto terminó la llamada a laudes. Nada más ver a Tello, el muchacho agarró la manga de su camisa y tiró de ella con fuerza.

—Ha muerto un hombre.

—Han muerto muchos, Gaspar.

—Asesinado, Tello, ha muerto asesinado. Esta noche. O hace un rato. No lo sé —le dijo con los nervios enredándole la lengua—. Acabo de verlo.

—¿Dónde?

—En los alrededores de los mesones, medio escondido entre las jaras. Me he tropezado con él y me he ido de narices al suelo. Es alguien importante.

—¿Por qué lo sabes? ¿Lo conoces?

—¡No, qué va! Pero va bien vestido.

Tello elevó la mirada a un firmamento que clareaba pero en el que

todavía resistían bastantes estrellas. Inspiró hondo mientras se mordía el labio inferior, como si buscara un consejo que no llegaba. Lo único que percibió fue que Gaspar le tiraba de nuevo de la manga.

—Llévame hasta allí —concluyó—. Y tú cierra el morro —le ordenó a Risco, que, contra su costumbre, no paraba de ladrar.

Cruzaron la lonja y recorrieron la linde hasta llegar a las hileras que formaban los talleres, los cobertizos y los albergues. Una vez hubieron dejado atrás las dos vías paralelas, pasaron por delante del cuartel y rodearon las calles irregulares donde los árboles y los arbustos ganaban terreno. Tras unos pocos pasos, Gaspar se detuvo y miró a su alrededor tratando de orientarse. Antes de que se decidiera a continuar, Tello le indicó a Risco que pegara su hocico al suelo y se pusiera a olfatear.

—Busca, busca… —le ordenó con voz queda.

—¿Qué crees que va a descubrir si no le dices lo que tiene que encontrar?

—Un muerto para un perro es como un pastel para un niño. Déjale trabajar.

En ese instante, Gaspar se quedó con el cuello tieso hacia un lado.

—Es por allí —dijo señalando hacia las faldas del monte.

Tello lanzó al aire un silbido agudo, corto y potente que obligó a Risco a levantar la cabeza con las orejas apuntando al cielo. En cuanto vio que su amo señalaba con la mano hacia donde caminaba el muchacho, fue en esa dirección y volvió a pegar el hocico a la tierra según llegó a su altura.

Solo veinte pasos tardaron en llegar a donde descansaba el cuerpo de un hombre algo más joven que Tello. Tenía la barba y los cabellos arreglados, aunque ahora estos estaban despeinados y manchados de la sangre que había brotado del tajo que le abría la garganta de lado a lado. Sus ojos seguían abiertos, con una expresión que era difícil discernir si se trataba de sorpresa o pánico.

Lo primero que brincó en la mente de Tello fue la muerte de Inés, tan de repente e imprevista, tan rápida, tan cruel… Aquel hombre, quienquiera que fuese, había pasado por el mismo tormento. No eran las únicas coincidencias que apreció con el asesinato de la

mujer de Pedro Saldaña: la calidad de las ropas, su jubón bordado, el calzón de confección acuchillada, los zapatos, uno de ellos fuera de su pie.

—¿Lo asaltaron? —preguntó Gaspar.

—Pudiera ser —contestó Tello después de no hallar moneda o bolsa alguna entre sus ropas.

—Si no lleva dineros es que se los han robado.

—O se los han quitado —precisó—. Pero no creo que esa fuera la razón de su muerte, sino un simple acto de rapiña después de haberlo matado.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque tengo más años que tú y de momento no veo señales de pelea. Los asaltantes roban y los asesinos matan. Que alguien practique las dos disciplinas sin más es difícil. En cualquier caso, es mejor que vayamos a avisar a los soldados del cuartel. Ellos se ocuparán de dar con el alguacil del pueblo, si es que lo hay.

No les dio tiempo a irse. Dos operarios que se dirigían a las obras los divisaron en las cercanías del bosque y se acercaron. Cuando vieron lo que había ocurrido, uno de ellos no tardó en bajar hacia el destacamento. En tanto los soldados llegaban, más y más obreros se plantaron allí hasta rodear el cadáver en un amplio círculo.

Los primeros minutos de silencio fueron dando paso a lamentaciones, comentarios y habladurías. Así pudo enterarse Tello de que el hombre era conocido por algunos de ellos. Según decían, vivía en El Escorial aunque no era extraño que, de cuando en cuando, subiera al campamento de las lavanderas a aliviarse con alguna. Otros comentaban los altercados que habitualmente se producían entre los trabajadores en la zona de las tabernas y las fondas. Vino y mujeres eran siempre mala combinación.

—Hay veces que han llegado a las manos, incluso con puñales y dagas —dijo uno de los presentes.

—Pero lo hacen lejos de las miradas de los demás —le corrigió otro mucho mayor—, que bien se cuidan de que no los sorprendan las patrullas nocturnas de soldados, o las pocas que dirigen los alguaciles que suben desde los pueblos cercanos.

—Y eso será cuando les da por acercarse hasta aquí —malmetió

otro—, que es muy de tarde en tarde.

—Cierto, pero si acaso los descubren, a continuación los arrestan y les cae una buena multa antes de ser expulsados de las obras.

—Por eso evitan muy mucho meterse en peleas o, al menos, que nadie los vea —intervino un tercero—. De todas formas, yo conocía a este hombre. Su nombre es Fernando de Castro.

—¿Sabes qué hacía por aquí? —preguntó el postulante.

—Pues irse con alguna mujerzuela, ¡qué si no! Castro era uno de los registradores de laborantes en las obras.

—¿Registrador? —preguntó Gaspar.

—¿Qué hacía exactamente? —se interesó Tello pidiendo paciencia al muchacho.

—Era uno de los que llevan al día la relación de trabajadores.

—Alguien con cierta importancia, supongo.

—No mucha, pero bien que se daba aires.

Al saber de su cargo, el antiguo soldado se fijó algo más en el cuerpo que tenía a los pies. Estaba seguro de que fray Antonio y el prior terminarían preguntándole por aquel asunto y no quería decepcionarlos. Así que se agachó junto al cadáver y contrajo el gesto al darse cuenta de que tenía un golpe cerca de la oreja derecha. Había recibido el impacto por la espalda. No parecía grave, pero sí lo bastante fuerte como para dejarle desorientado y a merced de su asesino. En cualquier caso, con o sin lucha, aquel hombre no había tenido oportunidad de defenderse aunque estuviese armado. También advirtió dos tajos paralelos que cruzaban la palma y los dedos de la mano derecha a la altura de la segunda falange. Los cortes eran recientes pues había restos de sangre en toda la mano y los bordes eran limpios. Quizá se los había hecho en un forcejeo con el asesino.

—Puede que Gaspar tenga razón. Trataron de robarle, se resistió y terminó muerto.

Aún estaba agachado junto al cuerpo e inmerso en sus conjeturas cuando escuchó discutir a dos de los presentes, un carretero y un albañil. Para este último, la seguridad en las obras era suficiente.

—… siempre y cuando, claro está, no se visiten estos andurriales de perdición.

—Serán tranquilos para un picha corta como tú, que nunca subes por allí —respondió el carretero—. El resto no queremos que nos rajen como a un cochino.

—Más te valdría ser piadoso y no dejarte llevar por las ganas de hembra, que cuando aprietan no hay cuesta que no subas ni miedo que te detenga. Lo que tú quieres es que las mismas escuadras de soldados que hay por el día también patrullen por la noche.

—Yo digo que debería haber más vigilancia sin importar las horas.

—Al final va a resultar que eres tú más picha corta que yo si tanto miedo tienes.

El carretero, un tipo grueso pero fuerte, metió la mano debajo de su camisa y sacó un hachuelo. Sin mediar media palabra más, la irguió amenazante y se fue hacia el albañil, que retrocedió un par de pasos.

—Aquí ya no hay nada más que ver —intervino Tello interponiéndose entre ellos.

—A lo mejor eres tú quien tiene que irse primero, ¿o vas a ir a llorarle al prior? —le advirtió el carretero aproximándose a él.

—Desde luego no será alguien como tú quien me haga llorar.

El carretero alzó el arma dispuesto a descargarla sobre Tello, pero este dio un paso a un lado y, con un movimiento rápido, golpeó el costado de su atacante justo bajo la axila. El hombre soltó el hachuelo y cayó de rodillas, lo que aprovechó el antiguo soldado para desarmarle e inmovilizarle en el suelo casi sin esfuerzo.

—¡Alto en nombre del rey!

La orden había salido de la boca del alférez que mandaba la guarnición. Tras recibir el aviso del obrero que se había acercado al cuartel, el oficial no había tardado en subir hasta el lugar con varios soldados, algunos de los cuales se llevaron detenidos poco tiempo después al albañil y al conductor del carro mientras los demás se dedicaban a disolver el tumulto que se había formado. En unos pocos minutos, alrededor del cadáver solo quedaban cuatro soldados, el alférez, Gaspar y Tello.

—¿Eres el ayudante del obrero mayor? —le interrogó el oficial, y él afirmó con la cabeza de inmediato—. Así me lo parecía. Te vi el día que llegó Su Majestad.

—Me llamo Tello del Saz, postulante de la Orden jerónima.

—¿De dónde vienes? ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿De qué te encargas exactamente?

El antiguo soldado le pidió calma con la mano.

—Me hacéis muchas preguntas. Espero acordarme de todas para daros cumplida respuesta, aunque no creo que sean relevantes.

—Eso tendré que decidirlo yo.

Tello inspiró hondo antes de hablar.

—Nací hace treinta años en la villa de Algete, al norte de Madrid. Quedé huérfano al poco de nacer, así que fui acogido en el convento que la Orden tiene en Santa María de Sisla, muy cerca de Toledo. Hace apenas dos meses fui trasladado aquí.

—Y siendo de Algete como dices, ¿por qué te tuvieron que recibir en Toledo?

—La vida siempre nos lleva por derroteros insospechados. Y yo era un niño.

El oficial tenía el gesto desconfiado.

—¿Algo más que decir entre tu infancia y el día de hoy?

—Nada que sea de interés para nadie.

El alférez desvió un instante la vista hacia Risco, que no cesaba de observarle.

—Para ser un postulante, y muy tardío dada tu edad, te manejas bien en las peleas. He visto cómo reducías a ese carretero. Apenas te ha costado hacerlo. Y sé de lo que hablo: presencié muchas reyertas entre soldados cuando servía en Flandes.

Tello tuvo un golpe de autosatisfacción al constatar, como ya sospechaba, que aquel militar alto y corpulento había pertenecido a los tercios.

—Los caminos están llenos de bandidos y hay que saber cuidarse. No por ser un humilde postulante voy a ser incapaz de defenderme de un asalto.

—¿Y podrías haberlo hecho de un ataque como el que ha sufrido este desdichado? —le preguntó señalando al registrador muerto—. ¿Qué piensas que pudo ocurrir?

—A juzgar por el golpe que tiene detrás de la oreja derecha, o bien le sorprendieron por la espalda, o el asesino era alguien

conocido y, cuando quiso defenderse, ya era tarde. De todas formas, el impacto no fue muy fuerte.

El alférez asintió. Su parecer coincidía con las palabras de Tello.

—Y ahora, si no me necesitáis más, debería regresar a las obras.

—¡No tan rápido, postulante!… Aunque este asunto ya está bajo mi responsabilidad, voy a precisar de tu colaboración hasta que se presente el alguacil.

El oficial ordenó a Tello que acompañara el cadáver hasta la posada en la que residía el registrador. Allí le solicitó que esperara dentro del que había sido su aposento.

—Ruega por el alma del difunto mientras llega un corregidor que dé oficialidad a la muerte —le pidió antes de cerrar la puerta.

Una vez solo, Tello rezó un misterio del rosario y luego comenzó a curiosear entre las pertenencias del muerto, más por aburrimiento que por interés. Fue dentro de un pequeño cofrecito de madera donde encontró una bolsa de tela algo abultada. Contenía una docena de reales de a ocho y algunos maravedíes. La cantidad no era desdeñable, pero tampoco incitaba al asombro. Después de contar el dinero, la volvió a dejar donde estaba.

—Ni este hombre era rico ni su asesinato fue por un robo —musitó para sí con el mismo tono que si estuviera orando.

10

Cuando Tello se incorporó a su trabajo, la noticia ya había corrido por San Lorenzo el Real y estaba en boca de todos. Sin embargo, la muerte del registrador de laborantes no era la única novedad. Había otra que iba a preocupar mucho más a los responsables de las obras. En una de las zonas donde se estaban abriendo las zanjas para construir los cimientos de la basílica, los operarios se habían topado con una capa de roca viva. Esteban Lizar era uno de los hombres que aquella mañana le daba vueltas a cómo romper la piedra para no provocar retrasos. Siendo capataz de herrería, y habituado a fabricar todo tipo de utensilios tales como picos, escoplos, escodas o macetas, debía estudiar la forja de nuevas herramientas que pudieran abrirse paso a través de la roca.

—Aunque nos ocupe unas semanas, un mes o un año, hay que terminar el trabajo —se quejó a Tello tan pronto lo vio aparecer—. ¿Tienes alguna idea que nos ayude?

—Podemos pedir un mortero al ejército y dispararlo contra el suelo —aventuró Tello no exento de guasa.

Esteban le rio la broma sin ganas.

—Lo siento. Es la primera ocurrencia que me ha venido a la cabeza —se disculpó.

—Quizá lo sea, o quizá no… Subiré más tarde al cuartel para hablar con el responsable del arsenal —le dijo sopesando su propuesta, aunque pronto cambió el tono—. Por cierto, esta mañana me acerqué hasta el bosque que bordea las tascas para ver qué había ocurrido con ese registrador. Cuando vi que ya había por allí una docena de obreros además de ti, el muchacho y el perro, me di media vuelta. En el camino me crucé con el alférez. ¿Tuviste algún problema con él?

—Intercambiamos algunas palabras, poco más. Luego me ordenó

que me quedara orando en los aposentos del difunto hasta que llegaran el corregidor y los alguaciles.

Esteban apretó los labios con gesto de contrariedad.

—Me consta que Guzmán Martínez de la Osa, que así se llama, es persona bien informada y con buenos contactos, tanto como lo son fray Antonio o el prior. Te sugiero que te relaciones lo menos posible con él. Ese oficial estuvo luchando un tiempo en Flandes. Podría relacionarte con el sobrenombre de Tábano, y eso le llevaría directamente a Pedro Saldaña.

—El alférez no sabe que yo también estuve allí ni que luego serví al señor de Guijosa —le cortó Tello.

—*Todavía* no lo sabe, pero si tiene la más mínima sospecha de que no eres trigo limpio, terminará por averiguarlo. Con esa información en su poder, te tachará de mentiroso aparte de poner patas arriba tu vida pasada.

—No creo que llegue a tanto.

—Ten presente que es el oficial al mando de la guarnición. Su misión es proteger las obras más importantes de la cristiandad, sin contar las que se están realizando en Roma. Tiene toda la confianza de José de Sigüenza, de fray Antonio y del prior. Hazte cuenta de que el capitán de la guardia real queda relegado a un segundo plano cuando el rey pasa aquí la *jornada*. Por escalafón debería ser al contrario, pero Su Majestad sabe que el alférez se maneja bien en la explanada y prefiere que sea él quien lleve el mando.

—Está bien, amigo, pero no toda la suerte la juego yo —le recriminó.

—Por esta boca nadie se enterará de nada, mucho menos ese alférez altanero y prepotente. Ya te dije que, en lo que a mí respecta, puedes estar tranquilo.

Como era de suponer, fray Antonio y Julián de Tricio quisieron conocer lo que sabía el postulante acerca de la muerte del registrador. Pero en contra de lo que Tello supuso, los dos pasaron de puntillas sobre aquella cuestión. *Simple curiosidad*, dijo uno. *Hay que estar enterado de todo*, dijo el otro. Tras pedirle su opinión, *quizá un ajuste de cuentas con alguien de aquellos barrios…*, ambos dieron el asunto por zanjado.

A partir de aquel día, Esteban y Tello hicieron lo posible por coincidir más en las obras. El postulante encontraba conveniente ir de la mano del capataz para facilitar su incorporación a todos los niveles. Esteban le presentaba a muchos obreros que destacaban en sus trabajos, a otros capataces, aparejadores, mercaderes y responsables de talleres y almacenes. Entre ellos se encontró de nuevo con Pascual Cascante. El comerciante que tanto les había ayudado a paliar la escasez de madera hacía gala esa mañana de su buen humor. La idea de traerla desde la comarca de Cardeñosa había resultado crucial a la hora de evitar mayores contratiempos.

—Hasta comienzos de noviembre estaré bastante atareado manteniendo bien surtidas las cocinas del convento donde, ya sabes, se preparan los guisos y otros platos para el rey y el resto del cortejo —le dijo casi sin detenerse—. Cuando Su Majestad regrese al Alcázar de Madrid, os convidaré a mi casa y podremos hablar toda la noche.

Esa misma tarde, cerca ya del ocaso, Tello se cruzó en las estancias del palacio con Remigio, el viejo albañil que tenía miedo de que se produjeran otros accidentes graves como cuando se derrumbó el muro de la fachada principal del edificio gemelo al convento.

—Al final fueron tres almas las que subieron al cielo —le dijo mientras colocaba bonitos azulejos de Talavera a modo de zócalo en una de las salas—, aunque a lo peor tenían cuentas pendientes con el Altísimo y fueron a parar a los infiernos —bromeó.

—¡Santa María! Como ese registrador que mataron hace unos días —intervino Rodrigo Muñoz.

El maestro de cantería pasaba en ese momento por las habitaciones reales armado de cincel y martillo cuando escuchó al albañil. No pudo por menos que pararse para llevarle la contraria. Parecían buenos amigos.

—Yo creo que ese señorito se dejaba los dineros, ¡y hasta el alma!, con las que lavan ropa y ensucian conciencias noche sí y noche también —añadió el cantero.

—Si vas con gente de mal vivir, tendrás un mal morir —cumplió Remigio—. Pero aquellos que fueron a trabajar el día de autos para mayor gloria del rey y de Dios, esos no tenían culpa de nada. Y una

cosa es aceptar la voluntad del Altísimo y otra distinta morir a causa del pecado de pereza que cometen otros, que además es falta capital.

El napolitano hablaba de una manera que dificultaba a Tello su entendimiento.

—¿Acaso hay alguien que no hace bien su trabajo? —quiso cerciorarse el postulante.

—En absoluto —dijeron los dos casi a un tiempo.

—Aquí nadie deja sus obligaciones sin hacer —puntualizó Rodrigo Muñoz al tiempo que se secaba el sudor de la calva con la manga de la camisa—, pero creo que algunos deberían poner más celo en nuestra seguridad. Quiero decir que deberían vigilar tanto las obras como sus alrededores por las noches, sobre todo esos lugares alejados en los que dicen que nunca pasa nada hasta que pasa.

—Como ha ocurrido con la fachada y el registrador ese —completó Remigio.

Tello consideró los reproches de los dos operarios. Según había deducido, las condiciones de trabajo eran buenas, pero podrían ser mejores en aras de evitar más accidentes. Aun así, la muerte del registrador no podía calificarse desde luego como tal.

El trabajo se intensificó durante aquellos días. Tello comenzaba a ser muy conocido en todo San Lorenzo el Real, y no solo por desempeñar la ayudantía del obrero mayor, sino por ser recto en su trabajo y resolutivo con los problemas. Fue él quien se ocupó de que los remates en las estancias reales se realizaran con prontitud y, a falta de los muebles, quedaran preparadas para albergar al rey cuando este así lo dispusiese. De cuando en cuando también se desplazaba hasta el lugar donde se edificaría la basílica para ver cómo sufrían los operarios rompiendo a golpe de pico la roca que habían encontrado un metro por debajo de la superficie. Quizá su ocurrencia de utilizar pólvora no fuera una insensatez. Esperaba que Esteban pudiera averiguar algo más para resolver el problema y atenuar el mal humor de Juan de Herrera, que, además de berrear cuando algo no le gustaba, incrementaba la presión sobre el ritmo

de los trabajos.

El único que sabía sacarle partido a las asperezas del arquitecto era Gaspar, mucho más desde que Tello le había facilitado ropas dignas y el padre barbero se había ocupado de cortar, lavar y domar sus cabellos. De esa guisa más aseada y decente, el muchacho se movía por las obras con total libertad buscando siempre cómo favorecer los cometidos que el postulante tenía encomendados. Cuando las dificultades arreciaban, le faltaba tiempo para sacar a colación el nombre de Antonio de Villacastín como si despachara directamente con él. Cada vez había más trabajadores que sabían que el mozo servía al ayudante del obrero mayor, y eso les beneficiaba.

Pero ese mismo desparpajo provocó que Tello se encargase de que el chico desapareciera junto con el perro cuando el monarca rondaba cerca de ellos. No quería distraerse durante los momentos en que este se paseaba por las obras. El rey siempre hacía preguntas, daba consejos, insinuaba soluciones o alternativas, expresaba sus dudas… En el hipotético caso de que tuviera un encuentro con él, debía estar atento a sus palabras sin tener que estar pendiente de nadie más. Tanto la presencia como las consideraciones de Su Majestad elevaban el estado de nervios de las personas que lo trataban, amén de no facilitar en absoluto la labor de sobrestantes, maestros y oficiales. De hecho, mucho se temía que sus apariciones se tomaban como las de un moscardón que revoloteaba indeciso por el lugar. Sus comentarios les hacían gastar a todos un tiempo precioso en saber qué era lo que en realidad deseaba el rey, algo que no se conseguía en todas las ocasiones, ni mucho menos.

Lo cierto era que la *jornada* real, que en un principio había esperado con ilusión, acabó siendo un manantial de ansiedad para el postulante. Por ello, en cuanto el sol se escondía y terminaba otras obligaciones que se había impuesto él mismo en el convento, abandonaba la clausura y, ante la mirada reprobatoria —o cargada de envidia— del padre portero, abandonaba el edificio y se dirigía hacia las calles donde abundaban las posadas y las tabernas que frecuentaban los trabajadores. Allí buscaba a Esteban y compartían

conversación mientras Gaspar y Risco esperaban puertas afuera. También solían coincidir con Remigio y Rodrigo Muñoz. Los cuatro hombres pasaban un buen rato en la taberna, pero siempre eran de los primeros en retirarse hasta el día siguiente. Ninguno era gran bebedor, si bien era cierto que Remigio tenía aguante y Tello, aunque le sobraba gaznate, prefería rebajar los dos dedos de vino que pedía con toda el agua que cupiera en el vaso.

—Es solo para darle sabor —se excusaba.

Una de esas noches de mediados de otoño en las que ya comenzaba a refrescar, Gaspar entró en la taberna acompañado de Ofelia. La mujer tenía dominado al muchacho tirando con saña de una de sus patillas. Nada más reparar en ellos, Tello se puso en pie esperando una explicación que no tardó en llegar.

—Este sinvergüenza tiene la lengua muy larga excepto cuando no le conviene hablar. Entonces la guarda como si fuera mudo —dijo por todo saludo la mujer.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que no solo no vemos un triste maravedí de los que le sobran cuando recibe esos dos reales que le pagas, sino que a nosotras no nos ayuda a conseguir más.

Ofelia estaba tan enfadada que parecía haber olvidado dirigirse a Tello con los mínimos formalismos. Quizá su ofuscación, y también estar sentados en una taberna de tres al cuarto, la había incitado a ello.

—Perdona, pero no estoy entendiendo nada. ¿Qué sucede, Gaspar?

La mujer continuaba tirando hacia arriba de la patilla del muchacho, que aguantaba la tortura de puntillas con las manos cerca de la oreja y el gesto crispado.

—Ofelia tiene una buena amiga que regenta su propia tasca ladera arriba. Allí echa una mano todas las noches sirviendo las mesas —alcanzó a explicarse—. Yo también suelo ayudar…

—¡Quia! Eso fue hasta que apareciste tú en nuestras vidas —lo interrumpió la mujer mirando fijamente a Tello—. Antes Gaspar se pasaba la noche convenciendo a los hombres que pasaban por las cercanías para que entraran en la tasca. Pero ahora, ¡vive Dios!, se

retira pronto porque dice que le toca madrugar. Y encima descubro que, ¡por si fuera poca la faena!, no solo me miente, sino que sale contigo por las noches… Está mal que sea un embustero, ¡pero al mentecato ni se le ha pasado por la cabeza llevarte a la tasca de Constanza!

Terminó su parlamento soltando un pescozón en la nuca de Gaspar, que adelantó tres pasos para protegerse detrás de Tello. Risco se había quedado en la puerta de la taberna y no hacía más que ladrar.

—Creo que Ofelia tiene razón —aceptó el postulante—. Vayamos a conocer la tasca de Constanza.

Remigio y Rodrigo Muñoz prefirieron no moverse de allí. Los demás tardaron unos pocos minutos en llegar a una cabaña de madera que tenía un gran ventanal en el frente. Estaba situada cerca de un corral donde dos docenas de gallinas dormían dentro de los cajones que les servían de cobijo.

Tello dejó pasar primero al resto del grupo. Cuando iba a hacerlo él, le pareció ver al alférez llegar a la pradera. Estaba a medio centenar de pasos y la luz era ya muy débil, pero no tuvo dudas de su identidad. El oficial se dirigía hacia el campamento de las lavanderas y, aunque llevaba el paso vivo y había escogido un camino sumergido entre jaras, aquel que trataba de pasar desapercibido no era otro que Guzmán Martínez de la Osa. Sin darle mayor importancia, pues a todos los hombres les apretaban las urgencias por la misma parte del cuerpo, decidió guardarse el secreto para sí y entró en la tasca.

Lo primero que le llamó la atención fue que el establecimiento estuviera a rebosar. Lo segundo, que al menos hubiera tres o cuatro mujeres entre la veintena larga de hombres. Y lo tercero, que todos bajaran el tono de las conversaciones a un tiempo cuando cerró la puerta y se enfrentó a la sala. Entonces advirtió el cambio de clientela. No vio aparejadores, capataces o maestros como en los mesones cercanos a la lonja. Los que había allí eran aguadores, carreteros, peones de albañil, pastores, artesanos, algún labriego…

Tello inspiró de manera profunda y fue a sentarse a una de las mesas donde ya le esperaban Esteban y Gaspar. Ofelia les llevó una

jarra de vino y dos vasos de barro. Cuando el muchacho reclamó uno para él, se llevó otro pescozón en la nuca y un berrido de la mujer.

—El vino es para los hombres —le advirtió—. ¡Que te vea yo siquiera probar una gota y te arranco las dos patillas de un tirón! ¿Te ha quedado claro?

El postulante levantó la mano para pedir la palabra, pero antes de que pudiera abrir la boca, Ofelia dejó frente a él una botija con agua.

—No hace falta que la pidas. Una mesonera que se precie sabe lo que beben sus clientes, y yo ya me he fijado en tus gustos en esa otra tabernucha de la que os he rescatado —dijo guiñándole un ojo con provocativa lentitud—. Así que ya puedes aguar tu vino, postulante —concluyó con un mohín de la nariz.

Al contrario de lo que se temió en un primer momento cuando observó a los parroquianos, el tema de conversación principal aquella noche no se centró en habladurías de peones o fanfarronadas de gañanes, sino en las noticias que llegaban desde Flandes y el norte de Francia. Según pudo escuchar, Luis de Requesens, gobernador de los Países Bajos, mantenía a raya a los rebeldes orangistas que, además, eran protestantes y, por tanto, herejes. Sin embargo, para que la alegría no fuese completa, los hugonotes ganaban presencia, influencia y poder en el país galo.

—Nuestro rey debería dejarse de diplomacias y arrear a esos renegados como hizo el rey francés en la matanza de San Bartolomé —dijo uno que estaba en el mismo banco que Tello.

—La obligación de un católico es erradicar a los protestantes, ya sean estos calvinistas franceses, luteranos alemanes o anglicanos ingleses —arengaba otro—. Y si para ello hay que pasar a cuchillo a mujeres y niños, se hace, que ya nos lo agradecerá en el juicio final Dios, Nuestro Señor.

—¡¡Justicia divina!! —gritó otro, y todos chocaron con cuidado sus vasos aunque no evitaron salpicar.

Mientras los contertulios vaciaban jarras de vino animados por Constanza, Ofelia y otra mesonera llamada María —más bajita que su compañera, rubia, tirando a gordita y de rostro muy bello—, la

cabeza de Tello regresó a las batallas en las que había participado contra el protestantismo en una época en la que los católicos trataban de frenarlo. No fueron pocos los que habían muerto asesinados, como ocurrió en la que ya se conocía como la *Miguelada* de Nimes. Habían transcurrido ocho años desde aquella vez en la que Pedro Saldaña y él se cubrieron las espaldas para salir con vida de la persecución que iniciaron media docena de franceses para darles muerte.

Sin que nadie lo advirtiera, con media sonrisa en los labios por continuar con vida para contarlo, acercó su vaso a la botija y, como si brindara, lo chocó con cuidado.

—Por mí.

Octubre vestía de colores imposibles los alrededores de San Lorenzo el Real. Los días se acortaban y toda manifestación de vida parecía languidecer a excepción de la actividad en las obras, que continuaba a un ritmo frenético. Los trabajadores comenzaban a poblar la explanada en cuanto sonaba la campana con las primeras claridades del día. Desde el este llegaban aquellos que residían en la villa de El Escorial o en poblaciones cercanas como Valdemorillo, Santa María de la Alameda —donde había un importante campamento de canteros vizcaínos—, Zarzalejo, Guadarrama o Robledo. También los había que provenían de lugares más apartados como Peralejo o los altos de Galapagar, aunque la mayoría acudían desde la linde norte de la lonja, donde estaban las posadas, y también desde la del oeste, a lo largo de la cual se distribuían casi todos los albergues, pensiones, residencias y casas de huéspedes.

Como ya era habitual, Gaspar esperó a Tello en la puerta del convento. Esa mañana le acompañó hasta el costado septentrional del edificio gemelo, donde se estaba levantando un gran andamio para continuar con las labores de edificación de ese lado de la fachada. El largo muro ya ganaba más de dos alturas. No tuvieron tiempo de comprobar si los carpinteros habían llegado con nuevos troncos y tablones. Un joven de unos veinte años, bien vestido y con el rostro pálido, se acercó al postulante y, tras saludar, le preguntó

inseguro si se trataba de Tello del Saz.

—Yo mismo —respondió.

—Debéis acompañarme al albergue donde residen los funcionarios de la Corona.

—¿Quién te envía, muchacho?

—Don Gonzalo Ramírez, Contador Real.

No había más que decir. Ramírez era una de las personas que colaboraban más estrechamente con el rey. También lo hacía con la Congregación, pues llevaba todas las cuentas de las obras en un momento muy delicado por el aviso de una inminente bancarrota.

Cruzaron con celeridad la lonja y llegaron a la esquina de uno de los largos edificios de ladrillo y piedra que había en la primera línea. Allí los esperaba un hombre bien vestido y abrigado con una ligera capa. Tras identificarse como Gonzalo Ramírez, pidió a Tello que le siguiera al interior.

—Pero el chico no puede venir.

Tello cerró la boca de Gaspar con un gesto imperativo de su mano cuando este ya se disponía a protestar.

—Quédate con Risco y no arméis jaleo. Ninguno de los dos —resolvió.

El postulante siguió los pasos del Contador Real hasta detenerse ante una de las habitaciones que había en un estrecho pasillo abuhardillado de la planta bajo cubierta.

—Quería que vos fuerais el primero en ver lo que ha sucedido —y abrió la puerta.

Tello encontró una estancia más ancha que larga. A su izquierda, un jergón mostraba las sábanas estiradas, como recién puestas. A la derecha, una mesa delataba al residente de ser persona instruida y ocupada, pues no era habitual tenerla en el dormitorio. En el tablero, una vela casi consumida agonizaba con bailoteos arrítmicos y nerviosos. Y de frente, sobre una silla caída en el suelo, el cuerpo de un hombre pendía de una soga sujeta a la viga que cruzaba el techo. Tenía los ojos entornados, más de lo normal para un cadáver. Lengua y labios amoratados. Manos con los dedos crispados, varias uñas rotas y algunas yemas despellejadas, como si hubiese querido deshacerse de la cuerda antes de que le asfixiara.

Tras santiguarse, Tello hizo pasar a Ramírez y cerró la puerta tras de sí.

—¿Quién más sabe de esta muerte tan horrible?

—Nadie, ni siquiera el mozo que envié a avisaros —respondió.

—¿De quién se trata?

—Francisco Bajo, un contador que estaba a mis órdenes. Hoy no acudió al desayuno. Subí yo mismo a buscarle.

Antes de observar de cerca el cadáver, Tello echó un vistazo a Ramírez. Hasta ese momento no había podido hacerlo. El hombre tendría cuarenta y tantos. Le pareció tan alto como él, pero se veía que era de los de darle gusto al diente dado que la camisa y el jubón se mostraban demasiado tersos. Aun así, tenía aspecto cuidado: cabellos, barba, modales exquisitos… Inseguro en cierta medida. Quizá incluso algo pusilánime.

—Avisad al alférez del cuartel o al alguacil de El Escorial, tanto me da —le dijo Tello—. Mientras llegan, me quedaré orando por él a Nuestro Señor. Nunca se sabe si el arrepentimiento le llegó en el último instante y aún hay tiempo de salvar su alma.

Ramírez ya se disponía a salir del aposento cuando Tello cambió de opinión y le reclamó que esperara.

—¿Por qué me habéis llamado a mí? —quiso saber.

—Sé de vuestra rectitud.

—Supongo que habrá más personas rectas en San Lorenzo…

—Os vi a través de la ventana cuando descubrí el cuerpo. Necesitaba que alguien diera fe de la muerte sin dilación y estoy seguro de que nadie pondrá en duda vuestra palabra.

—Antes de que os vayáis, contadme algo de Francisco. ¿Hacía bien su trabajo? ¿Tenía problemas con algún funcionario? ¿Solía frecuentar el campamento de las lavanderas?

Ramírez cerró la puerta y observó de soslayo el cuerpo colgado de la viga.

—Era buen trabajador, discreto, más bien retraído. Se llevaba bien con sus compañeros, pero desde hacía algunas semanas, quizá un mes, se le veía algo nervioso y preocupado. Al principio pensé que era por causa ajena a sus obligaciones, pero luego me di cuenta de que se traía trabajo aquí para continuar la labor por las noches.

—¿Hubo algo en este tiempo que se saliera de lo normal?

—Solo la llegada de los inspectores reales para comprobar las cuentas.

—Estoy al tanto de la difícil situación de la Corona. Quizá Francisco descubrió algo…

—Eso mismo supuse yo, pero cuando le pregunté si había detectado errores que nadie antes hubiera advertido, no supo decirme. Parecía tener muchas dudas, como si le faltara información para darme una respuesta.

Ramírez salió en busca de los soldados mientras Tello se preguntaba si el contador había hecho algo mal y se suicidó antes de ser descubierto. O quizá había destapado algo que no era correcto y el verdadero responsable se lo había quitado de en medio.

Aún con las dudas rondándole en la cabeza, se acercó al cadáver, tomó la silla y se subió a ella. Luego rozó las mejillas del hombre. Estaban heladas. La cama sin deshacer, la vela casi consumida y el cuerpo tan frío apuntaban a que la muerte se había producido al comienzo de la noche. Luego examinó la soga que aprisionaba su cuello. No había duda de que era una cuerda de uso común en las obras. Bien podía estar fabricada por los artesanos que había allí mismo. Era dura, fuerte… Se acercó un poco más y detectó lo que parecía una segunda huella alrededor del cuello, justo por debajo de la que había dejado la soga. ¿Otra cuerda? ¿Un pañuelo?… ¿Quizá un intento anterior que salió mal?… También su mano izquierda mostraba unas extrañas marcas. Se trataba de dos cortes paralelos. Uno de ellos cruzaba la palma; el otro lo hacía a la altura de la segunda falange de los dedos. Era el mismo tipo de herida que había visto en el cadáver del registrador, aunque él los tenía en la mano derecha. Los tajos se habían realizado justo antes de producirse la muerte ya que había sangre en el suelo y en las mangas de la camisa de dormir que vestía el cadáver. Al observarlos con más detenimiento, concluyó que eran cortes defensivos causados por una hoja de doble filo. Intuyó que Francisco Bajo, en un movimiento instintivo, había intentado coger el arma que buscaba herirle. Se cortó cuando logró asirla y su atacante tiró de ella. Aquella torpeza solo era digna de alguien que no estaba acostumbrado a luchar,

como un contador de la Corona o un simple registrador. A juzgar por la distancia entre los dos cortes, el arma tenía que ser pequeña, estrecha, tal vez un puñal o una daga.

Se puso a recitar un padrenuestro para ayudar al difunto a evitar los infiernos a la vez que revisaba la estancia por si hubiera algo que le ofreciese una pizca de luz sobre su muerte. La escena apuntaba a un suicidio, pero también podía ser un asesinato como el del registrador. Quizá fue cometido por la misma persona, alguien que escogía víctimas que no sabían defenderse. Sin embargo, al igual que el otro, Francisco Bajo tenía una bolsita con algunos reales y un buen puñado de maravedíes en la habitación y nadie se los había quitado.

—Luego el robo está descartado —murmuró para sí.

Sonaron dos golpes en la madera de la puerta y una voz pidió permiso para entrar.

—Adelante —concedió Tello al momento.

—Di aviso en el cuartel. El alférez ya viene para acá —le dijo Ramírez recobrando el resuello. Se había dado prisa.

—¿Sabéis si Francisco conocía o tenía alguna relación con el registrador que apareció asesinado cerca del campamento de las lavanderas hace tres semanas?

—Por lo que a mí me consta, nunca los vi juntos. Aunque los dos trabajaban para la Corona, sus tareas no tenían mucha relación. Uno se encargaba de registrar al personal de las obras y Francisco, como otros contadores, de llevar las cuentas.

—Antes habéis dicho que últimamente lo veíais inquieto.

—En cierta manera es lógico. Los inspectores llegados de Madrid iban a revisar en unos días sus libros al igual que están haciendo con el resto. A nadie le gusta que examinen su trabajo.

—No, si lo hace bien. Cualquiera podría sentirse orgulloso si, una vez inspeccionado, no se hallase tacha alguna…

Alguien golpeó de nuevo la puerta, pero esta vez se abrió antes de que Tello o Ramírez contestaran siquiera. Ante ellos se presentó Guzmán Martínez de la Osa precediendo a dos soldados. Sin mostrar modales demasiado refinados, se acercó al cadáver y lo observó de arriba abajo.

—¿Qué hace aquí el postulante? —preguntó a Ramírez dando la espalda a Tello con desagradable descaro.

—Le avisé yo. Estaba cerca cuando descubrí el cuerpo y…

—¿También sabes leer muertos, Tello del Saz? —preguntó al aire.

—Tal y como se me indicó hace unas semanas con el registrador, lo único que he hecho ha sido rezar por él. En cierto sentido, me anticipé a vuestras órdenes, alférez Martínez —respondió con una determinación no exenta de ironía—. ¡Ah!, y aunque no puedan mover la lengua, todos los muertos hablan. Otro asunto es que haya personas que sepan escucharlos.

El alférez abrió la puerta con cierto ímpetu y miró a Tello, quien comprendió el mensaje de inmediato.

Mientras descendía las escaleras de vuelta a las obras, recompuso en su cabeza la información que había obtenido en aquellos escasos minutos a solas con el cadáver de Francisco Bajo. Todas las teorías parecían posibles, desde el asesinato por causas que desconocía —lo que evidenciaban los cortes defensivos en la mano—, hasta el suicidio, porque quizá no había hecho bien su trabajo y le entró el pánico ante la visita de los inspectores. No obstante, si todavía nadie lo había revisado, ¿por qué no huir a la carrera en lugar de colgarse de una soga? Tendría que volver a preguntar a Ramírez si al final se había descubierto algún asunto poco claro en sus libros.

También podría haber una tercera teoría: un caso de ajuste de cuentas, quizá lo mismo que le ocurrió al registrador, aunque no se conocieran entre ellos.

Y una cuarta: que hubiera cerca un asesino que disfrutaba haciendo el mal.

11

La muerte de Francisco Bajo no trascendió como lo había hecho la del registrador. Al contrario: las autoridades le echaron tanta tierra encima que Tello dudaba de que alguien le hubiera conocido o hubiese trabajado para la Corona. En definitiva, de que hubiese existido siquiera. Por lo tanto, la vida en San Lorenzo el Real no se vio alterada por otros asuntos que no fueran el progreso de los trabajos y los paseos que Felipe II gustaba de dar por los lugares donde se llevaban a cabo.

Fue durante una de esas visitas inesperadas cuando al rey se le vio acompañado de un hombre ya de cierta edad, de cabellos cenicientos arreglados de manera impecable, barbas de corte preciso, jubón ricamente bordado, calzón acuchillado y calzas de inmejorable calidad que estilizaban en algo su corta y curva figura.

Coincidió que, en esos momentos, Juan de Herrera contrastaba opiniones con fray Antonio en un tono un tanto vehemente. Obrero mayor y arquitecto formaban parte de un grupo en el que también estaban José de Sigüenza, Esteban Lizar, Tello y Gaspar. Se encontraban todos al pie de una pared de construcción muy incipiente que separaría la basílica de la parte final del edificio gemelo, muy cerca del palacio. Si bien desde fuera no se apreciaba la importancia de la obra, Herrera insistía en que debía levantarse con la precisión que se especificaba en los planos pues, en un futuro, acogería una amplia estancia dedicada a cuatro famosas batallas en las que el ejército español había salido victorioso.

—La sala tendrá cuarenta pasos de largo y estará cubierta por una bóveda de cañón que alcanzará poco más de cinco, así que no puede haber el más mínimo error en las mediciones. La décima parte de un dedo ya sería catastrófico.

En cuanto la figura del monarca asomó por la esquina, el

arquitecto y fray Antonio cesaron en su conversación. Al punto, Tello ordenó a Gaspar que se llevara a Risco bien lejos y no regresaran hasta que él mismo los reclamara.

Herrera y los dos monjes se dispusieron a prestar atención a las cavilaciones del rey bajo la atenta mirada del alférez, que, ¡cómo no!, multiplicaba sus ojos por encima de todos los presentes. Aquel momento de calma fue aprovechado por Esteban Lizar para acercarse hasta el distinguido personaje que acompañaba al monarca y presentárselo a Tello.

—Don Miguel de Almedilla es uno de los mercaderes de tapices más importantes de las Españas. Y con ello incluyo nuestras posesiones en ultramar —dejó caer el capataz de herrería con ceremoniosidad—. También es un conseguidor de imposibles ya que, de un plumazo, ha obtenido un raro (y muy costoso) pigmento azul que necesitaba con urgencia cierto pintor cuyo nombre no estoy autorizado a desvelar.

—Ni yo tampoco —terció el de Almedilla con una sonrisa franca al tiempo que saludaba a Tello.

—Es un honor conoceros.

—También lo es para mí —cumplió el mercader—. Me han llegado algunas informaciones que aseguran que habéis entrado con muy buen pie en San Lorenzo el Real. Asimismo, el magnífico trabajo que estáis desarrollando de la mano de fray Antonio es de admirar. Si en alguna ocasión me necesitáis, por nimia que pueda pareceros la razón, podéis contar conmigo.

Se despidieron con cordialidad en espera de un próximo encuentro, lo que tuvo lugar solo un par de horas más tarde. Sucedió cuando Tello bajó en busca de Gaspar y vio que Miguel de Almedilla abandonaba las obras en dirección a su casa por la zona norte de la lonja. Iba acompañado por el alférez y una mujer muy joven que lucía un vestido confeccionado en brillantes telas y bordados tan exquisitos como las prendas que llevaba el hombre. Los ojos del antiguo soldado quedaron atrapados en ella por la novedad que significaba la presencia de una dama en aquel lugar. No advirtió que Risco había salido a la carrera hacia el grupo para cortarles el paso a golpe de ladrido. Resuelto, Tello empleó dos

segundos en acercarse al perro y lanzarle un puntapié. La bota impactó contra una de sus patas traseras justo en el momento en que el alférez desenvainaba su espada. Tras soltar un aullido, el animal se encogió formando media rosca, instante que aprovechó Gaspar para asirlo por el ancho collar de cuero.

—Llévate a esa bestia de aquí —rugió el alférez.

—Tan solo es un cachorro. Apenas ha cumplido el año —se disculpó Tello—. Es del todo inofensivo.

—Pues por la buena alzada que posee, no lo parece —opinó admirado Miguel de Almedilla temiendo que, si a Risco le daba por elevarse sobre sus patas traseras, bien podía descansar las delanteras a la altura del pecho de un hombre.

Tello se giró en redondo y mandó callar a Risco, que cerró el morro de inmediato.

—Desapareced. Los dos. Ya —murmuró tajante a Gaspar—. Y estrangula al perro si es preciso.

Mientras el muchacho arrastraba a Risco tirando del collar, el postulante se dio media vuelta y se excusó de nuevo por el incidente.

—Deberías deshacerte de esa alimaña —le recriminó el oficial.

—Antes muerto, alférez Martínez.

—En los tercios ya habríamos dado cuenta de él como almuerzo.

—También podría darse el caso contrario —le refutó Tello.

—¡Jesús bendito, qué cosas estáis diciendo! —terció la joven—. ¿Vais a enzarzaros como dos gatos por un simple can?

Aquella voz… Sí, aquella voz fue como un terremoto en el alma del antiguo soldado, una sacudida violenta y descontrolada que cuarteó su coraza y derrumbó sus defensas como si se tratara de la fachada del edificio gemelo que hacía casi dos meses se había llevado la vida de tres obreros. Aquella voz… No se parecía en nada a la de Inés, pero sus efectos eran igualmente devastadores: sonaba algo grave, pero a un tiempo resultaba aterciopelada, cuidando con dulzura todos los sonidos, las eses, las jotas… Incluso cuando exclamaba era tibia, y cuando reprochaba resultaba dulce…

Con tales atractivos, Tello no pudo evitar fijarse en su rostro con descaro: ojos claros, dorados o verdes según les diera la luz del sol;

cuello delgado, estilizado, así como la mandíbula, fina y de ángulos suaves; labios carnosos pero no tanto; naricilla mejor que nariz, de puntita redondeada y ligeramente alzada; cabellos del color de la miel de jara que adornaban un gesto angelical, de bondad absoluta…

—Mi sobrina Ana se quedará un tiempo con nosotros en San Lorenzo el Real —habló Miguel de Almedilla—. Lleva aquejada de toses desde hace meses y su padre estima que, en lugar de permanecer en Alcalá de Henares, el clima de las montañas será muy beneficioso para aliviar estas dolencias. ¡Y qué mejor lugar que la sierra de Guadarrama para curarlas! Además, aquí puede vivir conmigo. Estos aires les vendrán estupendamente a esos pulmones que apenas cuentan veintiún años.

—Dios santísimo así lo quiera, tío —rogó ella—, que muy harta estoy de soportar estos padecimientos.

—Lamento si Risco os ha asustado —volvió a disculparse Tello—. Quedo a vuestros pies, señora mía —se despidió advirtiendo que en los labios de la joven relampagueaba una sonrisa fugaz.

—Hacednos una visita cuando os plazca —le invitó Miguel de Almedilla—. Mi casa cae detrás de las primeras edificaciones que parten de la lonja por su parte oeste, frente a las fachadas principales del monasterio. Es toda de piedra. La reconoceréis al instante. No tiene pérdida.

—Y lleva a ese perro con los pastores —añadió desafiante el oficial —. Es donde debe estar.

—Su lugar está solo junto a mí.

Fueron tres despedidas muy dispares: seca la del alférez, cordial la del mercader de tapices y muy acusada la de Ana, que tardó unos segundos en despegar los ojos de los del postulante.

Tello fue siguiendo con la mirada cómo se alejaban las tres personas hasta que alcanzaron el extremo de la explanada. Una vez desaparecieron de su vista, se giró y descubrió a Gaspar y a Risco observándole, ambos sentados, el muchacho con gesto burlón, el perro con la cabeza ladeada esperando a que le llamara de un silbido, cosa que no tardó en suceder. Tan pronto se reunieron, comenzaron a bordear el lateral del edificio gemelo. La cabeza de

Tello aún estaba enredada en la belleza cautivadora de Ana cuando un carro tirado por mulas pasó a su lado a buen trote. Gaspar le agarró por un brazo y tiró de él para apartarle del camino.

—No tienes los ojos donde debes —le regañó el muchacho.

—Ni la cabeza, amigo, ni la cabeza —admitió.

En ese instante, alguien gritó desde las alturas. Tello levantó la mirada hacia el armazón adherido al largo muro del edificio gemelo que daba a la lonja norte. A esa voz se unieron más, algunas fuertes y desesperadas; otras de aviso y advertencia. Todas muy angustiosas, como si fueran ánimas dejando este mundo. Cuando Tello buscó de dónde provenía tal escándalo, vio con horror cómo el enorme andamio empezaba a balancearse, primero levemente, después con más brío, hasta terminar de manera violenta y comenzar a caer hacia el lado interior de las obras. Los operarios continuaban vociferando aterrados. Los de los niveles más bajos saltaban a tierra para tratar de escapar. Los del segundo y el tercer nivel intentaban descender para poder lanzarse al vacío con alguna garantía de sobrevivir. Y los que quedaban más arriba se agarraban a los maderos como si estos fueran a flotar en el aire. Mientras tanto, los obreros que se encontraban en el interior de la construcción huían despavoridos.

En cuestión de unos pocos segundos la tragedia fue insalvable. Tello tiró de Gaspar y corrieron fuera del alcance del gran andamio, que fue cediendo hasta desplomarse contra el suelo. Lo hizo como un castillo de naipes, vara a vara, palmo a palmo, de principio a fin, de arriba abajo y de dentro afuera. El estruendo de los troncos al caer tapó casi por completo el espantoso griterío de unos hombres que, como si fueran hormigas atrapadas en una rama agitada por un huracán, caían por todos lados. Al contrario de cuando se desplomó la fachada principal del edificio gemelo, apenas había polvo que cubriera la escena. Todos los ojos que se encontraban a salvo pudieron contemplar cómo los operarios sucumbían al desastre: los que estaban más cerca del suelo aguantaban el golpe y, renqueantes, buscaban auxilio; otros llegaban a tierra abrazados a los postes y sus miembros eran aplastados por el impacto de la madera sobre ellos; algunos perecían bajo los troncos o los tablones,

o volaban por los aires como los que se hallaban en los últimos niveles, que aterrizaban en posiciones imposibles entre los maderos.

El tremendo ruido provocado por la caída del andamio alertó a todos los trabajadores de las obras. De inmediato, los alrededores del edificio gemelo y los dos descampados de la lonja se llenaron de hombres dispuestos a socorrer a las víctimas. Tello ordenó a Gaspar que sujetara a Risco y corrió hacia la montonera de troncos, tablones y cuerdas entre los que se veían brazos, piernas, cabezas, medios cuerpos asomados entre gritos, sangre, dolor y muerte. Comenzaron a liberar a los heridos y aparecieron los primeros cadáveres. Entre ellos, Tello reconoció el de Remigio, el viejo albañil napolitano. Su cuerpo estaba doblado como un saco a medio llenar de piedras. Un tronco le había roto la columna a la altura de la cintura. De su boca se derramaba una sangre oscura, espesa. Los ojos permanecían abiertos en un gesto que unía la sorpresa y el miedo. Él no debía de estar subido al andamio. Aquel enorme madero tenía que haberle alcanzado quizá yendo de un lugar a otro y lo había partido en dos.

En ese momento sintió cómo alguien posaba la mano sobre su hombro. Cuando se volvió, se encontró a Julián de Tricio con el gesto desencajado. El prior había salido del convento alarmado por el estrépito y el griterío.

—Dios santo, ¿qué ha ocurrido?

—El andamio del muro norte se ha venido abajo.

—Pero… ¡Oh, Jesús bendito! ¿Cómo ha podido suceder?

El postulante sujetó al prior por la manga de su hábito y lo apartó hacia el lugar donde le esperaban Gaspar y Risco.

—Cuando el muro de la fachada principal se derrumbó hace varias semanas, hubo un albañil que me comentó que estas obras no eran tan seguras como debían serlo. Su parecer luego me lo ratificó un maestro cantero, un tal Rodrigo Muñoz.

—Me es familiar ese nombre. En cualquier caso, me gustaría que hablaras con los dos para que se expliquen mejor.

—El albañil ha muerto. Del cantero no sé nada, pero lo buscaré.

Ahora fue el prior quien ofreció la espalda a la catástrofe para buscar más intimidad con el postulante.

—El derrumbe de aquel muro y hoy la caída de este andamio no han sido los únicos accidentes, Tello —le confió—. Ha habido otros, no de tanta magnitud, pero igualmente costaron algunas vidas. Estimo que no estaría de más que un recién llegado como tú echase un vistazo a lo ocurrido con ojos limpios.

—Será como pedís, padre.

Julián de Tricio se despidió y se encaminó de vuelta al convento. Aún no se había alejado una veintena de pasos cuando Gaspar y Risco se reunieron con Tello. Los tres no podían apartar los ojos del lugar donde todo el mundo se afanaba por rescatar a los heridos que aún se encontraban entre aquel revoltijo de maderas, cuerdas y hierros.

—Ve a buscar a García de Quesada —ordenó al muchacho— y dile que quiero verle enseguida. No me importa si está ocupado. Tú hazle venir.

Gaspar salió a la carrera hacia las carpinterías en tanto Tello y Risco se acercaban hacia los restos del andamio. Poco pudieron hacer. Apenas quedaban allí más que los fallecidos, aquellos que se veían y otros que descubría el perro cuando ladraba avisando de que, bajo tal o cual tablón, se encontraba un cuerpo sin vida o a punto de perderla.

Gaspar no tardó mucho en dar con García de Quesada y llevarlo ante Tello. El aparejador de carpintería apareció agitado y con el rictus contraído. Tan pronto se saludaron y comentaron brevemente lo acaecido, el postulante le pidió que le acompañara a inspeccionar los restos del andamio. Quesada se puso a su disposición y comenzó a mover los tablones y los soportes caídos. Todo parecía estar en regla: los pilares estaban sanos, sin podredumbre o nudos por donde quebrarse; en sogas y cordeles no se apreciaban roturas que no se hubiesen producido por estiramiento o torsión; los clavos estaban bien colocados para asegurar las uniones de los maderos, que presentaban un aspecto resistente y eran del grosor adecuado.

—¿Cómo piensas que ha podido ceder un andamio tan sólido como lo era este? —le preguntó Tello después de contarle la manera tan aparatosa en la que se había desmoronado—. Me consta que estaba bien sujeto. Llevaba muchos días en pie y, que yo sepa, nadie

se había quejado. Tiene que haber algo que explique cómo se ha producido este accidente.

—Justamente por eso se le llama accidente, Tello, porque no es previsible.

—Por ahora no hemos visto nada que nos haga vislumbrar una causa, quizá porque no fue fortuita, sino deliberada y planeada para quedar oculta a quien la busque.

Quesada clavó sus ojos oscuros en los de Tello.

—¿Estás insinuando que, tal vez, alguien hizo algo para…, digamos…, favorecer que se produjera un percance de tal dimensión? —se temió el jefe de los carpinteros.

El postulante le contestó encogiéndose de hombros con la misma inseguridad.

—Pienso en un accidente, o en alguien que pudo hacer algo para que se produjera, o en alguien que pudo *dejar de hacerlo* con igual propósito.

Quesada respiró hondo antes de responder.

—Albañiles, peones, asistentes, aguadores, canteros, cordeleros, herreros… Todos trabajan con celo. Y por los carpinteros, en concreto, pongo yo la mano en el fuego.

En ese momento los abordó Pascual Cascante. El comerciante de frutas y verduras había abandonado su casa para saber qué había ocurrido. Tello le hizo partícipe de su incertidumbre y Quesada de sus primeras conclusiones.

—En definitiva: por ahora no hay nada que me revele qué ha podido causarlo —concluyó.

—O quién —apuntó Tello—. Cuando se desplomó el muro de la fachada principal hace unas semanas, hubo un albañil que insinuó que aquí se trabaja con ciertas prisas y a veces sin la diligencia debida.

—Es una acusación muy grave. ¿Qué quieres decir? —se interesó Cascante.

—En realidad, no lo sé… No hay nada que nos haga pensar en un hecho fortuito, pero tampoco parece que haya nadie en las obras que esté tan descontento como para provocar una desgracia.

—Insisto en que algo así me resulta inconcebible —saltó Quesada.

—Absolutamente —remató el comerciante.

—Nadie en su sano juicio lo haría —añadió el aparejador—. Conozco a alguno que achaca estos sucesos a la mala suerte. Y los hay que hablan de maldiciones, de conjuros, incluso de la mano del diablo, pero son los menos.

—Eso sí que es absurdo —aseveró Tello.

—No tanto —le contradijo Pascual Cascante—. Se dice que San Lorenzo el Real se está construyendo sobre una de las puertas del infierno. Felipe II ordenó edificarlo en este preciso paraje para sellar esa entrada que, curiosamente, estaba muy cerca de unas antiguas minas. José de Sigüenza comentó en cierta ocasión que, una vez fijada la localización definitiva del monasterio, el rey mandó que se acordelase el sitio para luego poner las estacas que marcarían los cimientos. Y el día en que se iba a dar cumplida oficialidad a su construcción, hubo una gran tempestad que impidió llegar hasta aquí a los sabios que habían propuesto su ubicación.

—Supersticiones… —opinó Tello.

—Bobadas —dictaminó Quesada—. No hay diablos que valgan. Todos sabemos que los accidentes en obras tan colosales están a la orden del día.

—Pues aquí parece que empiezan a ser más frecuentes de lo habitual, y las casualidades lo son hasta que dejan de serlo —zanjó el comerciante.

Entre Tello, García de Quesada y Pascual Cascante no llegaron a ninguna conclusión, ni siquiera encontraron un mínimo indicio que pudiera orientarles. Solo tenían conjeturas, suposiciones y deducciones sobre hipótesis demasiado endebles. Aun así, Tello se pasó el resto del día hablando con otros oficiales y obreros en busca de cualquier astilla, cualquier fragmento de cualquier cosa que pudiera darle algo de luz. No obtuvo resultado alguno.

Cuando llegó la noche, y antes de que el prior pudiera preguntarle qué había averiguado, el antiguo soldado abandonó el convento y fue a buscar a Esteban por los mesones. Lo encontró en una taberna en la que ya habían coincidido alguna vez. No se anduvo con

preámbulos y le refirió lo que había hablado con Quesada y Cascante.

—Eso y nada es lo mismo —concretó el capataz de herrería—. Por lo que a mí respecta, estas son las primeras obras en las que estoy. Es cierto que ha habido algunos accidentes, pero con las dimensiones que tiene esta construcción, ¡cómo no iba a haberlos!

—También valoramos que alguien estuviera interesado en que las obras se cobraran un tributo en vidas, pero dijeron que tal posibilidad resultaba tan remota como absurda.

—Y coincido con ellos. De todas formas, podríamos pedirle su parecer a alguien que tenga larga experiencia en edificaciones y lleve aquí desde el principio.

Tello se rascó la cabellera antes de hablar.

—Se me ocurre una persona.

Emplearon un buen rato en abrir las puertas de muchos establecimientos buscando a Rodrigo Muñoz. Uno de los últimos que visitaron fue la tasca de Constanza. Nada más entrar, María se acercó a ellos para darles la bienvenida y hacerles hueco en una mesa. Cuando le preguntaron por el maestro de cantería, la muchacha oteó la sala sobre la punta de sus pies hasta que localizó su calva en una esquina junto a otros canteros. Parecía que no era el momento más adecuado para hablar con él.

—Pero yo misma os espantaré a todos esos borrachos si así lo queréis —se ofreció entonces Ofelia, que había aparecido de la nada —. Sígueme, postulante. No te quedes ahí embobado —le animó arrugando la naricilla respingona que tenía bajo aquel par de ojos de carbón caliente.

La mujer se acercó a la mesa y, tras hablar con Rodrigo, invitó a sus compañeros a dejar libres los bancos. Cuando Tello y Esteban se sentaron junto al maestro, Ofelia dejó dos vasos y una botija de agua junto a la jarra de vino que ya había sobre el tablero.

Puesto al corriente de todas las conjeturas sobre los accidentes, Rodrigo Muñoz les dijo que él no podía añadir nada más sin pruebas que apuntaran a que alguien estaba entorpeciendo adrede el desarrollo de los trabajos, o atacando las instalaciones para destruirlas.

—He estado en muchas obras, y en esta no se producen más accidentes que en otras. ¡Santa María! Aquí hay mucha más seguridad y se dispone de los mejores arquitectos, aparejadores y maestros. Tened en cuenta que, dada la magnitud de la empresa, los peligros son mayores —continuó tras dar buena cuenta del vino que le quedaba en el vaso—. Estas situaciones dan siempre que pensar, aunque… Aquí he visto varias pillerías, desde luego, incluso algún desafío muy serio, pero ninguno de gravedad.

—¿No podrías ilustrarnos un poco más? —se interesó Tello.

Rodrigo soltó un sonoro eructo, se sirvió otro vaso de vino y lo vació de un trago.

—Hace tiempo, cuando se estaba levantando la Torre de la Botica, esa que flanquea la fachada principal del convento, los canteros dejábamos nuestras marcas en las piedras que tallábamos. Aquello no gustó ni a Juan Bautista de Toledo ni al rey, que mandaron borrar las que habíamos hecho y nos ordenaron abandonar aquella costumbre. Admito que hubo por nuestra parte alguna pequeña venganza, pero no pasó de ahí.

—¿A qué te refieres?

El maestro se frotó su cabeza desnuda antes de continuar.

—Irritar a los canteros vizcaínos fue una osadía por su parte. Somos orgullosos y tozudos, sobre todo los que picamos en las canteras del Prado de los Reyes. Ante tal agravio, decidimos tocar las narices a los aparejadores. Así que, a partir de ese día, empleamos el doble de tiempo en tallar las piedras, o las elaborábamos en falso para que no encajaran. Incluso algunas *se rompían*, ya me entendéis… Aquella pataleta consiguió molestar a los oficiales, pero no nos sirvió de mucho. ¡Santa María! Más bien, de nada.

—Entiendo que, de alguna manera, queríais retrasar las obras, ponerles la zancadilla… —dijo Tello.

—Quizá sí —admitió Rodrigo.

—Yo también llevo aquí casi desde el principio —irrumpió María, que había estado pendiente de la conversación—, y no todo es tan limpio y bonito como dice el maestro. Dios se llevó a mi marido cuando se tronchó el eje de su carreta y los sillares que transportaba

lo aplastaron como a un pollito. Segundos antes de morir, el pobrecillo me dijo que no había sido su culpa, que él cumplía con sus obligaciones, que siempre revisaba el carro por las mañanas… No sé a qué se refería porque, antes de explicarse, vomitó un buche de sangre y se me fue a los cielos. Maldita sea mi suerte.

Aquella charla no dio más de sí. Mientras bajaban hacia el convento, Tello solicitó a Esteban que escudriñara bien los restos del andamio a la mañana siguiente.

—A ver si encuentras algo que nos diga por qué se deshizo como un diente de león soplado por el viento. Hay que mirar bien cada cuña, cada tarugo y cada astilla para saber si realmente fue un accidente.

—Soy un simple herrero, Tello. No entiendo mucho de estas cosas.

—No te quito razón. Utiliza el sentido común. Nadie mirará con recelo al capataz de los herreros husmeando por allí. ¿No te parece?

Esteban aceptó el encargo, pero sus observaciones no dieron fruto alguno. La noche siguiente, sentado en la misma taberna junto al postulante, le informó de que no había encontrado nada raro en los restos del andamio.

—Todo apunta a una fatalidad, como mucho a un descuido, pero no he visto nada que me haga pensar en asuntos más graves. Me atrevería a aventurar que quizá hubo algo de desidia en los carpinteros que montaron el andamio. Pero no paso de ahí. Tampoco voy a hacerte perder el tiempo con todas las opiniones absurdas que me han dado, incluso algún loco lo ha tachado de castigo divino.

—Gracias, amigo. En cualquier caso, me preocupa que haya alguien por aquí que tenga querencia por estos accidentes. Y ya no me refiero a provocarlos, sino a disfrutarlos, como un pirómano goza con el fuego.

—¡Dios santo! —exclamó Ofelia, que no había cesado de visitar la mesa por si necesitaban más vino y, cuando no estaba cerca, tampoco alejaba la vista de Tello—. Aun así, yo me sentiré más segura mientras tú estés vigilante —le dijo.

—Tengo mis defectos y puedo errar. Al fin y al cabo, no dejo de ser un hombre.

—¡Y qué hombre!… —murmuró la mujer mientras cogía la jarra

para rellenarla de vino.

12

Noviembre pintaba de gris la vida en la explanada. Los días se acortaban y los árboles perdían unas hojas que, durante las últimas semanas, se habían vestido de cálidos colores. También llegaron las molestas lluvias que impedían trabajar en el exterior de las obras. Entonces la actividad se concentraba en los talleres y los almacenes, o se trasladaba bajo techo a varias zonas del edificio gemelo, sobre todo en los extremos donde ya se habían levantado partes de la primera planta. En el hueco que ocuparía la basílica entre ambas construcciones comenzaban a resaltar dos de sus grandes pilares. De todas formas, aquel terreno continuaba siendo poco menos que un descampado herido por las zanjas de los cimientos, y no lo hacían de modo regular ya que la presencia de roca seguía impidiendo que se avanzara con fluidez.

Fue una de esas mañanas lluviosas cuando el prior le pidió a Tello que se quedara después de la reunión que mantenían al amanecer con los padres obrero, hortelano y refitolero. Aunque aquel día habían tratado la vuelta a la rutina tras la inminente partida del rey hacia el Alcázar de Madrid, el interés de Julián de Tricio se centraba en saber qué había averiguado el postulante de los dos accidentes. El último había ocurrido durante la *jornada* y el propio Felipe II se había interesado por él.

—Hemos respondido a sus preguntas con medias tintas y, desde luego, le han dejado intranquilo —le dijo el prior—. No sería extraño que, en un momento dado, enviara a un emisario para conocer más detalles.

—Todo parece apuntar en verdad a un accidente —le respondió Tello tratando de tranquilizarle—. Ninguno de los elementos examinados mostraba indicios de haber sido manipulado. Asimismo, los aparejadores hablaron con los responsables de carpintería,

herrería y cordelería, y no percibieron asomo alguno de que estuvieran descontentos, mucho menos de querer perjudicar las obras.

—Aceptaremos entonces la teoría del accidente como definitiva —admitió el prior—. En cualquier caso, continúa con los ojos bien abiertos.

Gran parte del séquito de Su Majestad fue abandonando San Lorenzo el Real a lo largo de los días siguientes. La mañana previa a la partida del rey, los trabajadores más importantes de las obras fueron citados por el monarca en la que llamaban Galería de Paseo —aunque todos la conocieran como la Sala Iluminada—, una pieza alargada del palacio que contaba con once grandes balcones repartidos en tres de sus cuatro paredes. Tello fue uno de los elegidos para asistir a la audiencia. Llegó acompañando al prior, al vicario y al obrero mayor. Los cuatro accedieron a la sala por una hermosa puerta realizada en marquetería y se mezclaron con las muchas personas que ya había allí congregadas aguardando la llegada del rey.

Felipe II acudió escoltado por José de Sigüenza y Guzmán Martínez de la Osa, y se situó entre las dos chimeneas de granito donde el fuego consumía varios troncos de encina. Tenía el semblante serio, la mirada atenta y la voz ligeramente áspera, como siempre. Tardó unos minutos en centrar su discurso tras recitar un preámbulo en el que agradecía lo cómoda que había sido su estancia. Luego recordó los problemas de liquidez a los que se enfrentaba la Corona.

—Si no existen nuevos contratiempos, todos estos asuntos van a ir encontrando solución a lo largo del año entrante —anunció sin un atisbo de emoción en el rostro—. En cualquier caso, los contadores reales continuarán aquí ayudando a dominar el gasto de las obras. Tened siempre presente evitar cualquier dispendio. Los dineros son escasos y se deben emplear con rigor. Todo ello, junto al esfuerzo que están haciendo los laborantes, y sumado al celo que demuestran oficiales, sobrestantes y aparejadores, harán que la construcción del monasterio sea una realidad en unos pocos años.

—En diez —se permitió apuntar Juan de Herrera.

—Muchos me parecen —le corrigió el rey. Y ante el gesto de circunstancias que puso el arquitecto, añadió—: ¿No pretendéis utilizar pronto esas máquinas que habéis ideado para ahorrar tiempo? Pues dejémoslo entonces en ocho años, Herrera, dejémoslo en ocho.

—¿De qué máquinas está hablando? —preguntó Tello a fray Antonio en un susurro.

La respuesta la obtuvo dos días más tarde por boca del propio arquitecto y a pie de obra, muy cerca de donde se iba a instalar el primero de aquellos ingenios, en el muro norte del edificio gemelo. Era necesario reconstruirlo cuanto antes.

—Se trata de una máquina compuesta por dos ruedas insertas en un bastidor que se sujeta a un mástil y que sostiene una tornapunta que…

—No os entiendo muy bien —se disculpó Tello.

—Una grúa —intervino Rodrigo Muñoz, que estaba con ellos.

—El maestro cantero será uno de los primeros en manejarla —retomó Herrera la conversación ante la cara de sorpresa del postulante—. Rodrigo ha colaborado conmigo en hacer las primeras pruebas con el prototipo a escala que hemos fabricado en mi taller. Ahora será él quien supervise su construcción y la haga funcionar. Esperemos no sufrir ninguna adversidad y tener al menos una grúa en funcionamiento para cuando llegue don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel.

—¿Se refiere a…?

A Tello se le atragantó el nombre.

—Sí, al mismísimo duque de Alba.

La noticia cayó sobre el antiguo soldado como si le hubieran vaciado encima un saco lleno de aquella nieve que ya se veía a borrones en la cima del monte Abantos. En realidad, la presencia del noble tampoco era del agrado de la mayoría de los capataces y los maestros. Su grandeza era bien conocida por todos, así como también su carácter impulsivo y las maneras en el trato, que no solían ser las mejores ni las más convenientes. De hecho, aquella debía de ser la razón por la que, dos años antes, Felipe II decretó su relevo como gobernador de los Países Bajos, justo después de que el

duque tomara algunas decisiones un tanto desmedidas contra los independentistas flamencos, sobre todo en lo que se refería a mantener sus cabezas unidas al cuerpo.

—Desde entonces, ambos prefieren no coincidir —le explicó el prior cuando Tello le informó de la llegada prevista del noble—. De ahí que, según el rey se ha ido del monasterio para llegarse hasta el Alcázar, el duque de Alba haya aprovechado para hacernos una visita que, quiera Dios, no se dilate mucho.

—Dicen que, desde que Felipe II le hizo regresar de Flandes, anda aburrido y sin demasiadas ocupaciones.

—En las circunstancias en las que se encuentra no le debe de ir muy allá en la corte, eso sin contar que la presencia en Madrid del díscolo de su hijo Fadrique tampoco le tiene que hacer mucha gracia a Su Majestad.

—Juan de Herrera me ha dicho que si viene a San Lorenzo el Real es porque quiere conocer la magnitud de las obras.

—Lo ignoro. En cualquier caso, su fama de hombre colérico y vehemente hace aconsejable mantenerse a cierta distancia cuando se halle por aquí.

Tello no podía estar más de acuerdo con el prior. Si bien la reputación que precedía al noble recomendaba no cruzarse con él, el breve contacto que tuvieron tres años antes, cuando el propio duque le envió a París junto a Pedro Saldaña, lo hacía aún más peligroso. Y es que aquel no había sido un encuentro corriente. En aquella ocasión, don Fernando les había ordenado seguir los movimientos del líder hugonote Gaspar de Coligny. Curiosamente, el protestante fue herido de gravedad por un disparo de arcabuz pocos días más tarde. Esa misma noche se produjo la matanza de San Bartolomé, una escabechina en la que Tello había participado a las órdenes del señor de Guijosa.

Como estaba estipulado, Juan de Herrera, José de Sigüenza y Julián de Tricio se encargaron de guiar al duque de Alba por todo el monasterio al día siguiente de su llegada. El noble apenas dejó sin visitar un solo rincón del palacio y del convento jerónimo, lugar este

donde el prior y el vicario le pasearon primero por los sótanos que acogían las despensas, los aljibes y las carboneras. Después accedieron a la planta primera en la que se situaban algunas pocas celdas además de la iglesia, las cocinas, la hospedería, la ropería, la zapatería y la tenería para curtir pieles. En el piso superior se hallaban las demás habitaciones de los religiosos, así como una pequeña biblioteca que Julián de Tricio había ubicado de manera provisional en el dormitorio de novicios con los cientos de volúmenes que ordenaba enviar el rey desde cualquier parte de Europa. También había salas habilitadas para el estudio y la lectura, el rezo, la purificación de almas y cuerpos, una hermosa sacristía…

Durante ese día, Tello se perdió por los lugares más recónditos de las obras mientras don Fernando permanecía en el convento, y viceversa cuando salía de él. En cualquier caso, el tiempo había mejorado permitiendo que los trabajos recuperasen la actividad frenética acostumbrada para alegría de Herrera, quien no desaprovechó la ocasión para transmitirle al noble su entusiasmo por eso de que, cuando regresara a la corte, pudiera comunicarle ese parecer al rey.

Al tercer día de su llegada, el duque de Alba organizó una recepción en la casa de Miguel de Almedilla, donde se alojaba. Fueron invitados todos los hombres destacados de las obras entre los que también se encontraba el postulante, quien trató de excusar su asistencia ante Julián de Tricio argumentando que estaba muy cansado. Aunque insistió en permanecer en su celda, el prior le obligó a acompañarle.

—Entre las funciones que ahora desempeñas no hay cabida para la fatiga.

La residencia del mercader de tapices se situaba más allá del descampado de la lonja oeste. Tras sortear varios talleres, cobertizos y algunas edificaciones menores de madera y tosco ladrillo, se llegaba hasta una casona de planta poco menos que cuadrada en la que se abría un jardín anejo protegido por un muro. La fachada había sido construida con restos de sillares desechados para el monasterio por ser inexactos o haber quedado partidos o dañados. Vueltos a tallar, se habían adaptado a aquella suerte de rústico

caserón en cuya estancia principal cabían holgadamente medio centenar de personas. Como no podía ser de otra manera, las paredes estaban cubiertas por tapices. Asimismo, las maderas nobles abundaban en un mobiliario labrado por magníficos ebanistas. Desde luego, aquella casa estaba más adornada que las estancias palaciegas, y casi podía decirse que resultaba más ostentosa.

Tello apareció junto al prior cuando el sol ya se había escondido. Fueron de los últimos invitados en llegar. Un sirviente los condujo hasta el salón en el que dos grandes chimeneas, situadas en las esquinas opuestas de su diagonal, caldeaban la estancia. Entre todas las cabezas resaltaba la del gran duque de Alba. Aunque se trataba de un hombre que acariciaba ya los setenta, lo hacía sin pudor, más bien con cierta soberbia. Cabellos de corte y peinado impecables, muy castigados por la edad pero en absoluto blancos. Idénticos cuidados mostraba su barba en la que, ahí sí, las canas ganaban la batalla con rotundidad. Quizá era más alto que Su Majestad, pero de igual compostura, tieso como un poste, pecho elevado, ojos de mirada severa. Voz enérgica, dura, quizá demasiado.

—Vamos a presentarle nuestros respetos —le propuso el prior a Tello.

—No le interrumpamos ahora, padre, que se le ve gozando de su propio discurso —le rogó el postulante evitando acercarse.

—… y estas obras van a hacer sombra al mismísimo San Pedro de Roma por mucho que el difunto Miguel Ángel Buonarroti diseñara una gran cúpula que, ¡como hay Dios!, terminará hecha añicos en el suelo. Con ese tamaño, os digo yo que no podrá sostenerse —bramaba el duque en un corro con Juan de Herrera y sus más estrechos colaboradores—. Tengo entendido que aquella basílica será grandiosa, magnífica, colosal dicen algunos… Y yo no lo niego, pero ignoran que San Lorenzo el Real no solo tendrá la suya propia, sino que además ya cuenta con un palacio y un convento que es una maravilla, un lugar sagrado que dispone de un jardín cerrado que va ganando cada día en orden y belleza. ¡Y qué decir de sus cuatro claustros! El silencio que se respira en ellos solo lo rompe cada una de las fuentes que tienen en el centro, convirtiéndolos así en lugares

que despiertan la devoción de cualquier hombre. El complejo es como todo un pueblo en sí mismo ya que posee su propia iglesia, una hospedería, una botica donde se preparan remedios bajo la dirección de monjes doctos en medicina y física, un taller para el bordado de vestidos y otros ornamentos utilizados en la liturgia, una enfermería, cocinas, bodegas, salas de curtidores, de salazones, hornos, molinos…, ¡hasta una cerería donde se fabrican velas! Y nada de eso va a tener la basílica de Roma.

—No os olvidéis de que, al finalizar los trabajos, tendrá incluso una gran biblioteca, un seminario y un colegio —agregó Herrera.

—Por eso digo yo que esos romanos pueden seguir con su basílica, que no deja de ser una sola. Que la levanten, ¡sí!, tan grande como quieran, porque todo es poco para luchar contra los malditos protestantes, que nosotros lo haremos con la arquitectura y con las armas.

—Vos bien sabéis de lo que habláis —completó el alférez, que formaba parte del grupo, pero que, desde que había llegado Tello, lo vigilaba con descaro.

—¡Y tanto, oficial, y tanto! Si bien hace siete años que aquellos herejes creyeron que podrían someter a Francia y a toda Europa, ya les demostré yo cómo los españoles hacemos rodar cabezas en la Grande Place de Bruselas. Fue la única forma de impedir que esos animales aprovecharan la lucha religiosa para imponer sus intereses políticos. Pero son tozudos como mulas. En agosto tuvimos que ponerlos en su sitio otra vez.

—¿Qué ocurrió? —se interesó el militar.

—Que se volvieron a rebelar haciéndose fuertes en Schoonhoven.

—¿Una gran ciudad?

—Nada especial, pero fue una grandísima victoria para nuestras tropas. Al mando del señor de Hierges, la asediaron hasta que las fuerzas orangistas se rindieron y, lo que es mejor, lograron capturar a la mayoría de sus soldados, entre los que había holandeses, ingleses, escoceses, valones y franceses. Tendrían que haberlos pasado por las armas, que sin la cabeza sobre los hombros no se puede luchar y el ejemplo siempre cunde. Humillarlos hasta el escarnio, que fue lo que hicieron, se me queda corto.

—Hay que pisar el cuello a los herejes para que acepten la verdadera religión y se dejen de sandeces.

—¡Desde luego! Y si, aun así, les diera por no entrar en razón, no quedaría más remedio que pasarlos a cuchillo en masa y santas pascuas.

Aquella proclama del duque de Alba, que más que un discurso resultaba toda una arenga, hizo que el alma de Tello viajara hasta la batalla de San Quintín. Se vio en ella como mochilero de los arcabuceros del tercio con apenas doce años. Ahora el destino parecía cerrar un círculo a su alrededor ya que San Lorenzo el Real se estaba erigiendo en recuerdo justamente de aquella victoria. No podía creerlo, las palabras del noble estaban revolviendo su sangre cuando, desde el día en que abandonó Guijosa, su único propósito había sido purgar sus pecados y olvidar todo lo vivido.

Sin poder contenerse, tomó una copa de vino y la vació de un trago. A partir de ese instante se alejó del prior y evitó encontrarse con el duque ya que era el único que podía descubrir su pasado militar. Para conseguirlo, se esmeró en permanecer enredado de continuo en conversaciones con los maestros de obras, sus colaboradores y algún que otro comerciante mientras escuchaba de fondo el parloteo glorioso del noble, quien no dejó de hablar de la situación política de los Países Bajos incluyendo las maniobras de los protestantes flamencos y de los hugonotes franceses.

Habiéndose librado del prior para ir a presentar sus respetos a don Fernando, Tello se sintió algo más cómodo entre los invitados hasta que, inopinadamente, Ana hizo su entrada en el salón. Nada más deslizar sus pies sobre las alfombras que cubrían los ladrillos del solado, el postulante sintió que sus oídos quedaban sordos y su lengua, muda. Eso sí, sus ojos no podían hacer otra cosa que observar a la jovencísima dama, máxime cuando se le acercaba saludando con mirada elegante al resto de los asistentes.

—Me alegra encontrarte aquí —dijo sin ocultar un contenido entusiasmo.

¡Dios santo!, esa voz…

—Llamadme Tello, señora, Tello del Saz, para serviros en lo que vos consideréis —balbuceó de forma un tanto cómica por la

inseguridad que le provocaba su presencia y, sobre todas las cosas, su voz.

—Mi tío me ha obligado a unirme a los invitados. Pero aquí, aparte de alguna cara que me resulta familiar, pocas en cualquier caso, solo te conozco a ti.

—Os acompañaré si así lo deseáis.

—¡Ay, te agradezco el favor! —admitió con gracia—. Y deja de tratarme con tanta ceremoniosidad. Me haces envejecer.

Tello asintió con un leve gesto de cabeza ante aquellos veintiún años de pura hermosura.

—Esta noche, todas las conversaciones giran en torno a la política, las guerras o las obras —comentó el postulante—. A mí las dos primeras no me interesan, ya que los desórdenes que puedan producirse nunca alcanzarán este lugar. Pero sobre los trabajos que se desarrollan en la explanada, lo que sin duda será la octava maravilla del mundo, puedo contarte multitud de detalles. Ignoro si ya has tenido oportunidad de visitar las estancias palaciegas.

—Mi tío aún no me ha llevado.

—No pierdas la ocasión de hacerlo, aunque tampoco esperes demasiado. Ya sabes el carácter tan austero que tiene nuestro rey. En cualquier caso, si así lo deseas, puedo ser yo quien te sirva de guía. Lo único que lamento es no poder mostrarte el convento. Comprenderás que la clausura impide que mujer alguna acceda. El padre portero es implacable. Bueno, eso quiero pensar… Y es una lástima, porque todo en ese edificio es un prodigio de diseño y construcción, desde los patios hasta los claustros, los corredores y las galerías, los jardines, los…

—¿Tenéis rosas? —lo interrumpió con una sonrisa comedida.

—Por supuesto.

—Una vez mi tío me enseñó unas muy extrañas y difíciles de encontrar. Eran de color amarillo, algo más pequeñas que las que crecen por aquí, y florecían casi todo el año excepto en los meses duros del invierno. Quedé prendada de aquellas flores…

—… es mi sobrina Ana, señor —dijo Miguel de Almedilla, que apareció de súbito junto con el duque de Alba y el alférez—. Está residiendo aquí para remediar unas incómodas toses que la llevan a

mal traer desde hace meses.

—Señor… —saludó Ana con una ligera inclinación de su rodilla derecha.

—Encantadora vuestra sobrina, Almedilla —comentó el noble, aunque había dejado de observarla y ahora se fijaba en Tello—. ¿Me repetís vuestro nombre? Debéis perdonarme, pero creo haberlo olvidado —pareció disculparse.

—Tello del Saz, señor. Soy uno de los ayudantes de Antonio de Villacastín.

—Me resultáis ligeramente conocido.

—También es postulante de la Orden jerónima, señor —precisó el alférez sin quitarle la vista de encima a un Tello que, ante el comentario del duque, se había limitado a encogerse de hombros—. Pudiera ser que os fuera presentado durante la visita al convento.

—No creo. Lo hice de la mano del prior y el vicario —dijo con firmeza—. Decidme, Tello del Saz, antes de ser postulante, ¿dónde os encontrabais para que vuestro rostro me resulte familiar? ¿Pertenecisteis a algún tercio? ¿Flandes? ¿Acaso Génova? ¿No seréis uno de esos soldados que hace tres meses conquistó Schoonhoven?

—Estaba en el convento de Santa María de Sisla, a las puertas de Toledo.

—¿Y antes?

—No hay un antes, señor —trató de zanjar con determinación para que nadie notara que, en verdad, estaba asustado, que el corazón se le escapaba por la boca, que manos y piernas habían comenzado a traicionarle con un ligero tembleque acusador.

—No querréis decir que nacisteis en un convento…

—No sabría deciros.

—Mala es la memoria cuando no quiere aparecer —intervino el alférez mirando al duque—, o cuando se la echa a escobazos —concluyó clavando sus ojos en Tello.

—Volveremos a vernos y hablaremos —se despidió don Fernando, que se alejó en compañía de Miguel de Almedilla.

El alférez aprovechó ese momento para acercarse aún más al antiguo soldado.

—Este no es lugar para alguien que solo aspira a ser un novicio

tardío —precisó mirando a Tello—. Como religioso no puedes estar con hembra alguna, así que harías mejor en ocuparte de tus rezos y tus cantos. Y como ayudante de fray Antonio, te sobra con vigilar yesos y maderas. Ergo…, aquí estás de sobra.

—Si el gran duque ha querido que yo esté presente en esta recepción, será porque lo considera oportuno —se defendió Tello sin muchas ganas.

—No me refiero a los deseos de don Fernando ni a que se te niegue la entrada en esta casa. Lo que quiero decir es que tu presencia resulta incómoda en cualquier lugar que esté próximo a tan bella dama.

Ana esbozó una sonrisa desganada y Tello inclinó la cabeza en señal de despedida. Luego fue en busca del prior con el ánimo de regresar al convento. No tuvo oportunidad de advertir el rictus de desprecio que le había dedicado el alférez ni su sonrisa envenenada cuando abandonaba la casona. Sin embargo, ambos gestos habrían sido una excusa perfecta para entender por qué el postulante decidió más tarde reunirse en la tasca de Constanza con aquellos que ya comenzaba a considerar sus amigos. Desde esa misma noche, su vaso pasó de contener apenas una parte de vino por cuatro de agua a contarse ambos líquidos por iguales cantidades. Y aunque su boca guardaba un obstinado silencio, las palabras se agitaban dentro de su cabeza como si giraran en una noria. Encontrar una respuesta a la honda impresión que le había causado Ana se le hacía inalcanzable, y esa impotencia terminaba por derribar una voluntad que, desde hacía tres años, se había mostrado imperturbable. Recordó los días vividos en el convento de Toledo. Entonces estaba convencido de que se adaptaría a la vida monacal, que se olvidaría de guerras, vino y mujeres, y se dedicaría por entero a Dios. Y, en efecto, así fue hasta que la aparición de la joven había alterado tales convencimientos.

Gaspar era el único que sabía que la belleza de Ana había trastornado el entendimiento de Tello.

—… aunque a mí, tengo que decirlo, no me parece nada del otro mundo —le dijo esa noche al verlo tan abstraído.

—Cierra la boca, ratón —farfulló de mala manera.

El chico se levantó del banco y se acercó hasta la mesa donde Ofelia recogía los vasos y las jarras de algunos obreros que acababan de abandonar la tasca.

—Se va a morir —le dijo a la mujer con tanta sorna como preocupación—. Ya hablaba poco, pero ahora lo hace menos y de peores formas. Y bebe más. Pronto dejará de comer y se morirá.

La tasca estaba medio vacía y a Tello le llegaba velada la conversación del muchacho con Ofelia.

—¿Qué le ocurre a ese majadero?

—Yo creo que le han robado el corazón —acertó a decir Gaspar.

—¿A un postulante?

—En verdad aún no es ni siquiera novicio…

—Es lo mismo. En cualquier caso, ¿quién ha sido la perla?

—Doña Ana, la sobrina del don Miguel de Almedilla.

—Una señoritinga…

—Del todo, madre, pero muy bella. Un ángel.

—Pues si no se anda con ojo, le van a echar del convento de una patada en el trasero —intervino María, que ayudaba a Ofelia a recoger las mesas.

Otro grupo había salido de la tasca, uno que alborotaba como un rebaño de cabras tras una discusión con un borracho que seguía acodado en una mesa. Libre el interior de aquel barullo, el silencio pareció expandirse.

—Las damas de esas hechuras son engreídas, pero luego resulta que en ellas todo es fingimiento —aseguró Constanza, que se había sumado a la conversación.

La dueña del negocio era una mujer madura, que si no rozaba el medio siglo le quedaba poco. Tenía buena estatura, buena osamenta y buenos hombros. Aquel corpachón conjuntaba a la perfección con su carácter, más bien fuerte, directo, de los que no usaban ni preámbulos ni circunloquios. Cuando hablaba para expresar su parecer, lo hacía como si un corregidor dictara sentencia, con voz firme, alta y clara.

—¿Se trata de una jovencita con gesto bobalicón que acompañaba al de Almedilla el otro jueves por las casetas de los artesanos? —se interesó Ofelia.

—La misma —le respondió Gaspar, que cuando terminó de ayudar a recoger vasos y jarras fue a sentarse junto a un silencioso y ensimismado Tello.

—Pues mostraba esas maneras de quien se sabe hermosa, porque lo es, ¡vive Dios! —prosiguió Ofelia—, pero también de quien domina a un hombre con un simple chasquido de dedos, como hace Tello con Risco.

El perro estaba sentado con la cabeza apoyada en el muslo de su amo y alzó las orejas al escuchar su nombre, pero el postulante pareció obviar el suyo.

—¡¿Cómo se llama ese pichón?! —preguntó el borracho con voz pastosa desde la esquina solitaria de la tasca.

—No te importa un pimiento —respondió Constanza.

—Las señoritas de ciudad suelen ser muy arrogantes —aportó María al tiempo que intentaba doblegar la pelambrera rubia que se desmadejaba sobre su cabeza.

Las tres mujeres se habían detenido un momento en sus quehaceres para pelar la pava.

—Que yo sé que muchas de ellas juegan con los hombres hasta que encuentran a un buen cortesano que tenga la bolsa llena de reales —afirmó Constanza sin despegar un ápice la mirada del postulante—, y luego, si te he visto no me acuerdo. ¡¿Has oído, Tello?! ¡Así que espabila! No te apartes del sendero que Nuestro Señor te ha marcado. No eres hombre que deba padecer mal de amores, mucho menos con una de ciudad.

—No seré yo —barruntó Tello sin ganas.

—¡Pues quédate donde estás y no molestes! —berreó el borracho —. ¡Que tanta palabrería ha despertado mi interés por yacer con semejante hembra!

—Vete a dormir a tu casa y déjanos en paz —le conminó la dueña.

—¡A mí no me manda callar nadie, menos una mujerzuela como tú!

—Es mejor que le hagas caso y te largues —le dijo Tello sin tan siquiera mirarle.

—¿Vas a obligarme tú? —le retó el hombre a la vez que trataba de ponerse en pie—. Quizá el nombre de Munio no te diga nada, pero

estás a punto de probar el acero más mortífero de El Escorial —gruñó mientras mostraba la empuñadura de una daga bajo su capa raída y maloliente.

—O quizá a tu entrepierna le siente mal la bola de plomo que dispara mi arcabucillo y, castrado como un perro, seas tú quien esté a punto de morir —alardeó Tello mientras se levantaba y se llevaba la mano derecha a la barriga como si fuera a extraer un arma de debajo del fajín.

El borracho apartó de una patada el taburete en el que había estado sentado y se apresuró a abandonar la tasca.

Nada más cerrarse la puerta, Constanza soltó una carcajada amarga.

—¡Uy, aunque haya sido por otro motivo, el señor por fin abre la boca! —le achacó al postulante—. Olvídate de borrachos como Munio y atiende, hermosura: ninguna de nosotras sabe nada de ti, pero no hay duda de que, ¡ni por asomo!, te has pasado la vida en un convento. No quieras que nos creamos ese cuento. De hecho, lo acabas de demostrar. ¿O acaso llevas un arcabucillo bajo el fajín? —Y Tello abrió los brazos como si no tuviera nada que ocultar—. Ni eres un postulante al uso ni hombre que sufra por hembra alguna. Sigue con tus secretos, que a buen seguro los tienes, pero no nos decepciones con esa señorita de Alcalá.

—Qué sabrás tú… —murmuró molesto antes de darse la vuelta para apurar su vaso.

—Quien se acerca a un fuego al que no ha sido invitado termina ardiendo en él —y la dueña cambió el tono por uno más zalamero mientras le guiñaba un ojo a Ofelia—. Aunque si te entran las dudas, ya sabes que hay otras lumbres que calientan mucho más y no queman…

—Yo sé lo que me hago.

—¡No lo creo! Estás pero que muy perdido, aunque tampoco eres el primer postulante que se interesa por una mujer.

—Yo no lo estoy por nadie.

—¡Confiésate con el prior, Tello del Saz! Primero por faltar a la verdad, y luego por dejarte tentar por el pecado de la carne. Y admite que puedes ser uno más de los que, al final, son tan tontos

que ni una cosa ni otra: ni hábitos ni mujer.

Tello se sirvió otro vaso de vino al que añadió apenas unas gotas de agua. Cuando lo apuró, se levantó pesadamente y se acercó a la puerta.

—¡Vamos, Risco! Busquemos un lugar más tranquilo —dijo por toda despedida.

13

Esa noche regresaron los azotes a la celda de Tello. El flagelo zumbaba antes de herir sin compasión la piel de su espalda.

—… nada sirve, nada importa, nada existe.

También hizo rugir la disciplina antes de la misa del alba, y asimismo después. Y cuando salió para encontrarse con Gaspar, aprisionó su brazo con el cilicio de una manera salvaje. Tenía que espantar la imagen de las batallas que el duque de Alba había hecho regresar a su cabeza, aquella vida sin sentido, vacía, o quizá solo llena de barbarie, de sangre, de muerte, donde nada importaba, solo matar o morir. O sobrevivir para beber, fornicar y volver a matar o morir.

Sin embargo, lo malo no eran aquellos recuerdos tan horribles como tentadores. Lo peor era aquella voz de mujer, algo grave pero sensual, atractiva y atrayente. Fatal. Si ese fue el modo en que las sirenas tentaron a Ulises, ¡Dios santísimo!, aquel héroe griego había sido sin duda un portento de voluntad y valentía. Y Tello sabía que él no dejaba de ser un pobre diablo que, como el agua, buscaba el camino más fácil como única forma de escapatoria.

Para aumentar su desasosiego, el duque de Alba aún pasaría unos días más en San Lorenzo el Real. Fue lo primero que le dijo Gaspar cuando se encontró con él. El muchacho, como era ya costumbre, le aguardaba en la puerta del convento.

—A partir de mañana espérame dentro —le dijo por todo saludo—. Los amaneceres son heladores. No quiero que padezcas fiebres. Hablaré con el padre portero para que te deje pasar.

Noviembre se había tornado en un feo anticipo del invierno. Los vientos habían comenzado a soplar impenitentes transportando desde la sierra de Guadarrama un frío endiablado que hacía que ni las bestias mejor preparadas para tolerarlo se mostraran capaces de

hacerle frente con garantías. Aquellos inconvenientes provocaron que los trabajos se ralentizaran de nuevo.

—Como los osos y las serpientes, las obras también se preparan para hibernar —le había dicho Esteban Lizar—, y eso que aún no ha empezado a hacer frío de verdad.

—Ni a llover. Ni a soplar el viento —le respaldó Gaspar—. Al menos, Risco tiene buenas lanas para protegerse.

—Dicen que Juan Bautista de Toledo situó el monasterio en este emplazamiento porque era idóneo para ser contemplado más que para ser vivido. No sabía que es aquí donde se cruzan todos los vientos de Guadarrama. Mejor hubiese estado en La Herrería —sentenció el capataz.

No todo iban a ser penalidades. Cierto era que el postulante sufría cada noche el tormento que él mismo se practicaba. Y también que el cilicio le había dejado ya una marca perenne en la piel, aunque no resultaba tan desagradable como la horrorosa cicatriz que tenía en el antebrazo, una huella que siempre le recordaría a Pedro Saldaña y, lo peor, la muerte de Inés. Pero incluso así, y por mucho que intentara resistirse, cada noche perdía el envite consigo mismo y subía hasta la tasca de Constanza para encontrarse con las tres mujeres y con Esteban, eso si no los acompañaba también Rodrigo Muñoz. Al corpulento maestro cantero era fácil distinguirle entre la multitud por su calva brillante y su potente voz. Como buen vizcaíno, gustaba de verse con los otros canteros y entonar algunas canciones.

En cualquier caso, las visitas a la tasca no eran en busca de disfrute, pues Tello en realidad solo abría la boca para quejarse por el ruido o pedir una jarra de un vino que cada vez aguaba menos. Lo importante para él era sentirse arropado por aquellos a los que conocía y frecuentaba. Y eso, al igual que le pasaba cuando estaba en los tercios, sosegaba su espíritu aunque la paz fuera de mentira.

Lo que sí le reconfortaba, y además constituía una verdad tan maciza como los sillares del monasterio, era la progresión de Gaspar. Desde que comenzara sus lecciones con los monjes a finales de agosto, el muchacho no se había ausentado ni una sola tarde del convento y practicaba con envidiable rigor todo lo que estos le

ordenaban. Así que, después de tres meses, ya sabía leer, escribir, sumar y restar. Y aunque no se lo había dicho, Tello estaba muy orgulloso de él, tanto o más que Ofelia, a la que cada día se la veía más ilusionada con el chico y, de igual manera, con quien le había facilitado la oportunidad.

—Aunque estoy por pensar que mi presencia le ofende —se quejaba la mujer cuando el postulante abandonaba la tasca—, que no solo no me habla ni me sonríe… ¡Es que parece que ni me ve!

—¡A ver si ahora te vas a marchitar como él! —le reprochaba Constanza—. Que bien que te amarga verle sufrir por esa señorita de Alcalá, ¡pero a ti parece que te pasa lo mismo!

—¡Ya quisiera!

—Al frailecillo ese, o le das lo que quiere o lo dejas en el convento, pero está claro que, por ahora, para él eres como el aire.

—¿No puede vivir sin mí?

—Transparente.

Todas rieron, incluida Ofelia, aunque, cada noche que pasaba, se temía más y más que Tello fuera solo un sueño, dulce pero irrealizable.

Fueron días más propios de un infierno helado que de un invierno corriente, y así fueron transcurriendo hasta que la calma y los cielos limpios regresaron un amanecer, como si la vida hubiese decidido por su cuenta ser condescendiente con aquellos tres mil trabajadores que se esforzaban en levantar un monasterio para mayor gloria de su rey y de Dios, una hazaña de la que toda España tenía que sentirse orgullosa pues su grandiosidad sería difícilmente alcanzable por otras naciones a través de los tiempos.

El frío era intenso, pero la actividad resurgió sobre la tierra. Durante las jornadas que no fue posible trabajar en el exterior, Esteban Lizar había hablado con el artillero y con el cabo encargados del arsenal para explicarles el problema que suponía la presencia de aquella roca.

—Nos impide progresar con la excavación donde irán situados los cimientos de la basílica.

Tras consultarlo con el alférez, el propio oficial fue quien ofreció la pólvora para tratar de romperla.

—De todas formas, solo será efectiva si explota, y para ello hay que quemarla bajo mucha presión —dudó el cabo en presencia de su superior.

—Todo esto no deja de ser un experimento —comentó Juan de Herrera, que en cuanto supo de la predisposición del alférez quiso reunirse con los militares—. Fabricaré una barrena que practique un agujero en la roca. Podréis rellenarlo con pólvora y taponarlo con yeso.

—Me haré entonces con una mecha que arda con lentitud para que me dé tiempo a abandonar el lugar tras prenderla —añadió el artillero que los acompañaba.

Así lo hicieron. Durante los días de confinamiento por los fríos y la lluvia, Juan de Herrera se esmeró en idear un mecanismo que hiciera girar una barrena que, a su vez, forjaría Esteban Lizar en la fragua más grande que había en San Lorenzo el Real. Y es que el arquitecto era muy dado a fabricarse sus propias máquinas, instrumentos y herramientas para solucionar los problemas que iban surgiendo.

Tuvieron que esperar a que el duque de Alba abandonara las obras para probar aquella nueva barrena. No querían que un espectador de su alcurnia fuera a contarle al monarca lo que había visto. Era mejor mantenerle en la ignorancia por si algo no salía como esperaban.

La mañana del primer ensayo despejaron de obreros toda la zona de la basílica. La máquina no era otra cosa que media docena de poleas y un gran berbiquí montado sobre unos bastidores de madera. El artilugio se movía sobre dos ruedas impulsadas por la fuerza de cuatro hombres, dos a cada lado. El grueso taladro de metal fue abriendo con mucha pesadez un agujero de medio palmo de diámetro en la roca. Cuando hubo penetrado algo más de dos, el cabo y el artillero rellenaron parte del hueco con pólvora y, tras prensarla con un atacador de mortero, colocaron la mecha, taponaron el agujero con trapos y yeso, y volvieron a comprimirla con la baqueta.

La expectación era enorme. Casi la totalidad de los trabajadores se habían situado a cien pasos alrededor del orificio. El artillero fue el encargado de prender la mecha y salir corriendo para ponerse a cubierto. Pero cuando la pequeña humareda alcanzó el hueco nada ocurrió…, hasta que, tras un parpadeo, se escuchó una pequeña explosión sorda. Al instante, una nube de polvo negro del tamaño de un buey surgió del suelo entre los pedazos de piedra que habían salido despedidos en todas direcciones. Pasados unos segundos, Martínez de la Osa, Juan de Herrera, Esteban Lizar y el cabo se acercaron al lugar para observar cómo la roca había sufrido un ligero destrozo aunque no llegaba a la profundidad que debían alcanzar las zanjas de los cimientos.

—De todas maneras, nos sirve para intentarlo con algo más de pólvora, o repetir estos mismos taladros las veces que hagan falta —dictaminó el arquitecto.

—Siempre y cuando dispongáis de pólvora suficiente —le advirtió el alférez.

—La conseguiré.

—Tened cuidado con los gastos, Herrera. La pólvora no es barata.

—Meteos en vuestros asuntos, Martínez, que ya me ocupo yo de los míos.

Esta vez la suerte se repartió por igual ya que la roca no era tan grande como en un primer momento habían supuesto, ni su dureza tan compacta como para que hubiese que trepanarla cada pocos palmos. Las pequeñas explosiones rompían la monotonía en una explanada que cada día lo era menos. Cada vez que se producía una detonación, Risco se escondía entre las piernas de su amo. Al cabo de tres días, Juan de Herrera dio por finalizado el trabajo.

Esa no fue la única novedad. Uno de los últimos amaneceres del mes de noviembre, en el aprisco que había en las cercanías del campamento de las lavanderas, uno de los pastores que lo cuidaban encontró en el corral varias ovejas muertas a consecuencia de lo que parecían ser dentelladas de lobos. Aquellos ataques se fueron sucediendo en otros cercados, tanto de las obras como de las poblaciones próximas, sobre todo en El Escorial, Robledondo y Santa María de la Alameda.

Debían de ser ya los primeros días de diciembre cuando dos obreros también fueron atacados por media docena de animales.

—Fue ayer noche, aquí mismo. Salimos de la taberna y nos dirigíamos hacia los albergues —contaba uno de ellos con el miedo aún pegado en el rostro.

—A buen seguro que se trataba de lobos —afirmó el otro con las piernas heridas por los mordiscos.

—O perros rabiosos, o el mismo diablo —daba por cierto el primero, que no había salido mejor parado—. Si no llegamos a tener el cayado para defendernos, nos habrían comido vivos.

A partir de aquel ataque nadie se atrevía a pisar las calles antes de que despuntara el día o tras el ocaso. Las habladurías fueron a más. Había quien afirmaba haber escuchado aullidos lejanos, sin duda de lobos. Otros los acercaban hasta los corrales, los talleres, la lonja o incluso a los pies de los andamios. Los había aún más osados que decían haber visto manadas de ocho o diez animales deambular por los caminos. El miedo se extendía por todos lados, tanto que Martínez de la Osa no tuvo más remedio que organizar varias patrullas que recorrieran los senderos y las cercanías de las obras para dar caza a aquel peligro invisible.

La apatía le impedía a Tello hacer mucho caso a los cuentos que aireaban obreros y ganaderos asustados. Y cuando por fin conseguía olvidarse de sus desgracias, la presencia de Ana y su tío desplazándose a tal o cual lugar volvía a ensombrecer su ánimo y a maltratar su memoria. Únicamente recobró algo de brío cuando Constanza le hizo llamar porque el corral que había junto a su tasca había sufrido un ataque.

—A ver si va a ser tu perro el que anda mordisqueando animales por ahí —bromeó la mujer, no sin dejar en el aire un tufo a verdad.

—Te aseguro que si Risco gozara de alma, la tendría más limpia y pura que todos los que andamos a dos patas por aquí —le respondió sin ganas de entrar en más conversación.

En efecto, Tello contó hasta siete gallinas atacadas por las mandíbulas de lo que, a todas luces, tenían que ser lobos. Dos de ellas se habían librado por las plumas: a una le faltaba media pata y la otra tenía un ala quebrada.

—No hay duda de que todas muestran tremendas dentelladas, y son de lobo o perro grande, no de zorro, como sería de esperar —aseguró con uno de los cuerpos entre sus manos—. Pero no han sido cazadas. Las han asesinado.

—¡Dios bendito! —exclamó Ofelia, que se había acercado hasta el corral—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Los lobos, o los zorros, o un oso, incluso los perros, solo atacan para comer. No practican una carnicería. Atrapan a una y se la llevan. Apenas habrían dejado un rastro de plumas.

—Osos no han sido, que por aquí hay ya muy pocos y además andan durmiendo hasta la primavera —apuntó Gaspar.

—Así es. Y creo que no gustan de las gallinas, menos aún de ovejas, corderos, cabras, cerdos u otros animales que han sido atacados por ahí.

—Entonces ¿qué?… —le presionó Constanza—. Por aquí también hay gatos monteses, linces, garduñas y ginetas, pero me da que, para hacer semejante matanza, estas alimañas son poca cosa.

—Cierto, pero no para las gallinas. En cualquier caso, no es motivo de tanta alarma. Pudiera ser que se trate de unos pocos lobos que entran en los cercados y, hasta que logran matar a uno de los animales y llevárselo, dejan a otros muchos heridos.

—Y si no fuera así… —insistió la dueña de la tasca.

—No lo sé.

—Deja de imaginar, Tello del Saz, y pon los pies en la tierra, que seguro que tienes la verdad delante de tus narices y no te das cuenta —le pidió con dulzura Ofelia, apostada frente a él.

—Quizá sea así.

—¡Quia! Y tan seguro que lo es.

Esa misma noche, el postulante escuchó claramente algunos aullidos, y cómo después de varios minutos los animales de las cercanías avisaban del peligro con el pánico en sus balidos, o mugidos, o rebuznos, o relinchos…

El antiguo soldado no lo pensó dos veces. Se cubrió con una gruesa capa que colgaba de la puerta de su celda y hurgó entre el camastro y la pared para recuperar su espada. Sin extraerla de la vaina, la envolvió con una manta y salió por el corredor hacia la

puerta con cuidado de no hacer ruido. El padre portero hacía ya tiempo que se había ido a descansar, por lo que tuvo que buscar las llaves en el cajón de una pequeña mesa que había cerca del portal.

Cuando puso el pie en la lonja, mil millones de estrellas tuvieron a bien recibirle. No había nubes, no hacía viento, el frío era intenso y, por el momento, no había visos de que cayera la niebla. Bien envuelto en su capa, se dirigió hacia la parte del descampado donde estaban los establos y los corrales. Su mano izquierda agarraba la manta y la vaina a un tiempo. La derecha asía con fuerza la empuñadura del arma.

El primer lugar que visitó fue una cuadra. Allí no parecía haber ocurrido nada. Los animales estaban algo nerviosos, pero ninguno se encontraba herido. Luego fue a otro establo cercano. Con la claridad que despedían las estrellas, observó que uno de los portalones mostraba arañazos producidos por lo que, sin duda, podían ser las patas de un perro o un lobo. La hoja de madera había cedido y las mulas que había en su interior se agitaban intranquilas. El postulante entró y trató de apaciguarlas hablando en susurros y acariciándoles el cuello. Fue al moverse cuando notó que sus botas resbalaban. En el suelo descubrió algo parecido a un charco de sangre. Quizá lo fuera, pero en la penumbra no podía darlo por cierto. Lo corroboró instantes después, cuando encontró a un animal que sangraba por uno de sus costados. Había otro en el suelo. Estaba muerto. Tenía un gran agujero en el vientre y le faltaba parte de una pata trasera. En una de sus pezuñas tenía enganchado un penacho de pelambrera gris, áspera, dura. Quizá se había quedado adherida al casco del animal si este soltó una coz.

Lobos.

Sin embargo, el verdadero horror lo encontró en una de las parideras a dos centenares de pasos, en la diagonal que marcaban las dos lonjas hacia el monte Abantos, un espacio que se utilizaba principalmente para guardar una pequeña parte del ganado. El recinto, construido con recios muros de pedruscos superpuestos, había resultado una suerte de matadero para el desdichado rebaño. Sin duda, los lobos habían entrado por la techumbre hecha de ramajes solapados y se habían dado el gran festín. No sabía si

faltaba alguna oveja, pero, por lo que pudo deducir gracias a la claridad plateada que se volcaba desde los cielos, aquello era una masacre. Apenas quedaban un par de animales que aún tenían fuerzas para lanzar algún balido lastimero al frío de la noche.

Fue en ese momento, encaramado como estaba a uno de los muros de la paridera, cuando escuchó a su espalda unos pasos aproximándose. Sin dudarlo un instante, lanzó la capa hacia atrás sobre su posible agresor y desenfundó la espada presto a hacerle frente. Tanto le daba si era un lobo o un ladrón; probaría su acero.

En efecto, la capa había volado por el aire y había caído sobre un lobo. El animal se revolvió furioso hasta que se deshizo de la tela y la cabeza que surgió frente a Tello le obligó a soltar un juramento.

—¡Risco! ¡Por todos los demonios!… —dijo antes de recobrar la respiración.

El perro se limitó a mover la cola esperando a que su amo descendiera y llegara junto a él. Luego tomaron el camino de regreso al convento, donde Tello ya no pudo conciliar el sueño. Después de la misa del alba, esperó a que llegase Gaspar para salir con él a inspeccionar otros cercados.

De todos los que vieron en las poblaciones próximas a las obras, tan solo un corral con cabras había sido atacado por lobos. Los desgarros que presentaba la cancela así lo atestiguaban. Los animales habían tenido suerte ya que la manada no consiguió romper la madera para penetrar en el recinto. Fue justamente allí cuando varios obreros que bajaban hacia la explanada les indicaron que también se habían producido ataques en las fincas de San Saturnino, El Castañar, La Herrería y El Quexigal. Así que se dirigieron hacia aquellas tierras próximas para conocer la gravedad de las agresiones.

Tello fue informado de tres ataques. En total se contaban hasta una veintena de animales muertos entre ovejas y cerdos. El primer lugar que visitaron fue una cochiquera donde no había sobrevivido ni uno de los diez marranos. Aquello era un baño de sangre. Animales, suelo, paredes…, incluso el techo aparecía regado por gotas

escarlatas que creaban un entorno espeluznante. Ni siquiera en las batallas más atroces en las que participó se había encontrado con un escenario tan pavoroso.

Con cierta parsimonia, el postulante fue examinando las heridas de los cadáveres.

—Ha tenido que ser horrible —comentó Gaspar, que se tapaba la boca con parte de su abrigo pues, aunque la carnicería se había producido hacía pocas horas y el frío era intenso, el olor ya resultaba nauseabundo—. Te espero fuera. Voy a terminar con las botas hechas un asco.

—Las botas… —masculló Tello—. Huellas… ¿Dónde está Risco?

—Lo dejé ahí delante atado con mi propia correa. De haber entrado aquí, ¡luego me habría tocado limpiarlo!

Tello observó su calzado. Las suelas comenzaban a absorber la sangre que se extendía sobre una tierra que, ya saturada de líquido, formaba pequeños charcos.

—Manda traer un cubo de agua. Te esperaré en la puerta.

El postulante ocupó buena parte de su tiempo en lavar algunos de los cuerpos de los animales, y no solo de aquella piara, sino también de los otros dos corrales. Las conclusiones no podían ser más diferentes a las que había sacado de los ataques en las cercanías del monasterio, donde las marcas que dejaron los lobos en sus asaltos eran muy evidentes. Allá, los destrozos en las parideras estaban muy localizados. Casi todas las ovejas habían sufrido múltiples dentelladas hasta perder la vida. Apenas las había heridas, mucho menos ilesas.

Por el contrario, en el caso de los corrales de las fincas cercanas al pueblo, Tello acumulaba muchas dudas pues las entradas a los recintos habían sido forzadas, pero de manera muy distinta. Allí también había rozaduras, arañazos o mordeduras, pero no eran tantas ni tan intensas. Podía pensarse que, para entrar en los recintos, alguien había pateado, presionado o roto las cancelas haciendo palanca con una barra para que saltara el cerrojo. Tras lavar a los animales con agua para limpiar la sangre, había descubierto que también tenían muchas heridas, pero eran demasiado profundas y estrechas para ser consecuencia de las

mordeduras de un lobo. Tampoco se trataba de un cuchillo o un puñal.

Más tarde, Tello coincidió con García de Quesada en El Escorial y este accedió a echar un vistazo a los animales cuando el postulante se lo solicitó.

—Parecen más bien practicadas por un punzón, un buril, algún clavo grueso… —había dictaminado el aparejador de carpintería—. Incluso pueden obedecer a un gancho de cocina…

Lo siguiente que hizo Tello fue ir a preguntarle a Esteban Lizar si en la fragua forjaban aquellos utensilios.

—Los clavos curvos no son frecuentes —le explicó—, pero aquí fundimos un poco de todo. Seguramente habrá por ahí piezas torcidas que podrían coincidir con esas heridas que me cuentas.

Esa misma noche, Tello le expuso al prior sus conclusiones:

—De lo que no hay duda es de que se trata de dos hechos distintos: uno está causado por los lobos y el otro por la mano del hombre. Por aquí hay alguien con ganas de que la gente esté incómoda y tenga miedo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No lo estoy, padre, pero en los ataques que se produjeron monte arriba descubrí muchas huellas de patas de lobos. Hasta una mula, que les había soltado una coz, tenía parte del pelaje pegado a la pezuña. En cambio, en los ataques de las fincas no encontré huellas de animales, ni siquiera de perros. Y con toda la sangre que había, tendrían que verse por todas partes.

—¿Las encontraste de pies, de botas, de alpargatas…?

—Muchas, padre, pero es lógico. Los pastores se ocupan de los animales y esos caminan a dos patas.

Julián de Tricio se masajeó la frente.

—¿Alguna relación con los accidentes del muro o el andamio?

—También he pensado que podrían tener que ver unos con otros, pero no hay nada más allá de que quieran crear preocupación y miedo entre los trabajadores.

—¿Y con la muerte del registrador?

—A priori lo descarto —le dijo obviando que el único hecho diferencial de aquel asesinato era el corte en la mano derecha, un

tajo que coincidía con el del Contador Real muerto semanas después, aunque este fuera en la mano izquierda. Aun así, esa herida no tenía semejanza alguna con las que había visto en los animales de la finca de La Herrería.

El prior se mordió el labio inferior con claro gesto de disgusto.

—Voy a solicitar al alférez que destaque a varios hombres en las inmediaciones de los cercados, tanto en los que están próximos a las obras como en los que se reparten por las fincas de los alrededores y de El Escorial.

—No creo que el cuartel disponga de tantos soldados. Podríais insinuarle a Martínez de la Osa que utilice algunos de ellos para dirigir varios grupos formados por los laborantes que menos faena tengan ahora.

—Bien pensado, Tello —admitió con una mueca de satisfacción—. En cualquier caso, te ruego que continúes con los ojos bien abiertos.

Y tanto que los tenía, pero no para vigilar los trabajos, sino para seguir con la mirada a Ana, a la que había visto esa mañana bordeando la lonja escoltada, ¡cómo no!, por el alférez. Gaspar intentó evitar que coincidieran, y hasta Risco ladró cuando se percató de que la mujer y el oficial se aproximaban, pero fue inútil. Tello caminaba como atraído por una fuerza sobrenatural que guiaba sus pasos hacia la joven.

—… pero descuidad, señora, que yo bien me basto para libraros de los lobos y de otras bestias carroñeras que no merecen consideración alguna… —escuchó decir al oficial cuando cruzaron sus trayectorias y clavó su mirada en él.

Por el contrario, Ana llevaba los ojos pegados con recato a la tierra del descampado. Quizá no hizo intención de elevarlos por no contrariar al militar ya que, en verdad, se la vio dominar una sonrisa ilusionada hacia Tello.

—Si tu alma enloquece de amor, vamos a tener más de un problema. Te digo yo que acabaré vistiendo harapos otra vez. Soy muy joven, pero no estúpido, que en las tascas y en el campamento se ven muchas cosas —le advirtió Gaspar con gesto preocupado—. Tienes que dejar de pensar en ella. No te conviene. Y si sigues obsesionándote, Dios te castigará. Tú eres un postulante y ella una

hidalgucha del montón, y además va siempre acompañada por el alférez. Quieras o no, es imposible.

—Desde luego no eres un niño, pero tu cabeza todavía está a medio cocer como para que puedas hilar tan fino —se quejó malhumorado—. ¿Quién te ha dicho semejantes sandeces?

—Nadie.

—¡Por Dios santo, ¿quién?!

—Ofelia.

—Demonio de mujer…

Gaspar agachó la cabeza y no volvió a abrir la boca en toda la mañana salvo para resolver sus cometidos o llamar a Risco y que dejara de enredar. Igualmente se quedó sin voz cuando, a las tres de la tarde, cerca ya de terminar sus obligaciones y acompañar a Tello al convento para recibir sus lecciones, vio aparecer a Ana en la parte del edificio gemelo más próxima al palacio. En esos momentos, el postulante contemplaba cómo varios hombres ensamblaban el ingenio que había diseñado Herrera en presencia del propio arquitecto y de Rodrigo Muñoz. Fue el maestro cantero quien golpeó ligeramente con el codo a Tello para que advirtiera la presencia de la dama ya que Gaspar, en efecto, permanecía en silencio junto a Risco.

Ana iba acompañada de una de las sirvientas de Miguel de Almedilla. Esta vez no había sombra del alférez por ninguna parte. Las dos jóvenes se detuvieron a una veintena de pasos de donde estaba Tello, a quien le faltó tiempo para disculparse ante Herrera y el cantero e ir a reunirse con ellas. Risco se había levantado y trotaba a su lado. Gaspar los seguía a una distancia prudencial para evitar ser un incordio.

—No podía quedarme en casa sin saber cómo te encuentras —habló la joven con expresión preocupada, un gesto que desarmó la aprensión de Tello y hasta casi le hizo sonreír—. Tengo que confesarte que ese alférez es de la piel del diablo. No sabes cuánto sufrí por la manera que tuvo de humillarte en la recepción que ofreció el duque de Alba, o esta misma mañana, cuando te comparó poco menos que con una bestia salvaje.

—No hay razón para inquietarse —respondió el postulante con una

voz que apenas le salía de la garganta—, pero agradezco tus desvelos.

—Me alegra saber que eres un hombre que no atiende a provocaciones de taberna, alguien de nervios templados, alguien en quien se puede confiar.

—Y de palabra, señora.

Ana alzó la vista y se quedó maravillada por la grandiosidad del edificio.

—¿Por qué no me muestras el palacio?

Tello observó que el maestro cantero y el arquitecto seguían indicando a los obreros la manera de ajustar los maderos que formarían la primera de las grúas. Estaban algo alejados, pero no lo bastante como para que no repararan en ellos.

—Ahora no es posible visitar los aposentos reales pues se ha hecho tarde. —Ante la mueca de decepción que le mostró Ana, añadió—: Pero hay algo que no nos llevará apenas tiempo y te resultará igualmente agradable, además de sorprendente —le largó de corrido—. ¿Me permites que te guíe?

Rodearon el palacio y, ya fuera de la vista de los trabajadores, alcanzaron la zona trasera del convento seguidos de la sirvienta, Gaspar y Risco. Una vez allí, continuaron hasta llegar a la parte final en la que se habían comenzado a plantar los jardines.

—Espérame aquí un par de minutos —le pidió.

Tello saltó con agilidad la pequeña valla que delimitaba el recinto y dio grandes y rápidas zancadas hasta que llegó a un arbusto a medio centenar de pasos. Después de moverlo con cuidado, todos observaron que regresaba portando en su mano derecha algo que no pudieron distinguir hasta que se lo entregó a Ana. Se trataba del capullo de una rosa amarilla a medio abrir.

—Los fríos casi malograron la planta, pero estos días de sol y temperaturas algo más templadas han hecho que se recupere. Es la primera que nace y seguramente la última del año. Y es para ti.

Ana tomó la flor en sus manos y lanzó su mirada dorada contra la de Tello, que prendió de inmediato en su interior haciendo que su pulso se acelerara.

—Te has acordado de cuál era mi flor preferida… —le dijo

modulando aquella voz que hacía temblar los sillares del monasterio —. Eres muy considerado. No todo el mundo se comporta con tanta galantería, por muy oficial de los tercios que sea —continuó en alusión al alférez—. Quedaré muy complacida si volvemos a vernos, Tello del Saz.

—Contaré los días.

14

Los golpes en la reja le sacaron con violencia del sueño.

—¡¡Tello!! ¡¡Tello del Saz!!

El postulante agitó la cabeza para sacudirse el sopor. Alguien desde el exterior la había emprendido con una vara contra el enrejado de su celda.

—¡¡Fuego!! ¡¡Fuego!!

Aquellas palabras le hicieron saltar del camastro. Cuando se asomó al alféizar distinguió a dos hombres en la penumbra.

—¡La carpintería está ardiendo! —gritó uno de ellos.

No era la mejor de las noticias para despertarse, pero al menos bien estaba que el fuego se encontrara lejos del convento. Distinguió entre las sombras a Rodrigo Muñoz. El corpachón y la calva del maestro cantero bastaban para identificarlo aun sin luz. Al otro no lo conocía.

—¿Y qué queréis que haga yo? —se quejó en silencio—. Ahora salgo. Esperadme ahí.

Tres minutos más tarde, los tres corrían camino de los talleres seguidos por Risco. En cuanto alcanzaron la lonja, Tello pudo ver el resplandor anaranjado que brotaba detrás de algunas casas. Rebasados los primeros edificios, se adentraron en la segunda calle y se unieron a otros hombres que corrían en la misma dirección hasta que llegaron a una construcción que comenzaba a desmoronarse envuelta en llamas. Se trataba de la carpintería principal de las obras.

—Está ardiendo como una tea —comentó el maestro cantero.

—Y esto ya no hay quien lo apague —sentenció el otro. Se trataba de un hombre mayor, quizá rebasara los sesenta, seco más que delgado, con barba alrededor de lo que parecía una calavera desdentada. Cuando abría la boca, era como asomarse a una sima.

A Hernando lo presentó Rodrigo como uno de los aguadores de la obra.

—Llevo en este lugar desde antes que las piedras —dijo simpático, aunque ni siquiera miró al postulante. Solo tenía ojos para las llamas, que trepaban con virulencia por las paredes y los pilares de madera hacia el cielo—. Hay que refrescar los edificios que hay cerca o arderá todo el monte hasta Segovia.

En efecto, nada se podía hacer para salvar el gran taller de carpintería. Los obreros contemplaban el fuego con gesto de impotencia. La poca agua que traían algunos carros se estaba utilizando para remojar las casas de los alrededores y evitar así que fueran también pasto de las llamas.

—¿Había mucha madera ahí dentro? —se interesó Tello.

—No demasiada, pero ya sabes que, aunque fuera poca, ahora es muy valiosa.

Esa fue la respuesta que, al amanecer, le ofreció Tello al prior ante idéntica pregunta.

—Lo que está sucediendo aquí en estas últimas semanas me tiene muy preocupado —se quejó Julián de Tricio cuando cerró la puerta de su despacho en la torre del este. Luego ordenó al postulante que se sentara frente a él. La estancia tenía forma cuadrada y en sus paredes lucía un gran zócalo de azulejos de Talavera. Sobre los balcones, muy cerca de la bóveda, había unos ventanucos apuntados cubiertos con celosías. Era en verdad un lugar sobrio e imponente—. Cuando llegué a San Lorenzo, hace medio año de esto, el convento llevaba erigido más de cuatro y las obras del palacio acababan de concluir. Mi antecesor me explicó que en todo ese tiempo ocurrieron varios percances, algunos con desgracias aparejadas, pero que luego resultaron ser incidentes aislados. Siempre he creído que esta empresa supondría muchos sacrificios en esfuerzo, tiempo, dineros y vidas, pero no que se cobrara tantos y con tanta frecuencia como ahora. Hace apenas seis meses, Su Majestad me nombró prior y creí que no tendría más complicaciones que las habituales de semejante cargo, pero veo que, o nos esmeramos en saber qué está pasando, o el rey tomará cartas en el asunto. Él confía en mí, y no puedo defraudarle.

—Su Majestad nos ha presionado mucho, padre. Vos mismo lo escuchasteis cuando nos comunicó que la Corona está en bancarrota. Por otra parte, tampoco quiere que se desfallezca en los trabajos —se explicó Tello—. E hizo hincapié varias veces en ello. No contempla que el monasterio quede inacabado.

—Cuento con ello, pero no es razón para esta ristra de contratiempos, muchos de ellos de gravedad.

—Las urgencias y los miedos nos hacen cometer errores a todos.

—Sin duda, Tello. Pero insisto: no tantos ni tantas veces —quiso zanjar el prior—. ¿Pudiste hablar con ese cantero que conoces acerca de la caída del andamio?

—Muy por encima —respondió refiriéndose a Rodrigo Muñoz—. No vio nada de particular.

—¿No le instaste a que buscara con más ahínco?

—La verdad es que no.

Julián de Tricio se mordió el labio inferior con fastidio.

—Habla de nuevo con él y que haga memoria, a ver si hay algún detalle que se nos escapa —le ordenó—. Y ahora ve a buscar a García de Quesada e inspecciona con él los restos del edificio. Por muy aparejador de carpintería que sea, que no te duela en prendas presionarlo para que busque alguna razón que explique ese incendio. Si ha sido un accidente, quiero saberlo. Y si no lo ha sido, también.

—Así lo haré.

—Así lo harás *esta vez*, Tello, porque con el andamio quiero pensar que olvidaste mi petición —le reconvino con severidad. La cordialidad que caracterizaba al prior no apareció por ningún lado—. Nos veremos cada día antes del toque de completas hasta que tengamos explicación para estos hechos. Temo que, en cualquier momento, llegue un emisario desde el Alcázar y, ante nuestra falta de respuestas, envíen a un militar a escarbar por aquí. Ya somos muchos gallos picoteándonos en este corral como para que llegue otro elegido por el rey.

—Abriré bien los ojos.

—¡Por todos los santos, Tello! —se enervó el prior—. No solo tienes que mantenerlos abiertos. Quiero que preguntes, que

escuches, que observes, que toques, que pienses. Mete tu hocico y el de tu perro en todos lados y tráeme alguna respuesta.

Tello se levantó e inclinó la cabeza en señal de respeto. Antes de girarse para salir del despacho, fray Julián le detuvo. Había advertido cómo al postulante se le había mudado su habitual gesto sereno hacia uno mucho más afectado.

—No sé qué demonios te está pasando por la cabeza, pero debes saber que eres el único en quien puedo confiar.

—¿El único? ¿Por qué, padre?

—Porque creo que estás más que capacitado para ver lo que nadie ve, oír lo que nadie oye, preguntar lo que a nadie se le ocurre y cavilar hasta extraer alguna conclusión —admitió con media sonrisa conciliadora—. Estoy en tus manos, Tello. En verdad, todos lo estamos. Esta situación hay que remediarla. Si concluimos que todos fueron accidentes, hablaré con fray Antonio y con Herrera para que aprieten a los aparejadores y los capataces de tal forma que sean mucho más celosos en sus cometidos.

—¿Y si no fueron accidentes?

—Reza al Altísimo para que lo sean. De lo contrario, no sé qué voy a hacer.

Cuando Tello y Gaspar aparecieron en el lugar que hasta entonces había ocupado la carpintería, tan solo quedaba en pie una parte de su esqueleto. El resto eran rescoldos humeantes amontonados por los suelos.

—Esto no es normal —escucharon decir a sus espaldas. Al girarse vieron a Pascual Cascante—. Por las noches no hay actividad. Los incendios a esas horas solo prenden cuando cae un rayo o, por supuesto, si alguien les mete mano —dictaminó con la mirada fija en el desastre—. Y anoche no hubo tormenta.

—Quizá alguien se olvidó una lámpara de aceite encendida en su interior —aventuró Tello.

—Es poco probable. Aun así, directa o indirectamente, alguien o algo tuvo que provocarlo.

—¿A qué te refieres?

—No voy a ser mal pensado. Quizá un gato o una rata tirara una lámpara olvidada en una mesa… —opinó el comerciante sin mucha

convicción—. Antón Ruiz ha hecho llamar a García de Quesada por si puede ayudar a descubrir qué ocurrió. Mientras lo localizan, ha ordenado que una docena de aguadores refresquen los rescoldos y abran una vía entre las cenizas para examinar los restos.

Antón Ruiz, aparejador principal de albañilería, estaba hablando con algunos obreros cuando reparó en Tello. No tardó en acercarse a él.

—Tan pronto se ha enterado fray Antonio del suceso, me ha pedido que diera contigo porque quiere que inspecciones el lugar —le dijo Antón.

No había nada de extraño en esa petición. Era lógico que el obrero mayor quisiera su ración de novedades al igual que ya la había solicitado el prior.

—Vayamos entonces, pero necesitaré más ojos que los míos —admitió el postulante—. Me sentiría más cómodo si me acompañaras.

—Es todo un honor que hayas pensado en mí, pero ahora debo reunir a algunos peones y carreteros para limpiar este desastre —declinó la invitación el aparejador—. Hay que comenzar a construir una nueva carpintería sin dilación.

—En cualquier caso, ordena a tus hombres que no toquen siquiera una brasa hasta que yo lo permita. —Se giró hacia el mercader de frutas y verduras—. ¿Me echas una mano, Pascual?

En lo primero que se fijó el postulante fue en los restos del portalón principal. No parecía haber sido forzado en absoluto. El marco que soportaba los goznes estaba intacto. La parte de la cerradura también era reconocible y no mostraba signos de estar rota o haber sido manipulada. A partir de aquel punto, y a medida que avanzaban, fueron encontrando cenizas y más cenizas, además de algunos restos de artefactos metálicos como cepos para sujetar las uniones de piezas de madera, o pequeñas planchas de hierro donde apoyarse. También hallaron un yunque, clavos, buriles, gubias, martillos… Algunos maderos aún conservaban su forma aunque estaban prácticamente carbonizados y no podrían reutilizarse.

—Los aprovecharán en las cocinas o en las fraguas para alimentar

los fuegos —comentó Hernando, el aguador que había conocido esa madrugada y que ahora echaba una mano junto a un compañero para empapar el terreno.

Con la ayuda de aquellos dos hombres, fueron penetrando en aquel esqueleto medio derruido en el que se había convertido la carpintería. La pareja se servía de palas para apartar la gruesa capa de pesadas cenizas que lo cubría casi todo.

El primer cuerpo lo encontraron en una de las estancias que servían de almacén. Se trataba de un hombre que había sido devorado por las llamas durante horas a juzgar por cómo había quedado el cadáver, completamente consumido, como si solo se hubieran salvado los huesos, y de milagro.

—No habrá manera de saber quién era —se temió Pascual.

—A no ser que alguien lo viera entrar —opinó Tello—. Tendré que hablar con todos los que llegaron aquí nada más descubrirse el fuego. Quizá haya suerte.

El segundo cadáver apareció a pocos pasos de allí, en un recoveco construido con piedra y ladrillos que había sido tocado de refilón por las llamas. El cuerpo se veía tiznado y no demasiado afectado pues aún conservaba la mayor parte de las ropas.

—Apenas se ha quemado. Sin duda este desdichado murió de asfixia —opinó Cascante.

—En esta zona se realizaban los bosquejos de las trazas que nos facilitaban los arquitectos —les informó una voz a sus espaldas con un fuerte acento extranjero.

Tello giró en redondo y se vio ante un hombre delgado, de ojos hundidos, barba rala y pelo escaso que rodeaba una extensa calva.

—¿Nápoles? —trató de adivinar.

—Calabria.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Jerónimo Gili es uno de los mejores diseñadores de carpintería del Imperio —apuntó Pascual Cascante.

—Aunque vuestro rey desde luego no quiera aceptarlo —repuso el calabrés.

—Hay que decir que Jerónimo ha tenido algunas desavenencias con Su Majestad —añadió el mercader navarro.

—Será él conmigo, porque nunca se le ocurrió contradecirme cuando era colaborador de Juan Bautista de Toledo, el verdadero artífice de este monasterio. Bien que le gustó la maqueta en madera que hice de todo el complejo. Pero ahora, fallecido el maestro, dice que no me necesita tanto.

El calabrés desprendía soberbia y resentimiento en cada palabra.

—Sus razones tendrá —intervino Tello—. No seré yo quien las ponga en entredicho —y detuvo la contrarréplica de Jerónimo alzando las cejas—. De todas formas, he creído oír que el lugar en el que yace ese hombre era donde se trabajaba con los planos, ¿verdad?

—Así es. Ahí se repasaba la información que había en las trazas, se pensaba en las maderas que debían utilizarse, se hacían los cálculos de las cantidades que harían falta, los carpinteros necesarios para cortar y pulir, los artesanos que tallarían las piezas, los ebanistas que elaborarían el diseño…

—¿Podéis identificar a ese hombre? —preguntó Tello señalando el cuerpo.

Jerónimo se asomó a la pequeña estancia y arrugó la nariz.

—Es Andrés, uno de mis ayudantes —resolvió—. No era muy bueno.

Tello y Cascante cruzaron una mirada que mezclaba el asombro y la reprobación.

—¿Tendríais a bien acompañarnos en esta inspección? —le ofreció el postulante.

—¿Quién lo pide?

—Fray Antonio y el padre Julián —le espetó para hacerse valer, aunque si el calabrés se las tenía tiesas con Felipe II, aquellos nombres no le iban a impresionar.

—En tal caso, sea.

Inopinadamente aceptó, quizá porque con la monarquía se atrevía, pero con la Iglesia no.

Fuera cual fuese el motivo, a partir de ese momento avanzaron por el edificio calcinado en compañía de Jerónimo Gili, que les iba informando de la finalidad de las distintas zonas que atravesaban. En una de ellas, en la que ni siquiera quedaban restos del solado, el

diseñador afirmó que no le extrañaría que el fuego se hubiese iniciado allí.

—En este lugar se dejaban todas las virutas sobrantes, el serrín, trapos empapados en aceite de lustrar…

Lo que decía tenía sentido. Era cierto que, justo donde se encontraban, la devastación era total.

Hernando se acercó a Pascual Cascante y le susurró algo al oído.

—¿Había aquí algo almacenado que pudiera haber hecho explosión? —preguntó el navarro cuando el aguador despegó la boca de su oreja—. Me refiero a alguna tinajilla de aceite que estuviera aún sellada, o vasijas que contuvieran resinas…

—Quizá hubiera algo de eso —dudó el calabrés—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Es que hubo un par de explosiones. No fueron muy potentes, pero pude escucharlas con claridad —se atrevió a decir Hernando—. Nada más oírse, las llamas sufrieron un revuelo, ya sabéis lo que quiero decir: se reavivaban como si hubiese alguien dándoles con un fuelle. Uno de los estallidos fue justamente por aquí, seguro que sí. Luego otro algo más allá, y quizá hubo un tercero cerca de la puerta lateral que había al fondo de la carpintería.

—Aquí tendría sentido —opinó Jerónimo—. Más allá no. Solo en este lugar había aceites o resinas que pudieran haberlas provocado.

En efecto, aquella zona estaba tan calcinada que allí no iban a encontrar nada, por lo que continuaron camino entre las cenizas. A medida que atravesaban el edificio, observaron que, a partir de ese punto, el incendio había ido languideciendo a juzgar por las marcas que había dejado el fuego en los suelos o en las pocas paredes iniciadas con ladrillo. Fue en una sala, a unos quince pasos del lugar en el que comenzó la tragedia, donde hallaron el tercer y último cuerpo. Estaba acurrucado de lado, como si hubiera querido esconderse de un gran peligro.

Jerónimo se acercó a él y, de inmediato, giró sobre sí mismo dándole la espalda. Pascual Cascante observó el cadáver.

—Dios santo… Es García de Quesada… —musitó sin atreverse a hablar más alto.

—Se lo dije —escucharon lamentarse al diseñador—. Se lo dije

una y otra vez, pero no me hizo caso.

—¿Qué ocurre, Jerónimo? —inquirió Tello.

—Era muy obstinado, muy tozudo —dijo refiriéndose al difunto aparejador de carpintería—. Le advertí que no lo hiciera, pero no quiso atenderme.

El calabrés pareció perder el equilibrio y entre Tello y Pascual le sujetaron. Estaba ciertamente afectado.

—¿Qué hizo García?

—Estábamos los dos en un mesón cuando nos avisaron de que la carpintería había comenzado a arder. Vinimos corriendo y, antes de que pudiera decirle nada, abrió la puerta trasera y se coló dentro. El fuego aún no había llegado hasta ahí pero ya salía mucho humo. Un par de minutos más tarde apareció llevando entre las manos un montón de trazas. Las revisó en el suelo y vio que faltaban algunas muy importantes. Aunque le rogué que no lo hiciera, volvió a meterse en el edificio. La humareda ya era muy abundante y espesa. En el interior se escuchaba el crepitar de las llamas. Estaban muy cerca. De hecho, se las veía ya por encima del tejado en la parte delantera. García no tardó mucho en salir. Lo hizo con la piel manchada de negro y sin parar de toser. En la mano traía los dibujos que había hecho Herrera para el mobiliario de la futura biblioteca real, esa que tiene pensado que se extienda entre el convento y el edificio del colegio.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Tello arrodillándose junto al cadáver.

—Creí que ya se quedaría conmigo, pero entonces revisó de nuevo las trazas que había logrado salvar y debió de darse cuenta de que faltaba alguna que era de su interés. ¡Por Dios santo! ¿Por qué lo hizo? ¡Ni que hubieran sido los planos de las obras! Allí ya solo quedaban diseños para frisos, muebles, puertas, librerías… Eran todos asuntos menores —se lamentaba Jerónimo, al que la soberbia parecía haberle abandonado—. Y le grité, ¡hasta le agarré del abrigo!, pero no pude retenerle. Volvió a meterse dentro y ya no le vi salir. Comenzaron a ceder partes de la techumbre, vigas enteras… Pensé que habría salido por una ventana, por cualquier parte, pero…

Tello observó el cuerpo con detenimiento. En verdad estaba

quemado de pies a cabeza. No tenía nada entre sus manos, ni parecía haberlo tenido, aunque jamás podría saberlo. Imaginó que el humo hizo caer al suelo al aparejador. Luego se asfixió y terminó por quemarse.

—Dios lo tenga en su gloria —fue lo único que se le ocurrió decir antes de descubrir algo que le paralizó la lengua.

Y es que, al incorporarse y hacer intención de continuar el recorrido, en la última habitación del edificio vio algo que le llamó poderosamente la atención. Estaba casi enterrado entre los restos del incendio y algunos trapos a medio quemar.

—Hernando, por favor, acompaña a Jerónimo afuera y asegúrate de que descanse —le pidió al aguador mientras tiraba de la manga del abrigo de Pascual hacia la salita.

En el suelo, medio cubierta por las cenizas que habían caído del cielo, sobresalía una pieza cuyo extremo redondeado reconoció al instante. Con sumo cuidado, la extrajo del lecho de polvo gris y la volteó para dejar arriba el taco que servía de tapadera. Se trataba de un cilindro torneado en madera de haya de medio palmo de largo por una pulgada de grosor.

—¡Jesús bendito! —susurró Pascual Cascante.

—Jesús bendito, y sus doce apóstoles.

—¿Qué quieres decir?

—A esta pieza se la conoce como *frasco* o *apóstol*. La utilizan los arcabuceros de los tercios. Como ves, está hueca y se rellena con la carga justa de pólvora que se necesita para un disparo —le explicó mientras quitaba la tapa y vaciaba parte del polvo negro en la palma de su mano—. Los tiradores suelen llevar una docena de estas piezas colgadas de la bandolera. De ahí que se les llame los *doce apóstoles*.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Y tanto que sí —afirmó sin mucho entusiasmo mientras devolvía la pólvora al frasco. La visión de aquel aparejo había provocado que su cabeza retrocediera en el tiempo, aunque no años atrás hasta su época de Flandes, sino tan solo unos pocos minutos—. Hernando dijo que se habían producido tres explosiones no demasiado potentes, ¿verdad? —Cascante asintió—. Esas detonaciones bien

pudieron provocarlas algunos *apóstoles* que estaban en la carpintería.

—¿Los dejaron antes del incendio?

—O los arrojaron dentro cuando comenzó. Este no llegó a estallar porque, milagrosamente, las llamas no lo alcanzaron —constató golpeando con suavidad la pieza contra la palma de su mano—, lo que demuestra que alguien quería provocar este desastre.

—Estoy de acuerdo —asintió el comerciante, que se había adelantado varios pasos hasta el final de la carpintería—. Y por si quedaba alguna duda, fíjate en esto.

—¿Qué ocurre, Pascual?

—Los goznes de la puerta lateral se violentaron, y la madera que rodea la cerradura está partida. Creo que esta puerta fue forzada.

15

—¡¿Forzada?! —Julián de Tricio deambulaba por su despacho como si persiguiera cucarachas—. ¿Estás seguro?

—Cuando García de Quesada llegó al edificio, entró por esa puerta lateral. Aunque era el aparejador de carpintería, no tenía llaves. Ya sabéis que todas se guardan a diario en las dependencias de los arquitectos. Así que esa entrada ya estaba forzada. El aparejador aprovechó la ocasión para salvar varios planos.

—Eso quiere decir que alguien provocó el incendio —concluyó el prior con un tono que mezclaba la cautela con el asombro—. ¿Por qué? ¿Para qué?

—No lo sé, padre —respondió Tello.

—¿Crees que tiene que ver con el derrumbe del muro y la caída del andamio?

—Tampoco lo sé, pero hay algo que lo diferencia de aquellos.

El prior se acercó a la mesa y se sentó frente al postulante.

—¿De qué se trata?

Tello dejó sobre el tablero el *apóstol* que había encontrado entre los restos de la carpintería y le explicó para qué servía aquella pieza de madera.

—Únicamente lo utilizan los arcabuceros de nuestros tercios —continuó—. El responsable del incendio ha servido en una compañía o tiene relación con algún tirador.

—¿No cabría otra posibilidad?

—Cientos de ellas, pero esta es la más probable.

Fray Julián mostró una mueca de duda.

—¿Qué podemos hacer?

—Investigar si hay algún trabajador que antes sirviera en los tercios. Quizá no sea el responsable directo, pero podría haber facilitado los frascos de pólvora.

—Será un arduo trabajo. Hay más de tres mil personas en San Lorenzo el Real.

—Eso que tenemos en nuestra contra, padre.

El prior asintió con la cabeza.

—No te demores en tus indagaciones. Estos sucesos comienzan a quitarme el sueño. Hay que averiguar qué está ocurriendo para saber a qué nos enfrentamos. Quemar una carpintería puede parecer una chiquillada. Colocar artefactos con pólvora dentro deja de serlo —le dijo—. Por cierto, ¿sabes algo más de los ataques de los lobos y de esos otros que, presientes, no lo son?

—No lo presiento, padre: lo sé. En las fincas de La Herrería, El Castañar y El Quexigal, lugares donde abundan bueyes, ovejas y carneros, no había huellas de alimañas. Tampoco observé arañazos en las cancelas o en los tejados producidos por las uñas de sus patas. Aun así, hay algo definitivo para no atribuir las muertes a los lobos: las heridas que mostraban los animales no eran mordeduras. Los colmillos de esas fieras tienen la punta algo roma y, al hincarse en la carne, terminan por resquebrajar la piel alrededor de la herida. En definitiva, no son como una daga, un buril o un pincho de cocina, que practican una herida de bordes limpios. Además, los dientes de un animal están alineados a lo largo de su mandíbula dejando al menos dos o tres marcas en fila cuando apresan a su víctima. Y eso tampoco lo vi.

—¿Cuál es tu conclusión?

—La primera y única que tengo es que alguien se sirvió de los ataques de los lobos para matar a los animales de las fincas que hay por la zona.

—¿Y qué crees que ganaba con ello?

—Algo tan impactante como un mordisco: el miedo. Si la gente vive con temor, no irá a trabajar despreocupada, o llegará más tarde y se marchará antes del toque de la campana aprovechando la luz del día. En definitiva: se ralentizarán algo las obras, se limitará la actividad de los pastores, se tendrán menos recursos de comida…

—Muy enrevesado —le interrumpió Julián de Tricio acariciándose la barba.

—No lo niego, pero del todo posible.

—En cualquier caso, ya sabes que las patrullas que formó el alférez dieron resultado y localizaron una manada de ocho lobos, de los que dieron muerte a dos. Desde ese día no se han producido más ataques ni se les ha visto de nuevo.

—Y espero que no se les vuelva a ver.

Las preocupaciones se amontonaban en la cabeza del postulante. La causa de los accidentes suponía casi la menor de todas ellas y el desarrollo de las obras aún no le robaba el sueño. Quien sí lo hacía era Ana, pero tampoco podía considerarse la única razón de sus desvelos. Ahora tenía la misión de localizar a alguien con acceso a material militar, algo de lo que solo gozaban aquellos que habían pertenecido a los tercios o estaban alistados en cualquiera de los ejércitos.

Las primeras sospechas recaían de manera inevitable sobre Guzmán Martínez de la Osa, alférez de la guarnición y, según él mismo le había desvelado la primera vez que tuvieron ocasión de cruzar dos palabras, antiguo combatiente en Flandes. Los siguientes en la lista eran todos y cada uno de los soldados que engrosaban la dotación del pequeño cuartel, incluyendo al sargento, los cabos y hasta el último recluta si es que allí había alistado alguno. Pero, a partir de ahí, la búsqueda se complicaba. Podría ser cualquiera de los tres millares de almas que ocupaban la explanada y los alrededores, además de los que vivían en los pueblos, las fincas, las casas solariegas y de labranza… Imposible. Aun descontando a las mujeres —que eran pocas—, los ancianos, los muchachos, los pastores, los aparejadores, los maestros, los capataces y oficiales… ¡Buf! ¿Cuántos sumarían entre todos ellos? ¿Algo más de un millar? No importaba. La cantidad restante se hacía inmanejable.

—Otra vía para descartar a posibles delincuentes es buscar la causa por la que alguien querría malograr las obras —le dijo Pascual Cascante cuando le hizo partícipe de sus conjeturas.

—Puede haber tantas motivaciones como personas trabajan aquí —se quejó Tello—. Hablé con José de Sigüenza porque pensé que el hombre que estamos buscando podría ser uno de los propietarios de

los terrenos que compró la Corona para construir el monasterio. El cronista lo descartó porque aquello sucedió hace casi quince años, así que no tenía mucha lógica que ahora quisieran entorpecer el desarrollo de los trabajos. Además, el rey pagó magníficamente a los dueños, por lo que no pueden tener queja.

—¿Y si fuera algún enemigo de Juan de Herrera?

—El arquitecto no es desde luego un modelo de simpatía y humildad, pero no me encaja que nadie quiera hacerle mal alguno —respondió al punto—. Y, antes de que lo digas, lo mismo me ocurre con Antonio de Villacastín y el propio José de Sigüenza.

—¿Y un loco? —aventuró el comerciante, en quien Tello confiaba cada día un poco más dado su carácter mesurado y sus buenas dotes para hacerse preguntas con las que avanzar en la investigación.

—Tal vez, Pascual, y muy trastornado tendría que estar para atreverse a provocar este desastre. La guerra les quita la cordura a muchos y luego vuelven a sus hogares desequilibrados, ausentes, perturbados o en manos del diablo. Por eso creo que habría que enterarse de quiénes son los trabajadores que, antes de estar aquí, han batallado en los tercios.

—Te deseo suerte, amigo. ¿Sabes ya por dónde vas a comenzar?

—Sí. Por Calabria.

Tello consideraba que tanto la actitud como las palabras que había pronunciado Jerónimo Gili durante la inspección a los restos de la carpintería eran merecedoras de ser repasadas, primero de memoria y luego, si era el caso, con el aludido. La arrogancia y la animadversión del calabrés le habían impresionado mientras caminaban entre los rescoldos. Sin embargo, por si sus impresiones fueran equivocadas, antes de interrogar al diseñador de carpintería decidió contrastar sus prejuicios con Pascual Cascante, que coincidió con él en que aquel sujeto era un estúpido altanero de armas tomar.

—¿Piensas que tuvo algo que ver? —se interesó el comerciante.

—Es de Calabria, demasiado cerca de Nápoles y de Sicilia, lugares donde hay tercios apostados. Desde luego, carece de las hechuras y los modos que se adquieren cuando se ha pertenecido a uno de ellos, pero sí pudo conseguir *apóstoles* para asegurarse de que el

incendio tomara cuerpo con rapidez.

—¿Y por qué habría querido hacerlo?

—Dijo que, tras la muerte de Juan Bautista de Toledo, el rey dejó de confiar en él.

—Cierto, aunque también me consta que está trabajando para la Corona en otros lugares.

—En efecto, Pascual, pero esta es la construcción más importante del mundo. Todos estamos muy orgullosos de colaborar en la edificación del monasterio, y hay otros muchos que esperan su oportunidad para cuando haya un hueco libre. Los hay que ofrecerían lo poco que tienen por participar y así presumir luego de haberlo conseguido, un mérito que llevarían con honra sus descendientes para toda la eternidad.

—No es para menos. Sin ir más lejos, yo mismo me siento tal y como dices. Dudo que exista otra obra tan colosal.

—Por eso creo que es una magnífica excusa para que Jerónimo Gili continúe aquí prestando sus servicios sin levantar sospechas. Supongo que una cuantiosa paga sería también una buena razón, pero eso no quiere decir que le perdone al rey haber sido objeto de cierta humillación por su parte.

—No está mal hilado. ¿Cómo vas a averiguar si pudo conseguir los *apóstoles*?

—Recurriré a Esteban Lizar. Es bien conocido por todos los trabajadores y estoy seguro de que podrá enterarse de algo. Y si no saca nada en claro, se lo preguntaré yo mismo a Jerónimo Gili.

Sus intenciones tuvieron que quedar aparcadas durante unos días. La puesta en funcionamiento de la primera grúa ideada por Juan de Herrera apartó a Tello de cualquier labor que no fuera constatar que aquel enorme artilugio realizaba el trabajo para el que había sido concebido con eficacia y seguridad.

Aunque ya la había observado desde la distancia, la primera vez que se acercó hasta los pies de la grúa se quedó impresionado. El armazón de aquella enorme máquina lo constituían dos cubos vacíos que, superpuestos, sumaban doce varas de altura. Las aristas de

cada uno de ellos estaban construidas con enormes vigas de madera. La base y el techo del segundo cubo habían sido cubiertos con tablones para que los operarios pudieran desplazarse tanto por su interior como por el plano superior. Este segundo cubo albergaba además dos enormes ruedas en posición vertical que giraban alrededor de un eje y activaban un mecanismo de elevación que contaba con al menos tres poleas en las que se enrollaban gruesas sogas. En la parte más alta del ingenio surgía un poste vertical en el que se sujetaba la pluma de la inmensa máquina. Aquel brazo tenía el aspecto de una escalera de mano con una docena de travesaños que le conferían rigidez. Más ancho por la parte que se unía a la máquina, luego se iba estrechando a medida que se apartaba del eje hasta llegar a su final, lugar por donde se descolgaba la maroma de la que luego colgarían las piedras. En el extremo de la cuerda había unas piezas de metal diseñadas para ajustar los nudos que aprisionarían las piedras y elevarlas allá donde se necesitaran dejar.

—He sido yo mismo quien ha forjado esas piezas con buen hierro fundido para que pudieran adaptarse a la máquina —le decía Esteban Lizar a Tello mientras, a su lado, Rodrigo Muñoz daba las órdenes pertinentes para atrapar un sillar.

El maestro de cantería aseguró uno de los bloques e indicó que hicieran girar las ruedas. A partir de ese momento, las poleas se quejaron por el esfuerzo, crujieron vigas y pilares, rechinaron las ruedas y rozaron las sogas, pero la gran piedra se elevó como si fueran los ángeles del cielo quienes la llevaran hasta el nivel más alto del andamio situado en la fachada posterior del edificio gemelo, aquella que se tocaba con el palacio. Allí, dos obreros la liberaron de las cuerdas y la colocaron sobre una pared a medio construir.

—¡Oh, parece que es todo un éxito! —se alegró Tello.

—No está mal —asintió Juan de Herrera, que había observado con atención toda la maniobra sin que en su rostro se reflejara emoción alguna.

—Tal y como vos afirmasteis, utilizando esta clase de máquinas ahorraremos mucho tiempo y miles de ducados —aseguró Esteban —. Voy a dar orden de que empiecen a forjar las once piezas restantes para otras tantas máquinas.

—Si se me permite un comentario… —solicitó Rodrigo al arquitecto.

—¿Hay algo que te preocupa?

—Como maestro cantero, creo que se adelantaría mucho trabajo si, en lugar de traer hasta aquí esos grandes bloques de piedra, los sillares se labraran directamente en las canteras —insinuó mientras, indeciso, se pasaba su manaza por la calva.

—Ya lo había pensado, pero lo desestimé porque, durante los traslados, el riesgo de que se quiebren las aristas de los sillares es muy grande —argumentó Herrera.

—Podemos pedir que no se desbasten por completo y se deje un buen margen para evitar que se fracturen o se astillen —intervino Tello—. Si los sillares se asentaran en su lugar y, acto seguido, se terminaran de perfilar, habría menos rectificaciones ya que la finalización se estaría haciendo donde va colocado cada uno de ellos. El ahorro de tiempo sería todavía mayor.

—No tengo duda de ello, pero eso nos obligaría a repartir de otra manera a los oficiales entre andamios y canteras —murmuró vacilante el arquitecto.

—Quizá merezca la pena intentarlo.

Herrera relajó el rictus.

—Lo consultaré con fray Antonio, aunque ya anticipo que no es amigo de novedades de esta clase.

—Griegos y romanos ya utilizaban ese sistema hace siglos —insistió el postulante.

El arquitecto le dedicó una mirada de asombro.

—Veo que eres versado en arte, Tello del Saz. Eso mismo llevo diciendo yo aquí desde hace muchos meses, pero también sabrás que, por desgracia, los españoles carecemos de buena memoria así como de iniciativa, y eso se aplica a todas las facetas de la vida, incluida la arquitectura —se lamentó Herrera—. Antes que nada, pondré esta idea en conocimiento de Julián de Tricio. A ver si entre él como presidente de la Congregación y yo como arquitecto podemos convencer a fray Antonio de las bondades de esta alternativa —decidió antes de agradecer a todos sus aportaciones.

En verdad se le veía convencido de la nueva forma de trabajar.

Esa misma noche, cuando Tello se disponía a abandonar el convento para subir a la tasca de Constanza, recibió la visita inesperada de Gaspar. El muchacho apareció en su celda y le entregó una nota en un pequeñísimo trozo de papel doblado.

> Mi tío Miguel ha partido de viaje esta tarde. Hay un portillo casi escondido en el muro de la parte trasera de la casona, aquella que da al monte. Se abre al jardín. Te espero allí en cuanto salga la luna.

—¿Quién te la ha dado? ¿Hace cuánto tiempo?

—A media tarde me la pasó una de las sirvientas de don Miguel de Almedilla.

—¿La has leído?

—¡No!

—Vas a ir al infierno, ratón —le advirtió guiñándole un ojo—. Espérame en la tasca. Subiré en un rato. ¡Ah!, y hazte cargo de Risco —le pidió mientras le hacía un gesto al perro para que se levantara y se acercara al muchacho.

Tello siguió las parcas instrucciones enviadas por Ana. Aunque era noche cerrada, no le costó encontrar la portezuela entre maleza, jaras y algunas zarzas que casi la ocultaban por completo. Alguien había dejado sin correr el pequeño cerrojo que tenía, pues la hoja cedió tan pronto la empujó con suavidad. Nada más traspasarla, se encontró en el extremo de un pequeño y frondoso jardín. Tres de sus muros daban al exterior y el cuarto pertenecía al edificio. Bajo un tejadillo había una puerta y dos ventanas. En una de ellas distinguió el rostro de Ana.

—¡Has venido!…

Fue una exclamación casi muda pero llena de entusiasmo.

—Para mí es un deber plegarme a tus peticiones —se justificó el postulante.

—Ven, corre, corre…, que hace mucho frío.

Ana abrió al instante la puerta de la casa y le hizo pasar a una antesala donde una chimenea regaba el ambiente de luz y calor. Frente a ella había dos sillas. Estaban a la distancia justa para

templar el cuerpo, aunque a Tello le bastaba con la simple presencia de la joven.

—Necesitaba verte —dijo ella tomando asiento y girando la silla hacia él.

Aquella voz, sí, aquella voz era capaz de desarmar de valor a todo un rodelero.

—¿Ocurre… algo? —se trabó por lo inesperado de aquella confesión.

—No estoy tranquila, Tello del Saz. En este lugar, que yo creía lleno de paz según mi tío le dijo a mi padre cuando me trajo con él, están sucediendo cosas muy extrañas.

—No será para tanto. ¿A qué te refieres?

Ana se tomó unos segundos antes de proseguir:

—Ayer me contó una de mis sirvientas que, hace unas semanas, un hombre apareció muerto cerca de las tabernas.

—Sí, es cierto… Pero no es extraño que se produzcan hechos como estos en lugares donde el vino provoca muchas fanfarronadas. Seguro que hay barrios de Alcalá donde también ocurren.

—¡Ah! —pareció conformarse—. Tú no vas por esos lugares, ¿verdad?

—Ni en sueños —mintió tan mal, y con la boca tan pequeña, que a ella se le escapó una sonrisa.

—¿Y qué piensas que sucedió?

¡Dios santo! La voz de aquellos veintiún años unida a esa mirada dorada, que se intensificaba aún más por los reflejos del fuego que crepitaba en la chimenea, provocaban en Tello una agitación nerviosa que le costaba dominar.

—Tuvo que ser una riña entre villanos de mucho temperamento y poca paciencia. Estas cosas pasan en lugares donde hay hombres trabajando duro. Las personas pierden el sentido y la atención, y luego se producen accidentes como la caída del andamio.

—O el incendio en la carpintería, ¿verdad?

Ahora fue Tello quien se concedió un instante para pensar.

—¿Quieres que sea sincero contigo?

—Te lo ruego.

—En el caso del incendio, creo que alguien lo provocó —se atrevió

a decir—. Existen algunos indicios que así me lo hacen pensar, aunque no estoy seguro.

¡Por el amor de Dios! La joven tenía fijas las pupilas en sus ojos, y luego las dirigía hacia su boca para no perder ripio de lo que pronunciaba. Tanto cuidado se tornaba casi en devoción, como si ella lo hubiese convertido en su ángel protector. Quizá lo hacía porque Tello hablaba muy bajito y no lo escuchaba bien. Pero aquellos dos luceros sobre él, y sus gestos, y sus manos, y su voz, y sus labios… En verdad, aquella joven no podía ser de este mundo.

—Desplomes, derrumbes, incendios, lobos, asesinatos… ¡Virgen santísima! ¿Dónde me ha traído mi tío? —Casi tembló.

Tello sintió cómo sus manos, casi con vida propia, se disponían a tomar las de ella para ofrecerle confianza, pero supo replegarlas a tiempo.

—Descuida —le dijo al fin—. Son situaciones incómodas, accidentes…

—Pero ¿no acabas de decirme que el incendio fue provocado? —le preguntó ladeando el rostro de la misma forma graciosa que lo hacía Risco cuando él le hablaba. Aunque Ana lo había hecho con tanta dulzura, con tanta ternura, que lo que le transmitía era… ¡Oh, santo Dios!

El postulante tragó saliva antes de responder.

—Pudieran ser accidentes, pero no estoy seguro —mintió por segunda vez sin lograr más convicción que la primera—. En cualquier caso, no debes preocuparte. Yo te pondré sobre aviso de haber algún peligro. Y te protegeré. Y te defenderé… con mi propia vida si es preciso…

Ana ahogó una risita dulce y se atrevió a sujetar con las puntas de sus dedos la barbilla de Tello para elevarla ligeramente, pues el postulante había ido inclinando la cabeza hasta casi pegarla a su pecho.

—Estoy segura de que así lo harás, Tello del Saz.

No había riesgo para su vida, ni su intuición le estaba avisando de un peligro latente que ignoraba, pero los latidos de su corazón le aporrearon los tímpanos como cuando entraba en combate con los tercios. Sin embargo, lo que ahora le pedía su cuerpo era una

tregua, un descanso, incluso una huida. Llevaba demasiado tiempo ante una sonrisa, una mirada y una voz de las que no sabía defenderse, un lance que no podía evitar, ni acaso quería hacerlo. Así que esa noche no intercambiaron muchas más palabras. El antiguo rodelero se puso en pie y juró que ella no tenía nada que temer mientras él estuviera en San Lorenzo el Real. Luego desapareció con el corazón en las sienes haciendo pim-pam, pim-pam…, llevándole la sangre a las piernas para poder escapar como hace un conejo cuando escucha una reala.

Tello abandonó la casa por el portillo del patio y rodeó la lonja para subir hasta la tasca de Constanza. Mientras lo hacía, no lograba apartar de sus pensamientos la imagen de la joven. ¿Por qué se comportaba como un idiota cuando a él nunca le había afectado la presencia de una mujer? De hecho, las insinuaciones de cualquier lavandera solo habían significado en su vida el preludio a diez minutos de desfogue. En su momento, la compañía de Inés Atance le había supuesto gozo y alegría, y sí, ¡lo admitía!, algo más profundo y bonito, pero no le había perturbado tanto como el encanto de Ana. En cambio ahora… ¿Quizá tenían algo que ver los tres años que llevaba viviendo en un convento sin ver ni tocar a mujer alguna? Imposible. La razón era que tanta belleza y dulzura le despojaban de su control porque sin duda ella le admiraba. En su presencia, Ana se quedaba fascinada, ilusionada, prendada. Y al contrario de lo que le ocurría a él, se le multiplicaban las palabras en la boca, y se le escapaban veloces, tiernas, llevadas por esa voz, y esos gestos, y esa mirada, y los movimientos de esas manos, y el tacto casi celestial de sus dedos…

Antes de entrar en la tasca se sentó junto a Risco. El perro estaba tumbado sobre la tierra cerca de la puerta. Le esperaba con los ojos bien abiertos pues ya había olido sus sudores unos segundos antes de que llegara. Acariciando aquel pelaje abundante y algo áspero, trató de tranquilizarse y tomar aire antes de meterse en el establecimiento. Cuando por fin lo hizo, se encontró de bruces con María portando dos jarras de vino.

—¿Vas a querer también una frasca de agua? —preguntó por todo saludo.

—Debería —respondió él.

—Ya lo creo que sí, que a ti el beber te terminará matando.

—¡No será la bebida la que lo haga, sino la señorita de Alcalá! —vociferó Constanza desde la mesa donde vaciaba los pellejos de vino en el lebrillo con el que luego rellenaba las jarras.

Tello se volvió como un rayo buscando a Gaspar entre el barullo de la clientela.

—¿Qué les has dicho? —bramó como si estuviera enajenado cuando dio con él.

—Deja al muchacho en paz, que no ha abierto la boca —le increpó María a la vez que depositaba dos jarras sobre una mesa—. Aparte de que has largado a Gaspar solo hasta aquí, es que se te ve en la cara, Tello. No lo puedes ocultar —remató cuando fue a recoger algunos vasos mientras se apañaba el moño rubio sobre la cabeza.

—¡Este hombre no tiene remedio! —volvió a gritar la dueña—. Terminarás como un polluelo en las garras de un halcón.

—Te matará de un picotazo —atacó de nuevo María—. Y te zampará de un solo bocado, así, sin masticar —terminó con una risa contagiosa, lo que provocó las carcajadas de Constanza y las de algunos otros que estaban cerca.

—¡Quia! También se le puede atragantar si lo engulle entero —intervino Ofelia, que llegaba desde la otra punta de la tasca y le hizo un gesto ostensible con el cuello a María para que se apartara y le dejara sitio—. Porque otra cosa no sé, pero Tello es un hombre de una sola pieza.

—Uy, uy, uy… —se burló en un murmullo María acercándose a su compañera—. No te cierres tanto los cordones de la camisa, Ofelia, que a un género tan bueno tiene que darle el aire o va a oler a cerrado. Y así nadie pica.

—¡Eres una cochina! —le espetó la mujer entre dientes al llegar a la mesa donde estaba Tello. El postulante acababa de terminarse la primera jarra de vino sin esperar a que le pusieran un vaso—. ¡Sí que vienes con sed! ¿Quieres otra? —preguntó complaciente mientras se miraba con disimulo la abertura de la camisa.

—Trae dos.

—¿Una de agua y otra de vino? —inquirió con suavidad al tiempo

que se aflojaba con disimulo los cordones de la camisa.

—La de agua se la das a Risco. Te está esperando fuera.

—¡Jesús! ¡Está bien! Ahora mismo te las traigo… Aunque si te bebes todo eso, hoy habrá que acompañarte al convento. Vas a dormir tres días seguidos.

Ofelia no se equivocó demasiado. Al día siguiente, Gaspar tuvo que ir hasta la celda de Tello para despertarle. El muchacho llegó acompañado del padre portero. Cuando sintió sus manos sobre los hombros, el postulante se removió con aprensión por el terrible dolor de cabeza que le impedía separar los párpados más allá de una rendijita.

—Anoche, cuando te trajimos hasta aquí, Risco desapareció. ¿Te acuerdas?

—Algo… —murmuró Tello ante la cara de condena del padre portero.

—Cuando regresé al campamento anduve silbándole para que acudiera, pero lo único que conseguí fue escuchar sus ladridos. Le llamé por su nombre, pero entonces ladró con más brío. Así que, guiándome por lo que creía su llamada, tuve que desviarme del camino y meterme en el monte. No sabía si el pobre estaba en peligro.

Tello abrió por fin los ojos.

—¿Dónde está Risco?

—Ahí —dijo el padre portero señalando a un lado del camastro.

De inmediato el postulante sintió un lametón en su mano.

—Entonces ¿qué le ocurría? ¿Necesitaba ayuda?

—No. Solo me estaba avisando —respondió Gaspar.

—¿De qué? ¡Oh, no!… ¿Otra vez los lobos?

—Peor.

—¿Qué hay peor que los lobos?

—Un hombre muerto. Tienes que levantarte y venir conmigo antes de que alguien lo descubra y avise al alférez.

16

La niebla había caído sobre las faldas del monte Abantos cubriéndolas con un velo gris, macizo y helado, toda una invitación a desistir. En aquellas condiciones, a Gaspar le costaba orientarse y Risco no era capaz de afinar su olfato. Aun así, tanto el muchacho como Tello eran demasiado tozudos como para dejarse vencer por la adversidad. Además, la ocasión lo exigía, y de manera imperativa.

A medida que ascendían por las laderas, la niebla se iba desvaneciendo hasta que desapareció del todo. El sol brillaba con fuerza en un cielo limpio de nubes y el frío era intenso. A partir de ese momento, Gaspar pareció situarse y Risco se quedó unos instantes venteando con la cabeza en alto hasta que, casi a la vez, ambos creyeron saber hacia dónde tenían que dirigirse.

Al poco de retomar la caminata, el cachorro se adelantó para luego detenerse a medio centenar de pasos entre unos matorrales. Varios ladridos de aviso fueron definitivos para que Gaspar y Tello supieran que había localizado un cuerpo que, pocos segundos después, los dos contemplaron a sus pies. Se trataba de un hombre maduro, pasados de largo los cuarenta. Rostro de piel blanquecina, ajada y con suciedad acumulada, de esa que se vuelve casi perenne. Cabellos finos, largos, revueltos, que no habían visto el agua en semanas. Ojos oscuros, a medio volver. Boca abierta en gesto de haber recibido a la muerte casi con gusto porque parecía sonreír en la comisura. Mal vestido, de ropas viejas, en algunas zonas raídas y, para no desentonar, cubiertas de mugre. Sobre el viejo jubón que cubría su cuerpo tenía una daga clavada en el corazón de una estocada certera, ejecutada de manera directa, frontal. No mostraba más signos de violencia.

Tello se agachó y le miró las manos. Ninguna mostraba aquel par

de cortes que tenían el registrador y el contador. Luego observó detenidamente el arma. Era una daga de vela de doble filo. Un arma como aquella bien podría haber herido las manos de los otros cadáveres. Incluso podía ser esa misma, o cualquiera de las miles que había en toda Europa.

—¿Habías visto alguna vez a este hombre? —le preguntó a Gaspar.

—Su rostro me resulta familiar aunque no sabría decirte… —respondió el muchacho, que permanecía en pie acariciando mecánicamente el cuello de Risco—. ¿Qué piensas de todo esto?

—Quien mató a este desdichado lo hizo bien lejos de cualquier camino para que pasara desapercibido. Debió de pensar que, con un poco de suerte, el cadáver tardaría mucho tiempo en descubrirse y sería imposible identificarlo, bien porque ya se hubiese descompuesto, bien porque los lobos o cualquier otra alimaña hubieran dado buena cuenta de él.

—De hecho, ya ha comenzado a oler —protestó Gaspar—. Eso explicaría que lo detectara el perro.

—Lleva muerto al menos dos días, si no tres —decretó Tello tras palpar la piel del rostro y mover ligeramente un brazo del cadáver—. Hemos tenido suerte porque, igual que lo encontró Risco, también podría haberlo hecho un zorro, o una manada de perros silvestres, o cuervos, buitres… Demasiados comensales para un banquete tan pequeño. No habrían quedado más que despojos.

—¿Qué vamos a hacer?

El antiguo soldado elevó la vista a las cumbres despejadas del monte y luego hacia sus faldas. Parecía que la niebla no tardaría mucho en levantar.

—Llévate a Risco hasta el cuartel y avisa al alférez de lo que ha ocurrido. Al fin y al cabo, vosotros dos lo habéis descubierto. La noticia no tardará en extenderse por todos lados en cuanto vean salir una patrulla hacia el bosque. Tendrás que acompañarla hasta aquí. Luego vete a deambular un rato por las obras para ver si te enteras de su identidad. Si no tuvieras suerte, baja hasta El Escorial y cruza los dedos.

La misión que Tello acababa de encomendarle hizo sonreír al

muchacho.

—¿Dónde te buscaré después?

—¡Qué más da, ratón! Como si no supieras dar conmigo… En cualquier caso, los monjes te esperan a las tres para continuar con tus lecciones. Y no me mires con esa cara. Me consta que ya sabes leer y escribir.

—Y sumar… Y restar…

—Cierto, pero no dejan de ser instrumentos para acumular más conocimientos y sacarle partido a tu futuro. Puedes pensar, como Ofelia, que aquello que necesitas para sobrevivir está en las calles, pero los libros pueden llevarte mucho más allá.

—No es en lo único que piensa Ofelia. Ni en el único —concluyó con gesto divertido.

—No me importa en quién piensa o deja de pensar —gruñó al tiempo que le soltaba un ligero pescozón—. Lo dicho, bajemos hacia la explanada y antes de llegar te desvías hacia el cuartel. Y te llevas a Risco. Yo tengo trabajo con la grúa de Herrera.

Lo que reclamaba el interés de Tello en las obras no eran tanto sus obligaciones con la gran máquina como saber si el arquitecto había puesto en práctica la idea que Rodrigo y él mismo le expusieron el día anterior. Y, por fortuna, así había sido.

Por lo que pudo enterarse, Antonio de Villacastín, Juan de Herrera y Julián de Tricio habían tenido una larga discusión en el despacho de este último sobre la conveniencia de repartir a los oficiales de otra manera entre los andamios y la cantera. La cadencia de los trabajos se incrementaría, lo cual agradaba al arquitecto y al obrero mayor, pero supondría mayores dineros, lo cual contrariaba —y mucho— al responsable del convento. De los tres, él era quien gozaba de mayor confianza con el rey, y sabía que el monarca le iba a causar grandes dolores de cabeza si se enteraba de que, estando la Corona en quiebra, el gasto iba a aumentar. Ese fue el momento elegido por el propio Herrera para plantear además otra idea.

—Si hacemos que al menos diez destajos se hagan cargo de otras tantas partes de la obra, se reducirán aún más los costes y el ritmo de construcción se incrementará.

—¿Estáis seguro de ello? —preguntó incrédulo fray Julián.

—Lo he estudiado a conciencia. Cuando se cierra un precio por cada sección otorgada de la obra, los maestros hacen volar a los peones para terminar cuanto antes.

—¿Sin menoscabo de la calidad?

—Yo me ocupo de que no se resienta. Me hago responsable de ello.

Al final el prior cedió a la sugerencia del arquitecto. Estaba convencido de que las jaquecas serían mayores si las obras sufrían retrasos.

Aconsejado esa mañana por los aparejadores Tolosa y Escalante, Antonio de Villacastín ordenó a los maestros y a los oficiales que contornearan a escuadra cada piedra en la propia cantera y luego la desbastaran tanto por el lecho alto como por el bajo, dejando un cordel de largo y otro de ancho como margen de seguridad para las fracturas. Después fue Rodrigo Muñoz quien comunicó el nuevo reparto de los oficiales entre los yacimientos y las obras. Muchos de ellos, junto a los albañiles, ocuparían los niveles del andamio donde irían destinados los sillares que debían terminar de ajustar.

En una sola jornada de trabajo ya se constataron —y de manera fehaciente— los avances en las obras. Fray Antonio y Juan de Herrera estaban muy satisfechos, casi presos de la euforia. Y tanto fue así que se pusieron a conjeturar sobre darle prioridad a la construcción de la fachada principal del edificio gemelo para tratar de culminarla a finales de la primavera siguiente.

—Así al menos tendremos terminados los dos lienzos principales de la parte oeste —decía el arquitecto—: el del convento y el del colegio. Ya solo faltaría aquel que los une y que, a un tiempo, será el que albergará la biblioteca y cerrará el patio que habrá frente a la fachada de la basílica.

No era una locura encarar aquel reto. Tal y como se había previsto, la nueva manera de trabajar iba a suponer un ahorro considerable de tiempo y de dineros. Esta última fue la razón por la que Tello, en cuanto finalizó la jornada, se acercó hasta una de las casonas de El Escorial donde sabía que encontraría a Gonzalo Ramírez, el Contador Real que reclamó su presencia cuando ocurrió el suicidio de Francisco Bajo en sus aposentos. El funcionario le

recibió en una amplia habitación donde desempeñaba su labor junto a dos ayudantes. Las tres mesas estaban repletas de legajos. También podían observarse docenas de ellos en los muchos anaqueles que se repartían por los muros.

En cuanto Tello entró en la sala, Gonzalo Ramírez despidió a sus asistentes y le ofreció una silla para que se sentara.

—Creo adivinar por qué habéis venido a verme —quiso anticiparse el contador—. Me he enterado de que ha aparecido otro hombre muerto esta mañana y deseáis saber si Francisco Bajo tenía relación con él. ¿Me equivoco?

Las noticias volaban en San Lorenzo el Real.

—Tenéis buen ojo para realizar vuestras previsiones —admitió Tello provocando en el contador una mueca de satisfacción.

—Pues creedme que lo siento si os aseguro que, de momento, no puedo deciros nada —continuó Gonzalo—. Ni siquiera se sabe quién era ese desdichado.

El postulante asintió con la cabeza para agradecerle su interés. Luego pasó a preguntarle si había averiguado la razón por la que Francisco Bajo se mostraba inquieto días antes de morir.

—Le advertí que los inspectores llegados de Madrid se disponían a revisar sus libros. De hecho, lo están haciendo ahora con los demás contadores.

—¿Y han encontrado algo que reseñar?

—De haber localizado algún error, los inspectores se habrían dirigido a mí de inmediato y, por ahora, ninguno ha venido a verme. Yo mismo eché un vistazo por encima a las cuentas y no hallé nada de particular. Sin embargo, hay una cuestión que no sabría cómo definir…

Tello le animó a seguir con un movimiento pausado de su mano.

—Me refiero a que los inspectores se llevaron los últimos libros a Madrid en tanto que dejaron el resto.

—¿Quizá alguno de los tomos les suscitaron dudas y no os dijeron nada?

—Pudiera ser, o que prefieran revisarlos con calma. Esta sería una primera interpretación.

—¿Y la segunda?

—Que al ser el único contador que ha muerto, hayan decidido llevarse sus libros para estudiarlos con más detenimiento.

—Esta última hipótesis no tiene mucha lógica. Muerto o vivo, los libros deberían quedarse aquí para servir de soporte a quien haya retomado el trabajo de Francisco.

—Ahí quería yo llegar: por el momento no han designado a ningún sustituto —apuntó Gonzalo.

Tello torció el morro y se levantó.

—Os agradecería que hicierais el favor de mantenerme al tanto si hay alguna novedad —le rogó antes de despedirse.

El postulante abandonó El Escorial y regresó al convento sin detenerse en las obras. Allí subió al segundo piso y recorrió los pasillos hasta llegar a la sala donde los monjes instruían a los novicios. Supo que Gaspar estaba en su interior ya que, junto a la puerta, Risco esperaba tumbado sobre las losetas de mármol.

Se disponía a entrar en la estancia cuando Julián de Tricio apareció por la esquina del corredor y le pidió que se acercara.

—¿Has averiguado ya si hay trabajadores que sirvieran en los tercios? —le preguntó.

—¿Por qué?

—Por el incendio de la carpintería, Tello —se desesperó fray Julián —. ¿Recuerdas? Fue allí, entre los rescoldos, donde encontraste un *apóstol*…

El postulante chascó la lengua.

—No, padre, aún no he podido indagar nada. Lo siento.

—¿Y vas a esperar mucho tiempo?

—Tengo cien cosas en la cabeza —dijo obviando por el momento la aparición del cadáver en las faldas del Abantos—. Me ocuparé de ello cuanto antes.

—Te agradecería que te centraras en tus obligaciones y las priorizaras… ¡Ah!, y no olvides que dentro de seis meses tendrás que rendirme cuentas cuando vayas a ingresar como novicio. Así que esmérate también con los libros.

—En esas estaba, padre —mintió mientras abría la puerta de la sala.

El aula era una pieza amplia y de altos techos abovedados. Varias

pinturas con escenas religiosas decoraban las paredes. Había un tragaluz emplomado en la parte alta y un balcón en uno de los extremos junto a un púlpito de madera que utilizaban los monjes para impartir las lecciones, y también los alumnos cuando debían demostrar su sabiduría. Una estatuilla de la Virgen y un retrato de san Jerónimo presidían la estancia.

Gaspar estaba leyendo un gran códice cuando Tello entró. Con un gesto, el postulante pidió permiso al monje que cuidaba del silencio entre los estudiantes para que el muchacho pudiera acompañarle. Una vez fuera, mientras se dirigían por los corredores hacia las escaleras, el chico le relató todo lo que había averiguado en el pueblo tras hablar con los vecinos.

—… porque en las obras no era muy conocido, pero sí en las cercanías de El Escorial, Robledondo y Zarzalejo —se atropellaba—. El muerto se llamaba Munio, un maleante sin oficio ni beneficio, un habitual de fondas y tabernas. Siempre estaba metido en problemas. Dicen que era bebedor y violento. Una vez lo vimos en la tasca de Constanza. ¿Te acuerdas de él? Esa noche, mientras todos bromeábamos a costa de la señorita de Alcalá, le mandaste callar por las groserías que soltaba por su boca de borracho. Cuando te amenazó con rajarte las tripas con su daga, tú amagaste con volarle su hombría con un arcabucillo, y se escabulló como alma que lleva el diablo.

—¡Ah!… ¿Era aquel gañán? Pues debe de ser cierto lo que te han dicho de él. En verdad me pareció toda una perla… —ironizó el postulante.

Poco después, en la tasca de Constanza, Tello le comentó a Esteban Lizar lo que había averiguado Gaspar.

—Yo no lo conocía, pero he oído hablar de ese tal Munio —le dijo —. Y tiene razón, ¡vive Dios! Al animal le gustaban el vino y las mujeres por igual, y tiraba de daga de buenas a primeras en cuanto se mosqueaba.

—¿Y de qué vivía?

—Mis compañeros aseguran que hacía un poco de todo —aprovechó para intervenir Rodrigo Muñoz, que esa noche se había unido a ellos—. Cuando les ha llegado la noticia, algunos se han

acordado de haberlo visto trabajar como ayudante de carretero. Llevaba los sillares desde Santa María de la Alameda hasta la lonja.

—Poco le vi deslomarse yo —aseguró el capataz de herrería—, lo justo para sacarse unos maravedís y gastarlos en cualquier taberna, o ahí, un poco más arriba —dijo refiriéndose al campamento donde hacían apaños las lavanderas.

—Yo apenas me topé con ese —intervino María dejando dos jarras en la mesa—, pero si era tan pendenciero como estáis diciendo, lo lógico es que terminara como lo ha hecho.

—¡Y mucho ha tardado ese indeseable! —remató Hernando con su boca desdentada, lo que hizo reír a todos los reunidos en la mesa.

Esa noche no hubo hueco para otro tema de conversación que no fuera la muerte del tal Munio, al que pocos conocían pero del que muchos habían oído hablar. Tello se despidió de sus amigos antes de la hora acostumbrada y abandonó la tasca bajo la atenta mirada de Ofelia, una conducta la de la mujer que al postulante ya no le era extraña porque sentía sus ojos clavados en la nuca todas las noches cuando cerraba la puerta entre las bromas que María se gastaba con ellos.

Acompañado por Risco, Tello descendió hacia el convento con la cabeza envuelta en multitud de conjeturas sobre la muerte de aquel rufián. Le llamaba la atención que el cadáver no mostrara marcas de lucha, ni siquiera defensivas. El hombre pudo discutir con alguien, pero no llegó a pelearse con él. La estocada mortal la recibió con la guardia baja, bien porque le llegó de improviso, bien porque conocía a su agresor. Fuera como fuese, una de las claves estaba en el arma. La daga que le clavaron en el pecho podía pertenecer a alguien que estuvo en los tercios, pues allí era habitual que los soldados la llevaran. De hecho, él mismo tuvo una que hacía juego con la espada que ahora permanecía escondida en la soledad de su celda. Ambas armas se las había regalado Pedro Saldaña y eran de una calidad y una belleza excelsas. Labradas con unos adornos esmerados, la espada lucía las mismas filigranas en la base de la hoja que mostraba la daga de vela en el guardamano, una perfección que resultaba perversa cuando recordaba que aquel desalmado la había utilizado para asesinar a sangre fría a Inés.

Un arma de ese tipo hincada en el torso del malparido Munio abría muchas incógnitas. Para empezar, una daga similar bien podría haber practicado los dos cortes que tanto el registrador como el contador mostraban en las manos. Munio no tenía esos tajos porque eran consecuencia de ser poco ducho en las peleas, y Tello estaba convencido de que el gañán tenía muchas trifulcas a sus espaldas. En esa primera hipótesis, Munio pudo haber sido asesinado por alguien distinto a quien les quitó la vida a los otros dos hombres. Es decir, que ni él ni su muerte tenían relación con ellos.

Tuvo que esperar a la mañana siguiente para ir a hablar con Pascual Cascante. Cada vez confiaba más en la experiencia y el sentido común del comerciante.

—Cabría una segunda posibilidad —aportó Pascual—: quizá Munio tuviera algún negocio sucio con cada uno de los funcionarios asesinados. Imagínate: el matón les proveía de alguna mercancía o les facilitaba alguna merced. Algo salió mal, se pelearon y los mató para que no hablaran. Eso explicaría que el registrador y el contador no se conocieran. El punto de unión de los dos primeros muertos era simplemente su asesino.

—Una tercera posibilidad es que Munio los estuviera extorsionando de alguna manera y, antes de que lo denunciaran a los corchetes, se deshiciera de ellos —aventuró a su vez el postulante.

—Añado incluso una cuarta vía, y es que, en efecto, existiese alguna relación entre esos tres hombres, y que el asesino resulte ser un cuarto sujeto.

El postulante hizo un gesto de aprobación antes de reflexionar en voz alta:

—Si no te he entendido mal, y por alguna razón que por ahora desconocemos, hay alguien que decide matar al registrador y al contador. Para llevar a cabo los crímenes, contrata a Munio. Una vez ejecutados los encargos, esa cuarta persona procede a quitarse de en medio al sicario. De esa forma, completa el círculo y evita acusaciones.

—Lo que me lleva a pensar que si Munio mató al registrador y al contable, debió de recibir algún pago por sus servicios —caviló

Pascual.

—Dineros. Es el único pago posible, mucho más si se trata de asuntos tan bajos y oscuros como estos.

En cuanto salió de la casa del mercader navarro, Tello fue en busca de Gaspar.

—Necesito que averigües si últimamente Munio disponía de dineros —le dijo—. Mejor hoy que mañana, y mejor antes del mediodía que por la tarde.

—Haré lo que pueda —se molestó algo el muchacho por tener que volver a bajar hasta El Escorial.

—Y entérate de todas las costumbres que tenía Munio. Alguna nos dará que pensar. Te quiero con los ojos abiertos y los oídos bien limpios. ¡Ah! Risco se queda conmigo. Así no te distraes. Y hoy tendrás paga doble, así que cambia esa cara.

Esa fue la razón por la que aquella tarde Gaspar no acudió a sus lecciones con los monjes, aunque sí tuvo tiempo de pasar a su vuelta por el convento para hablar con Tello antes de irse a su casa.

Según le relató, Munio vivía en un chamizo a las afueras de El Escorial.

—Lo registré por si hacía algún descubrimiento importante. Pero, Tello, ¡aquello era una pocilga!, más propio de los cerdos que de las personas.

—¿Y hallaste algo?

—Nada. Lo único que había era un jergón de paja a medio pudrir. Así que luego fui a tirarles de la lengua a los vecinos. ¡Me gusta más eso que escarbar entre la mierda! —y se rio de su propia gracia—. Más de uno me contó que, desde hacía varias semanas, Munio gastaba algunos maravedís como si se le cayeran de las manos.

—¿Algunos? ¿Cuántos son *algunos*?

—¡Pues lo mismo pregunté yo! Y me contestaron que, cuando nunca se tienen monedas en la bolsa, *algunos* ya son demasiados —se explicó el muchacho—. La gente sospecha que, o bien los había robado, que era lo más lógico, o bien estaba enredado en asuntos feos como solía ser habitual. También me aseguraron que Munio tenía el aguante breve y el entendimiento corto, por lo que nadie le preguntó de dónde salían aquellos dineros ya que no soportaba ni

preguntas ni mofas. Hubo una mujer que me dijo que fue matarife en sus tiempos mozos y se le daba bien rajar cuellos con el cuchillo. Aunque, ¡y aquí viene lo bueno!, en las últimas peleas que tuvo con otros de su calaña se le vio con una daga de vela de doble filo. ¿Cómo te quedas?

—Luego lo más seguro es que lo mataran con su propia arma —dedujo Tello en un murmullo que ensombreció el entusiasmo del muchacho—. En el lugar donde apareció su cuerpo no había otra y él tampoco llevaba ninguna.

—Una última cuestión —continuó el chico con gesto de decepción al no haber obtenido ni una sonrisa como recompensa a sus pesquisas—: por lo que he visto y me han contado, que Munio tuviera relación con un registrador de las obras o un contador de la Corona es casi imposible. Dicen que un pájaro como él no podía juntarse con personas distinguidas y honradas.

—Estoy de acuerdo.

Alguien tocó con los nudillos la puerta de la celda y Tello le permitió el paso. Quien entró fue el padre portero para avisarle de que una muchacha le esperaba en la lonja. Así que el postulante acompañó a Gaspar hasta la entrada del convento y, tras atusarle los cabellos, le despidió hasta el día siguiente. Allí encontró a una criada que, con gesto algo timorato, aguardó a que el muchacho desapareciera camino de su casa —y el padre portero volviera a tomar asiento lejos de su vista— para cuchichearle a la oreja que traía un mensaje de su ama. Después, con disimulo, se lo entregó en la mano. Tras una brevísima y tímida reverencia, la chica se marchó a paso rápido.

El papel era diminuto y estaba plegado con dos dobleces.

Mi tío sigue de viaje. Te necesito. Ya sabes el camino.

Con el corazón brincando en su pecho, Tello aguardó a que la oscuridad fuera casi absoluta —y el frío, inhumano— para abandonar su celda y aparecer minutos más tarde en el jardín de la casa de Miguel de Almedilla, donde le esperaba Ana.

Frente a la chimenea, y cada uno ocupando una silla al igual que la primera vez, la joven le hizo partícipe del desasosiego que había inundado sus pensamientos durante toda la jornada. Y es que a sus oídos ya había llegado que otro hombre había aparecido muerto.

—Se dice que tenía un puñal clavado en el corazón —aseguró con tanta afectación que al postulante le inspiró ternura.

—Andas bien enterada —concedió con mesura Tello—, porque fue así.

—¡Jesús bendito, hijo de Dios! —dijo ella santiguándose—. Las toses son ya la menor de mis preocupaciones. Con noticias de esta índole, cada día duermo peor. Me aterra salir fuera de estos muros. Voy a acabar envejeciendo a mis veintiún…

—¡Mujer, no caigas en la exageración! —la interrumpió él—. Además, en contra de lo que puedas pensar, creo que con este último suceso se han terminado todos tus temores.

—¿Así lo crees? —y Tello asintió con la cabeza—. ¿Por qué?

—El cadáver que han encontrado pertenecía a un alma perdida que acostumbraba a mezclarse en asuntos muy turbios. Quizá se tratara incluso de un asesino, que es lo que yo pienso, y que fuera él quien matara a las otras dos personas hace unas semanas.

—¿Dos personas? ¿Cuál es la segunda? —se alarmó la joven—. Solo me hablaste de un hombre que apareció muerto cerca de las tabernas por una riña.

Tello apretó los labios cuando se dio cuenta de su imprudencia. En ningún momento había hablado con Ana del supuesto suicidio del contador.

—Bueno…, en fin… Es que hubo alguien que murió en extrañas circunstancias.

La joven movió la silla y la enfrentó a la de Tello.

—¿Y tú por qué sabes esas cosas? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Acaso eres un corchete?

El postulante quiso reír la ocurrencia de la joven, pero apenas pudo esbozar una sonrisa.

—La primera víctima la descubrió Gaspar. En la segunda fui reclamado por don Gonzalo Ramírez ya que el fallecido era un funcionario a su cargo. El desdichado había aparecido colgado en los

aposentos que ocupaba en una de las residencias. Pudiera ser que se hubiese quitado él mismo la vida, pero yo creo que no fue así, que alguien se las ingenió para colgarlo y que muriera asfixiado.

—¿Cómo puedes pensar eso? —se interesó acercando aún más su silla a la de él.

Ante la proximidad tentadora de su hermosura, a Tello le costó tomar aire para contestar.

—Ambos cuerpos presentaban unos extraños cortes en las manos, unos tajos que bien podrían ser causados por una daga como la que le clavaron al hombre que apareció muerto ayer.

—¿Lo mataron con una igual?

—O quizá con la suya propia. No lo sé, pero sospecho que el tipo era un asesino. Aparte de la mala fama que le perseguía, de un tiempo a esta parte gastaba muchos maravedís de manera muy alegre. Creo que le pagaron por matar. Y como quien a hierro mata, a hierro muere, ahora lo han liquidado para que cargue con las culpas o para que no pueda desvelar quién le ordenó cometer los crímenes.

—En cuanto regrese mi tío, le pediré que me lleve de vuelta a Alcalá de Henares —dijo la joven con gesto de aprensión.

—¡No! —se le escapó la súplica a Tello—. Digo que… que no hay razón para hacerlo. Estoy convencido de que todo fue un asunto de riñas y malas compañías que ya ha terminado.

—Pero ¿no has dicho que al último lo han matado para que no pudiera revelar quién le ordenó los otros crímenes?

—Es una posibilidad, pero no descarto que todo obedeciera a un ajuste de cuentas y el asesino haya muerto víctima de una venganza. Se nos olvida que los hombres pecamos siempre de no contemplar el perdón de los pecados, ¿verdad? —inventó sobre la marcha.

Entonces Ana esbozó una amplia sonrisa con sus labios carnosos que eran toda una provocación en sí mismos. Y también sus ojos… Y sus mejillas… Todo su cuerpo.

—No dejas de sorprenderme —le dijo algo más tranquila. Y sin que él lo anticipara, posó suavemente su mano sobre el antebrazo del postulante—. No te puedo prometer nada, solo que

reconsideraré la idea de abandonar este lugar.

Tello tuvo que hacer acopio de aplomo para dominarse. Los dedos de Ana le quemaban la piel aun quedando sobre las ropas.

—¿Cómo podría convencerte de que te quedases en San Lorenzo el Real?

La joven desvió la mirada un instante buscando una respuesta.

—Es difícil ahuyentar los miedos, aunque… ¿Sabes?, estos temores podrían verse mermados si encontrase algo en la explanada que compensara mis desvelos.

—¿Algo?

—O a alguien…

Esta vez no se vio por ningún lado la viveza y la determinación que Ana siempre mostraba a la hora de exteriorizar sus anhelos. Parecía que esa noche, y en ese preciso momento, sus ánimos se hubiesen encogido hasta casi desaparecer. Atreverse a sugerir aquello era una osadía por su parte ya que él no dejaba de ser un postulante de la Orden jerónima.

—Si yo pudiera… —se angustió Tello en un lamento lleno de deseo.

—No lo intentes. No he debido insinuar tal locura, que ni el más pequeño de ciertos pensamientos te está permitido —se quejó ella en un susurro lleno de tristeza—. Pero es que, en verdad, no entiendo cómo Dios Todopoderoso puede ser tan cruel con su sierva.

—No más de lo que ya lo es conmigo. En su nombre he luchado en los campos de media Europa y al final solo he recibido tentaciones prohibidas, incitaciones a librar una batalla por una causa que me está vetada…

—No quiero ser yo quien te perturbe —balbuceó evitando un puchero—. Huye, Tello del Saz, y conserva a salvo tus promesas y tus virtudes.

El postulante inspiró profundamente antes de aproximar su rostro al de la joven para sentenciar su destino.

—Me rindo, Ana.

Antes de que terminara de hablar, los ojos de ambos habían quedado unidos.

—¿Sabes que es la primera vez que pronuncias mi nombre? —

preguntó ella.

—No te mofes de mí.

—En absoluto. ¿Y sabes otra cosa? Suena precioso en tu boca.

—Ana…

Sus labios buscaron los de la joven y se posaron sobre ellos con delicadeza.

—Acepto tu capitulación, Tello del Saz —concedió feliz antes de besarse una vez más.

O dos.

O cien.

Esa noche, el flagelo volvió a zumbar en su celda hasta que las fuerzas le abandonaron.

Nada sirve, nada importa, nada existe…

—No sé qué es aquello que te mortifica —le dijo el padre enfermero, a quien Tello había reclamado al amanecer en cuanto sonó la llamada a maitines. El fraile le extendía un ungüento por las heridas que marcaban su espalda después de haberlas limpiado con agua y secado con un paño de lienzo—. Pero si en verdad quieres hallar el camino hacia la santificación, deberías hacerlo de otro modo, no sé, quizá con más apoyo en la oración, o en el ayuno, pero así vas a matarte antes siquiera de ser novicio.

Tras realizarle la cura, se enjuagó las manos en una de las jofainas que había traído y le vendó el cuerpo instándole a que dejara la disciplina aparcada durante al menos un par de semanas.

—Puedo conseguirte otro cilicio para el muslo si es que prefieres el castigo carnal, pero deja descansar a tu espalda como mínimo un mes o no habrá remedio del padre boticario que pueda curarte —le aconsejó antes de salir de la celda—. Entretanto, vendré a hacerte las curas todos los días después de maitines.

—Que así sea —concedió agradecido.

A Tello le supuso todo un sacrificio salir esa mañana del convento para vigilar el funcionamiento de las grúas. Había perdido mucha sangre esa noche y las heridas de la espalda le escocían como si estuviera soportando los mordiscos de un hormiguero enfurecido.

Aun así, aquel sufrimiento apenas se quedaba en una leve molestia si lo comparaba con los desgarros que le producían las dudas entre continuar por el sendero que le había marcado Dios mismo hacía tres años, o la bendición tentadora que representaba Ana. La fe se enfrentaba al deseo. Sus convicciones lo hacían contra la realidad más seductora. Y él se encontraba en medio sin saber qué hacer.

TERCERA PARTE

17

La llegada de 1576 trajo consigo todas las inclemencias meteorológicas que podían dificultar el desarrollo de las obras. La nieve caía con fiereza casi a diario, y no solo en las cumbres de la sierra de Guadarrama, sino también en la explanada y en las localidades próximas. Y cuando no lo hacía, dejaba paisajes bellos pero impracticables para hombres y animales. Los esfuerzos para despejarlos eran en vano pues, tan pronto se liberaba un camino, la nieve volvía a caer como si hubiera estado esperando la ocasión de importunarles adrede. El frío mordía la piel con crueldad. Y si las nubes se borraban de los cielos y se intuía que el sol iba a imponer su presencia durante varios días, entonces llegaba un viento helado que parecía tomar impulso cuando resbalaba por las faldas del monte Abantos hasta convertirse en un vendaval que no daba tregua.

Con aquellas condiciones, solo los valientes y los desaprensivos se atrevían a abandonar sus hogares. Las obras se fueron ralentizando poco a poco hasta casi detenerse. Únicamente se podía trabajar bajo techo si se prendía una buena lumbre, y no siempre era posible. Así que los obreros ocupaban su tiempo en reparar herramientas y preparar materiales para cuando se acercara la primavera.

Por petición de Julián de Tricio, también hubo muchos carpinteros y ebanistas que se emplearon en instalar grandes postigos en los arcos de los claustros del convento ya que, cuando la nieve y el viento se aliaban, los copos se amontonaban en los pasillos que rodeaban los patios y terminaban llegando a las puertas de las celdas.

—Es necesario que se vayan cerrando los claustros para proteger el interior del convento. Tres inviernos más y aquí dentro acabaremos pereciendo todos de frío —se quejaba el prior.

Como si lo hubiese consultado con un oráculo perverso, y por si las dificultades fueran pocas, entre los habitantes de San Lorenzo el Real surgieron toses, estornudos, calenturas, tiritonas y dolores de huesos. Los casos aislados se tornaron rápidamente en legiones de afectados cuyos síntomas se agravaban con el pasar de los días.

—Hay una epidemia de catarro —decretó uno de los médicos reales llegados desde el Alcázar ante lo delicado de la situación.

Los remedios para paliar sus efectos se limitaban a abrigarse bien y beber caldo caliente de carne y verduras. Los más afortunados eran acogidos en el hospital de laborantes, una casona de tres alturas edificada en piedra que había en El Escorial y que había sido alquilada por orden expresa de Felipe II para acoger a enfermos y accidentados de las obras. Con alrededor de cuarenta camas, pronto se quedó pequeña. Por su parte, el convento disponía de una enfermería donde a su vez se administraba un preparado de hierbas medicinales que el padre boticario y otros monjes habían elaborado en las dependencias de la Torre de la Botica, aquella que daba a la lonja oeste y a los jardines. El padre enfermero mayor y su ayudante repartían el remedio entre los frailes aquejados de fiebres así como a los seglares más graves, y siempre por recomendación del médico y el cirujano que se habían desplazado desde Madrid. Aun así, el número de infectados continuaba creciendo y, lo que era peor, empezaban a contarse las primeras muertes.

Tello no se libró de ser atacado por el maldito catarro. Aunque las fiebres le quemaban la frente y su pecho se resquebrajaba por culpa de unas toses que le nacían desde bien adentro, el resto de su cuerpo resistió la enfermedad, al menos lo suficiente como para no tener que guardar reposo e, incluso, ayudar a llevar comida y tónicos a los que ya no podían valerse por sí mismos.

Otra de las afectadas por el catarro fue María. La mujer había enfermado hacía varios días aunque no le impidió continuar sirviendo mesas en la tasca de Constanza. Sin embargo, una mañana ya no pudo levantarse. La fiebre la había atormentado toda la noche sin dejarla descansar. Tello se enteró de su estado ese mismo atardecer, cuando llegó al establecimiento y echó de menos su llamativa y abundante cabellera rubia escapándose de un moño

imposible.

—La chica no puede ni hablar —le había dicho Ofelia cuando le dejó una jarra de vino y otra de agua sobre la mesa, a pesar de que ya sabía que esta última apenas la probaría.

Cuando el postulante pasó a verla, María ardía de fiebre y le faltaba la respiración. Acompañado por Gaspar y Risco, bajó de inmediato al convento y regresó con uno de los remedios de los monjes. Sin más dilación, pusieron a hervir agua para preparar la medicina y mojaron lienzos en la nieve a modo de cataplasmas para empaparle la frente y el pecho. Era obligado bajarle la calentura.

A partir de esa noche, Gaspar, Ofelia y Constanza se turnaron para que María estuviera atendida todo el tiempo. Tello se acercaba por la noche para reconocerla, pero la enferma no mejoraba.

—Y esperemos que no evolucione para mal —concretó el médico real, a quien el postulante convenció una noche para que le acompañara hasta el campamento—. Si, como dices, lleva ya tres días en este estado, dentro de dos saldremos de dudas, bien porque los síntomas remitan, bien porque Nuestro Señor se la lleve a los cielos.

—¿No se puede hacer nada más? —insistió Tello.

—Tú mismo lo estás viendo cada día en las obras. Los hay que, como tú, pasan una semana atacados por la enfermedad y luego consiguen superarla —le dijo el galeno a la vez que se ajustaba la capa antes de regresar a la explanada—. Pero también sabes que son muchos los que no logran hacerle frente y en tres, cuatro, cinco días la fiebre y la tos acaban por vencerlos. Yo no puedo hacer más. Solo queda rezar.

No sirvió para mucho. En verdad no sirvió para nada, o tan solo para que Dios la acogiera con presteza en su seno, porque la hermosa María dejó de respirar la madrugada del quinto día. Su consumido cuerpo se unió a la docena que se enterró esa misma tarde en un camposanto que, a poco de brotar la epidemia, se había improvisado entre las obras y El Escorial tras producirse las primeras muertes.

Aquella noche, las heladas que se derramaban por la comarca sembrando de hielos y escarchas todo cuanto había bajo los cielos

también se hicieron un sitio en los ánimos de quienes habían conocido a María. Gaspar perdió por unos días la alegría y el desparpajo que siempre habían lustrado su carácter. En el caso de Ofelia fue peor, ya que sintió la muerte de su compañera como si de una hermana se tratara. Y aunque recibía el ánimo de Constanza y el cariño de los muchos obreros que cada tarde subían a la tasca, la mujer buscaba casi sin querer las palabras de consuelo de un Tello ausente para quien Ofelia parecía no existir.

A su vez, Gaspar estaba preocupado por su madre adoptiva. A la amenaza que significaba quedar atrapada en las garras del catarro se unía la ausencia de María. Sabía que la joven fallecida era quien se esmeraba en aguijonear al postulante para que las insinuaciones de Ofelia le hicieran despertar de una vez. Ahora, sin ella, Tello jamás se fijaría en su madre. Y es que el ayudante del obrero mayor llevaba más de medio año en la explanada, y si no lo había hecho ya, no lo haría nunca. En cualquier caso, el muchacho creía que no había que rendirse, que cualquier día el hombre perdería esa venda que le tapaba los ojos porque no había mujer tan bella, decente y honrada como Ofelia en todo San Lorenzo. No tenía duda de que Ana, simplemente por la belleza que ostentaba, había provocado sin pretenderlo aquella ceguera en Tello. Lo había hechizado hasta tal punto que pensaba que el postulante no despertaría de su ensueño ni con una coz de burra en el cielo de la boca. Pero no había que perder la esperanza, que torres más altas habían caído, aunque nadie podía negar que la señorita de Alcalá era ciertamente hermosa.

Así que Gaspar alentaba a Ofelia cada vez que Tello estaba en la tasca para que se acercase a él y cruzaran aunque fueran cuatro palabras insulsas. Eso sí, debía hacerlo clavando su mirada en la del hombre, buscando con descaro sus ojos y con el cordón de la camisa aflojado, como siempre le había incitado a hacer María. En cualquier caso, se le antojaba imposible liberarlo de la pegajosa sensualidad de Ana, de su juventud, de sus gestos tentadores, sugestivos, a veces zalameros, otras picarones, esas armas que, incluso sin conocimiento, toda mujer poseía por muy inocente que fuese, ya que se las concedía la propia condición humana. Y Tello,

ante todo, no dejaba de ser un hombre.

La epidemia de catarro alcanzó su punto más letal a finales del mes de enero, cuando casi en un mismo día podían contarse todos los males que la naturaleza lanzaba contra San Lorenzo el Real: gruesos copos de nieve que se agitaban en violentos remolinos, nieblas que se tornaban sólidas para cubrir árboles y arbustos, heladas que competían en blancura con las nevadas, fríos que difícilmente se combatían con la lumbre… Parecía que el infierno se hubiera congelado y desparramase su dominio sobre la explanada para mantener su amenaza bien presente.

Esa era la principal razón por la que los trabajadores se apiñaban a diario en los talleres y los cobertizos para aprovechar el tiempo. Por su parte, Tello utilizaba aquella inactividad en las obras para ayudar al padre bodeguero y al padre administrador de la cocina a organizar los sótanos del convento, que funcionaban como cantinas y despensas. En aquel entramado de salas y corredores abovedados se almacenaba grano, aceite y vinagre en grandes tinajas. En otras estancias se desecaban y preparaban pescados en salazón. Si se trataba de carnes, había otras muchas donde se elaboraban lomos de cerdo, morcillas y torreznos, o se obtenían tocinos, grasas y mantecas. Asimismo, frutas y hortalizas se mantenían frescas a resguardo del exterior. Había también dependencias donde se había instalado un pequeño telar para tejer paños, y otra en la que se curtían pieles para confeccionar calzado o diversas prendas. Bajo la fachada que miraba al sur, había una piedra de moler para machacar el grano y un horno donde cocer pan. Y hasta disponían de una cerería donde fabricaban velas de todos los calibres a partir de la cera que se recolectaba en las colmenas que poseía la Orden y que se almacenaba en pellejos, cajas y vasijas.

Cuando sus labores en el convento finalizaban, Tello se aplicaba en repasar todas aquellas cuestiones que le serían de utilidad para superar su examen de novicio al que le sometería el prior en verano, justo cuando cumpliera un año como postulante. Así que muchas tardes, a las tres, Gaspar y él se dirigían a una de las aulas donde

los monjes instruían a los novicios para que el muchacho continuara acumulando saberes y Tello dispusiera de un ambiente propicio para la lectura y el estudio, un clima que se enrareció sin remedio cuando fue consciente de que en su corazón había germinado la semilla de la duda.

Y es que ya no estaba seguro de si quería tomar los hábitos o prefería abandonarse a la irresistible atracción que le producía tanto la presencia de Ana como su ausencia. No había vuelto a verla desde que el invierno impuso su mandato en la explanada. Tampoco sabía si quería encontrarse con ella. La sensación que los labios de la joven habían dejado en los suyos era como una erupción que podía llevarle a la locura o al pecado, un estremecimiento del que ignoraba si era puro o ponzoñoso, una suerte de desafío que, además, no sabía cómo dominar.

—He leído en algún libro que los impulsos humanos son difíciles de conocer —le decía Gaspar intuyendo que sus intenciones de pertenecer a la Orden zozobraban—. ¿Te has fijado en Risco? Se vuelve majareta cuando hay una hembra en los alrededores. Ha dejado de ser un cachorro. La llamada de los sentidos es implacable.

—Pues a ti parece que no te ha llegado —se defendía Tello provocándole a su vez.

—Por supuesto que sí…, aunque trato de ser disciplinado cuando estoy contigo en las obras… o por la tarde en las lecciones.

—Y por las noches, ¿qué haces cuando me voy de la tasca de Constanza y te dejo solo? —se interesó el postulante a la vez que se ajustaba con disimulo el cilicio en el brazo.

—Mejor no preguntes —se escabulló Gaspar al notar cómo la sangre se le acumulaba en las mejillas.

—Pues espero que tus ardores remitan.

Lo que sí remitió fue la epidemia de catarro. También el tiempo se tornó más benévolo y permitió a los trabajadores reanudar una actividad que, en poco más de dos semanas, volvió a ser frenética. Sin una roca que les dificultara la labor, muchos obreros retomaron la adecuación de esa parte de los cimientos de la basílica que había quedado detenida. Aquella era la zona del monasterio que más interesaba a Felipe II, no solo por su función y significado religioso

para mayor gloria de Dios, sino porque suponía cerrar definitivamente el muro norte del edificio del convento.

—Es perentorio terminar esta parte —le decía Antonio de Villacastín a Tello—, pues daña a la vista tener un claustro con solo tres lienzos finalizados y un jardín en el que aún no se ha podido plantar una semilla.

—El Patio de los Evangelistas tiene prioridad sobre el resto de la construcción —apoyaba su criterio José de Sigüenza refiriéndose al magnífico claustro—. La belleza de esta magna fábrica se ahoga sin ese lado de arquerías que le falta. Su Majestad estaría muy complacido de verlo completo ya que, además, supondría que uno de los brazos de la basílica queda a su vez levantado.

—Además, hasta que no se cierre el claustro, no se podrán pintar los frescos que van a decorar la galería baja. Por eso es imperativo acabarlo de manera urgente —decretó el obrero mayor.

Fray Antonio estaba obsesionado con la finalización del Patio de los Evangelistas, el claustro que lo circundaba y el brazo de mediodía de la basílica. Pero también con la construcción que se erigía por el lado contrario. El edificio gemelo del convento, aquel que albergaría un colegio, un seminario y otras estancias reales, debía tener sus tres fachadas exteriores alzadas cuanto antes de tal forma que su interior estuviese protegido de las inclemencias meteorológicas tanto en invierno como en verano. Como ya había acordado el obrero mayor con Herrera, la fachada principal, aquella que miraba al oeste, tenía prioridad sobre las demás y el propósito era que, en pocos meses, desde la lonja se vieran terminadas la del convento y la del colegio, y solo quedara por erigir la parte central, que contendría la biblioteca y cerraría el patio llamado de los Reyes, antesala de la basílica.

Esa fue la razón —sin pretextos posibles— de que Juan de Herrera acelerara el montaje de otras once grúas, que se sumaron a la que ya funcionaba allí a pleno rendimiento.

—He hablado con fray Antonio para que te ocupes de avivar y supervisar el acoplamiento de esos artefactos diseñados por el arquitecto —informó Julián de Tricio al postulante una mañana nada más terminar la misa del alba—. Que hayas participado con tan buen

resultado en la puesta en marcha del primero ha terminado de convencerle.

—No sé si podré acometer tal empresa, padre —se arrugó Tello—. Son casi una docena de máquinas y yo solo soy uno.

—Pero bien dotado de cabeza —le animó el prior mientras abandonaban la iglesia del convento y se dirigían hacia el refectorio —. Aun así, he pedido a fray Antonio que disponga que alguien te eche una mano, y me ha asegurado que así lo hará.

Esa primera mañana de febrero se reunieron más de cincuenta nuevos operarios en lo que sería la planta de la basílica. Habían llegado desde Madrid para ayudar en el montaje de las grúas. Fray Antonio los congregó allí y formaron un gran círculo, tras lo cual les informó que la jefatura de aquella operación recaería en el postulante Tello del Saz y en su ayudante Rodrigo Muñoz. El que fue maestro cantero se frotó la calva con orgullo cuando escuchó pronunciar su nombre con tanta solemnidad.

El obrero mayor despidió a los operarios para que comenzaran los trabajos. Luego se hizo a un lado para darles las últimas órdenes a Tello y a Rodrigo.

—Tú te ocuparás de que los ajustes de las máquinas sean perfectos, y tú —concluyó enfilando su mirada hacia el cantero— de que los mecanismos funcionen sin falla alguna. Os proporcionaré más hombres que ayuden en el montaje.

De los dos cubos superpuestos que formaban el corazón de las grúas, los que hacían de base se terminaron al cabo de pocos días. Luego se emplearon cuatro jornadas más en alzar las aristas del segundo cubo y en solar con tablones el piso. Al cumplir las dos semanas ya se habían colocado los postes, y aún gastaron otras dos en asegurar las tornapuntas, acoplar los brazos, enhebrar las sogas y situar con precisión las dos enormes ruedas que giraban alrededor de un eje para hacer funcionar los mecanismos y las poleas. Por último, se sujetaron las piezas de hierro fundido a modo de tenazas. Estaban diseñadas para que los nudos fueran más eficaces a la hora de aprisionar las piedras. Únicamente restaba probar el funcionamiento de los aparatos y afinarlos.

—A Jeromín le gustará tanta grúa poblando las obras —le anunció

una mañana Hernando a Tello con su boca desdentada—. Seguro que le recuerdan aquella batalla que dicen que ganó a los turcos.

El aguador parecía emocionado.

—¿Jeromín? ¿Batalla? ¿Turcos? —hiló el antiguo soldado—. ¿Te refieres a Lepanto? ¿Me estás diciendo que el hermano de Su Majestad va a venir a visitar las obras?

—El mismísimo Juan de Austria, amigo mío —decretó el viejo con una risa muda que mostraba el abismo de su boca vacía.

Hernando le explicó entonces que se lo había escuchado decir a un soldado ebrio la noche anterior en una de las tascas cercanas al campamento.

Pocas horas después fue el propio Tello quien pudo corroborar la información en uno de los mesones a los que acudían muchos oficiales. Allí estaba Lucas Escalante, uno de los aparejadores de cantería que se dejaba la vida supervisando la edificación de los pilares de la basílica. Ese día estaba de buen humor pues había constatado que algunos ya sobresalían del terreno con aire soberbio, como si quisieran hacer ostentación de su presencia.

—Jeromín pasará por aquí camino de Flandes, pero irá con prisas porque se dice que Felipe II lo quería allí desde comienzos de este año para que ejerciera de gobernador —aseguraba—. El ambiente sigue muy revuelto por los desórdenes que causan esos independentistas que siguen a Guillermo de Orange.

—Esos orangistas son todos unos herejes protestantes —coronó su compañero, el también aparejador Pedro de Tolosa.

Así que el aguador estaba en lo cierto. La impresión trastornó parte del entendimiento a Tello porque quien se disponía a visitar las obras no era otro que don Juan de Austria, el héroe de Lepanto, una batalla a la que él estuvo a punto de acudir cinco años atrás. Todavía recordaba nítidamente cómo el maldito Pedro Saldaña le había impedido alistarse asegurando que su espada le hacía mucha falta allá en Francia. ¡Cuánto hubiera cambiado su destino de haberse enrolado en la armada que venció al turco! Tal vez hubiese perdido la vida o quedado lisiado, pero apartarse del camino marcado por el señor de Guijosa le habría evitado combatir a los herejes, coincidir con el duque de Alba o participar en la masacre de

San Bartolomé en París. Porque fue a partir de ahí cuando comenzaron todas sus desgracias. Si hubiese optado por incorporarse a ese gran ejército en lugar de regresar a Castilla, no se habría enamorado de Inés ni tampoco habría participado en la muerte de su hermano Francisco. Incluso el asesinato de la joven esposa se podría haber evitado. Jamás lo sabría.

Si bien la visita de don Fernando Álvarez de Toledo meses atrás ya le había supuesto a Tello más de un desvelo, la de Juan de Austria iba a provocarle una crisis nerviosa. Al fin y al cabo, Pedro Saldaña y él habían coincidido con el duque de Alba durante una reunión muy breve antes de que el noble los enviara a París. Ahora la situación cambiaba, ¡y mucho!, porque fue el propio hermano del rey quien les hizo llamar expresamente en las Alpujarras para convencerlos de que se alistaran en su ejército y luchar contra el infiel. Con total seguridad, para don Juan aquel hecho no supuso un momento digno de recordar, pero para Tello era todo un honor haber estado en su presencia y, quizá, ahora también una desgracia, como lo fue rechazar su propuesta.

Aquellos días Tello tuvo la cabeza muy alejada de las obras. La exigencia de sus estudios le quitaba el hambre. La ausencia de María —que le seguía pesando— le borraba la sonrisa. Pero lo que en verdad le robaba el sueño y la energía era la incertidumbre ante la posibilidad de encontrarse de nuevo con Ana. Dudaba entre evitar a la joven para siempre o correr el riesgo de caer de nuevo en la tentación. Aun así, no tenía más remedio que apartar aquellos pensamientos de su cabeza y seguir esforzándose en su trabajo. Esto último le dio la oportunidad de presenciar con cierto orgullo cómo, en unos pocos días, surgían en el paisaje de la explanada aquellos armatostes de doce varas de altura hechos con maderos y llenos de cuerdas, cadenas, engranajes, ruedas y poleas, unas máquinas que eran capaces de elevar los sillares hasta rozar los cielos sin aparentar grandes esfuerzos. Antonio de Villacastín había nombrado operario principal a Rodrigo Muñoz. También le había añadido el cometido de formar a un gran número de hombres para manejar las siguientes diez máquinas que se construirían a lo largo del año.

—Quiero ver en las obras más de medio centenar de picos de cigüeña —ordenó el obrero mayor refiriéndose con acierto a los brazos de las grúas.

—No más de treinta —puntualizó Juan de Herrera—. Al ritmo que se trabaja ahora, en menos de tres años habremos alcanzado las buhardillas y las aguas de los tejados. Serán más que suficientes para surtir de material a los pizarreros o terminar la cúpula y las torres de la basílica. Además, con tantas operando a la vez se molestarían unas a otras. Lo que sí podemos utilizar son grúas más pequeñas y de diversos tipos para trabajos menores. Me encargaré de que se vayan construyendo y se coloquen donde haga falta agilizar los trabajos.

La llegada de Juan de Austria a San Lorenzo el Real no estuvo exenta de expectación. Quizá fuera porque hizo el trayecto a caballo y sin compañía, o porque tuvo que luchar contra el huracán que se desató a media mañana de aquel día y que paralizó las obras por miedo a más accidentes. Eran tan fuertes los vientos que pocos fueron los que se atrevieron a salir de sus casas. Sin embargo, el hermano del rey no se dejó amilanar por ellos y, haciendo honor a su fama de valiente, no solo les plantó cara, sino que pudo decirse que hasta los venció.

Salvo por ese hecho puntual, la presencia de don Juan no fue un acontecimiento que entorpeciera los trabajos en la explanada, aunque sí detuvo la respiración de Tello al ser consciente de que en cualquier momento el hermano del rey podía encontrarse apenas a unos pasos de distancia. El primer día hasta temió que se le parara el corazón cuando lo vio pasear por la linde de la lonja en compañía de Miguel de Almedilla, Ana y el alférez Guzmán Martínez de la Osa. No sabía si la alteración en el ritmo de los latidos lo habían provocado los andares elegantes de don Juan, las miradas inquisitoriales del militar o, sobre todas las cosas, los encantos arrebatadores de Ana. Fuera como fuese, toda aquella aprensión se difuminó al tercer día, cuando estaba dirigiendo la izada de varios sillares cerca de una de las fachadas. Entonces escuchó un revuelo a

su espalda al que no podía atender por estar más concentrado en asegurarse de que la carga llegase intacta a su destino que en saber qué se cocía tras él. Y cuando lo supo ya era demasiado tarde.

—Tello del Saz es la persona que, junto al maestro Rodrigo Muñoz, se encarga de que estos ingenios trabajen de sol a sol —comentaba con voz autoritaria y enérgica fray Antonio.

El postulante no tuvo más remedio que enfrentar su rostro al del ilustre visitante, quien no pareció reconocerle en absoluto. Por su parte, Tello lo recordaba como si hubiese hablado con él la tarde anterior. Quizá medio dedo más alto que su hermano y con el mismo porte de persona distinguida, sus cabellos castaños lucían bien recortados al igual que el bigote y la perilla, pues mostraba las mejillas perfectamente afeitadas. Tenía los ojos de un color pardo tirando a miel, con la mirada tan despierta como antaño, así como la curiosidad y la lengua, ya que sus palabras resultaban sin duda agradables. El hombre no dejó de preguntar por los métodos de construcción, la dotación de obreros o la ausencia casi total de ornamentos en la edificación.

—Vos sabéis que vuestro hermano gusta de costumbres muy austeras —se atrevió a responderle Tello.

—Lo cual no debería estar reñido con darle cierto esplendor a todo lo que hace —aportó el noble—. Ya lo decía Vitruvio, que las técnicas de construcción y la obsesión por las proporciones no tienen que ir en detrimento de la decoración, que todo es, al fin y al cabo, arquitectura. Arte.

Persona sin duda leída y con unos ademanes que irradiaban una cortesía exquisita, don Juan se alojó en la celda número uno. Se trataba de la habitación del convento que ocupaba Felipe II cuando lo visitaba, una pieza amplia situada muy cerca de la iglesia y del refectorio de novicios. Gracias al cielo, no solo no reconoció a Tello cuando mantuvo aquella conversación sobre los gustos de su hermano y el estilo del monasterio, sino que frecuentó otras compañías como la de José de Sigüenza, fray Antonio, el padre Julián de Tricio o el mismo Juan de Herrera. Y aunque Tello pensaba que la suerte le había acompañado aquellos días, también sabía que la fortuna siempre era caprichosa y tan pronto se la percibía cerca

como decidía alejarse, desaparecer y esfumarse como un soplo de aire.

Y así ocurrió el penúltimo día de estancia de don Juan. Esa mañana, Rodrigo Muñoz le estaba enseñando a Gaspar en la explanada cómo debían ajustarse las cuerdas que pendían de la grúa para asegurar un sillar mayor de lo normal. Había que subirlo a los andamios y acoplarlo allí con precisión, de tal forma que encajara sin provocarle mellas. Al mismo tiempo, el postulante valoraba cómo proceder con una gran piedra que acababan de descargar de una de las carretas.

En ese instante, el cielo pareció crujir sobre sus cabezas. Algo se había roto, o atascado, o no estaba funcionando como debía.

—¡¡Cuidado!! ¡¡Todos fuera!! ¡¡Fueeera!!

La voz había salido de la garganta de Hernando. El aguador estaba a poco más de una docena de pasos de donde se encontraban Tello, el muchacho y el maestro de cantería. Otras voces se unieron a la del hombre. Provenían del primer piso de la grúa y avisaban del peligro. Una de las cuerdas que serpenteaban entre las poleas se deslizaba a toda velocidad por los engranajes, que giraban sobre sí mismos sin control. El roce de la soga hizo que brotara de las ruedas un humo blanquecino, e incluso que se vieran pequeñas lenguas de fuego. Varios hombres se afanaban en detener el movimiento de los discos de madera, en atrapar los cabos, en frenar el giro de las poleas, pero sus esfuerzos resultaban inútiles.

—¡Alejaos! ¡Huid! ¡¡Huid!!

El aviso lo había vuelto a lanzar Hernando al ver la torpeza que mostraban los operarios situados en las cercanías de la máquina. Todos, incluidos Tello, Gaspar y Rodrigo, miraban como abobados lo que estaba sucediendo en las tripas del artefacto. Ninguno de ellos advirtió que el gran sillar que había sobre sus cabezas comenzaba a oscilar de manera alarmante. Cuando alzaron la vista, fueron conscientes del peligro que significaba aquel gemido que emitían las cuerdas cuando rozaban con la piedra para no dejarla caer. Y en un parpadeo, todo falló. Las ruedas, las poleas, las sogas, las piezas, todo saltó por los aires en mil direcciones, a excepción del gran sillar, que lo hizo hacia abajo. Tello vio de soslayo cómo Gaspar brincaba

hacia un lado y, de manera casi instintiva, él lo hizo hacia el contrario. Lo siguiente que sintió fue el bramido sordo del sillar aplastando el suelo bajo su peso, y cómo docenas de guijarros salían despedidos aquí y allá. El lugar quedó envuelto en una ligera nube de polvo que alcanzaba el primer nivel de la máquina, el único que se mantenía en pie, pues el resto estaba destruido. Parte de las aristas del segundo cubo se habían partido, o desplomado hacia los lados, o se sujetaban en equilibrio sobre las primeras. Las grandes ruedas habían caído al suelo soportando un amasijo de cuerdas. Bajo una de ellas se oían los quejidos de dos hombres. Quizá fueran más. Otros habían sido alcanzados por maderos o parte de los engranajes y las poleas que salieron despedidas de la máquina. Uno de ellos yacía en el suelo y no se movía. Cuando Tello quiso acercarse para ayudarle, tropezó con algo voluminoso que había a sus pies y se cayó de bruces. Lo primero que sintió fue la humedad en sus manos. Un líquido viscoso y caliente las había empapado. Al mirarlas, las vio teñidas de rojo. No se había repuesto del impacto cuando comprendió que la causa de su traspié había sido el cuerpo tendido de un obrero. Solo tenía media cabeza; la otra mitad se escondía bajo el gran sillar que había caído desde la tornapunta. Creyó reconocer al hombre cuando vio lo poco que quedaba de su calavera.

No podía ser él…

18

La impresión le hizo incorporarse de un salto. Se negaba a creer lo que sus ojos le decían. A Rodrigo Muñoz le faltaba media cabeza, en concreto la parte que, con toda seguridad, estaba debajo del gran sillar. No era la primera vez que Tello presenciaba un horror semejante. En las batallas que libró con el tercio se encontró con multitud de amputaciones similares. Tantos horrores había visto que ya no le hacían demasiado daño a los sentidos. Pero ahora era distinto, y no porque conociera al fallecido, sino porque el maestro de cantería no era un soldado y, por ello, no tendría que haber muerto de una forma tan horrible.

Fue al tranquilizarse y tomar conciencia de la realidad cuando advirtió que el hombre que escondía macabramente la cabeza bajo el sillar era un total desconocido, que la calva de su amigo estaba apenas a un palmo del cadáver con el que había tropezado. Rodrigo Muñoz estaba malherido debajo del gran madero que hacía de tornapunta, y lo supo al escuchar sus lamentos.

—¡Santa María! Ayudadme… —gemía el maestro cantero luchando con sus pulmones para mantener la respiración.

El ánimo de Tello se inundó de un inmenso alivio cuando vio cómo Gaspar se levantaba ileso y le buscaba con la mirada, cosa que no tuvo que hacer Risco, pues le habían bastado el oído y el olfato para saber dónde se encontraba su amo y bañarlo a lametones. El postulante se puso en pie y se reunió con Gaspar y con Hernando junto al cuerpo maltrecho de Rodrigo Muñoz. Entre los tres, levantaron la tornapunta lo justo para que otros operarios liberaran al maestro y se lo llevaran en volandas al hospital de laborantes de El Escorial.

—De no ser por ti, ahora habría aquí dos cadáveres más —agradeció Tello el aviso al aguador—. De hecho, temí que el perro

también hubiese sido aplastado por la piedra.

—Se libró por un tantito así —dijo Hernando mientras acercaba las yemas de sus dedos pulgar e índice hasta casi tocarse—, y porque el cachorro es muy ágil.

—¿Vivirá? —preguntó Gaspar con la mirada vidriosa y el susto aún en el rostro.

—¿Quién?

—Rodrigo… ¿Se salvará?

—Solo Dios lo sabe —acertó a responder Tello—. Y si obra el milagro, pasará muchos meses en cama hasta que se recupere. —Inspiró hondo para luego soltar el aire en un enfurecido soplido—. Y ahora veamos qué diablos ha sucedido aquí.

El destrozo era mayor de lo que Tello había supuesto en un primer momento. Las partes desprendidas de la máquina habían chocado contra uno de los andamios. La estructura había cedido y una zona del muro que se estaba construyendo también se había venido abajo.

—En total son siete los fallecidos, padre, y otros tantos los heridos —informó a Julián de Tricio cuando este le llamó a su despacho—. De ellos, hay alguno que no llegará a mañana.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —le preguntó el prior, que se frotaba las manos para sentir algo de calor.

—Todo apunta a una avería en la máquina… —respondió inseguro. En verdad no sabía la razón, solo que el accidente había estado a punto de costarle la vida.

Sonaron dos golpes en la puerta, muy seguidos, enérgicos, con urgencia. Fray Julián concedió su permiso y Antonio de Villacastín entró como un torbellino. Saludó con prisas a los dos hombres y tomó asiento junto al postulante. Como obrero mayor, y habiendo sobre la mesa asuntos que concernían a la construcción del monasterio, las salutaciones protocolarias estaban de más, sobre todo cuando el prior y él profesaban en la misma Orden.

—Me alegra saber que ya habéis llamado a vuestro postulante para reprenderle con la severidad que merece —comenzó fray Antonio sin detenerse a pedir explicaciones. La rabia y la urgencia hacían que casi le faltara el aire para hablar—. Por de pronto,

convendría avisar a los soldados y que se hicieran cargo de él por negligencia en sus obligaciones. Y mientras eso ocurre, que no solo sea despojado de su condición de postulante, sino que, además, le sea prohibida la entrada en todo el recinto de San Lorenzo el Real y…

—Tomad aliento, fray Antonio —le pidió Julián de Tricio.

—¿Aliento? ¡No hay tiempo! Si don Juan de Austria hubiese estado cerca de esa grúa, podría haber resultado herido. Gracias a Dios que no ha sido así, pero creedme cuando os digo que vuestro postulante es un demonio. Por su culpa han muerto diez personas.

—Siete —le corrigió el principal de la Orden ante el silencio de Tello.

—Es lo mismo.

—Tres vidas son muchas vidas.

—Pues yo hoy he perdido siete… ¡o las que sean! Y el responsable ante Su Majestad de la construcción de esta maravilla soy yo.

—Y yo soy el presidente de la Congregación que administra los dineros, además de prior del convento y, por ende, vuestro superior. Os ruego que os calméis o seré yo mismo quien informe al rey de que la presión de las obras os está superando.

—¡Eso no es cierto!

—Lo sé yo, lo sabéis vos, pero no nuestro monarca. Y vos tenéis tanto acceso a su persona como lo tengo yo. Recordad que, cada pocas semanas, el rey se suele escapar de allá donde esté para visitar las obras, y entonces duerme en la estancia que se le habilitó a tal efecto cuando se construyó el convento. Y soy yo quien le acoge, le da de comer y le despide —le expuso con cierta inquina—. Y no le arropo en la cama de puro milagro —susurró para sí con un deje de fastidio.

Fray Antonio gruñó por lo bajo mientras miraba de soslayo a Tello, que permanecía a su lado convertido en estatua.

—Hay que hacer algo, padre prior —terminó por decir.

—Por supuesto que habrá que hacer algo. No nos vamos a quedar de brazos cruzados, sobre todo cuando sabemos que podría haberle ocurrido una desgracia a don Juan. ¿Qué creéis que hacíamos Tello y yo aquí encerrados cuando habéis entrado?

El prior parecía ciertamente molesto. Y preocupado.

—Fray José no tardará en venirnos con sus monsergas —se quejó el obrero mayor.

—El de Sigüenza tiene sus obligaciones como nosotros tenemos las que nos ocupan, y no le faltaría razón si pretendiera reflejar estos hechos en sus crónicas, que para eso ha ordenado historiarlas el rey. De todas formas, los dos sabemos que la paciencia es una de sus grandes virtudes y esperará a que le ofrezcamos una explicación de este nuevo accidente, al menos hasta que Tello averigüe lo que ha ocurrido, ¿verdad? —dijo enfrentando su mirada a la del postulante mientras alzaba las cejas.

—Por de pronto —se apresuró a contestar el antiguo soldado—, me he permitido ordenar a uno de los capataces que asegure la zona. Hasta que yo regrese de hablar con vos, nadie tocará una sola astilla de las miles que hay repartidas por los suelos.

—Pues ya puedes ir para allá —dijo el prior, y antes de que el postulante abandonara el despacho le recordó—: Esta vez trae entre tus informaciones alguna conclusión, porque del incendio continuamos sin saber nada de nada.

—¿Vuestro postulante sabe por dónde le da el aire? —malmetió fray Antonio.

—Dejadle en paz, que gracias a las órdenes que le dais vos va sobrado de trabajo y falto de tiempo para otras cuestiones que también importan —trató de excusarle.

Tello volvió a la zona de la explanada donde se había producido la desgracia, muy cerca de donde se elevaría con el tiempo la cúpula de la basílica. El destrozo era total. Tan solo quedaban en pie algunas aristas del primer cubo de la máquina. El resto eran pedazos repartidos por los alrededores. De las dos grandes ruedas, una parecía intacta y la otra estaba partida en dos mitades. Ambas descansaban en el suelo, la segunda a cierta distancia de la primera. Era allí donde le esperaban Gaspar y Risco. Junto a ellos se encontraba Esteban Lizar. El capataz había abandonado su fragua tan pronto escuchó el estruendo que produjo la grúa al saltar por los aires. Tello le había pedido que tomara el control de la situación antes de ir a contarle al prior lo que había sucedido.

—¿Qué dice la gente? —le preguntó el postulante.

—La mayoría cree que unas máquinas tan altas y aparatosas solo aportan más peligro a sus trabajos.

—¿Encontraste a alguien que pueda decirnos cómo ocurrió todo?

—No. Y ahora debo regresar a la fragua. Tengo mucho trabajo por hacer.

Esteban Lizar se marchó algo abatido a su taller mientras Gaspar se acercaba a Tello.

—El aguador lo vio todo, ¿recuerdas? Fue él quien nos avisó.

—Cierto… ¿Dónde cae?

—Se fue acompañando a algunos heridos.

—Más tarde hablaremos con él. De momento vamos a tratar de entender qué ha pasado aquí y por qué.

Tello se acercó al cubo que formaba la base de la grúa y, con especial dedicación, fue repasando los troncos que marcaban sus aristas y otros listones que le conferían estabilidad y firmeza. Todos parecían estar bien ensamblados, sin otras señales que las de haber recibido algún golpe fortuito durante el accidente. Del cubo superior tan solo quedaban parte del solado y un par de postes. El lugar que ocupaban en su interior los engranajes estaba desierto. No quedaba nada de las dos ruedas, sus ejes, las poleas y el entramado de cuerdas. Tampoco había resistido la zona superior. El brazo descansaba en el suelo sin aparentes daños, y las grandes piezas de hierro fundido estaban a más de quince pasos de distancia.

—Aquí se han producido tensiones que han generado mucha energía. La causa puede deberse a grandes fuerzas de torsión… Recuerdo que hubo muchos crujidos en la estructura antes de ceder —mascullaba Tello al tiempo que hacía memoria de lo que había estudiado con los monjes en Sisla y, posteriormente, con Juan de Herrera a la hora de ensamblar la grúa—. ¡Oh! ¡Te encontré!

El postulante recogió una de las cuerdas que discurrían entre engranajes y poleas. A primera vista estaba muy castigada por el rozamiento al que había sido sometida, pero él sabía que aquel deterioro no se debía a la fricción normal del funcionamiento de la grúa, sino a una actividad desmesurada.

Fue entonces cuando vio en el suelo uno de los engranajes.

Estaba partido por el eje. No era una rotura por presión o por el uso. Imposible cuando la máquina era prácticamente nueva. Alguien había serrado a conciencia una parte de la pieza para que terminara por quebrarse.

—¡Te encontré a ti también! —repitió.

Risco alzó las orejas y se acercó a donde Tello permanecía agachado, esta vez manoseando un pedazo de madera que pertenecía a uno de los tablones del solado que cubría el segundo cubo. En él había dos pletinas de metal extrañamente clavadas en un punto del recorrido de las cuerdas. Mientras apartaba el hocico del perro, que, como buen cachorro, quería olfatearlo todo, se dio cuenta de que su posición en la tabla no tenía sentido porque lo único que podía provocar era una exposición forzada al rozamiento de las sogas. *Sube-baja-roza, sube-baja-roza…* Pensó que, con tanto vaivén, la cuerda se recalentaría y acabaría debilitándose. Además, esa resistencia haría necesario incrementar la tensión para trabajar con ella. El eje también habría sufrido y, al final, no resistió el embate porque alguien lo había dañado a propósito…

—¡Y a ti también te encontré! —repitió por tercera vez, aunque no estaba del todo seguro de que se tratase de otra prueba. Una de las poleas tenía varias astillas que entorpecían el giro de sus engranajes internos, lo que provocaba que hiciera falta mucha más fuerza para hacerla funcionar.

Y en ese instante, con la velocidad de un relámpago, todo cobró sentido en su cabeza. Las piezas que había descubierto entre los restos de la grúa, así como otros pedazos de madera, cuerdas y hierros de su maquinaria, le decían que alguien los había manipulado de tal forma que se necesitase la fuerza de varios hombres para que la grúa funcionara. Eso crearía tensiones en los mecanismos, energías que se liberarían de un modo violentísimo en cuanto cediera alguno de los engranajes. Y todos habían sido forzados para provocar un desastre.

—¿El objetivo era don Juan de Austria? —preguntó horas más tarde Julián de Tricio con aprensión.

Frente a él tenía sentados a Tello y a Pascual Cascante, a quien el antiguo soldado había puesto al corriente de sus sospechas antes de

que ambos acudieran a informar al prior. La confianza que le suscitaba el comerciante crecía con el pasar del tiempo gracias a su templanza y su sentido común. No había día que no hablaran y se confiaran sus pensamientos.

—Creo que es conveniente que escuchéis su opinión, padre —intervino Tello antes de que el mercader interviniera.

—Parece que todo estaba pensado para que la máquina se rompiera en cualquier momento —explicó Pascual Cascante—. No se calculó para un momento concreto y predefinido. Eso indica que el objetivo no era nadie en particular, lo que descarta a don Juan.

—La acción podría estar dirigida hacia cualquiera de los que se encontraban allí. Desde luego, ninguno ostenta títulos, pero todos tienen mucha importancia para el desarrollo de las obras —continuó Tello—. Me refiero a personas que visitan a menudo los lugares de trabajo como Juan de Herrera, fray Antonio o el pobre Rodrigo Muñoz, que es de los pocos que conocen cómo funcionan las grúas.

—O tú mismo, Tello —le interrumpió el prior al tiempo que Cascante apoyaba su parecer asintiendo con firmeza—. Como ayudante del obrero mayor, eres alguien que goza de la confianza de todos nosotros.

—La cuestión es que quienquiera que manipulara la maquinaria tenía la intención de causar el mayor destrozo posible en las obras, y quizá también a ciertas personas.

—De ser así, de los incidentes que se han producido en estos pocos meses, los dos últimos han sido claramente provocados —opinó el prior—. Me refiero al incendio en la carpintería y a este en las tripas de la grúa.

—Podríamos sumarle además los falsos ataques de lobos en las fincas cercanas, porque las dentelladas se simularon con algún tipo de instrumento —añadió Tello—. Sobre el derrumbe del muro y la caída del andamio, lo cierto es que no he encontrado nada definitivo.

—Tampoco es que te esmeraras mucho en descubrir sus causas —le reprochó el prior—. En cualquier caso, ahora ya ha pasado demasiado tiempo para sacar nada en claro. Lo que sí me preocupan son otros sucesos mucho más graves y cercanos.

—¿A qué os referís? —se interesó el mercader navarro.

—A ciertas muertes de las que todos, o casi todos, estamos al corriente. Hace cuatro meses, un registrador apareció asesinado cerca de las fondas más alejadas de las obras. Dos o tres semanas después murió un contador en extrañas circunstancias. Todo hace pensar en un suicidio. Pero Tello, que ha investigado esas muertes, no las tiene todas consigo. Y hace apenas unos días encontraron apuñalado a un buscavidas en las faldas del monte.

—Son tres muertes muy concretas que huelen a crimen —intervino el postulante—. Al menos dos de ellas, porque la del contador podría tener otra explicación.

—¿Se conoce algún motivo por el que alguien quisiera matarlos? —preguntó Cascante.

—Me dijeron que el registrador frecuentaba a las lavanderas. Su muerte pudo deberse a una riña por una mujer o por un asunto de dineros —explicó Tello, casi más a sí mismo que al prior y al comerciante—. El último crimen podría tener las mismas causas, ya que la víctima era un tipo de El Escorial que no gozaba de buena fama. Y para el contador que apareció ahorcado en sus aposentos no logro encontrar otra razón que no sea una posible falta de celo a la hora de reflejar las cuentas de las obras. Hay que tener en consideración que los inspectores reales están revisando todos los libros por esos graves problemas de liquidez que ahora tiene la Corona. Ante un eventual problema, el hombre pudo decidir que era preferible terminar con su vida antes que ser condenado a pena de cárcel o a galeras.

—Yo diferenciaría los casos que estamos tratando —propuso Pascual Cascante—. No creo que los accidentes guarden relación con esas muertes de las que me habláis. Los crímenes parecen estar dirigidos hacia personas concretas. Por su parte, los accidentes son más difusos, como si su propósito se centrara en dificultar las obras, y las víctimas fueran más consecuencia de esos accidentes y no de una acción planeada para deshacerse de nadie en particular.

—El razonamiento tiene su lógica, pero no sabemos si es correcto —dijo Julián de Tricio—. Lo cierto es que me preocupan por igual las dos cuestiones, aunque los crímenes no tengan nada que ver con la construcción del monasterio. Como prior, lo que realmente me quita

el sueño son los accidentes. De momento, mis dos compañeros en la Congregación que administra los materiales de la obra han guardado silencio. Ni el contador ni el veedor parecen afectados por lo ocurrido. Al primero solo le interesa tener los dineros bien dispuestos y bien gastados, y al otro que se cumplan los contratos y los plazos, siempre dentro de las directrices de máximo rigor y austeridad que ordenó Su Majestad. Lo que ocurre es que estos accidentes nos están haciendo emplear más ducados de los que ya teníamos reservados.

—Es como si alguien no deseara que los trabajos continuaran a este buen ritmo, ¿verdad? —opinó Pascual.

—Lo ignoro.

—La cuestión no es averiguar si hay alguien que quiere que las obras fracasen —intervino Tello—, sino descubrir quién gana interrumpiendo su normal desarrollo.

—Cierto, conocer sus motivaciones, porque perder, pierden todos, desde el rey hasta el último operario —concluyó el prior.

—Recuerdo que María, Dios la tenga en su gloria, me contó que su marido había muerto aplastado por una docena de sillares que se le vinieron encima cuando se produjo la extraña rotura del eje de su carreta —continuó Tello—. Es decir, que ahí también hubo pérdidas, y no hablo solo de la vida de su esposo, sino también del carro y los sillares, que terminaron dañados e inservibles para el propósito para el que fueron tallados.

—Lo mismo podemos pensar del derrumbe del muro, la caída del andamio y el incendio en la carpintería —apuntó el prior—. Quizá todo estuviese preparado, pero no es menos cierto que pudieron ser realmente accidentes.

—Insisto en que debemos excluir el incendio, padre, pues habiendo hallado en el lugar un *apóstol*, no tengo duda alguna de que se trata de un hecho premeditado.

—Si tan convencido estás, y a priori razones no te faltan, deberías esmerarte en preguntar por los talleres y los almacenes, porque dando saltos por las obras y recluyéndote en las tascas poco vas a obtener y nada podrás sacar en claro.

Tello aguantó el rapapolvo con serenidad, aunque bien le hubiera

gustado ocultar el rostro bajo el ala.

—Si han sido acciones deliberadas, no imagino quién puede estar detrás de todas ellas —intervino Pascual Cascante para calmar los ánimos.

—Yo tampoco. No encuentro razón alguna para actuar así —se quejó fray Julián—. Aquí nadie odia a nadie. Apenas hay disputas o peleas. Las órdenes no provocan malestar. El complejo dispone de albergues, mesones, tabernas, médicos, un hospital y lugares de poca recomendación, pero de comprensiva necesidad, para el alivio de los hombres. Y los operarios reciben su paga incluso cuando la actividad decae o cesa. Fue una orden expresa del rey.

—Todo es tan extraño como esos tres crímenes, que no tienen nada en común —añadió Cascante.

—Ahora lo importante son las obras, el rey y Dios, por ese orden —anunció el prior posando las palmas de las manos sobre la mesa—. En definitiva: yo apartaría de nuestras preocupaciones esas tres muertes.

Hubo un silencio que los tres aprovecharon para recapitular lo hablado y tratar de extraer alguna conclusión.

—Se me ocurre que podríamos averiguar cuántos accidentes se han producido en la explanada desde que se iniciaron las obras —aportó Tello.

—¡Bien pensado! Y no solo cuántos, sino también cuándo ocurrieron —añadió el mercader—. Tendríamos que ser capaces de saber si realmente se pueden considerar accidentes o, por el contrario, hay sospecha de malas prácticas tras ellos.

Los tres coincidieron en que era una buena vía de investigación. Debían esclarecer los hechos ocurridos en San Lorenzo el Real que tantas vidas estaban robando.

Pascual Cascante comenzaría preguntando a otros mercaderes con los que hacía negocios. Por su parte, Tello buscó a Hernando para pedirle que hiciera memoria. El desdentado aguador llevaba allí desde que se puso la primera piedra del convento.

—Ni el rey ni Juan de Huete, que era el prior de entonces, acudieron a un acto que, en verdad, tuvo poco de solemne. Acaso solo se presentaron el vicario, Juan Bautista de Toledo y otras

personas de gran porte. ¡Ah, y un servidor!, aunque no era de los que estaban cerca de donde colocaron la piedra, sino a veinte pasos o más —concluyó con un guiño de aquellos ojos que, como la boca, se hundían en su calavera.

—¿Y fray Antonio no participó en la ceremonia? Por entonces ya era obrero mayor.

—Recuerdo que dijo con cierta guasa que ya acudiría cuando se colocara la última piedra. Espero que Dios y la salud le respeten, que ya va mayor —se explicó con gracia el viejo aguador—. Y en lo que nos ocupa, confiad en mí, que haré memoria y subiré a diario a ver a Constanza, así siempre sabréis dónde paro para poder preguntarme.

Fue justamente la dueña de la tasca la siguiente persona con la que Tello habló. Quería que la mujer le hiciera una lista de todos los accidentes de los que se acordara.

—No sé si mi memoria dará tanto de sí. Hace ya doce años que llegué aquí —le advirtió Constanza cuando se lo pidió aquella misma noche.

—Habla con los más viejos del lugar. Estoy seguro de que, entre todos, podéis recordar mucho más que si el esfuerzo lo hiciera uno solo —le rogó Tello—. ¡Vamos, Risco!… ¡Risco!… ¿Dónde se ha metido este maldito perro?

—El cachorro ha crecido y ahora escucha más la llamada de la naturaleza que tu voz —bromeó Gaspar.

—Siempre es lo mismo…

—¡Quia! No midas mal a tu perro, que el bicho hace lo que tiene que hacer como macho joven que es —le soltó Ofelia acercándose a él con una jarra de vino. La mujer tenía clavados sus dos ojazos azabache en los del postulante.

—Hoy no podré quedarme. Debo estudiar —se excusó el hombre —, al igual que debería estar haciendo Gaspar.

—Mis obligaciones son menos, que yo no voy para novicio —se defendió el muchacho.

—Otra impertinencia como esa y te olvidas de las obras para siempre —le amenazó sin ganas—. Gracias por el vino, Ofelia. Volveré a finales de semana.

Tello cumplió con lo dicho. Aquel sábado se dirigió a la tasca antes de que fuera noche cerrada. Mientras subía seguido por Risco, le pareció vislumbrar entre las sombras la figura de Guzmán Martínez de la Osa. El alférez recorría un sendero que serpenteaba entre jaras y otros arbustos algo alejado del camino principal. Aunque la penumbra pronto se convertiría en tinieblas, no tuvo duda de que el militar se dirigía al campamento.

—Cuando aprietan las ganas como te pasa a ti, pocos las resisten —le susurró al perro.

Tello se hizo un hueco en la mesa donde le esperaba Hernando. Poco después se les unió la dueña del negocio. El postulante estaba comentando que había visto a Martínez de la Osa rondando a las lavanderas cuando Ofelia dejó frente a él dos jarras de vino.

—No es extraño ver al alférez por aquí de cuando en cuando —le descubrió la mujer—. Todos los hombres tenéis vuestras necesidades.

—Todos no —precisó Tello fingiendo indignación.

—¡Quia! Desde luego que no —asintió Ofelia—, y ya podrías… —remató para el cuello de su camisa.

Constanza y Hernando explicaron al postulante que, tras hablar con los obreros más veteranos, habían puesto por orden todos esos accidentes que la gente recordaba.

—Gaspar está haciendo una lista para que no se nos olvide ninguno —añadió la mujer—. Hay que aprovechar que ya sabe escribir.

—¿Dónde está? Hoy abandonó temprano el convento.

—¿No te lo ha dicho? Los monjes le han dejado un trozo de papel que sobraba y se ha hecho con tinta y una pluma —añadió Hernando—. Así que ahora estará en casa terminando de escribir lo último que le hemos contado esta tarde.

—Vive Dios que en estos trece años y pico ha habido muchos incidentes, más de medio centenar —continuó Constanza—. Para que veas que nos tomamos muy en serio tus peticiones, hemos llegado hasta el principio de los tiempos y preguntado a unos y a otros. Sabemos que la Corona compró los terrenos para la construcción del monasterio en 1562. Luego, más o menos un año

más tarde, comenzaron las obras del convento. Lo primero que hicieron fue la fachada del mediodía, la que da a los jardines y…

—¿Tiene eso algo que ver con los accidentes? —la interrumpió Tello.

—¡Santo Dios, qué prisas!

—Espero que tengas más paciencia y tacto para otras cosas —malmetió a media voz Ofelia, que acababa de dejar una frasca con agua sobre la mesa.

—Creemos que los incidentes comenzaron ya en 1563 —prosiguió Constanza—. Fueron escasos y de poca monta, aunque retrasaban las obras.

—Yo llegué a este lugar a principios de enero para ir preparando los terrenos —intervino Hernando—, y luego fui carretero hasta que la edad me bajó del pescante, pero recuerdo que, de cuando en cuando, aparecía algún buey muerto y cosas así.

—¿Qué cosas?

—Un caballo, o dos, o tres… Y mulas, burros…

—Animales de carga —trató de concretar Tello.

—Eso es, sobre todo bestias.

—Y aquello importunaba el trabajo diario.

—¿Importunaba? Aquello era zancadilla tras zancadilla, ¡vive Dios! —aseveró Constanza—. De todas formas, lo que escuchaban entonces estas cuatro paredes era que las obras avanzaban con mucha lentitud. Los operarios aseguraban que Antonio de Villacastín y Juan Bautista de Toledo no se entendían, que cada uno iba por su lado y apenas se hablaban, y que los gastos eran monumentales.

—Estaba en boca de todos que el arquitecto era de difícil trato y el obrero mayor no le iba a la zaga, mujer, pero aquello era una china al lado de una montaña, ¿verdad? —interrumpió Hernando—. Creemos que los incidentes importantes, en los que ya hubo muertos, se produjeron a partir del cuarto año.

—¿Estamos hablando de 1567? —quiso concretar Tello.

—Por ahí rondará. Juan Bautista de Toledo acababa de morir y Juan de Herrera todavía no había sido nombrado director de las obras. Los incendios, los accidentes y los robos continuaban, y eso debió de mosquear al rey, que no se anduvo con pañitos calientes

porque dos años más tarde, en 1569, ordenó levantar la cerca de piedra que rodea todos los terrenos del monasterio. También se prohibió entrar en la explanada a cualquiera que no trabajara en las obras. Ni siquiera se dio permiso a los antiguos dueños de aquellas tierras, de los que entonces se sospechaba que estaban descontentos por la cuantía que habían obtenido por la venta obligada de sus fincas.

En ese momento apareció Gaspar en la tasca. Después de saludar a todos, Tello le preguntó si toda la información facilitada por Constanza y Hernando aparecía en la relación que él estaba confeccionando por las tardes.

—¡Cómo no iba a estarlo! Aquí la tienes de principio a fin —le confirmó en tono guasón mientras agarraba con naturalidad un vaso de vino y procedía a darle un sorbo.

Antes de que la primera gota terminara de recorrerle la garganta, Tello le arrebató el vaso y soltó sobre su nuca un tremendo pescozón.

—El vino para cuando seas hombre —le dijo entre dientes.

—¡Y para cuando te afeites! —completó Constanza antes de que todos rieran.

—Parece ser que, desde que se delimitó la propiedad real, los accidentes cesaron por un tiempo —retomó el hilo el aguador—, pero de nuevo hubo caídas de andamios, derrumbes de muros, roturas de tabiques y hundimientos de soleras a finales de 1572, año en el que Herrera tomó oficialmente la dirección de las obras.

—Hace solo cuatro años de aquello —calculó el postulante en un susurro.

—¿Crees que la presencia del arquitecto tiene algo que ver en todo esto? —se interesó el aguador.

—Me extrañaría mucho que fueran directamente contra él. Desde luego, Herrera es un hombre poco dado a guasas, pero de ahí a lo que ha estado ocurriendo… No sé si su falta de humor merece el esfuerzo de nadie.

—De todas formas, don Juan cambió la forma que teníamos de trabajar en la explanada y eso no debió de gustar a todo el mundo —afirmó el aguador.

—¿A qué te refieres?

—A que formó diez grandes cuadrillas al mando de dos aparejadores y capitaneadas por capataces, maestros y oficiales. Es cierto que los trabajos avanzaron a un ritmo muy vivo comparado con el que hubo a los inicios, pero también nos exigía deslomarnos a diario como nunca.

—Sé que además redujo mucho los costes —constató el postulante—, y estoy seguro de que seguirá haciéndolo si, cada vez que se le presenta un problema, lo toma como un reto y se inventa una nueva máquina o redistribuye las tareas. De hecho, ahora ha vuelto a hacer algo parecido. Aprovechando el cambio en la manera de organizarse tras la aparición de las grúas, ha ofertado algunos destajos para abaratar costes y acelerar aún más el ritmo de trabajo.

—Quizá los accidentes no vayan dirigidos contra su vida, sino a debilitar su figura y la forma que tiene de ejecutar las obras. Porque, desde que él tomó la dirección, las desgracias se han venido repitiendo —concluyó Constanza.

—¿Qué pensáis vosotros?

—Que son muchos percances —opinó de inmediato Hernando.

—Hemos tratado de saber si se repetían en el tiempo o tenían otra cosa en común, lo que fuera —intervino entonces Gaspar—, pero no hemos encontrado nada.

—Tampoco vamos a obtener mucha más información —aseguró Constanza—. Apenas queda gente por aquí que viviera aquellos tiempos con la que no hayamos hablado ya.

Hubo un silencio corto que cada uno aprovechó para intentar sacar sus propias conclusiones.

—Yo creo que estos accidentes quieren entorpecer las obras —dijo el aguador.

—Estoy contigo —le apoyó Tello—. Pienso que obedecen a esa intención. En la carpintería encontré un *apóstol* cargado de pólvora —dijo antes de explicarles qué era aquella pieza de madera torneada —. Hoy he visto un engranaje serrado en la máquina. También encontré astillas en las poleas, chapitas de metal para rozar las cuerdas hasta romperlas…

—Pero… ¿quién querría retrasar las obras, o incluso paralizarlas,

provocando tantas desgracias? —preguntó Constanza.

—Creo que mejor cabría preguntarse quién ganaría si no se llegara a levantar esta octava maravilla del mundo, o si se tardara una eternidad en construirla —reflexionó Tello—. ¿Los turcos? ¿Los árabes? ¿Los protestantes? Que yo sepa, no hay ningún infiel, hereje o sospechoso de serlo en toda la obra, ¿verdad?

A partir de ese instante solo hubo miradas dubitativas e inseguras en la mesa.

19

La relación de accidentes que habían reunido Constanza y Hernando era muy extensa. Sin embargo, cuando Tello se la mostró al prior y al obrero mayor, quedó reducida a una decena de sucesos, de los cuales el postulante había vivido la mitad.

—El resto son patrañas —afirmó fray Antonio de manera un tanto descortés.

—Poco demostrativas, diría yo —templó el prior—. No obstante, al desconocer cuáles de esos actos pudieron ser provocados y cuáles no, escogeremos estos diez como casos a estudiar. Los restantes, de momento, quedan apartados, aunque siempre podremos tomarlos en consideración, ¿verdad, fray Antonio?

—Haced lo que consideréis oportuno —refunfuñó malhumorado al tiempo que se levantaba de la mesa—, pero quiero que se descubran las razones que han provocado todos estos percances para ponerles remedio cuanto antes.

—La prisa es mala consejera. Y tampoco van a ayudar los próximos festejos que habéis organizado para celebrar la llegada de las magníficas piedras que servirán para enlosar el suelo de la basílica. Es más: si me lo permitís, creo que son del todo inoportunos.

—Lo sean o no, también es mi deber elevar los ánimos de todas las personas que participan de la construcción, así como compartir los buenos avances de las obras.

—Si no queréis suspenderlos, ¿no sería conveniente retrasarlos al menos?

El obrero mayor meditó unos segundos la respuesta.

—No os falta razón, pero ya está todo comprometido. Hasta he pedido que traigan varios novillos desde la finca El Castañar y las dehesas de La Herrería y El Quexigal para que los corran allá abajo,

cerca de El Escorial. Como mal menor, puedo hacer que coincidan con la tradicional fiesta de la primavera. De esa manera, todo se celebraría en una sola jornada. De cualquier modo, Nuestro Señor también descansó al séptimo día.

—No tendría tantos deberes como yo —bufó por lo bajo el prior mientras fray Antonio se despedía y cerraba la puerta del despacho.

Antes de abordar el asunto de los accidentes, Julián de Tricio y Tello cruzaron una mirada algo apocada.

—De momento, la información que tengo es escasa, dispersa y nada concluyente —comenzó Tello—. Los incidentes empezaron a poco de iniciarse las obras allá por 1563. Se trataba de sucesos menores que apenas afectaban a nada ni a nadie. Un año más tarde hubo una época donde los objetivos pasaron a ser bestias de carga. No fue hasta 1567 cuando comenzaron a ocurrir algunos accidentes que dejaron varios muertos. Por ello, dos años más tarde se ordenó levantar la cerca de piedra y los sucesos descendieron en número, pero solo temporalmente, porque en 1572 las desgracias volvieron con más fuerza y tan espectaculares como las que se están produciendo en estos últimos seis meses —le expuso casi de corrido —. De momento no he encontrado relación entre la periodicidad, la localización o las características de los accidentes. Es como si se planearan de forma que siempre sean distintos y en lugares escogidos de manera aleatoria. Solo puedo deciros que, con sus lagunas, esta especie de epidemia dura ya trece años. Por ello, creo que nuestra búsqueda debería centrarse en personas que lleven aquí ese tiempo, o incluso más.

—Has hecho un buen trabajo, pero de poco nos sirve si no podemos extraer conclusiones —resolvió el principal de la Orden.

—Sois muy generoso, padre. En verdad no sirve para nada —sentenció Tello—. He sido incapaz de hallar un nexo común entre los supuestos accidentes aunque todos tengamos clara su finalidad. Solo nos falta comprender el motivo que lleva a una persona a querer destruir y matar a…

—No sigas por ahí, Tello, que razones de esa índole son tan antiguas como la humanidad. Nunca entenderemos ni el espíritu ni la cabeza humana cuando se desea hacer el mal.

—Cierto, padre —admitió—. Entonces, únicamente se me ocurre tratar de prevenir esos ataques.

—Quizá tengas razón. Deberíamos entender esta situación como una especie de guerra subterránea, sucia y cobarde —afirmó antes de levantarse y acompañar a Tello hasta la puerta—. Y como en las profundidades no hay luz, es necesario tener los ojos bien abiertos.

—Y ayudarse de una antorcha, una lámpara o una vela.

—Eso es, hijo; que te ayude alguien.

Aunque era de madrugada, Tello sintió por fin la primavera acariciar su rostro en cuanto salió del convento. Ya no soportaba aquel frío que le pellizcaba las mejillas tan pronto ponía un pie en la lonja. Los primeros días de marzo habían resultado desapacibles por las lluvias y los vientos, pero luego habían dejado paso a un sol rejuvenecido que invitaba a que todos olvidaran los molestos rigores del invierno. Después de tantas semanas de incomodidad, esa mañana podría trabajar de manera más confortable en la reconstrucción de la máquina que acabó despedazada. Echó de menos a Rodrigo Muñoz y su seguridad en el manejo de la grúa, su tranquilidad, su parsimonia, hasta su calva brillando sudorosa al sol. Era un excelente compañero. Ahora se debatía entre la vida y la muerte en el hospital de laborantes de El Escorial. Su ayuda habría sido fundamental para conocer las causas de aquel desastre y, sobre todo, si había alguien detrás de todo aquello. Estaba convencido de que sus deducciones habrían sosegado también los ánimos de fray Antonio cuando se empeñaba en obtener respuestas inmediatas, y Tello no tenía duda de que estas tardarían en llegar, si es que llegaban. Por eso suplicaba a Dios la pronta sanación del maestro cantero, y no solo para que conservara la vida —que era lo más importante—, sino también para que sus conocimientos contribuyeran a deshacer aquella madeja de incertidumbres.

Por de pronto, el obrero mayor había obstaculizado sus propias pretensiones de obtener rápidos resultados cuando se empecinó en celebrar la recepción de las losas que cubrirían el suelo de la basílica y, además, hacer que aquel acontecimiento coincidiera con el tradicional festejo que daba la bienvenida a la primavera. Y es que, para ayudar a dejar atrás los meses oscuros y fríos del invierno,

desde hacía varios años se organizaba en esas fechas una feria que ocupaba una de las praderas que se extendían entre la explanada y El Escorial. Los días previos iban llegando pequeños comerciantes y mercachifles con todo tipo de baratijas, así como buhoneros, artesanos e incluso músicos en busca de un lugar propicio donde situar los tenderetes y mostrar sus habilidades. Aquella fiesta era ya muy popular entre los trabajadores, que no perdían ocasión de disfrutar de la novedad que suponía en la vida diaria de San Lorenzo el Real.

Aunque el jolgorio comenzaba el viernes y no cesaba hasta el domingo, el día grande era el sábado. Fray Antonio había ordenado que se tocara la campana a las tres de la tarde y así dar libertad a los operarios para que fueran a cambiarse de ropas y se acercaran después al mercadillo. Tello no fue una excepción. Una vez hubo dejado la máquina terminada para probar su funcionamiento al día siguiente, se acercó al convento y se aseó a conciencia en una de las salas cercanas a la sacristía destinada a tal efecto. Luego fue hasta su celda y se vistió con ropa limpia. Cuando se despidió del padre portero, Gaspar ya le esperaba en la puerta acariciando a Risco.

—¿Por qué no vas a la feria con tu madre? —soltó por todo saludo.

—Porque murió. ¿Tengo que recordártelo siempre? —contestó jocoso.

—Me refería a Ofelia, ratón.

—Lo sé, y eso es lo que voy a hacer. Pero las mujeres tardan media vida en acicalarse y yo no quiero esperar tanto.

No era una gran feria. En absoluto. No tenía muchos puestos ni ofrecía una gran variedad de mercancías, pero se trataba de la fiesta que todos los trabajadores de las obras necesitaban para aparcar la rutina y divertirse. Y no solo ellos, sino también los empleados de la Corona, contadores, registradores, veedores e inspectores, así como comerciantes, militares y los habitantes de las localidades cercanas. Todos acudían a comer, a beber, a mirar, a comprar… en definitiva, a disfrutar de los sentidos exhibiéndose sin ropas de faena.

Constanza y Ofelia aparecieron en la pradera a primera hora de la tarde. Las dos vestían unas blusas blancas inmaculadas y unas sayas

hasta el suelo, verde la de la dueña, amarilla la otra. También habían dedicado tiempo a arreglarse los cabellos, que lucían brillantes y bien peinados aunque sin muchas complicaciones, las mínimas, apenas un par de trenzas cruzadas con gracia y una pequeña flor temprana sobre la oreja izquierda. Ese detalle hizo que Tello se acordara de la malograda María y cómo se peleaba con su arremolinado moño rubio cuando servía las mesas.

—Y sus exabruptos —añadió Constanza cuando el postulante lo mencionó.

—Y sus exageraciones —dijo Ofelia—. No hay un segundo en el día que no la eche de menos. Y no han transcurrido ni dos meses desde que nos dejó. Aún no me hago a la idea… A veces hasta me parece haber hablado con ella hace poco. Y otras veces es como si ya hubiesen pasado varias vidas…

—Dejemos los malos momentos y busquemos otros más alegres —les instó Tello mientras se acercaban a la mesa que gobernaba un buhonero. Se trataba de un humilde puestecillo conformado por un tablero sobre dos patas de tijera.

—Mirar no cuesta —se frustró Ofelia.

—Elige algo de tu gusto. Y tú también, Constanza, lo mismo que Gaspar. Es un día precioso para que me permitáis haceros un obsequio.

El buhonero, un hombre delgado, mayor que Tello, que vestía calzas negras y un grueso manto de color pardo oscuro, retiró algo la capucha que cubría su cabeza e hizo un ademán con la mano para ofrecerles con afectada solemnidad lo que había sobre su sencillo mostrador ambulante. Estaba lleno de baratijas de poca monta, pero muy diversas y abundantes… Botones de madera, agujas, alfileres, hilos blancos, dedales… Pequeñas hebillas, cordeles, pañoletas, cuentas de piedra para hacer collares, bolsas para llevar monedas o lo que fuera menester, faltriqueras, navajas, pañuelos para limpiarse… Cintas de paño o de lana, algunas de terciopelo, aunque se las veía algo gastadas… Y cepillos, peines, broches de madera y latón, cordones de cuero, cinturones… Hasta un collar para perros…

—¿Dónde está Risco? —preguntó Tello cuando advirtió que ya no le seguía.

—Se fue hace un rato venteando como si estuviese poseído —contestó Gaspar a punto de romper a reír.

—Un día de estos desaparecerá.

—No por mucho tiempo, que ya sabes que los machos se cansan pronto de sus amores cuando estos son furtivos —le dijo Constanza —, que los verdaderos no los ven así los pisen.

Ofelia le dio un leve codazo en la cintura con disimulo.

No supieron si Tello llegó a escucharlo porque les dio la espalda y observó abstraído cómo Ana y una de las criadas de Miguel de Almedilla deambulaban entre el gentío. Tras ellas, a unos pasos de distancia, lo hacían el propio mercader de tapices y Guzmán Martínez de la Osa.

—Vayamos a buscar un músico para que nos distraiga —le reclamó Constanza a Ofelia—, que por aquí no parece que haya ninguna otra diversión.

—Más bien una tortura.

En cuanto Ana vio al postulante, cambió la dirección de sus pasos y se dirigió hacia él. Sabiéndose descubierto, Tello rodeó la mesa del buhonero y se parapetó a un lado del carro en el que el hombre transportaba sus mercancías. Aún dudaba de si quería encontrarse con ella, pero en ningún caso quería hacerlo delante de tanta gente.

—Avísame si mi tío me requiere —le dijo Ana a la doncella. Y tras pasar junto al buhonero y esquivar la mula que estaba amarrada a la carreta, se acercó a Tello—. Si no quieres verme, puedo comprarte un manto con capucha como el que tiene el mercachifle y así podrás pasar desapercibido.

Tello tomó a la joven de la muñeca y se apartaron algo más del paso del gentío.

—Tu tío anda cerca y va en compañía del alférez, alguien a quien no gusto demasiado —se excusó.

—Dentro de poco deberán guardarte el respeto que mereces —aseguró ella.

—¿Por qué lo dices?

—Siendo postulante, pronto ingresarás como novicio, ¿verdad?

—No será hasta verano cuando el prior me ponga a prueba. Todavía quedan cuatro meses para que eso ocurra. Si supero su

examen, tardaré un año más en ser monje, y otros seis más en ordenarme sacerdote.

—Entonces te ganarás la consideración de ese alférez, que la mía y la de mi tío ya las tienes —dijo con tanta determinación como dulzura, aunque de inmediato se le entristecieron los ojos—. Sea como fuere, si tu intención de pertenecer a la Orden es firme, llegará el día en que deberás guardar sus preceptos y te encerrarás en la clausura de un convento. Entonces te perderé para siempre.

—Para siempre es demasiado tiempo —se le ocurrió decir. Aquella voz y su mirada despierta le desarmaban del escaso valor que lograba reunir cuando estaba en su presencia.

—En cualquier caso, Tello del Saz, voy a echarte mucho de menos. No solo me agrada tu compañía y me maravillan todas esas cosas que me cuentas… Es que, además, con lo que está pasando en la explanada, si no he rogado a mi tío que me lleve de vuelta a Alcalá ha sido porque creo en lo que dices y, sobre todo, por lo ocurrido entre nosotros aquella noche cuando…

—¿Qué he dicho… exactamente?

—¡Dios santo, Tello! —Se desesperó por tan brusca e inoportuna interrupción justo cuando había decidido sincerarse—. Dijiste que ya no había peligro para mí si permanecía en San Lorenzo el Real —se explicó antes de suspirar—. ¿Es eso verdad?

—¿Que no estás en peligro? ¿Que todo ha terminado? Por supuesto que lo es. Como has comprobado, llevamos tres meses en los que no ha habido más asesinatos.

Ana hizo un ligero mohín de satisfacción con la nariz.

—Entonces… podemos seguir hablando de nosotros… —dio por hecho la joven.

—Nada me gustaría más, pero este no es el lugar más adecuado. Por otra parte, en los próximos días no me van a dejar mucho tiempo para dedicarte.

—¿Por qué? ¡Ah, sí!… —Pareció enfadarse, aunque, en verdad, lo que traslucía su mirada era cierta tristeza—. Continuar con tus estudios para ser novicio te va a impedir verme, incluso pensar en mí. Tienes suerte, Tello del Saz, porque así estarás a salvo, que lo que los ojos no alcanzan a ver protege al corazón de…

—¡No! —se le escapó un grito antes de recapacitar—. No es eso… No estoy muy seguro de… Bueno, prefiero pensar en ti antes que… —se atragantó en su propia indecisión—. Lo cierto es que hay otra serie de problemas que requieren mi atención… Bueno, en realidad son tan míos como del prior y del obrero mayor…

—¿No has trabajado debidamente? ¿Has cometido alguna negligencia y por eso te han reprendido?

—No se trata de eso. Me refiero a aquellos sucesos ocurridos en las obras de los que te hablé, percances que parecían accidentes y que quizá no lo fueran.

—Como el incendio en la carpintería o la caída del andamio.

—O el derrumbe de un muro acaecido antes de que tú llegaras aquí. Y otros incluso antes de que viniera yo. Sospechamos que, quizá, todos fueron provocados…

Ana oteó los alrededores con un rápido movimiento de cabeza y le chistó para que guardara silencio.

—Me alarma lo que dices, Tello del Saz, pero más me desalienta saber que nunca volveré a tenerte —confesó a media voz—. Acude a mi casa esta noche y te explicas como debes —le rogó en un susurro que no dejaba entrever si había en su tono más tristeza y angustia que deseo—. Con motivo de la fiesta de primavera, mi tío estará disfrutando de un convite con los altos funcionarios en las dependencias que estos tienen en El Escorial. No volverá hasta la madrugada.

—Muero por verte a solas, pero…

—Te estaré esperando frente a la chimenea… —le interrumpió ella posándole el dedo índice sobre los labios.

—¡Mi señora, mi señora!, que vuestro tío os busca y se está acercando…

El aviso de la sirvienta llegó cuando la escapatoria ya no era posible. Tello y Ana vieron cómo Miguel de Almedilla los saludaba agitando la mano en tanto que el rostro del alférez se iba avinagrando.

El postulante franqueó el camino a la joven y ambos abandonaron su posición cerca del carro del buhonero para salir a su encuentro.

—¡Me alegra mucho coincidir de nuevo con vos! —exclamó el

mercader de tapices exhibiendo una franca sonrisa—. Ya veo que recordáis a mi sobrina Ana.

—Por más que hubiera querido, jamás podría haberla olvidado —galanteó.

—Lo que sí parece obviar es su condición cuando está delante de una dama —intervino el alférez.

—Señora… —se despidió Tello con una leve inclinación de cabeza.

Ya había iniciado la marcha cuando escuchó a su espalda la invitación del mercader:

—Os ruego paséis a visitarnos cuando os plazca, o si necesitarais de mí para cualquier otra cuestión.

A punto estuvo de darse la vuelta y hacer un gesto obsceno al militar para jactarse de las atenciones que Miguel de Almedilla acababa de dedicarle, pero se contuvo. Quien sí lanzó varios exabruptos al aire fue Esteban Lizar cuando tropezó con él por ir más pendiente de lo que dejaba atrás que de lo que tenía delante.

—El lunes quiero verte —le dijo sin importarle el aspaviento que había hecho el capataz cuando se le echó encima—. Me han ordenado investigar a fondo los últimos sucesos ocurridos en las obras y voy a necesitarte.

—Tendrá que ser la semana siguiente —le respondió Esteban—. Mañana, a más tardar el lunes, llegará desde Madrid Juan de La Laguna. Es el nuevo maestro de carpintería. Sustituirá al pobre García de Quesada, a quien Dios sin duda habrá acogido en su gloria tras perecer de forma tan horrible en el incendio.

—Avísame en cuanto dispongas de tiempo para mí. Pero no lo dejes correr.

Tello empleó parte de la tarde en buscar a Risco, al que por fin encontró regresando de El Escorial con la lengua fuera. Luego cumplió su palabra y acompañó a las mujeres y a Gaspar al puesto del buhonero y le pagó las baratijas que sus tres amigos habían escogido. Y aunque ellas, agradecidas, se comportaron bien con él, ya fuera porque la dueña de la tasca dejó de tirar de sarcasmo, o bien porque la otra evitó caer en una excesiva zalamería, el hombre se retiró al convento antes de que el sol rozase el perfil del monte.

Y es que Tello tenía mucha prisa por purgar en soledad aquellos

pensamientos impuros que la presencia de Ana le había provocado. Se sentía tan atormentado que estuvo a punto de utilizar otra vez el flagelo de manera salvaje contra su espalda, pero ya no merecía la pena hacerlo. Claudicaba ante la nueva prueba con la que le retaba la vida. Para esas cuestiones, el latiguillo no había servido de mucho. De hecho, no había servido de nada, tan solo para despellejarse la piel y provocarle graves heridas. Sin embargo, la sensación de angustia era insoportable. Notaba cómo la tentación rabiaba en su interior porque la voz de Ana se le había quedado encallada en los oídos, porque sus ojos se habían prendido en los suyos y porque no lograba quitarse de la cabeza sus palabras cuando le aseguró que necesitaban verse. Y mientras su torpeza de postulante le impedía ser sincero y directo con ella en cada encuentro, ella continuaba derrochando amor y entendimiento al proclamar sin reservas que daba por bien empleado el sacrificio que suponía perderle para siempre en la clausura del convento si eso era en beneficio de la cristiandad, pero que igualmente no estaba dispuesta a que solo unos besos fueran todo el recuerdo que él le dejara. Y ante tanta hermosura y tanta atracción, Tello se veía como un ser vil, mezquino y ruin, porque además de percibir en cada poro de la piel el mismo amor que ella demostraba, el deseo crecía en su interior como un tumor ponzoñoso. Y entonces sufría lo indecible porque intuía que, a cada segundo que pasaba en presencia de Ana, de su mente se borraba todo aquello por lo que tanto había padecido durante los tres últimos años; olvidar tantas muertes, tantos crímenes que, en verdad, había cometido; olvidar una vida fácil y vacía; olvidar a Inés; olvidarse de sí mismo y darse a los demás…

Sí, hasta eso había olvidado.

Esa misma noche, el portillo de la casa de Miguel de Almedilla apenas emitió un suave chirrido cuando Tello lo empujó. El jardín estaba oscuro, desierto, silencioso. No había luz en las ventanas que daban a la antesala donde solía encontrarse con Ana, pero desde su posición podía ver el bailoteo nervioso de las llamas que prendían en la chimenea.

Fue entonces, antes de dar un solo paso, cuando vio cómo la puerta se entreabría y Ana se asomaba para reclamar su atención con un gesto. No tardó él en obedecer y caminar como un zagal hasta alcanzar el edificio.

—Has cumplido tu palabra —le dijo ella tomándole las manos—. ¡Ah, están heladas!

—Quizá sea el diablo quien las ha enfriado por plegarme a sus deseos —admitió él con pesar, aunque no podía evitar que la sonrisa asaltara su boca, sus ojos, incluso su ánimo.

—Deja al diablo fuera de esto, que cuando el amor quema no hay demonio que pueda enfriarlo.

—Pero, Ana…

Ella volvió a sellarle la boca con la punta de los dedos.

—Calla, Tello del Saz, y permite que tus labios me hablen de otra manera.

Tal y como había ocurrido tres meses atrás, el primer beso resultó fugaz, dulce, casi inocente, y a continuación vino otro más largo y decidido. El tercero fue impetuoso y fiero, tanto que las lenguas rompieron la barrera que ofrecían los dientes y se buscaron con ahínco, con determinación, con arrebato. Tello recordó batallas amatorias pasadas y ya no le puso reparos al deseo ni frenos a su cuerpo. Así que arengó a sus manos para que rozaran con audacia el cuello de Ana y así luego dejarlas caer hacia sus pechos, y atacar primero el de oriente y después el de occidente. O viceversa, ¡qué más le daba!

Fue entonces cuando ella comenzó a respirar como si quisiera atrapar todo el aire templado que había en la estancia. Después, lenta pero incesantemente, inició una serie de suspiros que no eran de lástima sino de gozo, y tanto lo fueron que en poco tiempo pasaron a ser gemidos de placer, y luego de frenesí. Y llegó la locura, el delirio, casi la lujuria.

O sin el «casi».

Porque las cuatro manos ya se buscaban con impaciencia. Mientras la derecha de él hallaba el camino por donde sortear la camisa, la izquierda ya había levantado la saya y la emprendía con el faldellín para llegar hasta el mismo centro del deseo. Ella no le iba a

la zaga, pues le fue fácil invadir su cintura y abreviar el camino hacia su torso por debajo del jubón, al igual que hacerse un hueco entre las calzas y su cadera en busca de lo que allí crecía recio, inflexible y de manera desmesurada.

El combate se desarrollaba feroz e igualado. Tan pronto uno se desprendía de una prenda o ayudaba a liberarla a su contrincante, el otro hacía otro tanto para no quedar aventajado o en desventaja. Pronto descansaron sus cuerpos desnudos sobre la áspera alfombra de la antesala, aunque poco les importó, máxime cuando él no cesaba de acariciar todo lo que sus dedos alcanzaban, y ella hacía lo mismo pero con menor intensidad, pues el deleite que él le procuraba ralentizaba sus movimientos.

Y Tello supo que ya se acercaba a la cima del éxtasis cuando Ana dejó escapar leves aullidos de excitación que él tuvo que atenuar tapando su boca, y en cuanto notó que ella resbalaba hacia el abismo del gozo, frenó sus manos para poder tumbarse boca arriba y subirla a horcajadas sobre su vientre.

Desde ese mismo instante, su ataque fue irrefrenable y centró todas sus energías en el ariete que se desesperaba por emplear. Ella no postergó el encontronazo de su embestida. Al contrario, la rendición de su guarida era demasiado patente, apetecida, ansiada. Y él no fue brusco, por más que la impaciencia le espoleara los riñones. Y aunque Ana quiso dejarse hacer, sus manos buscaron la complacencia y la satisfacción tanto de él como de ella misma, que tan pronto agarraba los cuartos traseros de aquel guerrero que la asediaba para que no cejara en su empeño, como que se adentraba en su intimidad para aumentar el placer que él le regalaba.

Y aquella lucha fue progresando, después languideciendo, y al poco tiempo volvió a enardecerse para luego casi detenerse. Y de repente, en un relámpago final, la pasión hizo que ambos consiguieran casi a un tiempo la conquista de sus anhelos más profundos y, a la vez, más mundanos.

Se hizo el silencio. Luego llegó el descanso y la somnolencia entre aromas a hembra joven y a soldado desfogado. Inundaban la estancia vahos de sudor y saliva, recuerdos de párpados cerrados y luego abiertos con desmesura, manos crispadas, piernas abiertas

que después se tensaban para aprisionar a su atacante, al contrario que las de él, dos columnas caídas que se relajaron tan pronto alcanzó aquello que perseguía.

—Jamás me iré de tu lado, Tello del Saz —musitó ella mientras sus labios jugueteaban con la oreja del postulante.

Pero él no la escuchó. Sus palabras no pudieron atravesar unos oídos que, en esos momentos, estaban sordos. Lejos de alegrarse por haber poseído a la mujer de sus desvelos, Tello se sentía derrotado. Acababa de traicionar todos esos propósitos que eligió cumplir tres años atrás. Lo único cierto era que, durante mil días, había buscado con desesperación el perdón divino, y para lograrlo se había esforzado en adaptarse a la vida monacal con la única intención de olvidar todo su pasado. Sin embargo, tan pronto llegó a San Lorenzo el Real fue presa del fracaso, primero subiendo a las tascas y probando de nuevo el vino, y ahora sucumbiendo sin remedio a la atracción irresistible de aquella mujer. Ya no podría dedicarse por entero a Dios. Con tanta maldad y tantas muertes a sus espaldas, su arrepentimiento no sería suficiente para redimirse. Estaba condenado a los infiernos. O quizá siempre lo estuvo y no había querido verlo.

Incluso pudiera ser que, tal y como había estudiado en algunos de los libros que caían en sus manos, Dios Todopoderoso, en su infinita compasión y magnanimidad, le concediese cierto perdón y le enviara al purgatorio solo media eternidad. O tres cuartos de ella.

—Quiero permanecer siempre junto a ti —escuchó decir a Ana.

Sus palabras le permitieron sentir de nuevo la calidez de su cuerpo.

—No hay cosa que más desee en este mundo, pero no sé si podré complacerte.

Ella se incorporó con gesto asustado.

—¿Qué estás diciendo, mi amor?

—He sido débil, me he dejado llevar por la tentación, he pecado…

—Nooo, mi cielo… —le consoló—. Si estás arrepentido, entonces serás liberado de tus culpas.

—Esto no tiene nada que ver —insistió observando la desnudez de la joven y cómo, de vez en cuando, sus piernas aún daban algún

respingo—. Mi vida pasada es inconfesable, ¡imperdonable! He luchado y he matado en guerras para mayor gloria del Reino de Dios, pero también lo he hecho a sangre fría, de manera cruel y cobarde. Y ahora he deshonrado mi conciencia, mi arrepentimiento, mis intenciones… No soy digno de tomar los votos.

—No me abandones… —balbuceó ella con lágrimas en los ojos.

Tello la miró con paciencia. En verdad era una mujer muy bella, incluso con la pena desgarrando sus labios hacia abajo.

Y se conmovió.

—Meditaré la decisión que debo tomar, y no haré nada hasta estar convencido de que hago lo correcto. Depende de ti esperarme o repudiarme, amada mía. Vive Dios que te quiero de manera limpia y pura, Ana, pero ahora mismo me siento incapaz de tomar el buen camino porque no sé cuál es.

—Te esperaré toda la vida, Tello —le aseguró acomodando su rostro sobre el pecho de él.

—Sea como quieres, pero hasta que no se despejen las dudas que sujetan mi voluntad, no podremos volver a vernos, y mucho menos a solas.

Ella inició un llanto silencioso y desconsolado mientras él se levantaba y se vestía. Antes de abandonar la estancia, besó la frente de la joven y le acarició la mejilla.

—Yo también te amo, Ana, pero de momento debe ser así.

Fue aquella una noche larga y difícil. Tras la misa del alba y un desayuno escaso por falta de hambre, Tello no tuvo más remedio que admitir que le suponía todo un sacrificio salir esa mañana del convento para vigilar el funcionamiento de las grúas. No estaba de humor y presentía que no lo recuperaría en algunos días. Por eso no le hizo demasiado caso a Gaspar, al que envió a hacer recados tan pronto se encontró con él.

—Y llévate a Risco. Si quiere aliviar sus ardores de cachorro por ahí, que no me provoque más sobresaltos con sus desapariciones, que me tiene harto.

Así estuvo más de media mañana, solo, evitando cualquier

compañía, sin abrir la boca para otra cosa que no fuera dar un consejo desganado, un saludo fugaz, acaso una orden tajante y corta por no gastar seso ni saliva. Todo su tormento se centraba en qué hacer cuando llegara el verano. ¿Debía convertirse en novicio o desestimar aquel camino por lo que había hecho esa noche con Ana? Sabía que muchos postulantes habían caído en la tentación de la carne, y también no pocos novicios e incluso monjes. Pero eso no era ni excusa ni alivio. Por más que reflexionaba, no lograba saber si estaba tan comprometido con su propósito de ser monje como cuando llegó a San Lorenzo el Real. Y si finalmente rechazaba continuar por la vía de la virtud, ¿qué haría después? Sabía que, en el fondo, Ana estaba fuera de su alcance. Por mucho que ahora le amara, por mucho que quisiera estar toda la vida junto a él, Tello no dejaba de ser un antiguo soldado que había degenerado hasta convertirse en un asesino a sueldo a las órdenes de un señor perturbado por sus ínfulas de grandeza. No tenía nada que ofrecer a nadie, y menos a una joven de familia hidalga en Alcalá de Henares. Así había sido hasta entonces, y mucho se temía que así iba a ser siempre.

Aunque, quizá, visto de otra manera, unir su vida a la de Ana fuese ahora la voluntad del Dios… Desde luego, podía ser otra posibilidad…

—Te necesitan en las colmenas —le sacó de sus tribulaciones un carretero que acababa de llegar por el camino que venía de una de las arboledas.

—Creo que te has confundido de hombre.

—¿No eres Tello, el ayudante del obrero mayor?

—Lo soy. ¿Te envía fray Antonio? —preguntó levantándose de la piedra en la que había estado sentado.

—Un muchacho llamado Gaspar me dijo que te avisara. Estaba con otros dos chicos a la vera del camino que sube al monte por poniente. Parecían alborotados.

—¿Contra el muchacho?

—No, los tres.

—¿Y qué quieren de mí?

—Los otros dos lloraban como si fueran mujeres. Gaspar les

aseguró que solo tú podrías ayudarles.

—¿Te pareció urgente?

—¿Sabes una cosa? —le dijo el carretero antes de escupir con violencia al suelo—. Llevo por los caminos tanto tiempo que no me equivocaría mucho si te dijera que todo aquel revuelo me da mala espina.

—¿Cómo de mala?

—Para mí que esas lágrimas olían a muerto. No te digo más —y ante la expresión de sobresalto de Tello, el hombre añadió—: Descargar estas maderas no me llevará más que un rato —dijo haciendo un gesto hacia los tablones que transportaba en la caja del carro—. Si quieres, luego te subo hasta allá, que las mulas irán más ligeras.

—No hay tiempo —rechazó el ofrecimiento y, a grandes zancadas, enfiló el camino.

No le cabía la menor duda de que Gaspar estaba en un serio apuro.

20

La ansiedad le pudo. Estaba dispuesto a subir a la carrera el camino de poniente que cortaba el monte Abantos cuando, al pasar junto a uno de los establos, recapacitó y solicitó al guarda que lo custodiaba que le permitiera tomar prestada una de las pocas mulas que descansaban allí ese día.

—Las necesito todas por si hubiera algún imprevisto —se negó el hombre.

—La requiere fray Antonio de Villacastín —mintió.

—¿Quién lo dice?

—Su ayudante, Tello del Saz —aseguró para hacerse valer.

El guarda no le conocía de vista, pero, desde luego, tenía que haber oído su nombre a juzgar por la celeridad con la que desató al animal.

—Aguardad un instante que os la ensillo.

—Me basta con la cabezada y las riendas. Date prisa.

Bien poco tardó el hombre en dejar la mula lista para que Tello la montara a pelo y saliera a trote ligero hacia el monte. Algo más de media legua después vio en el camino a Gaspar sentado debajo de un árbol y con aspecto abatido. Estaba acompañado por dos muchachos algo mayores que él. Los ojos de los tres parecieron revivir cuando se percataron de su llegada. Gaspar fue el primero en levantarse y salir a su encuentro.

—Deja la mula atada a este mismo árbol y ven conmigo —fue lo primero que le dijo, antes incluso de haber desmontado.

—Acercarse es peligroso —les advirtió uno de los jóvenes—. Deberíais esperar que os traigan las vestiduras de protección.

—¿Qué vestiduras de protección? —se extrañó Tello.

—Será solo un vistazo, y desde lejos —insistió Gaspar sin hacer caso al joven, que se encogió de hombros dándose por vencido

antes de reunirse con el otro.

El muchacho agarró de la mano a Tello y, a través de un bosquecillo de carrascas, le guio ladera arriba hasta toparse con una serie de cortas planicies a modo de terrazas donde alguien había dispuesto en línea media docena de viejos troncos ahuecados. Los tocones tenían tres pies de alto por uno y medio de diámetro, y formaban varias hileras. Cada uno estaba cubierto con un gran pedazo de cerámica, restos sin duda de alguna tinaja rota.

Gaspar se detuvo a una veintena de pasos de la primera terraza y le señaló una de las filas.

—Ya las veo. Son colmenas. No podemos pasar de aquí o las abejas nos atacarán —dijo Tello a media voz.

—Creemos que eso es lo que le ha sucedido a ese pobre desgraciado —contestó el muchacho señalando con más ahínco el final de una de las hileras.

Entonces el postulante descubrió los pies de alguien que permanecía tumbado.

—¿Qué ha ocurrido?

—En realidad no lo sabemos, pero me da que lo han matado.

—¿Quiénes?

—Las abejas, Tello, ¿quiénes si no?

Todavía podían verse varias docenas de insectos sobrevolando el cuerpo, como si estuvieran vigilándole.

—¿Y cómo es que te encuentras tú tan alejado de las obras?

—De buena mañana llegó a la explanada la noticia de que una carreta había partido una de sus ruedas a una legua monte arriba. Se necesitaban manos para descargar las piedras y subirlas a otra que ya iba de camino. Así que recluté a dos ayudantes de albañilería para que me acompañaran. Cuando subíamos campo a través, casi sin querer, vimos a ese desdichado allí caído. Al acercarnos nos dimos cuenta de que el lugar era un colmenero, así que nos detuvimos.

Tello aguzó la vista, pero desde allí no era posible ver qué le había ocurrido al hombre que permanecía tumbado boca arriba y protegido por la copa de una encina.

—¿Qué hicisteis a continuación?

—Nos olvidamos del accidente y bajamos hasta el camino para dar aviso. Poco después, un carretero que iba hacia San Lorenzo nos tranquilizó diciendo que alertaría del ataque a los monjes que cuidan las colmenas del convento para que se acercaran hasta aquí. Antes de partir, cayó en la cuenta de que conocía a un apicultor que vivía cerca y sería más rápido dar con él. Nos aseguró que, ya fueran unos u otros, alguien vendría en nuestra ayuda trayendo vestiduras de protección y ahumadores.

Algo más de una hora tardó en llegar el apicultor, un hombre curtido por los aires serranos, más joven que Tello, ancho, fuerte y tuerto. Venía con otro compañero. Ambos portaban sacos en los que guardaban recias vestiduras. Se trataba de unas gruesas calzas blancas y unas túnicas bien tupidas del mismo color que cubrían hasta casi los tobillos. Estaban provistas de una capucha a la que habían cosido una máscara hecha de cestería a través de la cual era tan difícil ver como que un insecto pudiera traspasarla. También sacaron de otro costal unos pequeños ahumadores de cerámica y los dejaron en el suelo junto a una olla de cobre, algo de yesca, un eslabón y un pedernal.

Mientras comenzaban a vestirse, los dos hombres contaron que tenían sus propias colmenas a un par de leguas de distancia.

—Estas son de Agustín de La Hoya, un joven que gusta de trabajar sin compañía —explicó uno de ellos a la vez que se ajustaba bien las calzas en las alpargatas—. No tendrá más de veinticinco años, pero se basta para manejar él solo su medio centenar de colmenas.

—Ha debido de tener un desvanecimiento porque jamás ha sufrido ningún percance, aunque algún picotazo todos nos hemos llevado, ¡por supuesto que sí! —apuntó el otro—. De todas formas, los que lidiamos con las pequeñas sabemos cuándo se retiran porque no quieren jaleo y cuándo están enfadadas de verdad. En esos casos es mejor dejar las labores para otro día.

—Por eso nos cuesta creer que las abejas lo hayan atacado.

—Vayamos a ver, pues —concluyó Tello pidiéndoles unas calzas y una de las túnicas con capucha.

Gaspar prefirió no vestirse, aunque también había ropajes para él.

Quiso quedarse a cierta distancia por si surgía algún problema. Él decía que era para pedir ayuda si se necesitaba, pero poco podría hacer si el millón de insectos que habitaban las colmenas decidían crear dificultades a los tres hombres. Por ello, los dos apicultores comenzaron a prender pequeños manojitos de estopa en el interior de unas vasijas de barro a modo de botijos chatos. Aquellos ahumadores tenían una abertura a un lado para introducir la arpillera, y otra igual en el opuesto por donde soplar con suavidad para sacar el humo. También quemaron en la olla de cobre una serie de palitos, cortezas y otras hierbas secas hasta que comenzó a vomitar una espesa humareda.

Protegidos por las vestiduras y una molesta nube de humo gris, los tres se acercaron hasta el lugar donde yacía el tal Agustín. Estaba con las piernas abiertas. Una permanecía estirada; la otra, flexionada. Las dos parecían estar boca abajo pero, a partir de la cintura, el resto del cuerpo estaba girado.

—Esa posición revela un dolor extremo —dijo Tello, y notó que los latidos de su corazón pateaban sus oídos. Debía permanecer alerta. El peligro acechaba.

Y no era para menos. La neblina parda que escupían los ahumadores les había abierto el camino hasta el cuerpo de Agustín, y ahora la olla se había convertido en un volcán que mantenía al enjambre volando a su alrededor pero sin apenas ganas de incordiarles. Algunas abejas se posaban en sus trajes. Era fácil distinguirlas caminando torpemente sobre la tela blanca, aunque no se mostraban ni nerviosas ni agresivas.

Lo primero que percibió Tello fueron los centenares de insectos muertos que alfombraban la tierra en torno al cadáver. El sacrificio de aquellas obreras era patente. Una vez asestado el aguijonazo para defender la colmena, habían terminado destripándose a sí mismas y perdiendo la vida al intentar alzar el vuelo.

Lo segundo que supo fue que Agustín había fallecido hacía poco rato. El joven no respiraba aunque, cuando le tocó el cuello, su piel aún estaba tibia. Entre él y uno de los dos apicultores lo tomaron por los brazos y las piernas y lo trasladaron con cuidado hasta donde se encontraba Gaspar. El muchacho retrocedió una docena de pasos

hasta que las abejas que los rodeaban se retiraron de nuevo hacia la colmena. El otro apicultor había llevado la olla humeante junto a ellos para mantenerlos seguros.

Una vez tumbado el cuerpo boca arriba, y tras deshacerse de la máscara de cestería, el espanto les hirió los ojos. Agustín había muerto a consecuencia de haber recibido un millar de picotazos. Era impactante ver los diminutos aguijones todavía clavados en la carne. El veneno inyectado había producido tal cantidad de pequeños habones que estos se solapaban hasta cubrir el cadáver por completo. Aparecían incluso en los oídos, la boca, la lengua, los párpados, los ojos… Su rostro se había deformado de una manera macabra por la hinchazón. En las ropas también se apreciaban los minúsculos agujeritos que habían dejado los acúleos de las abejas, bien cuando le atacaron, bien cuando intentaron escapar si habían penetrado bajo la tela.

Uno de los apicultores pidió a Tello regresar al lugar donde lo habían encontrado para inspeccionarlo. No terminaba de creerse que su amigo hubiese muerto por una imprudencia. El postulante cubrió de nuevo su cuerpo con las vestiduras y la máscara, y fueron hasta allá. Las abejas se revolvían inquietas según se iban acercando, pero la humareda que desprendía la olla las mantuvo a cierta distancia. Eso les permitió deambular juntos por los alrededores y que el apicultor destapara con sumo cuidado alguna de las colmenas, revisara su interior someramente o examinara los trozos de tinaja que las cubrían. También se agachó para echar un vistazo al suelo por si encontraba algo que le ayudara a entender qué había ocurrido. Pero todo fue en vano. Aparte de docenas y docenas de cadáveres de abejas sobre un terreno algo removido —con seguridad por los movimientos violentos que hizo el joven cuando se vio atacado—, no vio nada que le indujera a pensar en algo fuera de lo normal.

—Parece que Agustín cometió el error de molestar a las abejas y eso hizo que toda la colmena se defendiera —juzgó Tello una vez regresaron junto a Gaspar y el otro apicultor.

—Nos resulta muy difícil concebir siquiera que haya sido como vos decís. Casi imposible. Cierto que Agustín era joven y quizá le faltara

algo de trasiego, pero le conocíamos bien. Llevaba ya el tiempo suficiente tratando a las pequeñas como para cometer un error de principiante. Era cuidadoso y se daba mucha maña —le respondió el que había ido con él hasta las colmenas—. Además, este ataque ha sido salvaje. Jamás pensé que las abejas pudieran reaccionar de una forma tan fiera.

Tello respiró hondo y se inclinó sobre el cuerpo. Con más respeto que cuidado, palpó su cabeza a través del desorden de sus cabellos por si encontraba señales de haber recibido algún golpe, pero la búsqueda resultaba impracticable a causa del amasijo de pelo sucio que cubría una piel que se asemejaba a una escudilla abollada. También se atrevió a separar algo la camisa y las calzas. No había zona de su cuerpo que no estuviera inflamada por los venenos. Cualquier parte, una oreja, un dedo, un codo, todo se veía deformado por la hinchazón. Pero entre los habones descubrió dos tajos paralelos en la mano izquierda. Eran más cortos que los que detectó en el registrador y el contador ya que, de los cuatro dedos, solo afectaban al índice y al corazón. Además, parecían superficiales, aunque era difícil asegurarlo. Tampoco podía calibrar con precisión si tenían la misma separación entre ellos, pero desde luego eran molestamente similares a los de los otros cadáveres. Por si fuera poca la impotencia que comenzaba a sentir, se le antojaba imposible saber si eran recientes, pues la sangre que rodeaba las heridas también podía deberse a los picotazos cercanos.

Cuando terminó de examinar la mano y la dejó sobre la tierra, le pareció vislumbrar una marca muy débil alrededor de la muñeca, como si hubiese estado sujeta por una cuerda.

—Una cuerda… o una tela… —barruntó para sí.

No podía saberlo. La carne de todo el cuerpo estaba muy inflamada, enrojecida por los picotazos, amoratada en algunas zonas, lo que le impedía estar seguro de que aquellas marcas indicaran una posible inmovilización de sus manos.

Horas más tarde, Tello fue a ver a Pascual Cascante a su casa.

—No puedo ser más preciso porque el joven era una especie de monstruo, querido amigo —le dijo tras relatarle lo ocurrido.

—Quizá te pudo la obsesión por relacionarlo con las otras

muertes.

—No te diría que no. Y como las muñecas no me decían nada, le examiné también los tobillos.

—¿Y?…

El gesto del postulante osciló entre la duda y el sufrimiento.

—Pues más de lo mismo, Pascual, que aquello era un espanto, y me pareció ver también alguna marca muy liviana en su piel, como si en verdad le hubieran sujetado los pies.

—Es posible que, con el paso de las horas, las deformidades mengüen y sea más fácil llegar a una conclusión. ¿Qué han hecho con el cuerpo?

—Lo han llevado a La Hoya. Allí lo van a velar. Pero te digo yo que va a estar bien tapado porque nadie querrá quedarse con el recuerdo de semejante atrocidad.

Pascual Cascante se rascó suavemente la barba.

—Si no tenemos acceso al cuerpo, no podemos hacer mucho más —dijo desanimado mientras buscaba una silla y se dejaba caer pesadamente.

—Yo creo que hay muchas pistas que indican que, como poco, esta muerte es tan extraña como las tres anteriores.

—¿A qué te refieres?

—Voy a dar por cierto que Agustín era un apicultor experimentado y que, por tanto, nunca se hubiera acercado sin protección a una colmena, mucho menos si en los alrededores había tres docenas más —discurría el postulante—. Lo fundamental era disponer de un ahumador, y no encontramos ninguno. Tampoco vestía ropajes que le protegieran, ni máscara de cestería.

—Pudo haber sufrido un desmayo —sugirió Pascual.

—Cierto, pero le habría sobrevenido lejos de las colmenas, porque estando en su sano juicio, al sentirse desfallecer, no se le hubiese pasado por la cabeza acercarse —refutó—. Y si, por una imprudencia, se hubiese aproximado más de lo aconsejable y el enjambre se le hubiese echado encima, habría salido corriendo en dirección contraria y habría muerto a muchos pasos de allí, nunca a pie de las colmenas.

—De quedarse, habría sido un suicidio.

—En efecto, un suicidio tan extraño como el del contador. Recuerda que el cadáver presentaba los dos cortes paralelos en la mano izquierda.

—También los tenía el registrador.

—Sí, pero a ese no hay duda de que lo degollaron.

—Tienes razón. Y con el contador pretendieron que la escena indujera a pensar que se había quitado la vida.

—Creo que ni en su caso ni en este se trata de un suicidio —ratificó—. Alguien ha asesinado a Agustín.

—Y yo sé quién ha sido —aseveró Pascual—: un millar de abejas.

—Ellas ejecutaron a la víctima, pero la sentencia la dictó otra persona, quizá la misma que lo ató de manos y pies antes de dejarlo a merced de aquellas colmenas.

—Si es como dices, Tello, el que lo hizo no tenía miedo a las abejas o sabía cómo tratarlas porque luego se deshizo de las ligaduras.

—Estamos hablando entonces de un apicultor.

—O de alguien muy valiente.

—Valiente… y conocido de Agustín, porque lo pudo atar sin presentar lucha.

—Quizá lo hizo o quizá no.

—En el estado en el que estaba el cuerpo es imposible saber si antes sufrió algún golpe que lo incapacitara.

No hablaron más esa tarde, aunque para Tello el tema de conversación no había hecho más que empezar. En cuanto regresó al convento fue llamado de inmediato al despacho del prior. A Julián de Tricio ya le había llegado la noticia. Al parecer, Agustín de La Hoya era conocido por los monjes que cuidaban las colmenas propiedad de la Orden.

—Tienes que hablar con ellos —le ordenó.

—No sé si también debería avisar al padre campero —dudó refiriéndose al monje que se ocupaba de la cabaña de ganado propiedad del convento.

—Aquí no pinta nada. Bastante tiene ya con sus toros, sus vacas y el abastecimiento de leña y carbón.

—Cierto, pero justamente por ello conoce bien los campos.

—Habla con quienes te he dicho y luego decidiremos.

Tello se encontró con los monjes encargados de los dos centenares de colmenas repartidas por los terrenos del monasterio. Todos habían tenido trato en mayor o menor medida con Agustín y sus opiniones coincidían: era joven pero experimentado. Resultaba muy extraño que le hubiera ocurrido algo así.

—Pues entonces habrá que investigar qué pudo sucederle —decidió más tarde el prior.

—Mis obligaciones en las obras van a resentirse, padre —le advirtió sin muchas ganas el postulante—. Recordad que ya me estoy dedicando casi en exclusiva a desentrañar los motivos por los que se producen tantos accidentes en las obras. No puedo sumarle ahora otra investigación sobre todas estas extrañas muertes. Fray Antonio terminará por quejarse de mí. No quiero problemas con él.

—¿Acaso prefieres tenerlos conmigo? —le reconvino sin que sonara a amenaza.

—En absoluto, pero no sé de dónde voy a sacar tiempo.

—Aprovecha tu presencia en las obras para enterarte de todo lo que puedas sobre los accidentes y, cuando termines tus obligaciones, dedícate a las muertes. —Como vio que Tello torcía el morro, añadió—: Si vas a consagrar tu vida a Dios, todos los minutos del día serán pocos para hacer el bien, ofrecerte al prójimo y velar por que se haga justicia. Y eso es exactamente lo que te estoy ordenando que hagas.

Esa noche, en un primer momento Tello decidió no subir a la tasca de Constanza. Se quedó en su celda repasando la poca información que tenía sobre las muertes acaecidas en San Lorenzo el Real desde que él había llegado.

Como punto de partida de sus disquisiciones, dio por sentado que, de alguna manera, lo sucedido al apicultor tenía que ver con los anteriores crímenes. Sin embargo, aparte del doble corte en la mano, no halló ninguna relación con el registrador, el contador o el facineroso de El Escorial. Luego estaban las debilísimas marcas en las muñecas que vio en el cadáver. Podían deberse a que alguien lo hubiera atado con cuerdas para robarle, o torturarle, o asesinarle… Si no recordaba mal, el contador mostraba unas señales similares en

el cuello que quedaron casi borradas por las que le causó la soga que supuestamente acabó con su vida… Por fuerza, ambos casos tenían algo que ver entre sí.

Al final pensó que era mejor acercarse a la tasca de Constanza para compartir sus tribulaciones.

—El registrador fue asesinado cuando regresaba del campamento de las lavanderas, bien por ser víctima de un robo, bien por un asunto de faldas —les resumió a Pascual Cascante y a Hernando—. Por otro lado, pongamos que el caso del contador fue un falso suicidio, y que el rufián que atendía por Munio pudo ser liquidado simulando que participaba en una riña, nada de extrañar cuando ya sabemos que era un tipo pendenciero, de poca paciencia y gran arrojo. Y ahora tenemos la muerte de Agustín, acribillado por miles de abejas en sus propias colmenas cuando todos afirman que era alguien muy experimentado.

—Le estás buscando cinco pies al gato —opinó Hernando—. Tratas de encontrar una explicación donde no la hay. Quizá lo que esté a la vista sea la única verdad.

—Creo que Tello quiere hallar una relación entre todas las muertes. En algunas ese vínculo es palmario, como esos cortes tan característicos en las manos. Pero en otras va a ser muy difícil trazar esas similitudes —juzgó el comerciante.

—Yo me paso el día hablando con unos y otros en las obras. Quizá podría preguntar por ahí para ver si me entero de algo —intervino entonces Gaspar, que estaba sentado con ellos.

—¡Ni se te ocurra! —le prohibió Ofelia, que no cesaba de atender mesas, pero tenía los ojos y los oídos pegados allá donde estaban Gaspar y, por supuesto, Tello.

—Pero, madre…, ¿por qué no puedo ayudar?

—¡Esto no es un juego de niños! Ha muerto gente.

—En los accidentes también, y no me habéis dicho nada de tener la boca cerrada, al contrario; he tenido que escribir una relación que…

—¡¡He dicho que no!! —zanjó Ofelia.

—Ella tiene razón —concedió Tello, lo que provocó una intensa sonrisa en la mujer—. Los accidentes son solo eso: accidentes. Y en

el caso de que hubiera alguien detrás, no hay intención de matar a nadie en concreto.

—¿Y en las otras muertes sí? —se encaró Gaspar con él—. Pudiera ser que haya un asesino que esté escogiendo a sus víctimas al azar.

—¡Jesús, María y José! —se santiguó Ofelia.

El resto de la mesa la imitó.

—Dios nos libre de que sea así —rogó Tello al aire.

—Pues si no queréis que os ayude, al menos dejad que dé mi opinión —refunfuñó el muchacho—, si es que en algo os importa…

Y todos exageraron un gesto de aprobación.

—¿Qué se te pasa por esa cabeza de gorrión? —le preguntó Ofelia atusándole la cabellera.

—¿A que no sabéis con qué monjes del convento tenía que hacer buenas migas Agustín? —Al ver que todos le miraban estupefactos, continuó—: Pues con el padre encargado de la despensa y con el padre administrador de la cerería. Agustín tendría que hablar con ellos para venderles toda su producción de miel y de cera, ¿verdad? ¿O acaso estoy equivocado?…

—¡En absoluto! El muchacho está en lo cierto: miel para llevar a las cocinas y preparar dulces y guisos —apuntó Pascual.

—Y cera para las velas que se fabrican en el mismo monasterio —murmuró Tello para sí—. Es muy buen razonamiento, ratón.

—Es lo que hacen los demás apicultores de la comarca —prosiguió Gaspar—. ¿Por qué Agustín tendría que ser distinto?

Tello no esperó demasiado para hablar con los dos monjes. Al padre responsable de la despensa lo abordó al día siguiente en el patio de luces que formaba la confluencia de los cuatro corredores de la planta baja del convento. Se acercó a él según abandonaron el refectorio y le preguntó si conocía a Agustín de La Hoya.

—Me veo con él una o dos veces al año, cuando trae la miel para que se la compre —respondió algo confundido por el interés del postulante.

—¿Cuándo fue la última vez que coincidisteis?

Hubo un corto silencio, solo roto por el gorgoteo de los chorritos

de la fuente de piedra que adornaba el centro del patio.

—Hacia el final del verano —acabó por decir—. En esa época es cuando termina de recolectar toda su producción y la baja desde el monte con un carro que debe de arrendar en La Hoya o en Santa María de la Alameda.

Las mismas respuestas obtuvo de fray Tomás cuando, aprovechando uno de los descansos que hizo durante la mañana, bajó a buscarle hasta los sótanos. Al final lo encontró en la cerería. Estaba en pleno proceso de fabricación de las velas de las que se surtía el convento, y aunque trató de sonsacarle con algo más de ahínco, no logró nueva información.

Quien sí se la proporcionó fue Gaspar. El muchacho, aparte de no acudir esa tarde a la sala de lectura para recibir sus enseñanzas, desoyó también las órdenes de Tello y Ofelia y se movió por todo San Lorenzo el Real para realizar sus propias pesquisas. Fue al tercer día de hacer lo que le venía en gana cuando el postulante se enteró de que había desobedecido y se dispuso a reprenderle con severidad tan pronto apareciera por la portería. Incluso habría recibido dos magníficos cachetes si no hubiese abierto la boca antes de que Tello armara el brazo para propinárselos.

—Agustín era uno de los muchos apicultores que traían miel al convento —le dijo mientras se cubría el rostro con las manos—, pero era el único que lo abastecía de cera de máxima calidad.

—¿Qué quieres decir?

—El resto de los apicultores entregan la cera virgen en cajas, ánforas o pellejos, ya sabes lo que te digo, cera amarilla para fabricar velas destinadas al uso diario. Pero Agustín, antes de hacerlo, la preparaba muy bien.

—¿A qué te refieres?

—Una vez que exprimía la miel de los panales, calentaba la cera y la colaba para despojarla de las camisas de las larvas y otras inmundicias que hacen que, con el tiempo, la cera acabe corrompida o comida por las polillas. A partir de ahí, la lavaba con agua y la exponía al sol en jirones para que perdiera su color amarillo. Así conseguía que ya no fuese perecedera sino eterna, y más blanca que la nieve.

—¿Y qué significa todo esto que me estás contando?

—Pues que la cera blanca es la que se utiliza cuando viene el rey a San Lorenzo. Por lo tanto, es exclusiva de la Corona y tiene un coste mayor para los monjes.

—¿Y dices que Agustín era el único proveedor?

—Eso he podido averiguar hablando con los apicultores.

—¿Podría ser que le tuvieran cierta envidia?

—Seguro que ganaba más que ellos, pero cuando se trata de trabajar más horas no todo el mundo está dispuesto. Los otros dicen que apenas les compensaba el esfuerzo.

—¿Tanta diferencia hay entre una cera y otra?

—En cuestión de dineros no lo sé. Supongo que sí —se explicaba Gaspar algo más tranquilo—. Pero a la hora de esforzarse, los otros tan solo recogían la cera y la llevaban a la cerería, mientras que Agustín la calentaba, la filtraba, la purificaba y la blanqueaba. Y por si fuera poco, también se encargaba de fabricar las velas. Por lo que he escuchado, empleaba varios meses, si no todo un año, en hacer velas blancas de todos los tamaños. Después las ordenaba y las metía en las cajas que llevaba al convento.

—Agustín trabajaba más que el resto de los apicultores, pero esa no es razón para matarle.

—Eso mismo dicen sus compañeros: tanto trabajas, tanto cobras —sentenció—. Aunque, por lo visto, no era siempre así.

—¿Qué quieres decir?

—Los monjes están muy apenados por la muerte de Agustín. No paran de comentar que si Agustín por aquí, que si Agustín por allá, que si esto, que si lo otro… Hablan tanto de él que ayer se me ocurrió que si me pegaba a sus hábitos a todas horas, quizá me enterase de algo más. Tuve suerte porque escuché a uno de los monjes explicarle a otro que había visto discutir al apicultor con fray Tomás, el padre administrador de la cerería. Los dos tenían que estar muy enfadados porque, según dijo, las voces se escucharon por todos los sótanos, y eso que estaban donde se hacen las velas, en uno de los extremos del edificio.

—Sé quién es fray Tomás, pero ya hablé con él. Me dijo que conocía y tenía trato con Agustín. Supongo que esa discusión tuvo

lugar la última vez que se vieron.

—¿Cuándo te dijo que fue?

—Hacia finales del verano pasado.

—Te mintió… o se olvidó de decir la verdad —rectificó a tiempo cuando vio que Tello iba a darle un coscorrón por verter tal acusación sobre un monje—. Los dos monjes decían que fray Tomás y Agustín se habían visto hacía dos semanas, y que por tenerlo reciente estaban todos tan impresionados.

—¿Estás seguro?

—Te apuesto dos maravedís a que fue así.

Tello no esperó ni un solo día para confirmar lo que Gaspar había descubierto. Esa misma madrugada, tras acudir a la misa del alba, salió a la explanada sin tan siquiera pasar por el refectorio. Debía dejar sus obligaciones encarriladas antes de intentar esclarecer la muerte de Agustín. De esa forma evitaba posibles reproches tanto de fray Antonio como de Juan de Herrera. Sabía que para ambos era perentorio terminar la fachada del edificio gemelo que daba a poniente, así como cerrar el lienzo que faltaba en el Patio de los Evangelistas. Si dejaba las grúas funcionando desde primera hora del día, podría olvidarse de ellas por unas horas.

En cuanto las máquinas empezaron a trabajar, bajó a la cerería en busca de fray Tomás. Lo encontró elaborando grandes cirios pascuales. Había enhebrado varios pabilos en una tabla que sostenía un armazón de madera a seis pies de altura. Ayudado de una alcuza, el monje derramaba la cera caliente sobre cada una de las mechas. Los hilos trenzados se cubrían lentamente por efecto de la gravedad y, capa a capa, con paciencia, se iban formando las velas. La cera sobrante resbalaba hasta una paila que había debajo. De ahí volvía a surtirse de cera líquida para repetir la operación una y otra vez.

—No es buen momento para hablar —masculló fray Tomás.

—Pero cualquier otro sí lo es para faltar a la verdad, ¿no es cierto? —atacó Tello sin contemplaciones.

—Demonios, ¿a qué te refieres?

Fray Tomás era un hombre fondón gracias al buen comer. Rostro redondo, piel sonrosada, barba descuidada y de crecimiento irregular, con algunas calvas de tanto rascarse. Sus movimientos con

los muchos instrumentos que había en el sótano eran lentos pero precisos. Tosía con frecuencia pues la cerería estaba situada debajo de la sacristía, un lugar húmedo en extremo, poco ventilado y peor iluminado por los tragaluces que rozaban la bóveda del techo aunque este se encontrara a pie de terreno. Decían que quienes trabajaban allí solían terminar enfermos de los pulmones y algo tarados o con excesivo mal humor. Quizá fray Tomás reuniera las tres condiciones.

—Cuando te pregunté por Agustín de La Hoya, me dijiste que la última vez que hablaste con él fue a finales del verano pasado —afirmó con determinación y tono sereno.

—Y así fue —gruñó.

Tello se acercó al monje.

—Por lo que he podido averiguar, no hace ni dos semanas que tuviste una violenta discusión con él aquí mismo.

Fray Tomás dejó sobre la mesa la alcuza de cobre y clavó su mirada en la de Tello.

—Eso no es asunto tuyo, *postulante* —le recriminó con malas pulgas.

—Pudiera ser que tengas razón y no lo sea, pero seguro que no le contestarás lo mismo al padre prior con tanta desvergüenza y obstinación.

—¿Qué tiene que ver fray Julián en esto?

—Pídele explicaciones cuando sea él quien baje a verte, que si no lo ha hecho ya es porque me ha ordenado que te pregunte yo.

El bufido de fastidio e impotencia de fray Tomás fue tan rabioso que resonó como un trueno por toda la cerería.

—¡No hace dos! Estuve con Agustín hace *tres* semanas —admitió —. No era mala persona, ¡Dios me libre siquiera de pensarlo!, pero la ambición le podía.

—¿Por qué discutisteis?

Fray Tomás rodeó el armazón del que colgaban las mechas y buscó un trapo para secarse las manos. Luego tosió repetidamente antes de contestar.

—Quería obtener más dineros por sus velas.

—¿No estaba bien pagado?

—Yo creo que sí. Por eso le dije que debía hablarlo con el padre pagador.

—¿Y qué dijo a eso Agustín?

—Que esperaría.

—¿Lo hablaste con el padre pagador?

Fray Tomás volvió a toser y tardó unos segundos en recobrar el aliento.

—No tuve ocasión.

—Entiendo —dijo Tello antes de aproximarse más al monje. No le gustaban nada las respuestas que estaba obteniendo. Demasiado vagas. Pero quizá no fuera culpa del monje—. ¿Agustín trató de presionarte de alguna manera poco honorable?

—En absoluto. Simplemente quería que le llenara la bolsa con más reales por la misma cantidad de velas que solía traer. Cuando le expliqué que la decisión no dependía de mí, dijo que no tenía prisa.

—¿Pensabas comentar las demandas de Agustín con el padre pagador?

Fray Tomás se dirigió hacia la entrada de la cerería.

—En verdad no pensaba hacerlo salvo que fuese necesario, y por el momento no lo era —manifestó antes de abrir la puerta—. Y ahora, postulante, si me disculpas, tengo muchísimo trabajo por hacer.

Tello abandonó la cerería y recorrió los almacenes cercanos a ella, estancias abovedadas y oscuras donde se acumulaban odres y ánforas llenas de cera virgen. Otras acogían docenas de cajas de madera que contenían velas. La mayoría estaban destinadas al uso diario, pero también las había marcadas con cuatro letras para emplearlas únicamente cuando el rey visitara el monasterio.

Esa misma noche, en la tasca de Constanza, Tello compartió una vez más mesa con Hernando y Pascual Cascante para ponerles al corriente de las novedades.

—¿Qué significa «FIIR»? —se interesó Gaspar, que también estaba con ellos.

—Felipe II, rey —respondieron casi a un tiempo Tello y el comerciante.

—Sabemos que fray Tomás tenía relación con el apicultor porque

este le surtía de mercancía —continuó Pascual—. Y no era un género cualquiera como el que podían hacer el resto de los apicultores seglares, o incluso los que son monjes. Agustín le proporcionaba cera blanca de máxima calidad para ser usada cuando el rey visitara el monasterio. Por ello, no es descabellado pensar que hubiera algún problema con el precio que Agustín pretendía cobrar. —Se refrescó la boca con un buen trago de vino—. Fuera o no de esa manera, si repasamos los pasos que debían darse para cerrar el negocio, fray Tomás tenía que hablar con el padre pagador para liquidar los trabajos del apicultor. Y cuando los reales salen del convento, quien se ocupa de dejarlo reflejado en los libros es el padre contador. Por lo tanto, creo que habría que hablar también con ellos dos.

—No creo que a fray Julián le haga ni pizca de gracia todo esto —expuso Tello—. Estamos hablando de pedir información a dos monjes que desempeñan labores de suma importancia para las finanzas del convento.

—Yo puedo intentar ver las cuentas —apuntó Gaspar, y esperó a que los tres hombres posaran sus ojos sobre él para continuar—. No me miréis así. Todas las tardes voy a clase con los monjes y me muevo por el convento como me viene en gana. Y por si fuera poco, puede considerarse que también soy ayudante del obrero mayor.

—Nadie va a hablar contigo por ser un estudiante o por echarme una mano, mucho menos dos monjes que ostentan tan altas responsabilidades.

—¿Quién te ha dicho que vaya a hablar con ellos? Podría comportarme como una comadreja silenciosa y…

—¿Pretendes robar sus libros de cuentas? ¿Estás loco? —se enfadó Tello.

—Bueno, bueno… Los dejaré donde están, pero puedo mirarlos.

—¿Qué vas a entender tú de lo que alcances a leer en sus páginas?

—Tengo buena memoria. Me puedo aprender las líneas donde aparezca el nombre de Agustín y luego os cuento lo que…

—Ni se te ocurra, ratón —le interrumpió—. Como te descubran metiendo el hocico donde no debes, vamos a tener todos muchos problemas.

—Nadie se va a enterar. Sé dónde están sus libros.

—¡¡Gaspar!! Olvídate de eso o te empleo de aguador desde mañana mismo.

—Lo que tú digas, Tello —admitió, aunque no pudo evitar que sus labios se arquearan en una media sonrisa traviesa que pasó desapercibida para todos.

21

Gaspar tardó solo dos días en dejarse caer de nuevo por la tasca de Constanza y relatar a Tello y a Pascual Cascante la que calificó como su gran hazaña. Sentía tanto orgullo y entusiasmo que, antes de hablar, hizo intención de vaciar un vaso de vino por su gaznate, lo que le valió un tremendo coscorrón de Tello.

—La próxima vez que te acerques al vino te corto una mano y te coso la boca —se indignó el antiguo soldado—. Y lo que has hecho de colarte en el convento y husmear en los libros contables de los monjes no es ninguna gesta, sino una auténtica fechoría.

—Nadie me ha visto y nadie tiene por qué enterarse —se defendió el muchacho—. Si ninguno abrís la boca, quedará entre nosotros.

—Dios te libre de que alguien me pregunte, porque un postulante no puede mentir y yo no pienso hacerlo.

—Vale, vale, está bien… Entonces será mejor que no te cuente que he visto los pagos que se hicieron a Agustín tanto el año pasado como el anterior, ¿no? —respondió entre la indignación y la fanfarronería.

—¿Lo has hecho?

—¡Sí! Y tenías razón. Aquello resultó ser un lío de números. Así que me los aprendí de memoria. Eran solo tres o cuatro líneas en cada tomo.

A continuación, Gaspar cerró los ojos, se agarró las manos y, a medida que desplegaba sus dedos, fue desgranando los apuntes de los libros donde aparecía el apicultor.

Una vez terminó, todos quedaron unos segundos en silencio.

—No hay nada raro en las cuentas —dictaminó Pascual Cascante —. Los pagos de los dos últimos años se hicieron en fechas parecidas y por precios similares según la cantidad de cera y miel aportada.

—Eso creo yo —se jactó Gaspar, y de nuevo quiso agarrar un vaso de vino, lo que le valió un pellizco de Tello en el dorso de la mano.

—¡¡Por supuesto!! ¡¡Está claro!! ¡¡Cera… y miel!! —exclamó agitado Pascual. Su reacción provocó que los parroquianos de la mesa de al lado se giraran hacia él.

—¿Qué te ocurre, amigo? —se interesó Tello.

—Cera y miel… —repitió el comerciante guiñando los ojos para pensar mejor—. Hay algo en todo este asunto que no me encaja. Decís que Agustín discutió con el padre administrador de la cerería por cuestión de precios. En el supuesto de que estuviera a disgusto, supongo que también habría tenido otro contraste de pareceres con el padre responsable de las despensas por el precio de la miel, ¿no es lógico? Deberías preguntarle si también discutió con el apicultor.

—Corremos el riesgo de que me mienta igual que hizo fray Tomás.

—No hace falta que hables con él —se anticipó el muchacho—. Ya lo hice yo.

—¡Santo Dios, Gaspar! ¿Es que no puedes parar quieto?

El muchacho le pidió calma con las manos aunque no pudo evitar que Tello le arreara un nuevo cogotazo.

—Ayer por la tarde, cuando entré en el aula, el padre responsable de las despensas ya me esperaba, pues era su turno para seguir instruyéndome en el arte de los números, así que fue la casualidad la que le puso en mi camino —se excusó frotándose la cabeza para aliviar el golpe que le había propinado el postulante—. Antes de acabar las lecciones, le pregunté si toda la miel que tenían almacenada en el convento venía de las colmenas de la Orden, aun a sabiendas de que no era así. Por supuesto, me contestó que había una parte que se la vendían otros apicultores. Entonces le dije que conseguir esa miel debía suponer soltar muchos dineros. Me aseguró que estaba bien pagada y, ¡fíjate la sorpresa!, me puso como ejemplo al mismísimo Agustín: «No sé si te has enterado de que un pobre apicultor murió hace tres días atacado por sus propias abejas», me contó algo consternado. «Pues se trataba de uno de los que nos traían su miel y su cera. Se llamaba Agustín y era un joven despierto que hacía buenos negocios y que siempre agradeció nuestro trato y nuestro pago porque se daba por contento y bien

retribuido, que en más de una ocasión así me lo afirmó».

Hubo un silencio de perplejidad y confusión en la mesa.

—Entonces fray Tomás volvió a mentirme cuando dijo que discutieron por el precio de la cera —dedujo Tello entre el barullo de risas y voces que hacía hervir la tasca de Constanza esa noche.

—Por supuesto que lo hizo, pero lo importante no es el hecho en sí, sino el motivo —hiló su razonamiento Pascual—. Hay que descubrir por qué discutieron.

—Este asunto es tan confuso y peligroso como un nido de orugas —gruñó Tello—. Cada vez que aparece alguien muerto, no hay nada que lo relacione con las víctimas anteriores. Sin embargo, este caso se presentaba distinto. Cuando parecía que el misterio comenzaba a clarear, resulta que, a cada paso que damos, descubrimos más y más mentiras. Es desesperante.

Ofelia dejó una jarra de vino y una frasca de agua sobre la mesa. Y aunque se detuvo un instante para ver si el postulante posaba sus ojos sobre ella, el hombre no apartó la mirada del tablero y apoyó las manos en sus mejillas algo apesadumbrado.

—Creo que lo mejor es que te olvides de todos tus problemas por una noche —terminó por decirle la mujer.

—Ya me gustaría, pero mañana tendré al padre prior preguntando si he averiguado algo sobre el apicultor, o a fray Antonio interesándose por los accidentes. Y aquí no hay quien saque nada en claro.

Ofelia posó su mano dulcemente sobre el hombro de Tello para animarlo, pero él se la sacudió como si fuera Risco. El perro, que estaba tumbado en el suelo, alzó las orejas ante el descortés gesto de su amo.

—Creo que no es buen momento para el desánimo —terció Pascual, y le hizo un gesto a Ofelia para que dejara tranquilo al postulante—. Si te parece, amigo mío, repasemos una vez más este problema que nos quita el sueño, a ver si de tanto menearlo como un árbol cae alguna fruta, ¿no te parece?

Tello se apartó las manos de la cara, le miró abatido e hizo un ademán con el brazo para que prosiguiera.

—Vayamos al principio.

—¿A la muerte del registrador?

—Mejor a la del contador. Creo que la hipótesis más acertada es que ese hombre perdió la vida porque sus cuentas no estaban bien. No hay otra explicación —sentenció—. Da lo mismo que el responsable fuera el propio contador u otra persona. Si fue por su culpa, quizá se suicidó, pero tú estás seguro de que hay otra posibilidad, ¿verdad?

—Tenía las mismas marcas en la mano que el registrador —dijo sin emoción alguna.

—Por lo tanto, si lo asesinaron fue para que nadie descubriera qué estaba ocultando o quién estaba detrás de ello.

—Hay que descubrir en qué estaba metido el contador —propuso Gaspar.

—O con quién lo estaba —determinó Tello con cierto fastidio.

—Mañana intenta hablar con Gonzalo Ramírez, a ver si los inspectores de la Corona han averiguado algo —le aconsejó el comerciante.

—Tenía que habérselo preguntado ya. Fray Julián me va a crucificar —se lamentó.

—Quizá no lo haga si antes le llevamos alguna teoría que se sostenga, por muy peregrina que nos parezca. Así que volvamos a intentarlo, Tello, vayamos de nuevo hacia atrás —le animó Pascual—. El registrador fue el primero en morir, ¿no es así? Por fuerza tenía algo que ver con el contador, ya que también mostraba esos dos tajos en las manos.

—Entonces hay un tercero que los mató —concluyó Gaspar—. ¿Pudo ser Munio?

—Ese tipo era un fullero. A raíz de lo que te enteraste en el pueblo, dime tú mismo si tenía cabeza como para saber manejar cuentas.

—¡Ni por un milagro que le cayera encima! Solo utilizaba la mollera para beber, fornicar y tirar de daga.

—Munio pudo ser tan solo un ejecutor a sueldo —continuó Pascual —. Por lo tanto, tiene que haber un tercero que tenga la suficiente cabeza como para haber ideado una trama en la que luego colaboraran el registrador y el contador, alguien que más tarde

contrató a ese rufián para dar muerte a los dos funcionarios cuando ya no le hacían falta o eran grandes riesgos a evitar.

—Alguien que luego se deshizo del asesino para que no abriera la boca —remató Tello—. Pero… ¿quién pudo hacerlo? ¿En qué podían estar metidos un registrador y un contador en connivencia con un tercero?

—En robar —sentenció Gaspar armado de lógica—. Si el contador estaba metido ahí es porque había trasiego de dineros.

—¡Bien, muchacho, bien! —le animó Pascual mirando a Tello—. Hiciste un magnífico negocio admitiendo a este mozalbete junto a ti.

—Vamos a suponer que el registrador, el contador y un tercero se pusieron de acuerdo para robar —continuó el postulante sin hacer caso de las felicitaciones—. Pero ¿de qué se trataba?

—No importa, amigo. Demos por sentado que esos tres iban de la mano —respondió tajante Pascual—. Y ahora que tenemos algo que los relaciona, debemos encontrar un punto de unión entre el apicultor y el fraile administrador de la cerería.

—Ahí no hay mucho que rascar —objetó el antiguo soldado—. Es obvio. Quizá no fuera el precio, pero algo de dineros tenía que haber de por medio cuando el uno surtía de miel y cera al convento y los monjes le pagaban.

—Otra vez los dineros —murmuró Gaspar.

—O quizá no haya ni un real… Lo único que consideramos cierto es que aquí, sobre todo, hay una mentira… ¡Una doble mentira! —concretó Pascual—. Fray Tomás ocultó su discusión. Y cuando admitió su falta, se excusó asegurando que se trataba de un asunto de precios. Ahora sabemos que tampoco era verdad. Te volvió a mentir, Tello.

—Sería de gran ayuda saber si fray Tomás y Agustín discutieron por un asunto de dineros, lo mismo que seguramente les ocurrió al registrador y al contador. Y entre medias tendríamos a Munio, un delincuente diestro con la daga que, en un momento dado, comenzó a gastar muchos maravedís. Es decir, más dineros.

—Me gusta cómo suena. Pero podría sonar mejor si Gaspar hubiera descubierto algo raro en los pagos realizados a Agustín —prosiguió Pascual mirando a Tello—. Por lo tanto, creo que vas a

tener que volver a hablar con fray Tomás para saber de qué discutieron en realidad, ya que, desde luego, el apicultor se daba por bien pagado. No pudieron enzarzarse por el precio.

Tello y Pascual abandonaron el establecimiento cerca de las diez de la noche y se dirigieron hacia la explanada. En las cercanías del cuartel, pasada la iglesia, coincidieron con Esteban Lizar. El capataz salía de uno de los mesones que había por los alrededores y se unió a ellos. Mientras se aproximaban a la lonja, Tello puso al corriente al herrero del asunto de las muertes por si el hombre les podía aportar algo de información.

—Sabía lo ocurrido con Munio, y de oídas también lo del registrador. ¡Hace ya seis o siete meses de aquello! —comentó Esteban—. Pero no tenía idea de las otras que dices.

—Tres semanas después de morir el registrador, uno de los contadores apareció colgado en sus aposentos. Después se encontró el cadáver de Munio en un lugar muy apartado. Y hace solo tres días, uno de los apicultores de la sierra falleció por un ataque de sus propias abejas.

—¿Y creéis que las cuatro muertes están relacionadas?

—Eso es lo que tratamos de averiguar.

—Pues espero que tengáis suerte. Dos cabezas piensan mejor que una.

Antes de despedirse, Tello le preguntó si ya había recibido y acomodado a Juan de La Laguna, el maestro de carpintería que sustituía al malogrado García de Quesada.

—Ayer mismo se hizo cargo de la construcción del nuevo taller.

—Entonces mañana te buscaré para retomar las pesquisas sobre los últimos accidentes ocurridos en las obras. Necesito darles explicaciones al prior y al obrero mayor. Como bien dices, cuatro ojos ven mejor que dos, y en esto necesito los tuyos, Esteban.

—Sus conocimientos te serán de mucha ayuda, estoy seguro, pero no dejes de utilizar a Gaspar si te hace falta —apuntó Pascual—. El muchacho es como un ratoncillo, capaz de colarse por una rendija o pasar desapercibido delante de todo el mundo. Tiene oídos, maña y seso para abordar cualquier cuestión. Entra, sale, se esconde, busca, encuentra, piensa… Lo mismo te resuelve el misterio en un abrir y

cerrar de ojos. —Los tres rieron—. Y ahora, fuera de bromas, creo que ese chico tiene un don especial y hay que aprovecharlo.

—Cada cosa a su tiempo y en su justa medida, que no deja de ser un chiquillo —templó Tello, aunque se le notaba henchido de orgullo.

—Quizá por tener la mirada y la mente limpias ve más que tú —malmetió con guasa Esteban.

—Ese hace ya tiempo que no posee ni una cosa ni otra —barruntó en voz alta Tello, y los tres volvieron a reír.

El postulante sabía que entre la alegría y el abatimiento apenas había un paso. La vida se lo volvió a demostrar aquella misma noche cuando su celda se convirtió en una sala de tortura como las que utilizaba el Santo Oficio para los interrogatorios. No había aparatos, ni cadenas, clavos o braseros, ni mucho menos un verdugo que ejecutara feroces condenas, pero el tormento de espíritu le llegaba cuando en sus oídos resonaba la voz de Ana borrando de su conciencia accidentes y asesinatos. Ansiaba encontrarse de nuevo con ella, aunque, al mismo tiempo, también le aterraba. Temía elegir la senda equivocada y decepcionar sin remedio las ilusiones de fray Julián de verle convertido en novicio. O lo que era peor, terminar por defraudarse a sí mismo.

Sin que sus ojos hubiesen dispuesto de un segundo de descanso en toda la noche, Tello abandonó su celda para asistir a la misa del alba. Entró en la iglesia del convento temeroso de quedarse dormido, pero, gracias a Dios, resistió la embestida del sueño. Después trató de evitar encontrarse con el prior, aunque no lo logró.

—¿Has averiguado algo más sobre los accidentes? ¿Sabes ya con quién hablar? ¿Algún sospechoso? —le preguntó en un aparte.

—No, padre. De momento no tengo mucho más de lo que ya os dije. Creo que nuestra búsqueda debería centrarse en las personas que llevan aquí trece años, que es el periodo que dura esta epidemia de sucesos.

—No lo dejes correr.

—¿Qué dejo correr y qué retengo?… —se quejó en voz baja.

Apenas estuvo dos minutos en el refectorio, lo imprescindible para

dar dos bocados rápidos a un chusco de pan y un huevo duro. Luego se desplazó al lugar en el que las grúas se preparaban para afrontar otra jornada agotadora. Una vez allí, y algo más despejado, esperó a que sonara la campana para supervisar las maniobras de las máquinas. Si no había contratiempos, tan pronto estuvieran funcionando a pleno rendimiento iría en busca de Esteban Lizar. Entre los dos tenían que averiguar por qué se había encontrado un *apóstol* en el incendio de la carpintería, o la razón por la que alguien había manipulado aquella grúa hasta hacerla saltar por los aires. Mientras llegaba aquel momento se entretuvo acariciando el cuello de Risco y observando cómo Gaspar llevaba sus órdenes a los cinceladores, carpinteros, canteros, pizarristas o a los carros que, uno tras otro, llegaban al lugar, que allí nunca había nadie desocupado.

—Te apuesto dos maravedís a que esta tarde se te olvida que tienes que ver a fray Tomás —le retó el muchacho a poco de comenzar sus tareas.

—Para eso estás tú conmigo, ratón, para que no se me vaya el santo al cielo.

Esa mañana no hizo falta que Tello fuera a encontrarse con el capataz de herrería a la fragua principal. El propio Esteban apareció en la explanada y se acercó a él con paso vivo y muy decidido.

—Nos llama Juan de Herrera —dijo por todo saludo.

—¿A quiénes?

—A todos —contestó antes de alzar la mano para detener a Gaspar—. A todos menos a él. Los laborantes deben continuar con sus tareas.

Los hombres tomaron el sendero que llevaba hasta el cuartel. Antes de llegar, Esteban se desvió hacia la casa donde el arquitecto se reunía a diario con Antonio de Villacastín y muchos de sus colaboradores. Era un edificio con un zócalo de sillería de apenas un par de pies de alto, y luego levantado a base de ladrillos, cantos y cal en sus dos alturas.

Cuando les abrieron la puerta, penetraron en el interior y subieron las escaleras hasta llegar a una sala donde, sentados a una larga mesa, los esperaban Herrera, el obrero mayor y seis aparejadores, a

saber, cuatro de cantería, el nuevo carpintero y Antón Ruiz, que se responsabilizaba de la albañilería.

Antes de que Esteban y Tello tuvieran tiempo de ocupar las dos sillas que quedaban libres, el arquitecto ordenó a uno de los criados cerrar las puertas.

—Lo que voy a comunicaros no puede salir de estas paredes —comenzó a hablar sin más preámbulos—. Y sé que cumpliréis mi orden porque os va la vida en ello.

Ante la gravedad de una declaración tan demoledora, Tello observó de inmediato el gesto de fray Antonio. El de Villacastín mantenía el rictus sereno, pero no podía ocultar cierto nerviosismo en su parpadeo.

—Alguien ha entrado esta noche en estas oficinas y se ha llevado gran cantidad de trazas y planos del monasterio —lanzó Juan de Herrera la noticia como un jarro de agua fría. Al instante, los murmullos de asombro y consternación cruzaron la mesa de un extremo a otro—. Quienquiera que fuese, forzó de alguna manera la puerta que hay en uno de los laterales y llegó hasta la sala de planos, donde pudo hacerse con todo lo que había a la vista.

—Es un completo desastre —intervino fray Antonio dictando sentencia—. Todos sabéis que ahí se guardaban los documentos para acometer los siguientes pasos que tienen que ejecutarse en el monasterio. Eso quiere decir que, en apenas unas pocas semanas, no podremos trabajar porque no sabremos cómo hacerlo.

Herrera le pidió calma con la mano.

—*Sí* sabemos cómo hacerlo —precisó, provocando que el monje le acuchillara con la mirada—, pero no lo tenemos ni dibujado ni por escrito, lo cual supone, como ha dicho fray Antonio, que las obras puedan quedar paralizadas durante días o semanas mientras mis arquitectos y sus colaboradores rescatan antiguos bocetos y copias de planos, o realizan otros nuevos.

—Es un completo desastre —insistió el obrero mayor con vehemencia—. Este hecho no solo puede ocasionar que los trabajos se detengan, sino que, de no reanudarse con prontitud, el proyecto se abandone definitivamente dada la falta de liquidez de la Corona. Y esto es impensable. Hay más de tres mil almas participando en la

que va a ser una de las obras cumbre de toda la cristiandad, si no la que más. Las grandes catedrales quedan empequeñecidas si las comparamos con la construcción de este monasterio. Dudo que, hasta el final de los tiempos, haya nada que lo iguale o trate siquiera de hacerle sombra. —Se tomó unos segundos para respirar—. Lo que quiero que entendáis es que una empresa tan magnífica como esta nos obliga a poner todo nuestro empeño para que este percance no empañe nuestro entusiasmo. Ante la adversidad, tenemos que ser fuertes y no desfallecer. ¡Estamos haciendo historia!

—Sin querer quitaros un ápice de razón, dejemos las arengas para otro momento, fray Antonio —le interrumpió el arquitecto—, y busquemos soluciones, que la situación es más que grave para todos.

—Yo guardo en mi casa de Aranjuez algunas trazas que hice para estas obras. Estoy seguro de que algo podrán paliar el daño que se nos ha hecho —dijo el aparejador de cantería Lucas Escalante, hombre ya maduro, de piel algo marchita, cabellos blancos bien arreglados y voz débil.

—Yo os ayudaré en las rectificaciones que haya que hacer —apoyó Pedro de Tolosa, otro de los aparejadores, más joven que el maestro, pero no mucho.

Diego de Alcántara y Gregorio Robles, que completaban el cuarteto, asintieron con cierto alborozo, al igual que el obrero mayor, y es que de todos era sabido que la relación entre Escalante y Tolosa era cordial, pero hasta ahí.

—Primero hay que realizar un inventario de todo lo robado para saber a qué nos enfrentamos —explicó fray Antonio tras agradecerles su predisposición—. Debemos conocer qué ha quedado aquí y qué nos falta. Sobre esto último, y en la medida que nos reclame la urgencia, se le otorgará a cada tarea una prioridad u otra. Los capataces y los oficiales seguirán los planos que tienen ahora. Si cuando terminen sus trabajos aún no se hubieran recuperado los robados, o todavía no los hubiere nuevos, se les encomendarían nuevas labores.

Todos asintieron con un gesto de la cabeza.

—Una cuestión más antes de que regreséis al trabajo —advirtió Juan de Herrera—. Como he dicho al principio de esta reunión, la noticia de este robo no debe llegar a oídos de nadie. Sobre todas las cosas, es imperativo evitar que sepa de ella José de Sigüenza porque no tardaría en decírselo a nuestro rey. No quiero ni pensar qué podría suceder si llegara a enterarse.

Antón Ruiz levantó la mano para pedir la palabra. Fray Antonio se la concedió de inmediato.

—¿Cómo vamos a recuperar los planos si quienes sabemos de su desaparición no podemos mentarlos? —preguntó el aparejador de albañilería—. Soy el más expuesto a quedar desocupado, pues todo me afecta, pero también el que más hombres tiene para buscarlos.

—No hacen falta muchos, sino personas con buen entendimiento —dijo una voz al fondo de la sala.

Todos giraron la cabeza para descubrir de quién provenía. El alférez Guzmán Martínez de la Osa hizo una ligera reverencia a modo de saludo.

—Me temo que un engreído como él va a requerir también de mucha suerte —masculló Tello a media voz.

Solo Esteban lo escuchó y no pudo reprimir una risita muda.

—El oficial será el encargado de investigar quién pudo sustraer las trazas y dónde las tiene ocultas —aclaró el arquitecto—. Todos los aquí presentes guardarán el secreto so pena de perder sus trabajos y sufrir otras acciones que se puedan emprender contra ellos. —Se puso en pie y alzó la voz con determinación y solemnidad—: ¡¿Juráis?!

—¡Yo juro! —respondieron casi al unísono.

—Recordad que hay que mantener a José de Sigüenza en el limbo, y que quedáis a plena y absoluta disposición del alférez para lo que estime reclamaros.

Fue inevitable que Tello y De la Osa cruzaran una mirada, atenta la del postulante, jactanciosa la del militar. Después todos volvieron a sus tareas.

—No pienso hacer caso de semejante despropósito quedándome de brazos cruzados —le dijo Tello a Esteban tan pronto salieron de la casona y se alejaron camino de la lonja—. Tanto me da si Herrera o

el diablo se molestan por no cumplir sus órdenes.

—No te la juegues con el arquitecto —le aconsejó el capataz.

—¿Prefieres que me mida las costillas con fray Antonio o con el prior? El primero ya está al tanto del robo y el segundo no tardará en enterarse por boca del primero, aunque me consta que la noticia no pasará de ahí, ya sea porque es persona discreta o por guardar secreto de confesión. En cualquier caso, los dos se me van a echar encima como lobos hambrientos.

—¿Quieres que añadamos este robo a las investigaciones de los incidentes de la carpintería y la grúa?

—Por supuesto —le aseguró—. Para empezar, ya puedes dar media vuelta y regresar al despacho de los arquitectos. Quiero saber de qué manera se ha forzado la puerta por la que ha entrado el ladrón. Quizá el modo de violentarla tenga similitud con la de la carpintería que ardió. Por otra parte, tenemos que saber quién tenía acceso a la sala donde se guardaban los planos. No es un robo de joyas o dineros. Quien lo haya cometido sabía perfectamente a lo que iba. Es una acción premeditada para hacer el mal, tanto como las anteriores. Aquí no ha habido muertos, pero el daño a las obras puede ser mayor. No me cabe duda de que este asalto está ligado a lo que antes hemos considerado como accidentes.

—Nos va a costar mucho hacer averiguaciones si no podemos hablar con nadie sobre el tema.

—Habrá que ser prudentes. Además, tengo un arma secreta que nadie conoce y que nos proporcionará buenas respuestas.

—¿Cuál?

—Gaspar.

En ese momento, un chiquillo de apenas diez años les cortó el paso y, tras una leve y graciosa reverencia, le entregó a Tello un papel. Luego salió a la carrera hacia la parte de la lonja que daba a la fachada principal del convento. El postulante lo siguió con la mirada hasta ver cómo se reunía con una doncella que, tras entregarle lo que parecía ser una moneda, daba media vuelta y desaparecía tras las edificaciones.

Tello desdobló el papel y leyó su contenido:

Esta tarde, antes de que toquen la campana, en el camino de El Escorial. Iré con una de mis criadas. Lleva tú a alguien que le haga compañía. Te necesito.

En ocasiones no hacen falta más que unas pocas palabras para estirar el tiempo hasta la desesperación. Y eso es lo que le ocurrió a Tello, que el día se dilató como si fueran dos, o tres, o muchos más. Aun así, ni la memoria ni la concentración le jugaron una mala pasada y cumplió con sus obligaciones. Solo cuando se encontró a Gaspar dispuesto a recibir sus lecciones en el convento, le confió aquel secreto que pocas horas antes había jurado no revelar a nadie.

—A partir de esta misma tarde, pon tus ojos, tus oídos y tu cabeza en obtener cualquier información que tenga que ver con el robo. Tanto mejor si averiguas dónde se encuentran los planos. Y si te vas de la lengua, te la corto —le advirtió haciendo el gesto de darle un pescozón—. ¿Dónde está Risco?

—Se perdió persiguiendo a alguna hembra, lo mismo que deberían hacer otros —le provocó con sorna.

—Cierra la boca —dijo propinándole, ahora sí, un ligero manotazo en el cogote—. Y ven conmigo. Tienes una importante misión que cumplir.

Los dos rodearon las lonjas y tomaron el camino que bajaba hacia El Escorial. Tras ellos dejaron la docena de grúas que, sin cesar, elevaban los sillares para depositarlos junto a los canteros que los esperaban en lo alto de los andamios.

Tal y como decía el mensaje, pronto divisaron a Ana paseando en compañía de su doncella.

—Importante misión… —se mofó Gaspar—. Importante misión *para ti*.

Tras otro cachete, el muchacho entendió la orden y le cortó el paso a la criada, de tal forma que Ana se adelantó hasta reunirse con Tello.

—¿Recuerdas? —fue lo primero que le dijo la joven—. Si no quieres verme o que yo te vea, te compraré un manto con capucha como los que usan los mercachifles.

Tello apenas lo escuchó. Los latidos de su corazón restallaban en sus oídos dificultando que las palabras le llegaran nítidas. Así que tan solo le dedicó una sonrisa un tanto idiota.

—¿Te has enterado de la muerte de un hombre por el ataque de un enjambre de abejas endemoniadas, o son solo habladurías? —le preguntó al tiempo que retomaban el paseo, ahora juntos pero a buena distancia el uno del otro.

Gaspar y la doncella los seguían a una docena de pasos.

—Es cierto, pero no estaban endemoniadas. Tan solo defendieron la colmena.

—Pues la gente dice que esas son cosas del diablo. Cuando mis doncellas salen a comprar y las escuchan, se mueren de miedo y después me lo largan a mí contagiándome sus temores. —Tello iba a responder, pero ella prosiguió—: Voy a morir de tanto sobresalto. Mi tío apenas abre la boca para otra cuestión que no sean sus tapices, y yo no me atrevo a preguntarle nada porque, ya sabes, son asuntos que no interesan ni atañen a mujer alguna. Cuando salgo a pasear casi siempre es con él y la compañía de ese alférez altivo. No solo sucumbo al aburrimiento más absoluto, Tello del Saz —le encantaba decir el nombre completo del postulante, al que imprimía un tono algo zalamero—, sino que, además, me estoy muriendo de miedo. ¿Quién sabe si, en cualquier momento, puedo ser yo la próxima víctima de un asesino o de una pérfida maldición?

—No debes temer.

—Pero ¿se trata de un hechizo, como dicen?

—No lo sé —dijo evitando mencionar que, en verdad, todo apuntaba a un nuevo crimen.

—Pues si tú lo ignoras, que eres el único de quien me fío, creo que lo más sensato es que le pida a mi tío volver a Alcalá. Prefiero soportar de nuevo las molestas toses que terminar bajo los efectos de un sortilegio.

—Tú no estás en peligro —trató de tranquilizarla.

—¿Cómo puedes saberlo? No te niego que el diablo no quiera saber nada de mí, pero ¿qué me dices del resto de las muertes?

—Pudiera ser que todas las víctimas tengan algo que ver unas con otras. Lo llevo investigando algún tiempo. El registrador pudo verse

en una pelea por asuntos de faldas o dineros, pero tenía dos cortes en una mano, lo mismo que el contador. Este apareció ahorcado, aunque quizá alguien se las arregló de algún modo para colgarlo. Eso ya es demasiada casualidad. Las heridas coincidían casi seguro con la daga que tenía el malencarado de El Escorial clavada en su corazón. Estoy convencido de que fue él quien mató al registrador y al contador, y luego lo mataron con su propia arma para que tuviera cerrada la boca y despistar a quien quisiera investigar —le detalló para calmarla—. Incluso lo que tú consideras un hechizo sobre las abejas para matar al apicultor puede estar relacionado con esas muertes, porque, entre la hinchazón y los habones que se repartían por todo su cuerpo, me pareció descubrir que también tenía los dos cortes en la mano, así como unas señales muy débiles de haber estado sujeto con algún tipo de ligaduras.

—¡Santo Dios…! —exclamó la joven antes de taparse la boca por el asombro—. Mañana mismo me vuelvo a Alcalá.

—Creo que es una decisión exagerada.

—¡¡Pero es que hay un loco suelto en San Lorenzo que es capaz de hablar con las abejas!! —se enervó.

—Aunque así fuera, tiene que haber una relación entre todas las víctimas. Con la ayuda de Pascual Cascante y Gaspar voy a descubrirlo.

—¿Quién es ese Pascual Cascante?

—Ya te hablé una vez de él, un comerciante de frutas y verduras, un hombre despierto y muy sagaz, tanto como Gaspar —le dijo atreviéndose a aguantar su mirada—. Te puedo anticipar que estas muertes nada tienen que ver contigo.

—¿Y con mi tío?

Tello empleó unos segundos en recapacitar. Si todo apuntaba a un asunto de dineros, Miguel de Almedilla era mercader de tapices y, por lo tanto, su persona siempre tendría que ver con ellos. Pero, a priori, registrador, contador, buscavidas y apicultor quedaban lejos de sus negocios.

—Tu tío está al margen de todo esto —le aseguró con firmeza, aun sin estar convencido de tal extremo—. No creo que haya necesidad de que regreses a Alcalá. Si te sientes más tranquila, puedo hacer

que Gaspar y el perro te acompañen cada vez que quieras salir de la casa de tu tío —se ofreció al tiempo que retomaban el paseo—. Risco es imponente. Aunque sea un cachorro de poco más de un año, sus hechuras ya meten miedo. Y Gaspar es un muchacho bien listo que podría detectar o anticiparse a cualquier peligro. En realidad, me está ayudando mucho a vislumbrar qué ha podido provocar esos crímenes y quién anda detrás.

—Acepto tu preocupación, pero no el ofrecimiento. Si el chico es más valioso a tu lado, que siga contigo. De todas formas, Tello del Saz, ¡qué me importa todo si ya no quieres verme, si eliges convertirte en novicio, si vas a desaparecer para siempre tragado por la clausura! Solo me quedará tu recuerdo y esa noche que…

—Calla, por favor… No me lo pongas más difícil. Te lo ruego.

—¿Y qué hay de mí? ¿Crees acaso que solo sufres tú?

Cuando llegaron a la lonja, la campana había sonado hacía ya varios minutos. Las grúas descansaban solitarias y aún quedaban alrededor algunos hombres recogiendo sus aparejos y herramientas. Tello no se despidió de Ana por no exponerse a una tentación que envenenaría cualquier decisión que él tomara. Dejó simplemente que la hermosa joven fuera alcanzada por su sirvienta y ambas continuaran camino hacia la casa de Miguel de Almedilla. No pudo evitar sentir un estremecimiento cuando vio a las dos mujeres alejarse, un ligero temblor que Gaspar advirtió en cuanto se puso a su lado.

—No me gusta esa chica.

—¿Ana?

—No, la criada. Hay que hablarle continuamente porque se le ha comido la lengua el gato.

—Ya, y el esfuerzo te ha dejado extenuado —concluyó socarrón—. Te libero de tus clases. Ve a casa y descansa, que el favor que me has hecho bien merece el premio.

Quedaron en verse por la noche en la tasca de Constanza y se despidieron. De regreso al convento, Tello trataba de sosegar sus pensamientos y su respiración. La presencia de Ana le alteraba demasiado. Y en esas estaba cuando vio que Esteban cruzaba corriendo la lonja hacia él. A medio centenar de pasos, le hizo gestos

para que se acercara a toda prisa. Al herrero le faltaba el aliento y le urgió por señas para que le siguiera hasta los talleres.

—Pero, Esteban, ¡por Dios santo! ¿Me quieres decir qué ocurre? —le rogó Tello poco antes de llegar.

—Una desgracia, una desgracia… —dijo el capataz entre jadeos.

Ya cerca de la iglesia, Tello supo que se dirigían hacia el lugar donde se estaba erigiendo la nueva carpintería. En ese momento temió por la vida de Juan de La Laguna. Le costaba creer que el nuevo capataz hubiera sufrido una fatalidad tal y como insistía Esteban. Tan pronto llegaron al taller a medio levantar, su amigo abrió la puerta y, sin dilación, le guio hasta una parte del edificio que ya tenía aseguradas las cerchas que sostendrían la techumbre.

La visión fue terrible. De la viga que cruzaba la estancia colgaba un animal sujeto por las patas traseras. En el suelo, un inmenso charco se extendía por la tierra recogiendo las gotas de sangre que aún se desprendían del cuerpo. Alguien había rajado su vientre de arriba abajo.

—Risco… —gimió Tello.

22

Aunque así lo pareciera, Risco no había tenido una muerte horrible. Cuando Tello se acercó a él, se dio cuenta de que tenía rotos los huesos del cuello, quizá como consecuencia de una maniobra brutal o de un golpe descargado con furia y a traición, algo que el animal no vio venir. Luego lo habían izado al madero que hacía de tirante en la cercha y lo habían abierto en canal.

—No sufrió —le dijo Esteban—. Cuando lo rajaron ya estaba muerto.

—No me supone un consuelo —dijo Tello con esfuerzo, como si las palabras no quisieran salir de su boca. Le resultaba imposible apartar la mirada de su perro—. Hay que bajarlo de ahí.

Esteban se encaramó a la cercha y cortó las cuerdas que sujetaban las patas traseras del animal mientras el postulante lo asía desde el suelo. Una vez liberado, Tello se alejó del charco de sangre y llevó el cuerpo de Risco hasta una zona de la nueva carpintería en la que había una mesa de trabajo. Allí dejó reposar a su fiel amigo. La impresión aún le tenía secuestrados los sentidos cuando advirtió que el cachorro parecía tener algo en el interior de su boca. ¿Qué era aquello? ¿Una ramita? ¿Un insecto? ¡Oh! Era un trocito de papel enrollado y atado con un cordel, como si de un mensaje en miniatura se tratara. Con algo de aprensión, lo sacó de las fauces del perro y esperó a que Esteban se reuniera con él para leerlo.

> Mira lo que le ha pasado a tu perro por meter el hocico donde no debía. Lo mismo te puede ocurrir a ti, Tábano. Abandona San Lorenzo si no quieres verte preso o terminar como él.

Tello tuvo que repasar dos veces el mensaje para dar crédito a lo

que estaba leyendo. No solo alguien había matado a su perro, sino que, además, se dirigía a él por su antiguo apodo: Tábano.

Su abatimiento desapareció en cuanto pudo tranquilizarse, hacer memoria e hilar dos ideas seguidas. Entonces sintió un arrebato de furia que le nubló la voluntad y le hizo tomar un cincel que había sobre la mesa. Tras agarrar al capataz de la camisa, se lo puso en el cuello y presionó sin reparos contra la carne.

—¿Te has ido de la lengua, Esteban? —le increpó a punto de echar espuma por la boca—. Eres el único en este lugar que sabe que yo atendía por Tábano en los tercios. Tampoco hay nadie, aparte de ti, que esté enterado de que me convertí en un fugitivo de la justicia. ¿A quién se lo has contado?

Esteban solo había movido los músculos necesarios para no caer al suelo tras los empellones furiosos del antiguo soldado. Su actitud era tranquila, dócil. Había dejado caer los brazos en señal de sometimiento. Desde luego, no mostraba intención alguna de plantar batalla.

—¡Habla! —se impacientó Tello.

—Cuando llegaste a la explanada te reconocí. Lo mismo le ha podido ocurrir a cualquier otro.

—¡¿Otro?! ¡¡No me tomes por idiota!!

—Casi todos los trabajadores suelen quedarse aquí bastante tiempo. Pocos son los que vienen y van, y aunque no hace un año que tú apareciste en la explanada, después ha podido llegar alguno que sepa quién eres.

—Lo que dices es absurdo. Bastante coincidencia sería que algún trabajador nuevo me conociera y que, además, estuviera pringado en las muertes de esos desdichados. Esa persona y yo tendríamos que haber venido aquí con muy poco tiempo de diferencia, ya que el registrador murió un par de meses después de que yo llegara.

—¿Por qué crees que está relacionado con esos crímenes?

—Tú lo has leído tan bien como yo: me ordena que deje de meter las narices en los asesinatos y abandone las obras.

Esteban movió el cuello para que el extremo del cincel dejara de presionarle en un mismo punto. Desde luego, estaba incómodo, que era exactamente lo que quería Tello.

—El mensaje no habla de *asesinatos*.

—¿A qué se va a referir si no es a esas muertes?

—También podrían ser los accidentes…

Tello alivió la presión un instante, como si considerar aquella posibilidad le hubiera restado concentración y fuerzas. Pero reaccionó en apenas un segundo y volvió a esmerarse con el cincel en el cuello del capataz.

—No trates de enredarme. No puede ser casualidad que quien esté detrás de los accidentes o los asesinatos sepa además que yo soy Tábano.

—Quizá no lo haya sabido hasta ahora, cuando ha visto que seguías de cerca estos asuntos y ha decidido investigarte. O quizá él llegó mucho antes y te reconoció tal y como me ocurrió a mí, pero no ha utilizado esa baza hasta hoy. O quizá no haya que dividir las sospechas entre accidentes y asesinatos porque detrás de los mismos solo hay una razón y un culpable.

Para cuando terminó su disertación, Tello había retirado la herramienta del gaznate del capataz.

—Solo te lo preguntaré una vez más: ¿le has dicho a alguien que yo soy Tábano? Si me entero de que me has mentido, no dudaré en matarte.

—No he hablado con nadie sobre ti más allá de nuestro trabajo en las obras, mucho menos de tu pasado. Dicho esto, es evidente que hay alguien más en San Lorenzo el Real que sabe quién eres y que es peligroso.

Tello relajó los músculos y se apoyó en la mesa donde descansaba el cadáver de Risco.

—El único que se me ocurre es el alférez —dijo pasados unos segundos—. Me consta que es veterano de los tercios. Estoy seguro de que no me reconoció en un principio, pero…

—No es una buena teoría. ¿Te imaginas al alférez convertido en asesino? Porque, en lo que se refiere a entorpecer el desarrollo de las obras, no creo que tenga suficientes nociones de arquitectura o de albañilería como para colarse de rondón en la explanada y viciar andamios y artefactos. De hecho, ni siquiera se acerca por aquí.

—Tienes razón —dijo presa de la frustración—, pero no se me

ocurre nadie más.

—Quien sea que te haya amenazado tiene que ser alguien que sigue tus pasos de cerca y te conoce bien. Aunque hemos sido discretos en nuestras investigaciones, nos ha descubierto y no ha dudado en matar al pobre Risco como advertencia para detenerte.

—Todo el mundo en San Lorenzo está al tanto de los accidentes y sabe que se han producido muertes extrañas en los alrededores, pero pocos conocen que ando interesándome por ellas, entre otras cosas porque apenas les dedico tiempo. Ya me lo ha echado en cara más de una vez el prior. Ha sido desde hace poco cuando me he visto obligado por él y por fray Antonio a hacer más caso a estos asuntos.

—Esa persona que buscamos ¿podría ser alguien con quien hayamos hablado alguno de los dos? No sé… Aparte del alférez, que queda descartado, están los capataces u oficiales, algunos obreros, carreteros, aguadores…

—También monjes, comerciantes… —dudó Tello—. ¿Crees que Pascual Cascante podría estar involucrado? ¿Y el mercader de tapices? Es cierto que Miguel de Almedilla abandona con frecuencia San Lorenzo y podría aprovechar sus ausencias para desaparecer después de haber cometido un crimen, pero luego pasa largas temporadas aquí… Estaría demasiado expuesto a una investigación si cayera sobre él alguna sospecha.

—Habría que contrastar las muertes con sus idas y venidas —aconsejó Esteban—. De todas formas, respecto a los comerciantes, a todos en general, sus motivaciones chocarían contra la mayor de las lógicas: todos viven gracias a la construcción del monasterio. ¿Qué ganarían creando mal ambiente o provocando retrasos?

—Tienes razón.

—Por ese mismo motivo, también descartaría a aquellos que colaboran en las obras de manera indirecta. Me refiero a labriegos, pastores, mesoneros…

—Y mucho más absurdo e inconcebible sería que se tratara de algún monje…

Esteban Lizar alzó los hombros como muestra de inseguridad o ignorancia.

—Creo que deberías andarte con más cuidado a partir de ahora —prosiguió el herrero—. Por aquí hay alguien que sabe que eres Tábano y te ha advertido de que no está dispuesto a que le descubras. Y, por otra parte, quien no puede saber de tu pasado bajo ninguna circunstancia es el alférez. Evita cualquier contacto con él, a ver si te va a tomar ojeriza y se pone a hacer preguntas.

—No he hecho otra cosa que esquivarle desde que llegué aquí, mucho más cuando supe que había prestado servicio en Flandes.

—Deberías pasar más desapercibido en estos asuntos, que tus investigaciones no sean tan notorias.

—¿Y cómo quieres que avance? Te recuerdo que tengo encima a Julián de Tricio y a fray Antonio.

Tello se había apoyado en la mesa y Esteban se situó a su lado.

—Yo soy muy conocido en las obras —dijo tras gastar unos segundos en pensar—, y tú mismo lo dijiste: nadie se espera que esté a tu servicio en estas lides. Podría echarte una mano.

—Es verdad… —admitió Tello—. Gaspar, Pascual y tú podríais ser mis ojos y mis oídos a la hora de realizar las averiguaciones.

—Si tú dejaras de hacer preguntas, la persona que buscamos bajaría la guardia. Eso nos permitiría enterarnos de cosas que quizá a ti se te oculten.

—Puede ser una solución momentánea —murmuró.

—¿A qué te refieres?

—Mientras vosotros hacéis mi trabajo, yo puedo dedicarme a descubrir quién ha sido el hideputa que ha matado a Risco.

—Es una buena alternativa —concedió el capataz.

—Y tanto.

Las lágrimas que no vertió Tello por Risco se sumaron a todas las que dejó caer Gaspar aquella noche cuando supo que su mejor amigo había muerto. Presa de la ira, se subió a una de las mesas de la tasca de Constanza y juró venganza contra el responsable de aquel crimen.

—Solo era un maldito perro —se le ocurrió decir a un pizarrero.

Gaspar saltó sobre el hombre dispuesto a despellejarlo, pero el operario era un tipo resabiado y mucho más fornido que él. Apenas le bastó un manotazo para lanzarle al suelo. El golpe solo sirvió para

que creciera la furia del muchacho y se revolviera como un gato rabioso. Cuando se incorporó y fue a emprenderla de nuevo contra el obrero, este ya había tomado uno de los ganchos de la chimenea para hacerle frente. Sin embargo, no le hizo falta utilizarlo, pues Tello agarró a Gaspar por el cuello de la camisa y, tras tirar de él y ponerle la zancadilla, lo desequilibró lo suficiente como para que terminara con sus posaderas en el suelo. Antes de que pudiera quejarse, Constanza y Ofelia le retuvieron para que la pelea no fuera a mayores.

Pero fue.

Mientras hacía oscilar el gancho de cocina como si fuera una espada, el pizarrero comenzó a provocar a Gaspar:

—Ese animal no dejaba de ser un maldito saco lleno de pulgas, chico, y tenían que haberle dado muerte mucho antes.

—Deja al muchacho tranquilo y vuelve a tu mesa a remojar el gaznate —le sugirió Tello dándole la espalda.

—¿O qué?

El postulante se giró pausadamente y se acercó a él hasta que la punta del gancho le tocó la barriga. Estaban apenas a un paso el uno del otro.

—O Dios se va a enfadar contigo y vas a sentir su cólera recorriéndote todo el cuerpo.

La risotada hizo que la tasca se silenciara de inmediato.

—¿No te atreves a hacerlo tú solito, *postulante*, que tienes que pedirle ayuda al Todopoderoso? —le tentó.

—¿Piensas que debería hacerlo *yo solito*? Sea pues como quieres.

Antes de pronunciar la última palabra, Tello había lanzado su bota como un relámpago contra la entrepierna del pizarrero. El impacto fue violento y sonoro. El hombretón dobló las rodillas y se encogió como un gusano.

—Te lo advertí, pedazo de animal: ahora la cólera de Dios recorre todo tu cuerpo y yo soy su emisario —le dijo quitándole el gancho de cocina. Después se agachó y acercó los labios a su oreja—: Si vuelves a meterte con el muchacho, te mato; si vuelvo a verte por esta tasca, te mato; de hecho, hagas lo que hagas, preocúpate de no cruzarte conmigo el resto de tus días porque, como averigüe

dónde paras, esperaré a que estés solo y te mataré —le susurró con rabia antes de ponerse en pie—. ¡Y ahora lárgate de aquí con tus amigos!

No fue una noche bonita aunque hubiese una preciosa luna en cuarto creciente adornando parte de los cielos. Tello sufrió con cada golpe de pala que hincaba en el monte para cavar una tumba digna que cobijara eternamente a quien tanta compañía le había hecho, aquel amigo que le había arrancado más de una carcajada y le había provocado en muchas ocasiones un sentimiento de ternura que, lo admitía, pocos humanos habían podido suscitarle.

Lloró Gaspar. Con él lloraron Ofelia y Constanza. El único que mantuvo sus ojos secos fue el postulante, consciente de que sus lágrimas aflorarían aquella noche en la soledad de su celda mientras el flagelo zumbaba en el aire por haber vuelto a hacer uso de la violencia. Y también por haber permitido que Ofelia se le acercara para aliviar una tristeza donde no cabía consuelo posible. Y, aun así, se dejó acariciar los cabellos por la mujer. Incluso permitió que besara su mejilla.

Por dos veces.

23

La ausencia de Risco arañó con crueldad la memoria del postulante durante las jornadas siguientes. Nada le hacía olvidarse del cachorro aunque fuera tan solo un instante. Si se despertaba por la noche, buscaba a tientas su mata de pelo áspero junto a la cama. O si caminaba por las obras, siempre esperaba verle olisqueando cuanto hubiera a su alrededor antes de escuchar alguna queja de los operarios. Inclusive, en más de una ocasión se le había escapado llamarlo para que acudiera tras creerlo desaparecido, seguramente detrás de alguna perrilla en celo como acostumbraba a hacer.

Y, sin querer, también le había ordenado a Gaspar que se hiciera cargo de Risco.

Y a veces esperaba verlo aguardándole a la salida de la iglesia.

O meneando la cola en la puerta del refectorio.

O tumbado sobre las baldosas de mármol a la entrada del aula.

¡¡Maldita sea!!

Al menos tres días tardó Tello en asumir la muerte de su fiel amigo. Con la cabeza ya menos alborotada, dejó a un lado la pena —que no el recuerdo— y se concentró en lo que debía ocupar sus pensamientos. A Risco se lo había llevado un desalmado por culpa de aquellos sucesos que robaban la paz en la explanada. Por ello, y tomando en consideración los consejos de Esteban, decidió que, por el momento, lo mejor era no hacer preguntas a nadie. ¡Qué más daba perder unos días! La paciencia era una virtud que todos debían practicar, desde un simple aspirante como él hasta el máximo representante de la Orden en el convento.

—Pero… ¿nada de nada? —gruñía Julián de Tricio.

Cada mañana, Tello esquivaba sus preguntas con evasivas: *Ayer no tuve tiempo…*, *Poco me dicen, padre…*, *Alguno hay que tiene miedo y no quiere hablar conmigo…*

Excusas peregrinas y, en verdad, poco efectivas en los oídos del prior. Peor era si llegaban a los de fray Antonio, que perdía los estribos y, en contra de su mesura, casi tachaba de estúpido al postulante. ¡Y vaya si tenía razón!, porque había veces que hasta él mismo así lo creía. Pero también estaba convencido de que si aquel que le estaba coaccionando terminaba por denunciarle y caía preso, ya nadie estaría a salvo.

Tello aprovechó esos días para poner en orden sus ideas, aunque, en el fondo, pensara que sus cavilaciones no le iban a llevar a ninguna parte. Sin la opción de deambular por las obras, lo único que podía hacer era centrarse en hallar alguna pista que aclarara la muerte de Agustín de La Hoya, y esa información se encontraba dentro del convento. Con suerte, sus pesquisas quedarían fuera de aquella mirada amenazadora que no solo le seguía los pasos, sino que también sabía que años atrás él fue Tábano.

Esa noche se acostó algo nervioso, pero luego pudo conciliar el sueño hasta la llamada a maitines. Durante la misa del alba no apartó la mirada de fray Tomás. El padre administrador de la cerería se mostraba esa mañana como de costumbre: huraño, silencioso y convulso de vez en cuando por las toses que le martirizaban por trabajar en un lugar tan húmedo.

Cuando se disponía a abordarle una vez terminado el oficio, Julián de Tricio le hizo un gesto para que le aguardara antes de dirigirse al refectorio. La conversación con fray Tomás tendría que esperar, aunque solo fuera unos minutos.

—Hace al menos tres semanas que no me traes noticias —le dijo apartándole de la puerta para dejar paso al resto de los monjes—. Fray Antonio no deja de ironizar conmigo. Le falta paciencia cuando algo retrasa la buena marcha de las obras. Ya le he dicho que si tanta prisa tiene, vaya a ver al alférez, que si el militar tampoco sabe nada, a nosotros no nos puede exigir más que a él.

—Lo sé, padre, y creedme que siento no estar a la altura —se disculpó sin poder sostenerle mucho tiempo la mirada—. Sin

embargo, es posible que hoy avance algo en la muerte del apicultor.

—¿Causalmente hoy?

—Casualmente.

—Espero que Dios te ayude. Porque, una de dos: o estos desastres dejan de producirse y todo cae en el olvido, que es casi lo mejor que nos puede pasar, o de haber otro suceso desagradable, fray Antonio va a perder ese aguante infinito que posee. Y entonces estaremos perdidos, por muy servicial que seas tú o muy prior que sea yo.

Tras el desayuno, Tello ordenó a Gaspar que comenzara la jornada sin él. Luego regresó a su celda para adecentarla y orar unos minutos a la espera de que cada monje recalara en el lugar donde desempeñaba sus obligaciones. Cuando estimó que ya había pasado suficiente tiempo, se asomó a una de las ventanas que daban a la lonja y observó que algunos carros ya se habían detenido frente al edificio para descargar el género que transportaban. Los comerciantes y algunos religiosos se iban apropiando de las tinajas, cajas de madera, sacos o pellejos. Aquel era el momento que había elegido Tello para dirigirse a la entrada de mercancías que había justo debajo de las cocinas y, desde allí, bajar a las despensas del convento.

La actividad también se había disparado en los sótanos. Muchos suministradores deambulaban por el lugar acarreando sus productos desde la lonja hasta los almacenes correspondientes. Después de algún que otro roce y empujón, tal era la concurrencia y el alboroto, Tello llegó al corredor principal. Era más ancho, largo y alto que el resto de los pasillos, y estaba algo más hundido en el terreno. Allí había una veintena de grandes tinajas repartidas a cada lado que contenían aceite y vinagre bien preservados de la luz, ya que la única comunicación con el exterior, aparte del portalón de entrada, eran tres tragaluces al final del corredor. Tras alcanzar el otro extremo, subió los siete escalones que le llevaban de nuevo al nivel principal de los sótanos. Luego giró a la derecha para transitar por los muchos depósitos y bodegas que se sucedían bajo el convento, lugares oscuros y frescos que, en muchos casos, no eran más que el ensanche abovedado de un pasillo separado por tabiques donde se

acumulaban sacos y cestas con verduras y frutos secos. También había otras estancias con aros encastrados en las bóvedas donde se podían colgar animales en época de matanza o poner a curar chorizos y morcillas. Entre medias había una en concreto que poseía tres pilas de granito destinada a desalar pescado.

Cuando llegó al final del corredor, giró esta vez a la izquierda para enfilar el centenar de pasos que aún quedaban hasta la cerería. La pequeña fábrica estaba aislada del resto por un portón de madera maciza. Así que Tello no tuvo más remedio que golpearlo con el puño para que fray Tomás le abriera. Sin embargo, pasados unos segundos no obtuvo respuesta. Con cuidado de no hacer ruido, apoyó la oreja en los tablones por si podía oírlo trabajar. Lo único que le llegaba del otro lado de la puerta era el silencio. No había duda de que el monje había bajado esa mañana a cumplir con sus obligaciones, aunque luego las había abandonado quién sabía por qué.

Sin haberse planteado aún qué debía hacer en aquella situación, vio que la puerta cedía mínimamente. Entonces sintió cómo la tentación mordisqueaba su voluntad: podía entrar en la cerería y echar un vistazo a lo que allí guardaba fray Tomás, aunque lo correcto fuera esperar a que el monje regresara y preguntarle por qué le había mentido por dos veces. ¡Qué diablos! ¡Haría ambas cosas! Si encontraba algo de interés y luego interrogaba a fray Tomás por ello, sabría si el hombre volvía a faltarle a la verdad.

Decidido a olvidarse de la ética, echó la vista atrás y comprobó que los pocos ayudantes de mercaderes y los monjes que todavía se veían por los sótanos quedaban a más de medio centenar de pasos.

—¡Oh, Dios mío! Perdóname, que ya sé que solo intentarlo es un gran pecado —murmuró mientras empujaba suavemente la puerta.

Los goznes soltaron un levísimo quejido cuando la hoja cedió apenas unos dedos. Tello volvió a mirar a lo largo del corredor. Nadie parecía fijarse en él. Con cuidado, continuó presionando la puerta hasta que se separó lo suficiente como para que su cuerpo pudiera deslizarse al interior. Y, tras una última ojeada, entró en la cerería.

Todos los artilugios que tenía la estancia estaban como dormidos, como si ese día aún no hubiesen sido utilizados. Ni siquiera estaba

prendido el pequeño fuego para derretir la cera junto a uno de los ventanucos que iluminaban la sala. Todo respiraba esa quietud y esa paz que emanan los objetos inanimados.

—Esto es como una pintura que representara un bodegón, una naturaleza… ¿muerta?

Lo primero que vio Tello fueron sus sandalias, una de ellas calzando un pie torcido de manera antinatural. Igual que su rodilla. Luego ya lo vio de cuerpo entero, entero y presente, porque fray Tomás tenía clavado en sus abundantes lorzas un puñal a la altura del corazón. El charco de sangre en el que reposaba no era demasiado grande. Desde luego, la estocada había tenido que ser certera, haciendo efecto de inmediato. El monje permanecía con los ojos abiertos. Un hilo de sangre mezclado con baba le escurría por la boca e iba a descansar mansamente sobre las baldosas de barro del suelo.

La sorpresa le duró un segundo. La indecisión, otro más. Al tercero, Tello se arrodilló junto al cadáver y trató de encontrar en el cuello un pulso que no tenía. Estaba muerto, pero la carne permanecía tan caliente como si fray Tomás continuara vivo. No debía de llevar ni media hora muerto. Quizá menos. ¡No! Mucho menos. Solo algunos minutos. ¡Dios santo! ¡¡Lo acababan de asesinar!!

Su primer impulso fue salir corriendo para ver si daba con el criminal, pero desistió nada más dar el primer paso. Desde que había penetrado en los sótanos por las cocinas apenas habían transcurrido dos o tres minutos, tiempo suficiente para que el asesino hubiera escapado del convento o estuviera a punto de hacerlo. De ser así, por fuerza tenía que haberse cruzado con él, pero no se había fijado en nadie en particular. La mayoría de los mozos llevaban su carga en brazos, o a lomos, o en carretillas, y era complicado verles el rostro. Y los había más altos y más bajos, gordos y delgados, unos que caminaban más rápido y otros más lento… Casi todos vestían de manera similar, con las cabezas cubiertas por sombreros o gorros de lana, o esas medias capas raídas que en algún caso llevaban capuchas. Y todos con aquellas camisas sucias. Y esos jubones gastados. Y esas calzas sostenidas

de cualquier manera.

Imposible identificar a nadie.

Se quedó en la cerería y se agachó para observar el cadáver con más detenimiento. No se trataba de un puñal, sino de una daga, sí, una daga común, larga a juzgar por su empuñadura espigada, con gavilanes simples, sin adornos. Vaya, una daga vulgar, tan utilizada como la de vela o cualquier otra.

La muerte de fray Tomás tenía cierta semejanza con la de Munio. Ninguno mostraba signos de violencia, pero si el facineroso había muerto de una estocada certera y ejecutada de frente, el monje la presentaba inclinada de abajo hacia arriba, es decir, efectuada quizá por alguien de menor estatura que él y seguramente zurdo, ya que la dirección de la hoja iba de izquierda a derecha. Fuera como fuese, la muerte le había llegado al instante.

—Para que alguien se tome la molestia en matarte aquí dentro, tenías que saber algo muy importante —le dijo a fray Tomás como si pudiera oírle—. Mentiste cuando me aseguraste que hacía un año que no veías a Agustín. Y luego volviste a hacerlo cuando dijiste que solo fue una discusión por el precio de la cera. Pero si ya hemos visto que los libros no reflejan otra cosa que no sea un digno beneficio por parte del apicultor… ¡Maldita sea! ¡Si no son los dineros, ¿cuál es el motivo…?! De lo que ya no tengo duda es de que aquí está involucrado alguien más, al menos en tu muerte y en la de Agustín.

Su corazón a punto estuvo de detenerse cuando descubrió que el monje tenía dos cortes en la palma de su mano izquierda.

—Aunque estos dos tajos son distintos —murmuró—. No trataste de quitarle la daga a tu atacante, ¿verdad, fray Tomás? Te los hizo una vez muerto porque apenas han sangrado. Lo que me lleva a pensar que alguien quiere jugar conmigo.

El postulante sopesó si debía avisar al prior o simplemente abandonar la estancia para que fuera otro monje quien encontrara el cadáver de fray Tomás. Si daba la voz de alarma, Julián de Tricio querría saber por qué había bajado a la cerería cuando nada se le había perdido allí. Entonces él le revelaría que el religioso podría tener algo que ver con la muerte de Agustín de La Hoya, y eso

significaba acusar a un monje, lo cual era tan incómodo como grave. Por otra parte, al admitir que fue él quien descubrió el cuerpo, el alférez le pediría explicaciones tan pronto como acudiera a dar fe del crimen, y no deseaba cruzar una sola palabra con el militar. Corría el riesgo de que se interesara más de la cuenta por su pasado y al final fuera reconocido como Tábano.

Para evitar males mayores, lo mejor era esperar a que alguien descubriera el cuerpo de fray Tomás. Así el militar aparecería reclamado por la urgencia y obraría igual que en los otros dos asesinatos en los que habían coincidido: le ordenaría ir a la celda del difunto a velar el cadáver hasta que llegara el corregidor.

Sí, a la celda de fray Tomás…, una estancia que en esos momentos estaba vacía.

Vacía…

¿Por qué no?

Tras cerciorarse de que no se había manchado de sangre y que apenas quedaba ya algún mozo por los pasillos, Tello abandonó la cerería y, con cuidado de no cruzarse con nadie conocido, mucho menos con un monje, llegó hasta las escaleras que llevaban a la cocina. Desde allí subió hasta el segundo piso del claustro, donde estaba la celda de fray Tomás. Había un total de ocho en aquel lado del pasillo, cada una con un número esculpido sobre el dintel. Después de esperar unos segundos a que terminara de pasar por delante uno de los religiosos, se acercó a la número diecinueve y, tras comprobar que nadie le veía desde el corredor, abrió la puerta y se introdujo dentro.

Desde luego, el padre no era un ejemplo de orden. La estancia estaba desarreglada, algo sucia y hacía días que no se ventilaba. Tello abrió las dos ventanas y echó un vistazo por encima sin apreciar nada de particular. Tampoco parecía que nadie hubiese registrado la habitación. Vio todo lo que solía contener la celda de un monje, aunque estuviera fuera de su sitio: sotanas, escapularios, una manta, el jergón desaseado, un gorro… ¡Uf! No era agradable estar allí. En cualquier caso, debía darse prisa. El cadáver podía descubrirse en cualquier momento.

Había también dos cajitas sobre la mesa. Tras abrirlas no encontró

en su interior nada de interés: un crucifijo de madera, otro de metal, un botón, hilo, algunos maravedíes y sesenta reales en monedas de a uno, de a cuatro y de a ocho… Sí, se trataba de una buena cantidad de dinero, pero a los monjes con responsabilidades les estaba permitido tener hasta cien reales en su celda para hacer frente a los pagos de sus quehaceres en el convento. A un lado de la mesa también halló varias velas, unas amarillas, otras blancas. Había tres… No, cuatro velas blancas de distintos tamaños y grosores. Quizá fuese una muestra de uno de los cargamentos de Agustín. Ni estas ni las amarillas tenían nada de particular. Era lógico. Si había algo que el padre administrador de la cerería podía tener sobre su mesa sin que resultara extraño eran justamente velas.

En definitiva, en la celda de fray Tomás no había nada que ayudara a desentrañar su muerte ni la de Agustín.

Cuando abandonó la estancia, el corazón le brincaba casi más que cuando había entrado. Sin dilación, recorrió el pasillo del claustro y bajó de nuevo las escaleras para salir al exterior. El aire le pareció más limpio y fresco entonces. Por el momento, estaba a salvo de que alguien le pudiera situar en la cerería o, lo que era aún más difícil de explicar, en la celda del difunto.

Sin mostrar prisa alguna, Tello caminó hasta el lugar donde las grúas picoteaban sillares, como si fueran cigüeñas recogiendo palitos, para después elevarlos hasta el último nivel de los andamios o de los pilares de la basílica. Allí se encontró con Gaspar, algo menos entusiasta y fogoso desde la muerte de Risco.

—¿Novedades, ratón? —le preguntó.

—Ninguna. Se trabaja sin descanso. Como una exhalación.

—Déjate de exhalaciones —le riñó sin ganas, casi sin voz.

La llamada al Ángelus no tuvo nada de particular ese día, pero pocos minutos después el convento se revolucionó como un hormiguero atacado por el agua o por el fuego. Dos monjes se presentaron en las obras buscando a Tello.

—El padre prior te necesita —le dijeron—. Es muy urgente.

Y Tello corrió como si fuera preso de esa angustia que brota siempre ante una tragedia inesperada y desconocida. Cuando llegó a la entrada del convento vio cómo se le echaba encima el caballo que

montaba el alférez. El militar dominó a su montura con maestría y evitó el impacto, aunque luego descabalgó de un salto sin que se hubiese detenido totalmente.

—Si me permitís pasar primero, os guiaré hasta el despacho del prior —se ofreció Tello—. Porque venís a verle, ¿verdad?

—Así es, y ha ordenado que me presente ante él con cierta premura —respondió el otro con sequedad.

Para llegar al despacho de Julián de Tricio, había que cruzar el convento de punta a punta y alcanzar la torre que había en el lado contrario a la lonja. Ninguno de los dos pronunció palabra alguna durante el trayecto. Y aunque Tello era quien conocía el camino, Martínez de la Osa no iba tras él, sino que se ponía a su altura y retrasaba el paso de manera casi imperceptible cuando se acercaban a alguna intersección. Si no fuera porque uno de los monjes había muerto apuñalado, la lucha de egos le hubiera parecido jocosa al postulante. Pero ese día el puchero no estaba para cocinar dulces.

Tello llamó a la puerta con los nudillos, pero fue Guzmán quien entró primero tras escuchar el permiso del prior. Fray Julián los recibió sentado a su mesa con el gesto claramente afectado, los ojos vidriosos y pocas palabras amables en la boca.

—Fray Tomás ha aparecido asesinado en la cerería —soltó a bocajarro.

—¡Cielo santo! —exclamó el alférez tratando de dominar su sorpresa. En verdad no se esperaba el asesinato de un monje, mucho menos dentro del convento.

—Le han clavado un puñal en el corazón.

—¿Hace cuánto tiempo? —indagó Martínez de la Osa.

—¿De la muerte? No lo sé. El cuerpo ya estaba frío cuando lo encontraron. Parte de la sangre a su alrededor se había secado, así que pudo ser esta mañana, cuando bajó a la cerería para comenzar la jornada.

—¿Quién lo descubrió?

—Fray Carlos, el padre bodeguero. Se acercó porque llevaba días reclamándole unas velas que fray Tomás siempre olvidaba llevarle.

—Siento la pérdida, padre prior, pero debo avisar al corregidor sin más dilación para que dé oficialidad a la muerte.

—Ordenaré a Gaspar que vaya al cuartel y dé noticia para que algún soldado baje a buscarle —se ofreció Tello.

—Quedo agradecido —dijo el alférez mostrando una formalidad que sus ojos no transmitían—. Si me permitís, padre, debo ver el cadáver.

Los tres fueron a las cocinas y descendieron hasta los sótanos. Después de transitar por pasillos y corredores, ya deshabitados por orden del prior, llegaron a la cerería. Había dos monjes legos en la puerta que interrumpieron sus rezos para franquearles el paso y que accedieran a la pequeña fábrica. Allí los estaba esperando fray Carlos, un hombre algo mayor que Tello, de cuerpo escurrido y rostro alargado, coronado por una amplia tonsura que rodeaban cabellos oscuros muy cortos. Era como un ánima con hábito.

—La puerta estaba abierta cuando vine a pedirle que me diera una caja de cirios —dijo muy compungido tras saludarlos—, y ahí estaba él, tumbado en el suelo, con esa daga clavada —añadió señalando el cuerpo.

—Lo siento, padre. Dios lo tendrá ahora en su gloria y este crimen no quedará impune —aseguró el alférez—. Con vuestro beneplácito, debo examinar el cuerpo por si hallara algún indicio para encontrar a quien haya cometido esta barbaridad. Entretanto llega el corregidor o uno de sus alguaciles, podéis velar el cuerpo, aunque deberá ser aquí mismo. —Se acercó a Tello—. Si te prestaras a…

—No me presto —le cortó en seco el antiguo soldado—. Tengo otras obligaciones que requieren mi atención y la del obrero mayor. Si hay que rezar por fray Tomás, las oraciones de fray Carlos o cualquier otro monje serán mucho más efectivas que las de un simple postulante. Si no hay inconveniente, debo marchar.

—¿Ahora mismo?

—Poco puedo hacer estando aquí ya todo un alférez —ironizó.

—¿Estás seguro? —intervino fray Julián alzando las cejas con gesto expectante, quizá algo enojado.

—Aquí no aporto nada, padre… —concluyó, pidiéndole calma con un gesto de la mano que pasó desapercibido para el militar, a quien se dirigió de inmediato—: Si encontráis algo de interés, ya sea en su cuerpo o en la cerería, os estaría agradecido de que se lo dijerais al

padre prior o a fray Carlos, quien seguro se va a quedar aquí rezando por el alma de fray Tomás —le indicó—. Y ahora voy a ordenar a Gaspar que vaya al cuartel. El corregidor debe ser avisado cuanto antes.

Circunspectos. Así quedaron los gestos del prior, fray Carlos y el alférez. Por su parte, Tello salió de los sótanos con pasos rápidos y nerviosos. Tras llegar a la lonja, localizó al muchacho cerca de las máquinas y le ordenó que fuera al cuartel sin demora. Luego se sentó en un sillar y perdió la mirada en el entramado que formaban las tornapuntas de las grúas, que se movían como si tuvieran vida propia.

—¡Cinco muertes! —masculló contándolas con los dedos de la mano—. ¡Dios santo, ya van cinco muertes! Y la última víctima es, ¡nada menos!, que un monje del monasterio.

Cada vez estaba más convencido de que algunas tenían que ver entre sí. ¡O todas! Resultaba imposible creer que cada una estuviera aislada de las demás. Por eso necesitaba hablar con Pascual esa misma noche. El comerciante era de pensamiento rápido, lógico y acertado. Juntos discurrían mejor. No podía eternizarse en averiguar qué diablos estaba pasando en San Lorenzo el Real. Si no era capaz de ofrecer una mínima explicación a fray Julián, el hombre iba a volverse loco. ¡Y no solo él! Fray Antonio le presionaría y José de Sigüenza le humillaría, además de hacerle pasar a la historia en sus crónicas como un perfecto idiota.

Tello respiró hondo y trató de serenarse mirando al cielo. Debía llegar a una mínima conclusión. Seguramente era cuestión de darle vueltas a los hechos una y otra vez, estrujándolos como si fueran un trapo húmedo. Porque las cinco muertes eran muy extrañas, por mucho que algunas quisieran aparentar cierta lógica.

Para comenzar, ya daba por hecho que el registrador y el contador habían muerto a manos de Munio. Sabía que si se equivocaba en esto, el resto de sus disquisiciones serían erróneas, pero por algo tenía que empezar. En ambos casos, los cuerpos mostraban cortes en sus manos, unas heridas que bien podían haber sido practicadas con la misma daga que, de una puñalada directa al corazón, le había cerrado la boca al gañán para siempre. Esta circunstancia descartaba

por lógica que Munio hubiera podido matar a Agustín o a fray Tomás. Luego entonces había un segundo asesino, alguien fuerte y experimentado porque había logrado deshacerse del matón de El Escorial. Además, se trataba de un tipo hábil ya que había sabido ingeniárselas para que Agustín sucumbiera al ataque de sus propias abejas.

Y ahora fray Tomás había sido asesinado con una daga clavada en el corazón, una estocada realizada por un zurdo de menor estatura que él. El asesino no podía ser un monje porque, si se exceptuaba esta última muerte, habría tenido que salir al exterior para cometer los otros crímenes, y a los monjes no les estaba permitido abandonar la clausura. También suponía que era alguien con arrestos porque se había colado discretamente en el convento y había llegado hasta la cerería, quizá el lugar más recóndito de todo el edificio, un sitio al que era muy difícil acceder si se desconocía el camino que conducía hasta allí. Si era el mismo que había matado a Munio y a Agustín, ya no tenía duda de que se trataba de alguien inteligente, preparado, frío y, desde luego, osado.

Debía tener cuidado porque, si además era el que había matado a Risco, no tardaría en ir a por él.

24

Tello se ausentó de las obras esa tarde. En su cabeza no dejaban de revolotear aquellas ideas sin sentido sobre los asesinatos y temía no atender convenientemente a sus obligaciones. Decidido como estaba a no encontrarse con Pascual Cascante hasta que cayera la noche, optó por dedicarse a la oración y a los libros hasta que llegara el momento de salir. La fecha en la que el prior le pondría a prueba para ingresar como novicio se acercaba y tenía abandonados aquellos quehaceres.

No fueron horas tranquilas para el postulante. La falta de concentración le impedía leer más allá de unos pocos minutos seguidos. Por otro lado, la ausencia de Risco, que aún pesaba en su ánimo, se solapaba con sus responsabilidades en la disposición y el aprovechamiento de las grúas. Entre sogas, ruedas y poleas, también aparecían las imágenes de los cinco cadáveres con los que se había topado desde que llegó a San Lorenzo el Real. Y cuando intuía que todas esas tensiones comenzaban a desvanecerse, entonces aparecían los recuerdos de Herrera y fray Antonio reclamándole más celo en los trabajos, que luego todo eran contratiempos. Lo mismo ocurría con el padre Julián, que no cesaba de preguntarle si se sentía preparado para ingresar en la Orden. Y Ana, siempre ella, porque la joven nunca faltaba a la cita cuando su cabeza se enredaba en un remolino de pensamientos absurdos.

Aquella cascada de locos razonamientos le duró hasta que coincidió con el mercader navarro en la puerta de la tasca de Constanza. Esa noche había subido antes de lo habitual para poder sentarse a la mesa que había en el rincón más apartado del establecimiento. Por el momento no quiso comentarle nada acerca de la muerte de Risco ni de la amenaza hallada en la boca del animal. Era preferible centrarse en una sola cuestión, y creía que la

muerte del monje era más importante que su pasado como Tábano. Si lo sacaba a colación, también tendría que dar explicaciones al comerciante. Así que decidió mantenerlo en secreto y disfrutar del ambiente tan recogido que les brindaba aquella mesa apartada. Allí estarían tranquilos para intentar hallar algún sentido al asesinato de fray Tomás.

—Todo indica que se trata de un crimen premeditado —concluyó el de Cascante tras haberle escuchado—. Tres de las muertes son claramente asesinatos: la del registrador con el cuello rajado, la de Munio con una estocada en el corazón y la de fray Tomás con otra. Estas dos últimas coinciden en la forma y el arma. Y estoy casi por decirte que las ejecutó la misma persona.

—Munio tenía la daga clavada de manera frontal, directa, seguramente practicada por un hombre diestro de su misma estatura.

—El facineroso no tenía mucha envergadura. ¿Cómo era fray Tomás?

—Más alto y bastante más corpulento —respondió sirviendo vino en dos vasos.

—Entonces tiene lógica. Si fue la misma persona quien mató a ambos y tenía la estatura de Munio, fray Tomás le venía grande. Por eso la trayectoria del apuñalamiento del primero es de frente y la del monje va de abajo arriba, porque el asesino era más bajo que su víctima.

—Hay algo que no encaja en tu teoría: en el segundo caso, la puñalada fue de izquierda a derecha, lo que indica que el asesino es zurdo. Por el contrario, la disposición de la daga en el cuerpo de Munio hace pensar en un diestro.

—¿Por qué?

—Creo que solo un diestro es capaz de propinar ese golpe tan recto.

—No lo des por supuesto, Tello —dudó Pascual Cascante—. También pudo ser un zurdo quien lo hiciera, y le clavó la daga enfrentándose a él con solo medio cuerpo.

—Eso es absurdo. ¿Quién hace semejante tontería?

—Alguien conocido que te va a asesinar sin que lo esperes. Está

frente a ti, da un paso lateral a la derecha y con la mano izquierda te asesta una aguijonada en el corazón.

—Repito: ¿quién daría un paso lateral tan tonto?

—No lo sé, pero es la única explicación que se me ocurre. Enfrentar medio cuerpo con tu víctima solo tiene sentido si es para confundir a quien luego quiera averiguar cómo se produjo esa muerte. Si en verdad nuestras suposiciones son ciertas, el asesino no tiene un pelo de tonto.

—Quizá tengas razón, porque, para matar a fray Tomás, se esforzó sobremanera. Tuvo que entrar en el convento, bajar a los sótanos, cruzarlos de lado a lado hasta la cerería, asesinar al monje y salir como si nada hubiese pasado —apoyó la teoría Tello—. Se trata de alguien inteligente, capaz de camuflarse entre el gentío, preparado y con una frialdad que pasma.

La tasca se había llenado de hombres dispuestos a olvidar un duro día de trabajo. Constanza y Ofelia no daban abasto. Gaspar las ayudaba llevando jarras de vino a las mesas y recogiendo las vacías, pero no eran manos suficientes para atender todas las demandas. Y entre aquel barullo, Tello y Pascual seguían concentrados en desentrañar las circunstancias del asesinato de un monje jerónimo en el interior del convento, aunque también era cierto que el postulante no perdía ocasión de seguir con la mirada a Ofelia y al muchacho.

—Es una mujer muy dulce y honrada —comentó Pascual haciendo un alto en sus cavilaciones.

—Dios mismo sabe que lo es, y Gaspar bien podría haber sido su verdadero hijo. Se nota que se ha criado junto a ella.

—A ese chico le hace falta un padre —dejó caer con gracia aquella obviedad no exenta de intención.

—Ya, y a ella un marido —se apresuró a decir Tello tintando sus palabras de sarcasmo—. De todas formas, Pascual, baja el tono. Nadie tiene por qué enterarse de los consejos que recibo sobre los juegos de amor que me están prohibidos. Evitemos habladurías, aparte de que a ningún oído le interesa nuestra conversación —concluyó mirando las mesas que tenían a la espalda y a los lados.

Pascual aceptó el comentario con un gesto cómplice.

—Ni tú ni fray Tomás merecéis rumores indiscretos.

—¿Se te ocurre quién pudo ser capaz de matarle?

—No soy corchete, ni alguacil, ni me dedico a vigilar caminos o prisiones. Ni siquiera he sido soldado.

Un nudo se apretó en la boca del estómago de Tello cuando escuchó aquellas últimas palabras. Soldado. Tábano. Muerte.

—Me gustaría imaginar al asesino como un tipo malencarado parecido a Munio, alguien fácil de localizar con solo visitar las tabernas de El Escorial —dijo Tello casi para sí—. Pero creo que nuestro hombre no tiene nada que ver con un indeseable tan deteriorado y perverso. Quienquiera que sea estará camuflado tras una máscara.

—¿Por qué lo dices?

—Si se introdujo en el convento sin levantar sospecha, su aspecto no debe de tener nada de particular. Será un tipo corriente. Puede que se trate de un comerciante habitual cuya presencia no extrañe a nadie, o de alguien que tiene facilidad para hacerse pasar por un ayudante, un mozo de carga…

—No está mal pensado, amigo. Ahora nos queda deducir quién puede parecerse a ese individuo que has descrito, sea un comerciante habitual del convento o uno ocasional.

—¡No serás tú, que eres comerciante y bajas a las despensas cuando te place! —le espetó Tello aguantando la carcajada.

Los dos rieron unos segundos.

—Admito que me incluyas entre tus sospechosos para que así, al menos, no te presentes con las manos vacías ante el prior.

Tello le chistó para que bajara la voz aún más.

—Al final voy a tener que jugarme el cuello para obtener algo de información.

Y antes de que hubiera contrarréplica, se escuchó la voz de Ofelia.

—Lo importante es que todas las noches llegues aquí vivo y de una pieza —le rogó con cierta angustia enfurruñada en su voz—. Bastantes desgracias tenemos ya, que la ausencia de Risco nos ha hundido en la pena, pero la tuya nos mataría.

—No será para tanto —respondió al cumplido, solo por ser cortés.

—¿Acaso no te das cuenta de lo importante que eres para mucha

gente? —se encaró con Tello. Había cambiado su tono coqueto por el de una madre que regaña a un niño—. Gaspar no superaría tu pérdida.

—Ni yo la suya, puedes estar segura. Lo quiero como si fuera un hijo.

—A otro perro con ese hueso, que eso se lo dirás a todas, bribón.

—No tengo muchas ocasiones de hablar con mujer alguna —trató de cortarla.

—¿Ah, no? —le retó ella llevándose las manos a las caderas—. Entonces ¿qué haces cuando estás con la señorita de Alcalá? ¿Confesarte?

—Suficiente por hoy, Ofelia —dijo levantándose de la mesa y dejando unas monedas sobre el tablero—. Vayamos a descansar, amigo.

Tello y Pascual atravesaron la tasca bajo la atenta mirada de la mujer hasta que cerraron la puerta tras de sí.

—Si lo espantas de esa manera, no se va a fijar en ti aunque te sientes encima de sus rodillas —le gritó Constanza desde el otro lado de la sala—. Tal y como están las cosas, mejor te iría si te limitaras a servirle y no cruzaras palabra con él, que al final se dará cuenta de que le haces de menos y ya verás tú si termina preguntando qué te pasa.

—Creo que tiene razón, madre —opinó Gaspar desde la mesa donde rellenaba las jarras con el lebrillo.

—Así que cierra la boca y ábrete los cordones de la camisa.

Los tres rieron, aunque Ofelia lo hizo sin ganas.

Para entonces, Pascual y Tello ya habían tomado el sendero que bajaba hacia la explanada.

—¿No te hace gracia? —preguntó el comerciante—. Parece una mujer sencilla y agradable que solo quiere agasajarte.

—Y llevarme a lo oscuro, amigo.

—Deberías sentirte halagado, aunque con la oscuridad siempre hay que tener cuidado.

Pascual no se refería tanto a las intenciones de Ofelia como a tropezar con alguna piedra según recorrían aquel camino en mitad de la noche. Hasta sus ojos apenas llegaba la claridad que despedía

un pedazo de luna cuando se abría paso entre el ramaje de los árboles. Por ello, no se percataron de que dos hombres les cerraban el paso hasta que prácticamente se dieron de bruces con ellos. Al principio, Tello trató de esquivarlos creyéndolos unos trabajadores más que subían a beber a las fondas o a aliviarse con las lavanderas. Pero cuando uno se plantó frente a él para impedirle continuar la marcha, se dio cuenta de que la noche acababa de torcerse. En ese instante tomó conciencia de lo que ocurría, y no parecía demasiado halagüeño. Ambos sujetos llevaban sombrero, se cubrían el rostro con un pañuelo y habían desenfundado la espada.

—La bolsa —gruñó con sequedad uno de ellos.

Antes de que pudiera responder, el sonido de pisadas a su espalda hizo que el postulante se girara en redondo. Allí había otros dos individuos también con sombrero. También con el rostro oculto tras un pañuelo. Y también con espadas. Si bien las armas descansaban en sus vainas, las manos cubrían sus empuñaduras prestas para sacarlas.

—La bolsa —repitió uno de los que tenía de frente—. Las dos bolsas. ¡Rápido!

Tello apartó al comerciante a un lado para protegerlo. Quería centrar la atención de aquellos asaltantes en sí mismo.

—Por favor, Pascual, obedece… —le pidió mientras él trataba de encontrar la suya bajo el jubón.

La primera bolsa que voló por el aire hasta las manos de uno de los ladrones fue la de Cascante. La segunda fue la de Tello, aunque el lanzamiento quedó corto y obligó a que el sujeto la recogiera y sopesara su contenido en la palma de la mano.

—Aquí hay pocas monedas —dijo con voz ronca—. Vayamos a tu casa —ordenó al comerciante.

—Allí no guardo mucho más —trató de disuadirle.

—¡Camina!

Tello hizo un gesto a su amigo para que le hiciera caso. Pero cuando Pascual dio el primer paso para continuar camino hacia la explanada, el hombre le señaló las faldas del monte con la punta de su espada para que comenzara a subir.

—Su casa no está por ahí —les advirtió Tello—. Al contrario…

—Tú, cállate. Tomaremos un sendero apartado para que nadie os vea.

El postulante miró hacia atrás. Los dos atacantes que los vigilaban por la espalda estaban a cuatro pasos de ellos. Los que tenían delante, a poco más de uno. No podían negarse a obedecer por mucho que les estuvieran obligando a salirse del sendero para adentrarse en la espesura de la arboleda, un lugar oscuro y peligroso donde sería tan fácil desorientarse como darles muerte. Lo mismo que le ocurrió al corregidor. Y a Munio.

—No iremos por allí —afirmó mientras se acercaba despacio al asaltante.

La punta de la espada se interpuso en su camino, pero Tello apartó el extremo del arma suavemente con el antebrazo y, sin dejar de avanzar, su cuerpo la rebasó. Si aquel hombre quería clavarle la espada ahora, tendría que retroceder medio paso o maniobrar con ella en una postura muy forzada. Y no lo lograría jamás porque Tello se había situado en una posición muy favorable. Tal y como le habían enseñado los rodeleros del tercio cuando tan solo era un chiquillo, lo importante en esos casos era acortar la distancia con su enemigo para que su arma ya no fuera efectiva. Aquel villano solo podría ejecutar un movimiento lateral, mucho más lento y trabajoso que uno frontal. Además, el antiguo soldado ya lo tenía al alcance de sus manos.

Tal y como esperaba, su atacante se sintió incómodo. Tello no le iba a conceder un segundo para pensar, para intentar siquiera dar un golpe de lado con la espada.

—¡Detente! ¡Fuera de aquí! —le increpó el hombre.

Tello dio un paso rápido hasta casi rozar con su pecho el del atacante. Para entonces ya había aprisionado bajo su axila izquierda la muñeca del agresor que sostenía la espada. Sin perder un instante, lanzó el puño derecho hacia su barbilla de abajo arriba. El impacto dobló el cuello del hombre hacia atrás. Aturdido, el rufián tardaría medio segundo en volver a tener la cabeza en su sitio. Con aquella treta, Tello había conseguido una primera ventaja. La segunda estaba en la mano derecha de aquel miserable, que habría perdido fuerza por la confusión y la potencia del golpe, la suficiente

como para que él hiciera palanca con su propio cuerpo y la empuñadura, obteniendo de esa manera…

Cuando el hombre enfrentó su mirada a la del postulante, no solo estaba desarmado, sino que la espada ya traspasaba su corazón.

Menos de medio segundo después, Tello extrajo la hoja, empujó a Pascual a un lado y se lanzó contra el otro agresor. El hombre comenzó a defenderse de los golpes que le caían encima de manera impetuosa, tanta que el antiguo soldado calculó que no le iba a costar desarmarlo o darle muerte. Cierto era que él estaba desentrenado, pero aquel fantoche se mostraba demasiado torpe para el combate. No resistiría más de una docena de movimientos. Olía su miedo, su angustia. Seis, siete, ocho golpes… y la espada de su oponente voló por los negros aires de la noche. Sin embargo, en lugar de atravesarlo de lado a lado, giró sobre sí mismo para ver qué ocurría con los otros dos asaltantes que había dejado a su espalda. Ambos habían desenfundado sus armas y se acercaban a él dispuestos a luchar, casi deseándolo.

En un gesto rápido, miró hacia donde acababa de desarmar a su segundo agresor.

—¡Ha recuperado su arma, pero ha huido! —le indicó Pascual, que no se había movido de donde lo había dejado Tello la última vez, apenas a tres pasos de él.

No hubo tiempo ni ocasión para más palabras. Los dos embozados se abalanzaron sobre el postulante y los aceros resonaron en la noche. Diez segundos y varios golpes más tarde, aun siendo dos, Tello sabía que podía vencerlos, aunque no resultaría fácil. La única forma de mantener el equilibrio de fuerzas era intentar ganarles terreno y que lucharan dando pasos hacia atrás en la oscuridad. Con un compañero muerto y otro huido, quizá se lo pensaran dos veces.

El antiguo soldado se protegió, paró un golpe, luego otro, ¡y otro más!, pero después los embistió, y lo hizo con rabia, con mala baba, con esa forma de luchar que aprendió de los rodeleros en los campos de batalla más crueles y peligrosos de Europa. Y su osadía dio sus frutos, porque los dos agresores dejaron de atacar y pasaron a defenderse.

Tello ya se las prometía felices cuando uno de ellos echó mano a

su cinto y sacó un arcabucillo. Le apuntó con el cañón y apretó el gatillo. La explosión le deslumbró un instante y sintió cómo la bola de plomo silbaba cerca de su oreja derecha pero no le tocaba. Cuando se dispuso a arremeter con furia desatada contra los asaltantes para darles muerte, los hombres se desvanecieron como dos espectros en la noche.

—¡Hijos de mil rameras! —bramó antes de girarse en redondo para reunirse con Pascual Cascante—. Vayamos al cuartel y avisemos a los soldados. Hay que darles caza.

—Tello…

—¡¡Pascual, amigo mío!!

El mercader navarro estaba caído en el suelo. La bola de plomo que había volado un segundo antes cerca de su oído ahora estaba incrustada en su pecho. La sangre comenzaba a brotar del agujero con bordes requemados que se apreciaba en sus ropas. Cuando Tello le incorporó la cabeza, observó que tenía dificultades para respirar. La herida era grave y la muerte le saldría al paso en cualquier momento si no actuaba con decisión.

—Son herejes…, amigo…, malditos herejes… —luchaba Pascual por lanzar las palabras fuera de su boca—. ¿No los has oído? Apenas saben hablar castellano.

—Eso ahora no importa.

—¡Cómo que no! —se quejó con menos fuerzas—. Piensa lo que te digo. Es un paso importante, Tello.

Arrodillado junto a él, observando sus ojos abiertos a las estrellas, Tello recordó que, en efecto, al menos uno de los atacantes tenía acento extranjero. *Herejes…* Así los había calificado el comerciante. *Herejes*…, es decir, apóstatas, renegados, traidores. Luego no se trataba de turcos ni de árabes… ¡No! A esos los habría mentado como *infieles*. Pero Pascual estaba siendo preciso: *malditos herejes*. Sí, aquel acento era francés. Las amenazas de aquellos rufianes habían sido formuladas con frases cortas, a veces simples palabras, de tal forma que no se descubriera su acento, sí, ¡acento francés!

Tello se aproximó al asaltante que yacía en el suelo y le retiró el pañuelo de la cara. La penumbra no le dejaba observar bien su rostro, pero distinguió a un hombre de su misma edad. Entonces

aguzó la mirada todo lo que pudo. Era claramente extranjero: rubio, ojos azules, piel muy pálida, alto, fuerte, con alguna cicatriz en la parte visible de los brazos y el cuello… No se iba a equivocar mucho si aseguraba que aquel tipo había sido soldado, un mal soldado, en vista de cómo había acabado.

Se acercó algo más para ver si lo reconocía, pero no. Jamás había visto ese rostro. ¿O sí? ¡Ah, por supuesto que sí!

—Este pobre diablo estaba en una mesa cercana a la que hoy hemos ocupado tú y yo en la tasca de Constanza —murmuró pensativo.

—Y no estaba solo… —apuntó Pascual—. En la mesa había otros dos con él…

—¡Es cierto! Abandonaron el lugar poco antes que nosotros. Pero ¿y el cuarto?

—Pudo unirse a ellos después… —Al comerciante le costaba hablar —. O lo hizo en la tasca, pero ninguno de nosotros lo advirtió…

Se hizo el silencio.

Tello se estremeció al ver que Pascual entrecerraba los párpados. ¡Dios mío! Palpó su cuello con la yema de los dedos y supo con alivio que aún continuaba con vida. De todas formas, la suerte no iba a entretenerse demasiado tiempo con ellos. Tras recoger su bolsa y la del comerciante, cargó a su amigo sobre los hombros para buscar ayuda. Mientras lo hacía, tuvo la certeza de que aquella encerrona no había sido algo fortuito. Bastaban uno o dos matones para robar la bolsa a dos hombres. Pero esa noche habían sido cuatro. Tampoco habían preparado la emboscada a la ligera: les salieron al paso dos por delante y otros dos por detrás. Y uno iba armado con un arcabucillo. La puesta en escena no fue más que una peligrosa pantomima. Habían tratado de simular un asalto, pero sus bolsas les traían sin cuidado. Querían llevarlos a lo más profundo del monte y allí acabar con sus vidas. En cualquier caso, ¿por qué querían matarles? ¿Qué ganaban con ello?

Voces.

Sí, oía voces de hombres acercándose. El disparo les habría alertado. No sería extraño que hubiesen avisado al cuartel. Sin más dilación, se dispuso a huir entre las sombras hacia el hospital de

laborantes de El Escorial. Era el único lugar donde podrían salvar la vida de su amigo, si es que no se le moría por el camino. Atrás dejaba el cadáver del francés con una estocada en el corazón. Desde luego, el alférez iba a tener trabajo para desentrañar aquel crimen porque, cuando viera la espada junto al cuerpo, nada obedecería a la lógica.

Aunque la muerte le pisaba los talones, tuvo que detenerse y emplear un minuto en taponar la herida que se abría en el pecho de Pascual. No fue una mala idea. Aquella arriesgada decisión le estiró la vida lo suficiente como para que su corazón llegara palpitando a manos del médico.

—Haced lo imposible para que este hombre se quede con nosotros, que es mucho más necesario por aquí que haciendo compañía a Nuestro Señor —le rogó al galeno.

Regresar al convento bien cercana la aurora era lo que menos le preocupaba en aquellos momentos. Solo le importaba que su amigo Pascual Cascante ganara la batalla que libraba por su supervivencia. Según le aseguró el médico, sería una lucha enconada que se prolongaría durante días, si es que lograba ganarla. ¡Maldito destino! Una persona tan recta e inteligente como Pascual no merecía semejante desdicha, mucho menos cuando la bala que le podía robar la vida había sido disparada contra él. Desde luego, aquella herida tenía mal aspecto, pero, aun con el pecho abierto, seguía vivo. Sea como fuere, ahora se sentía en desventaja. Con el navarro peleando por su vida, se quedaba sin uno de sus apoyos más sólidos y sin una buena cabeza para pensar.

Y ahora ¿dónde situaría el asalto que habían sufrido dentro del entramado que formaban el resto de las muertes? ¿Lo encasillaría del lado de los accidentes en las obras, o con los extraños asesinatos que se sucedían sin una causa que los uniera? Porque de una cosa estaba seguro: aquel no había sido un hecho al azar. Tampoco improvisado. Resultaba un tanto insólito encontrarse con cuatro salteadores de caminos por la noche, tanto como que, después de robarles, procedieran a llevar a sus víctimas a un lugar apartado para pasarlas por las armas. Aquel había sido un acto deliberado cuyo único objetivo era matar. Pero… ¿a los dos? ¿O solo a uno? Y si

era así, ¿a quién?

La maciza silueta del convento le recibió con las primeras luces del día resplandeciendo tras sus muros. Mientras se acercaba a la explanada, se reafirmó en que, de haberse producido, la muerte de su amigo hubiese dado al traste con su investigación, aunque no habría supuesto un gran contratiempo para las obras. Como mucho, algún leve retraso en la provisión de frutas y verduras, pero poco más. Por el contrario, si él mismo hubiese muerto, los trabajos sufrirían un buen revés. Aparte de coordinar la actividad de la docena de grúas, él también era uno de los ayudantes de Antonio de Villacastín que más responsabilidades tenía. Y eso sí era importante. En realidad, si su muerte se hubiese unido al robo de los planos, el daño podría haber sido más que considerable, porque un hecho así afectaría a los sentimientos y la ilusión de los habitantes de San Lorenzo el Real. Desde luego, él no representaba un puntal en las relaciones sociales de la explanada, pero era conocido, apreciado y a quien no pocos le profesaban cariño. Su asesinato hubiera resultado poco menos que devastador en el ánimo de la gente.

Saludó al padre portero de manera escueta y se dirigió hacia su celda. Una vez allí, se desnudó y buscó el flagelo en el pequeño arcón. Haber matado a un hombre, aunque fuera para defender a Pascual —y a sí mismo—, merecía su castigo. Y no solo por quebrantar una vez más el quinto mandamiento de la Ley de Dios, sino porque no le había supuesto reparo alguno agujerear el corazón de aquel imbécil. Lo peor era que tampoco sentía el más mínimo remordimiento.

El primer azote no sirvió para solicitar el perdón divino, sino para que centrara aún más su cabeza en lo que acababa de suceder. Pascual tenía razón: los incidentes en las obras iban por un lado y los cinco asesinatos, por otro.

El segundo latigazo, mucho más fuerte, le hizo ver que aquellos que pretendían que las obras se atascaran no se habían conformado con provocar un incendio, arruinar una grúa o robar unos planos. En esta ocasión habían atacado a alguien en concreto para quitarlo de en medio. Aquello rompía la forma de actuar que habían seguido hasta el momento.

El tercer golpe con la disciplina fue salvaje y le hizo recordar lo que le dijo Pascual un instante después de recibir el bolazo de plomo: *malditos herejes*. ¿Por qué tenían que ser franceses aquellos que querían que las obras fracasaran? A no ser que… ¡Sí! Pocas semanas antes, Constanza y Hernando habían hecho una relación cronológica de los accidentes, y Gaspar la había dejado por escrito. ¿Podría ser que…?

No hubo un cuarto latigazo.

Tello volvió a abrir el arcón y buscó aquel papel donde el muchacho había ido escribiendo uno tras otro los accidentes y la fecha aproximada de los mismos.

El inventario comenzaba casi trece años atrás, alrededor de 1563. En ese año los incidentes fueron escasos y de poca importancia. Luego habían aparecido muertas algunas bestias de carga: varios bueyes, un par de caballos y media docena de mulas… El primer gran accidente estaba datado en 1567. A partir de ahí ya no fueron tan habituales, pero sí de gran impacto en el desarrollo de las obras. Hubo pequeños fuegos, destrozos, roturas y robos continuados hasta que, en 1569, se levantó la cerca de piedra que circundaba los terrenos del monasterio.

Tello iba interpretando la sucesión de hechos casi con ansiedad. Advirtió que los percances cesaron durante un tiempo. Luego, caídas de andamios, derrumbes de muros, fracturas de tabiques y hundimientos de soleras comenzaron de nuevo a ser frecuentes a finales de 1572, año en el que Herrera tomó oficialmente la dirección de las obras y, gracias al cambio en los métodos de construcción, los trabajos avanzaron a un ritmo mucho más vivo.

Después de un año bastante calamitoso en lo que a incidentes se refería, volvió la calma hasta hacía poco menos de un año. En julio de 1575 —él acababa de llegar al convento—, se había derrumbado un muro y desprendido un andamio. También tuvieron lugar el ataque de los lobos al ganado y el incendio en la carpintería. Y ya en el año presente podía contar el estropicio de la grúa y el robo de los planos.

Vistas con perspectiva, no tenía duda de que todas aquellas acciones estaban dirigidas a entorpecer las obras, a paralizarlas,

incluso a que el proyecto se malograra por falta de inercia, dineros y entusiasmo en los trabajadores. Estaba claro quién era el perdedor en aquella guerra subterránea. Pero ¿quién ganaba si finalmente no se levantaba la octava maravilla del mundo? Los únicos que sacarían partido serían los enemigos de las Españas y, por ende, contrarios al rey y a Dios. Sí, a Dios…

Los protestantes…

Calvinistas…

Franceses…

Malditos herejes…

¡Hugonotes!

Tello volvió a mirar la lista e hizo memoria. El primer gran accidente fue a finales de 1567, uno o dos meses después de la *Miguelada* de Nimes, una ciudad donde los protestantes asesinaron a casi un centenar de católicos. Por ella pasaron Pedro Saldaña y él al día siguiente de cometerse la masacre y casi les cuesta la vida. Al poco de aquella barbarie, los católicos emprendieron una represión brutal contra los hugonotes en la que él mismo participó.

La segunda oleada de accidentes en las obras se produjo a finales de 1572. Curiosamente coincidía con la matanza de San Bartolomé, una locura de pólvora, hierro y sangre a la que había contribuido su propia espada por encontrarse él allí en misión oficial ordenada por el duque de Alba. No solo aniquiló a docenas de protestantes, sino que disfrutó con ello.

Desde poco después de que él llegara al monasterio, los accidentes se fueron precipitando. A la par, sabía que las guerras religiosas en Francia y las batallas en Flandes se habían sucedido hasta que, en el año de 1575, culminaron con el asedio a la ciudad de Schoonhoven. Se lo había escuchado decir al duque de Alba cuando fue a visitar el convento. Por lo que sabía, los soldados españoles lograron que las fuerzas orangistas se rindieran tras trece días de lucha y una feroz resistencia. Aparte de holandeses, entre aquellos soldados había ingleses, escoceses, valones y ¡franceses! Las tropas españolas se ocuparon de humillar a los vencidos hasta el escarnio.

¡Sí! Aunque sonara disparatado, era del todo posible. Los que

habían provocado los accidentes desde hacía más de diez años y los que habían tratado de matarle esa misma noche eran herejes. Podría parecer descabellado porque no había franceses en toda la explanada ni en sus alrededores… ¿O sí? ¿Había hugonotes en la obra dispuestos a vengar masacres, derrotas y humillaciones? ¿El hombre que acababa de matar, extranjero a todas luces, era en verdad un hugonote?

25

No había sido una noche tranquila para Tello. Tampoco fácil. Cuatro años antes su mundo se tambaleó cuando Pedro Saldaña asesinó a su mujer. Entonces se vio obligado a huir y a cambiar de vida. Ahora no era muy distinto. El oasis que había significado el monasterio de Santa María de Sisla y su posterior viaje a San Lorenzo el Real se había transformado en una especie de infierno donde se sucedían los accidentes y los asesinatos. Al menos, el desastre que había significado yacer con Ana ya no le producía tantos remordimientos. Cada vez estaba más arrepentido de haberse abandonado a la tentación. Quizá su pesar no fuera suficiente para lograr el perdón, pero al menos la joven ya no le distraía de sus preocupaciones. Ahora todo se centraba en procurar una solución para que la obra de Dios continuara adelante. Lo cierto era que en aquella partida pintaban bastos desde el momento en que Pascual Cascante se debatía entre la vida y la muerte a causa del bolazo de plomo. Él mismo podría haber perecido si no hubiese burlado el peligro gracias a su experiencia en combate. Resultaba paradójico que, a un tiempo, aquella desgracia hubiera aportado un chorro de luz para esclarecer el misterio de los accidentes. Y todo gracias a la perspicacia del comerciante, una sagacidad con la que tardaría en volver a contar, aunque, al menos, había abierto la puerta a una explicación.

Y es que todo podía estar relacionado con los herejes.

Con los malditos hugonotes.

Dejó el flagelo en el suelo —apenas ya le servía para purgar faltas o reavivar su conciencia— y se tumbó sobre el jergón. Se había quedado sin fuerzas. Solo necesitaba dormir un poco para recuperarse e iniciar la búsqueda de franceses por las obras. Sabía que había trabajadores extranjeros, no demasiados, pero sí los

suficientes como para emplear unos cuantos días en localizarlos. Por otra parte, debía hacerlo con tiento, pues si los herejes se sentían perseguidos, podrían esconderse entre los tres millares de laborantes que había en la explanada. Y si su presión era inadecuada o la ejercía a destiempo, incluso se las arreglarían para huir sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo. Y para él era tan importante impedir que siguieran sembrando desgracias en San Lorenzo el Real como dar con ellos para llevarlos ante la justicia.

Además, otro peligro pendía sobre su cabeza: si se paseaba por las obras en busca de hugonotes, la amenaza que había encontrado en la boca de Risco podría cumplirse y daría al traste con todas sus investigaciones, y también con las ganas que tenía de…, sí, ¡de vengar el ataque que acababan de sufrir Pascual y él!

Por eso, aunque lo intentó, no pudo dormir aquella noche.

Nunca pensó que se alegraría tanto de ver a Gaspar. Después de alborotarle los cabellos y bromear unos segundos con el muchacho, le ordenó que le esperara en la zona de las grúas. El postulante había divisado a Esteban Lizar dirigiéndose hacia su fragua y le urgía hablar con él.

El herrero le recibió con gesto sorprendido.

—No deberías estar aquí. ¿Has olvidado por qué mataron a tu perro?

—A Risco no lo olvidaré mientras viva —le dijo casi en un siseo—, pero tenía que informarte de que anoche alguien intentó matarme.

—¡Lo sabía! —exclamó indignado antes de que Tello le chistara para que bajara la voz—. Bueno, está claro que no lo consiguieron.

—No conmigo, pero Pascual resultó herido. Quizá no lo supere.

—¡Dios mío!

—Por la Virgen santísima, ¿quieres bajar el tono? —le instó mientras le agarraba del brazo y se apartaban a un lado, lejos de los operarios.

—¿Cómo ocurrió todo?

—Ahora eso no importa. La cuestión es que Pascual, justo antes de perder el conocimiento, me avisó de que nuestros asaltantes eran

franceses.

—¿Franceses?

—Era difícil identificar el acento de aquellos canallas, pero mi amigo lo hizo.

Esteban giró la cabeza hacia ambos lados antes de continuar hablando.

—Es mejor que nos veamos más tarde y a salvo de miradas indiscretas. Deberías volver al convento o allá donde quieras estar, pero lejos de aquí, al menos durante un tiempo —concluyó.

—Tienes razón —admitió de mala gana—. Te veré esta noche en la tasca de Constanza.

Antes de regresar a su celda, Tello se dirigió hacia la zona donde se agrupaban las grúas y se cercioró de que las máquinas funcionaban sin descanso.

—No hay novedades —le dijo Gaspar desde la distancia.

Al muchacho se le veía disfrutar con la responsabilidad que, como su ayudante, había depositado Tello en él.

—¡Cuida de todo y de todos, ratón! —le gritó—. Y al que no te haga caso me lo envías al convento, que le daremos unos buenos azotes.

El muchacho le sonrió y luego clavó los ojos en las vistosas maniobras que ejecutaban las máquinas. Tello regresó a su celda y descansó hasta las tres de la tarde. A partir de ese momento trató de aprovechar el tiempo en el aula preparándose para ser novicio, aunque le resultó todo un sacrificio fijar su atención en los libros ya que lo que menos le preocupaba era el devenir de su propia vida. Sabía que debía permanecer dentro del convento los días siguientes, pero si no salía en busca de aquellos criminales, estos se sentirían libres para seguir campando a sus anchas y, lo que era aún peor, le fallaría a su amigo Pascual.

Por esa razón, aquella noche subió hasta la tasca de Constanza para encontrarse con Esteban. El capataz todavía no se había sentado junto a Tello cuando este ya le estaba preguntando si sabía algo de la existencia de franceses en las obras.

—Me consta que tenemos algunos trabajadores extranjeros contratados.

—Eso ya lo sé —asintió nervioso—. Como ocurre en los tercios, seguro que los hay alemanes, genoveses, lombardos, portugueses… Incluso he conocido a un calabrés y a un napolitano. Lo que ahora necesito es que me consigas una relación de esos trabajadores.

—Va a ser difícil, Tello. No tengo razón alguna para solicitarla. Mi plantilla de herreros está completa y no preciso de ayudantes de ninguna clase.

—Busca esos nombres, Esteban —le rogó el postulante—. Los conseguiría yo mismo, pero ya sabes que no conviene que nadie me vea haciendo preguntas por las obras. Tú mismo me obligas a pasar las horas sentado mirando las grúas o recluido en el convento.

—Es lo mejor para todos, sobre todo para ti.

—Tienes que ayudarme…

Esteban inspiró hondo antes de hablar.

—Haré lo que pueda, pero no me presiones más —se quejó el capataz.

—¿Presionarte? Por Dios santo, si apenas te pido cuentas… ¿O es que acaso ya sabes cómo se forzó la puerta del despacho de los arquitectos donde robaron los planos?

Esteban desvió un instante la mirada al saberse en falta con Tello.

—No he podido averiguar nada.

—¿Y sabes quiénes tenían acceso al lugar donde se guardaban las trazas?

—Hice algunas preguntas y las respuestas que obtuve no me aclararon gran cosa. Solo Herrera, fray Antonio, los aparejadores y los maestros pueden entrar en el edificio.

—Y ya que estamos hablando de presiones, ¿no se te ha ocurrido apretar a algún sirviente o ayudante por si podía contarte algo más?

—La verdad es que no —admitió algo avergonzado.

—Tus reservas a la hora de echarme una mano me van a obligar a dejar de estar sentado como un bobo con la vista fija en las máquinas. Si es preciso, le pediré al padre de la ropería que me proporcione hábitos de novicio y dejaré de vestir así —le dijo pellizcándose la camisa—. De ese modo podré defenderme de esos que me quieren callado o muerto.

—¿Defenderte con tan solo vestir unos ropajes? ¿Cómo?

Tello indicó a Esteban que se inclinara sobre la mesa y acercara la oreja.

—En la celda guardo mi espada —le susurró—, y podría llevarla escondida bajo los hábitos.

Hubo un silencio espeso aunque la tasca hirviera de voces.

—Espero que sepas lo que haces —le dijo el herrero recuperando la posición.

—Si esos canallas ya saben que soy Tábano, también serán conscientes de a quién se enfrentan y lo que pueden obtener de mí: un palmo de acero en las tripas. ¿Me ayudarás?

Esteban resopló.

—Dudo que vaya a conseguir mucho. Soy uno de los capataces principales, pero eso no me abre todas las puertas a las que hay que llamar para obtener esa información de manera cierta y rápida. Sin embargo, creo que hay algo que puedes hacer por ti mismo, aparte de dejar la espada donde está.

—¿De qué se trata?

—Nadie reparará en ti si abandonas la zona de las grúas y vas a ver al registrador principal de laborantes. Él podrá informarte de si hay franceses por aquí. Aunque debes saber que ese funcionario pasa casi todo el tiempo en Madrid.

Tello le pidió con un gesto que se callara.

—Registrador… ¿Has dicho registrador? —y Esteban asintió extrañado—. Fernando de Castro era registrador —masculló.

—¿Fernando de Castro?

—Sí, la primera víctima de los cinco asesinatos que se han cometido en San Lorenzo de diez meses a esta parte.

—¿Uno de esos que te quita el sueño?

—Exacto. Quizá todo esté conectado.

—¿Pudiera ser que ese tal Fernando de Castro tuviera relación con los franceses?

—Lo desconozco, Esteban, pero tal y como me has aconsejado, mañana intentaré hablar con el responsable de los registradores. Ahora mi prioridad es cazar como alimañas a esos franceses que hay sueltos por las obras, tipos que están dispuestos a matar a quien sea, incluso a mí.

No hubo tiempo para más. Sin tan siquiera haber probado una gota de vino, los dos hombres abandonaron temprano la tasca ante la mirada estupefacta de Constanza y Gaspar, y el gesto contrariado y algo triste de Ofelia.

Tan pronto como el sol apareció en el horizonte, Tello abandonó el convento y cruzó la lonja en dirección a El Escorial. Aunque su objetivo era buscar al registrador principal de las obras, la primera casona en la que entró fue la que servía de oficinas a los contadores. Quería aprovechar para visitar a Gonzalo Ramírez y, de esa forma, tomar el pulso a las dos situaciones: a una ya pasada, en la que había muerto un hombre ahorcado en su habitación y cuyos libros fueron llevados posteriormente a Madrid para su revisión; y también a la situación actual, en la que debía pedir el favor de poder consultar el registro de laborantes.

El Contador Real le recibió en la estancia donde cumplía con sus obligaciones junto a sus dos ayudantes. Tras saludarse, Tello le preguntó si había novedades sobre las cuentas realizadas por Francisco Bajo, el contador que apareció colgado en sus aposentos.

—Justamente esta mañana tenía previsto enviaros recado —le contestó Ramírez—. Ayer mismo me devolvieron sus libros sin ningún tipo de anotación o referencia, lo cual significa que no hallaron problema o circunstancia digna de reseñar.

—Es decir, que están correctos.

—Y la memoria de mi subordinado limpia como una sábana recién lavada —dijo con satisfacción.

La visita había merecido la pena aunque solo fuera para conocer que el fallecido no escondía nada en sus cuentas. Dos más dos seguían siendo cuatro.

—Si vos me hicieseis el favor, don Gonzalo, tendría que molestar tan solo unos minutos al registrador principal de las obras.

—¿Cuál de ellos? ¿El de animales, carros, edificios, laborantes…?

—Este último.

El Contador Real le invitó a sentarse.

—Estáis de suerte. Aunque don Sancho Patón reside en Madrid,

hoy se encuentra en El Escorial. Son los ayudantes que tiene aquí quienes llevan las anotaciones al día —y añadió bajando el tono—: Lo hacen un poco de aquella manera porque siempre acumulan algo de retraso, pero me consta que no es nada grave. —Volvió a recuperar la voz—. Podéis dar con él dos casas más abajo. Decid que vais de mi parte y os atenderá de inmediato.

Si bien las relaciones entre los obreros y los funcionarios que rendían cuentas a la Corona solían ser frías y, en ocasiones, algo tirantes, Gonzalo Ramírez y Tello siempre se habían tratado con cordialidad y espíritu colaborativo.

No ocurrió lo mismo con Sancho Patón.

—Está muy ocupado —le excusó uno de sus asistentes.

—¿Podré verle antes del mediodía?

—Imposible, y mañana partirá de regreso a Madrid —trató de zanjar con una repugnante mueca de desidia.

—Es importante. Vengo de parte de don Gonzalo Ramírez.

El asistente, un hombre cercano a los sesenta, resabiado, de barba rala y gesto desagradable, tan falto de humor como de buenas maneras, dejó escapar un bufido como si aquellas palabras ya las hubiese escuchado un millar de veces.

—Don Sancho tratará de haceros un hueco a última hora. Si me decís dónde puedo enviaros aviso…

—Estaré en las obras, o pudiera ser que en el convento. Me llamo Tello del Saz.

—¿Fray Tello? —inquirió desganado al tiempo que tomaba pluma y papel.

—Aún no soy monje.

—¿Novicio?

—Postulante.

—No puedo prometeros nada… —dijo con menosprecio sin hacer intención de reflejar su nombre por escrito.

Ahora quien resopló fue Tello.

—Quizá, si informarais a don Sancho de que soy el ayudante principal de Antonio de Villacastín y también acólito de Julián de Tricio, padre prior del convento…

Al asistente se le mudó el gesto, aunque bien que se esforzó para

que no se le notara.

—Veré qué puedo hacer.

—… qué podéis hacer *ahora mismo* —le ordenó Tello agarrándole con firmeza por la manga del jubón—. O pudiera ser que, dado vuestro magnífico celo en el trabajo, recomiende a don Sancho que os deje destinado aquí una buena temporada, quizá para siempre. Personas como vos hacen falta a montones.

—¿Dónde exactamente? —quiso sobreponerse con una pregunta que parecía más un reto.

—En las pocilgas. Tengo buena mano para buscaros un puesto allí, cuidando a los de vuestra especie. ¡Ponedme a prueba, os lo ruego!

No sabía si aquel asistente era más imbécil que cobarde, pero lo cierto fue que, después de entrar en el despacho, tardó apenas diez segundos en salir y dejar la puerta abierta para que Tello se reuniera con el registrador principal de laborantes.

—¿Franceses?

—Sé que hay algunos trabajando en las obras —se explicó Tello dando por hecho lo que todos ignoraban—. Si pudiera obtener una relación de los mismos…

—Imposible —zanjó Sancho Patón. Era un cortesano cuarentón y delgado, de rostro afilado y barba recortada como el mismo diablo. Ni su gesto era amable ni el trato desentonaba con él—. Aparte de mí, en este negociado solo cuento con dos personas, y una de ellas es inexperta, ya sabéis, la que sustituye a don Fernando de Castro, a quien Dios tenga en su gloria o, si es lo que merecía, lo retenga en los infiernos… —divagó—. Lo que os decía: si estos dos ayudantes apenas van al día, ¡como para pedirles ahora que se lean todas las incorporaciones, las inscripciones, los ceses!… Yo vengo a supervisar su trabajo y luego llevo al escribano parte de las actas para que les otorgue oficialidad. En todo caso, conozco de manera general a los laborantes que trabajan aquí y estoy seguro de que no hay franceses. No os podría decir lo mismo de italianos y portugueses, o alemanes, incluso de algún que otro loco de más al norte…

—¿No recordáis a ningún francés? ¿Apostaríais vuestra posición a que no los hay?

—Está bien… —cedió algo en su obstinación—. Quizá los haya,

pero los que aquí se contratan pueden mentir a la hora de tomarles sus filiaciones.

—¿Y no podríais…?

—Solo con una orden directa de mi superior. Ni siquiera Antonio de Villacastín puede obligarme.

—Pero sí podría pediros el favor.

—Favor que le haría cuando tuviera tiempo —se escabulló dando fin a la reunión.

Tello se había topado con la maquinaria de la administración del reino. Sabía que, con aquellos personajes, no servían envites o bravatas. Pensó en una amenaza directa, pero intuía que podría salpicarle en la cara si, por ejemplo, al díscolo y engreído Sancho Patón le daba por irle con el cuento al obrero mayor o, incluso, a un miembro del Consejo de Castilla o del Consejo de Hacienda. Era preferible envainarse las ganas de armar gresca y buscar otros caminos. De lo que no tenía duda era de que el acento de dos de sus agresores —los únicos que hablaron— era extranjero, y aunque él no hubiera podido identificarlo, Pascual Cascante sí lo hizo. A partir de ahí, la cadena era fácil de seguir: franceses, calvinistas, hugonotes, herejes, ergo…

—Muerte a los católicos y todo lo que apeste a ello —dictó sentencia para sí.

Desatendiendo las recomendaciones de Esteban Lizar, se dirigió a las obras y buscó a Hernando con ahínco. Localizó al viejo aguador cerca de la fachada interna del edificio gemelo, a medio centenar de pasos de las grúas. Estaba colaborando con algunos peones en afianzar los últimos cimientos que habían practicado después de las voladuras de la roca. En breve podrían comenzar a edificar encima los solados y los pilares que allí correspondían tal y como ya se había hecho en otras zonas.

Preguntado si tenía conocimiento de que hubiera trabajadores franceses, Hernando le comentó que podía identificar la mayoría de las caras de los que allí se dejaban la vida, pero que no sabría decirle mucho más acerca de ellos.

—De todas formas, conozco a un albañil que lleva aquí desde la colocación de la primera piedra. ¿Recuerdas que te hablé de aquel

acto tan poco solemne? —Tello asintió—. Pues él fue uno de los que le puso algo de argamasa al canto para dejarlo fijado.

—¿Es francés?

—¡No, qué va! Es de Talavera de la Reina, que gran orgullo le supuso saber que todos los azulejos del monasterio son y han de ser de allí. Como te digo, Marcelo, que así se llama el albañil, ha trabajado en muchos lugares de la obra y lo han utilizado para casi todo, por lo que estoy seguro de que se sabe mil historias ocurridas aquí.

Esa noche no acudieron a la tasca de Constanza y fueron a otra de las que había cercanas al campamento de las lavanderas. Allí dieron con el tal Marcelo, un hombre no tan mayor como Hernando pero que casi le daba alcance. Conservaba buena cabellera, aunque con algunas calvas producidas bien por la sarna, bien por heridas. Tenía el rostro anguloso, piel curtida, mirada avispada y sonrisa simpática.

—Recuerdo a unos trabajadores de una cuadrilla en concreto. A varios de ellos se les escapaba de tanto en tanto alguna palabra en extranjero —respondió cuando le preguntaron si sabía de la presencia de franceses en las obras—. Ellos se excusaban diciendo que habían sido soldados en los tercios y que durante las campañas se comunicaban en cualquier idioma.

—No les faltaba razón —intervino Tello—, que allí se escuchaba hablar en español, italiano, alemán y francés.

—¿Y cómo sabes tú eso? —se interesó Hernando apoyado por el rostro expectante de Marcelo.

—Me lo contó un amigo que fue soldado allá en Flandes.

—Pues te decía yo que aquellos cuatro hombres hablaban de vez en cuando en extranjero, que luego ya supe que se trataba de francés.

—¿Estás seguro?

—Eso me dijeron, porque yo entonces no conocía palabra alguna en esa lengua.

—¿Cuándo fue aquello?

—Antes de que se pusiera la primera piedra, en la primavera de 1563.

—¿Qué más sabes de ellos? ¿Siguen por aquí?

—No, no… Se fueron al poco de iniciarse los trabajos, uno o dos años después. No estuvieron mucho más. Lo sé porque nos alojábamos todos en los barracones que había al otro lado de la lonja, ¿sabes dónde te digo?, allá donde hoy están los albergues que acogen a los operarios por oficios.

Tello y Hernando emplearon las noches siguientes en hablar con los que más tiempo llevaban en la explanada. Para ello tuvieron que recorrer la parte más cercana a la lonja, el cuartel y la pequeña iglesia, que era donde abundaban los mejores mesones.

Comenzaron por el calabrés Jerónimo Gili. El diseñador de carpintería, al que Tello había conocido cuando ardió el taller, le dijo que jamás se había fijado en la lengua que hablaban los obreros. Le bastaba con que pudieran comunicarse en alguna, la que fuera. El mismo nulo resultado obtuvieron de los aparejadores de cantería Pedro de Tolosa, Diego de Alcántara y Lucas Escalante.

La primera buena noticia les llegó de Antón Ruiz, al que no solo le constaba la presencia de extranjeros, sino que recordaba, vagamente, haber tenido bajo su mando una cuadrilla de operarios a los que, de tanto en tanto, se les oía hablar en francés.

—¿Podrías precisar cuándo fue eso?

—En 1569 o 1570, o quizá antes —dudó un instante el aparejador de albañilería—. Pero doy por seguro que fue alrededor de esos años.

—¿Y recuerdas cuántos eran?

—Cuatro. De eso sí que puedo dar fe. Iban siempre juntos a todos lados y dormían en los barracones, aunque por entonces ya estaban siendo sustituidos por los nuevos albergues.

—¿Qué más puedes decirme? ¿Cómo eran? ¿Hacían algo que te extrañara?

—Eran muy callados y no daban problemas. ¡Ah, y resultaron ser unos excelentes peones! Me fastidió que abandonaran tan pronto las obras. Apenas estuvieron unos meses, yo creo que no llegó ni al año. Los hubiera olvidado de no ser por su celo en el trabajo. Recuerdo que me habría gustado disponer de más hombres como aquellos.

El postulante y su amigo Hernando terminaron a última hora en la

tasca de Constanza. Tras soportar alguna mofa por haber estado ausente las noches pasadas, Tello reunió a las dos mujeres y a Gaspar en una mesa para pedirles que repitieran el esfuerzo que habían hecho días antes y hablaran de nuevo con las personas que más tiempo llevaban en San Lorenzo. Era necesario saber si recordaban la presencia de hombres franceses entre los trabajadores a lo largo de los años.

—¿Tienen que ser franceses o te sirve cualquier otro? —se interesó Ofelia, que se había acomodado junto a Tello con los cordones de la blusa bien sueltos.

—Franceses, querida, aunque si existe la sospecha de que fuesen de otros lugares pero hablaran francés, también habría que tenerlos en cuenta.

—Te apuesto dos maravedís a que en unos días podremos decirte algo —le retó con gracia Gaspar.

—Pues será entonces cuando vuelva.

—Yo que tú aparecería por aquí cada noche, que la información puede saltarnos a la cara en cualquier mesa o esquina —le aconsejó Constanza.

—Está bien, vendré mañana.

—Aquí estaremos esperándote —coronó Ofelia con una sonrisa.

26

Mayo era uno de los meses que más apreciaban los trabajadores. Había más horas de luz y el clima era benévolo, lo que permitía un avance rápido y constante en las obras. Y aunque todos sabían que las lluvias serían frecuentes, estas solían ser poco abundantes y no provocarían muchas adversidades.

Lo que sí supuso un verdadero contratiempo fue la decisión del monarca de realizar en esos días una de sus habituales e inesperadas visitas a San Lorenzo el Real. Julián de Tricio, Antonio de Villacastín, Juan de Herrera…, todos ellos se temían los repentinos caprichos del rey cuando se proponía vigilar a pie de obra la construcción del monasterio. Y es que las intenciones de Su Majestad no se veían venir. Por pequeño que fuera, el más nimio de sus deseos era suficiente para que se plantara en la explanada después de azuzar al personal que debía acompañarle desde la corte.

—Le basta con un par de asistentes, algunos nobles con sus respectivas ayudas y media compañía de la guardia real. ¡O incluso menos! Vaya, que hay ocasiones en las que el séquito apenas ha sobrepasado la docena —informaba Julián de Tricio a Tello aquella mañana. Acababan de llegar al refectorio después de la misa del alba—. Recibí la misiva de Martín de Gaztelu hace dos días anticipándome su llegada.

—¡Con tan poca antelación es imposible organizarse!

—Y todavía hemos tenido suerte, que no sería la primera vez que el secretario no tiene tiempo de advertirme y el rey aparece de improviso por la lonja reclamando su habitación del convento.

—¿Cuándo tiene prevista su llegada?

—Hoy, a lo largo del día, en cualquier momento —sufría el prior.

La presencia del rey siempre era motivo de orgullo y alegría para

todos, mucho más cuando el progreso en las obras era patente y los resultados, vistosos. Sin embargo, aquel no era el escenario que se le podía brindar en esos momentos. Desde su última visita, el invierno había caído con virulencia sobre la sierra del Guadarrama y no hacía ni dos meses que se había vuelto a trabajar en el exterior.

A primera hora de la mañana se había convocado una reunión en las dependencias de trabajo de Juan de Herrera. Allí habían acudido los siete aparejadores, fray Antonio, Tello y, sin que sirviera de precedente, Julián de Tricio.

—Las únicas novedades que podemos mostrarle son los inicios de los pilares de la basílica y el montaje de una docena de grúas —dijo Juan de Herrera.

—Las tres fachadas exteriores del colegio se levantan a buena marcha, sobre todo la principal. Como todos sabéis, tiene prioridad absoluta sobre el resto —aportó Antón Ruiz, responsable de albañilería—. Cuando Su Majestad abandonó las obras allá por el mes de noviembre, ese edificio tan solo tenía mediada la del norte.

—Cierto, Ruiz. No dejan de ser avances, pero son poco vistosos —gruñó el arquitecto.

—Lo único que cambia realmente el paisaje de las obras es la presencia de las doce grúas —apuntó fray Antonio.

—Suficiente para entretenerle en un primer momento, pero luego se dará cuenta de que la mayoría de los trabajos no se desarrollan con celeridad. Hay muchas labores que no podemos acometer porque no tenemos los planos; otras están cercanas a finalizar, y tal y como habíamos acordado, los oficiales están retrasando su conclusión todo lo posible en tanto recuperamos algunas trazas.

—Podemos emular a Penélope —le cuchicheó Tello a Julián de Tricio.

—¿Qué estás diciendo? —susurró este.

—Penélope… El sudario de Laertes…

El prior posó su mano en el antebrazo del postulante para que guardara silencio. Tello se quedó confuso. No sabía si el religioso había comprendido lo que quería decirle o simplemente le pedía que mantuviera cerrada la boca.

—Su Majestad no ha dicho cuántos días permanecerá en San

Lorenzo —intervino entonces el propio Julián de Tricio—. Sin duda, al ser persona harto inteligente, advertirá enseguida que no hay tanta diligencia en los trabajos. Se me ocurre dar orden a los oficiales para que regresen a los ritmos normales. De esta manera, el rey no apreciará diferencia.

—¿Y qué ocurrirá si los trabajos se terminan mientras el monarca continúa aquí? —le preguntó desdeñoso Juan de Herrera.

—Deshacer el sudario de Laertes.

Todos los presentes observaron al prior como si hubiese perdido la razón, todos menos Tello, que bajó la mirada y esbozó una tímida sonrisa.

—El rey no puede estar en todos lados a un tiempo —continuó Julián de Tricio—. Cuando visite un lugar concreto de las obras, los peones deberán afanarse en realizar de manera ejemplar todas sus tareas. De esa forma, Su Majestad quedará complacido ante tanta ligereza y, además, se contentará con los resultados.

—Para ello habrá que dar contraorden a los oficiales. Se les ha dicho que extremen el cuidado en los detalles, que, en definitiva, vayan más lento —se molestó el aparejador de cantería Lucas Escalante—. Con tanto cambio de criterio los vamos a volver locos.

—No será para tanto. Basta con anular esa consigna y pedirles que vuelvan a recuperar el ritmo normal de trabajo.

—¿Y qué ocurrirá si la visita del rey se dilata y las tareas se terminan? —se le enfrentó—. Los obreros se quedarían sin faena en tanto yo rehago las trazas que me trajeron desde mi casa en Aranjuez.

Julián de Tricio se levantó de la silla y miró alternativamente a Juan de Herrera y a Antonio de Villacastín pidiéndoles permiso para continuar con su disertación y contestar a Lucas Escalante. Tanto el arquitecto como el obrero mayor se lo concedieron con una ligera inclinación de cabeza, entre otras cosas porque ellos tampoco tenían la respuesta.

—Dudo mucho que el rey esté aquí tantos días como para que se concluyan los trabajos, sobre todo aquellos que son más vistosos y pueden engañarle la vista. De todas formas, si así ocurriera, podríamos tomar ejemplo de Penélope, que emplazaba a sus

pretendientes para cuando finalizara de tejer el sudario de Laertes, prenda que deshacía por las noches en tanto su marido Ulises regresaba de su largo viaje.

—¡¿Pretendéis deshacer por las noches todo lo construido por el día?! —se enojó el aparejador.

—¡Por supuesto que no! Sería absurdo desmontar cualquier trabajo que ya esté terminado. Y por las noches supondría una temeridad, aparte de ser poco menos que imposible. Lo que quiero que pensemos es que tendría que bastar con simular que se trabaja con viveza.

—No os entiendo.

—Yo tampoco —apuntó Esteban Lizar mirando a Tello y alzando los hombros.

—Creo que pocos lo hacemos —resolvió fray Antonio—. ¿Podéis explicaros mejor?

—Las labores más vistosas ahora son las que ejecutan las grúas —prosiguió el prior—. Los sillares prácticamente vuelan desde el suelo hasta los niveles más altos de fachadas y pilares. Para escenificar que se trabaja con diligencia, sería tan sencillo como subir las piedras hasta allá, simular que se colocan y volver a bajarlas para cambiarlas por otras iguales y subirlas de nuevo. Desde la lejanía es imposible saber qué está haciendo cada grúa. Únicamente habría que dejar de representar esta comedia cuando el rey estuviese a pie de máquina.

—Complicado —opinó Herrera.

—Difícil de coordinar y de cumplir —apuntó fray Antonio, que recabó el asentimiento de los aparejadores de cantería Pedro de Tolosa y Diego de Alcántara.

—El rey siempre irá acompañado de vos —intervino entonces Tello refiriéndose a Herrera—. Si fuerais capaz de guiar a Su Majestad por las obras con cierta habilidad, yo estaría al tanto de vuestros movimientos. Solo precisaría de la ayuda de los aparejadores para que transmitieran estas órdenes a los oficiales de las grúas, y estos a los obreros. Nadie las pondría en cuestión. Estoy seguro de que las cumplirían a rajatabla. Si todos vamos a una, será posible solventar la situación.

—Pensarán que estamos todos locos —farfulló Pedro de Tolosa.

—Que piensen lo que les venga en gana —replicó Julián de Tricio en defensa de su idea.

Nadie dijo nada más, ni a favor ni en contra.

—Los primeros días se trabajará con normalidad —resumió el prior tras un breve silencio—. Y durante los siguientes, Tello se ocupará de organizar las tareas.

El silencio volvió a pegarse a las paredes de la sala hasta que el arquitecto tomó la palabra.

—Sea entonces como proponéis y que Dios se apiade de nosotros —asintió—. Insisto en recordaros a todos que esta información es absolutamente secreta. Solo los que estamos en torno a esta mesa la conocemos y no debe llegar a oído alguno, mucho menos, y lo hago constar con empeño, a los de José de Sigüenza, o vamos a terminar todos dando explicaciones al rey.

—Y colgados por sálvese la parte —remató el postulante para sí mismo.

Tal y como luego le confesó a Julián de Tricio, a Tello le sorprendió que se aceptara tan disparatada propuesta, pero así había sido. Y si bien todos se quedaron tranquilos por haber encontrado una salida a la situación que se avecinaba, esta no se hizo esperar, ya que Felipe II apareció en su carruaje colorado por el camino de El Escorial a las pocas horas. Como había vaticinado el prior, parecía ser visita corta, pues su séquito apenas llegaba a la veintena de personas entre asistentes, consejeros y miembros de la guardia real.

Ese primer día fue de acomodo para todos. El monarca se alojó en la celda número uno del convento, la que siempre ocupaba cuando recalaba en San Lorenzo y que había utilizado por última vez durante la pasada *jornada*. Parte de sus acompañantes lo hicieron en la hospedería, y solo unos pocos fueron a parar a casas solariegas de El Escorial y de la explanada, entre ellas la de Miguel de Almedilla. A última hora de la tarde, cuando el sol estaba a punto de caer a espaldas de la sierra, el rey salió a la lonja y paseó distraídamente por delante de las fachadas en compañía de su secretario Martín de Gaztelu, dos guardias reales y, por supuesto, el alférez Guzmán Martínez de la Osa.

La mañana siguiente ya se despertó nerviosa, pues un viento incómodo y rabioso azotaba la explanada desde el alba. Acompañado esta vez por Juan de Herrera, José de Sigüenza y varios asistentes de la Corona, el monarca se desplazó hasta los aposentos reales del palacio para conocer cómo se habían rematado los zócalos con azulejos de Talavera. Por fortuna, todo había quedado a su gusto. Sin regresar a la lonja, accedió directamente a la planta de lo que sería la basílica. En aquella parte ya se apreciaba cómo se estaban levantando los pilares y la magnitud que estos tendrían. Dos de las grúas ayudaban a elevar las piedras hasta el siguiente nivel, aún a poca altura, mientras el resto de las máquinas lo hacían en las fachadas.

Ese fue el momento en el que Tello, con un nudo en el estómago, se unió a la comitiva. Todavía no hacía falta aplicar la táctica que habían acordado el día anterior en las dependencias del arquitecto, pero si la visita se repetía dos o tres jornadas seguidas, tendrían que comenzar a deshacer el *sudario de Laertes*. Y, en verdad, no le hacía gracia alguna.

—Justamente en este lugar, donde ahora pisan nuestros pies, es donde irá situado el retablo mayor de la basílica —informó el arquitecto.

—Espero que vuestro diseño en jaspes y mármoles soporte las esculturas que ha de albergar, ¿estoy en lo cierto, Herrera? —comentó el rey mientras, por su seguridad, Tello ordenaba que las grúas más cercanas cesaran en sus movimientos.

—Así es, majestad. Las imágenes finalmente serán de bronce doradas al fuego, y estimo que deben ser Leone Leoni y su hijo Pompeo quienes las realicen —contestó el arquitecto.

—Me parece bien —asintió Felipe II—. Por otra parte, y antes de que se me olvide, os informo de que este año pasará por aquí Doménikos Theotokópoulos de camino a Toledo —dijo refiriéndose al pintor a quien ya se conocía como *El Greco*—. Me llegan noticias desde Italia asegurando que tiene gran interés en participar en la decoración del monasterio.

—Será un honor recibirle —aduló el obrero mayor.

—De momento no quiero nada de él. Dicen que trabaja bien, pero

su pintura me resulta un tanto desconcertante y ha de contener su ambición. Hagámosle esperar un poco, tres o cuatro años. Si para entonces continúa interesado, le realizaremos un encargo.

—Sea como desea vuestra majestad —coreó de nuevo fray Antonio—, pero no creo que alcance la altura del maestro Tiziano.

—Eso nunca —admitió el monarca con satisfacción—. El italiano no ha pisado aún el monasterio, pero jamás nos ha decepcionado. Su valía está ahí, en cada una de las magníficas obras que cuelgan de las paredes.

Pasó aquel día, y otro más, e incluso un tercero. Si a Julián de Tricio comenzaba a faltarle el aliento, a Tello ya no le corría la sangre por las venas. Los trabajos se iban terminando, los planos seguían sin aparecer y Juan de Herrera había perdido el poco humor que solía gastar. Por si fuera poco, el postulante no dejaba de pedirle a Dios que aquellos hugonotes que se ocultaban en las obras continuaran haciéndolo al menos unos días más. Rogaba al Altísimo que no les diera por preparar otra calamidad que despertara los recelos de Felipe II. Todo en él era zozobra, pues no sabía si los franceses iban a actuar y, de hacerlo, cómo procederían. Además, ignoraba si sus amigos habían avanzado en sus pesquisas, ya que, mientras la comitiva real estuviera en San Lorenzo, prefería abstenerse de subir a la tasca de Constanza.

Aunque el cuarto día amaneció con un cielo limpio de nubes y no corría ni siquiera una ligera brisa, antes de que despuntara el sol todo se torció. Nada más finalizar la misa del alba, a la que, como siempre, había acudido Felipe II —incluso ese día ofició de monaguillo—, lo primero que quiso hacer el monarca fue reunirse con Herrera y fray Antonio.

—Quizá sea mi entendimiento —les comentó—, pero tengo la impresión de que las obras van más despacio que cuando llegué hace cuatro días.

—Pudiera ser que el manejo de las grúas engañe a vuestra percepción, majestad, ya que ellas vuelan y los hombres siguen trabajando en tierra con las manos —trató de manejar la situación el

arquitecto.

—Cuidado, Herrera, que ya voy para viejo, y aunque mis ojos no vean tan bien como cuando era joven, continúo manteniendo la cabeza bien despejada.

—No quería ofenderos.

—Y no lo habéis hecho. Solo os digo que las obras van algo más lentas que los primeros días. Me agrada que los obreros y los oficiales muestren esos ardores por complacerme, pero que no decaigan, Herrera, que no se relajen, que si mantienen el nervio de días pasados, esto lo terminan en un abrir y cerrar de ojos.

—Nueve años.

—Siete, os digo que serán siete, aunque bien podrían ser nueve o diez si comienzan a remolonear —se temió—. Y eso me recuerda que tenemos pendiente de dar aprobación al diseño definitivo de esa extraña bóveda que queréis situar debajo del trascoro, y que yo no termino de ver porque estimo que ahí no cabe.

—Es una bóveda plana, majestad.

—Quizá sobre el papel de las trazas lo sea, pero a mí me da que eso jamás se sostendrá.

—Dejadlo de mi cuenta.

—Eso hago, Herrera, mal que me pese. Ya le he comentado a fray José que tome buena nota de este asunto para sus crónicas, y que lo haga pronto porque me ha comunicado que dentro de unas semanas se volverá a Sigüenza, que allí le han reclamado para que predique. Parece ser que está muy solicitado para tales menesteres.

La locura se apoderó del arquitecto. Sin planos, con Felipe II queriendo ver las trazas y José de Sigüenza rondándole cerca, el hombre dio rienda suelta a su ansiedad y su habitual mal humor.

—La situación es muy comprometida —se quejó más tarde en el despacho del prior, donde se había presentado por sorpresa junto a fray Antonio.

—No queráis contagiarnos vuestra angustia, Herrera, que ya sabéis que las prisas conducen a los tropiezos, y estos al precipicio —le aconsejaba Julián de Tricio mirando de soslayo a Tello, a quien el prior había llamado para que estuviera presente.

—Fray José me ha abordado en uno de los corredores y me ha

dicho que tenemos que sentarnos a hablar, que a él también le parece que las obras se han ralentizado y no ve motivo para ello. Y que, cuando me tome un descanso, vaya a visitarle a sus habitaciones, que allí me espera.

—Y allí lo encontraréis, pues se pasa media vida encerrado.

—Si vais a verle, debéis tener cuidado —le advirtió Antonio de Villacastín—. Fray José sabe tanto de estas obras como cualquiera de nosotros. No en vano, se ha hecho con dos de las tres celdas que hay en los corredores inferiores que dan a la fachada de mediodía. Aunque son estancias muy amplias, las tiene tan abarrotadas de escritos que en la una no hay apenas espacio y en la otra solo queda libre el sitio del camastro y la mesa.

—Que Su Majestad lo nombrara cronista de las obras y bibliotecario del monasterio fue una suerte porque le sobran cabeza y disposición —terció el prior enfrentándose a sus dos visitantes—. Pero si continúa acumulando papel como si fuera un ratón, acabará por solicitarme otra de las celdas contiguas a las que ya tiene y eso sí que será un problema, porque me veré obligado a desalojar a un monje y este se quejará hasta darme dolor de cabeza.

—¿Y qué tiene eso que ver con que me meta prisa? —gruñó el arquitecto—. Ordenadle que lleve todos sus legajos a cualquier otro lado y santas pascuas.

—Viene a colación porque urge comenzar a trabajar ya en la futura biblioteca. El dormitorio de los novicios, que es el lugar que designé para custodiar los cientos de libros que va enviando Su Majestad desde otras bibliotecas, se está quedando pequeño. En cualquier caso, cuando propuse a fray José archivar allí todos sus trabajos, rehusó el ofrecimiento porque quería tener los documentos a mano.

—Herrera, por su interés y sus conocimientos, es fray José, y solo él, quien debe preocuparos —insistió el obrero mayor—. El rey se marchará en dos o tres días. De hecho, acabo de saber que nos convocará en la Sala Iluminada del palacio para un pequeño convite de despedida. Por eso os digo que os centréis únicamente en batallar con nuestro hermano, que el rey no volverá a importunaros, al menos directamente.

—Ya, pero fray José le irá con el cuento tan pronto constate que, en efecto, empiezan a acumularse retrasos. Y no quiero ni pensar si además se entera de que nos han robado una parte de los planos.

—¿Quién asistirá a esa recepción de despedida? —preguntó Tello.

—No sé, los habituales… —se trastabilló Julián de Tricio algo desconcertado por la pregunta—. Aparte de su séquito, habrá llamado al alférez, a los aparejadores y a algunas personalidades importantes, quizá a los contadores y los veedores de la Corona que trabajan aquí, al escribano real, al alcalde, al corregidor de El Escorial…

—Seguro que también invitará a Juan Bautista Cabrera, el guarda mayor de las dehesas. Me consta que le tiene mucho aprecio… —apuntó fray Antonio.

—¿Podríais enteraros de si acudirá don Miguel de Almedilla?

—¿Te refieres al mercader de tapices?

—Al mismo —confirmó Tello—. Y si no fuera así, tendríamos que conseguir que el comerciante asistiera al convite —le rogó al prior.

—¿Con qué excusa?

—No lo sé, padre, pero tengo una idea por la que merece la pena arriesgarse. Esta misma tarde comprobaré si es factible ponerla en práctica.

—¡¡Tello del Saz!!

El grito se había escapado de la boca de Ana al notar que alguien daba golpecitos al portillo de su jardín con tanta suavidad como insistencia. Cuando por fin se atrevió a preguntar quién andaba ahí y escuchó la voz de Tello, tuvo que taparse la boca con las manos para que el sobresalto no le hiciera soltar otro chillido.

—¿Estás loco? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabías que estaba en el jardín? —Las ilusiones de la joven se acumulaban tras liberar el cerrojo y darle paso.

—He tenido que esperar casi toda la tarde a que tu tío saliera de la casa. ¡Gracias al cielo que, como persona bien relacionada, tiene multitud de compromisos! —se explicó el postulante—. Cuando le he visto partir, he enviado a Gaspar a preguntarle a esa criada que ya conoce dónde estabas. Al decirme que caías en el jardín, me

acerqué a la portezuela.

—Y si llego a estar en mis aposentos…, ¿hubieras subido hasta allí? —se interesó con un gracioso aroma a provocación.

—Gaspar tenía instrucciones de decirle a la sirvienta que debías bajar aquí.

Ana pareció decepcionarse.

—Vaya… Intuyo que no quieres verme, sino que solo necesitas algo de mí —concluyó, aunque sus palabras surgieron de su boca en un tono suave.

—Contemplarte siempre es una bendición… —Ahora se atoraba él, pero pronto se repuso, pues había algo de suma importancia que debía tratar.

Tello no tuvo más remedio que faltar a su juramento por segunda vez y revelarle a Ana el robo de los planos, con todos los riesgos que aquello podía significar para Juan de Herrera, Antonio de Villacastín y la buena marcha de las obras.

—¡Es un horror! —dijo ella tan pronto escuchó su relato—. Pero no sé cómo puedo ayudarte.

—Tu tío es una persona importante, con gran influencia. Quizá pudiera mover algunos hilos para hallar una solución.

Ana se quedó unos segundos pensativa.

—¿Y cómo esperas que lo haga? —terminó por decir—. Mi tío conoce a mucha gente, pero aquí únicamente ha hecho buenas migas con otros comerciantes, algunos monjes, el alférez y José de Sigüenza.

A Tello se le heló la sangre.

—Si hay alguien que no puede estar al tanto de este robo es justamente fray José. De enterarse, le faltaría tiempo para comunicárselo al rey y tendríamos un gran problema.

—O quizá no, Tello. Pudiera ser que Su Majestad se empeñara entonces en remover cielo y tierra para recuperar los planos.

—Mejor no arriesgarse. Ignoro cómo se comporta el rey ante este tipo de disgustos, pero si Juan de Herrera y fray Antonio, que lo tratan casi a diario, han preferido mantenerle en la ignorancia, por algo será.

Hubo un silencio durante el cual Ana miraba a todos lados y a

ninguno. Por una parte, estaba pendiente de que la criada le diera aviso en cualquier momento de que su tío estaba de regreso. Entonces Tello tendría el tiempo justo de desaparecer. Y, por otra, pensaba en cómo podía ayudar al postulante, aunque la solución no terminara de abrirse paso en su cabeza.

—Hay algo que no podemos evitar, y es hacer partícipe a mi tío del robo —dijo por fin—. No puedo pedirle un favor a ciegas. Además, creo que sería mucho más útil si sabe en qué circunstancias tiene que ayudarte.

Aunque a regañadientes, Tello entendió la lógica de aquella petición y asintió.

—Mi tío es muy hábil en las distancias cortas. Vive de hacer negocios y cerrar tratos, muchas veces invirtiendo bastante dinero en un primer momento porque sabe que después se resarcirá; otras veces le toca vérselas con personas que no son de su agrado y, aun así, lo hace para llegar a acuerdos. Lo que quiero decirte es que me consta que sabe cómo sonsacar a la gente palabras que le sean útiles. Así que, una vez esté al tanto de la situación, yo creo que lo mejor que podría hacer es hablar con José de Sigüenza.

—¡¿Cómo?! ¡¿Por qué él?!

—Entiendo que es la persona que, junto al arquitecto y al obrero mayor, mejor conoce las obras desde sus inicios.

Tello tardó unos segundos en valorar la respuesta.

—No es desacertado —admitió vislumbrando una solución—. Como bibliotecario del monasterio y cronista de las obras, quizá sepa dónde se guardan algunas copias o trazas primitivas que pudieran servirnos de guía para rehacer las que nos robaron.

—No sé cómo se acercará mi tío a fray José, o qué le contará para sonsacarle información sin que sospeche nada, pero yo le dejaría que lo pensara durante algunos días.

Tello no pudo evitar mostrar una mueca de duda.

—No tenemos tiempo. Si no coincide con él mañana, tendrá que abordarle sin remedio en el convite de despedida que celebrará el rey en palacio.

—¿El convite del rey? No sé si está invitado.

—Seguro que sí —dio por hecho el postulante.

Ana sonrió.

—Así se lo transmitiré, Tello del Saz, pero no me metas prisa, que yo tengo que tragarme mis propias urgencias cuando aparecen hombres asesinados y tú me pides que esté tranquila sin ofrecerme más explicaciones —le echó en cara.

—Esto es distinto…

—¡Por supuesto que lo es! Pero no como tú te crees. Ya no piensas en los cuatro hombres muertos… Ahora solo tienes ojos para este robo.

Se produjo un silencio espeso, de esos que abren ojos con desmesura y paralizan lenguas y cabezas.

—Quizá lo más sensato sea que regreses a Alcalá —le aconsejó recordando que el misterio que envolvía aquellos crímenes no estaba ni mucho menos resuelto—. No puedo pedirte que te quedes —se rindió.

—La última vez que hablamos me dijiste que todo había terminado, que aquí no corría peligro, incluso que podías ordenar a Gaspar que se mantuviera con Risco a mi lado para mi tranquilidad —barruntó la joven a media voz—. Ahora que han matado al perro parece que ya no quieras protegerme. De hecho, estoy segura de que ya no te importa si me voy. Incluso parece que lo deseas.

Tello se sintió acorralado. Si le decía que, a las cuatro muertes que ya conocía la joven, había que sumar la de fray Tomás, ¡un monje!, entonces no habría remedio: huiría despavorida. Contar la verdad era un acto de sensatez que sin duda la protegería, aunque ahora dudaba de si se sentía capaz de separarse de ella. Aquella mirada dorada, en ese momento algo triste, le impedía pensar con claridad. ¡Santo Dios! ¿Qué debía hacer? ¿Salir corriendo y olvidarse de ella, o seguir el dictado de su conciencia y de Dios?

—¡Cómo voy a querer que te vayas! —le dijo al fin—. No soy nadie para obligarte a nada. Puedes quedarte aquí si así lo deseas. Además, no ha habido novedades sobre esas muertes —mintió sabiendo que, una vez más, se traicionaba a sí mismo—. Pero en algo tenías razón: las abejas debían de estar endemoniadas para atacar de ese modo a un apicultor experimentado. Ni yo ni nadie nos explicamos cómo pudo sucederle semejante infortunio. Gaspar me

ha dicho que intentará averiguar algo más sobre la vida del malogrado Agustín. Hablará con el padre despensero, que debía de conocerle bien porque sabemos que era en el convento donde vendía la miel y la cera que obtenía de sus colmenas.

—Gaspar… Ese chico es una joya —se admiró Ana.

Estaba algo más calmada porque Tello no le había pedido explícitamente que abandonara la explanada.

—Terminará siendo alguien brillante en cuanto les saque partido a todos los conocimientos que va atesorando con sus estudios —se enorgulleció el postulante—. Así que, por una vez en la vida, le haré caso y permitiré que indague en las costumbres del apicultor, por si pueden ofrecernos algo de luz.

—¿Estás seguro? —preguntó Ana mientras descansaba sus manos sobre las de Tello buscando dominar su ansiedad.

—No creo que saque nada en claro. Es listo, pero lo que pretende es un imposible.

Y cuando se quiso dar cuenta, Ana le miraba fijamente con esos ojos color miel que fundían el hierro y rompían cualquier defensa.

—Si no marcho a Alcalá, ¿me protegerás, Tello del Saz? —preguntó con dulzura.

—Hasta la muerte si fuera preciso —se le escapó.

Entonces sintió cómo los labios de la joven se posaban en los suyos para separarse despacio, casi sin ganas, apenas un instante después.

—Pues ya puedes aplicarte en tu búsqueda —dijo ella tratando de besarle una vez más.

—Necesito más tiempo, Ana.

—Creo que…

Tello detuvo sus labios con la punta de los dedos.

—Es mejor no tener prisa. Me volveré loco si yerro en cualquiera de las decisiones que debo tomar, incluidas las que afectan a mis sentimientos por ti.

Y tras un gesto que mezclaba la impotencia y la frustración, desapareció tras el portillo.

27

El convite de despedida que había ordenado el monarca se celebró en el edificio del palacio dos días más tarde. No tuvo lugar en la Galería de Paseo como estaba previsto en un primer momento, sino que, dado el buen tiempo, los invitados fueron conducidos a los jardines que había justo debajo, a pie de la misma fachada. Acudieron todas las personalidades que ya había anticipado el prior, incluido Miguel de Almedilla. De todos los invitados, solo uno faltó a la cita: Tello del Saz. Y aunque alguno de los asistentes notó su ausencia, todos los intereses se centraban en agasajar al monarca, por lo que nadie pareció darle importancia.

La tarde anterior, Tello se encerró en su celda y dio orden al padre portero de que nadie le molestara. El cansancio acumulado durante los días pasados le había robado por completo las fuerzas. Necesitaba recuperarse para mantener la cabeza fría y ordenar sus ideas de manera coherente. Además, por nada del mundo quería revelar en un descuido cómo había conseguido que invitaran a Miguel de Almedilla a la recepción en palacio. Aquel hecho iba mucho más allá porque, si algo debía permanecer en secreto, era el encuentro que había tenido con Ana para que intercediera en aquel asunto y lograra la colaboración del mercader. Aquella visita había removido de nuevo sus sentimientos hacia la joven, aunque no de manera tan violenta como la vez anterior. Con un poco de fortuna, podría continuar sin que ella recalara en su memoria tan a menudo como se temía.

Para asegurar su discreción y evitar palabras inoportunas, solo permitió que le visitaran Julián de Tricio y Gaspar durante el tiempo de obligado reposo que se había impuesto a sí mismo. El prior no supo de las dolencias que le aquejaban hasta el punto de impedirle salir de su celda. Tampoco preguntó. En cualquier caso, para que no

se le ocurriera hacerlo, Tello recurrió a una maniobra de distracción y escogió ese momento para hacerle partícipe de lo que había descubierto sobre la presencia de herejes en las obras.

—¿Hugonotes? —dudó el principal del convento.

—Casi con total seguridad. Desde luego, así lo afirmó Pascual Cascante cuando lo atacaron —contestó sin descubrirle que él también había sido víctima de aquella emboscada y que, para defenderse, había matado a un hombre. De confesárselo, sus aspiraciones a ser novicio habrían terminado en ese mismo momento—. El comerciante recibió un disparo en el pecho que casi le cuesta la vida. Si no llego a pasar yo por allí al poco rato, se hubiera llevado el descubrimiento a la tumba.

—¡Dios santo! ¡Un disparo! —se alarmó—. ¿Hablaste con el alférez para ponerle sobre aviso?

—No me fío de nadie, padre.

—¿Por qué? Hay criminales sueltos por ahí.

—Sí, pero recordad que esos mismos delincuentes manejan *apóstoles*.

—¿Consideras sospechoso a Martínez de la Osa? Es absurdo tan solo pensarlo.

—Él mismo me dijo que había luchado en los tercios. Justamente por eso, por haber soportado una vida tan dura y extrema, un hombre puede llegar a perder sus virtudes, sus límites y sus referencias.

Julián de Tricio, que había permanecido en pie frente a la silla que ocupaba Tello, se acercó a él y le posó la mano en el hombro.

—¿Y cómo sabes tú lo que puede soportar un hombre o cómo puede llegar a perderse?

—Porque, al contrario de lo que le conté al duque de Alba cuando nos visitó, antes de ingresar en Santa María de Sisla tuve otra vida.

—¿Y puedo sab…?

—No podéis, padre —le cortó—. Ahora mismo es irrelevante y carece de interés. Solo os diré que el alférez no merece mi confianza aunque no tenga acento francés. En realidad, aquí no la merece nadie… Excepto vos…

El prior golpeó ligeramente la espalda de Tello para animarle y se

acercó a la puerta de la celda.

—Si me hacéis el favor, padre, hablad con los monjes más viejos del convento, aquellos que lleven mucho tiempo por aquí —añadió el postulante—. Preguntadles si recuerdan haber visto a hombres que hablaran en francés. Es importante. Puede que estemos cerca de saber quiénes han provocado los accidentes.

—Así lo haré.

La segunda persona a la que Tello recibió en su celda fue Gaspar. El muchacho se mostró algo preocupado por la ausencia del postulante en las obras, pero cuando comprobó que, fuera lo que fuese, lo que le retenía no era nada grave, pareció tranquilizarse.

—Espero que tengas buen entendimiento, porque lo que voy a contarte te obligará a pensar —le anunció el muchacho.

Gaspar comenzó su relato: dos días antes había ido con Hernando a las casas de acogida para preguntar si tenían constancia de la presencia de franceses en las obras. Las respuestas siempre fueron negativas. Nadie había visto a hombre alguno con aspecto extranjero, menos aún que hablara francés.

—¿Sabes que al final vas a tener razón y aún me queda mucho por aprender de los mayores?

—¿Acaso lo dudabas?

—Pues antes sí, un poco, pero ayer Hernando me demostró que, de momento, no soy el más listo del convento.

—Ni del convento ni de las obras —malmetió con guasa—. ¿Qué ocurrió para que te abriera los ojos?

—Hernando se dio cuenta de que solo habíamos preguntado en los albergues destinados a operarios de baja cualificación —prosiguió el muchacho mientras se sentaba en el camastro frente a Tello—. Así que esta misma mañana hemos ido a los edificios donde duermen los obreros por gremios, ya sabes: herreros, aguadores, carpinteros, leñadores… En el de los albañiles nos han dicho que, hace ya tiempo, tuvieron a cuatro hombres que trabajaron aquí montando andamios. ¿Qué te parece?

—Que se trataba de cuatro operarios, Gaspar, solo eso. No eran franceses.

—Por lo visto, esos hombres no hablaban con nadie fuera del

trabajo. Intentamos ver a su capataz, pero resulta que ya no está aquí.

—Pues de poca ayuda ha sido.

—¡Espera…, que no he terminado! —le pidió calma el muchacho —. El hombre que nos atendió nos llevó a uno de los talleres cercanos para hablar con un carpintero que estaba preparando estacas para fijar andamios.

«—A esos que os referís los recuerdo vagamente, porque de aquello hace ya tiempo —nos dijo—. Pero hubo otro grupo que estuvo aquí hasta comienzos del invierno pasado y se parecían a los que os interesan.

»—¿Cuántos eran? —le pregunté.

»—¡También cuatro! Los recuerdo bien. Buenos trabajadores, pero muy callados. Cuando terminaba el día no se les veía nunca salir a beber. Yo, desde luego, jamás me los encontré en una taberna.

»—¿Qué aspecto tenían?

»—Nada de especial.

»—¿Del sur o del norte?

»—Del norte, sin duda, de piel blanca como la harina y cabellos claros. Quizá fueran alemanes, o genoveses, o de cualquier otro lugar, no sé…

»—¿Y eran también albañiles?

»—¡Qué va! Estos eran carpinteros, ¡y sabían lo que hacían! Se quedaban muchos días después del toque de la campana para rematar sus labores. Yo mismo mandé a tres de ellos a descansar el día que se produjo el incendio en la carpintería principal, aquel que se llevó por delante la vida de don García de Quesada, a quien Dios tenga en su gloria. Si no llego a ordenárselo, creo que el fuego también les hubiera sorprendido dentro. O quién sabe si podrían haberlo evitado».

—O provocado —remató Gaspar su relato.

—Estoy de acuerdo. También pudieron iniciarlo —dijo Tello pidiendo al muchacho que se acomodara junto a él en el jergón—. Dices que el carpintero echó a tres de ellos fuera de la carpintería. Quizá estuvieran los cuatro y uno se quedara colocando los *apóstoles* que luego avivaron el fuego. Supongo que los otros

entrarían a rescatarle forzando la puerta lateral de la parte trasera, un lugar alejado de miradas inoportunas. Incluso se me ocurre que, cuando entró García de Quesada, alguno seguía allí y le golpeó para que ardiera dentro del taller. Con eso sumaban otro logro más al que ya suponía quemar la carpintería. Asesinar al aparejador era redondear el trabajo.

—Lo que nos han contado hoy encaja con lo que ya sabíamos: siempre han sido grupos de cuatro personas.

—Es cierto… —murmuró el postulante en voz baja—. Todos estos accidentes parecen coincidir con la aparición de pequeñas partidas de cuatro personas enviadas por la cúpula de los hugonotes. Llegan a San Lorenzo y permanecen un tiempo trabajando de manera ejemplar y sin levantar sospechas. Entretanto, observan dónde pueden atacar las obras y, una vez tomada la decisión, intervienen de manera rápida, concienzuda y efectiva. En cuanto las aguas se calman, desaparecen y vuelven a Francia sin ser descubiertos. Esto explicaría por qué pasan poco tiempo en las obras: para no llamar la atención. Así evitan que se les recuerde y que, llegado el caso, se les pueda identificar.

—Pues si tienen una forma de actuar tan perfecta, no será fácil dar con ellos —sentenció Gaspar.

El mismo día que el rey partió hacia el Alcázar de Madrid, Tello tuvo una visita inesperada. No pudo recibirla en su celda por dos cuestiones que quedaban fuera de todo mandamiento: además de tratarse de una persona seglar, era una mujer. En verdad, ella tampoco lo pretendía. Siendo conocedora de las reglas de la Orden, la doncella que se presentó en la puerta nunca tuvo intención de entrar en el convento. Se limitó a solicitar al padre portero encontrarse con el postulante aunque fuera en la lonja. Ante la negativa del monje de avisar a Tello, ya que este había dado orden de que no le molestaran, la muchacha le entregó el consabido mensaje para que se lo hiciera llegar.

Tenemos noticias. Tendrás que pasar por aquí y pedir que te

reciba mi tío. No puede ser de otra manera. Te espero pronto. Siempre tuya.

Siempre tuya…

Esa sentencia se repitió en su cabeza como un torbellino enloquecido hasta que fue consciente de lo que decía el mensaje: Ana tenía noticias, y estas debían de ser muy importantes si requería su presencia en la casona de Miguel de Almedilla. Que fuera el propio mercader de tapices quien quisiera comunicarle las novedades tenía su lógica. Si había conseguido información sobre los planos robados para tratar de imaginar cómo restituirlos, desde luego lo indicado era hablarlo con el ayudante del obrero mayor.

Sin esperar un instante, Tello saltó del jergón, se vistió con ropas limpias y al poco rato ya estaba esperando a ser recibido por Miguel de Almedilla. Mientras aguardaba en el salón, el postulante recordó que en aquella estancia celebró su recepción el duque de Alba, la misma que sirvió de escenario para la primera conversación que mantuvo con Ana.

—En otras circunstancias no hubiera sido tan benévolo con vos —habló el mercader justo después de saludarle. Aquella mañana vestía un elegante jubón negro, calzón acuchillado y calzas a juego, una indumentaria que estilizaba algo su corta y curva figura—. Debéis comprender que no es decoroso que un hombre venga a visitar a mi sobrina, ¡una joven tan hermosa!, sin respetar las costumbres que marcan las buenas maneras.

—Os ruego que aceptéis mis disculpas, don Miguel. Como os habrá transmitido vuestra sobrina, el asunto es de extrema gravedad y máxima urgencia, por lo que me vi obligado a actuar sin observar una mínima cortesía. Cierto es que podría haber contactado con vos directamente, pero hubiera sido durante una audiencia real y habríamos estado expuestos a demasiados ojos y oídos.

—Sí, ya sé que fray José debe permanecer ajeno a estas desgracias… —asintió moviendo la mano para confirmar que sabía de la importancia de mantener el secreto—. Al menos, cuando os decidisteis a venir hasta aquí, tuvisteis la sensatez y la delicadeza de proceder de tal manera que nadie advirtió que Ana había recibido a

un hombre en esta casa. Como podréis comprender, soy responsable tanto de su reputación como de la mía propia.

—Sin duda, don Miguel. De ahí que tomara ciertas precauciones.

El mercader posó la mano sobre el hombro del postulante y le encaminó hacia dos sillones con asientos forrados en terciopelo rojo que había en uno de los laterales.

—Olvidemos lo que pudo ser y no fue, gracias al cielo, y centrémonos en lo que nos preocupa —prosiguió mientras se acomodaba en un sillón y Tello hacía lo mismo frente a él—. Mi encuentro con José de Sigüenza fue del todo infructuoso durante el convite del rey. Traté por todos los medios de que, cuando menos, me diera algunos detalles sobre la construcción del monasterio, pero se limitó a decirme que ya tenía suficientes con los que me proporcionó en su día para forrar de tapices y alfombras los muros y suelos de palacio.

«—Y además resultaron bastante costosos —se atrevió a decir—. Cuando en un futuro próximo os ocupéis de suministrar los que deben adornar las estancias reales del edificio gemelo al convento, espero algún tipo de atenciones con la Corona tanto en el precio como en la forma de satisfacer los pagos.

»—Ya sabéis que, además de facilitar a Su Majestad los mejores tapices y alfombras que hay en el Imperio, puedo intermediar para hacerle llegar cortinajes, tolderías, colgaduras y doseles desde cualquier parte del mundo —me ofrecí—. De ahí que necesite saber qué distribución tendrá el futuro monasterio. De esa forma podré prever mis pedidos con tiempo para que sean servidos con prontitud según se terminen los trabajos».

Tello sonrió. El de Almedilla sabía manejarse para obtener información.

—Pues no sirvió de nada —continuó el mercader—. Fray José es tozudo y me insistió en que tendría que esperar a que las obras estuvieran muy avanzadas para hacerme una idea de lo que se necesitaba, que ahora resultaba precipitado.

—Entonces… ¿todo ha sido en vano?

—No anticipéis desgracias, mi buen amigo, que esas ya vienen solas sin que nadie las llame —le aconsejó divertido don Miguel—.

Admito que me di por vencido, pero antes de abandonar los jardines, uno de los monjes que se ocupaban de que no faltara de nada en la recepción me pidió que habláramos en un aparte. Resultó que había escuchado algo de la conversación que había mantenido con fray José y me dijo que debía ser comprensivo con él, que no le tuviera en cuenta su negativa a ayudarme porque en verdad ignoraba cómo quedaría el edificio una vez terminado.

«—Os lo confirmo yo, que colaboro de cuando en cuando con fray José en adecentar y ordenar las dos estancias que ocupan todos sus libros y legajos —prosiguió—. Por allí hay poca cosa que os sirva para pensar en cómo vestir las paredes ya que, en muchos casos, son diseños coetáneos a la traza universal de Juan Bautista de Toledo, unos documentos que el padre ha conservado para ilustrar el relato de la construcción del monasterio. También hay algunos planos posteriores a los que fue proponiendo Juan de Herrera cuando murió el maestro. La mayoría son del convento y del palacio, edificios ya construidos. Del que queda por levantar no hay demasiado, aunque será muy parecido al convento. En cambio, hay muchos de la basílica y las dependencias anejas que unirán la iglesia con el palacio y las otras edificaciones, pero ahí no podréis colgar tapiz alguno, por lo que no os serán de utilidad».

—Desde luego, el monje estaba en lo cierto en el caso de que yo, como le acababa de asegurar a fray José, hubiese estado buscando lugares donde situar mis tapices —prosiguió don Miguel—. Lo que no imaginaba el hombre era que me estaba ofreciendo una información importante en bandeja de plata. De todas maneras, no hay que cantar victoria porque nos sobran asuntos que resolver y nos falta tiempo.

—No os entiendo —dijo Tello ahogando la última palabra al ver que Ana entraba en la sala.

La joven tomó asiento en una silla algo alejada de ellos.

—En primer lugar, deberíamos encontrar el lugar exacto donde se guardan esas trazas y planos. En segundo lugar, si los documentos son muchos, habría que discriminarlos y escoger los más provechosos para que no se notara la sustracción. Y en tercer lugar, habría que buscar la manera de acceder a los aposentos de fray

José.

—Eso no me preocupa —comentó Tello—. El monje tiene a su disposición dos de las celdas grandes de la planta baja. Algo se me ocurrirá para entrar en ellas.

—Tendréis que daros prisa, porque Su Majestad nos confirmó en la recepción que fray José va a abandonar el convento en las próximas semanas para instalarse en Sigüenza. Y me consta que se llevará todas sus pertenencias para continuar trabajando en el libro que documentará la construcción del monasterio.

—Esa falta de tiempo sí supone un problema —se temió—. Fray José pasa muchas horas trabajando en sus habitaciones. Apenas sale para comer y rezar, y no siempre lo hace. Tiene dispensa del prior por indicación expresa de Su Majestad, quien quiere que todo lo relacionado con el monasterio quede reflejado por escrito.

—Va a ser complicado obtener aunque sea un solo papel —se atrevió a vaticinar Ana—. ¿Se os ocurre cómo conseguir esos planos? —preguntó recuperando el tono formal que correspondía a las visitas.

—No me quedará más remedio que robarlos.

—¡Jesús santísimo!

—¿Vos mismo lo haréis? —se interesó don Miguel.

—Ya pensaré cómo, pero para perpetrar el acto en sí se me ocurre alguien muy astuto y ágil. Una comadreja.

—¿Gaspar? —quiso adivinar la joven con un pellizco de aprensión en la voz.

—Es el único que puede hacerlo, pero solo si él quiere. Y contará con mi ayuda. No olvidemos que es por una buena causa.

—¿Estáis seguro de que ese muchacho os será de utilidad? —insistió el mercader.

—No os quepa duda. Gaspar no solo posee un cuerpo y unas condiciones soberbias para tales empresas, sino que tiene una cabeza privilegiada para encontrar exactamente lo que busca.

Hasta que subió a la tasca de Constanza, Tello sintió cómo la ansiedad le carcomía la paciencia. No sabía cómo pedirle al muchacho que cometiera un robo en el interior del convento y, además, contra los bienes de una de las personas de absoluta

confianza del rey. Solo el mero hecho de plantearlo era digno de la mente de un desaprensivo, aunque quizá tantos riesgos supusieran en verdad un incentivo para Gaspar.

Cuando abrió la puerta del establecimiento, su corazón quiso quedarse fuera. No por la algarabía desatada que había esa noche en la tasca, ni porque Ofelia le obsequiara con una sonrisa enorme cuando le vio aparecer. El problema era que la angustia había comenzado a treparle por la garganta y se hacía fuerte en su cabeza. Ahora todo eran zozobras, titubeos, inseguridades… ¿Había tomado la decisión correcta? Quizá debía considerar otras opciones. Pero si recapacitaba, la solución podría llegar tarde; y si no lo hacía, podría pecar de precipitación. Las consecuencias también eran imprevisibles: si salía mal, Gaspar cargaría con las culpas; pero si le sonreía la fortuna, las obras del monasterio seguirían su curso y el edificio perduraría para toda la eternidad.

—Te necesito, Gaspar —le dijo cuando este se sentó a su lado.

—Eso puede esperar —respondió el chico mirando hacia ambos lados de la mesa antes de continuar—. Tengo noticias.

—Yo también.

—Las mías son mejores —e hizo hueco en el banco para que Hernando, en quien Tello no había reparado, se sentara a su lado—. Franceses.

—¿Franceses?… ¿Has averiguado algo más?

—Mucho más —intervino el aguador tras vaciar un vaso de vino.

Tello desistió de proponer el robo de los planos a Gaspar en ese momento. La presencia de Hernando lo impedía. Tampoco ayudaban las miradas que Constanza y Ofelia derramaban sobre él.

—Nos hemos enterado de que hubo otro grupo después del que provocó el incendio en la carpintería —dijo Hernando alzando un poco la voz ya que el bullicio era grande a su alrededor—. En este caso, trabajaron con las grúas.

—¡Oh! —interrumpió con asombro el postulante—. No me suena haberlos visto.

—Ocurrió cuando se comenzaron a construir las máquinas —explicó Gaspar—. A nadie le extrañó su presencia porque en esos momentos había mucha gente trabajando ahí. Y si recuerdas bien,

casi todos venían de otras regiones. Rodrigo Muñoz era quien se ocupaba de elegirlos y ordenar las tareas de montaje. Por eso hemos tenido que ir a verle al hospital.

Tello asintió. Sabía bien que el maestro cantero fue quien, bajo las órdenes de Herrera, se había encargado de levantar las grúas.

—¿Qué tal se encuentra? Debería visitarle, pero no ando sobrado de tiempo.

—Lo sabemos. Por eso le hemos transmitido tus buenos deseos, aunque se te haya olvidado que tienes un buen amigo ahí —le recriminó el muchacho.

—Rodrigo dice que había tantos trabajadores montando las máquinas en esos días que no se percató de la presencia de franceses —retomó el hilo Hernando—. Es más, todos creyeron que estos cuatro provenían de los Pirineos, territorio de la antigua Corona de Aragón. Ya sabes lo que quiero decir: tipos recios, de trato algo complicado, pero buenos peones. Cierto es que Rodrigo asegura que la máquina en la que trabajaron sufrió algunas complicaciones porque había piezas que no encajaban bien o estaban rotas…

—O quizá las rompieron ellos —completó Gaspar.

—Casualmente, la misma máquina que les sirvió para aprender su manejo fue la que saltó por los aires aquella mañana en la que casi morimos todos —prosiguió el aguador—. Aquel desastre provocó docena y pico de muertos, y entre ellos se encontraba uno de aquellos obreros.

—¿Estás seguro de que eran franceses?

—Ni Rodrigo ni Gaspar se acuerdan de ellos, pero el que falleció lo tengo yo muy vivo en la mollera porque lo vi morir —dijo Hernando vaciando de un trago otro vaso—. Uno de los bloques de piedra le aplastó el pecho y le reventó por dentro. Sus tres compañeros no velaron el cuerpo. Lo vieron allí tumbado y luego se largaron.

—¿Qué aspecto tenían?

—De tez lechosa, y poco más podría contarte pues, como es habitual, cubrían sus cabezas con gorros, sombreros o pañuelos para protegerse del sol.

Tello tenía que dar por válida la versión de sus amigos. Coincidía

en que se trataba de cuatro extranjeros en una operación casi relámpago, quizá hugonotes cualificados para participar en las obras y muy capaces de hacer que cualquier trabajo se malograra.

—Supongo que ya habrán abandonado el lugar —dio por hecho el postulante.

—Creemos que siguen por aquí —dijo Gaspar—, porque la grúa se reparó en un santiamén y esos hombres volvieron a manejarla. Pero, ¡fíjate tú!, al cabo de dos meses dejaron de trabajar. Dijeron que querían volver a sus casas, aunque un oficial con el que hemos hablado nos ha contado después que los vio hace poco cerca del campamento de las lavanderas. Y no es necesario que me lo preguntes —se dirigió a Tello—, porque sí, estaba seguro de que eran los tres hombres de los que estamos hablando.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Dos o tres semanas. No pudo concretar más.

—El campamento de las lavanderas está a cien pasos de esta tasca… —musitó Tello—. Y esos hombres me conocían…

—¿Qué estás pensando? —se interesó Hernando.

Entre aquel griterío de hombres borrachos, Tello se tomó unos segundos para ordenar sus ideas.

—Si realmente estos grupos de cuatro personas están relacionados con los accidentes y con la intención de malograr el desarrollo de los trabajos, debían de tener algún modo de introducirse en las obras sin levantar sospechas —recitaba a medida que su cabeza desgranaba pasos lógicos—. Lo que quiero decir es que tenían que recibir ayuda de alguien que les diera cobertura, que informara a los franceses de cuáles eran los oficios más solicitados en cada momento para que su presencia aquí fuera aceptada de buena gana. Y si manejaba esa información, la persona que les allanaba la entrada tenía que ser alguien bien asentado en la explanada.

—Eso explicaría la facilidad con la que se produjo el robo de los planos —opinó Hernando—. Alguien les instruyó en cómo actuar sin peligro de ser descubiertos.

—En efecto —asintió Tello—. Y, en concreto, este grupo sabe de mi empeño en desentrañar las causas del incendio y en conocer

cómo se ha producido la sustracción de los documentos. Por ello, antes de que encontrara alguna pista fiable, han querido disuadirme de continuar con las investigaciones acabando con la vida de Risco.

—No está mal hilado.

—No he terminado: esos cuatro hombres, y el traidor que los ampara, saben manejar la espada y disponen de un arcabucillo.

—Pero ¿cómo puedes saber eso? —se admiró el aguador, a quien ya le costaba dominar la lengua por todo el vino que se había llevado a la garganta.

—Lo intuyo, Hernando, pero todo comienza a cobrar sentido. —Tello sonreía de medio lado—. Pascual y yo fuimos asaltados por cuatro hombres. Si mis suposiciones son ciertas y, como habéis averiguado, uno de los franceses murió en el accidente de la grúa, la persona que les está ayudando se unió a los tres franceses que quedaban para darnos muerte. Todos iban armados con espadas y uno disparó el arcabucillo que hirió a mi amigo.

—Y si tú te deshiciste de uno en aquella refriega —balbuceó Hernando—, quiere decir que ahora quedan tres.

—Efectivamente: dos hugonotes y el hideputa que los encubre.

No hubo tiempo para más. Se hacía tarde y la primavera traería el sol de vuelta a los cielos en pocas horas. Hernando se despidió de ellos con lengua de trapo y tomó el camino hacia la explanada intentando dominar el bailoteo ebrio que movía sus pies.

Ante las miradas un tanto reprobatorias de las mujeres, Tello decidió ayudarlas a recoger las mesas antes de regresar al convento.

—¿De qué me querías hablar antes? —le preguntó Gaspar, que se había hecho con una escoba para sacar la inmundicia afuera.

El postulante chascó la lengua. ¡Cómo podía haberse olvidado!

—Tengo una misión para ti.

—No quiero volver a acompañar a doncellas aburridas.

Tello sonrió.

—Hay que cometer un robo.

Ahora quien elevó la comisura de sus labios fue el muchacho.

—¿Me estás incitando a pecar?… ¿En verdad quieres que vaya contra el séptimo mandamiento? Irás de cabeza al infierno…

Tello no pudo aguantar la risa, lo que provocó que Ofelia se

acercara a ellos.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó guasona.

—Tello me ha pedido que sea un granuja.

—Eso no hace falta que te lo pida —dijeron la mujer y el postulante casi a un tiempo. Y los tres estallaron en una carcajada.

Fue en ese instante cuando el antiguo soldado se dio cuenta de un comportamiento que, en realidad, llevaba sucediendo desde hacía meses sin que él lo advirtiera por mucho que Constanza, y en su día la recordada María, lo hubieran cacareado entre aquellas cuatro paredes. ¡La actitud de Ofelia no era baladí o con propósitos maliciosos! En efecto, los ojos azabache de Ofelia le miraban de una manera parecida a como lo hacían los dorados de Ana. Y lo mismo le decía su sonrisa tímida, y las mejillas sonrosadas, y la posición del cuerpo algo inclinada hacia delante cuando reclamaba su atención, y luego algo caído hacia atrás cuando él la observaba… ¡Era increíble! La conducta de aquella mujer no obedecía a una intención meramente carnal, mucho menos a un intento ruin de vaciarle la bolsa o enredarle durante toda su estancia en San Lorenzo, o a lo largo de toda la vida para que la mantuviera…

Aquella mujer, Ofelia…, ¿se había enamorado de él?

¡Oh, no podía ser! No, y cien veces no.

—Olvídalo —le dijo a Gaspar con la boca seca—. Debo regresar al convento. Mañana hablaremos.

Sin dar tiempo ni oportunidad a que nadie le replicara, soltó una despedida al aire y desapareció. Mientras caminaba de vuelta al convento trató de detener las volteretas que daban sus pensamientos, ideas que se habían entrampado en ojos de mujer, sonrisas provocativas, pechos que se adivinaban bajo la camisa de una tabernera o presionados por un vestido de ricos bordados que él mismo había liberado y lamido hasta la extenuación.

—¡Oh, no! ¡¡Mierda!!

Las botas con las que tropezó antes de llegar a la zona de los mesones eran las de Hernando. El hombre estaba caído a un lado del camino, inmóvil, borracho… Sí, por Dios bendito, tenía que estar borracho…

Tello se agachó junto al cuerpo y de inmediato su nariz percibió la

mezcla de alcohol y sangre que se diseminaba por el aire. Hernando tenía un corte en la cabeza, largo, ancho, profundo. Aquella gran brecha la había ocasionado una piedra del tamaño de un puño que encontró cerca de su oreja. La muerte había rondado al aguador, pero, al menos de momento, había pasado de largo.

El postulante se quitó la camisa y taponó la herida, que se extendía por un lado de la frente. Cuando fue a incorporar a su amigo para llevarlo al hospital, descubrió que parte del pedrusco que le había impactado parecía estar forrado con una tela… ¡No! ¡Se trataba de un papel sujeto con varias vueltas de cordel!

Desconcertado, dejó reposar a Hernando de nuevo en el suelo y deshizo el nudo. Alumbrado por la luz de las estrellas, y no sin dificultad, alcanzó a leer el contenido de aquella nota:

> Es la última advertencia, Tábano. Deja de buscar o serán los alguaciles quienes te encuentren a ti.

28

Hernando acababa de ser atacado por alguien que, por segunda vez, le amenazaba mediante una nota. Apenas habría transcurrido un minuto desde que abandonó la tasca de Constanza cuando se tropezó con él. Incluso podrían ser solo unos segundos. Entonces fue consciente del peligro al que estaba expuesto. Tras incorporarse de un salto, giró sobre sí mismo esperando encontrar a su espalda a uno de los villanos que le había asaltado días atrás cuando iba con Pascual. Pero allí no había nadie. Ni sentía a nadie. Tampoco los latidos del corazón golpeaban sus oídos. Quizá no había peligro. O quizá es que ya no le importaba que lo hubiera.

Tello volvió a leer el mensaje. Tras guardarlo en su bolsa, pasó el brazo de Hernando por encima de sus hombros y, arrastrando los pies del aguador, abandonó el lugar en dirección al convento. Allí pidió que el padre enfermero se hiciera cargo de las curas que precisaba su amigo.

—Bebió más de la cuenta y tropezó de vuelta a la explanada.

—Ha tenido suerte, porque medio dedo más a la derecha y le hubiese tocado la sien —le dijo el monje—. Habría muerto en el acto.

Minutos después, tan pronto cerró la puerta de su celda, Tello abrió el arcón que tenía a los pies de su camastro y extrajo la nota que halló en la boca de Risco. Quería contrastar su caligrafía con la del mensaje que acababa de encontrar en la piedra que casi había matado a Hernando. En efecto, ambas amenazas habían sido redactadas por la misma mano. Por lo tanto, no solo hizo bien en abandonar de inmediato el lugar donde atacaron al aguador, sino que ahora resultaba más que oportuno ser discreto. Alguien le seguía los pasos desde bien cerca.

Pascual Cascante tenía razón: los asesinatos de los cinco hombres no guardaban relación con los accidentes, aunque ahora aquellos que los planeaban estuvieran atacando a sus amigos para presionarle y que dejara de investigar.

—Risco cayó el primero. Pascual fue el segundo y se salvó de milagro. Y Hernando ha sido el tercero. Estoy convencido de que al aguador también querían matarlo, pero estaba demasiado oscuro y no acertaron donde querían —masculló—. Creo que no habrá más advertencias. El próximo seré yo.

Se despertó con la llamada a maitines y pronto comprendió que el día traía malos presagios. Nada más entrar en el refectorio, el padre enfermero le avisó de que su amigo era presa de la fiebre y los delirios.

—¿Peligra su vida?

—La herida es muy fea. Habrá que esperar. Después de la misa hablaré con el padre médico.

—Haced lo imposible por salvarle. Es un buen hombre.

—No lo dudo, pero debería beber menos.

Tello se tragó el comentario por la falsa excusa que le había dado al religioso la noche anterior y caminó hasta la portería para esperar allí a Gaspar. El muchacho apareció a los pocos minutos. Su rostro irradiaba felicidad. Acababa de enterarse de que el rey partiría hacia Madrid antes del mediodía.

—Se acabaron los sufrimientos en las obras, al menos hasta que volvamos a disponer de planos —le dijo con entusiasmo.

—De eso mismo quería hablarte —anunció el postulante.

—¿Es por la misión que me anunciaste ayer?

Por supuesto que lo era.

Antes de las nueve de la mañana, Gaspar ya estaba al tanto del ataque que había sufrido Hernando y lo crítico de su estado. Aun sabiendo que al muchacho le había afectado y se encontraba algo confuso, Tello le informó de lo que precisaba de él sin darle tiempo a preocuparse un segundo más.

—No puedo asegurarte que nuestro amigo se recupere. Quizá no

lo haga. Pero estoy convencido de que si estuviera en disposición de hablar, nos rogaría que nos centráramos en lo que tenemos que hacer.

Se trataba de una operación sencilla en su planteamiento, pero complicada de llevar a cabo. Gaspar tenía que introducirse en las dos celdas que fray José tenía a su disposición en el convento y rebuscar documentos que fueran de utilidad para las obras entre las docenas de legajos, cartapacios, libros y arcas que el monje allí acumulaba. Debía extraer aquellas trazas o planos que tuvieran que ver con la basílica o con el convento. Si bien el edificio gemelo que albergaría el colegio y el seminario no era idéntico al monacal en su distribución, la estructura de los cimientos y los muros principales sí lo era.

—Será fácil —anticipó Gaspar con una sonrisa de orgullo—. Ya me las ingenié cuando accedí a los libros del padre registrador y el padre pagador. Esperaré a que todos vayan a rezar o al refectorio. Entonces iré a sus aposentos y…

—Hay varios inconvenientes, Gaspar —le detuvo Tello—. El principal de todos es que fray José pasa muchas horas trabajando en su celda. No suele abandonarla más que un par de veces al día para orar y comer algo, o cuando sale a echar un vistazo a las obras o a encontrarse con alguien, y esto lo hace en pocas ocasiones y muy espaciadas.

—Pues aprovecharemos entonces para entrar.

—Hay más: fray José no sigue rutina alguna. Hay días que va a la misa del alba y otros no. Algunos días solo come después de la hora prima y otros no lo hace hasta el Ángelus. Incluso le he visto escaparse a las cocinas después del toque de completas.

—Vigilaré su celda hasta que se vaya y luego me colaré dentro.

—Esa es otra dificultad añadida. No puedes permanecer tanto tiempo en el convento. Deberás esperar fuera.

—¿Fuera? ¿Dónde?

—He pensado que el mejor lugar es el Jardín de los Frailes. Los balcones de las celdas que ocupa fray José dan a la primera planta de la fachada de mediodía. Entrarás por ahí.

—¿Por los balcones? ¿Estás loco? ¡Si más de la mitad ya han sido

enrejados!

—Los dos de la celda donde guarda la mayor parte de la documentación lo están, pero fray José pidió a los herreros que se saltaran los de la celda donde escribe para que los albañiles no le molestaran durante su trabajo. Así que aún están libres de hierros. Por ahí podrás entrar.

—En cualquier caso, ¿cómo voy a subir hasta allí?

—Trepando. Alcanzar la primera hilera de ventanas te resultará fácil. Solo hay siete pies desde el suelo. Esa primera línea está en un plano algo inclinado hacia el interior del edificio y termina en una cornisa que, asimismo, hace de base a los balcones de las celdas de la planta baja. La inclinación y ese saliente te servirán de agarre cuando te encarames para entrar por el balcón.

Gaspar había seguido atento las indicaciones del postulante y, tras calcular en silencio si era posible trepar por la fachada como le proponía, asintió con la cabeza.

—Los balcones deberían estar abiertos —continuó Tello—. Fray José suele dejarlos entornados para que se ventilen las estancias, aunque también es cierto que los cierra por las noches para evitar que entren mosquitos y polillas.

—¿Entonces?

—Como te he dicho, la única vía de entrada es la celda que utiliza para escribir y descansar. Si los balcones estuviesen cerrados, yo me ocuparía de abrirlos antes de que subas y de volver a cerrarlos tan pronto te vayas —le aseguró—. En su dormitorio acumula gran cantidad de trabajos, pero nos interesa sobre todo la estancia contigua, la que funciona como su biblioteca particular. En cualquier caso, tendrás que registrar ambas celdas.

—Si yo estoy escondido en el jardín y tú esperando a que fray José abandone sus aposentos, ¿quién me avisará? ¿Y cómo lo hará?… ¿Y cómo sabré cuándo me tengo que ir?… —preguntó Gaspar, a quien la petición de Tello comenzaba a hacerle aguas.

—Yo me ocuparé de todo, pero habrá una tercera persona que nos ayudará.

—¿Quién?

—Ahora eso no importa. Confía en mí.

Hubo un corto silencio que el muchacho empleó en repasar todo lo que le había expuesto Tello.

—¿Cuándo lo haremos?

—Ya. Y si puede ser esta misma noche, mejor que mañana. ¿Estás preparado?

—¡Qué más da! Todo sea por nuestro rey y la grandeza del monasterio —sentenció con los ojos vidriosos de emoción.

Gaspar se marchó para incorporarse a su trabajo cerca de las grúas y Tello cruzó la lonja y serpenteó por las callejuelas camino de la fragua principal. Allí encontró a Esteban Lizar. Al capataz no le hizo gracia lo que le contó el postulante.

—Si continúas mostrándote a la vista de todos, estás poniendo en riesgo tu vida y la de tus amigos —se encaró con él hablándole a media voz—. Han matado a Risco, y lo han intentado con Pascual y con Hernando. ¿Quién será el siguiente? ¿Gaspar? ¿Yo? ¿Tú mismo?

—Ahora poco importa eso. Es absolutamente crucial recuperar parte de los planos para que las obras sigan su curso.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Dibujarlos entre tú y yo? —se desesperaba Esteban.

Tello le puso al corriente de cómo Miguel de Almedilla estaba intentando ayudarle tras enterarse de que José de Sigüenza guardaba importante información entre sus documentos.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?

—Mucho, amigo mío. Tienes que ayudarme a despejar el camino para que Gaspar consiga los planos.

No sirvió de mucho que Esteban refunfuñara por lo descabellado del robo o por los muchos deberes y ocupaciones que tenía esos días. Tello necesitaba que el herrero estuviera en el convento por la noche y representara la comedia que estaba pergeñando.

—Te espero en cuanto se oculte el sol —le ordenó—. Gaspar ya estará oculto en el Jardín de los Frailes.

Siguiendo el ruego de Esteban, Tello fue directamente a su celda y se encerró lo que restaba de jornada. Aprovechó para descansar, leer algunos pasajes de los libros que le ayudarían a superar su prueba de novicio y comprobar que la planificación que había urdido para esa misma noche no contenía error alguno.

El plan era complicado y muy audaz, pero daría resultado.

Tenía que darlo.

El primer contratiempo surgió cuando el cielo aún no se había oscurecido sobre San Lorenzo el Real. El padre portero avisó a Tello de que tenía una visita. Esta vez no se trataba de la criada de Ana. Tampoco del herrero. Mucho menos de Gaspar.

—El alférez Guzmán Martínez de la Osa quiere hablar contigo.

—Dile que vuelva mañana, que es tarde y aún tengo cosas que hacer —respondió notando cómo crecía la ansiedad dentro de su cuerpo.

—Dice que no se irá de aquí sin verte.

Tello quiso recibirle en la sala que había a espaldas de la portería, pero el alférez insistió en que hablaran en la lonja. Su empeño en sacarlo del convento no auguraba nada bueno.

Al final, el postulante cedió, pero solo se alejó una docena de pasos de la puerta de entrada para escuchar lo que el militar quería comunicarle.

—Hace tres semanas apareció un hombre muerto cerca de los mesones.

—¿Y? —le dio pie para que siguiera porque Martínez de la Osa había hecho una pausa que él no pensaba utilizar para hablar.

—Nadie ha reclamado el cadáver.

—Una lástima.

—El hombre murió atravesado por una estocada certera que lo dejó en el sitio.

—¿Qué tengo yo que ver en todo esto?

—A unos pasos de donde apareció el cuerpo, encontré una mancha de sangre que no era del mismo hombre.

—¿Cómo lo sabéis?

—Ya he dicho que el primero murió en el acto. Ese segundo tuvo que quedar herido y puede que muriera en otro lugar, o bien se encuentra recibiendo cuidados en alguna parte.

—Pues ya tenéis trabajo.

—Lo tenía. Resuelvo mis deberes con diligencia —se jactó

presumido—. Resulta que Pascual Cascante está en el hospital curándose de un balazo en el pecho.

—Sí, ya me informaron.

—Ese hombre es buen amigo tuyo.

—Se limita a aconsejarme.

—¿No sois amigos?

Tello negó con la cabeza. No le gustaba nada la dirección que estaba tomando la conversación.

—Pues bien que te veías con él en una de las tascas de ahí arriba, concretamente en la de Constanza —añadió el alférez.

—Coincidí con él allí alguna vez.

—Vamos, Tello, deja de tomarme por tonto… He hablado con mucha gente a lo largo del día y todos coinciden en que se os veía juntos a menudo, tanto por el día como al final de la jornada vaciando una jarra de vino.

—Sigo sin saber qué tiene eso que ver conmigo.

—He ido a ver a Cascante. Está sufriendo fiebres y terribles dolores a causa de la herida. No ha perdido la cabeza, pero sí algo de memoria porque dice que no recuerda nada de lo sucedido, tan solo que iba contigo y que, cuando quiso darse cuenta, le habías llevado al hospital. Asegura que te debe la vida.

—El deber de un buen cristiano es ayudar a quien lo necesita.

—Pascual Cascante estaba contigo cuando ese otro hombre murió de una estocada. Tu amigo quedó malherido; tú saliste ileso, por lo que veo; y quien pagó el pato fue el tercero: uno de los trabajadores que manejan las máquinas de Herrera.

Tello observó el rostro del alférez como lo hubiera hecho Risco tras oír un chasquido que llamara su atención.

—¿Cómo sabéis que el otro hombre era un operario de las grúas?

—Hice algunas pesquisas y di con un peón que lo conocía. Me dijo que había abandonado las obras hacía algunas semanas aunque todavía seguía en la explanada.

Aquello ratificaba las informaciones que le habían conseguido Gaspar y Hernando la noche anterior.

—¿Y qué pretendéis decir con esto, Martínez? —preguntó con aparente desgana.

—Que quizá tengas algo que ver con esas muertes.

Tello soltó una carcajada amarga.

—No tengo tiempo para suposiciones que no se sostienen.

—Pascual es amigo tuyo y se le vio en tu compañía minutos antes de que le dispararan. Quizá te ocurrió a ti lo mismo y liquidaste al operario.

—Yo no tengo espada —mintió con convicción. Era ridículo pensar que un postulante guardara una dentro del convento.

—Tú quizá no poseas armas, pero el muerto sí podía tenerla.

—¿Y? —volvió a evitar pronunciarse.

—Llevabas poco tiempo por la explanada cuando te vi desarmar a un cochero en una pelea. Lo hiciste con suma facilidad, como si aquel tipo fornido fuera un niño. Esa misma madrugada había aparecido muerto aquel registrador —le espetó con cierta soberbia —. Sabes luchar y estás en lugares donde hay muertos. No me negarás que son suficientes indicios como para preguntarte.

—No tengo espada ni sé manejarla, ni sé nada de aquel muerto. Tampoco tengo nada que ver con este último asesinato. Quizá fue el propio Pascual quien se deshizo de ese operario antes de recibir el disparo.

—No, Tello. Te repito que murió *en el acto*.

—Pues quizá lo liquidó después de recibir el bolazo de plomo.

El alférez se acercó un paso a él.

—¿Sabes lo que pienso?

—Sorprendedme.

—Que siempre hay mucha sangre a tu alrededor, y que quizá también tengas algo que ver con el asesinato de fray Tomás debido a tu cercanía con él: ambos vivíais en el convento, aunque él fuera el responsable de la cerería y tú todavía no llegues ni siquiera a novicio.

—Eso es un auténtico disparate. Hasta ahora habéis planteado tres hipótesis absurdas. El registrador, el operario, fray Tomás… Ninguna de ellas se sostiene, son inconexas. Estáis dando palos de ciego. ¿Alguna teoría más? —se enfrentó a él porque el tiempo volaba y Esteban Lizar aparecería por aquel mismo lugar en apenas unos minutos. Necesitaba que el alférez abandonara la lonja de

inmediato.

—Claro que hay más, postulante. Creo que el asesinato de fray Tomás podría estar ligado de alguna manera a la muerte de aquel apicultor al que atacaron sus propias abejas —prosiguió De la Osa—. Porque también te enteraste de aquella muerte, ¿verdad?

—Ni conocía ni había visto a ese apicultor en mi vida. Además, aquello fue un accidente.

—Es posible, pero fue una muerte tan repentina… Y podría tener relación con la de un monje que tú conocías… No sé… —exageró su duda.

—Cuarta teoría absurda, pues conozco a todos los monjes del convento. A la quinta me vuelvo adentro.

—Eso será si no te prendo ahora mismo —le advirtió descansando la mano sobre la empuñadura de su espada—. Y es que, como ya he dicho, cerca de donde apareció este último cadáver se halló el de aquel registrador —dijo levantando la mano izquierda para que Tello se guardara en la boca los argumentos que estaba a punto de soltar —. Y entre medias se encontró el de ese tal Munio, un buscavidas de El Escorial. ¿Los recuerdas a todos?

—Como si fuera ayer. ¿Por qué no me acusáis también del contador que se colgó de una viga en sus aposentos?

—Porque eso fue claramente un suicidio. Pero el resto…

—Ni este último, ni el registrador ni el facineroso de El Escorial se habían visto conmigo jamás, ni siquiera eran conocidos míos porque, entre otras cuestiones, cuando ellos murieron yo acababa de llegar aquí.

—Eso es lo que te salva de que me acompañes ahora mismo al cuartel.

—¿Pensáis que soy yo quien los ha asesinado a todos?

—Ni lo pienso ni lo dejo de pensar. Solo sé que, desde que llegaste, los muertos se multiplican. Y una cosa me lleva a la otra…

—Quinta teoría absurda. Me vuelvo al convento —dijo mientras escuchaba cómo la hoja de la espada salía lentamente de la vaina—. Cuando vayáis a prenderme, antes sopesad si os merece la pena hacerlo. Os aseguro que, de intentarlo, uno de los dos ya no verá salir el sol nunca más —dijo antes de darle la espalda.

—No seré yo —afirmó el alférez.

—Media docena, Martínez, ya son media docena de tonterías… —respondió Tello sin girarse.

El corazón del postulante se había vuelto loco dentro de su pecho. Gracias al cielo, o a sus bravatas, el militar se había quedado en la lonja con medio palmo de acero desenvainado y cara de malas pulgas. Fuera como fuese, no había tiempo para pensar en lo que acababa de suceder. Solo pidió a Dios que Martínez de la Osa regresara al cuartel o se fuera a yacer con alguna lavandera antes de que llegara Esteban Lizar.

La fortuna quiso que el herrero pisara la explanada poco después de que el alférez desapareciera de las cercanías del convento. Unos segundos más tarde, Tello oyó que el padre portero iba en busca de fray José. Cuando este se encontró con Esteban, el capataz susurró algo al oído del monje y ambos se perdieron por un pasillo en dirección contraria a donde el cronista tenía sus habitaciones.

—Vía libre.

Tello abandonó su celda y se desplazó hasta las de fray José aparentando una calma que no sentía. Una vez allí, se introdujo en la que el cronista utilizaba para dormir y abrió uno de los balcones. Gaspar no tardó ni un segundo en chistarle desde abajo. Sin pararse a comprobar cómo el muchacho trepaba como una araña por la fachada, el postulante abandonó la estancia, entornó la puerta y comenzó a caminar despacio de un lado a otro del corredor mientras iniciaba un rezo. Porque eso era lo que se disponía a hacer, rogar a Dios que les concediera tiempo suficiente para reparar de alguna manera lo que los herejes habían provocado. Y no era tarea fácil. Al Altísimo se le iba a acumular el trabajo: por un lado, tenía que concederles tiempo para que el monje atendiese sin prisas los chismes con los que Esteban le estaba enredando acerca de un supuesto problema con algunas piezas de hierro en los engranajes de las grúas; por otro lado, que dicho tiempo fuera el suficiente como para que Gaspar encontrara los documentos que les hacían falta y que después nadie le viera entreabrir la puerta para entregárselos; y, por último, más tiempo para que él pudiera regresar con los legajos y los cartapacios a su propia celda.

Y todo ello sin que le descubriera nadie, mucho menos el de Sigüenza.

El chico abrió la puerta de la celda a los pocos minutos de haberse introducido en ella. Esperó a que Tello le susurrara que podía salir y depositó sobre las baldosas de granito un buen montón de papeles.

—Ya he cerrado el balcón por ti —le dijo Gaspar mientras saltaba a la estancia aneja en busca de más documentos.

El postulante ocultó los legajos tras la esquina que daba al corredor del este. En ese momento, dos monjes legos aparecieron por el lado contrario. Tello se sintió descubierto, pero se limitaron a saludarle cuando se cruzaron con él y continuaron su camino.

Con el corazón a punto de estallarle, le pareció que el tiempo se ralentizaba en lo que a la búsqueda de documentos se refería…, o que pasaba cada vez más veloz si pensaba en los esfuerzos que estaría haciendo Esteban para entretener a fray José. Resonaron de nuevo crujidos de pisadas, y Tello apretó en sus rezos, y se cruzó con otro monje, y luego con cuatro más que procedían ya a recogerse porque era tarde. Después escuchó unos pasos que sin duda correspondían al de Sigüenza porque tenía la costumbre de caminar más rápido de lo habitual por su infinita falta de tiempo para todo. Fray José había despachado al herrero mucho antes de lo que suponía. ¡Sí, se estaba acercando a donde él esperaba! Lo hacía por el pasillo que daba al oeste. En ese instante, Gaspar abrió la puerta. Llevaba en los brazos un buen montón de legajos. El postulante le indicó que saliera rápido y se dirigiera al corredor del este. El muchacho obedeció y corrió de puntillas hacia la esquina, pero en el trayecto se le cayó uno de los documentos al suelo.

No había tiempo para que diera media vuelta. Fue el postulante quien lo recogió justo cuando Gaspar se ocultaba en el pasillo y fray José aparecía por el lado opuesto. Al encontrárselo de frente, el cronista dio un respingo y observó a Tello como si de un espectro se tratara. El antiguo soldado simuló hacer lo mismo mientras sostenía en sus manos el documento como si lo estuviese leyendo.

—¡Me has asustado! —le acusó el de Sigüenza—. ¿Qué haces aquí a tales horas?

—Meditar, padre José, y meterme en la mollera todo lo que me

exige la Orden para el noviciado, que si no me lo repito mil veces no se me queda —se excusó al tiempo que fingía repasar con el dedo una línea cualquiera del papel que tenía delante.

—Si ya vas mal de memoria, pronto lo harás de la vista, que poco se puede leer a la pobre luz de las lámparas de estos corredores. Es mejor que deambules por tu celda, aunque eso te suponga dar vueltas como si fueras un moscón.

—Gracias, padre, así lo haré.

Y se dirigió a su celda. Cuando abrió la puerta encontró a Gaspar sentado sobre el camastro revolviendo los papeles. Tello se acomodó a su lado y fue echando un somero vistazo a lo que el muchacho había sustraído.

—Tendrá que confirmarlo el maestro Herrera, pero creo que con esto podremos salir del paso.

—¡Qué bien! Entonces… ¿doble paga? —preguntó divertido el chico.

—Jamás. A ver si ahora vas a considerar que robar tiene recompensa —le regañó con una sonrisa.

—Es un don que poseo.

—Robar no es ningún talento.

—Quizá sí lo sea. No creo que cometa ningún pecado si voy a ayudar a que se terminen las obras del monasterio.

—No me busques las cosquillas, Gaspar.

—Pero, Tello… Si puedo echar una mano a un necesitado o a un desvalido, y para ello tengo que hacer algo que no está del todo bien…, ¿es pecado?

—¿Adónde quieres ir a parar?

El muchacho puso cara de estar valorando ciertas posibilidades que antes no había sopesado.

—¿Te acuerdas de cuando miré los libros de pedidos y pagos del convento? —terminó por preguntarle.

—¡Cómo olvidarlo! Eso sí que estuvo mal.

—Es cierto, pero así supimos que el apicultor no tenía ninguna queja sobre los dineros que recibía de la Orden. Solo eché una ojeada rápida para que nadie me descubriera fisgando. Quizá, si ahora aprovechara una tarde y los tomara prestados, tendríamos

más tiempo para repasar las cifras y ver si hay algo extraño en ellas.

—¡Ni se te ocurra! No quiero tener ningún problema con la Orden, y mucho menos con el padre prior.

—Está bien, está bien… —asintió con esa sonrisa que decía todo lo contrario.

—Si no me obedeces, te repudiaré como ayudante.

—Nada de zascandilear por el convento —convino de inmediato, aunque no fue capaz de dejar de sonreír.

—Ahora voy a entretener al padre portero para que puedas salir sin ser visto. Mañana buscaré un saco en las despensas y guardaré todo lo que le has cogido a fray José. Luego iré a buscar a Herrera a sus oficinas para entregarle los planos. No sé qué voy a decirle cuando aparezca con todo esto.

De madrugada, Tello cumplió con lo que tenía pensado hacer. Antes de que la actividad se disparara en las despensas y las cantinas, bajó hasta allí y se hizo con un saco limpio donde guardó con cuidado todos los documentos. Luego recibió al padre enfermero. Hernando continuaba inconsciente y con fiebre. Tras agradecerle su discreción y los cuidados que le procuraba al viejo aguador, abandonó el convento y subió hasta la casona donde el arquitecto despachaba los asuntos delicados con sus ayudantes. Juan de Herrera le hizo esperar un buen rato antes de recibirle en la misma sala donde se habían reunido por dos veces todos los hombres importantes de las obras. En esta ocasión estaban los dos solos. Después de un breve saludo y sin más preámbulo, el postulante abrió el saco y dejó resbalar suavemente los legajos sobre la mesa.

Tras reponerse de la primera impresión, el arquitecto se dedicó a repasar uno a uno los documentos con evidente nerviosismo.

—Son trazas antiguas, pero nos servirán… —dijo.

Al cabo de unos segundos, se detuvo e interrogó con la mirada a Tello.

—Me consta que reconocéis algunas, pero no me preguntéis de dónde han salido. Tampoco permitáis que nadie os pregunte a su vez, mucho menos José de Sigüenza, ya me entendéis… —le rogó

Tello—. Os aseguro que es mejor permanecer en la ignorancia, tanto vos como el resto.

—Pero…

—Pedro Mayor, el maestro carpintero, acaba de terminar un gran mueble archivador que le ha costado a la Orden veinte reales. Está situado junto a las salas capitulares. ¿Por qué no proponéis al prior guardar ahí las trazas de las obras a partir de ahora? No os dejéis convencer si fray Julián os dice que lo necesita para consultar cierta documentación durante la celebración del capítulo. Ni tiene tantos legajos ni tampoco es preciso consultarlos. Estoy seguro de que sabréis hacerle ver la importancia de tener vuestros planos allí bien custodiados y ordenados. El archivador dispone de casi un centenar de gavetas para clasificarlos por categorías. Y, además, nadie se atreverá a entrar en el convento para robar.

Sin más que añadir, se despidió. Le había dado ya la espalda cuando escuchó cómo el arquitecto decía su nombre una vez. Solo una. Y sin muchas ganas.

Mientras bajaba las escaleras que conducían hasta la calle, Tello se convenció de que la bonanza de los documentos le había paralizado la lengua. No serían los mejores planos, ni los definitivos, ni siquiera en algunos casos servirían lo más mínimo para paliar el robo, pero aquellas trazas ayudarían a retomar de nuevo la actividad con más garantías que si nadie se hubiese jugado la honra —y seguramente la vida— por seguir haciendo realidad los deseos de Felipe II para grandeza del Imperio y, por ende, de toda la cristiandad.

Atendiendo a los consejos de Esteban Lizar, Tello se pasó tan solo unos minutos por la zona de las grúas para oír de boca de Gaspar que no se habían producido novedades. Luego regresó directamente a su celda y se entretuvo en rezar y leer algunos pasajes de los muchos libros que ya soportaba su mesa. Aún tuvo tiempo de comer y dormir algo antes de que una idea se abriera paso en su cabeza: debía hacerle una visita a Miguel de Almedilla para agradecerle su colaboración. El mercader le había ayudado a buscar una solución al robo de los planos y era de ley que recibiera sus noticias, máxime cuando la operación había resultado todo un éxito.

En cuanto escuchó el toque de campana que daba por finalizada

otra jornada en la explanada, el postulante abandonó el convento y cruzó la lonja en dirección a la casona de don Miguel. El mercader solo tardó un par de minutos en recibirle y lo hizo en compañía de su sobrina. Tello no abundó en detalles. Simplemente le dijo que, en efecto, el monje guardaba gran cantidad de información en sus celdas y que, con algo de ayuda, había podido recopilar los documentos suficientes para que el cronista no advirtiera su falta —al menos en un principio— y además fueran de provecho para Juan de Herrera.

Aún no había terminado su relato cuando el comerciante fue requerido por una nueva visita. Alguien de la corte se había desplazado expresamente hasta San Lorenzo para negociar la compra de ciertas mercancías que se precisaban en el Alcázar de Madrid.

—Trataré el asunto en mi despacho —se disculpó antes de abandonar la sala—. Quedaos aquí con mi sobrina hasta que yo regrese. Será cuestión de unos minutos.

Unos minutos que a Tello se le antojaron una prueba de fuego, pues volvía a encontrarse a solas con Ana.

Desde que apareció junto a su tío, la joven no había abierto la boca ni tampoco cesado un segundo de bañarle el rostro con la mirada.

—Celebro que lo hayas conseguido —dijo ella con tono cercano, pero sin levantarse de la silla.

—Es un primer paso para que las intenciones de esos herejes franceses no prosperen. Sus acciones pasadas apenas debilitaron las obras hasta que quemaron la carpintería y robaron los planos. Tienen que saber que, antes de que demos con ellos y les rebanemos el cuello, no van a lograr que los trabajos se paralicen, y mucho menos que se abandone su ejecución aunque el Imperio esté en bancarrota.

Ana se levantó y avanzó unos pasos hacia él.

—Ahora que ya has hecho mucho, ¡qué digo mucho!, que lo has hecho todo por el rey, deberías irte de aquí.

—¿Por qué dices eso?

—Desde aquella noche que nos vimos a solas, he creído que no

podría vivir sin tenerte a mi lado. Pero las noticias son como la lluvia: por mucho que te cubras, siempre termina por empaparte. —Ana tenía la mirada triste—. Hoy he sabido que pudiste haber muerto en un asalto en el que falleció un obrero y resultó herido tu amigo Pascual Cascante.

—No era un obrero, sino el hugonote que intentó asesinarnos.

—Más a mi favor. Creo que esos franceses te están cercando… —dijo con tono entrecortado—. O quizá se trate de ese otro asesino que dices que anda por aquí.

—Nadie quiere nada de mí —trató de excusarse, aunque los mensajes que había recuperado de la boca de Risco y de la piedra que hirió a Hernando decían todo lo contrario.

—Aquí poco puedes aportar ya, y en cambio tienes mucho que perder: la vida, Tello. Y si a ti te ocurre algo, yo muero contigo. —Ahogó un sollozo—. ¿Por qué no vienes conmigo a Alcalá?

Ahora fue Tello quien se aproximó un paso a ella.

—No puedo. Estoy muy cerca de descubrirlo todo.

—¿Qué es todo? ¿Los franceses? ¿El otro asesino? —insistió ella con la voz casi quebrada.

—No puedo dejarlo así. Además, cuento con Gaspar. Ya lo has oído, se ha movido por las habitaciones de fray José como si hubiera perpetrado robos toda su vida. No sé qué haría sin ese chico. Ya verás como dentro de unos días me sorprende con cualquier trastada que, lejos de enojarme, terminará por esclarecer este embrollo. Con él y con Esteban Lizar todo será mucho más fácil. Me siento tan próximo a encontrar la solución que si Pascual Cascante estuviera en condiciones de ayudarme, estaríamos a un paso de descubrir dónde están esos franceses y quién anda detrás de los asesinatos…

—¡Calla! —le rogó la joven al borde del llanto—. Te lo tomas como un juego y es tu vida la que está en peligro, y la de ese muchacho, y la del resto de los amigos o conocidos que tienes aquí, como le ha ocurrido a Pascual y como le puede ocurrir cualquier día a Esteban. —Se acercó a él hasta tenerle a un palmo, lo que provocó que el corazón de Tello comenzara a bombear sangre con desmesura—. Vayámonos los dos lejos de aquí, a Alcalá, a Toledo, a las Américas

incluso… Por favor… Prométemelo… Es mi última oportunidad de tenerte…

29

No lo hizo a traición, pero tampoco le avisó con tiempo suficiente para que al menos pudiera hacerse a la idea. Julián de Tricio se acercó a Tello nada más concluir la misa del alba. Mientras se dirigían al refectorio, le informó de que, a lo largo del día, le haría llamar para que le pusiera al corriente de los últimos avances en sus investigaciones.

—Algo tienes que haber descubierto en todo este tiempo —le dijo esa tarde cuando Tello acudió a su despacho de la torre y se sentó en la silla que había frente a su mesa—. Han sido semanas en las que la visita del rey y la ausencia de los planos nos han tenido a todos atados de pies y manos. Ayer supe que, desde hace unos días, Juan de Herrera ya dispone de algunas trazas. Supongo que las ha recuperado del archivo que el aparejador de cantería Lucas Escalante tiene en Aranjuez, o incluso del suyo propio. La cuestión es que solo nos ha respondido con vaguedades cuando le hemos preguntado fray Antonio o yo mismo.

—Veré si puedo enterarme de algo.

—No es necesario. Evita perder más tiempo con esos planos, que bastantes quebraderos de cabeza nos han dado ya. ¡Y los que nos quedan!, porque ahora Herrera se ha empeñado en que guarde todas esas trazas en el archivador que nos ha hecho el maestro Pedro Mayor. Al final he claudicado ante su insistencia porque, en eso tiene razón, nadie vendrá aquí para volver a robarlas, pero el mueble se queda junto a las salas capitulares. No pienso moverlo de ahí, le guste o no.

—Es lógico que tenga sus miedos.

—No te lo niego, pero olvidémonos ya de los planos, Tello. Ahora quiero que me cuentes todo lo que se oye por ahí fuera y si has llegado a alguna conclusión. ¡Y no me mires con esa cara de no

saber lo que te estoy pidiendo! Hace un mes que fray Tomás apareció asesinado en la cerería y ni tú ni el alférez habéis sacado nada en claro al respecto. Por si fuera poco, Pascual Cascante fue atacado pocas semanas después de que nuestro hermano muriera. Y cuando ayer tarde fui a ver al padre enfermero para que tratara de aliviarme una jaqueca espantosa, me encontré con que tenemos a un anciano en la sala de cuidados que es aguador en las obras. Solo tuve que lanzarle dos berridos para que me contara que fuiste tú quien lo trajo aquí porque casi se mata cuando volvía borracho de las tascas.

—Era necesario que lo ayudara…

—No lo dudo, pero nuestro hermano me ha confesado que, más que un golpe, tiene pinta de haber sufrido una pedrada a traición. Y aunque me cueste, estoy por creerle a él antes que a ti.

—Es lo que él me dijo cuando me lo encontré de camino al convento, padre, que se había caído —mintió.

—¿Estaba consciente? ¿Seguro? —preguntó con un hiriente sarcasmo—. Porque me han dicho que, cuando lo dejaste en la enfermería, el aguador estaba sin sentido… ¡No, Tello, no hace falta que contestes! *Ego te absolvo a peccatis tuis*… —Hizo la señal de la cruz en el aire con desgana, como si fuera un gesto tan inútil como necesario porque sabía que el postulante le había mentido, pero lo asumía como algo que ya no tenía remedio—. Y ahora, limpio ya de pecados, supongo que no volverás a faltar a la verdad. Veamos, ¿qué más sabes de todo esto? Porque algo se hablará en las obras…

Tras unos segundos en los que tomó aliento, Tello le fue desvelando al prior lo que había averiguado sobre la trama de los accidentes en la explanada.

—Sí, ya me adelantaste algo de eso… Pero ¿das por cierta la teoría que sitúa a los franceses precisamente aquí? —quiso asegurarse Julián de Tricio cuando Tello hubo finalizado sus explicaciones.

—Tenemos constancia de que se presentan en grupos de cuatro, padre. Vienen, se emplean, trabajan, malogran cualquier cosa que se esté construyendo, mejor si provocan algún muerto, y después desaparecen. Pasado un tiempo, otro grupo similar los releva en su

misión.

—¿Cómo es posible que actúen con tanta desenvoltura? No pueden llegar aquí a la buena de Dios e improvisar sus acciones según ven la oportunidad de hacer daño —se indignó el prior.

—Estoy convencido de que hay alguien en la explanada que les facilita información. Este traidor sabe cuáles son los trabajos y los oficios más demandados en un momento determinado para que cada grupo sea aceptado sin muchas complicaciones. También conoce los lugares donde pueden actuar mejor. Y estoy seguro de que les proporciona el material que necesitan para provocar los supuestos accidentes. Esos hombres se cuidan muy mucho de que todo parezca fortuito y que nadie sospeche que hay intencionalidad detrás de sus actos. Así, pueden regresar a Francia sin ser descubiertos.

—Son acusaciones muy graves contra uno de nuestros trabajadores. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Creo que todo lo ocurrido desde que yo estoy aquí es resultado de una meticulosa planificación que solo puede llevarse a cabo con la ayuda de alguien que esté dentro: el desplome del muro, la caída del andamio, el incendio de la carpintería y la rotura de la grúa son obra de estos grupos. Por supuesto, también el robo de los planos. Incluso me atrevería a afirmar que aprovecharon aquellos ataques de los lobos para simular otros que hacían ellos mismos introduciéndose en los cercados. Cuando asaltaron a Pascual Cascante, porque no tengo duda de que fueron ellos, mi amigo supo distinguir su acento. A partir de ahí, Gaspar, Hernando y Esteban Lizar me han ayudado a investigar. Ahora estoy muy cerca de dar con el paradero de esos hombres. Sé que se esconden cerca del campamento de las lavanderas. En cuanto me cerciore del lugar exacto, informaré al alférez.

Julián de Tricio había escuchado con atención las palabras de Tello. En verdad le resultaba difícil creer lo que afirmaba el postulante, que hubiese reducidos pelotones de hugonotes franceses infiltrados en las obras para poco menos que demoler el monasterio.

—Puede parecer exagerado, padre, pero esos herejes tienen ganas de que todo aquello que se construya en la explanada vuelva

a ser polvo cuanto antes, incluidos los católicos que se dejan aquí la vida.

—¿Y tienen algo que ver con el asesinato de fray Tomás?

—Creo que la pérdida de nuestro hermano está relacionada con la muerte de Agustín de La Hoya, el apicultor que fue atacado por sus propias abejas. —Ante el gesto de estupefacción del prior, decidió avanzar con tiento en sus explicaciones—. Esos dos fallecimientos tienen que estar necesariamente ligados por algo que aún ignoro, padre. No puedo deciros mucho más, solo que os mantendré al corriente.

—Y tanto que sí —repuso el prior a la vez que tomaba un cartapacio que había a un lado de la mesa y lo abría—. Porque ya ha llegado la hora.

—¿La hora? ¿De qué, padre?

—De tomar las medidas de tu hábito para cuando te conviertas en novicio —le soltó a bocajarro.

—¿Ya?

Julián de Tricio sonrió mostrando cierta ternura.

—Estamos en junio, Tello. Ha pasado casi un año desde que llegaste a San Lorenzo el Real. Yo he cumplido con mi palabra. Ahora tú debes cumplir con la tuya.

—Pero… No, padre… ¡Qué inoportuno!… Quiero decir que no es buen momento para adelantar mi ingreso como novicio, con tanto trabajo…, y los franceses…, y fray Tomás…

—Justamente por eso. No solo está a punto de cumplirse el plazo que ambos acordamos y que marcan las normas jerónimas, sino que te veo cada vez más disperso en tus obligaciones, con la cabeza en otros asuntos. Este adelanto servirá para que te centres en tus responsabilidades. Estoy seguro de que, convertido ya en novicio, podrás servir mejor a tus semejantes y a Dios.

A Tello se le acumulaban los miedos entre los ojos: los asesinatos, los franceses, fray Tomás… Risco, Pascual, Hernando… Ana, Alcalá…

—Son muchas pruebas las que debo pasar, un proceso largo que ahora no sería conveniente emprender… —trató de escabullirse.

—Quizá no te has dado cuenta, pero la primera prueba la superas varias veces todos los días, porque se trata del consentimiento del

padre portero. Y aunque me ha dicho que hay ciertas actitudes tuyas que no le gustan, no he podido sonsacarle más —le rebatió el prior con gesto burlón—. El padre corrector de canto te escucha a diario en las misas del alba. Tengo su aprobación desde hace meses, al igual que la del padre Luis, maestro de novicios, que dice que no quiere examinarte porque le consta que sabes leer y escribir tanto o mejor que él. El último que me quedaba por consultar es el vicario. Mi segundo ha sido un hueso duro de roer. Por una parte, no necesitaba ponerte a prueba porque conoce todas tus virtudes. Pero, por otra, me ha recordado que ni en Sisla ni aquí se te ha preguntado nunca de qué tierra eras natural, si eras cristiano viejo, hijo legítimo, casado o profeso de otra orden, si sufrías alguna enfermedad oculta o tenías que informar de algo que no supiéramos… Son las normas de la Orden y es de obligado cumplimiento seguir el protocolo. Ya le he dicho que no hacía falta, que podíamos hacer una excepción, que todo eso que se pregunta a otros postulantes cuando llegan a alguno de nuestros conventos lo tenemos por seguro contigo. Así que solo resta mi aprobación, firmar en el libro de novicios y tomar el hábito —concluyó girando el cartapacio donde había un documento en el que solo faltaba la rúbrica—. Y justamente para eso estamos aquí.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Podemos posponer la prueba para dentro de unos días? —propuso Tello para ganar tiempo, aunque solo fuera para pensar.

—¿Qué prueba? No solo no la retrasaría bajo ningún concepto, sino que te la impondría ahora mismo como si fuera la primera vez que se cruzaran nuestros caminos. Sin embargo, después de casi un año de tan estrecha convivencia contigo, creo que te conozco como pocos. No eres ni mucho menos un postulante modelo, pero tengo la absoluta certeza de que serás un monje ejemplar. Algo díscolo, sí, pero ejemplar.

Tello se levantó de la silla. Tenía que salir de aquella ratonera aunque fuera dando mordiscos.

—Satisfaré la curiosidad del hermano vicario al tiempo que descubro algún aspecto que desconocéis de mí por no haberlo comentado, padre: creo que soy natural de la villa de Algete, o quizá

lo sea de la localidad cercana de Fuente el Saz, no puedo ser más preciso, pues nadie lo sabe. Lo que sí me consta es que mis padres eran cristianos viejos porque siempre se lo escuché decir a mis vecinos. Soy hijo legítimo, fui concebido por mi padre, quien había contraído nupcias con mi madre… —Desmigajó su vida mostrando una firmeza que en absoluto sentía, ya que muchas de las verdades eran ignoradas por él mismo—. No estoy casado ni lo he estado, y jamás había entrado en un convento hasta que pisé Santa María de Sisla.

—Entonces no entiendo ni tus reparos ni esta especie de confesión. Todo es acorde con los requerimientos. Nada impide tu admisión en la Orden, salvo que padezcas alguna enfermedad o calles algo muy grave.

Tello inspiró hondo.

—Oculto algo imperdonable, padre —alegó—. De hecho, es mucho más que imperdonable: es condenatorio.

Lo proclamó con tal seguridad, con tal firmeza, que el prior solo pudo asombrarse y pedirle que se sentara de nuevo. Sin embargo, él prefirió permanecer en pie.

—Sabía que esto podía ocurrir, pero rezaba a Dios para que no fuera así —se lamentó fray Julián—. Había algo oscuro en tu llegada a la explanada, en la nota del otro prior, en tu manera de actuar… ¡Por todos los santos, guardas una espada en tu celda!

Ahora Tello sí tomó asiento.

—Todo empezó cuando tenía doce años y me admitieron como mochilero en el Tercio de Milán, uno de los que fueron a Flandes —dijo iniciando el relato de la peor parte de su vida, una narración que le llevó a transitar por antiguas batallas y por trabajos que terminaron convirtiéndole en un asesino—. Aquel que yo creí un amigo me traicionó, por lo que me vi abocado a huir y a soltar un rosario de mentiras. La espada que poseo ha matado a muchas personas. Algunas lo merecían, padre, pero otras no.

—¿Te arrepientes?

—Por supuesto que sí. Las circunstancias me llevaron a ello, y también la juventud y el ansia de notoriedad y dineros. Pedro Saldaña fue mi señor y un referente hasta que se convirtió en siervo

aventajado del diablo, pero esa es otra historia.

—Entonces, si estás arrepentido, yo podría absolverte de tus pec…

—¡No, padre, no lo hagáis! —le rogó—. Estando aquí como postulante me he visto obligado a matar de nuevo, y de esta última muerte no me arrepiento en absoluto —admitió acordándose del francés al que había atravesado con su propia espada—. Cierto que fue en defensa de mi propia vida y de la de mi amigo Pascual Cascante, aunque no pude evitar que recibiera un bolazo de plomo.

—¿Estabas con tu amigo cuando fue atacado?

—En efecto, y acabé con uno de los cuatro villanos que intentaron matarnos.

—Pero… si fue para proteger la vida y… —titubeó el prior ante aquella revelación.

—No me arrepiento, padre. Ni lo haré nunca —afirmó sin dejarle terminar—. Y volvería a matar a aquel hereje cuantas veces fuera necesario, incluso vistiendo el hábito de la Orden.

Todo se detuvo en torno a los dos hombres: los pensamientos, la respiración, el tiempo, la vida misma.

—Si no te arrepientes, no hay perdón posible —claudicó el prior—. Por mucho que quisiera esquivarla, es la Ley de Dios.

—Cierto, padre, pero no hay arrepentimiento, y esto no deja de ser una confesión que os hago como cristiano.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Te estás confesando conmigo sin intención de obtener el perdón de Nuestro Señor por tan graves pecados?

—Confío mis culpas a un hombre de Dios para que sea un secreto entre nosotros, padre, un secreto que no podréis romper, pues os va la profesión y la honra en ello.

Julián de Tricio torció el gesto. En verdad se le avinagró, no tanto por el enfado al sentirse manipulado, sino de impotencia y de tristeza. Sobre todo de tristeza.

—No perderé ninguna de mis virtudes —le dijo—. Puedes estar seguro de que guardaré tu secreto, así arda en el infierno. Pero, aunque lo lamento en el alma, esas mismas razones son las que me llevan a pedirte que abandones San Lorenzo el Real.

De nuevo se instaló entre ellos un silencio de granito.

—Me iré mañana al amanecer; esta noche mismo, si así me lo ordenáis.

Al prior se le habían empañado los ojos.

—Debes marcharte, Dios sabe que tiene que ser así, pero te ruego que antes dispongas de unos días para reflexionar —le pidió tras exhalar un largo suspiro que mezclaba el hartazgo y la pena.

—No hay mucho que sopesar, padre.

—Confía en mí. La vida puede cambiar en un parpadeo.

Cierto. Tello recordó cómo, en el más pequeño de los instantes, Pedro Saldaña degolló a su mujer y desde entonces su vida dejó de tener paz y sentido.

—Nunca hay que dar nada por perdido —insistió el prior.

—Yo acabo de perderlo todo, padre, comenzando por mí mismo — se rindió mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Solo unos días, Tello. Te lo ruego.

La única respuesta que pudo ofrecerle fue un leve sollozo.

Aquella tarde del mes de junio era tan luminosa que parecía reírse de las tinieblas que cubrían el alma del postulante. Tumbado en el jergón de su celda, sin apartar la mirada del techo encalado, era incapaz de hilar dos pensamientos sensatos. Hubiera preferido descansar y olvidarse de todo, pero le resultaba imposible. De hecho, creyó que no volvería a dormir nunca más, al menos tranquilo. De nuevo su vida se revolvía contra él y le abofeteaba la cara. Pero, al contrario que en otras ocasiones, esta vez toda la responsabilidad era suya. Porque había sido él, y solo él, quien le había destapado al prior su vida pasada. Tampoco nadie sabía hasta ese momento quién había atravesado el pecho de aquel francés del demonio y él había confesado ser su ejecutor. Podría haber pecado simplemente omitiendo la verdad, pero en aquellos tres años de convivencia con los monjes de la Orden parecía haberse contagiado de su bondad, dignidad y rectitud. ¡Qué paradoja! Él, que durante esos años se había redimido de haber obrado como el mismo Lucifer, que no había sentido remordimiento alguno y no había buscado el perdón de nadie, ahora volvía a condenarse, y además lo hacía tras

acusarse a sí mismo.

Y si aquello no era suficiente para ir directo al Averno, su amor por Ana era una sentencia definitiva. No podía ser novicio, mucho menos monje, si creía estar enamorado de una mujer. Y si se equivocaba, corría el riesgo de quedar prendado de ella hasta el final de sus días.

Esos eran los hechos, así de crudos y así de inamovibles, asuntos por los que, en conciencia, tenía que abandonar San Lorenzo para siempre. Únicamente le quedaba elegir si debía hacerlo solo o con Ana. No había más alternativas, y tampoco disponía de tiempo para meditar con calma la posibilidad de huir con la joven. Fuera como fuese, tenía que dar el paso ya.

En cuanto el sol comenzó su declive, subió hasta la tasca de Constanza para despedirse de las mujeres y de Gaspar. Allí encontró a la dueña colgando los pellejos de un travesaño para vaciarlos de vino mientras Ofelia preparaba las jarras donde se iba a servir. Tenía que darse prisa y aprovechar el momento antes de que alguien los interrumpiera.

—¿Dónde está Gaspar? —preguntó con cierta impaciencia.

—Se ha quedado en el campamento —le respondió Ofelia con presteza mientras ordenaba bancos y taburetes alrededor de las mesas—. Estaba muy entretenido con unos libros que ha encontrado no sé dónde.

¡Dios santo! El muchacho lo había vuelto a hacer. Fisgonear donde le viniera en gana e ignorar los consejos que él le daba eran impulsos que Gaspar aún no sabía reprimir.

—¿Sabes si tardará mucho en llegar?

—¡Quia! Lo mismo no viene hasta esta noche. Parecía entusiasmado. Cuando le pedí que me acompañara, me dijo que más tarde, que estaba deseando verte porque había encontrado algo que te iba a volver loco de alegría y quería enseñártelo. Pero ahí se quedó, leyendo y leyendo…

—¿Por qué no vas a buscarle, descubres qué se trae entre manos y te lo traes de una oreja para que nos ayude? —le apremió Constanza desde el otro lado de la tasca.

Aunque sabía que luego no podría quedarse allí mucho tiempo, Tello aceptó. Después del disgusto que se iban a llevar las mujeres

cuando les anunciara su inminente partida, lo mejor que podía hacer era darse media vuelta, bajar al convento, hacer rápido su hatillo y, sin olvidar su espada, llegarse hasta El Escorial y buscar un sitio donde pasar la noche. Suponía que, al amanecer, ya sabría si quería continuar solo el resto de su vida o en compañía de Ana, tal y como ella le había pedido.

Así que se despidió de Constanza y Ofelia, y recorrió los cien pasos ladera arriba que había hasta la entrada del campamento. Allí preguntó a dos lavanderas dónde paraba el chico, pues hacía más de un año que había estado aquella única vez en la cabaña que compartía con su madre adoptiva. Tras seguir las indicaciones que le dieron las mujeres, por fin reconoció el chamizo construido con piedras, tablones y restos de ladrillos que habitaban.

—¡Gaspar! —le llamó desde fuera, pero el muchacho no contestó. El hallazgo del que le había hablado Ofelia debía de tenerle abstraído —. ¡Gaspar! ¡Maldita sea! Deja esos libros de una vez —insistió cada vez de peor humor.

El mundo dejó de girar cuando apartó con hartazgo el grueso cortinaje que cubría la entrada. El interior estaba revuelto, como si dos animales hubiesen mantenido una pelea salvaje. Las mantas que separaban las dos habitaciones estaban caídas sobre la tierra apisonada. Allí además descubrió manchas de sangre, unas pequeñas gotas a un lado, otras algo más gruesas a un par de pasos, un rastro que seguía hasta la puerta y a partir de ahí desaparecía.

La sangre era fresca.

Muy fresca.

Incluso hubiera jurado que aún estaba caliente.

—¡Gaspar! ¡¡Gaspar!! —gritó, y sintió que el corazón comenzaba a avisarle de que aquel no era un lugar seguro—. ¡Maldita sea!… ¿Dónde diablos estás?

La incertidumbre le impedía fijar la vista en ningún lugar hasta que, en una de esas idas y venidas, sus ojos descubrieron un trozo de papel sobre la mesa que formaban un tablón y dos tocones de fresno. De inmediato le recordó a la nota que halló en la boca de Risco. Pero al tomarla entre sus dedos advirtió que poco tenía que

ver con aquella. La que ahora desdoblaba con aprensión era más grande y el papel, de mejor calidad. Incluso la caligrafía parecía mucho más cuidada.

> Tienes una misión que cumplir si quieres volver a ver a Gaspar con vida. No trates de buscarle. Espera noticias con la boca cerrada. No habrá más advertencias.

—Santo Dios, ratón… No debí mezclarte en todo esto —musitó lleno de ansiedad—. ¿Qué te ha ocurrido?…

Tardó varios segundos en darse cuenta de que las manos le temblaban y los oídos le palpitaban de tal forma que no oía nada que no fueran los latidos desbocados de su propio corazón. Sin embargo, no podía dejarse dominar por el pánico. ¡Desde luego que en peores situaciones se las había visto! Pero siempre había sido cuidando de su pellejo. Ahora se trataba de salvar a Gaspar. En ese momento comprendió que en verdad el muchacho le importaba más que su propia vida.

Inspiró hondo y sacudió por dos veces la cabeza para apartar de sí la confusión. Luego se dispuso a desobedecer la amenaza que contenía aquella nota. Por supuesto que buscaría a Gaspar. Su decisión no admitía réplica, aunque tendría que cuidar sus pasos si no quería empeorar la situación.

En efecto, alguien se había llevado al muchacho de aquel chamizo y estaba seguro de que él había opuesto resistencia. De ahí el desorden que se extendía por todos lados, así como el pequeño rastro de sangre. Dispuesto a encontrar cualquier cosa que le diera aunque fuera solo una pizca de información, descubrió en un rincón lo que parecía ser parte del lomo de un libro tapado con un trapo. Apartó la tela y, tras echar un vistazo por encima, vio que se trataba de uno de los registros del personal contratado en las obras. Gaspar debía de haber robado aquel volumen para escudriñarlo con calma y luego proceder a devolverlo. Algo tenía que haber encontrado si, como le había dicho Ofelia, estaba deseando verse con él.

—¿Qué querías mostrarme que tan importante era para que no te hayan permitido hacerlo? —rumió roto de angustia.

Y entonces lo vio. Entre el polvo y la suciedad que acumulaba el suelo, le llamó la atención un pequeño trozo de papel cerca de uno de los tocones. Cuando lo tomó entre sus dedos, se percató de que era parte de una de las hojas del libro de registro, como si el muchacho hubiese arrancado aquel pedazo durante la lucha.

—O quizá antes de que te sorprendieran… —barruntó Tello—. De haberlo hecho en ese momento, el que te atacó se hubiera llevado el libro completo. Tal vez presentiste el peligro y, al guardarlo con precipitación, rompiste una de las hojas…

¡Sí! Aquel fragmento casaba con una página a la que le faltaba una esquina. Comenzó a leer lo que se detallaba en ella. Era una relación de los obreros del monasterio. La lista estaba fechada en enero de 1574, hacía más de dos años. Aquello no parecía ser importante. Eran tres columnas en las que se desgranaban nombres que nada tenían que ver unos con otros. Arriba aparecía la palabra *Conclusión*. ¿Había encontrado Gaspar a los franceses?

Ojeó las páginas anteriores y las posteriores, pero no vio ningún nombre extranjero que le hiciera pensar en obreros nacidos o venidos de Francia. Aturdido, se quedó mirando la página rasgada.

Enero, 1574.

Conclusión.

…

—Mierda, no entiendo nada…

…

—Y eso de ahí… ¿Qué es?

En el margen izquierdo, junto a un número correlativo que hacía las veces de contador, había unos círculos diminutos señalando algunos registros. No aparecían en todos los nombres. Ni siquiera en la mitad de ellos. Solo se apreciaban en algunos. Sí, en dos, cinco, siete por hoja.

No podía pensar más. El desconcierto por lo que estaba sucediendo le impedía concentrarse en nada que no fuera Gaspar, su compañero, su gran amigo… ¡Casi un hijo!

Abandonó la casucha y oteó los alrededores como hubiese hecho Risco de haberle acompañado.

Como si fuera Risco…

¡Oh! ¡Santo Dios!

—No, ratón, tú no puedes morir.

Imaginar al muchacho destripado y colgando de una de las cerchas de la nueva carpintería, tal y como había aparecido el cachorro, le deshizo el ánimo. Pero eso no había sucedido. La nota era precisa. Si quería encontrarle con vida, solo tenía que guardar silencio y limitarse a esperar instrucciones…

—… lo que no es impedimento para que, a un tiempo, trate de deducir lo que le ha ocurrido a Gaspar y saber a qué me enfrento.

Sin pensarlo dos veces, metió el pedazo de papel en el libro y lo guardó en un zurrón que encontró entre todo aquel desbarajuste.

—Gaspar estaba trabajando aquí antes de que se lo llevaran en contra de su voluntad —trató de tranquilizarse repasando sus deducciones—. Le obligaron a salir porque hay señales de lucha —prosiguió mientras detenía sus ojos en las manchas de sangre—. Quizá sean de una herida incipiente que al principio apenas sangraba, aunque luego, como consecuencia del esfuerzo en la pelea, lo hizo con mayor profusión. De ahí los dos rastros: uno más débil que el otro. En todo caso, alguien se llevó de aquí a Gaspar estando herido. Por eso pudo hacerlo, porque el chico ya no oponía tanta resistencia.

Y entonces buscó una explicación para lo que había sucedido, aunque fuera una hipótesis incompleta. E intuyó que alguien le estaba vigilando desde hacía tiempo y decidió raptar a Gaspar para impedir que avanzara en sus pesquisas. Sabía que el muchacho era muy inteligente y que tarde o temprano le ayudaría a dar un salto adelante en la investigación. Lo que no terminaba de entender era por qué no habían actuado contra él.

—Mierda… «Tienes una misión que cumplir si quieres volver a ver a Gaspar con vida» —releyó de nuevo la nota—. Necesitan de mí para Dios sabe qué.

Claudicó, aunque solo momentáneamente. Debía tomarse un respiro porque le resultaba imposible continuar pensando. Además, toda su congoja se centraba ahora en el desgarrador camino que tenía que recorrer hasta la tasca de Constanza.

Con los pies convertidos en plomo, pensó que iba perdiendo el

alma a cada paso que daba. Era la penitencia que Dios le había impuesto por su soberbia y su egoísmo. Ni era la persona más capacitada en todo San Lorenzo el Real para dar explicación a los sucesos que estaban ocurriendo allí, ni su vida era lo único que tenía valor. Ahora se daba cuenta de que el muchacho era lo más importante para él. Y lo había utilizado sin reparos.

El arrepentimiento ya no era suficiente. Solicitar el perdón divino pasaba por recuperar el verdadero coraje y enfrentarse a la realidad más cruenta.

—Y si hay algo cierto en todo esto, es que nadie está mejor preparado que yo para hacer lo que sea preciso para recuperar a Gaspar.

Cuando alcanzó la tasca, se percató de que estaba empapado en sudor, con el pelo alborotado y seguramente el gesto contraído. Incluso vio que la puntera de su bota izquierda tenía un rastro de la sangre que había en el chamizo. Así que abrió la puerta y, asomando tan solo la cabeza, llamó a la dueña. Pero quien le contestó fue Ofelia:

—Dile a ese pelma de Gaspar que ya es hora, que no damos abasto. Se nos va a ir la vida como no aparezca pronto.

—Ofelia, Gaspar no va a venir.

—¿Cómo que no…?

—Quizá no lo haga nunca más.

CUARTA PARTE

30

No hubo consuelo para Ofelia. Su tez perdió el color y se apagó el brillo de aquellas mejillas eternamente sonrosadas que se enardecían cuando Tello estaba a su lado. Incluso dejándose envolver por los brazos del postulante, parecía un triste recuerdo de sí misma antes de que la noticia le perforara con saña los oídos. En un principio, empujada por la desesperación, la mujer forcejeó con Tello cuando quiso subir al campamento para ver qué le había ocurrido a su niño, aunque pronto desfalleció. El poco ánimo que le quedaba lo esgrimió para acusarle de haber propiciado su desaparición.

Al antiguo soldado no le hacía falta escucharlo de sus labios. Ya se sentía culpable. Tanto era así que, si bien continuaba abrazado con fuerza a la mujer, ya no tenía aliento para moverse, para ver, incluso para hablar.

—No te martirices. Le advertiste que era peligroso que se tomara aquello como si fuera un juego —le dijo Constanza al verlo tan desencajado. Temía que se le ocurriera hacer cualquier barbaridad.

Pero Tello no la escuchó. O no quiso. Se limitó a seguir rodeando con sus brazos el cuerpo desmadejado de Ofelia durante el interminable rato que tardó en aparecer el alférez para saber qué había sucedido.

—¿Quién es su madre?

La mujer no contestó. Lo hizo Constanza en su lugar emitiendo un leve susurro y señalando con la barbilla a su amiga.

—El chamizo ya estaba vacío cuando llegué —se anticipó el postulante.

Martínez de la Osa observó el rostro de Tello y supo que, en verdad, sus sospechas no debían dirigirse hacia él.

—He enviado a un soldado a la cabaña para que la inspeccione.

También he ordenado a otros tres que busquen al muchacho por los alrededores —les informó sin apartar la vista del antiguo soldado.

Ofelia continuaba protegida por sus brazos y escondía el rostro en su pecho.

—No lo van a encontrar. Se lo llevaron a la fuerza. Aparte de las evidentes señales de lucha, en la casa he visto manchas de sangre —le informó Tello. Al oír aquello, Ofelia se estremeció—. Si hubiesen querido matarlo, habríamos hallado su cuerpo sin más.

—¿Quiénes han podido llevárselo?

—¡Por Dios!… Sabéis tan bien como yo que hay algunos indeseables en la explanada. Ha podido ser cualquiera de ellos.

—Pero ¿qué razón puede tener alguien para llevarse a un pobre chico?

—¡Y yo qué sé!… —rabió el postulante, que no quiso entrar en detalles con tanta gente congregada a su alrededor.

—Sea como fuere, removeremos hasta los cimientos del monasterio para encontrarlo —prometió el militar mientras enfrentaba su mirada a la de Tello—. Y tú guarda la calma. No se te ocurra cometer ninguna tontería.

—Lo único que me importa ahora es traerlo de vuelta a casa.

—Haz lo que te plazca, pero no me busques más problemas —zanjó el alférez antes de salir e iniciar el camino de regreso al cuartel.

Cuando Ofelia se sintió con fuerzas, abandonó la tasca en compañía de Constanza para regresar al chamizo. Al ver que Tello se disponía a acompañarlas, rechazó el brazo que este le tendía y apartó la vista dirigiéndola hacia el leve resplandor que el alba ya dejaba entrever por el oriente. Él no acusó el desaire y siguió a las mujeres hasta la choza. Allí cubrió las gruesas gotas de sangre con varios puñados de tierra antes de que ellas las vieran.

—Aquí nadie te necesita para nada —le espetó Ofelia con la voz rota de dolor—. ¡No vuelvas si no es para traer a mi niño!

—Vivo, por supuesto —remató Constanza.

Tello pasó las siguientes horas en un cruel duermevela. A ratos era

consciente de la desaparición del muchacho y a ratos creía estar disfrutando de sus burlas cuando el sueño se apoderaba de su mente. Sentía el cuerpo pesado. Le dolían los músculos y los huesos. Quizá tuviera incluso algo de febrícula por ese poso que deja cualquier tragedia en el alma. Sabía que era primordial sacudírsela pronto de encima para no caer en la desesperación.

Faltando a su costumbre, no acudió a la misa del alba después de la llamada a maitines. Al comienzo del día su puerta permaneció cerrada y su boca muda ante los requerimientos del padre portero, el padre enfermero e incluso el padre prior. Tello sabía bien que la visita de este último obedecía a la caridad cristiana. Por mucho que su rectitud hubiese quedado comprometida ante él por su obstinación en no arrepentirse, Julián de Tricio era un hombre misericordioso. Aun así, prefirió tragarse su angustia en soledad.

Tan pronto los monjes se centraron en sus ocupaciones, lo primero que hizo fue bajar a la ropería, donde, además de cortar y coser prendas, se guardaban colchones, mantas y sábanas. Allí se procuró una capucha que cubriera su cabeza de tal manera que nadie pudiera ver el martirio al que le sometía su propia conciencia. Y es que, en verdad, si hubiera sido tan fácil como chascar los dedos, habría desaparecido para siempre borrando de paso los recuerdos de aquellos que le conocieron. No merecía un hueco en la memoria de nadie. Eso sí: el hideputa que se había atrevido a tocar a Gaspar podía darse por muerto. Y para eso tampoco habría arrepentimiento. Ni perdón. Ni olvido.

Después de hacerse con la capucha regresó a su celda. Tras prender dos candiles, recuperó el registro de contrataciones que Gaspar había tenido entre sus manos la tarde anterior y observó el pedazo de página.

—Como hubiese dicho él, no hay que ser un lince para suponer que lo arrancó porque quería decirme algo —se arengó en un susurro—. Y eso es lo que voy a averiguar, ratón. Puedes estar seguro de ello.

En efecto, en el margen izquierdo de cada página había unos diminutos círculos dibujados con tinta aguada que apenas se percibían. Si él había conseguido distinguirlos era porque Gaspar así

lo había querido. El hecho de que hubiese arrancado aquel pedazo de hoja antes de verse sorprendido —o quizá en mitad de una feroz pelea— le obligaba a buscar con ahínco lo que pretendía revelarle. Y lo único que se salía de lo normal eran aquellas marcas, unos aritos que, de alguna manera, señalaban algunos nombres.

Tello observó el lomo. Tenía escrito el número 1574, sin duda el año correspondiente a la información que contenía. Es decir, que los nombres que aparecían eran, a todas luces, trabajadores contratados en aquel periodo.

Durante todo el día y hasta que el sol comenzó su declive, Tello revisó una a una las páginas de aquel tomo. Comenzaba a mediados de enero de 1574 y terminaba en julio de 1575. Ni en las primeras hojas ni en las últimas aparecían los círculos. En concreto, lo hacían desde comienzos de febrero hasta finales de junio del siguiente año. Y tal y como observó la primera vez que ojeó el libro, solo había marcas en algunos nombres por hoja. También se daba la circunstancia de que todos los señalados tenían a su vez fechas de conclusión, lo que significaba que ninguno de aquellos trabajadores estaba ya en las obras. Aquel era un hecho en sí mismo, aunque no sabía a qué podía deberse. En cualquier caso, era un avance.

Esa noche por fin pudo descansar.

Al día siguiente, en cuanto la luz comenzó a bañar la explanada, Tello devolvió el libro al zurrón y se lo colgó del hombro. Luego salió de la celda y se dirigió a la portería. El alma se le encogió hasta hacerle daño cuando vio el escalón donde solía esperarle Gaspar cada mañana. Ocultando una mueca de dolor, se despidió del padre portero y tomó el camino que conducía a El Escorial. No se atrevió a mirar las grúas, que volvían a funcionar a buen ritmo toda vez que Juan de Herrera había recuperado *milagrosamente* unos planos que le sirvieron para continuar los trabajos. Sin embargo, aquel ya no era su cometido. Haberse fallado a sí mismo suponía haber fallado también a los demás. Ya no era digno de nadie, ni siquiera de recibir su compasión.

Y entonces decidió su castigo: abandonaría San Lorenzo el Real

solo, viviría alejado de todo y de todos. Quizá en otra Orden. Quizá como eremita. Sin embargo, aquella penitencia tendría que esperar. Ahora tocaba seguir la pista que Gaspar le había dejado. Y sobre todas las cosas, tratar de encontrarlo, vivo o muerto.

Nada más llegar al pueblo se dirigió a la casa que ocupaba Sancho Patón, el responsable del registro de laborantes. Aquel alto funcionario no era la persona más servicial ni más agradable del Imperio, pero no tenía más remedio que hablar con él ya que se trataba del eslabón inicial de la cadena.

Cuando entró en el edificio, la primera persona que se encontró fue el asistente que le atendió cuando visitó al registrador general semanas atrás. Nada más verle, el hombre se levantó de su silla y desapareció de la sala por una puerta lateral. No había duda de que aquel encuentro inicial no le había sentado muy allá al presuntuoso ayudante. Tello se acercó entonces a la mesa donde un segundo auxiliar se afanaba en copiar los nombres de una lista en las páginas de un volumen como el que él llevaba en el zurrón. Se trataba de un joven que sobrepasaba en poco la veintena, de rictus amable y gestos educados. Tan pronto reparó en la presencia del visitante, abandonó su labor y le preguntó en qué podía servirle.

—Soy Tello del Saz, ayudante del obrero mayor. Quiero ver a don Sancho Patón.

—No se espera la llegada del registrador hasta dentro de dos semanas, aunque quizá se vea obligado a aparecer por aquí en unos días. —Ante el gesto de extrañeza de Tello, prosiguió—: Hemos denunciado un robo que se produjo anteayer. Alguien aprovechó que quedó abierta una ventana para introducirse en las oficinas, revolver algunos anaqueles y llevarse uno de los libros de registro.

A medida que el joven hablaba, Tello iba recreando en su mente las imágenes de un Gaspar sonriente penetrando en la casona a medianoche y trasteando con todo lo que pudiera tener valor hasta que se hizo con el tomo que luego él encontró en su choza.

—¿Es este el libro de registro que fue sustraído? —preguntó sacándolo del zurrón y dejándolo sobre la mesa.

El asistente lo tomó en sus manos y enseguida afirmó con la cabeza.

—¿Dónde lo encontrasteis? ¿Cómo lo habéis recuperado? —se interesó sin dejar de mostrar respeto.

—Es una larga historia —eludió responder Tello—. Solo quería comprobar que era uno de vuestros libros de registro. Porque es un registro de laborantes, ¿no es así?

—Cierto, cierto… —Hizo un ademán con la mano para que se sentara frente a él. Luego abrió el tomo por una página cualquiera —. Aquí constan todos los obreros de la explanada. ¿Veis las dos fechas que hay a continuación de sus nombres? Indican cuándo fueron contratados y, en su caso, cuándo dejaron de trabajar.

—Lo suponía —asintió Tello—. Como ayudante de Antonio de Villacastín, me he permitido echarle un vistazo y me han llamado la atención estas marcas que hay en el margen izquierdo.

El joven acercó los ojos a uno de los diminutos círculos que le estaba señalando el antiguo soldado, y luego a otro, y a otro más…, sin poder ocultar su perplejidad.

—No sé de qué se trata. Desde luego, ni mi compañero ni yo los hemos dibujado.

—¿Y don Sancho Patón?

—Menos aún —sentenció—. Él no se molesta en ver estos libros, sino que se centra en los compendios que le procuramos con toda la información.

—Pero entonces, perdonad que insista, alguien tuvo que hacer estas marcas.

El joven pareció repensarse la respuesta antes de hablar.

—Estos libros los llevan los registradores que se desplazan cada mañana hasta la explanada para reflejar el estado del personal que trabaja en las obras —le explicó—. Los recogen aquí mismo antes de que comience la jornada y los devuelven después del toque de campana. Tras hablar con los capataces, los oficiales y los propios obreros, son ellos quienes apuntan los nombres y consignan su inscripción o su cese. Como podéis ver, la primera fecha se repite en muchos de los nombres ya que fueron inscritos el mismo día. Lo que sí varían son las fechas del fin de sus servicios porque muy pocos se van a un tiempo. En cuanto el libro se completa, lo depositan aquí e inician uno nuevo.

—Al comienzo de este tomo aparece la palabra *Conclusión* —aportó Tello pasando las páginas hacia atrás hasta llegar a la primera.

El asistente acercó de nuevo los ojos. Luego pasó sus dedos por encima y se observó las yemas. Estaban limpias y eso le hizo alzar las cejas con sorpresa.

—Esta escritura no es nuestra, y además es reciente. Aunque la tinta esté seca y ya no deje marca, es de hace dos días, tres como mucho.

Tello se fijó entonces en que la caligrafía era la misma que la de la relación de accidentes que había elaborado Gaspar. Luego la palabra *Conclusión* la había escrito él dos días atrás. Si se había atrevido a anotarla en un libro oficial que, además, había tomado sin permiso, era patente que aquel hecho era significativo.

—Me gustaría repasar los nombres que tienen esa marca redonda.

—¿Qué estáis buscando?

—En verdad no lo sé. ¿Podría tratarse de extranjeros?

El asistente pidió a Tello que se situara a su lado para comenzar a leer en silencio los nombres marcados en cada página. Había algunos italianos, portugueses, incluso algún germano, pero ninguno parecía ser del país vecino. Hasta que, pasados unos pocos minutos, el joven señaló uno con la punta de su dedo índice.

—Este hombre, García de Alarcón… Lo recuerdo bien. Era un albañil que estuvo aquí desde el inicio de los trabajos, exactamente… en marzo de 1565 —leyó en la hoja—. Pero hay una equivocación. Dice que dejó las obras en enero de 1574, y lo hizo en diciembre de 1573, pues es la fecha en la que llegué yo.

—¿Y cómo puede ser que os acordéis de un hombre en particular cuando por aquí han debido de pasar varios miles?

—Porque se le hizo una gran despedida en uno de los mesones. Era muy querido. El funcionario al que yo vine a sustituir era buen amigo de Alarcón y ambos acudimos al festejo.

—Entonces se trata de una errata.

—O no… —El asistente llevó su dedo a otro nombre—. Fijaos: este operario tiene una marca redonda y también abandonó las obras en enero de 1574.

—Sí, pero el siguiente lo hizo en mayo del mismo año —dijo Tello —. No hay correspondencia entre uno y otro.

Pasaron algunas páginas del libro deteniéndose exclusivamente en los nombres marcados y las fechas de conclusión que aparecían junto a ellos.

—He contado cerca de una treintena de ceses en enero de 1574, así como en los meses siguientes —aseveró el joven.

—Cierto… Son en meses distintos. Pero si os dais cuenta, solo están marcados algunos nombres que abandonaron las obras a lo largo de 1574 y la primera mitad de 1575. No hay ninguna marca en quienes las abandonaron con posterioridad. ¿Puede haber alguna relación entre todos esos nombres?

El joven repasó varias páginas y terminó meneando la cabeza, frustrado.

—No se me ocurre nada. Lo siento —claudicó.

Sin embargo, a Tello ya le había dado tiempo a pensar en un cabo suelto.

—Antes me habéis dicho que estos libros los llevan los registradores a pie de obra. ¿Sabéis cómo se llamaba el responsable de este tomo en concreto?

El asistente fue a la primera página y en la esquina inferior derecha le enseñó dos letras escritas a mano: «F. C.».

—De este tomo se ocupó Fernando de Castro.

—Fernando de Castro… Castro… ¿No fue ese quien apareció degollado allá por septiembre en el camino que sube al campamento de las lavanderas?

El joven abrió los ojos con desmesura.

—¡Dios santísimo! ¡Sí, fue él! Aquello fue horrible.

Tello apretó los labios mientras buscaba más preguntas que le permitieran avanzar.

—Y este tal Fernando de Castro, ¿era una persona de confianza?

—Supongo que sí. Yo le traté durante poco tiempo, apenas un año. Alguna vez me quejé a don Sancho porque me traía el libro con algo de retraso, o bien porque faltaba alguna información que luego aportaba. Cosas menores, poco más.

—¿Conocisteis a un contador llamado Francisco Bajo? —preguntó

refiriéndose al funcionario que había aparecido ahorcado en sus aposentos.

—El nombre me resulta familiar, pero no podría deciros más —respondió encogiéndose de hombros.

Tello resopló. El cabo suelto no había dado mucho de sí, pero había obtenido una información valiosa.

—Me habéis sido de mucha ayuda —resolvió el postulante tomando el volumen con el propósito de devolverlo al zurrón.

—No podéis llevaros el libro —dijo el asistente alargando la mano para cogerlo.

Pero Tello fue más rápido que él y lo alejó de su alcance.

—Como ayudante del obrero mayor, debo dar cuenta de este hecho ante Antonio de Villacastín —se le ocurrió decir para conservarlo en su poder—. No debéis apuraros, antes de que don Sancho Patón llegue a El Escorial tendré a bien devolvéroslo. Y si mis muchas obligaciones me impiden sacar tiempo para hacerlo —le interrumpió cuando el joven procedía a protestar—, podéis decirle al registrador general que venga a reclamarlo al convento, que con gusto se lo entregaré.

Sin darle oportunidad de réplica alguna, Tello salió del edificio y se dirigió con paso vivo a las oficinas de los contadores de la Hacienda Real. Tan pronto apareció por la puerta, solicitó ser recibido por Gonzalo Ramírez. El funcionario apenas le hizo esperar unos segundos antes de despedir a sus ayudantes e invitarle a tomar asiento frente a él.

Tello fue escueto en sus explicaciones. Tenía la sospecha de que el registrador Fernando de Castro había cometido algún tipo de irregularidad a la hora de comunicar los ceses de los trabajadores a lo largo del año 1574 y parte de 1575.

—Permitid que lo ponga en duda —titubeó don Gonzalo—. Pero supongamos que fue como decís, ya que este y otros libros de registro son los que se utilizan para calcular el pago de salarios.

—Siendo así, el retraso de un mes en notificar los ceses podría tener consecuencias para las arcas de la Hacienda Real —remachó Tello.

—¿A qué os estáis refiriendo?

—Los pagos a los obreros se realizan todas las semanas. Si en el libro constaba que ciertos laborantes continuaban trabajando, pero en verdad ya no lo hacían, esa cantidad se estuvo desembolsando aunque jamás llegó a los peones, pues habían abandonado las obras. Es decir, que podría haber alguien que se apropiara de esas sumas de dineros —explicó Tello casi para sí mismo—. Para llevar a cabo tal engaño, tendrían que estar en connivencia al menos dos personas: un registrador que no comunicara los ceses para que constaran todavía como obreros en activo, y un contador que los pagara.

—¿Por qué tendrían que ser cómplices? —repuso ofendido don Gonzalo—. Francisco Bajo era un buen contable. Los veedores de Madrid no hallaron mácula alguna en sus libros. El funcionario pagaba lo que el registrador le informaba.

—No me cabe duda de que así fue, don Gonzalo, pero entonces me surgen algunos interrogantes a los que no encuentro explicación: ¿por qué se marcaban ciertos nombres en la lista? Y, sobre todo, ¿por qué murió Francisco Bajo? Y ya me da lo mismo considerar si fue suicidio o asesinato —aseguró cambiando el tono por uno mucho más firme—. Fernando de Castro y Francisco Bajo sí tenían relación entre ellos, aunque vos, quizá por desconocimiento, me la negasteis en un primer momento. Estoy convencido de que el primero no informaba de ciertos ceses y el otro, viendo las marcas en el registro, pagaba lo que entendía que tenía que pagar, aunque separaba la cantidad que correspondía a los nombres señalados y se la entregaba a saber a quién.

—Los registradores depositan cada semana sus libros en estas oficinas y los contadores los consultan según llegan para comunicar los pagos. Quiero decir que no existe una relación personal entre ellos. Si en verdad estos dos la tenían, era ignorada por todos, y por mí el primero —se excusó—. Debéis creerme.

Tello empleó unos segundos en reflexionar sobre lo que acababa de decirle el Contador Real.

—Lo que decís tiene lógica, don Gonzalo. Y por ello creo que no es descabellado pensar que esos dos se entendían muy bien al tiempo que se cuidaban de que nadie los tomara en cuenta, ni siquiera

como compañeros. Con ello quedaba todo a buen recaudo —intuyó —. De todas formas, saldremos de dudas si miramos los libros de pagos de todos los obreros que tienen la marca redonda. Su examen será definitivo.

Así lo hicieron. El Contador Real llamó a sus ayudantes y, entre los cuatro, comenzaron a sacar libros de pagos. Guiados por el tomo de registro que había llevado Tello, primero siguieron la pista de los trabajadores que abandonaron las obras en enero de 1574 aunque uno de ellos, el que levantó las sospechas, lo hubiera hecho con certeza treinta días antes. Todos ellos tenían un apunte de haber recibido sus salarios a finales de ese mes de enero cuando, supuestamente, ya no estaban en San Lorenzo el Real.

Fue entonces cuando don Gonzalo le pidió a uno de sus ayudantes que fuera a otra dependencia y trajera el registro de recibos.

—Como bien sabéis, los pagos se realizan semanalmente —le explicó a Tello—, pero a los pagadores se les adelantan las cantidades de todo el mes para que el trasiego grande de dineros solo se efectúe una vez. Luego se consolida en los libros a posteriori.

No tardaron demasiado en comprobar que los recibos de aquellos trabajadores que tenían el diminuto círculo estaban firmados con una equis mayúscula. Y cuando no era así, entonces aparecía la inicial de sus nombres. En todos los casos, los trazos habían sido hechos por una sola mano que, con seguridad, no correspondía a ninguno de los laborantes, sino a la persona que había facilitado el desembolso de dichas cantidades o que, directamente, se había quedado con ellas.

—¡Es inaudito! —exclamó el contador.

—Y un fraude, don Gonzalo —recalcó Tello—. Fernando de Castro marcaba aquellos laborantes que dejaban las obras en ese mes, pero no consignaba la fecha de cese. A todos los efectos continuaban en San Lorenzo, sobre todo en lo que al pago se refería. Francisco Bajo entonces autorizaba la salida de los dineros.

—Pero ¿quién los recibía? ¿Quién se los quedaba? ¿No es posible que fueran los propios laborantes?

—No. Demasiadas personas para guardar un secreto. Las firmas que dejaron estos laborantes, la mayoría analfabetos, tienen una

misma caligrafía, es decir, están hechas por una única mano, quizá por quien ideó este engaño. Luego se llevaba el total de la cuantía, no sin antes dejar algunas monedas al registrador y al contador como pago de sus servicios y, sobre todo, para que mantuvieran la boca cerrada.

—Alguien que, cuando se dio por satisfecho con todo lo robado, decidió matarlos para borrar cualquier rastro —completó el Contador Real con gesto de aprensión.

—Coincido en la finalidad, pero no en la persona, don Gonzalo. Apenas un mes después de la muerte de los dos funcionarios, recordad que apareció asesinado en las cercanías del pueblo un tal Munio, alguien de mal vivir y con fama de peligroso.

—¿Creéis que fue él quien los mató?

—Apostaría dos maravedís —afirmó, y recordó que esas eran las palabras que solía utilizar Gaspar cuando estaba convencido de algo —. Dicen que alardeaba y gastaba muchas monedas poco antes de aparecer muerto. Además, si no me equivoco, lo tuvo que hacer por orden de aquel que se llevaba los dineros.

—No os sigo…

—De ser el propio Munio quien ideara la estafa a la Hacienda Real, jamás habría asesinado a los funcionarios: en primer lugar, porque eran ellos los que le surtían de una buena cantidad de monedas; en segundo lugar, porque, según se dice, no tenía cabeza más que para beber, fornicar y tirar de daga, luego la empresa le venía grande; y en tercer lugar, porque él también apareció muerto. Por lo tanto, hay una cuarta persona.

Tello guardó de nuevo el tomo en su zurrón, se despidió del funcionario y regresó a su celda. Llegó antes del mediodía, a tiempo de rezar el Ángelus, y justo después se dispuso a calcular la cuantía a la que podía ascender la estafa. Lo primero que hizo fue contar las marcas que había en enero de 1574: treinta. En febrero… otras treinta. Y también en marzo. Treinta y dos en abril, y treinta y cinco en mayo y junio… El tomo terminaba con el registro de mayo de 1575, es decir, completaba diecisiete meses. En total había más de quinientas marcas. Si, como le había asegurado don Gonzalo, se adelantaban las cuantías del mes siguiente, aquello sumaba una

pequeña fortuna. La paga normal de un obrero era de dos reales al día, lo que sumaba sesenta a final de mes. El volumen total, calculando por lo bajo, no sería inferior a los treinta mil reales.

Ni Fernando de Castro ni Francisco Bajo podían guardar tal cantidad de monedas. Además, él estuvo en sus aposentos y allí solo tenían unas pocas. La figura de Munio tampoco entraba en sus conjeturas. Maquinar aquel tejemaneje era demasiado complejo para una cabeza tan vacía como la suya. Entonces ¿quién se había quedado con semejante dineral? ¿El apicultor? ¿Fray Tomás? Eran las dos últimas víctimas relacionadas con una daga que hacía dos tajos paralelos en las manos, cortaba cuellos o asestaba una única y precisa estocada en el corazón.

El monje quedaba descartado. No era un asesino, sino una víctima, pero podía haber participado en mover los dineros. En la cerería no había donde custodiarlos, menos aún en su celda. No ocurría lo mismo con Agustín de La Hoya. Tendría que inspeccionar las colmenas, así como el taller donde almacenaba la miel y la cera que recolectaba. Cualquiera de los dos lugares era perfecto para esconder treinta mil monedas, sobre todo las colmenas, porque un millón de abejas era un magnífico ejército para defenderlas.

No se detuvo a pensarlo dos veces. Si hacía caso de la amenaza de aquella nota para que Gaspar conservara la vida, no emplearía un segundo en buscar al muchacho; en cambio, desentrañar el misterio podría llevarlo hasta él sin esperar a que quedara libre. Así que no hizo nada por dominar el impulso que le llevó minutos más tarde hasta el establo donde se cuidaban las mulas de refresco. Allí eligió un buen ejemplar haciendo valer su condición de ayudante de fray Antonio. Luego ascendió parte del monte Abantos en busca de aquellos apicultores que le ayudaron a rescatar el cuerpo de Agustín cuando apareció muerto. Tuvo que preguntar varias veces a los lugareños por su paradero hasta que, legua y media de camino después, dio con uno, ese que era algo más joven que él, muy fornido, curtido y tuerto. No se anduvo con rodeos cuando le pidió subir hasta las colmenas de su difunto colega y revisar los panales, sus alrededores y el almacén.

—¿Estáis loco? —se escandalizó el apicultor.

—Como una cabra. Pero vive Dios que hay que hacerlo.

Y así procedieron. A lomos de la mula se trasladaron hasta las colmenas de Agustín. Una vez cubiertos por las recias vestiduras de protección, prendieron los ahumadores y se internaron en el territorio de las abejas. Mientras una miríada de insectos revoloteaba nerviosa a su alrededor, Tello fue haciendo sus cálculos. Treinta mil reales suponían al menos treinta mil monedas de a real; treinta y cuatro veces más si eran maravedíes, es decir, más de un millón de monedas.

Imposible. ¡Imposible del todo!

Tenían que ser monedas de a real.

Por lo tanto, se necesitarían cajas robustas para guardarlas y transportarlas. No servirían simples cajones de madera. Tal vez fuesen cofres reforzados por pletinas de metal. ¿Y cuántos se llenarían con treinta mil monedas? A razón de quinientas piezas por cada uno, sumarían al menos sesenta cofres. Si el ladrón quería transportar su tesoro de una sola vez, se precisarían dos carretas de las empleadas para llevar madera. Y tiradas por dos mulas cada una, pues el peso sería grande. Estaba claro que aquella pequeña fortuna no podía esconderse en cualquier parte.

—¿Cuántas colmenas tenía Agustín? —le preguntó al apicultor acercándose a la primera.

—Medio centenar a lo más.

Tello supuso que si lo que estaba buscando era un mínimo de sesenta cofres, su número bien podía ajustarse al de las colmenas.

—Quiero examinarlas todas.

Fueron de manera ordenada una tras otra. El apicultor levantaba el trozo de ánfora quebrada que servía de cobijo al tronco hueco donde las abejas hacían su panal, y ambos miraban en el interior. Pero allí no había cofre alguno. Tampoco arriba, ni debajo, ni en ninguna parte. Ni siquiera en los alrededores se veía tierra removida donde hubiesen podido ser enterrados. Y aun así, con todo en contra, destaparon y examinaron las cuarenta y ocho colmenas.

Luego se desplazaron hasta el taller de Agustín, a poco menos de quinientos pasos de allí. La cabaña estaba tal y como la había dejado el joven el día de su muerte, limpia y ordenada. Dos docenas

de gruesos cirios colgaban de uno de los bastidores que se utilizaban para su fabricación. Estaban elaborados con una cera muy blanca, purificada y a salvo de corromperse con el paso del tiempo. Aparte de eso, no había nada más de interés, ni lugar donde guardar treinta mil monedas.

Derrotado, Tello agradeció al apicultor su ayuda y le entregó cuatro reales por las molestias que le había ocasionado. Luego regresó al convento y se dirigió a la torre del este donde estaba el despacho del prior. Tenía que hablar con él. Si el registrador, el contable y el apicultor no guardaban el dinero, mucho menos lo tendría Munio, quien vivía en un chamizo de mala muerte. Solo le quedaba el padre responsable de la cerería. Necesitaba registrar el taller.

—¡Inconcebible! —rugió de asombro Julián de Tricio—. Si fray Tomás hubiera urdido todo este sinsentido y, además, hubiese sido tan desaprensivo como para guardar los dineros dentro del convento, ¿cómo lo habría introducido? ¿Te das cuenta de que estás hablando de una parte importante de los dineros destinados a la construcción del monasterio?

—Lo podría haber hecho poco a poco. El desfalco se realizó durante al menos diecisiete meses —trataba de explicarle Tello.

—No es suficiente razón.

—Vos sabéis que fray Tomás me mintió acerca de sus tratos con Agustín de La Hoya. Primero dijo que llevaba casi un año sin verle. En el momento en el que Gaspar descubrió su mentira ya que le habían visto discutir con él pocas semanas atrás, aseguró que fue por un asunto de precios, pero luego supimos que el joven apicultor se sentía bien pagado. No hubo tercera mentira porque alguien le cerró la boca. Fray Tomás no era un asesino, pero pudo participar en mover todos esos dineros.

—No puedo rebatirte esa hipótesis. Vayamos pues a los sótanos —admitió el prior tomando un gran manojo de llaves—. En cualquier caso, estamos hablando de tres o cuatro cofres al mes. Si lo hubiera hecho una vez, no te niego que serían fáciles de distraer dentro de las despensas. Pero ¿qué habría hecho fray Tomás a medida que los fuera acumulando? Lo que insinúas no es viable, Tello, porque si

hubiera ocupado por completo algún almacén, el resto de los monjes lo habrían advertido y se hubieran quejado. Y nada de eso sucedió.

—Todo lo que decís me hace pensar que tenéis razón, padre. Pero, en cualquier caso, ¿podemos registrar la cerería?

La deducción era palmaria, pero el prior se resistía a admitir que uno de sus hermanos hubiese sido un ladrón. Era absolutamente descabellado.

—No hay que precipitarse, Tello. El rapto de Gaspar te ha trastornado. Y yo te entiendo, porque ese muchacho es una bendición para todos, no solo para ti y su pobre madre. Pero debes tranquilizarte —templaba gaitas el prior a través de los corredores que unían los sótanos—. ¿Por qué no te olvidas por el momento del asunto de los dineros y te concentras en dar con él? Hoy se cumplirá la segunda noche desde que desapareció. He ordenado a los monjes que acostumbran a salir del convento para cumplir con sus obligaciones, hortelanos, apicultores y camperos sobre todo, que se apliquen en su búsqueda. Y me consta que el alférez ha sacado a las calles a una escuadra de soldados. Llevan un par de perros para ver si encuentran un rastro. ¿Por qué no les echas una mano?

Tello no tenía ganas de escucharle. En cuanto Julián de Tricio abrió la puerta de la cerería, se precipitó dentro del taller y no dejó espacio sin revisar. Su botín se redujo a un maravedí cubierto de polvo que halló en un rincón.

—Espero que reflexiones —le reprendió el prior en cuanto cerró la puerta—. Actúas como un endemoniado. Esta actitud no va a ayudarte a encontrar culpables o dineros, mucho menos al bendito Gaspar. Debes sosegarte y hallar la paz de espíritu, y solo la conseguirás cuando te arrepientas de esos horribles pecados que has cometido en un pasado tan cercano que, solo de pensarlo, se me encoge el alma —le aconsejó mientras le posaba la mano en el hombro—. Si apartas de ti todas esas barbaridades, podrás lograr lo que te propongas.

El antiguo soldado se deshizo de la mano con un gesto cuidadoso pero firme.

—Olvidaos de mis demonios, padre. No abandonaré San Lorenzo hasta ver a Gaspar a salvo —le dijo con respeto—. Si queréis

expulsarme ahora mismo del convento, lo entenderé, pero no dudéis de que, si le ocurre algo malo al muchacho, no me arrepentiré jamás de matar a quien lo haya hecho.

—¿Estás seguro? —le preguntó el prior muy apenado.

—Lo juro.

31

El día estaba resultando agotador. En la soledad de su celda, acosado por la luz lánguida de aquella tarde de junio, el antiguo soldado temía no saber afrontar una noche más sin Gaspar. Parecía que había transcurrido una eternidad desde su desaparición, aunque su recuerdo continuara intacto, demasiado vívido, demasiado cruel. Si bien el cansancio no le permitía pensar con claridad, era incapaz de detener su cabeza. Sus averiguaciones habían tomado ese día un impulso que creía definitivo y ni siquiera contemplaba la posibilidad de tomarse un segundo para respirar. Era imperativo seguir adelante.

Se lavó la cara con el agua templada de la jofaina y comenzó a recapitular toda la información que había conseguido durante la jornada. Para empezar, quizá repasar los asesinatos y los accidentes le diera una pista de dónde estaba el muchacho y su estado. Ahora sabía que ni el registrador ni el pagador eran trigo limpio, y que Munio habría asesinado a esos dos hombres por encargo para que nadie descubriera que se habían despistado al menos treinta mil reales de las arcas de la Hacienda Real, un desfalco que había salido a la luz porque Gaspar detectó las marcas circulares en el libro de registro. Y también porque, gracias a su buena memoria, el asistente del pagador principal reconoció uno de esos nombres marcados. Por lo tanto, de no haber concurrido tales circunstancias, el delito habría quedado oculto, lo que demostraba que quien estuviera detrás de aquello sabía lo que se hacía.

Sus esfuerzos también habían dado frutos, y no menos importantes. Ya no tenía dudas de que esos cinco asesinatos discurrían en paralelo a los accidentes provocados por los hugonotes en las obras. Haber separado ambas cuestiones no solo aclaraba la situación, sino que le permitía perseguir a un asesino y, a su vez,

tratar de localizar a los herejes que a punto estuvieron de llevarse por delante la vida de su amigo Pascual. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que no buscaba una venganza, sino dos. ¡Bah! ¡Qué más le daba ya! ¡Lo más urgente era encontrar a Gaspar!

Hizo una pausa para acudir a la cocina en busca de algo de comer. De nuevo en su celda, Tello se asomó un instante al ventanal. El toque de campana acababa de sonar y los trabajadores se dispersaban con parsimonia. Pensó que debía subir a la tasca de Constanza para hablar con Esteban Lizar. Sin embargo, antes haría una visita a Miguel de Almedilla. Sabía que ir a su casa implicaba sin remedio encontrarse con Ana. Sin embargo, dado que había decidido continuar su vida sin ella —en definitiva, sin nadie—, estar en presencia de la joven se le antojaba una situación llevadera. De seguro que la tentación sería inevitable —él no dejaba de ser un hombre de carne y hueso—, pero sabría manejarla.

Sin pararse a reconsiderar su decisión, se dirigió al caserón del mercader de tapices. Allí tuvo que esperar unos pocos minutos a que don Miguel le recibiera en el salón de costumbre. Esta vez estaba acompañado de Ana.

Tello saludó con cortesía a tío y sobrina para, a continuación, ponerles en antecedentes de lo sucedido con Gaspar, así como de las conclusiones a las que había llegado tras visitar a los altos funcionarios.

—¿Accidentes planeados por franceses? ¿Asesinatos para ocultar el robo de treinta mil reales?… ¿Vuestro ayudante retenido para ataros las manos y cerraros la boca? Creo que no entiendo bien lo que queréis explicarme —dudó el mercader, y ofreció una silla de caderas al postulante.

Ana, que mostraba un rictus afectado tras haberle hecho partícipe de la desaparición del muchacho, no apartaba la vista de él.

—Lamento haberme precipitado —se disculpó Tello—. Se trata de dos historias distintas.

Durante unos minutos, el antiguo soldado se esmeró en unir en una sola confabulación a los hugonotes, los accidentes, el robo de los planos, la muerte de Risco y el ataque a Pascual Cascante.

—Entonces ¿qué ha sucedido con Gaspar?

—Su rapto podría haberse confundido con una acción de los franceses, pero el chico se hizo con uno de los libros de registro de laborantes donde pude descubrir el entramado de funcionarios corruptos que acabo de explicaros.

—Espero que se encuentre bien y podamos dar con él muy pronto. Gaspar es un ángel y un muchacho muy listo —se admiró don Miguel antes de detenerse para recapacitar—. No me extraña que vos lo escogierais para recuperar las trazas de las celdas de José de Sigüenza. ¿Y decís que requerís de mi ayuda porque ya no sabéis cómo avanzar en ninguno de los dos casos?

—Cierto, don Miguel. En primer lugar, necesito saber en qué lugar del campamento se esconden esos dos hugonotes que se me escaparon.

—… si es que aún permanecen aquí. Quizá hayan abandonado San Lorenzo sabiendo que andáis tras su pista.

—Es posible, sobre todo si perciben las ganas que tengo de medirme nuevamente las costillas con ellos —aseveró.

Miguel de Almedilla se acarició la perilla pensativo.

—Preguntaré a varios de mis conocidos. Seguro que tienen ayudantes que se entretienen por esos lugares poco recomendables. Si me llegara alguna noticia, os la haré saber de inmediato.

Tello hizo una leve inclinación de cabeza como muestra de respeto y gratitud.

—Donde en realidad me encuentro atascado es en el segundo asunto, y es crucial que lo resuelva, pues podría llevarme hasta Gaspar —prosiguió—. Creo haber deducido cómo actuaban el registrador y el contador. Asimismo, estoy seguro del objetivo que ambos perseguían: esquilmar fondos de la Hacienda Real. También doy por hecho que el verdadero cerebro de esa trama habría contratado a Munio para asesinar a los dos funcionarios y así borrar cualquier rastro. La operación estaba tan bien urdida que, una vez muertos y sin una aparente relación entre ellos, resultaría poco menos que imposible que nadie la descubriera. Para cerrar el círculo, esa persona decidió eliminar el último riesgo que quedaba.

—Munio —dijo Ana, que había seguido las deducciones de Tello muy atenta.

—En efecto. Muerto el asesino, no quedaba nadie que pudiera incriminarle.

—Entonces, si ya se ha borrado todo rastro, ¿de qué manera se puede saber quién ha estado robando a la Corona? —volvió a interesarse la joven.

—Esa es la cuestión, que no veo cómo averiguarlo —se lamentó Tello—. En esta historia me quedan aún por situar al apicultor y al padre responsable de la cerería. Entre ellos tenía que haber un trato distinto al meramente comercial, una relación patente ya que ambos dependían de las abejas: el primero ganaba dineros gracias a ellas y el segundo surtía de miel y cera al convento gracias al primero.

—¿Y dónde está el problema? —inquirió el de Almedilla.

—No sé qué hacía cada uno de ellos, qué papel desempeñaban, a quién servían…

—¿Acaso importa mucho eso ahora?

—Por supuesto, don Miguel. Alguien ha robado al menos treinta mil reales, y ese es un poderoso motivo para que, de momento, se hayan producido cinco muertes.

—Desde luego, amigo mío, tenéis toda la razón —admitió el mercader—. Pero, como os ocurre a vos, no logro darle a todo esto sentido alguno.

—Vos sois un magnífico comerciante. Deberíais saber cómo organizar un negocio, aunque en este caso la mercancía no sean tapices, sino treinta mil monedas. Tenéis que ayudarme. Sois el único que puede hacerlo con garantías.

Miguel de Almedilla sonrió agradecido y volvió a frotarse la perilla.

—Con el apicultor no tenemos dudas: el joven se dedicaba simple y llanamente a la cría de abejas para conseguir miel y cera que luego vendía al convento. Así que habrá que averiguar los arreglos a los que llegaba el padre responsable de la cerería con él. En este último eslabón es donde puede esconderse ese detalle que todos ignoramos y que seguro que le dará sentido a toda esta locura.

—Como decís, tiene que ser alguien que conozca bien los trasiegos que se hacen en el convento y que, además, esté acostumbrado a manejarse por los sótanos del edificio —completó Tello.

—Pudiera tratarse de algún mercader que tenga que ver con ese negocio, o alguien que utilice la miel para guisos o pasteles… —aventuró Ana posando su mirada sobre el postulante con un gesto de cariño—. Quizá sea un molinero, un mozo, un ayudante de cocinero, un repostero…

Miguel de Almedilla le pidió calma con la mano mientras le sonreía con afecto.

—Mi encantadora sobrina nos muestra un abanico demasiado extenso, pero estoy convencido de que, con un poco de tesón y preguntando a las personas adecuadas, podremos reducirlo.

—Quedo muy agradecido por vuestro interés y segura ayuda, don Miguel —cumplió Tello poniéndose en pie—. Ahora debo dejaros.

—Tened fe, amigo mío —le animó el comerciante—. Pronto se resolverán todos estos problemas y nos reiremos de ellos en un gran festejo que organizaré en vuestro honor en este mismo salón.

—Dios os oiga, don Miguel, porque no me quedan muchos días en San Lorenzo.

Al escuchar aquellas palabras, Ana tuvo que ahogar una exclamación de sorpresa.

—¿Nos dejáis? —se interesó con un nudo en la garganta.

—Debo hacerlo. De momento ignoro mi destino. Únicamente sé que lo haré solo.

No quiso ver la expresión de Ana. Más bien, no pudo. Temía que la imagen de su gesto deshecho por la tristeza quedara agarrada a su alma el resto de sus días. Por eso se dio la vuelta nada más comunicarles la sentencia que marcaba su destino.

La noche ya amenazaba con cubrir el monte Abantos cuando Tello salió del caserón de Miguel de Almedilla. Era el momento más oportuno para rodear la lonja y tomar el camino que conducía hasta la tasca de Constanza. Mientras sus pies le llevaban con pesadez, rezaba para que las mujeres hubieran abierto el establecimiento y el capataz fuera uno de los muchos que hubiesen acudido hasta allá para concederse un descanso y apagar su sed.

Constanza no tenía suficientes monedas ahorradas en la bolsa

como para permitirse seguir con su tasca cerrada una noche más. Así que no había tenido más remedio que abrir la puerta aunque solo deseara tumbarse sobre un jergón, taparse con una manta y pedirle a Dios que Gaspar no tardara en volver sano y salvo. Por su parte, Ofelia estaba mucho peor que la dueña. La repentina desaparición de quien, en verdad, consideraba su hijo la tenía totalmente abatida. No le quedaba otra alternativa que ayudar a su amiga porque una sola persona no podía abarcar todo el trabajo. Por lo tanto, se acomodó en la mesa donde se vaciaban los pellejos de vino y se puso a manejar el lebrillo para ir rellenando las jarras. De esa forma evitaría oír los comentarios de los hombres.

Aun así, tan cerca del infierno como estaba, sus ojos se atrevieron a brillar cuando vio a Tello entrar en la tasca. Dos días habían sido tiempo suficiente para arrepentirse de haberle acusado de no impedir que Gaspar se mezclara en asuntos que luego resultaron demasiado peligrosos. El postulante tenía que haberlo atado más en corto, aunque, en su defensa, sabía que el chico era de difícil gobierno: cuando se empeñaba en hacer algo, era poco menos que imposible disuadirle.

En lugar de buscar con la mirada a Esteban entre la multitud, Tello fue a encontrarse con Ofelia y la saludó con un fugaz abrazo. Con las pocas fuerzas que aún conservaba, la mujer le preguntó cómo se sentía aquella noche.

—En plena disposición de encontrar a Gaspar y castigar al culpable con la muerte.

—Hablar así no es digno de un postulante.

—Voy a dejar el convento. Y la Orden —le aseguró—. Voy a dejarlo todo porque los pecados que he decidido cometer no tienen perdón, ni de Dios ni de los hombres.

—Me horroriza pensar lo que puedas hacer.

—No menos de lo que haya podido sufrir Gaspar.

—¿Y después qué harás? ¿Te convertirás en un ermitaño y vivirás en una cueva alimentándote de semillas e insectos?

Tello guiñó los ojos como si la mujer le hubiese dado una idea.

—Quizá, Ofelia.

¡Qué paradojas tenía la vida! La mujer pensó que, días atrás, la

noticia de la partida de Tello le habría supuesto un hondo disgusto, pero ahora no pasaba de ser un leve pellizco en su ánimo porque, sobre todas las cosas, deseaba recuperar a Gaspar. Por eso no hubo una lágrima acusadora que le cayera rodando mejilla abajo ante un futuro sin el postulante. Sabía que jamás podría olvidarle, pero rezó para que, antes de desaparecer, lograra devolverle a su chiquillo.

Esta vez fue Esteban quien le hizo un hueco en el banco a Tello para que se acomodara a su lado. Al capataz también se le veía afectado por la desaparición de Gaspar y esperó en silencio a que el antiguo soldado se dirigiera a él.

—Tienes que andarte con ojo, Esteban —dijo Tello tras unos segundos—. De la misma manera que esos franceses terminaron por matar a Risco o quisieron asesinarnos a Pascual Cascante y a mí, tú también puedes encontrarte entre sus objetivos.

—Lo tendré en cuenta —asintió al tiempo que posaba su mano en el antebrazo de Tello para que quedara tranquilo—. ¿Has podido averiguar algo más sobre ellos?

El postulante dio un largo trago a su vaso de vino.

—Sé que los dos que quedan se esconden en los alrededores del campamento de las lavanderas. He hablado con algunas personas para ver si pueden sacar algún tipo de información que me ayude a localizarlos.

—No deberías airear tus pretensiones o volverás a tener problemas.

—Lo estoy deseando —dijo dominando un rugido—. Pero no hay por qué preocuparse. Las personas que ahora me están ayudando ya lo han hecho antes. Son discretas y, con algo de suerte, sabrán conducirme hasta la guarida de esos herejes.

—¿Crees que han raptado a Gaspar? —preguntó Esteban.

—Estoy convencido de que quien retiene a Gaspar es el mismo que mató a fray Tomás y a Munio. Y si me apuras, no me extrañaría que, de alguna forma, también estuviera relacionado con el ataque de las abejas al apicultor.

—Son todos crímenes muy extraños.

—Así es en apariencia, pero entre ayer y hoy he despejado algunas dudas. Quizá puedas ayudarme tú también.

Y así Tello compartió con él todos los descubrimientos que había acumulado en apenas dos días: los apuntes de los libros, las marcas en los nombres, las fechas de cese y sus recelos sobre cualquiera que pudiera acceder al convento sin levantar sospechas para matar a fray Tomás.

—¿Estás seguro de la suma sustraída? Treinta mil reales son muchos dineros —cuestionó el capataz.

—Ese es el único cabo que no logro atar, Esteban. Tal cantidad de monedas es difícil de esconder.

—El estafador tendría que utilizar un almacén para guardar esa fortuna.

—En efecto, amigo. Un almacén, un cobertizo, un taller… —corroboró Tello antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo—. ¡Oh! ¡Gaspar podría estar retenido en cualquiera de esos sitios!

—Alrededor de las obras solo hay unos pocos que no estén supervisados por maestros y capataces —apuntó Esteban—. En una mañana podrías tenerlos todos vistos.

—Es una posibilidad, aunque ahora que sopeso la idea con más detenimiento… creo que sería inútil.

—¿Por qué?

—Porque alguna razón tiene que haber para que mataran a fray Tomás. Si esos dineros estuvieran escondidos fuera del convento, no lo habrían asesinado. Puede que esa fortuna esté guardada en los sótanos del edificio. A nadie se le pasaría por la imaginación que se utilizaran como la cueva de un ladrón. Y aprovechando tal argucia, tampoco sería extraño que se hubiesen servido de ellos para ocultar a Gaspar.

Los dos hombres intercambiaron una mirada cómplice. El herrero se sirvió un vaso de vino de la jarra que acababa de dejarles Constanza sobre la mesa y sorbió el líquido con parsimonia.

—Hay que suponer que fray Tomás no permitió al ladrón recuperar su dinero y por eso lo mataron —prosiguió Tello—. Ahora, con un nuevo responsable de la cerería, el asesino se las ingeniará para llevárselo. Solo hay que esperar a que alguien intente sacarlo. Y aunque no lo haga de una tacada, sin duda tendrá que utilizar al menos un carro —concluyó presa del entusiasmo—. Estoy muy cerca

de resolver los dos misterios, amigo mío. Tienes que ayudarme a terminar con todo esto.

Acordaron que, como capataz de herrería, Esteban no levantaría sospechas si visitaba los almacenes y los talleres de las obras. Quizá, contra toda lógica, hallaría alguna pista sobre el paradero de Gaspar o, incluso, que el dinero estaba escondido en uno de ellos.

Por su parte, Tello trataría de hablar con el monje que había sustituido a fray Tomás al frente de la cerería. Aprovecharía para recorrer los infinitos sótanos del convento en busca de algún detalle que pudiera sugerir si el muchacho estaba retenido allí o dónde se encontraba la fortuna a la que seguía el rastro.

La impaciencia no le dejó descansar bien aquella noche. En cuanto finalizó la misa del alba, Tello se dirigió hacia las cocinas y accedió por la entrada de mercancías. No había tiempo que perder. Los sótanos del convento eran un lío de almacenes y pasillos en el que no era fácil orientarse. Después de descender por la rampa de piedra que mostraba aquellas hendiduras talladas a cincel para que las pezuñas de las bestias no resbalaran, atravesó la gran leñera hasta llegar a una bodega con diecisiete tinajas de vinagre y once de aceite. Frente a ella, a la derecha, se situaba otra con cuarenta cubas de vino blanco y tinto. Dispuesto a hacer lo que fuera necesario para encontrar a Gaspar, tomó una de las robustas escaleras que había en la sala y la acercó al primer depósito. Tras coger una vara, se encaramó al último peldaño y fue sumergiéndola con aprensión en los líquidos al tiempo que rezaba para no toparse con el cuerpo del muchacho.

Pronto descubrió con alivio que tanto las cubas como las grandes tinajas solo contenían vino, aceite o vinagre. Además, a no ser que se tratara de un monje asesino, resultaba imposible que nadie hubiese escondido nada allí. Algo más tranquilo, anduvo por el corredor principal hasta llegar a otros dos de menor anchura. A medida que avanzaba, las estancias se iban dividiendo en pequeñas salitas, todas ellas iluminadas por los ventanucos que había en los techos y a ras de bóveda, aunque en el exterior estuvieran a poco

más de dos pies de altura. También en algunas ocasiones, los lados de los pasillos se dividían con tabiques para crear habitáculos sin puertas que servían igualmente como lugares de almacenaje. En definitiva, había que ser disciplinado y metódico para tener la seguridad de haber explorado la totalidad de los sótanos y que no quedara hueco sin registrar. Aun así, nunca se podía estar seguro del todo.

—¡Ay, ratón! El olfato de nuestro amigo Risco nos hubiese venido de perlas para encontrarte —musitó echando de menos al cachorro.

Armado de paciencia, Tello fue recorriendo todos y cada uno de los pasajes que cruzaban los bajos del edificio. Vio varias carboneras y leñeras, y luego despensas donde se guardaban especias, grasas animales y varias clases de embutidos. Un somero vistazo era suficiente para saber que aquellos lugares no podían albergar lo que andaba buscando. De allí llegó a otra estancia bien iluminada por varios ventanucos y dotada de tres fuentes donde se preparaba pescado en salazón. Aunque junto a los muros se acumulaban mielgas, tollos, sardinas, porciones de atún, de salmón y de besugo, jamás se podrían esconder cuerpos o dineros.

Ayudado por algunos monjes que ya pululaban por los sótanos entre mozos y ayudantes, también ocupó un par de horas en rebuscar por los lugares donde se acumulaban zanahorias, cebollas, brotones, cardos, aceitunas y alcaparras, así como peras, naranjas, uvas, manzanas y melocotones. Todos sus esfuerzos fueron inútiles. Aquellos grandes receptáculos que contenían frutas y verduras, así como los sacos donde muchas reposaban, no dieron ningún resultado.

La única nota novedosa de aquella mañana de peregrinación por aquel laberinto de piedra ocurrió ya pasadas las doce, cuando se topó con una habitación donde uno de los monjes que por allí había le mostró un armario lleno de unas extrañas semillas oscuras.

—Es cacao recién traído de las Indias —le dijo—. Queda aquí guardado para cuando nos visita Su Majestad. Es un apasionado del chocolate.

Algo abatido a medida que pasaban las horas, y ya sin la colaboración de otros monjes, registró sin descanso el almacén de

harinas, así como el de las frutas para postres como ciruelas pasas, guindas e higos, y frutos secos como nueces, castañas y avellanas. Luego llegó el turno de las tinajas que contenían miel y, por último, justo debajo de la torre del prior, la cerería y sus almacenes.

Con cuidado, casi con temor, empujó la puerta del taller y allí encontró al monje que sustituía a fray Tomás. Era mucho más joven que su predecesor, menos entrado en carnes y callado en exceso porque se limitó a responder a Tello con monosílabos.

—¿Puedo ver los almacenes?

—Sí.

—Me los enseñas.

—No.

—No te llevará mucho tiempo.

—Son demasiados y tengo trabajo —se excedió en su parquedad.

—¿Muchas velas por hacer?

—Quizá.

Desde luego, no era el más simpático del convento ni el más servicial. Tampoco lo había sido fray Tomás. El carácter debía de ir implícito en el cometido que se les encomendaba, o tal vez se debiera a la humedad que lo impregnaba todo por allí.

De todas formas, Tello pudo acceder a los almacenes que había cerca de la cerería. El primer lugar que visitó constaba de varias estancias abovedadas. Allí se amontonaban odres y ánforas que contenían cera virgen de un intenso color amarillo. Luego pasó a otras pequeñas despensas donde se guardaban en perfecto orden docenas y docenas de cajas de madera de dos pies de largo por uno de ancho y un palmo de alto. Las tapas estaban fijadas con clavos, así que tuvo que volver a la cerería para coger un pequeño escoplo y forzar una de ellas. Como era lógico, en su interior encontró solo velas. Calculó que sumarían algo más de medio centenar por caja. Con paciencia, las fue sacando a pares hasta que se dio cuenta de que, aparte de aquellos cirios amarillos, no había nada más dentro. Aun así, no contento con el resultado, escogió seis cajas más de distintas zonas del almacén y repitió la operación. Todas contenían setenta y cinco velas repartidas en tres niveles que, calculó, pesaban algo más de treinta libras, algo así como arroba y media.

Similares resultados obtuvo en las siguientes estancias que pertenecían a la cerería. Lo único que encontró fueron ánforas, tinajillas, vasijas y cajas llenas de cera virgen a la espera de ser trasladada a cubetas y marmitas de cobre para proceder a derretirla y fabricar más velas o torzales. Las últimas despensas contenían los cirios destinados a uso real. Allí abrió varias cajas marcadas con las letras «FIIR» y constató que en su interior había el mismo número de velas, aunque, en estos casos, la cera había sido purificada y era blanca como la nieve. El resto de las dependencias, que se extendían por los pasillos hasta diluirse en la oscuridad, parecían estar vacías o en desuso por el desorden de utensilios y trastos que contenían.

Con la decepción y el fracaso dibujados en su rostro, Tello abandonó los sótanos. Empezaba a desesperarse: con cada hora que pasaba, aumentaba el peligro para Gaspar… si es que seguía vivo. Tratando de dominar la cólera que le corría por las venas, fue hasta el despacho del prior para informarle de que sus manos estaban vacías.

—Creo que todo esto me sobrepasa, padre.

—Deberías tomarlo con más calma. Llevas varios días muy nervioso. Hoy has empleado toda la mañana en perseguir algo que es imposible que se encuentre aquí. Ni siquiera has cumplido con el rezo ni has pasado por el refectorio para comer.

—Estoy convencido de que esa pequeña fortuna tiene que estar escondida junto a Gaspar, y el chico merece tanto mis urgencias como mis privaciones. En cualquier caso, no puedo buscar treinta mil reales por todos los almacenes, colmenas y cererías de la sierra.

—¡Y del reino si fuera preciso! Es tu obligación.

—Ya no lo es —le contradijo con apatía—. Es mi venganza.

—Si tu falta de fe te está conduciendo a querer matar, quiere decir que, en efecto, estás perdido.

—No os equivoquéis, padre. Lo que estoy haciendo no es para conseguir recuperar los dineros y emplearlos en la construcción del monasterio para mayor gloria de Dios. Todo mi empeño está destinado a destripar como a un perro a quien se ha llevado a Gaspar.

—Y yo te digo que mires dentro de tu corazón porque, quizá, no sea eso lo que deseas. Confía en Dios, Tello.

—No sé, padre… Él, desde luego, creo que ya no confía en mí.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada durante unos segundos. Julián de Tricio quería espolear a su antiguo postulante para que recuperase su sentido común. Aún esperaba traerlo de vuelta al redil. Sin embargo, el gesto de Tello era de frustración. Había claudicado.

32

Nada sirve, nada importa, nada existe…

Tello se juró a sí mismo que jamás volvería a repetir aquellas palabras porque, en efecto, ya nada servía, ni importaba, ni existía. Antes de abandonar el convento, regresó a su celda, desenrolló el cilicio de su brazo y lo dejó sobre el arcón donde guardaba la ropa. Dios había dejado de confiar en él porque solo buscaba resarcirse de todas las desgracias que, por su culpa, habían caído sobre sus amigos. Debía asumir que los remordimientos le acompañarían el resto de su vida.

Aún se lamentaba del tormento que él mismo se había procurado cuando algo sobre la mesa llamó su atención. Cerca del libro de registro de laborantes había un trozo de papel, pero no se trataba de la esquina rasgada. Aquel pedazo que sus ojos miraban con extrañeza estaba perfectamente doblado por la mitad y alguien lo había situado en el centro del tablero para reclamar su interés.

Lo que leyó a continuación provocó que el tiempo se detuviera a su alrededor:

> Fray Tomás escondía en los sótanos un cargamento que no pertenece a los jerónimos. Es tu misión encontrarlo y sacarlo de allí.
>
> Para ello, aprovecharás una Orden Real que llegará desde la Corte solicitando el envío de velas y cera virgen al Alcázar de Madrid para su empleo por criados, lacayos y funcionarios. También habrá otra orden en los mismos términos para uso exclusivo de Su Majestad.
>
> La petición la recibirá el padre administrador de la despensa e irá refrendada en los próximos días por una de las cartas que se cruza regularmente el prior fray Julián de Tricio con el secretario

real Martín de Gaztelu. No importa cuándo se reciba la Orden Real, pues, a partir de hoy, tienes siete días para localizar la mercancía, sacarla del convento y transportarla al Alcázar.

No temas a los ladrones con los que puedas tropezar por el camino a Madrid porque, gracias a ese encuentro, Gaspar podrá conservar la vida.

Mantén tu boca cerrada y aparta este mensaje de otros ojos. Que sea solo humo…

Siete días, Tello. Ni uno más.

¡Siete días! Tan solo disponía de una semana para cumplir con una Orden Real reclamando cera y velas para el Alcázar… ¿Cómo podría conseguirlo si él no era carretero? De hecho, ni siquiera era ya postulante. El procedimiento habitual obligaba al padre administrador de la despensa a contratar a un transportista para tal cometido. Entonces ¿debía ofrecerse voluntario para realizarlo él o quizá era preferible suplantar al mozo encargado del envío?

De lo que ya no tenía duda era de que fray Tomás se había entendido con los ladrones y había custodiado ese extraño cargamento que ahora le reclamaban a él, un cargamento que, por necesidad, tenía que ocultar las treinta mil monedas esquilmadas a la Hacienda Real. Suponía que aquella fortuna se encontraba en los sótanos, pero los había recorrido esa misma mañana de norte a sur y de este a oeste sin hallar nada. Quizá podría intentarlo de nuevo prestando más atención, pero ya no era el momento para aventurarse otra vez por las despensas. Estaba atardeciendo y era preferible dejarlo para la madrugada del día siguiente. Ahora tenía que subir a la tasca de Constanza y tratar de hablar con Esteban. Debía informarle de que ya sabía el lugar donde tenían que buscar los treinta mil reales y, con suerte, a Gaspar. Con su ayuda podría solventar la situación. Ya se le ocurriría cómo.

Cuando salió por la puerta que daba a la explanada, le sorprendió ver a Ofelia esperándole sentada donde solía hacerlo el muchacho cada amanecer.

—¿Has podido averiguar algo? —le espetó la mujer por todo saludo.

Él negó con la cabeza con gesto apesadumbrado. La misión que le habían encomendado debía seguir siendo secreta. ¡Oh! ¡Y ahora caía en la cuenta de que había dejado el mensaje a la vista sobre la mesa!

—No podemos permitirnos descansar ni un solo instante —continuó hablando ella mientras se ponía en pie—. Hay que buscar a Gaspar sin descanso, día y noche. Voy a decirle a Constanza que se haga con los servicios de otra compañera para que se apañe en la tasca. Tú y yo tenemos que encontrarle, aunque para conservar su vida perdamos nosotros la nuestra.

Tello chascó la lengua. No podía estar más de acuerdo, pero antes tenía que borrar las huellas de la coacción a la que estaba sometido.

—¡Espera! He olvidado algo urgente que debo hacer. Si me aguardas unos minutos, subiremos juntos a la tasca.

—No hay tiempo, Tello —le reprochó mientras sus pasos se dirigían hacia las faldas del monte Abantos—. Cuando llegues, ya habré hablado con Constanza y eso que nos ahorramos. Pero no tardes. Te guste o no, Gaspar nos ha unido y esto tenemos que hacerlo juntos.

El postulante apretó los labios con fastidio. Bien que hubiese querido ir con ella, pero antes era necesario deshacerse del mensaje. Por otra parte, alguien con acceso al convento había dejado aquel papel sobre su mesa. Quizá el padre portero supiera algo al respecto. Por ello, miró con impotencia cómo Ofelia abandonaba la explanada y penetró de nuevo en el edificio.

—¿Un papel, dices? ¿En tu escritorio? —se extrañó el monje de la portería—. No he recibido nada ni he dejado nota alguna en tu celda.

Desorientado por aquella respuesta, Tello regresó a su cuarto y examinó el mensaje por si descubría algún detalle que le encaminara hacia el autor o el origen del mismo. Pero todo era decepcionantemente normal. Papel, tinta y escritura podían pertenecer a cualquiera. Luego leyó hasta por tres veces el texto hasta que lo retuvo en su memoria. Después lo acercó a la llama de la vela que bailoteaba en la lámpara de aceite sujeta a la pared y lo prendió. Mientras se quemaba, abrió la ventana para que escapara

el humo. Pasados unos minutos, abandonó su celda y se dirigió hacia la tasca de Constanza.

Mientras sus pasos le llevaban pesadamente monte arriba, las dudas se amontonaban en su cabeza. ¿Quién le había dejado aquella nota en su escritorio? Tan solo podía ser un monje, y había más de un centenar en el convento. ¿Iba a preguntarles a todos? Imposible. Y aunque así lo hiciera, cualquiera podía mentirle tal y como había hecho fray Tomás en su día. En cualquier caso, ¿cómo encontraría el cargamento que le reclamaban? ¿Y de qué modo lo llevaría hasta Madrid? ¿En verdad iban a asaltarle unos ladrones por el camino? ¿Le dirían entonces dónde estaba Gaspar?

En esas tribulaciones estaba cuando le pareció oír pisadas a su espalda. Sin llegar a detenerse, echó la vista atrás para ver quién le seguía. Sin embargo, la penumbra comenzaba a teñirlo todo de negro y no pudo distinguir a nadie. Pensó que desde hacía días estaba algo alterado, nervioso, incluso bajo los influjos de una perturbación mental que podía hacerle percibir sonidos que no existían. No obstante, prefirió apretar el paso mientras echaba de menos su espada. Ahora que no era postulante, que su vida monacal era solo un cubo lleno de cenizas, podría portar el arma sin más. Llevarla encima le aliviaría la tensión y le quitaría preocupaciones. Estaba decidido: no volvería a ir desarmado. Cuando los hugonotes los atacaron, pasó un mal trago. De haber llevado su espada, Pascual no estaría herido y él habría acabado con todos ellos.

—¿Te das cuenta? Dios no está de tu parte —masculló—. Así que tú tampoco vas a estar de la suya.

¿Otra vez? Ahora ya no tenía dudas de que alguien le seguía. A juzgar por lo que le decían sus oídos, no se trataba de una, sino de dos personas. ¿Sería aquel par de hugonotes que andaba buscando? No, porque nuevos chasquidos le advirtieron de que podrían ser hasta tres.

Aceleró la marcha. En apenas un minuto llegaría a la tasca.

Cuatro. Alguien se movía a su izquierda. Y lo hacía tan rápido como él. Era preciso correr.

Cinco… ¡¡Seis!!

Estos dos últimos estaban frente a él, esperándole en mitad del

sendero. Uno de ellos portaba un farol que le deslumbraba y le impedía observarlos con precisión. Lo que sí podía distinguir era el brillo de sus espadas desenfundadas. Sí, eran seis. Dos de frente y dos más a su espalda. No los veía porque prefería mantener la mirada en los que tenía delante, pero los podía sentir. Y luego sabía de uno a la izquierda y, desde luego, otro a su derecha. A este último aún no lo había descubierto, pero seguro que estaba allí, vigilándole, acechándole de alguna manera. Si todos se abalanzaban sobre él, podía darse por muerto.

—¡Alto en nombre del rey! —le ordenó uno de los que tenía de cara.

Tello aguzó la vista. Sí, aquel hombre era un soldado. Vestía como tal. Y su compañero también. ¡No! ¡Era un cabo! Así que respiró aliviado. ¡Se trataba de una patrulla! El alférez debía de haberse puesto nervioso y, de una vez por todas, había enviado a los soldados al monte para proteger a la población de herejes y asesinos.

—¡Alto en nombre del rey! —repitió el soldado—. ¿Quién vive?

—El ayudante de Antonio de Villacastín —dijo mostrando lentamente las palmas de las manos en un inequívoco gesto de sumisión.

—¿Eres Tello del Saz?

—El mismo.

—¿Aquel a quien llaman Tábano?

A Tello se le cortó la respiración. Las pulsaciones habían comenzado a patearle las venas del cuello con furia.

Peligro. Demasiado peligro. Peligro extremo.

—¡Responde! —espetó el soldado—. ¿Eres ese al que llaman Tábano?

—¿Qué queréis de mí? —contestó, haciendo un gran esfuerzo por mover una lengua convertida en piedra.

—¡¡Prendedle!! —ordenó el cabo.

En ese momento sintió cómo cuatro manos agarraban sus brazos por detrás. Luego surgieron de la oscuridad los dos soldados que le habían seguido por los flancos. El de la izquierda iba armado con una espada; el de la derecha llevaba unos grilletes.

—¡¡Soltadme!! ¡¡Yo no he hecho nada!! —aullaba Tello mientras se revolvía tratando de liberarse.

El cabo se acercó a él y situó la punta de su espada a dos dedos de su garganta. Luego elevó el farol para contemplarle mejor.

—Tello del Saz, también conocido como Tábano: se te acusa del asesinato de Inés Atance, esposa del señor de Guijosa e hija del barón de Riosalido —dictó el cabo.

—¡No sé de qué estáis hablando! —se defendió.

—Hemos recibido orden de prenderte y llev…

—No sé quién es esa tal Inés ni el señor de Guijosa, o ese barón de donde sea.

—Debemos llevarte al cuartel.

—¡¡Solo soy un postulante!! ¡¡Todo el mundo me conoce aquí!! ¡¡Dejadme libre!!

Tello se agitó de tal manera que logró evitar que el soldado le pusiera uno de los grilletes. Sin embargo, aquel zarandeo provocó que la espada golpeara su mentón. Tuvo suerte porque lo hizo por la parte plana. Aunque ni siquiera le había herido la piel, el susto fue tal que, cuando quiso darse cuenta, los hierros ya abrazaban sus muñecas.

—No nos obligues a llevarte a rastras —le pidió el cabo devolviendo su arma a la vaina—. Evítame el esfuerzo y se te tratará bien.

Lo había visto en muchas batallas. Si no se rendía, como poco terminaría herido, si no muerto. Era preferible resignarse e ir al cuartel, aunque allí no haría otra cosa que ocupar una de las mazmorras. Porque la acusación que le había transmitido aquel hierático y disciplinado cabo de la guardia era demoledora: alguien le había denunciado, alguien que sabía que, bajo su apariencia de postulante, se escondía Tábano, un asesino que, paradojas de la vida, solo trató de salvar a Inés Atance.

Ya estaban próximos al cuartel cuando se cruzaron con Esteban Lizar. El herrero se quedó mirando al grupo de hombres con el gesto desencajado al advertir que el preso que escoltaban no era otro que Tello. Antes de que pudiese hablar, el antiguo soldado se percató de su presencia y, al punto, se le incendió la mirada.

—¡¡Traidor!! ¡¡Has sido tú!!

—No… En verdad que… —tartamudeó el capataz.

A Tello le hervía la sangre observando a Esteban. Desde que llegó a la explanada, solo él sabía que detrás del postulante se escondía Tábano.

—¡Ruega a Dios que no salga de esta porque serás el primero a quien mate!

—¡Cállate! —rugió el cabo—. ¡Guarda silencio!

—¡¡Hideputa!! —gritó Tello, y se revolvió como un gato rabioso hasta que logró soltarse de uno de los soldados.

Al verse libre de un brazo, adelantó una pierna y giró el costado de manera tan violenta que el otro militar tropezó con su pie y salió volteado. Una vez liberado, y aun siendo consciente de que en unos segundos volverían a reducirle, se abalanzó contra Esteban dispuesto a derribarle y patear su cabeza hasta darle muerte. Aunque su cuerpo se movió casi tan rápido como su pensamiento, solo le dio tiempo a acercarse al herrero y lanzarse contra su pecho para hacerle caer. No tuvo éxito. El impulso que llevaba se vio atenuado cuando otro de los soldados le sujetó de la camisa. El capataz apenas trastabilló hacia atrás y mantuvo el equilibrio.

—Te juro que no sé nada de todo esto —aseguró.

—¿Conocéis a este hombre? —preguntó el cabo dirigiéndose al herrero.

—Todo San Lorenzo lo conoce —respondió—. Y vos deberíais saberlo el primero. Es Tello del Saz, ayudante de Antonio de Villacastín.

—¿Sabéis si atiende por Tábano?

—¿Por quién?… ¿Tábano? —Y guiñó los ojos para exagerar su extrañeza.

A Tello no le llegaba la sangre a la cabeza porque, si alguien podía traicionarle en ese momento, era justamente él.

—No sé de quién me habláis —añadió Esteban—. Repito que este hombre es Tello del Saz. Y deberíais dejarle libre si no queréis que fray Antonio, el prior, ¡o el propio Juan de Herrera!, vengan hasta aquí para retorceros el cuello.

—Continuad camino —farfulló el cabo.

Tello respiró aliviado. Esteban había mantenido su secreto, pero muy poco le habían importado sus respuestas al militar. Sujeto de nuevo por dos soldados, más otro que, desde atrás, le había pasado el brazo por el cuello, reemprendieron el camino ladera abajo.

—¡Esteban! ¡Avisa a Julián de Tricio! —le rogó en un último grito.

La visita al cuartel fue fugaz. En el último de los tres escalones que daban acceso al edificio le esperaba Guzmán Martínez de la Osa con los brazos en jarras y gesto grave, firme, quizá un poco altanero.

—Este es el hombre —proclamó cuando lo tuvo frente a él—. Podéis llevároslo.

Tello creyó que lo conducirían a una de las mazmorras del cuartel, pero pronto vio que sus suposiciones no eran acertadas. Obligado a subir a un carro, le hicieron tumbarse boca abajo sobre la plataforma de la caja y tomaron el camino de El Escorial hasta detenerse frente a la residencia del corregidor. Allí salieron a recibirlos otros dos soldados que le condujeron al interior de la casona, un edificio de dos plantas construido con sillares de granito, seguramente de aquellos que se desechaban en la explanada por tener taras o estar desportillados. Poco después se detuvieron ante una gruesa puerta de doble hoja tallada en buena madera. Tras golpearla una vez, se abrió lo justo para que un sirviente asomara la cabeza y volviera a desaparecer para liberar los pestillos.

Por fin penetraron en un salón de diez pasos de largo sobriamente decorado con alacenas, arcones, un bargueño y varias banquetas. Al fondo, en sendos sillones, dos hombres vestidos con ropas elegantes aguardaban sentados. Les daban escolta un teniente y otras dos parejas de soldados. A uno de los señores lo reconoció de inmediato. Era el corregidor, un anciano delgado de cabellera poblada y blanca. En identificar a su acompañante tardó varios segundos más porque le resultaba inconcebible que estuviese allí. Había ensanchado, echado un poco de barriga y perdido bastante pelo. Sí, el infame Pedro Saldaña mostraba un aspecto avejentado aunque acabara de iniciar la cuarentena. Los poco más de diez años que se llevaban parecían haber aumentado sobremanera.

El corregidor se levantó con pesadez y alargó su mano como si

ofreciera al acusado para un sacrificio.

—Es él —sentenció el señor de Guijosa tras incorporarse para identificar al prisionero.

Tello observó que Saldaña lucía con orgullo en el pecho la encarnada Cruz de Santiago sobre unas vestiduras negras. Su atuendo distinguido contrastaba con la camisa y las calzas corrientes que llevaba él.

—La vida te ha tratado mucho peor que a mí —ironizó el noble al tiempo que volvía a tomar asiento—. Como queda patente, no solo soy caballero de la Orden de Santiago, sino que además ostento el señorío de Guijosa y la baronía de Riosalido, título este último que, al morir mi suegro sin descendencia, Su Majestad me otorgó por el infortunio que había sufrido.

—Estoy seguro de ello —rumió Tello con un tono ácido.

—Hace siete días, cuando un jinete llegó a mi castillo para avisarme de que estabas en San Lorenzo el Real, no me pude sentir más afortunado. Y mi suerte continuó creciendo cuando llegué a El Escorial. Tanto el teniente como el corregidor me recibieron con prontitud y creyeron mi historia —se explicó haciendo un ademán de respeto a ambas personalidades según las fue nombrando—. Como ves, soy persona bien considerada. Y mi vida sería perfecta si no hubieses asesinado a mi mujer.

—No sé de qué habla este hombre —declaró Tello mientras sentía cómo las manos de los soldados que le custodiaban se ceñían más y más sobre sus brazos.

El teniente, un hombre de edad parecida a la suya, fuerte, malencarado, con abundante barba y manos poderosas, avanzó un paso y se dispuso a hablar.

—El señor de Guijosa y barón de Riosalido, don Pedro Saldaña, caballero de la Orden de Santiago, acusa a Tello del Saz, también conocido como Tábano, de estar huido de la justicia desde el año de Nuestro Señor de 1572, y que sobre él pesan los cargos de asesinar a don Justino Velasco, a don Francisco Atance y a doña Inés Atance, esposa del denunciante. Señor corregidor —prosiguió volviéndose hacia él—, he enviado un correo a Madrid solicitando ratificación de los hechos que don Pedro mostraba en las copias que portaba desde

Sigüenza. Esta misma tarde, un jinete me trajo cumplida respuesta otorgándoles veracidad.

—Insisto en que no sé de qué me estáis hablando —le interrumpió Tello.

—¡Es él quien falta a la verdad! —exclamó Pedro Saldaña—. Este hombre que veis aquí, antiguo soldado de los tercios, alguien que llegó a ser de mi entera confianza, me traicionó emboscando a mi cuñado Francisco Atance y al comerciante Justino Velasco, vecino de la cercana población de Cubillas, a los que dio muerte sin permitir que se defendieran. Todavía recuerdo esa tarde de noviembre como si hubiese sucedido hace unas horas —relató con tono afectado—. Posteriormente a estos crímenes, el acusado regresó a mi casa, que también era la suya pues así lo había dispuesto yo dado el aprecio que le tenía. Sin embargo, lejos de confesar sus delitos, se encerró en sus aposentos a la espera de que yo recibiera aquella noche al corregidor de Sigüenza, que venía acompañado del teniente de la guarnición de la ciudad y uno de los alguaciles. Estaba resuelto a continuar con su traición mientras yo atendía a tan distinguida visita ya que su propósito era huir esa misma noche con mi esposa, doña Inés, a quien mantenía embelesada con artificios y promesas de un futuro venturoso a su lado. Fue ella quien descubrió sus intenciones cuando supo que todo pasaba por asesinarme a mí también, ya que un hombre sin posesiones, como lo era él, solo podía conseguirlas casándose con ella tras deshacerse de su marido. Si Inés no me hubiese advertido, ahora podrían acusarle también de mi muerte, además de la de mi suegro, el barón de Riosalido, que en paz descanse, porque, con tanto disgusto, la pena se lo llevó a los cielos demasiado pronto al perder en apenas unas horas a su primogénito y a su hija.

—Excelencia —intervino entonces Tello dirigiéndose al corregidor —, ni sé de lo que se habla ni tampoco de lo que se me acusa. En los tiempos a los que este hombre se refiere, yo ya habitaba en Santa María de Sisla, a media legua de la ciudad de Toledo y a más de cuarenta de Guijosa. Si no me creéis, hablad con el padre prior de San Lorenzo el Real.

—¡¡Miente!! —tronó Pedro Saldaña—. No os dejéis engatusar por

alguien que maneja tan bien la lengua como la espada. ¡Mirad! —Se llevó la mano a la daga cuya vaina colgaba de su cintura—. Esta es el arma que mató a mi mujer. Doña Inés fue degollada como un cordero delante de mí con esta daga que pertenecía a Tello del Saz. Se la regalé yo junto con una espada cuyos adornos y filigranas hacían juego.

—Jamás he poseído una daga —manifestó el antiguo soldado, aunque la sangre se había detenido en sus venas cuando sus ojos la reconocieron.

—Insisto en que es suya.

—¿Y cómo podríamos demostrarlo, barón? —le preguntó el corregidor enarcando una ceja—. Es una palabra contra otra…

—Excusadme, pero es la palabra de un noble frente a la de un asesino como Tábano.

Tábano… Aquel apelativo, del que tan orgulloso se había sentido años atrás, ahora le escocía en los oídos hasta hacerlos sangrar.

—Aun así, barón, no es suficiente —le reconvino el corregidor.

—Registremos entonces sus aposentos.

—No sé si será buena idea y, ante todo, si dará resultado —participó entonces el teniente—. Este hombre habita en el convento, y creo que está de más explicar que allí no podría introducir arma alguna que no fuera más allá de un cuchillo de cocina. No veo oportuno ir hasta San Lorenzo el Real para molestar al padre prior.

—¡Lo exijo! —bramó Saldaña—. Si estoy equivocado, este hombre quedará libre y seré yo quien se excuse con el superior, además de donar una generosa cantidad a la Orden.

—Recapacitad, don Pedro… Me consta que Julián de Tricio tiene contacto frecuente y muy estrecho con el rey y con su secretario, don Martín de Gaztelu. Una queja por su parte y todos los que estamos en esta sala podríamos tener problemas.

—El único que debe tenerlos es este asesino —presionó el señor de Guijosa sin dejar de mirar al corregidor—. Si no estoy en lo cierto, haced que recaiga toda la culpa sobre mí. Pero estoy convencido de que un criminal como Tábano no se habrá desprendido de su arma. Si duerme en el convento, allí estará. Y no habrá duda de que es la espada a la que me refiero en cuanto la comparéis con esta daga.

El corregidor tardó unos segundos en tomar una decisión.

—Sea, pues —admitió con un leve bufido de contrariedad. No quería que el prior y, por ende, fray Antonio o el propio Juan de Herrera se molestaran. Plegarse a las peticiones de Pedro Saldaña era sin duda una apuesta arriesgada. Si la jugada salía mal, acabaría allende los mares cuidando cabras; o con suerte podía salir bien y entonces sería felicitado y, tal vez, terminaría en el Alcázar de Madrid.

No hubo tiempo para que el acusado se quejara. Alumbrados por faroles y antorchas, el corregidor, el teniente y Pedro Saldaña subieron a un carruaje e iniciaron el camino hacia la explanada escoltados por varios jinetes. Tello y seis soldados los seguían en el mismo carro en el que el preso había sido trasladado hasta la casa del corregidor.

En pocos minutos llegaron a la lonja. A Tello el panorama se le antojaba absolutamente desolador. La tenue luz de las estrellas iluminaba los muros a medio construir abrazados por los andamios. Ahora no los concebía como algo nuevo, sino como una ruina, la misma a la que se encaminaba su vida, un desastre rodeado de una docena de grúas que, a esas horas, se asemejaban más a cuervos carroñeros que a cigüeñas, como gustaba de llamarlas fray Antonio.

A las puertas del convento se reunió lo que parecía ser todo un cortejo: un noble, un corregidor, un teniente, una docena de soldados y un detenido. El padre portero, algo perplejo, les rogó que permanecieran en la lonja en tanto daba aviso para que algún monje fuera a buscar al padre prior. Su cara palideció cuando vio que la persona engrilletada era el postulante. Aunque trató de acercarse a él para saber lo que le había ocurrido, no se lo permitieron.

Julián de Tricio apareció con el gesto grave. No hizo caso de las palabras del teniente cuando intentó aclararle la razón por la que estaba allí, sino que fue directamente a enfrentarse al corregidor, que no pudo evitar dar un paso atrás cuando el prior se le echó encima pidiéndole explicaciones.

—Vuestro postulante ha sido acusado de asesinato por don Pedro Saldaña, señor de Guijosa, barón de Riosalid…

—¿Y en qué fundamenta tal acusación? —le interrumpió sin mirar

a Pedro Saldaña, mucho menos saludarle—. Hace casi un año que Tello vive aquí y lo tengo por un hombre ejemplar.

—El crimen es anterior.

—Tonterías. Mi postulante llegó de Santa María de Sisla —y cruzó por primera vez una mirada con Tello.

—Antes, padre prior, me refiero al mes de noviembre de 1572 —intervino Pedro Saldaña con la barbilla alta y gastando un tono arrogante.

Entonces Julián de Tricio, ahora sí, se encaró con él:

—No voléis tan alto, señor de nosequé y barón de nosecuantos. Cruces de la Orden de Santiago como la que vos lleváis en el pecho pasan a centenares por este convento desde que abrió sus puertas. Conozco los nombres de quienes las lucen, sus caras y hasta sus posaderas cuando tales caballeros se hospedan tras estos muros por mandato de Su Majestad. Así que vuestra presencia no me impone más que la de cualquier otro invitado.

Pedro Saldaña sabía que su enemigo no era el prior, por lo que rehuyó el enfrentamiento.

—Vuestro postulante, al que muchos conocen como Tábano, asesinó a mi esposa, doña Inés Atance, en nuestra casa de Guijosa, y lo hizo en mi presencia. De esto, como os han informado, han transcurrido ya más de tres años. Poco importa si por entonces estaba en Santa María de Sisla o, como yo mantengo, se alojaba bajo mi techo. Lo que sí puedo aseguraros es que fui yo mismo quien le obsequió con una espada del mejor espadero de Toledo, un arma magnífica que hacía juego con esta daga —afirmó al tiempo que se la mostraba—, daga con la que mató a mi esposa.

—La información está contrastada, padre prior —intervino el teniente.

Julián de Tricio repasó los rostros de los allí congregados antes de hablar. Recordó que cuando Tello rechazó ser novicio alegando un hecho imperdonable —*condenatorio*, le había precisado—, debía de referirse a aquel crimen. O quizá a ese y a muchos más…

—¿Qué queréis de mí?

—Un asesino como Tábano jamás se deshace de su espada —afirmó Saldaña.

—Eso es absurdo —afirmó con rotundidad, aunque sabía que, en cierta forma, estaba mintiendo para defenderle—. Como podréis suponer, en el convento están prohibidas las armas de cualquier tipo.

—Pudo introducirla sin que vos lo supierais.

—El Tello del Saz que yo conozco jamás habría actuado a escondidas y sin mi consentimiento.

—Si tan seguro estáis, no tendréis inconveniente en que sea revisada su celda.

—Imposible —se negó, y de inmediato cortó el paso a Pedro Saldaña cuando ya se disponía a entrar en el convento.

—Os aconsejo que se lo permitáis, padre —le sugirió el corregidor —. En asuntos de esta gravedad, tener contactos influyentes puede volverse contra vos si estamos en lo cierto, ya que podrían perjudicar vuestro futuro en la Orden si se descubre vuestra desidia al dejar entrar armas en el convento.

El prior sopesó la advertencia durante unos segundos.

—Solo podrán acceder a la celda dos personas, y el registro lo realizarán en mi presencia.

—Lo haré yo mismo acompañado de un soldado —se ofreció el teniente.

El corazón de Tello volvió a enfurecerse en cuanto Julián de Tricio desapareció tras la puerta del convento flanqueado por los dos militares. A partir de ese momento, aunque el silencio era macizo, no cesó de escuchar los latidos de su corazón aporreándole los tímpanos. El sufrimiento era intenso, aunque solo duraría unos pocos minutos. Su celda era amplia, pero apenas disponía de enseres. Era inevitable que encontraran el arma. Al menos había tenido la precaución de quemar el mensaje en el que le obligaban a cometer un delito: robar del convento un cargamento de cera.

Como era de prever, el teniente no tardó en regresar precedido por el prior y seguido del soldado. El oficial portaba en su mano derecha la espada de Tello. De su hombro izquierdo colgaba un zurrón.

—Como vos ya habéis comprobado, padre prior, hemos hallado la espada escondida a un lado del jergón —declaró el teniente—. Barón

de Riosalido: si tenéis a bien desenfundar vuestra daga para comprobar que pertenecen a un mismo juego…

Tras extraer la espada de su vaina, ambas armas fueron enfrentadas. Y aunque la luz de los hachones no era la más propicia para tal examen, la exactitud en adornos y filigranas no dejaba lugar a dudas.

—Esa espada no es mía —rabió Tello—. Alguien la habrá dejado allí.

—¡Miente! —le acusó el señor de Guijosa.

—Pues yo sí le creo —le defendió el prior—. Mi postulante jamás habría introducido un arma en el convento. Dudo incluso de que la sepa utilizar —y en silencio pidió perdón a Dios por faltar nuevamente a la verdad.

—No apostéis vuestra vida, padre prior, o terminaréis por perderla —se jactó desafiante Pedro Saldaña—. Aunque en un asunto concreto sí tenéis razón: no es tan bueno con la espada como él haya podido alardear. Porque la noche en que asesinó a mi esposa, luego hubo de medir su acero con el mío para evitar que le rajara como a un marrano. Tábano resultó herido en el duelo que mantuvimos en el mismo salón de mi residencia, un tajo que le corría por el antebrazo izquierdo hasta llegar cerca de la muñeca. Pensé que el corte se lo habría llevado a los infiernos por lo profundo y feo que era. A la vista está que me equivoqué —añadió alzando las cejas mientras miraba a Tello—, pero si en verdad esta persona no es él, no debería tener cicatriz alguna.

Costó que dos soldados más agarraran al reo para que, entre cuatro, lograran inmovilizarle y remangarle la camisa. Un quinto soldado acercó un farol y allí apareció la cicatriz: ancha, gruesa, retorcida, algo abultada.

—Es suficiente —dijo Pedro Saldaña con satisfacción.

—Pero no es todo —apuntó el teniente descolgándose el zurrón y sacando el libro que portaba—. En su celda hemos encontrado este libro de registro de laborantes. Hace unos días, los ayudantes de don Sancho Patón denunciaron el robo en sus despachos.

—Asesino y ladrón, Tábano —se regodeó el de Guijosa—. En menos de una semana vas a bailar colgado de una soga.

—Habrá que juzgarlo antes —le recriminó Julián de Tricio—, y aunque las pruebas en su contra parecen evidentes, la verdad no es siempre lo que salta a la vista.

El de Guijosa se giró para encararse con el prior. Estaban apenas a medio paso.

—No os atreváis a contradecir la palabra de un caballero de la Orden de Santiago. Y no me vengáis con esas pamplinas de que los hospedáis a docenas en este convento. Vuestra relación con ellos será amigable y servil porque, si los importunarais, el propio rey os sacaría de aquí de una patada en vuestro blanco y triste culo.

—No lo tengáis por seguro. Su Majestad y yo nos conocemos bien.

Pedro Saldaña esgrimió una sonrisa tan ácida que pareciera un puñal a punto de ser lanzado contra el monje.

—Hablando de conocer… Antes habéis dicho que Tábano lleva aquí casi un año y vos aún lo tenéis como postulante. Si no estoy confundido, tendría que estar a punto de ser admitido como novicio. ¿Cómo puede ser que aún resida en el convento? ¿Le estáis concediendo algún trato de favor?

El prior guardó silencio. Pensó tanto la respuesta que fue el corregidor quien insistió:

—¿Es este hombre ya un novicio? No lo creo, pues no viste hábito.

—Pronto lo será.

—¿Por qué no ha sido admitido aún? —volvió a la carga Pedro Saldaña.

—No es asunto vuestro.

—Si Tello del Saz es una persona apreciada y respetada en San Lorenzo el Real, ¿cómo puede ser que no se haya convertido ya en novicio? ¿Ha sido él mismo quien ha declinado serlo? ¿O acaso hay alguna razón que le impida ingresar en la Orden? ¡Responded de una vez, padre prior!

—No os alteréis, don Pedro —le aconsejó el corregidor.

—¡¿Por qué Tábano todavía no es novicio?!

—Me acojo al secreto de confesión —invocó el prior.

—Esto no es un interrogatorio. Se trata de comprobar si consideráis que vuestro postulante está capacitado para superar la prueba de ingreso y si es digno de llegar a ser un monje honorable.

No os acojáis al secreto de confesión o, aparte de al rey, tendréis que dar explicaciones al principal de la Orden, a los obispos y a los cardenales.

—Eso si no termináis también en prisión —apoyó el teniente—, porque se os podría considerar cómplice de sus actos. Quizá lo de la espada sea más difícil de demostrar en vuestro caso, pero tendréis que explicar por qué se halló un libro de registro de laborantes en la celda de un hombre que ya no es postulante pero tampoco novicio.

—Solo puedo deciros que Tello del Saz declaró que no era digno de ingresar en la Orden cuando le formulé las preguntas que establece el protocolo de admisión de novicios —y se alegró de estar diciendo la verdad en esta ocasión—. No fue explícito y yo no pregunté más, lo cual deja abierto un sinfín de posibilidades, la mayoría veniales.

—Y otras que no lo son tanto, como el asesinato de una mujer de la nobleza y el robo de documentos a la Corona.

—No puedo asegurarlo ni negarlo, pues él no me desveló nada.

—Y aunque lo hubiera hecho, vos os escudaríais en el secreto de confesión.

—Cuidad vuestras palabras, don Pedro —le advirtió Julián de Tricio elevando su dedo índice ante el rostro del noble—. Insisto en que Tello no me dijo nada.

—Y yo os creo, padre, pero para mí todo lo encontrado, visto y oído esta noche es más que suficiente.

El corregidor asintió.

—Trasladad al acusado a las dependencias de El Escorial y avisad a los alguaciles —ordenó el teniente—. La vista para autorizar y ordenar su traslado a Sigüenza se realizará mañana.

33

La noticia se extendió como una plaga de ratas por la explanada y sus alrededores. Tello del Saz, postulante de la Orden de San Jerónimo, ayudante de Antonio de Villacastín y hombre de confianza del prior Julián de Tricio, había sido detenido y acusado de asesinato, robo de un libro oficial y posesión de una espada que habían encontrado en su celda. En mesones, tabernas y posadas no había otro tema de conversación. Algunos lo creían un bulo porque les resultaba inverosímil. Otros, con pensamientos algo más retorcidos o desconfiados, opinaban que un hombre tan íntegro y santurrón como Tello tenía que esconder por fuerza algún secreto. Sin embargo, los más estaban conmocionados.

Esteban fue el primero en informar a Constanza y a Ofelia de la situación en la que se encontraba Tello. Y a medida que la tasca se fue poblando de trabajadores, los rumores se iban agravando. Tello del Saz era un asesino. Tello del Saz era el responsable de las muertes que se habían producido en la explanada desde que llegó a ella. Tello del Saz había asesinado esa misma noche a dos niños. Tello del Saz era el mismísimo Satanás reencarnado en hombre…

— … y será colgado mañana al amanecer en la lonja, frente al convento —escuchó decir Ofelia a uno de los borrachos que se apiñaban en las mesas—. Lo sé de buena tinta, que uno de los soldados del cuartel se lo ha dicho a un amigo mío.

—A mí me han comentado que lo quemarán en la hoguera —le contradijo otro—, porque siendo hijo de Belcebú hay que extirparlo de raíz sin más juicios ni demoras.

Esteban fue a calmar a Ofelia cuando vio cómo la mujer se metía llorando en el cuartucho donde almacenaban jarras, vasos y pellejos.

—Puedes estar segura de que aquí no van a ajusticiar a nadie —dijo para reconfortarla—. El asunto no es trivial porque vi a Tello

detenido por una patrulla y parece ser que lo retienen en la residencia del corregidor en El Escorial. Pero a su favor tiene que todavía es el ayudante principal de fray Antonio. No se atreverán a tocarle un pelo aunque las acusaciones sean tan serias.

—Desde luego que lo son —apuntó Constanza, que se dejó caer por allí buscando a Ofelia—. Ya sabíamos tú y yo que, cuando apareció este hombre, tenía más aspecto de haber vivido cien vidas que de ser un postulante al uso, ¿no es cierto?

Ofelia asintió al tiempo que se secaba las lágrimas.

—Pero no puede haber tanta distancia entre un santo y un asesino… —se quejó.

—La que sea menester, querida, que este tipo de bribones se inventan todo un mundo a su alrededor para que nadie descubra los pecados que arrastran ni sus propósitos futuros.

—¡Tello no es así! —rabió Ofelia entre los hipos que le provocaba la llorera—. ¿Verdad que no, Esteban?

El herrero la abrazó.

—No lo creo. Esperemos que todo se resuelva y pronto volvamos a verle por aquí.

—Pero no puede ser… Me han quitado a Gaspar. Tello iba a ayudarme a buscarlo. Si ahora me falta él…, ¿quién encontrará a mi niño? —y rompió en un violento llanto.

—Está desesperada… —susurró Constanza en el oído de Esteban.

—Mañana habrá una vista rápida para valorar si procede su traslado a Sigüenza —anunció el herrero—. Entonces podrás verle. Estoy convencido de que el prior estará de su parte y lo defenderá. Incluso podría quedar en libertad. Fray Julián es persona ilustrada, con gran influencia y buena labia.

Antes de que el sol despuntara frente al monte Abantos, las dos mujeres y el herrero ya esperaban a que el padre portero abriera la entrada al convento. En cuanto el monje se asomó a la lonja, les informó de que Tello había sido trasladado al consistorio de El Escorial. Suponía que, desde allí, lo llevarían hasta la residencia del corregidor para ser interrogado y disponer sobre él.

—El padre prior recibirá en unos minutos a Antonio de Villacastín y a Juan de Herrera. Tengo entendido que quieren hablar con él sobre la conveniencia de defender a Tello. En cualquier caso, fray Julián estará en El Escorial antes de las nueve de la mañana —concluyó.

Los amigos del antiguo soldado tuvieron que apresurarse para bajar al pueblo y apostarse cerca de la casona del corregidor. Desde allí podían ver también el edificio que albergaba las dependencias donde Tello estaba encerrado en esos momentos.

En efecto, antes de que el sol tomara buena altura en los cielos de junio, se unió a ellos el prior, que llegó acompañado por el vicario y uno de sus consejeros. Los seis observaron cómo se les iban sumando muchos lugareños deseosos de satisfacer su curiosidad y corroborar todas las habladurías que se habían lanzado al aire durante la noche en la explanada. No llegó a formarse una gran multitud, aunque tampoco podría decirse que fueran pocos los que se congregaron allí. El murmullo reinante se atenuó en cuanto las puertas del consistorio se abrieron para dejar salir un carro escoltado por seis hombres. En el centro de la caja descubierta, sentado y con las manos abrazadas por grilletes, todos vieron a Tello. Mostraba el gesto cansado, abatido, casi desesperanzado.

Ya en el portalón de la casa del corregidor, Constanza vio aparecer por el camino a Miguel de Almedilla y a su sobrina. El mercader tenía el rictus alterado y preso de la urgencia; tanto más el de Ana, compungida y al borde del llanto. Aquel semblante provocó que Ofelia dejara de nuevo vía libre a sus lágrimas cuando la dueña de la tasca le señaló *a la señorita de Alcalá* con la mano.

—Si no te tranquilizas, no nos van a dejar pasar —le previno el herrero.

—En el caso de que nos lo permitan… —remató el vicario del convento.

Hubo suerte y pudieron entrar. Haber llegado con tanta antelación les supuso estar muy cerca de la residencia del corregidor. Eso, y una pequeña ayuda de Julián de Tricio, ocasionó que los sirvientes les franquearan el paso a ellos seis y a la veintena de personas más que estaban próximas a la entrada. El resto tuvo que quedarse fuera.

Precedidos por los criados, todos los asistentes fueron conducidos hasta el salón donde ya esperaba Tello frente a dos sillones vacíos. Los grilletes rodeaban unas enrojecidas muñecas que, en algunas zonas, ya habían comenzado a despellejarse. Tenía la camisa sucia y la manga izquierda colgaba hecha jirones. Su aspecto era en verdad lamentable, aunque no se podía afirmar que hubiese sido golpeado.

Ofelia lloraba en silencio cuando entraron en la sala el corregidor y Pedro Saldaña. Tras él hicieron su aparición el teniente, el alférez Guzmán Martínez de la Osa y un corchete que se situó entre el detenido y los señores. Fue este último quien procedió a leer los cargos que se le imputaban a Tello:

—Tres asesinatos: los de don Francisco Atance y su hermana doña Inés Atance, así como el del comerciante Justino Velasco, a los que habrá que añadir el de don Rafael García, alguacil de Sigüenza, quien quiso detener su fuga cuando iba a ser prendido en la residencia de don Pedro Saldaña —proclamó solemne justo después de que el corregidor y el noble tomaran asiento en los sillones—. Segunda culpa: haber huido de la justicia durante largo tiempo. Tercera culpa: resistencia a la autoridad. Cuarta culpa: faltar a la verdad, con gran perjuicio para la Orden jerónima. Quinta culpa: robo de documentos en los despachos de don Sancho Patón, registrador principal de las obras. —Dejó de leer a la espera de una indicación del corregidor, que no tardó en producirse—. ¿Tenéis algo que objetar, Tello del Saz?

—Solo reconozco una de esas culpas —dijo con la vista fija en Pedro Saldaña, que le sonrió con sorna.

—Hablad, pues —solicitó el corregidor.

—Yo di muerte a don Francisco Atance y a Justino Velasco. —Un murmullo se desató entre los asistentes—. Pero lo hice por orden del señor de Guijosa, aquí presente, a quien yo prestaba mis servicios entonces. La muerte de aquel alguacil fue en defensa de la propia vida. Si hui de la justicia fue porque yo no era culpable de cargo alguno, de ahí que me resistiera cuando se me prendió. Y nunca mentí a nadie, mucho menos a un religioso.

—Pido la palabra —se escuchó la voz grave e imperativa de Julián de Tricio entre los asistentes—. Doy fe de que este hombre nunca

faltó a la verdad conmigo. No pudo hacerlo porque jamás le pregunté cosa alguna acerca de su vida pasada. Como no ha supuesto perjuicio para la Orden, debe quedar libre de tal culpa.

—Introdujo una espada en el convento, padre, así como objetos sustraídos a la Corona —objetó el corchete.

—Quizá hiciera lo que vos decís, pero no me mintió.

—La omisión de la verdad es una forma de mentira —se atrevió a intervenir Guzmán Martínez de la Osa.

—De ser así, toda la explanada miente sin excepción cuando se acerca a un sacerdote para practicar la sagrada confesión. Y vos, como alférez de la guarnición, y mucho más como cristiano que se arrepiente de sus pecados, bien sabéis a lo que me refiero.

Hubo algunas risas en la sala. Incluso a Ofelia se le arquearon las comisuras de los labios por la esperanza que le daba aquella lucha a brazo partido del prior por defender y liberar a Tello.

—Tábano siempre ha sido peligroso —intervino entonces Pedro Saldaña—. Ante un tribunal condenatorio conseguiré los testimonios que hagan falta para demostrar que este diablo merece ser ahorcado en plaza pública.

—¿Estáis seguro de poder conseguirlos?… —aventuró fray Julián.

Saldaña se levantó airado y se dirigió hacia el prior para desafiarle. Pero cuando estaba a dos pasos se detuvo, se giró hacia la concurrencia y guiñó los ojos.

—¿No eres tú Esteban Lizar, el herrero de Sigüenza que forjó la reja que protege el balcón de mi casa?

Todos los presentes buscaron con la mirada al capataz, más que nadie Ofelia, Constanza y el propio Tello, a quien el corazón comenzó de nuevo a lacerarle los oídos.

Esteban asintió con un movimiento de cabeza y Pedro Saldaña lo hizo acercarse hasta quedar delante del corregidor. El capataz no se atrevía a observar a Tello ni siquiera de soslayo. Al postulante le ocurría lo mismo.

—No sé qué relación puede tener este herrero con los asuntos aquí tratados —rezongó el corregidor.

—Esteban Lizar es el capataz de herrería de las obras —intervino el alférez.

—¿Desde cuándo estáis aquí? —inquirió el corregidor.

—Desde poco después de que ocurrieran los hechos que se han relatado, excelencia —habló con tono parco.

—¿A qué os referís?

—A todas esas muertes, la de don Francisco y don Justino, la de doña Inés y la del alguacil. Yo entonces residía en Sigüenza, a una legua de Guijosa. Llegué aquí muy poco después, a finales de ese año, no debió de cumplirse ni un mes.

—¿Cuál fue la razón de vuestro traslado?

—Me ofrecieron colaborar en estas obras y desde entonces resido en la explanada.

—¿Trabajasteis antaño para el señor de Guijosa?

—Ciertamente, excelencia. Le forjé por dos veces una reja para el balcón que hay sobre la puerta principal de su residencia. En ella situé la cruz de la Orden de Santiago. Por eso lo recuerdo bien.

—Si de tan buena memoria gozáis, ¿os resulta familiar el nombre de Tábano?

—Sí, por supuesto. Era muy conocido en toda la comarca.

—¿Cómo era Tábano?

—Decían que era altanero, orgulloso, que exhalaba desprecio y amedrentaba al más valiente, alguien violento y de armas tomar… Mejor tenerle a dos leguas que a una.

—¿Reconocéis a ese hombre como la persona que estaba a sueldo de don Pedro Saldaña?

Tello sintió los latidos desbocados, acompañados esta vez por la flojera de piernas y brazos, cierta sensación de mareo, incluso de náuseas.

El herrero le miró de hito en hito durante unos segundos antes de girarse de nuevo hacia sus interlocutores.

—Me resulta familiar, pero no sabría concretar cuándo ni dónde le he visto.

—¿Se trata de Tábano?

—No puedo asegurarlo, excelencia.

Pedro Saldaña se acercó al herrero hasta tenerle a un palmo.

—¿Cómo es posible que te surja una sombra de duda acerca de este hombre? —preguntó con impaciencia.

—He convivido muy estrechamente con Tello del Saz los trece meses que lleva en San Lorenzo. Es ahora, al descubrirse que estuvo en Guijosa con vos, cuando he hecho memoria. Y, siendo honesto, no lo recuerdo con claridad. En lo que sí empeño mi palabra es en asegurar que Tello del Saz es incapaz de hacer la menor de las maldades, mucho menos todas esas barbaridades que aquí se han declarado.

El corregidor alzó los hombros excusándose ante el señor de Guijosa, que dio la espalda a Esteban tras urgirle con aspavientos para que volviera a su sitio.

—No hay testimonios definitivos que incriminen a Tello —se atrevió a hablar Julián de Tricio después de cuchichear unos segundos con el vicario y el consejero que lo acompañaban—. Debe quedar libre de inmediato.

—No tan rápido, padre. También hay falta de testimonios de peso a su favor, lo que desde luego puede jugar en su contra —le rebatió el corregidor.

—No os entiendo.

—Por lo que sabemos, el detenido fue vuestro postulante y, a punto de cumplirse el plazo máximo de un año, no parece que pueda convertirse pronto en novicio. Tal vez tengáis algo que decir ahora.

—No tengo obligación alguna de desvelar los procesos internos de la Orden.

—¿Y si os llamara el tribunal que le juzgará para que os expliquéis?

—Asimismo, me ampara el secreto de confesión.

—Quizá no sea así.

—La Ley de Dios está por encima de la de los hombres.

—No lo fieis todo a una carta, padre prior, que pudiera saliros mala. —El corregidor se levantó para dirigirse a Tello—. Dado que no se han encontrado hechos que os libren de las acusaciones, y atendiendo el requerimiento de don Pedro Saldaña, señor de Guijosa, barón de Riosalido y caballero de la Orden de Santiago, decreto que seáis trasladado a la muy noble ciudad de Sigüenza, donde tendréis un juicio justo y, si ha lugar, su correspondiente

sentencia y condena. Que Dios se apiade de vuestra alma si se demuestra que hicisteis todo aquello de lo que se os acusa.

—¡¡Noooo!!

El grito rompió la garganta de Ofelia, que fue retenida en el último momento por Constanza y uno de los soldados para impedir que accediera al centro del salón.

—¡¡No os lo podéis llevar de aquí!! ¡¡Es inocente!! —Sus palabras se deshacían en un llanto empapado de horror y tristeza.

—¡Os ruego que me escuchéis! —se oyó otra voz, masculina, educada, firme y decidida—. Tello del Saz es hombre de honor y así me lo ha demostrado.

Era Miguel de Almedilla. Al mercader le habían permitido introducirse en la casona dada su posición e influencia. Aquel porte distinguido, su aspecto y sus maneras fueron suficientes para que el corregidor permitiera que el hombre avanzara hacia él. Mientras se acercaba, Ana, que había accedido al edificio junto a su tío, se apostó al lado de Ofelia y la tomó de las manos para consolarla. La mujer estaba tan aturdida que ni siquiera advirtió quién trataba de ofrecerle sosiego.

Entretanto, Miguel de Almedilla presentó sus respetos y se anunció como uno de los más importantes mercaderes de tapices de las Españas.

—… pues aquellos que conseguí para que lucieran en Toledo cuando era capital del Imperio ahora están en el Alcázar de Madrid junto a otros nuevos. Aquí también he proporcionado multitud de ellos a las habitaciones y los salones de palacio para que cubran sus muros cuando lleguen los fríos, y vendrán muchos más cuando se terminen las obras. Y también los he tenido que luego han viajado allende los mares para lucir en…

—¿Qué solicitáis, don Miguel? —le interrumpió el corregidor demostrando poco interés por sus logros comerciales.

—Únicamente quería apoyar las palabras del padre prior y de aquella mujer —contestó señalando al monje y a Ofelia—. He coincidido en diversas ocasiones con Tello del Saz, y no solo me parece alguien de un comportamiento impecable, sino que me consta que siempre ha tratado de defender a la Corona y a Dios con

todos los medios a su alcance.

—¿Cómo es eso posible si ha sustraído un libro de registro de las dependencias reales?

—Estoy convencido de que tras ese hecho hay una noble causa… —y al instante enmudeció—. Para que os hagáis una idea del compromiso que tiene con nuestro rey, lo que en verdad el acusado fue capaz de hacer… ¡Empeño mi honor en proclamar que es inocente!

Tropezando con una lengua torpe, Miguel de Almedilla terminó por callar. Acababa de darse cuenta de que no podía desvelar cómo había recuperado Tello los planos y las trazas antiguas de las celdas de fray José de Sigüenza para ayudar a Juan de Herrera y al propio rey. Fuera como fuese, aquello suponía igualmente un robo y debía quedar en secreto.

—Gracias por vuestras palabras, don Miguel. Dejaremos constancia de vuestro testimonio por si el tribunal considerara que debéis acudir al juicio —intervino el teniente con expresión molesta por una interrupción que no había llegado a ningún lado—. Dejad todo dispuesto para que el acusado sea trasladado a Sigüenza pasado mañana.

Miguel de Almedilla regresó junto a su sobrina y posó la mano sobre el hombro de Ofelia. Esta vez, la mujer sí se percató de quiénes estaban a su lado, aunque no mostró emoción alguna. Solo tenía ojos para ver cómo Tello era conducido fuera de la casa y lo subían al carro. Allí esperó unos segundos a que se reunieran en la puerta el corregidor, Pedro Saldaña, el teniente y Guzmán Martínez de la Osa.

—Alférez, proceded a sacar una patrulla a las calles para disuadir a aquellos que pretendan armar jaleo y alboroto —le ordenó el oficial—. No os andéis con miramientos. De haber altercados, reprimidlos sin contemplaciones.

Cuando los dos caballos que tiraban del carro comenzaban a trotar en dirección al consistorio, a Ofelia se le desgarró el alma. Acababa de perder a la única persona en quien confiaba para recuperar a su hijo.

34

Tello permaneció dos días en las dependencias del consistorio. El traslado hasta Sigüenza llevaría al menos cinco jornadas, por lo que se decidió que los soldados que iban a escoltar al detenido viniesen ex profeso desde el Alcázar. De esa forma no sería necesario recurrir a los militares destinados en el destacamento de las obras. Una vez llegara a El Escorial, aquel medio pelotón venido desde Madrid partiría de inmediato.

Si bien durante esos días las obras volvieron a ser aquel hervidero de actividad que tanto gustaba a Tello, las noches no podían ser iguales a las anteriores. En los corrillos que se formaban en calles y tabernas no había otro tema de conversación. La sorpresa inicial por el arresto del postulante había dado paso a un desencanto que se transformaba sin remedio en decepción. Ofelia y Constanza presenciaban cómo la reputación de Tello se iba pudriendo poco a poco delante de sus ojos. De seguir así, en pocas horas nadie apostaría un solo maravedí por él. La congoja y la tristeza impregnaron el quehacer de las dos mujeres hasta que cerraron las puertas de la tasca antes del amanecer.

En ese mismo momento, Tello era conducido desde la habitación donde había pasado esos dos días hasta el carro que aguardaba en el patio del edificio. Allí le esperaban el corregidor y Pedro Saldaña. El primero le observó con indiferencia; no así el noble, que lo hizo con gesto burlón y altivo al verle caminar cabizbajo con las manos engrilletadas a la espalda.

—Nos veremos dentro de cinco días en Sigüenza, Tábano —le dijo —, y supongo que dentro de no muchos más te despediré para siempre.

Tello fingió no escucharle, aunque aquellas palabras habían prendido su sangre más guerrera, aquella que le impulsaba a clavar

su acero a cualquiera que osara desafiarle. Daba igual si era un soldado, un asaltante de caminos o un imbécil como el de Guijosa. Que Dios protegiera a ese mezquino muchos años porque, si de él dependiera, a la más mínima oportunidad lo enviaría de una estocada a los infiernos, aunque tuviera que llevarle él mismo de la mano.

¡Oh! ¿Y por qué no intentarlo en ese preciso momento?

No tenía ningún futuro. Lo había perdido todo. Incluso ya daba por muerto a Gaspar porque solo le restaban cuatro días para hallar un cargamento oculto en el monasterio y trasladarlo a Madrid. Para cuando se cumpliera el plazo, él estaría a punto de ser colgado de una soga en la plaza mayor de Sigüenza.

A excepción del teniente, que en esos momentos hablaba con uno de los cuatro soldados que escoltarían al acusado, el resto de los militares parecían relajados, distraídos. Justo cuando dos de ellos le sostenían por los brazos, Tello hizo una rápida finta de cintura para desequilibrar a uno de ellos y que cayera al suelo. Cuando el otro se percató de lo que estaba pasando, recibió una patada en las tripas obligándole a dar con las rodillas en tierra. Mostrando la agilidad y la rapidez de un gamo, el antiguo soldado se abalanzó contra Pedro Saldaña y le lanzó una patada en la entrepierna empleando todas las fuerzas que le quedaban. Con algo de suerte, el noble terminaría hecho un ovillo y él aprovecharía para patearle la cabeza con la intención de romperle el cuello con el primer golpe, o bien aplastársela con el segundo cuando terminara de caer.

Pero su pie ni siquiera alcanzó la hombría de Saldaña. El teniente le había empujado por detrás y se trastabilló perdiendo el control sobre su cuerpo, ya que no podía manejar manos ni brazos. Convertido en un pelele, al menos tuvo los reflejos suficientes para esquivar el puñetazo que le lanzó el de Guijosa. Ya no disfrutó de más oportunidades. Los cuatro soldados le inmovilizaron como a un perro rabioso, que eso era en lo que se había convertido a causa de la frustración y la impotencia.

—Esto añadirá algo de peso a la condena —le vaticinó el corregidor cuando lo subieron al carro—. Sed sensato y no echéis más leña al fuego.

—Solo te falta blasfemar para vértelas con el Santo Oficio —rio Saldaña—, y entonces seré yo quien eche esa leña a la pira que te habrán preparado.

No hubo ya tiempo para más peleas ni mofas. Dos soldados subieron al pescante mientras, para evitar males mayores, los otros dos fijaban los grilletes con una cadena a una argolla que había en el lateral del carro. Luego se afanaron en ordenar sus petates alrededor de otro más pequeño y de color negro que contenía diversa documentación, así como las pertenencias del detenido.

De esa guisa iniciaron la marcha. Salieron del edificio y tomaron el camino de Galapagar para dirigirse a Madrid. La explanada quedó entonces a la espalda de Tello, quien, descorazonado, fue incapaz de mirar hacia atrás. Desde luego, aquel no iba a ser su último día sobre la tierra, pero lo presentía ya como el principio del fin. ¡Qué extraño y triste era todo! Los pájaros entonaban sus cantos para recibir a una aurora que no se haría esperar, el cielo estaba limpio de nubes y la temperatura era más que agradable. Sus sentidos le transportaron al instante en que llegó por primera vez a San Lorenzo el Real, un recuerdo que ahora le resultaba cercano y lejano a la vez. En esa ocasión pensó que quizá su vida continuaría bajo la protección de la Orden jerónima, pues esa fue su impresión cuando tuvo el primer contacto con Julián de Tricio.

Pero ahora nada tenía sentido. No sabía si todavía era pronto para haber purgado todos sus pecados, o bien ya no tenían perdón y debía rendir cuentas con el Altísimo antes de lo que suponía. Por si no fuera pena suficiente, tampoco se había esforzado mucho por redimirse cuando, tentado de lanzarlo todo por la borda, sucumbió a los encantos de la jovencísima y hermosa Ana. Debía asumir que no había remedio, que toda su vida había sido un continuo despropósito. Los remordimientos le corroían el alma cuando recordaba a Risco colgado de una cercha, o cómo la muerte había rozado a su amigo Pascual Cascante. Pero, sobre todas las cosas, no podía perdonarse que Gaspar llevara ya seis días desaparecido sembrando de incertidumbre y desesperación la vida de Ofelia y el resto de sus amigos. ¡Cómo no iba a merecer la horca!

Así pasó las primeras dos horas de trayecto, entre pensamientos

funestos y un arrepentimiento que terminaría por gangrenarle el alma. Resultaba inútil lamentarse de un pasado lleno de infortunios o de perspectivas futuras incluso peores, sobre todo cuando todo lo bello que le rodeaba ahora —el cielo, los ciervos observando su paso entre la arboleda, los pájaros escondidos entre el ramaje, los arroyos, ¡la vida, en definitiva!— no hacía más que ensañarse con su ánimo. Solo le quedaba admitir una existencia ya vacía y abandonarse a su suerte.

A media legua de Galapagar divisaron el campanario de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. El carro avanzaba con ritmo cansino por aquel tramo del camino que discurría entre la sombra de las encinas. Animado por su compañero, el soldado que llevaba las riendas azuzó algo a los caballos para que avivaran el paso ante el incipiente disfrute de una jarra de vino en cualquier taberna del pueblo. Aún no habían terminado de despabilar a los animales cuando observaron que un jinete venía a su encuentro al galope. El conductor avisó a la pareja de soldados que vigilaban al detenido y, precavido, frenó a los animales esperando a cruzarse con el caballero que dejaba tras de sí una nube maciza de polvo. Sin embargo, cuando estaba a pocos pasos de ellos, el jinete maniobró con su montura y se detuvo justo frente al carro impidiendo que continuara la marcha. Algo confundidos, los dos militares que iban en el pescante se dispusieron a increpar al hombre para que les dejara continuar viaje. Mas cuando le observaron, ninguno se atrevió a abrir la boca.

—Os quiero quietos, con las manos levantadas y bien a la vista.

La voz del jinete surgió algo tamizada por culpa del pañuelo negro que le cubría el rostro hasta los ojos. Coronaba su cabeza un sombrero de ala ancha que había sujetado con la mano izquierda mientras cabalgaba. En la derecha empuñaba un arcabucillo listo para disparar.

Los soldados se mostraron algo indecisos ante la orden. Aquel desaprensivo quería asaltarles y eso les desconcertaba. En cualquier caso, ellos eran cuatro, y si bien solo llevaban al cinto sus espadas y dagas, las armas de fuego estaban a mano en la caja del carro. Tratando de ganar tiempo, el conductor se giró hacia los dos

soldados que custodiaban a Tello para comprobar si habían obedecido. Ni siquiera pudo fijarse en ellos pues detrás del transporte vio a otros dos jinetes igualmente embozados y armados con pistoletes. Entonces sí levantaron las manos los cuatro.

—¡Bajad de uno en uno cuando yo lo ordene! —espetó el que tenían de frente—. Sin heroicidades ni cobardías. Quien intente atacarnos o huir recibirá un bolazo de plomo en la cara o en la espalda, que tanto me da una cosa como la otra —bramó por debajo del pañuelo.

A medida que descendían del carro, uno de los jinetes que les cortaban la escapatoria conducía a los soldados bajo una gran encina y, tras ella, los ataba de pies y manos para luego meterles un trapo en la boca.

—No llevamos nada de valor —dijo el conductor, que fue el último en bajar—. De todas formas, tomad lo que queráis menos al reo. De hacerlo, se os echarán encima todos los ejércitos, que es un asesino de nobles y lo llevamos a Sigüenza para que lo juzguen y lo cuelguen.

—Glorioso —respondió al punto aquel que parecía manejar la situación. Luego se dirigió al compañero que había atado a los soldados—. Véndales los ojos a todos. Al que se queje o se mueva lo más mínimo le vuelas la cabeza. Y este que te dé el llavín. Estoy seguro de que es él quien lo porta —dijo refiriéndose a la pieza que abría los grilletes—. Y si no lo hace, lo matas y se lo buscas.

Antes de que lo llevara detrás de la encina, el hombre rasgó una camisa que encontró en el petate de uno de los soldados para que su compañero vendase los ojos al resto. Mientras tanto, el tercer asaltante se subió al carro y liberó el pasador que atrapaba la cadena con la que habían sujetado los grilletes del preso a la caja. Luego recibió de su compinche el llavín que el conductor le había dado sin oponer resistencia alguna.

Hasta ese momento, Tello había permanecido tan atónito como los soldados. Aquellos tres asaltantes no buscaban dinero, ni joyas ni armas. Parecía que solo le querían a él. Y se convenció de ello cuando la cadena corrió por la argolla prendida al madero y uno de los hombres le liberó de los grilletes.

—Sube al caballo con mi compañero —le ordenó el que mandaba —. ¡¡Y sin tonterías!! La más pequeña estupidez te costará la vida, y sería una pena porque, estando junto a nosotros, puedes estar seguro de que vas a conservarla… por ahora.

No sabría decir por qué, pero, tal y como se lo había asegurado, parecía más una promesa que un disparo con pólvora del rey. Así que obedeció.

Se estaba acomodando en el caballo tras uno de los hombres cuando vio cómo el que parecía ostentar el mando se acercaba al carro y tomaba el petate negro, justamente el que llevaba la documentación oficial y sus propias pertenencias.

—¡Nos vamos!

Salieron al galope, pero no siguieron por el camino, sino que lo hicieron campo a través hacia la sierra. Media legua después se desviaron hacia el sur para rodear Galapagar y continuar entonces a trote vivo hacia el oeste esperando encontrar en el horizonte el campanario de la iglesia de Valdemorillo. Allí sortearon de nuevo la población y pusieron rumbo al norte hasta un pequeño bosque de castaños donde decidieron detenerse para disfrutar de un corto descanso. Si a Tello no le fallaba su sentido de la orientación, en las dos horas que habían transcurrido desde que abandonaron a los soldados en las cercanías de Galapagar, habían descrito medio círculo perfecto y se dirigían de vuelta a El Escorial.

—A esos ya los han debido de encontrar y les habrá faltado tiempo para dar la voz de alarma —aventuró el jinete que llevaba el mando mientras desmontaba—. En cuanto los caballos hayan abrevado en el arroyo continuaremos hasta Zarzalejo —concluyó antes de acercarse a Tello y desanudarse el pañuelo que le tapaba hasta los ojos.

El hombre, que por fin descubrió su rostro, era un perfecto desconocido para él: joven, fuerte, de abundantes y desordenados cabellos claros, barba arreglada y mirada inteligente.

—¿Quién sois?

No contestó. Se limitó a señalarle a uno de sus compañeros con un golpe de cejas. Tello se giró y no pudo creer lo que veían sus ojos. Frente a él, secándose el sudor del cuello con el pañuelo que

hasta entonces le tapaba la cara, tenía a Guzmán Martínez de la Osa con gesto amable, aunque no risueño.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó pesadamente, sin lograr despegarse la sorpresa de la lengua.

—No temas. Estos hombres son soldados de mi destacamento. A Damián le encomendé que diera las órdenes para que nadie pudiese reconocer mi voz —dijo señalando al que, hasta ese momento, parecía ostentar el mando.

—¿Qué queréis de mí?

—No puedo dejar que te cuelguen de una soga por esos asuntos de los que se te acusa y que, en verdad, no sé si has hecho o has dejado de hacer, pero ahora importan menos que otros —le contestó acercándose a él.

—¿Qué otros?

—Asesinatos, accidentes, incendios, robos, asaltos a la salida de las tascas, ataques de abejas, perros destripados, secuestros… —enumeró con pocas ganas mientras se quitaba el sombrero y aireaba sus cabellos—. Bien sabes lo que está sucediendo en San Lorenzo estos últimos meses y me gustaría pensar que estabas cerca de descubrirlo, pero…

—No os entiendo —le interrumpió.

—Ahora mismo eres la única persona que podría encontrar a los culpables y…

Tello le volvió a quitar la palabra de la boca:

—¿Habéis asaltado a unos soldados para liberarme y que os ayude a descubrir quién está detrás de todos esos crímenes?

El militar asintió.

—Estáis loco. ¿Qué os hace pensar que no voy a fugarme ahora mismo?

—No lo harás. Te importa más la vida de Gaspar que la tuya propia. Sé que los crímenes que se han producido en la explanada están ligados al destino del muchacho, así que no te queda más remedio que ayudarme… si es que no quieres que tu conciencia cargue también con su muerte —dijo sin despegar la vista de sus ojos—. Además, estos dos me dicen que no vas a escapar —añadió señalando el par de arcabucillos que aprisionaba su cinto—. Te

aconsejo que si vas a huir, antes trates de matarme porque no suelo errar el tiro.

Tello despreció con un gesto su fanfarronada.

—¿Qué tenéis pensado hacer?

El alférez se sentó en el suelo y apoyó la espalda en el tronco de un castaño.

—Disponemos de poco tiempo, así que intentaré que comprendas bien la situación antes de volver a montar en los caballos —dijo mientras se calaba de nuevo el sombrero—. Sé más de tu vida que tú mismo, Tello. Te llevo vigilando muy de cerca desde el momento en que pusiste los pies en San Lorenzo. Para entonces, yo ya contaba con un espía en las obras que me mantenía al tanto de todo lo que ahí ocurría. El mismo día de tu llegada le pedí que se pegara a tu trasero y te dejara solo para dormir.

—¡¡Gaspar!! —cayó en la cuenta Tello.

Martínez de la Osa hizo un gesto de complacencia.

—El muchacho ya llevaba a mi servicio un par de meses. Le ordené que trabara amistad contigo, pues me resultó llamativo que entre los monjes que habían viajado hasta el convento hubiese uno sin hábitos y fornido como un soldado. Cuando luego me enteré de que eras postulante, terminé por no fiarme de ti. Como ya te consta, Gaspar es un pillo muy inteligente y le encargué que te vigilara. Hizo bien su trabajo y poco tiempo después logró demostrarme que eras una persona noble e íntegra. De todas formas, comprenderás que, dado lo que estaba ocurriendo en las obras, mantuviera mis sospechas sobre cualquier persona que me suscitara la más mínima desconfianza. El muchacho me informaba casi a diario de lo que hacías, a quién veías, lo que comías, cuándo dormías, si ibas a los retretes del convento dos o tres o cuatro veces… Acumulaba tanta información sobre ti que muchas noches me veía obligado a subir hasta el campamento de las lavanderas para que le diera tiempo de ponerme al tanto, no solo de lo que habías hecho durante los dos o tres últimos días, sino también de las noticias que manejabas, tus intenciones, tus miedos, tus sospechas… ¡Todo! —No pudo evitar que se le escapara una leve sonrisa—. Además, coincidirás conmigo en que el muchacho se ha destapado como un magnífico

investigador. Tiene una cabeza extraordinaria para plantear teorías, suposiciones, conjeturas…

—No os enorgullezcáis de vuestra astucia —replicó Tello—. Gaspar está en peligro porque le obligasteis a mantenerse a mi lado todo el tiempo. Seguro que se sentía tan presionado por complaceros que resultó imposible controlarle.

—Tú también tienes tu parte de culpa, ¡y no es pequeña!, que poco hiciste para evitar que investigara ciertos asuntos que eran arriesgados y que, al final, puede que le cuesten la vida.

—Si no lo hubieseis pegado a mis calzas, jamás le habría conocido y, por tanto, el muchacho habría estado alejado de cualquier peligro.

Los hombres se midieron con la mirada unos segundos.

—No tenía otra alternativa. Los accidentes y los crímenes estaban poniendo en riesgo el futuro del monasterio y, en consecuencia, también los propósitos de nuestro rey y de toda la cristiandad. Es mi obligación velar por ellos. No busquemos ahora culpables —trató de apaciguar los ánimos el alférez.

—¡¡Oh, claro, por supuesto que no!! —respondió Tello acercándose a él—. Para vos Gaspar solo es una pieza de ajedrez, pero para mí es un amigo, ¡casi un hijo!

—Lo lamento tanto como tú —se disculpó el alférez.

—No os creo. De hecho, toda esta maniobra de librarme de los soldados me parece una farsa. No me extrañaría que, de alguna manera, me estéis tendiendo una trampa.

Martínez de la Osa resopló con evidente hartazgo y se acercó al petate negro que Damián había cogido del carro que le trasladaba a Sigüenza. Tras desanudar las cintas, introdujo la mano y casi al instante sacó la espada de Tello. Después se la tiró a los pies.

—Dicen que mataste a doña Inés con una daga que hacía juego con esta arma. Si tienes agallas, cógela y mide tu acero con el mío. En cualquier caso, aparte de una pérdida de tiempo, no es forma de agradecer a estos soldados ni a mí el riesgo que hemos corrido por evitarte el tormento al que estabas destinado.

Tello tomó su espada y se deshizo de la vaina. Luego observó que ni Damián ni el otro soldado habían hecho el más mínimo gesto de coger los pistoletes que llevaban sujetos en el fajín para defender al

oficial.

—Gaspar me proporcionó mucha información sobre ti. No niego tus acusaciones, pero ahora tu vida no me interesa en absoluto. ¿No te das cuenta, Tello? Hay que rescatar a Gaspar.

—¿Y qué me ocurrirá si lo logramos?

—Serás libre —le aseguró adelantando su brazo con la palma de la mano hacia arriba. Su actitud era franca, como si tratara de cerrar un pacto con él.

Tello tardó un par de segundos en decidirse a bajar su arma y plantar la mano sobre el antebrazo del alférez.

Sin más dilación, los cuatro hombres se sentaron bajo la sombra de los castaños.

—De lo último que me informó Gaspar fue de que los percances que afectaron a las obras no tenían relación con los cinco asesinatos sin resolver —prosiguió el oficial.

—Eso creo —le interrumpió Tello—. Mi amigo Pascual Cascante lo descubrió justo antes de caer herido en aquella encerrona que nos pudo costar la vida.

—¿Me dejas continuar? No tenemos demasiado tiempo —aseveró el alférez mientras posaba la mano sobre el hombro de Tello para que guardara silencio—. Gaspar me contó que, en efecto, tu amigo descubrió que los supuestos accidentes, el incendio de la carpintería y el robo de los planos eran obra de grupos compuestos por cuatro franceses que, periódicamente, se dejaban caer por las obras. Una vez contratados como operarios, se dedicaban a malograr los trabajos. Cuando el último de estos grupos se sintió acechado por tus investigaciones trataron de matarte, aunque solo consiguieron herir a Pascual Cascante y perder a uno de sus miembros al que, según me dijo el muchacho, tú mataste con su propia espada.

—Es cierto. Otro de sus miembros murió anteriormente en el accidente de la grúa.

—Lo sé, también me lo dijo Gaspar, y que la noche del ataque el mercader navarro identificó que esos hombres tenían acento francés. Vuestra conclusión fue que no solo eran herejes, sino que habían sido enviados por la cúpula de los hugonotes para luchar a favor del movimiento protestante.

—Solo quedan dos hombres, pero…

Ahora fue Martínez de la Osa quien interrumpió a Tello:

—Sobre este asunto de los franceses, lo último que me dijo fue que, por fuerza, tenía que haber alguien en las obras que facilitara su contratación.

—Eso te iba a decir: en la explanada hay un traidor, y es necesario identificarle.

Sin darse cuenta, Tello había pasado a tutear al alférez, pero el oficial no mostró reacción alguna por ello.

—Sin duda alguien se ha vendido a los franceses —convino mientras iba hasta su caballo y rebuscaba en una de las alforjas hasta que extrajo lo que parecía una capa de color tostado—. Ese alguien tuvo que facilitar a los franceses el acceso a la carpintería para prenderle fuego o a las dependencias del arquitecto para robar los planos. De todas formas, aunque Gaspar me aseguraba que cada vez estabas más convencido de que había hugonotes en las obras, yo no terminaba de creerlo. Además, tenía mis dudas de que tú fueras de fiar. Te comportabas de una manera un tanto extraña.

—¿A qué te refieres?

—Obligaste al muchacho a entrar en los aposentos de José de Sigüenza para robarle sus trabajos…

—Era la única posibilidad de recuperar cierto ritmo en las obras.

—Pero había algo que no me encajaba —se excusó antes de lanzarle la capa que había sacado de las alforjas y que Tello atrapó al vuelo—. Por eso, la tarde que ibais a *robar* los antiguos planos y las trazas de fray José, te abordé a las puertas del convento. Sabiendo que no tenías tiempo ni ganas de hablar conmigo, fingí que había llevado a cabo mis propias averiguaciones y utilicé la información de la que ya disponía. Quería probar a sonsacarte cualquier cosa que hubieras podido ocultarle al muchacho. La verdad, me costaba creer que los accidentes y los asesinatos de los cinco hombres fueran obra de distintas personas.

—Pues así es —se quejó el postulante.

—En cualquier caso, aún no podía fiarme de ti. Era consciente de que siempre que nos encontrábamos insistías en tus embustes. —No hizo caso del gesto circunspecto que mostró Tello—. Dijiste que no

sabías pelear, pero, al poco de llegar a la explanada, comprobé con mis propios ojos cómo desarmabas a un hombre. Por su parte, Gaspar ya me había contado que te deshiciste de uno de los franceses cuando trataron de mataros a Pascual Cascante y a ti, mientras que tú me aseguraste esa noche no saber nada del asunto. También me dijiste que no tenías espada y que tampoco sabías manejarla —expuso alzando las cejas—. Como podrás comprender, mi obligación era averiguar si eras un asesino o, como poco, pretendías sacar tajada de esos cinco crímenes dada tu actitud violenta y tus incontables mentiras.

—¡Vaya cuentos que inventas!

—¿Cuentos? ¡Deducciones tan válidas como las tuyas!, que no eres el único que quiere esclarecer todos estos asuntos.

—Entonces supongo que, una vez acotado el problema de los accidentes en las obras, estarás convencido de que los cinco asesinatos son ajenos tanto a esos hugonotes como a mí. —El alférez asintió—. Pues centremos nuestros esfuerzos en buscar a Gaspar y olvidemos a los franceses. Solo quedan dos en la explanada y no pueden ser tan operativos como antes. Tenerlos controlados no será difícil. Bastará con advertir a los capataces de que se cuiden de contratar laborantes extranjeros.

Martínez de la Osa mostró un gesto de aparente condescendencia.

—No va a hacer falta dar esa orden. Gaspar me explicó que os enterasteis de que ese par de hugonotes estaban escondidos cerca del campamento de las lavanderas. Por eso destiné una pareja de soldados a que deambularan de incógnito por los alrededores y descubrieran dónde se ocultaban. Tras varios días de vigilancia, escucharon decir a los acampados que dos hombres que habían sido operarios de las grúas aparecían por allí de vez en cuando pidiendo comida. Por lo visto, ponían la excusa de que estaban a la espera de que les ofrecieran trabajo en las muchas obras que ahora hay en Madrid. No tuve dudas de que mentían. ¿A qué otras obras pretendían ir si estas son las mejor pagadas con diferencia?… —argumentó con media sonrisa—. Mis soldados siguieron esa pista y lograron localizarlos más allá del campamento, en un chamizo cochambroso en mitad del monte que solo abandonaban para

buscar algo que llevarse a la boca. Así que se apostaron en las cercanías y esperaron dos días hasta que salieron. Luego procedieron a registrar el chamizo. Aunque vivían en unas condiciones miserables, aquellos tipos poseían algunas monedas, suficientes no solo para comprar comida, sino para pagarse incluso un alojamiento. Aquello ya les hizo sospechar. Sus recelos se vieron confirmados cuando descubrieron en un gran cajón de madera podrida los planos robados a Juan de Herrera. Debían de conservarlos para negociar un suculento rescate por ellos. Junto a las trazas encontraron un dibujo que mostraba cómo entrar en las dependencias del arquitecto. También hallaron un par de llaves iguales…

—¡¿Llaves?!

—Sí, Tello: dos llaves iguales. Mis hombres se hicieron con una y comprobaron que abría la puerta de la sala donde Juan de Herrera se reúne con sus colaboradores y guarda mucha de la documentación esencial de las obras. Si había dos llaves, era porque una de ellas se la había fabricado un herrero.

—Un herrero… ¡¿No te referirás a Esteban Lizar?!

—Procedimos a vigilar estrechamente a los dos sospechosos y, en efecto, hace dos noches fue a visitarles Esteban Lizar. Tras producirse el encuentro, me informaron de inmediato y di orden de que lo detuvieran.

—¡Hideputa! —se enfureció Tello. No había en la vida otra cosa que más le escociera a un soldado que la traición—. Lo mataré en cuanto me tope con él.

—No tan rápido. Como recordarás, la tarde anterior te habían arrestado y esa misma mañana se había celebrado la vista en casa del corregidor en la que resolvieron trasladarte a Sigüenza. Cuando al anochecer descubrimos que el herrero estaba conchabado con los franceses y ordené detenerle, no pudieron localizarle en la habitación que ocupaba en la Casa de Acogida. Ayudados por otros soldados, mis hombres recorrieron todas las posadas, mesones y tascas que hay alrededor de las obras. Incluso hablaron con varias lavanderas y visitaron un lupanar que hay en El Escorial, pero no dieron con él. La última vez que alguien lo vio fue cuando acudió a

tu vista en casa del corregidor. Luego no volvió al trabajo. Su habitación estaba limpia: no quedaba ropa, ni dineros, ni documentos, nada. Antes de perder todo lo ganado hasta entonces, decidimos volver al chamizo para capturar a los dos franceses. Afortunadamente, Esteban también había traicionado a sus cómplices, pues aquel par de infelices continuaban allí. Pero el capataz había huido. Tras recuperar los planos, procedimos a interrogarles. Allí mismo supimos que algunos destacados hugonotes habían contactado con el herrero hacía varios años para que les facilitara la entrada en las obras. Esteban tenía tanto gusto por los credos protestantes como por las monedas que le pagaban por su información. También confesaron cómo manipularon la grúa para que saltara por los aires, lo de los tres *apóstoles* que utilizaron en el incendio de la carpintería y cómo intentaron disuadirte para que no siguieras investigando. Fue el propio capataz quien mató a tu perro.

—Así que mató al pobre Risco y luego fingió estar conmovido… —rabió Tello.

—Menos escrúpulos tuvo cuando, por boca de los dos franceses, supimos que fue Esteban quien envió un mensajero hasta Guijosa para delatarte como Tábano ante Pedro Saldaña.

—¡¡Maldito bastardo!! Dios quiera que nunca me cruce con él. ¡¡Lo mataré!!

—Calma, Tello… Ahora Esteban Lizar nos lleva más de un día de ventaja. Va a ser muy difícil que podamos localizarle. Habría que movilizar soldados en más de cinco leguas a la redonda.

—Lo que no me explico es cómo dijo no reconocerme cuando me arrestaron. Fue la misma actitud que tomó durante la vista en la casa del corregidor cuando Pedro Saldaña le pidió que me identificara.

Martínez de la Osa tardó unos segundos en hablar.

—Lo único que se me ocurre es que, si negaba saber que eras Tábano, nadie tomaría en consideración su testimonio y eso le dejaría el campo libre para huir. De hecho, se fue nada más comprobar que ibas a ser trasladado a Sigüenza.

—¡¡Hideputa!!

—Deja de lamentarte, cúbrete con el manto y volvamos a los

caballos. Este asunto de los hugonotes está cerrado. Conociendo cómo se las ingeniaron para actuar en las obras, estaremos prevenidos para impedir que vuelvan a hacerlo. Ahora no tenemos tiempo que perder. Hay que encontrar al muchacho y no sabemos por dónde iniciar la búsqueda.

—A Gaspar nos lo devolverán si cumplo con las exigencias de quien lo retiene.

—¿Exigencias? ¿De qué diablos estás hablando?

—Tenemos trabajo —le dijo Tello poniéndose en pie—. Escuchad todos con atención.

35

Tello no escatimó detalle cuando expuso a los militares todo lo que le había ocurrido desde que desapareció Gaspar. Fue así como Martínez de la Osa supo que alguien se había apropiado de treinta mil reales y que aquella fortuna estaba oculta en algún lugar del convento. Ahora tenían que recuperarla a cambio de la vida del muchacho. Tello hizo entonces gala de su buena memoria al reproducir de palabra las dos notas que había recibido.

—Ya han transcurrido tres días desde que recibí el segundo mensaje —prosiguió—. Por lo tanto, solo restan cuatro para cumplir con sus exigencias.

—No hay más remedio que hacernos con ese cargamento y transportarlo a Madrid —admitió el alférez.

—Es fácil decirlo, pero ¿tienes alguna idea de cómo hacerlo? —se quejó Tello—. Porque yo no puedo aparecer por la explanada, mucho menos por el convento.

El oficial chascó la lengua al advertir que se había precipitado.

—De momento pongamos rumbo a El Escorial —salió del paso—, y sigamos parte del plan que ya tenía decidido para cuando te liberáramos de la custodia de los soldados. El resto lo pensaremos por el camino.

Antes de llegar a El Escorial, los jinetes se desviaron hacia el oeste y rebasaron Zarzalejo para no pasar cerca del campamento de canteros que trabajaban en la construcción del monasterio. Media legua más allá encontraron un pequeño carromato detenido bajo un fresno. Lo manejaba otro soldado sin uniforme que, nada más verlos, descendió del pescante y saludó al alférez.

—En la caja encontrareis todo lo que lleva un buhonero —le dijo al oficial sin quitarle la vista de encima a Tello.

—Ahí dispones de todo lo necesario para pasar desapercibido —le

aclaró Martínez de la Osa desde su caballo—. En principio tenía previsto que te movieras por los alrededores del pueblo en busca del responsable de los asesinatos, pero ahora creo que es mejor que te sitúes en un lugar desde el que puedas ver la salida de mercancías del convento. Si van a sacar un cargamento de allí, tendrás que estar muy pendiente de los carros que aparezcan por la lonja. Yo me ocuparé de saber si se ha recibido esa comunicación de Madrid con el encargo que mencionaba la nota.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Ya se me ocurrirá algo. Por de pronto, dedícate a vigilar la lonja por las noches y yo me turnaré contigo por el día de tal forma que puedas descansar. Para evitar cualquier contratiempo, mis hombres vigilarán las inmediaciones. Lo harán camuflados entre los obreros o se apostarán a poca distancia de donde te encuentres.

—¿No te fías de mí?

—¿Acaso no he permitido que te quedes con tu espada?

Tello y Martínez de la Osa no volverían a verse hasta la madrugada del día siguiente. Tal y como habían acordado, el antiguo soldado se fue aproximando a la explanada a la vez que soportaba una batalla de escarabajos dentro de su estómago. Cualquier cosa que alcanzaban a ver sus ojos hacía que sus entrañas se removieran en un violento espasmo, ya fueran los trabajadores que desbastaban y perfilaban los sillares o el bailoteo de los picos de las grúas que alzaban sin esfuerzo las piedras hasta los andamios. Incluso el dulce sonido de la campana que abría y cerraba las jornadas le amargaba en los oídos.

Con aparente desgana, el carromato tirado por una mula perezosa cruzó la lonja que daba al monte Abantos y se detuvo a un centenar de pasos de las puertas que se abrían a las cocinas del convento. Detrás de ellas estaba la rampa por donde se introducían las mercancías en los sótanos. No era el mejor sitio para observar a los comerciantes en sus carros, pero estaba apartado y era tan discreto que no despertaría el interés de nadie. Además, a su izquierda se levantaban varios talleres y almacenes que impedían que alguien le distinguiera desde otras edificaciones, incluida la casona de Miguel de Almedilla. De esa manera, no solo reduciría el riesgo de

encontrarse con Ana sino que domaría la tentación de querer ver su hermoso rostro aunque fuera por última vez.

Antes de que el cansancio le venciera, se sorprendió al ver que, en cosa de pocos minutos, varias patrullas provenientes de El Escorial se reunían en la lonja con evidentes muestras de nerviosismo. La noticia de su fuga a las puertas de Galapagar tenía que haber llegado ya al consistorio del pueblo y el teniente habría sacado a sus hombres a la calle para comenzar la búsqueda. De todas formas, hasta el amanecer no podrían repartirse por las diferentes rutas de escape que se propusieran rastrear. Tampoco tenía duda de que el señor de Guijosa no se movería de allí convencido de que Tello iría a su encuentro para vengarse. Razón no le faltaba porque era lo que le pedían la cabeza y las tripas, esperar a que el pueblo y las obras se quedaran apenas con un puñado de soldados para acercarse a El Escorial y trinchar como un pavo a Pedro Saldaña. Pero antes tenía que encontrar a Gaspar.

Tello se hizo un sitio para tumbarse entre los cachivaches que atiborraban la plataforma de la carreta y durmió toda la noche de corrido hasta que los primeros cantos de los pájaros y el relente de la madrugada le despertaron. La lonja permanecía tranquila en la penumbra. Aún tardaría en acoger a los primeros trabajadores y la llegada de los carros. El hambre apretaba y buscó sin suerte algo con lo que llenarse el estómago entre las mercaderías que tenía alrededor.

No le duró demasiado el berrinche. La claridad del amanecer se adivinaba tras las obras cuando vio que alguien se acercaba al pequeño carromato. El hombre llevaba un manto color tostado muy parecido al suyo y cubría su cabeza con el capuchón vencido hacia abajo. Aun en la distancia, supo que se trataba del alférez por sus andares decididos.

—Ayer, mientras tú buscabas un lugar para situarte y pasar la noche, yo hice una visita al convento —le dijo al tiempo que subía y le entregaba un pequeño hatillo con algo de lomo y queso—. Antes que nada, debes saber que Julián de Tricio ha envejecido cien años

tras tu marcha. Está profundamente afectado.

A Tello le impresionaron las palabras del militar, pero pronto se recompuso.

—¿Qué diablos has ido a hacer al convento?

—¿No lo recuerdas? El prior me pidió que le mantuviera al corriente de lo que averiguara sobre la muerte de fray Tomás. Con esa excusa fui a verle, aunque solo fuera para transmitirle que no tenía novedades. En realidad, lo que me interesaba era saber si había llegado ese correo de Madrid y, de paso, indagar dónde pueden estar ocultos esos treinta mil reales.

—No te va a permitir que pongas un pie más allá de la cerería o de su despacho.

—Lo sé, lo sé… —asintió condescendiente mientras le pedía calma con la mano—. Pero creí necesario escarbar algo más en los manejos que fray Tomás llevaba a cabo con la miel y la cera que le proporcionaban tanto las colmenas de la Orden como los apicultores de la comarca.

—Ha sido una empresa inútil —vaticinó Tello.

—Eso pensé cuando el prior me dijo que los tratos y los dineros eran responsabilidad del padre pagador, que fray Tomás se limitaba a informarle de lo que tenía que hacer. Entonces le convencí para bajar a la cerería y echar otro vistazo al lugar del crimen. Sabía que no hallaría nada nuevo, pero me daría la oportunidad de conocer al monje sustituto de fray Tomás.

—Se trata de un hombre demasiado introvertido. Yo no le saqué más que síes y noes. Al final me permitió ver los almacenes, pero no encontré nada.

—Conmigo se comportó de igual modo, aunque no fue tan parco en palabras cuando Julián de Tricio se interesó por sus últimas y constantes ausencias a oraciones y misas. El monje le dijo que llevaba varios días muy atareado preparando cierto encargo que le había llegado desde Madrid. ¿Te das cuenta, Tello? ¡Un encargo de Madrid! La noticia me cogió tan de improviso que tuve que contenerme para no comenzar a interrogarle allí mismo. Cuando el prior le pidió que se explicara, el monje ya no fue tan lacónico.

«—La solicitud me la trasladó el padre administrador de la

despensa —le aclaró—. Al parecer, recibió un pedido en la correspondencia mercantil que viene del Alcázar, y yo aún no me sé manejar bien en la cerería ni en los almacenes.

»—Martín de Gaztelu no me ha hecho ninguna alusión a ese encargo, y eso que me cruzo cartas todas las semanas con el secretario de Su Majestad —se quejó fray Julián—. ¿De qué se trata?

»—Velas, padre prior —contestó el monje, un tanto volado—. Un gran pedido de cera virgen y de velas que hay que enviar a los almacenes reales, ¡nada menos! Me ha costado un mundo localizar todo lo que solicitan, pero ya lo tengo organizado al completo. Ha quedado apartado del resto de las existencias para que no haya confusiones. También he hablado con el padre despensero y le he pedido que busque un par de carros para el transporte. Me ha dicho que tardará dos o tres días en hacerse con ellos. El buen ritmo de las obras hace difícil encontrar carretas desocupadas. No me extrañaría que, al final, nos veamos obligados a preguntar en alguno de los pueblos cercanos.

»—Pues ya puedes darte prisa o vamos a tener problemas —le conminó el prior—. El tiempo de cosecha se acerca y los campesinos comienzan a desplazarse a los sembrados. Así que no lo dejes pasar. Es necesario encontrar cuanto antes esos dos carros. Yo voy a leer la correspondencia recibida hoy —farfulló molesto Julián de Tricio—. No sé si habrá llegado alguna de las aburridas misivas de Martín de Gaztelu, pero, de haberlo hecho, aprovecharé para retener unos días la entrega del género y echarle en cara su desconsideración si no menciona nada acerca de este asunto».

Tello y Martínez de la Osa se observaron unos segundos en silencio.

—Ese es el cargamento que tengo que llevar a Madrid —se impacientó Tello.

—Tiene que serlo —coincidió el alférez—. Cuando regresé con el prior a su torre y revisó las cartas llegadas desde la corte, había una del secretario. Fray Julián comenzó a leerla con avidez. En la tercera hoja se hacía referencia a la compra de ánforas y pellejos con cera virgen destinada al Alcázar, así como de diez millares de velas: cinco mil para uso ordinario y otras tantas para uso real. Entonces el prior

se reclinó en su sillón y elevó los ojos a la pared de enfrente como si estuviera pidiendo consejo a las pinturas de santos que hay sobre una hermosa librería.

«—Me preocupa que nos quedemos sin remanente. Tendré que preguntar cuántas reservas tenemos —me dijo tras pensar unos segundos—. En cualquier caso, si han autorizado este cargamento con destino al Alcázar, no puedo negarme».

Tello le hizo un gesto al alférez para que detuviera su relato.

—Me consta que en la cerería hay un gran excedente de todo tipo de artículos. En concreto, tiene velas para uso exclusivo de la Corona que cubrirían la demanda durante varios años —le explicó el postulante—. Están agrupadas en cajas que van marcadas con las letras «FIIR» para distinguirlas del resto. Esas velas solo se utilizan cuando el rey se hospeda en San Lorenzo el Real.

—Pero eso no aclara por qué han hecho el pedido precisamente a este convento. Supongo que en todas las cererías se fabrican velas blancas, aunque también es cierto que quizá en otros lugares no dispongan de tantas.

De repente, Tello le pidió silencio. Había una idea rondándole la cabeza y no terminaba de atraparla.

—¡Oh! —exclamó palmeándose los muslos—. ¡Claro! Ese encargo incluye cajas marcadas con las letras «FIIR». Supuestamente, todas contienen velas blancas porque son para la Corona. Nadie, a excepción del monje administrador de la cerería, se atreverá a comprobar su contenido. Estoy seguro de que nuestro asesino está aprovechando esta circunstancia para introducir en ellas las treinta mil monedas.

—¿Cómo demonios puedes estar seguro?

—Agustín de La Hoya, el apicultor que murió atacado por sus propias abejas, únicamente fabricaba velas de cera purificada. No puede ser una coincidencia.

—Eso ata solo uno de los cabos —dudó el alférez.

—¡Más de uno, Martínez! Si toda la cera almacenada en el convento está dedicada al autoconsumo, y ahora se ha pedido un cargamento para llevarlo a Madrid, es porque el dinero permanece escondido en algún lugar tan recóndito de los sótanos que ni yo ni

nadie hemos sido capaces de descubrirlo. Por eso el monje de la cerería se quejaba de que le había costado un mundo encontrar lo que se le solicitaba. De continuar con vida, fray Tomás no hubiera tardado en dar con ello porque, estoy convencido, era él quien lo ocultaba a los ojos de todos.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Si la explicación a este misterio es como la estás planteando y el pedido viene del propio secretario real, tu intuición puede incriminar a Gaztelu.

—Como si tengo que inculpar al mismísimo Felipe II. No cejaré en tirar del hilo hasta saber toda la verdad y descubrir al culpable —sentenció con decisión—. Debo encontrar a Gaspar, vivo o muerto. Y vive Dios que lo haré.

No era la teoría más sólida que podían manejar, pero estaban de acuerdo en que aquel pedido de cera y velas era el que Tello tenía que conducir hasta Madrid.

—¿Cómo podríamos hacernos con el cargamento? —preguntó el antiguo soldado—. Si alguien me ve por las calles, me reconocerá. Tampoco es conveniente que entre en el convento, mucho menos que me presente ante Julián de Tricio para pedirle que deje bajo mi responsabilidad el encargo para el Alcázar.

—Sería un acto desaprensivo. No solo eres un fugitivo, sino que tendrías que explicarle cómo ha llegado a tus oídos la petición de Madrid y, sobre todo, por qué quieres realizar ese transporte.

El prior era un hombre inteligente y ambos lo sabían. Por mucho que le dijeran que esas velas podrían salvar la vida de Gaspar, no le cabría la más mínima duda de que había gato encerrado.

—No tardaría en atar cabos y unir el cargamento de cera con la muerte del apicultor y los más de treinta mil reales estafados a la Corona —prosiguió Tello—. Yo mismo le expliqué la relación que podía haber entre todos ellos… Aunque, ahora que lo pienso, él no sabe a ciencia cierta que Gaspar está secuestrado. Únicamente le dije que el muchacho había desaparecido y que podía estar junto al dinero. Habría que convencerle de que solo robando las carretas daremos con su paradero.

—¿Vas a obligar a un prior a que mienta y a que robe?

—¡Se trata de salvar una vida!

Martínez de la Osa se rascó la barba mientras guiñaba los párpados buscando una solución.

—Cuantas menos personas estemos involucradas en el secuestro de Gaspar, más seguras serán nuestras maniobras —dedujo casi palabra a palabra—. Dejemos a fray Julián en la ignorancia y con la conciencia tranquila, y seamos nosotros quienes corramos todos los riesgos.

—¿A qué te refieres?

—Las dos carretas llegarán al convento, cargarán la mercancía que esconde los dineros y pondrán rumbo a Madrid. Antes de que lleguen a Galapagar, tú y yo las asaltaremos y dejaremos a los conductores a buen recaudo. Así nos aseguramos de que no les ocurra nada y evitamos que den la voz de alarma. Tan solo serán unas horas de cautiverio. Si todo resulta como dice la nota, continuaremos camino al Alcázar y en algún punto del trayecto nos robarán la carga. Luego, de vuelta a San Lorenzo, y ya con Gaspar en nuestro poder, liberamos a los carreteros y nos presentamos ante fray Julián para que nos aconseje si debemos confesar públicamente nuestras culpas o solo ante Dios.

—Estás más loco que yo —le acusó Tello con media sonrisa—. Admito que no es mala idea, aunque recuerda que el padre despensero se ha concedido tres días para encontrar dos carreteros que estén disponibles. Espero que no se haya quedado corto porque, más allá, vencerá el plazo que me dieron para llevar el cargamento a Madrid y, de no cumplirlo, no volveremos a ver a Gaspar.

Convinieron que Tello no se moviera de su posición. Era crucial que permaneciera oculto a la vista de transeúntes y curiosos. Tampoco hablaría con nadie por mucho que pensara que podía ayudarle. Por mínimo que fuera, el contacto con Ofelia, Constanza, Ana o Miguel de Almedilla quedaba prohibido. También lo estaba relacionarse con cualquier operario de las obras o con los monjes del convento, incluido Julián de Tricio.

—… aunque sea bajo *secreto de confesión* —le advirtió el alférez —. No tentemos a la suerte. De hecho, ordenaré a varios de mis hombres que se muevan por los caminos que bordean el monte o

desembocan en la explanada por si divisaran los carros. Estar prevenidos juega a nuestro favor.

Durante los dos días siguientes, a Tello no le costó demasiado quedarse en el carromato y mantener la boca cerrada. Lo que sí le hizo sufrir fue contemplar cómo llegaban carretas, comerciantes y mozos al convento sin que nada obedeciera a lo que estaba esperando. Los transportes y las personas que subían y bajaban a los sótanos por la rampa de la entrada a las cocinas actuaban como era costumbre. Nada hacía pensar en algo que se saliera de lo habitual: todas venían cargadas y se iban de vacío.

Aquella situación llevaba a maltraer el ánimo del antiguo soldado. Necesitaba que las tornas cambiaran. Se había cumplido ya el noveno día desde que raptaron a Gaspar en su chamizo y sabía que estaba herido. Las manchas de sangre en el suelo así lo atestiguaban. Debía rescatarlo cuanto antes. Por eso, cada minuto que permanecía observando la lonja ansiaba con más fuerza que, de una vez por todas, aparecieran un par de carros sin mercancías y salieran de las tripas del convento con sus plataformas repletas.

En uno de los relevos, Martínez de la Osa le aseguró que, llegado el momento, él mismo requisaría un par de carretas o enviaría a dos soldados a que las robaran de donde fuera.

—Nos haremos con el cargamento aunque sea bajo delitos, mentiras y engaños, pero no me quedaré de brazos cruzados —dijo antes de regresar al cuartel tras haber terminado su turno.

La actitud y el compromiso del alférez eran encomiables, pero la angustia que sentía Tello aumentaba minuto a minuto hasta casi rozar la locura. Veía sin remedio cómo se le venía encima el último día para cumplir con las exigencias impuestas para recuperar al muchacho, siempre y cuando continuara con vida.

—La próxima madrugada puede ser la última de Gaspar… —se temió Tello mientras comía sin muchas ganas algo de carne seca que le había sobrado de la mañana.

Fue entonces cuando lo vio. Caminaba en compañía de uno de los alguaciles de El Escorial por las lindes de la lonja y le hablaba con

vehemencia. A juzgar por los insultos que llegaban a sus oídos atenuados por la distancia, Pedro Saldaña parecía estar echando espumarajos por la boca.

—El asesino de mi mujer ha escapado… Sois unos incapaces… Necios… Vagos…

Tello echó una rápida ojeada a los alrededores. No había nadie más a la vista. El señor de Guijosa rugía a menos de cincuenta pasos del carromato. Una catarata de tentaciones comenzó a ablandar la voluntad de Tello, un deseo frenético por precipitarse sobre él y pasarle su acero de parte a parte. Eso contravenía el pacto que había hecho con el alférez y pondría en peligro todos sus planes para sacar el cargamento de las despensas y localizar a Gaspar, pero quizá no tuviera otra oportunidad para ajustar cuentas con aquel malnacido. ¿Por qué no arriesgarse?

—Porque quizá sea una trampa —se dijo tratando de templar los ánimos—. Pedro Saldaña conoce mi juego. Sabe que, tras haber escapado, no sería extraño que me mantuviera al acecho para vengarme. Por eso se está dejando ver por la explanada, porque confía en que yo aparezca. Si estoy en lo cierto, tendrá un pelotón de soldados escondido en cualquier parte para cuando decida enfrentarme a él, y entonces me darán muerte como a un perro. No vale la pena arriesgarse.

»Pero es que…

El señor de Guijosa y el alguacil se detuvieron un instante cuando vieron salir el pequeño carromato del buhonero a través de la penumbra que había al fondo de la lonja. Luego giraron sobre sí mismos y retomaron el paseo en dirección contraria. De cuando en cuando, el corchete volvía la vista para comprobar que la carreta del chamarilero se acercaba a ellos tirada por una mula hastiada que no tenía muchas ganas de avanzar. Aun así, el animal los alcanzó hacia la mitad de la explanada y luego se detuvo. A continuación, se escuchó un golpe seco que obligó a Pedro Saldaña a hacerse a un lado. Cuando quiso darse cuenta, el alguacil yacía en el suelo.

—No está muerto, pero el dolor de cabeza le va a durar semanas. —Una sombra apareció detrás de la mula. Llevaba un buen garrote en la mano derecha que pronto lanzó al interior del carromato—. De

esta noche no pasa que tú y yo zanjemos nuestras diferencias.

Tello desenvainó su espada y Pedro Saldaña hizo lo propio. El rictus del noble había pasado de la sorpresa a la satisfacción en menos de un segundo. El antiguo soldado ignoraba si aquel gesto de felicidad idiota era porque se estaban cumpliendo los planes que el de Guijosa había tramado o porque estaba deseando medirse con él. En cualquier caso, no disponía de mucho tiempo. El sonido de los aceros chocando en el silencio de la noche despertaría el interés de cuantos estuvieran en las cercanías, y eso incluía al centenar largo de monjes del convento. Si no se daba prisa, tendría encima multitud de testigos.

Solo hicieron falta dos golpes para que Tello supiera que se había precipitado. Pedro Saldaña había perfeccionado su manejo de la espada, y él llevaba tres años sin utilizarla. Le costaba maniobrar con rapidez, mover manos y pies con soltura, llegar a tiempo para detener sus envites, encontrar el hueco por donde colarse y herirle. Sin duda se había dejado llevar por el deseo irrefrenable de acabar con semejante despojo, y aquella imprudencia iba a provocar que fuera aquel ser ruin quien terminara con él.

Porque no había duda de que Pedro Saldaña iba a por todas. Su mano izquierda no se demoró demasiado en sacar la daga de vela con la que mató a su propia mujer para desesperación de Tello, que ahora tenía que cuidar ambos flancos. En un segundo volvió a pararle dos, tres, cuatro golpes. No pudo con el quinto, que le abrió un pequeño corte en la bocamanga del jubón, muy cerca de donde, tres años atrás, le había herido en el antebrazo.

—La historia se repite —se regodeó el noble—. Con semejante precedente, esta vez ya puedes darte por muerto, Tábano.

Pudo ser el hecho de escuchar aquel apodo que tanto orgullo le había suscitado en el pasado y que tanta repugnancia le causaba ahora, pero lo cierto fue que, en ese momento, sintió cómo todo su ser retomaba el nervio de combates casi olvidados. Ya no había lugar para precauciones o vacilaciones. Ante sus ojos tenía a un hombre dispuesto a acabar con él. De nuevo solo cabía matar o morir.

Y si todo estaba perdido, mejor morir matando.

Entonces contraatacó con furia. Dos golpes rápidos, y luego otros dos, y después uno a cada lado. Y otro arriba, y otro abajo. Y otro todavía más abajo que obligó a Pedro Saldaña a esforzarse en su defensa. ¡Oh, el de Guijosa había mudado su rictus! De regocijarse con sus ataques, ahora se concentraba en detener las estocadas de Tello, que parecía enloquecido aunque sus movimientos eran cada vez más precisos.

El final llegó como el chispazo producido por un rayo. Comenzó cuando se oyeron voces en la lejanía. Los curiosos se estaban acercando. Así debió de sospecharlo Pedro Saldaña, y aunque su falta de atención duró un parpadeo, cuando quiso darse cuenta Tello le había quitado la daga que sostenía su mano izquierda. A continuación, fue su espada la que voló por los aires a causa de otro golpe certero. El arma no había caído aún al suelo cuando la punta de la espada del antiguo soldado se posó bajo su esternón.

—No irás a matarme a sangre fría… —le desafió Saldaña con soberbia.

—Asesinaste a Inés y has tratado de acabar conmigo —masticó las palabras.

El de Guijosa sintió la furia de Tello en sus ojos, en su rostro, en todo su cuerpo. Estaba fuera de sí. Debía cambiar de estrategia si no quería morir allí mismo.

—No puedo negarlo, Tábano —admitió relajando los brazos y mostrando una actitud algo más dócil, casi rendida—. Quizá me haya excedido.

—Siempre lo has hecho, y en esta ocasión no ha sido distinto. Incluso teniendo todo lo que querías, dos títulos, un pueblo, la condición de caballero…, has tenido que venir hasta aquí para prenderme; una frivolidad innecesaria. ¿No te das cuenta? Tanto si soy condenado como si no, tu vida no va a cambiar. Saber que estaba vivo solo te importunaba la conciencia y la memoria. Quieres borrar tu pasado, no castigar el mío.

—De nuevo tienes razón. Te seguía creyendo vanidoso y pendenciero, pero a lo largo de estos días me he percatado de que no queda nada de Tábano. Ahora eres un buen hombre, te hiciste postulante con la idea de entregarte después a los demás como

novicio. No hay duda de que ya no contemplas delatarme como el asesino de Inés o vengarte de mí —confesó con media sonrisa nerviosa mientras hacía ademanes conciliadores con las manos a la altura de su fajín—. En verdad te has convertido en alguien que solo busca servir a Dios y predicar la paz entre sus semejantes. No te alejes de esa senda de virtud. Yo puedo ayudarte a conseguirlo.

—Se me han quitado las ganas.

Ni siquiera tomó impulso, sino que lanzó el brazo hacia delante con una violencia insólita en él. El acero penetró bajo el esternón de Pedro Saldaña. En un rápido movimiento, Tello sacó la hoja y le dio una dura estocada que traspasó su cuerpo. Cuando extrajo el arma, el noble cayó de rodillas para luego desplomarse sobre la tierra. El dolor era tan intenso que incluso le impedía gritar. Tello sabía que no moriría de inmediato. En dos minutos, acaso tres, perdería el sentido y luego le llegaría la muerte. De todas maneras, aquel canalla tendría tiempo de darse cuenta de que se iba derecho al infierno.

El antiguo soldado se agachó, le miró a los ojos y sonrió.

—Saluda a Satanás de mi parte y pídele sitio para cuando yo llegue —le susurró mientras le quitaba el arcabucillo que tenía sujeto en el fajín.

Tello había descubierto el arma cuando, segundos antes, el noble hizo intención de empuñarla mientras hablaba y gesticulaba con las manos. Lanzar la estocada fue un acto instintivo de pura supervivencia, algo irremediable.

Apartó la vista del moribundo y recogió la daga. Entonces escuchó las voces en las cercanías de la lonja. También observó algún farol. Y antorchas. Aún dudaba de cómo proceder ante la inminente llegada de inoportunos testigos cuando percibió tras él los sonidos que escupían dos aceros chocando entre sí. Se giró de inmediato y descubrió a dos hombres luchando espada en mano.

—¡Sube al carromato y sal de aquí! —le dijo uno de ellos—. Nosotros entretendremos a los curiosos.

Reconoció al hombre. Era uno de los soldados a las órdenes del alférez.

Los dos militares continuaron simulando que se batían en un duelo. Poco a poco fueron alejándose para atraer la atención de las

personas que se acercaban a donde Pedro Saldaña acababa de morir. Tello regresó al carromato, maniobró con las riendas y la mula dirigió sus pezuñas hacia el lugar que había ocupado las noches anteriores. Mientras guiaba al animal, los dos militares se alejaban hacia el vértice que unía las dos lonjas poniendo tierra de por medio entre ellos y el cadáver que se había desangrado un centenar de pasos atrás. Y así fingieron su combate hasta que consideraron que los mirones ya estaban a suficiente distancia como para que pudieran identificarlos. Entonces cesaron los golpes y desaparecieron en la negrura de la noche.

Tello detuvo el carromato a salvo ya de miradas indiscretas. Aquellos que habían seguido a los soldados ahora parecían dispuestos a ir tras ellos por las faldas del monte, aunque no terminaban de ponerse de acuerdo. Poco después, alguien descubrió el cuerpo del de Guijosa al tiempo que, dos docenas de pasos más allá, varios transeúntes reanimaban al alguacil descalabrado. A partir de ese momento, la lonja se llenó de más curiosos y de algunos soldados, entre los cuales estaban los dos que tenían orden de vigilarle por las noches, los mismos que le habían salvado de ser descubierto con las manos manchadas de sangre gracias a su idea de representar un duelo. También aparecieron algunos monjes, con Julián de Tricio a la cabeza. La paz había volado aquella noche de San Lorenzo el Real y no regresaría al menos hasta el día siguiente.

—No creí que fueras tan idiota —escuchó una voz a su espalda.

Sin perder un segundo, Tello se revolvió blandiendo la daga en su mano derecha. Allí solo encontró a Martínez de la Osa. El oficial acababa de llegar a la carrera desde el cuartel.

—Será preciso que te muevas de aquí antes de que amanezca —añadió—. Cualquiera terminará por acercarse para ver si has visto algo. Vamos a perder un lugar privilegiado para observar la entrada de mercancías del convento. No sé cómo lo haces, Tello, pero siempre me lo pones difícil.

—Las deudas se cobran cuando hay oportunidad —le espetó devolviendo la daga a su cinto—, y ese cretino tenía una muy grande conmigo.

—Tu imprudencia nos ha podido costar caro si te hubieran

descubierto o hubieses resultado herido.

—Lo hecho ya no tiene remedio, a Dios gracias. Ahora déjame pensar qué diablos vamos a hacer para sacar el cargamento del convento, porque las carretas que esperábamos no han aparecido y mañana se cumple el plazo.

Martínez de la Osa agarró con fuerza el brazo de Tello para que este le mirara a los ojos.

—Tus irrefrenables ganas de tomarte el desquite por poco malogran todo lo que hemos conseguido hace un par de horas.

—¿A qué te refieres?

—Mis hombres divisaron al anochecer dos carretas que venían sin carga por el camino de Valdemorillo. Cumpliendo mis instrucciones, las interceptaron antes de que llegaran a El Escorial. —Hizo una pausa para calmar su enfado. En verdad le estaba costando controlarse después de que Tello hubiese ajustado cuentas con el señor de Guijosa—. Mis hombres han comprobado que, en efecto, esos dos carros vienen a recoger un cargamento para llevarlo al Alcázar de Madrid.

—¡Oh, fantástico!

—No tan aprisa… Los conductores tienen previsto pasar la noche en una posada, descansar todo el día siguiente y presentarse en el convento pasado mañana. No saben si iniciarán el viaje de vuelta nada más cargar sus carros o esperarán otro día más. Para entonces ya será tarde.

—Entonces debemos hacernos con esas carretas a lo largo de mañana.

—Déjalo de mi cuenta. Ahora descansa. Necesitaremos estar frescos si queremos evitar complicaciones, porque riesgos, desde luego, los vamos a correr.

Tello se hizo un ovillo en una de las esquinas y trató de dormir. Sin embargo, las imágenes de los borbotones de sangre oscura que habían escapado del pecho de Pedro Saldaña importunaban su memoria con insistencia y le hacían volver a otros tiempos en los que ambos se entendían con un simple guiño. Habían sido cómplices en la guerra y en la paz hasta que el cuello de Inés se interpuso entre ellos. Fuera como fuese, no se sentía culpable ni tenía

remordimientos por lo que acababa de hacer. Había librado al Imperio de una alimaña. Si el rey supiera toda la verdad, quizá terminaría por nombrarle caballero a él.

En esas estaba cuando escuchó una voz de mujer que le resultó familiar entre los curiosos que se arracimaban alrededor del cadáver. Si bien muchos portaban antorchas y faroles, desde allí era imposible distinguir rostro alguno. Pero aquella voz… ¡Sí, era la de Ofelia! A los pocos segundos también identificó la de Constanza. Ambas parecían muy alteradas, sobre todo Ofelia. Aunque sabía que no podía moverse de su posición, la curiosidad y el cariño que les tenía doblegaron con facilidad su deber. Bien embozado con su manto de buhonero, abandonó el pequeño carromato y se desplazó bordeando la lonja hasta llegar al sitio donde aún permanecía el cuerpo de Pedro Saldaña. Los soldados que había en las proximidades trataban de disolver los corros de curiosos que se resistían a abandonar el lugar. Entonces pudo ver a las dos mujeres. Constanza abrazaba a una Ofelia que, rota de dolor, lloraba entre hipos y sollozos.

—La pobre creía que habían matado a un amigo —le decía la dueña de la tasca a uno de los obreros que andaban por allí y que había tratado de tranquilizarla sin éxito.

—No aguanto más… —se escuchaba gemir a la mujer—. Me han quitado a las dos personas que más quería en este mundo…

—¡Pero Tello escapó! —le decía Constanza—. Tiene que estar vivo.

—Lo capturarán y lo matarán sin darle oportunidad de defenderse como hicieron con mi Gaspar, mucho más ahora que el señor de Guijosa ha muerto… —se desesperaba en un llanto desgarrado—. ¿Qué puedo hacer sino esperar la muerte porque a la vida ya no me ata nada?

Tello no soportaba verla así. Todo su cuerpo quería avanzar hacia ella y, aunque solo fuera con su presencia, ofrecerle un consuelo que parecía no llegarle nunca. Sacando fuerzas de donde ya no tenía, esta vez sí pudo dominarse y, con la mirada empañada, giró en redondo y regresó a su carromato. Se prometió a sí mismo que, cuando todo acabara, trataría por todos los medios de reconfortar a la desdichada Ofelia, aunque no podría hacerlo en San Lorenzo, pues, si regresaba allí, volverían a detenerle.

—Algo se me ocurrirá —musitó entre maldiciones.

36

El alba trajo consigo la presencia de hombres, bestias y carros llevando sus mercancías al convento. Como todos los días, las puertas de las cocinas se abrieron y los monjes liberaron la cancela de la rampa que descendía hasta los sótanos. A medida que la claridad iba ganando terreno a la noche, crecía el trasiego de mercaderes, ayudantes y mozos.

Aunque así se lo había ordenado el alférez, Tello no se movió de aquel lugar privilegiado para vigilar la entrada a las cocinas. Desde su posición, esa mañana pudo distinguir a varios empleados de Pascual Cascante. Se disponían a descargar un carro de frutas y verduras en cuyo pescante iba un hombre bien vestido que debía de ser familiar de su amigo herido. La actividad iba en aumento y los transportes que llegaban lo hacían bien cargados de género. Ninguno de ellos apareció con la caja vacía.

—Cuando los soldados interceptaron las carretas, los conductores dijeron que descansarían hoy —recordaba Tello sin apartar la vista de la entrada—. ¿Y si en todo esto hay algo que se me escapa? ¿Y si, en definitiva, estoy equivocado y aquí no va a pasar nada?

Pero eso no era posible. Gaspar había desaparecido, sus captores le habían hecho llegar dos mensajes y el pedido realizado desde Madrid era auténtico, real. Alguien tendría que recogerlo. La primera complicación sería identificarlo. La segunda, sacarlo de las despensas. Y la tercera, subirlo a dos carretas que no tenían.

—Veo que no me has hecho caso y continúas apostado en el mismo lugar a expensas de que alguien pueda descubrirte —se quejó Martínez de la Osa cuando, también tocado con la capucha, se acomodó a su lado en el pescante.

—Hay que actuar ya —se encaró con él sin hacer caso a su reproche—. Tenemos que robar dos transportes.

—Es hora de que dirijas tu mula hasta el cuartel —le conminó sin hacer caso a sus quejas—. Tenemos trabajo por hacer.

—¿De qué estás hablando?

—Hace media hora que mis soldados han detenido a los dos carreteros en la posada en la que dormían. No te preocupes, el tabernero guardará silencio. Nadie los ha visto salir y estarán aislados en el calabozo todo el día. Es la única forma que se me ha ocurrido para hacernos con sus carretas y entrar en el convento.

—¿Quiénes? ¿Tú? ¿Yo?

—Si deambuláramos juntos por las despensas, no tardarían en descubrirnos. Todo el mundo conoce nuestros rostros, incluso nuestras voces.

—¿Entonces?

—Tú y uno de mis soldados bajaréis a los sótanos y cargaréis los carros. Mientras tanto, yo os esperaré apostado en la salida de El Escorial.

Tello lo sopesó durante unos segundos. Luego agitó las riendas para que la mula comenzara a dar perezosos pasos.

—Admito que la idea es buena, pero no va a ser tan fácil localizar las mercancías.

—Esa labor ya la ha hecho el padre administrador de la cerería. Según nos dijo al prior y a mí, dejó preparado todo el cargamento al padre despensero. Ten en cuenta que el encargo proviene del Alcázar —y le enseñó un papel con la orden que previamente había requisado a los conductores—. No puede haber errores.

Tello tomó el documento y lo leyó por encima. Odres…, pellejos…, ánforas…, tinajas…, arcas con cera virgen…, sesenta y cinco cajas con velas de diario, y otras tantas para uso real… No había más artículos en aquella relación.

—Esto es justamente lo que me escama. El padre sustituto de fray Tomás dijo que le costó tiempo y esfuerzo reunir todo el encargo, pero aquí no veo nada que sea difícil de localizar. Sea lo que sea, tengo que identificar cuál es la mercancía que pretenden robar de camino a Madrid.

—Los ladrones sabrán dónde se encuentran esas treinta mil monedas. Limítate a cargar en los carros aquello que hayan

apartado para trasladar al Alcázar.

En apenas cinco minutos llegaron al cuartel. En el patio los esperaban varios soldados. Uno ya estaba subido en el pescante de la primera carreta. Se trataba de Damián. El corpulento joven de rostro redondo y gesto bonachón, vestía esta vez un manto encarnado. Nada más ver al alférez, se cubrió con la capucha e informó que estaba listo para partir.

Tello lo observó extrañado.

—Aquí hay algo que no encaja, Martínez.

—¿A qué te refieres?

—Estos carros son pequeños para transportar el cargamento y, además, las treinta mil monedas. Y aunque así fuera, de cada uno de ellos solo tira una mula. El animal sufriría mucho para arrastrar tanto peso.

Hubo unos segundos de silencio.

—Quizá solo pretendan llevarse una parte —opinó otro de los soldados que los acompañaban en esos momentos.

—O quizá la hayan repartido de tal forma que todas esas tinajas y pellejos estén rellenos de monedas —hizo lo propio el alférez.

—Treinta mil monedas ocupan al menos sesenta cajas de madera, y la orden solicita ciento treinta, la mitad de diario y la otra mitad para uso real. Esto coincide con mi cálculo. Hace unos días deduje que las monedas bien podrían ir escondidas en las cajas de velas fabricadas para la Corona ya que nadie va a inspeccionarlas. De esa manera, quedarían a salvo de miradas indiscretas. Lo que ocurre es que esas cajas ya ocuparían toda la plataforma de un carro. Tendrían que añadir al menos un tercer transporte para llevar las velas solicitadas. De todas formas, si cada caja pesa arroba y media… No sé… Creo que hay algo que estamos pasando por alto.

—Pudiera ser, Tello, pero ahora no hay tiempo para averiguarlo —le apremió Martínez de la Osa—. Ya lo harás por el camino o mientras te mueves por los sótanos. De hecho, no sabemos con qué te vas a encontrar ahí abajo.

Antes de que Tello se subiera al pescante, el alférez le hizo entrega de un manto de color verde oliva para que se cubriera con él.

—Estos eran los capotes que llevaban los carreteros —le explicó cuando se le quedó mirando con gesto extrañado—. Es preferible que los vistáis también vosotros para evitar levantar sospechas. —Luego solicitó la atención de los dos—. Cuando accedáis a los sótanos, Tello deberá permanecer todo el tiempo en silencio y con la cabeza cubierta. A Damián no lo conoce nadie. Será él quien se descubra y hable con cualquiera que esté por allí, sea mozo, ayudante o monje. Como ya os dije, yo os estaré esperando a la salida de El Escorial por el camino de Galapagar. Será allí cuando releve a Damián y ocupe su lugar. Espero que el asalto no se produzca antes. No sería lógico. Apenas hay lugares propicios y solitarios para hacerlo.

—No nos fiemos, que los razonamientos de los criminales nunca son los de un hombre cabal —apuntó Tello—. Pero en el caso de que así fuera, trataré de cargar los carros de tal forma que les facilite la labor a los ladrones. —Y antes de que algún soldado pudiera quejarse, añadió—: Lo importante no es proteger los dineros, sino que se los lleven sin dificultad y además nos revelen el lugar donde tienen a Gaspar.

A Tello se le hizo corto el camino hasta la lonja, mucho más alcanzar la entrada de las cocinas. Tras enseñar la orden de recogida al monje ayudante de la despensa, descendieron por la rampa de piedra hacia los sótanos guiados por otro religioso y desembocaron en un gran pasillo de altos techos abovedados. Allí dejaron los carros en manos de dos mozos y esperaron a que los recibiera el padre despensero. Cuando lo vio aparecer, Tello tuvo la precaución de bajarse aún más la capucha que ensombrecía su rostro, aunque, en verdad, no hubiera demasiada luz en aquel lugar.

El monje comprobó la orden que le entregó Damián. Una vez revisada, pidió que le acompañaran al interior de los sótanos. A ellos tres se les unieron dos mozos que ya se habían apropiado de una carretilla cada uno.

—Las mercancías están en el extremo opuesto del edificio —les dijo el padre mientras les hacía un gesto para que le siguieran por uno de los estrechos corredores—. Están reunidas en una sola despensa para que no haya confusión. Este par de muchachos os

ayudarán a llevarlas hasta los carros. Yo no podré quedarme con vosotros. Debo continuar con mi trabajo.

A Tello se le ablandaron algo los nervios cuando, una vez en la despensa y tras otorgarles sus bendiciones, el monje los dejó allí con los mozos. Antes de irse, les indicó dónde tenían otras dos carretillas para que colaboraran con los muchachos y se agilizara la carga en los carros.

La estancia era amplia y estaba iluminada por dos tragaluces en la parte más alta del muro que daba al exterior. A la izquierda se amontonaban odres y pellejos hasta casi rozar los techos. Al frente se alineaban varias filas de pequeñas tinajas, vasijas, ánforas y arcas que, suponía, estarían rellenas con cera virgen. Por fin, a la derecha, se apilaban las cajas de madera que contenían velas de diario. Junto a ellas, ocupando un volumen similar, vio las que atesoraban los cirios para uso real. Estas últimas ya las conocía. Tenían dos pies de largo por uno de ancho y un palmo de alto. Las tapas estaban fijadas con clavos y llevaban la marca «FIIR».

Mientras los dos mozos cargaban odres y pellejos en las carretillas, Tello le hizo un gesto a Damián para que le pasara el documento del pedido. Luego esperó a que los chicos desaparecieran por los pasillos y se acercó a las cajas que contenían las velas para la Corona. Tras contar las filas y las columnas, calculó que había sesenta y cinco cajas con la marca real.

—Coincide con lo estipulado en el encargo —musitó—. Si es aquí donde se encuentran los dineros, en su interior no debe de haber sitio ni para media vela.

—Comprobémoslo —se decidió el militar.

Tello introdujo su mano bajo el manto verde y extrajo la daga que llevaba sujeta al cinto. El arma que años atrás le regalara Pedro Saldaña, y que luego le quitara la vida a Inés, sirvió para separar los clavos que fijaban la tabla de una de las cajas. Ante sus ojos apareció una hilera de veinticinco velas perfectamente ordenadas. Debajo había otras dos filas más, pero no parecía haber trampa alguna, solo lo esperado: setenta y cinco cirios muy blancos, de máxima calidad y fabricados por el apicultor asesinado, los mismos que guardaba fray Tomás en los almacenes de la cerería. Aquellas

cajas no transportaban nada más que velas.

El postulante abrió otras cinco cajas antes de que regresaran los mozos para seguir acarreando pellejos y odres. El resultado fue el mismo en todas ellas: setenta y cinco velas de cera purificada. Confundido, no tuvo más remedio que esperar a que los dos muchachos cargaran de nuevo sus carretillas entre alguna mirada de reprobación. Esa fue la causa de que Damián decidiera amontonar varios artículos en la suya y los acompañara de vuelta a los pasillos. En cuanto desaparecieron, Tello procedió a abrir dos cajas más con idéntico resultado. Allí no había rastro de moneda alguna. Entonces la emprendió con las que estaban destinadas a uso diario. La primera que abrió le mostró un centenar de cirios amarillos de un calibre muy parecido a los blancos.

—En definitiva, aquí no pueden estar los treinta mil reales —concluyó sentándose sobre las cajas—. Pero no tiene sentido: si alguien va a robar este cargamento es porque tienen que estar aquí, aunque… ¡Oh! —exclamó mirando los pellejos.

Se le ocurrió que alguien se podría haber dedicado a llenar odres, ánforas y vasijas con una buena cantidad de monedas para después completar su contenido con cera derretida. Una vez enfriada, las monedas quedarían ocultas y, al estar cubiertas de cera sólida, evitaría que chocaran entre sí produciendo el consiguiente tintineo.

—Eres listo, bribón, pero no mucho más que yo… —masculló con media sonrisa mientras tomaba un pellejo y lo rajaba a lo largo.

Tello tiró de la piel curtida, desnudó su contenido y fue partiéndolo poco a poco con la daga. Pero allí no había ninguna moneda. Entonces miró de reojo las ánforas y las vasijas. El ladrón podría haber procedido de igual manera con ellas. Sin esperar un segundo, tomó una tinajilla. Su boca estaba sellada con una tapadera hecha a partir de una mezcla de estopa y barro, y la habían fijado liando varias vueltas de cordel a su alrededor. Así que liberó la abertura y vio que estaba rellena hasta el borde con cera amarilla. Lo mismo ocurrió con la segunda y la tercera, incluso con una cuarta. No quiso entretenerse más y hurgó en el interior del recipiente con la punta del arma. Sus empeños no sirvieron de mucho ya que, no sin dificultad, lo único que lograba extraer eran trozos de cera amarilla.

Parecía que no había otra cosa distinta en su interior, mucho menos monedas. Presa de la frustración, tomó una de ellas y la dejó caer al suelo. La tinaja de barro cocido se rompió en docenas de pedazos, pero lo que contenía era cera y solo cera.

—¡Demonios! ¡Ya podrías tener más cuidado!

La voz era conocida, *demasiado conocida*. Había brotado a su espalda, en la entrada de la despensa. Tello se giró con lentitud y rezó para que la capucha mantuviera su rostro bajo la sombra. Confiaba en que, al estar a contraluz, Julián de Tricio no pudiera reconocerle.

—Esas tinajas son muy costosas, no puedes tratarlas como si fueran balas de paja —continuó regañándole—. ¿Dónde está tu compañero? —Tello se limitó a encogerse de hombros—. Espero que no se retrase. Quiero supervisar personalmente la carga de estas mercancías y no dispongo de demasiado tiempo. ¡Y ahora habrá que traer del almacén otra tinaja para suplir la que has roto!

Quien fuera una vez su postulante predilecto dio media vuelta y comenzó a separar vasijas y ánforas para colocarlas con cuidado en la carretilla que quedaba en la pequeña despensa. Mientras tanto, el prior merodeó por la estancia interesándose sobre todo por las cajas que contenían cirios para la Corona. A Tello no le extrañó su actitud. Sabía que no quería quedarse sin remanente. En esas estaba cuando aparecieron de nuevo los dos mozos y Damián. Venían acompañados por el padre responsable de la cerería.

—¿Me habéis mandado llamar? —preguntó el monje al prior.

—Sí —respondió sin mirarle—. Quería que me confirmarais que todo lo que hay aquí es lo que se ha solicitado desde el Alcázar, ni más ni menos. Sí, ya sé que hubo alguna dificultad para reunir todo el material y que luego se solucionó. En cualquier caso, no quiero que mañana Martín de Gaztelu me escriba para echarme en cara que le falta parte de la mercancía.

—El pedido que recibí era muy detallado, padre prior, de ahí nuestros desvelos —comentó el administrador de la cerería mientras Tello, Damián y los dos mozos continuaban cargando sus carretillas con pellejos, ánforas y vasijas—. El padre despensero y yo comprobamos por dos veces que los artículos eran los requeridos, y

las cantidades aquellas que se solicitaban.

—¿No hay posibilidad de equivocación?

—No, padre prior. Lo que más nos costó fue localizar una parte de las cajas de cirios reales. Se pedía explícitamente que fueran de una partida muy concreta. Y así se ha cumplido.

—¿A qué os referís?

—A las velas para uso de la Corona. Querían todas aquellas que quedaran en el convento marcadas con las letras «AH».

—¿Pero la marca no es «FIIR»?

—Sí, padre. Pero además de la marca real, esas cajas tenían que estar consignadas en alguno de sus lados con las letras «AH».

—¿Y pudisteis localizarlas?

—El padre administrador de la despensa y yo nos volvimos locos buscándolas. En el almacén para uso real no había ninguna que tuviera esa marca. Al final nos adentramos en las cantinas que están en desuso y encontramos esa partida en la despensa que hay justo debajo de la antesacristía.

—¿La antesacristía? —se extrañó fray Julián—. Está en la esquina opuesta a la cerería.

—Esas dependencias aún no tienen asignado ningún uso por el padre bodeguero —se excusó el monje—. Pero fue allí donde las encontramos. Tenían la marca «FIIR» y, en uno de los costados, cerca de una esquina, las letras «AH».

—Vuestro empeño dio sus frutos.

—Espero que así sea, porque en el pedido se solicitaban sesenta y cinco cajas y allí solo hallamos dieciocho. Así que tuvimos que completarlo con otras cuarenta y siete del almacén donde suelen estar los cirios para la Corona.

Los dos mozos terminaron de llenar sus carretillas y regresaron a los interminables pasillos mientras, por su parte, Damián y Tello ralentizaban la colocación de las ánforas en sus carretillas para impedir que se cayesen. No solo tenían los ojos bien abiertos para no cometer errores. Sus oídos no perdían palabra alguna del monje.

—A… H… Esas letras tienen que corresponder a las iniciales de Agustín de La Hoya —siseó Tello al militar en cuanto abandonaron la despensa para dirigirse a los carros—. Cargaremos en último lugar

las cajas de las que habla el administrador de la cerería. Irán en mi carro. Esas son las que interesan a los que retienen a Gaspar.

—¿Crees que será suficiente?

—En absoluto —admitió el postulante—. Son solo dieciocho. Cada una no puede contener más de quinientas piezas, lo que supone que, entre todas, suman nueve mil reales. Es una cuarta parte de lo robado.

—¿Y no pueden ir en las otras que también están marcadas con «FIIR»? —insistió Damián—. Si las sesenta y cinco cajas escondieran quinientas monedas cada una, en total sumarían algo más de treinta y dos mil reales, y esa cantidad sí se acerca a lo que se escamoteó a la Hacienda Real.

—Sí, amigo, pero ya comprobaste que en la media docena que destapé solo había velas. De hecho, te apuesto dos maravedís a que el resto de esas cuarenta y siete también contienen cirios —dijo recordando los envites de Gaspar.

—Habrá que comprobar entonces qué parte de los dineros van en las señaladas con las letras «AH».

—Lo haremos cuando no haya ojos vigilándonos.

37

No fue fácil encontrar el momento para comprobar que los últimos cajones que habían cargado en el segundo carro eran aquellos que llevaban los dineros. Tello tuvo que esperar a que el monje administrador de la despensa se fuera con uno de los mozos a reponer la tinajilla rota, y que Damián distrajera al otro muchacho mientras cubrían con un lienzo las mercancías de la primera carreta para protegerlas del sol. Ese fue el instante elegido por Tello para desclavar las tablas de dos de las cajas marcadas con las letras «AH». Sus ojos se habían convencido de que dentro verían quinientos reales, ¡o mil!, pero pronto se decepcionaron al toparse con tres hileras de veinticinco cirios cada una, lo mismo que contenían las cajas nombradas con «FIIR» sin la distinción de aquellas iniciales. Entre unas y otras no había diferencia.

—Velas y solo velas —murmuró entre dientes aplastado por la frustración. Y volvió a encajar las tablas.

—Es lo que se espera que haya dentro —comentó Julián de Tricio mientras le daba una palmada en el hombro. El prior se había desplazado hasta donde estaban los carros para asegurarse de que estos partían sin contratiempos—. Espero que pongas más cuidado que cuando has trajinado con las ánforas, o tú mismo tendrás que darle las explicaciones al secretario del rey.

Gracias al cielo, fray Julián se le había aproximado por la espalda y Tello se contuvo para no mirar hacia atrás. En cuanto lo sintió alejarse y vio que ascendía hacia la lonja, se subió al pescante y azuzó a la mula para subir la rampa y hacerse a un lado a la espera de que Damián le siguiese con su carreta.

—Id con Dios —se despidió el prior de ellos cuando se reunieron.

—Quedad vos con Él, padre —cumplió el militar.

Una vez en la explanada, Tello situó su carreta detrás de la de su

compañero y tomaron el camino de El Escorial. Nada más dejar las obras a sus espaldas, se detuvieron un instante.

—Supongo que el alférez te ha informado de que, a lo largo del trayecto, vamos a caer en una emboscada y perderemos la carga a manos de ladrones, ¿verdad? —le preguntó a Damián. Este asintió con un movimiento de cabeza—. En cualquier caso, ¿conoces cuál es el destino que se les había fijado a los conductores?

—Los carreteros tenían instrucciones de llegar al Alcázar y esperar a que alguien les indicara si debían bajar allí toda la carga o continuar hacia algún almacén —le respondió—. En cualquier caso, hay que llegar a Madrid antes de que caiga la noche, pues, de lo contrario, las puertas ya estarán cerradas.

No podían desperdiciar más tiempo. Los dos agitaron las riendas para retomar la marcha con más viveza. Pronto alcanzaron el pueblo de El Escorial. Media legua después, en una suave curva que hacía el camino, Martínez de la Osa apareció detrás de una encina montado en un soberbio caballo. Apenas cruzaron un saludo entre los tres. Damián se deshizo de su capa roja y se la entregó al alférez.

—Por si alguien vigilaba la salida de los carros, debemos aparentar que somos los mismos carreteros que partieron de San Lorenzo. De esa forma, quien nos aborde durante el viaje o esté esperando el cargamento no sospechará que soy yo quien ahora te acompaña —dijo el oficial.

—Que tú adoptes la apariencia de un carretero será una gran baza a nuestro favor de tener algún percance en ruta —asintió Tello cubriéndose de nuevo la cabeza con la capucha—. Sin embargo, te anticipo que un asalto sería el menor de nuestros males. Ni tú ni tus argucias podrán remediar que estas cajas no porten moneda alguna.

—¿Qué estás diciendo? —se extrañó el alférez.

—Que las cajas están llenas de velas, cirios amarillos o blancos, ya lleven solo la marca real o además las iniciales «AH». Los ladrones se van a enfadar mucho como descubran que no hay un solo real entre las mercancías que solicitaron explícitamente. Vaya, ni siquiera un triste maravedí.

—No hay tiempo para lamentaciones —los interrumpió Damián—. Debéis partir de inmediato, pero permitidme que antes os dé

algunas indicaciones.

Según les explicó el soldado, el trayecto que iban a seguir los llevaría hasta la cercana aldea de El Pardillo. Si hasta entonces no se había producido el encuentro con los ladrones, era conveniente que hicieran allí una primera parada. A partir de ese momento, debían recorrer caminos poco transitados para facilitar la labor de los supuestos asaltantes.

—En la posada donde descanséis, preguntad por el sendero que cruza el río Guadarrama. Una vez lo paséis, continuad el viaje siguiendo el Arroyo del Plantío hasta alcanzar un antiguo cauce conocido como el Barranco de Valdelosas. No tiene pérdida. Desde allí hay un buen trecho hasta llegar a una venta que hallaréis pasado un poblado llamado Majadahonda. Si aún no os habéis topado con los ladrones, haced una segunda parada para dar un respiro a las mulas antes de dirigiros al Alcázar —prosiguió Damián como si se lo hubiese aprendido de memoria, aunque, en verdad, era buen conocedor del terreno, de ahí que el alférez lo hubiese elegido para ayudarlos—. Si vais a buen paso, alcanzaréis Madrid antes de la puesta de sol.

—¿Y si llegamos y nadie nos ha asaltado? —se preocupó Tello.

—Quizá nos aborden en las calles. La ciudad está desconocida desde que el rey la nombró capital del Imperio. En apenas quince años ha multiplicado su población por cinco. Alguien avezado puede pasar inadvertido o escapar de una persecución sin mucha dificultad si lo hace entre cuarenta y cinco mil personas —le explicó el alférez —. Aunque también te digo que quizá los mensajes sean una trampa y lo único que pretendían esos canallas era alejarte de San Lorenzo porque, en realidad, las monedas siguen en algún lugar de la explanada —prosiguió ante la cara de estupefacción del postulante —. Pero no te inquietes. He dejado a tres hombres encargados de no perder de vista las carretas que puedan llegar al pueblo sin carga.

—Nunca se me hubiera ocurrido tal estratagema…

—Tú fuiste un soldado aleccionado para luchar y mantener el pellejo a salvo. La diferencia entre nosotros dos es que yo, además, me ocupé de labores de control y vigilancia cuando me nombraron

oficial del destacamento destinado a las obras. Y para eso es necesario pensar en la próxima jugada que puede hacer tu enemigo.

—Entonces…, si todo ha sido un ardid de esos indeseables, ¿qué ocurrirá con Gaspar?

—No pienses en eso ahora. Vamos a ocuparnos de hacer lo que nos han ordenado y ya veremos lo que ocurre después.

Se despidieron de Damián y continuaron el itinerario que el soldado les había marcado. De manera tranquila y sin sobresaltos, cumplieron uno a uno los hitos que tenían planificados: atravesaron la aldea de El Pardillo y se detuvieron apenas media hora en la posada que había a las afueras; luego cruzaron el río Guadarrama por un estrecho puente de piedra, se toparon con el Arroyo del Plantío y pasaron por el Barranco de Valdelosas, para terminar atravesando Majadahonda cuando el sol ya había rebasado las cumbres de la sierra. Los colores del paisaje estaban próximos a vestirse de gris en el momento en que llegaron a la fonda que les había indicado Damián. Se trataba de una humilde casucha de madera con el tejado cubierto de paja prensada. A esas horas, varios labriegos, visitantes y gentes del lugar ocupaban muchas de las mesas que había desperdigadas bajo algunas encinas, fresnos y castaños. A sus espaldas, la aldea de El Pardillo se adivinaba en la lejanía.

Tello y Martínez de la Osa dejaron los carros cerca del establo que había junto a la fonda para tener vigilada la carga. El tabernero no tardó en llevarles pan, queso, algo de tocino y una escudilla de caldo, todo acompañado por una jarra de vino y otra de agua.

—Todavía nos quedan casi dos leguas hasta Madrid. Vamos a llegar muy poco antes del anochecer —apuntó Tello.

—Pues entonces no deberíamos entretenernos mucho más —dijo el alférez elevando la vista al cielo con rictus preocupado—. Dejemos que las mulas terminen de abrevar y salgamos de aquí.

Apenas se demoraron unos minutos en dar buena cuenta del queso, el tocino y la escudilla de caldo. Luego fueron a buscar las mulas al establo y, tras engancharlas de nuevo a los carros, reemprendieron el camino.

La tarde parecía languidecer en paz. Las sombras alargadas que

cubrían el camino anunciaban una molesta penumbra cuando se acercaron a un pequeño bosquecillo de alcornoques. Bajo uno de los árboles descubrieron a un viajero sentado sobre la tierra. Mantenía la espalda apoyada en el tronco y la cabeza gacha. Según se aproximaban, observaron que su caballo tenía una de las patas delanteras encogida y, aunque se removió inquieto cuando los vio, el dolor le impedía posarla en el suelo. Fue entonces cuando el hombre advirtió su presencia. Tras elevar la mirada, se incorporó con cierta pesadez para salir a su encuentro. En ese instante, Tello lo reconoció.

—¡Qué suerte la mía! —pareció alegrarse sobremanera Miguel de Almedilla—. Ya pensaba que pasaría la noche aquí. Mi caballo se ha hecho daño en una pata. Fue al cruzar el arroyo. Debió de apoyar mal o hizo un movimiento feo. Tuve que vérmelas para que pudiera ganar la orilla.

Cierto era que se le veía algo preocupado, que llevaba las calzas negras manchadas de barro y que el caballo continuaba con la pata guiñada, pero la presencia del mercader precisamente ese día, a esas horas y en un paraje alejado de rutas más transitadas suscitó más de una duda en Tello. Y más de cien. La sangre se le fue acumulando en los músculos mientras su mano se apoyaba en el pomo de la espada.

—Voy a echarle un ojo a esa pata, que a lo mejor no es nada o a lo peor la quebró —se ofreció Martínez de la Osa impostando la voz como si fuese un campesino. Entretanto, el caballo intentaba posar la pezuña en el suelo sin conseguirlo.

Poner pie a tierra y observar con asombro cómo Miguel de Almedilla sacaba de debajo de su capa corta dos arcabucillos fue todo uno.

—¡Alzad las manos! ¡¡Los dos!! —ordenó el mercader—. Vos: acercaos al otro carro y esperad a que Tello baje del pescante. Os quiero el uno al lado del otro.

—¡Por el santo Cristo! ¿Qué pretendéis? —se atrevió a preguntar el alférez sin dejar de alterar la voz.

Pero su esfuerzo fue en vano.

—¡¡Guzmán Martínez de la Osa!! —respondió el de Almedilla—. Me

suponéis toda una sorpresa, pero no hagáis tontería alguna. Quitaos ambos los capotes y lanzad vuestras armas lejos.

Postulante y alférez obedecieron con rapidez antes de escuchar la voz del mercader interesándose por dónde estaban las cajas de cirios para la Corona.

—Al final del segundo carro —le dijo Tello.

Tal y como había previsto, saber dónde se situaba la carga facilitaría el trabajo.

—Quitad el lienzo y comenzad a bajarlas —les ordenó mientras balanceaba uno de los pistoletes con impaciencia para que se movieran—. Quiero que apartéis a un lado las sesenta y cinco cajas marcadas con las letras «FIIR» porque, una vez vacía del todo la plataforma, tendréis que volver a subirlas. Si hacéis cuanto os diga, después tomaré el carro y os dejaré libres.

—Pero… —dudó Tello—. No lo puedo creer. ¿Vos sois el ladrón?

—¡Me sorprende vuestra perspicacia! —ironizó el comerciante—. Ha sido fácil sorprenderos. Os he obligado a bajar la guardia provocando que mi caballo pareciera lisiado. Han bastado unas piedrecillas colocadas hábilmente en el tajo que le he hecho en el casco para simularlo. Y ahora daos prisa en bajar la carga y volver a subir esas cajas —remató apuntándole con el arcabucillo.

Mientras comenzaban a desatar la lona que cubría las mercancías, Tello confirmó que su idea de situar las cajas a mano había sido acertada, aunque no pensó que el ladrón fuera solo uno y se las llevaría en el mismo transporte por no traer uno propio. Había supuesto que simplemente las trasladarían de un carro a otro. La operación hubiese resultado más rápida y, en consecuencia, menos arriesgada. Miguel de Almedilla era buen comerciante y con seguridad lo habría previsto. Solo se le ocurría que la escasez de transportes le hubiera impedido ser más efectivo en este aspecto.

—Nunca imaginé que fuerais capaz de convertiros en un vulgar ladrón —le acusó el postulante.

—Me importa cien demonios lo que penséis de mí. Daos prisa en cumplir lo que os he ordenado o tendrá que hacerlo uno solo porque el otro va a estar muerto. Siendo tan listos como parecéis, seguro que entendéis lo que quiero decir, ¿verdad?

Ante la atenta mirada de Miguel de Almedilla y sus dos arcabucillos, Tello y Martínez de la Osa terminaron de retirar la lona que cubría las mercancías del segundo carro y comenzaron a bajar las cajas que contenían los cirios reservados a la Corona.

—¿No le vas a decir que aquí no hay una sola moneda? —siseó el alférez a Tello.

—Que lo descubra él cuando abra las cajas. Lo importante es no llevarle la contraria, acabar con esto cuanto antes y que nos diga dónde está Gaspar.

—¡¡Silencio!! —bramó el mercader—. No quiero una palabra entre vosotros.

—Tan solo nos preguntábamos cómo un comerciante ha podido urdir tamaño desfalco a la Corona —replicó Tello.

El de Almedilla no pudo evitar que media sonrisa soberbia deformara su rostro.

—Aunque a mí me intrigan más las razones que os han conducido a ello —intervino el alférez—, porque ese acto únicamente os convierte en un vulgar ladrón, se mire como se mire —le provocó.

—¿Vulgar ladrón? ¡¡Esto es una obra maestra!!

—Semejante canallada no merece que le concedáis tamaña categoría.

El mercader cambió el gesto.

—Pensaréis que he perdido la cabeza, pero todo tiene una explicación: estoy arruinado —reveló tras unos segundos de silencio.

—¿Vos? ¿Cómo es eso posible, siendo tan buen comerciante? —continuó malmetiendo con ironía el oficial.

—He gastado una fortuna en tapices para adornar los palacios que posee la Corona. Siempre he procedido con extrema diligencia y a costa de mi patrimonio, pero ahora la Hacienda Real está tardando una eternidad en devolverme lo adelantado porque no tiene liquidez desde que se declaró la bancarrota. Los fabricantes me acechan por las deudas contraídas. Incluso he recibido amenazas, ¡yo, Miguel de Almedilla!, uno de los mercaderes de tapices más importantes del Imperio…

—Cierto, un comerciante afamado y de grandes posibles, pero ahora no pasáis de ser un vulgar bandido —tomó el relevo Tello en

las acusaciones mientras terminaba de descargar las cajas de cirios —. Porque no os niego que la Corona esté atravesando un momento delicado y que, por dicha causa, no haya sido puntual en pagaros vuestros tapices, pero de ahí a lo que habéis tramado…

—Un comerciante como yo no puede desaprovechar una oportunidad tan magnífica como esta.

—¿De qué oportunidad estáis hablando?

—Por fortuna, nací con buenos ojos y oídos para descubrir los detalles importantes de los negocios y sacarles provecho —se enorgulleció—. En cierta ocasión, hablando justamente de mis honorarios con uno de los pagadores que rinden cuentas al Consejo de Hacienda, advertí que, dentro de la organización de las obras, había una pequeña laguna en el procedimiento de contabilizar los salarios de los trabajadores ya que nadie ponía en cuestión el número de obreros que el registrador consignaba como activos en la explanada. Dicho de otra manera: si el registrador señalaba como presentes algunos obreros que ya no estaban por haber sido despedidos, o haber decidido partir, o inclusive haber muerto, nadie lo pondría en cuestión y los dineros saldrían de las arcas sin mayor problema. Así que decidí poner a prueba esa teoría y, por una generosa cantidad, convencí a uno de los registradores para que mantuviera en las obras durante otro mes más a quince laborantes que ya estaban fuera. Lo único que tenía que hacer era marcarlos en el registro para, ¡eso sí!, fijar al mes siguiente su fecha de cese y que todo quedara bien atado por si luego los veedores realizaban una inspección. Como esa relación iba después hasta los contadores de las obras, tuve que pagar también a uno de ellos para que me entregara los dineros de los laborantes ausentes durante ese mes, evitando así que nadie hiciera preguntas o solicitara revisiones.

—Tras mucho pensarlo, llegué a la conclusión de que esa era precisamente vuestra forma de actuar —le interrumpió Tello—. El examen de un libro de registro de laborantes, así como la identidad del registrador y el contador asesinados, encaminó mi investigación hacia vuestro modo de proceder. Lo que ya me cuesta imaginar es cómo gestionabais tal cantidad de dineros.

—Al principio los fui acumulando en mi propia residencia hasta

que comenzó a ser inmanejable, ya que entonces se trataba de maravedís. Por eso solicité al contador que me entregara las cantidades en reales, y más tarde en reales de a ocho —desveló esgrimiendo una sonrisa orgullosa.

—¿Para qué apropiarse solo de las migajas…? Queríais hacerlo a lo grande —masculló Martínez de la Osa subiéndose a la plataforma para entregarle a Tello las vasijas y las ánforas que iban detrás de donde habían estado las cajas de cirios.

—Imposible resistirse, oficial. En cualquier caso, cuando un negocio funciona al galope, siempre existe el riesgo de que haya una piedra en el camino que lo haga descabalgar. Fue por ello que decidí sacar los dineros de mi casa. Era lo más sensato si se producían inspecciones —prosiguió—. Sin embargo, no quería perder el control sobre aquella fortuna. Aprovechando el cambio a reales de a ocho, se me ocurrió esconderla en un lugar donde resultara del todo insospechado dar con ella. Si algún funcionario de la Corona advertía que algo no se estaba desarrollando como era debido, se pondría a buscar los dineros extraviados y ordenaría que se practicaran registros por todos lados, incluso en mi propia casa, pero jamás lo haría en el convento.

—Por contra, ahora habéis necesitado una orden de la Corona para sacarlos —dijo Tello dejando a un lado las ánforas que le iba entregando el alférez—. Supongo que tendréis algún cómplice en el Alcázar que no solo se llene los bolsillos con vuestros robos, sino que, además, tenga potestad para solicitar mercancías al convento.

—¡Ya me gustaría a mí tener relaciones con funcionarios de tan alto rango! Quien me ayudó fue una de mis muchas e influyentes amistades en la Corte. Le pedí que me hiciera el favor de ordenar un pedido de cera y velas al monasterio, un encargo que no iba a llegar nunca porque, ¡a la vista está!, yo lo iba a robar.

—Compleja maniobra digna de un mercader avezado como vos —concedió Martínez de la Osa—. Vuestra insensatez se hubiera quedado en un simple delito de salteador de caminos si no hubieseis matado a tanta gente.

El de Almedilla se enfureció.

—¿Matado a tanta gente? No sé de qué me habláis, alférez.

—Por supuesto que sí, don Miguel, que vos no estaríais robando estas carretas si solo llevaran cera. Y tal fortuna se defiende a sangre y espada.

—Pues doy fe de que no encontraréis otra cosa aquí que velas —afirmó con rotundidad el mercader.

Martínez de la Osa y Tello se quedaron atónitos.

—¿Y los dineros? ¿Dónde están los dineros?

—Solo os diré que están bien protegidos —respondió, y volvió a esgrimir aquella pérfida sonrisa.

—Estupendo, don Miguel. Ya sé adónde quiere ir a parar. Toda esta pantomima del cargamento ha sido ideada con el único propósito de tenerme entretenido. Por lo tanto, si no vais a decirnos dónde se encuentra Gaspar, tomad entonces vuestras velas, cargadlas vos mismo en el carro y matadnos a los dos de una vez —rugió Tello mientras tomaba uno de los cajones con las letras «AH» y, tras elevarlo por encima de su cabeza, lo lanzaba con furia hacia el suelo.

Se hizo el silencio. Al chocar contra la tierra del camino, la tabla que cerraba la caja cedió y se desclavó por uno de sus extremos. Parte de las velas se desparramaron a sus pies. Los tres hombres se quedaron inmóviles mirando los cirios, sobre todo Tello, que permanecía hipnotizado ante ellos aunque no sabía explicarse por qué. Quizá le pareció extraña la manera en la que habían rodado, o el tímido sonido que habían despedido al salir de la caja, o pudiera ser que… Lo ignoraba, pero algo le decía que justamente aquellas velas mostraban sutiles diferencias con el resto…

El postulante tomó varias en sus manos para examinarlas con detenimiento. Eran gruesos cirios de casi dos pulgadas de diámetro. Luego dirigió la vista al interior del cajón como queriendo cerciorarse de que solo había velas y más velas.

—Devolvedlas a la caja y terminad de descargar el carro de una vez —ordenó Miguel de Almedilla.

Pero Tello no hizo caso y continuó reconociendo aquellos cirios uno a uno, sobándolos, palpándolos con cuidado, como si midiera su calidad al tacto, al peso, a la vista… Incluso los alzaba ante sus ojos buscando que el débil resplandor que aún resistía en los cielos, y

que todo lo teñía de gris, pudiera darle algo de luz. Sin embargo, no consiguió nada, solo parecer un idiota cazando moscas en la penumbra. Tras unos segundos acumulando una terrible sensación de impotencia, los lanzó contra el suelo y los cirios se desmigaron en pequeños trozos. Cuando observó el desastre, vio que cerca de aquellos pedazos de cera blanquísima había una especie de cilindro muy corto, de apenas una pulgada de alto por otras dos de diámetro. Algo confundido, lo cogió y, como por arte de magia, la pieza comenzó a deshacerse en lo que resultaron ser cinco láminas redondas de metal o… ¡No! ¡Eran monedas! Se trataba de reales de a ocho atados por un hilo muy fino.

Tello se acercó a la caja, echó una rápida ojeada y tomó una vela de la segunda hilera para, sin apenas esfuerzo, partirla en dos. Ambas mitades quedaron entonces unidas por el pabilo. Viendo que, en apariencia, ninguna escondía nada, comenzó a rascar la base con las uñas. A medida que sacaba virutas de cera, comprobó que el extremo del cirio estaba formado por aquel cilindro que, en verdad, no era otra cosa que cinco monedas de a ocho sujetas por un hilo y envueltas con un lienzo muy fino. En efecto, al colocar las monedas en la base del cirio y recubrirlas con cera blanca, resultaba imposible destapar aquella trampa. A simple vista, en nada se diferenciaban esas velas de las otras.

En un rápido cálculo, a Tello ahora sí le encajaba que allí estuvieran los treinta mil reales estafados. Incluso podría haber algunos miles más.

—Robar a la Corona es un delito muy grave —le dijo a Almedilla—. Hacerlo por dos veces supone una condena a perpetuidad. Pero haber asesinado para conseguirlo, siendo vos tan solo un villano adinerado, os va a conducir a la horca.

—¿Otra vez habláis de muertes? —fingió extrañarse el mercader, que no podía negar que había disfrutado viendo los gestos de asombro de ambos hombres al descubrir su tesoro—. Definitivamente estáis trastornados. Yo no le he hecho daño a nadie.

De la excitación inicial por haber encontrado la fortuna esquilmada a la Hacienda Real, Tello pasó a la irritación al recordar los cadáveres con los que se había topado en el último año. Además, la ausencia

de Gaspar desde hacía ya diez días le estaba descalzando los estribos.

—¿Cómo se os ocurrió esta manera de introducirlo en el convento? —preguntó el alférez, que de nuevo acercaba vasijas y tinajillas al extremo del carro para que Tello las bajara.

El de Almedilla resopló con satisfacción, aunque sin dejar de apuntar a los hombres.

—La única forma era camuflar las monedas en algún tipo de mercancía, y esta tenía que ser abundante, a ser posible consumida con moderación, y que resistiera el paso del tiempo. Pensé en cuero, telas, carbón, leña… Todas cumplían mis criterios, pero era imposible ocultar ahí moneda alguna. Entonces se me ocurrió hacerlo en las tinajas de vino o de aceite. Son grandes y las hay por docenas en los sótanos, pero tan fácil era dejar allí los dineros como difícil sería recuperarlos. ¿Y la miel? Demasiado pringosa. Por lo tanto, la cera resultó ser la mejor alternativa. Además, el convento dispone de un remanente para autoabastecerse durante años, tanto de la amarilla de uso diario, que de esa sí se consume mucho más, como de la blanca. Por eso contacté con Agustín de La Hoya. El joven era de los pocos apicultores que purificaban la cera antes de enviarla al convento. Luego le convencí para que ideara una técnica que permitiera esconder dineros en cajas llenas de velas, en concreto, en unos cirios que él mismo hacía con cera blanca de máxima calidad.

—Admito que es una maniobra perfecta. Al contrario que el resto de los apicultores, Agustín trataba la cera que recogía de sus colmenas en su propio taller y fabricaba él mismo las velas —rumió Tello.

—¡En efecto! Yo recibía los dineros del contador y se los llevaba al apicultor —dijo el de Almedilla sin poder evitar cierto deleite—. Tan pronto él recibía las monedas, las sujetaba con hilo y formaba un cilindro. Luego lo envolvía en tela y lo sujetaba al final de un pabilo que colgaba de un extremo para recubrirlo de cera, tal y como se hace para fabricar cualquier vela. Las monedas resultaban indetectables a simple vista, aunque sí es cierto que esos cirios pesaban algo más. En cualquier caso, como la diferencia era apenas apreciable, llenaba cada caja con las velas falsas menos la última

capa, donde ponía cirios libres de monedas. Una vez completada la caja, trasladaba el cargamento al convento porque allí nadie buscaría el dinero.

—¿Y fray Tomás no sospechaba nada?

—¡En absoluto! —y rio con estrépito—. Al fin y al cabo, Agustín llevaba ya algunos años vendiendo a la Orden sus velas. El problema surgiría en un futuro, cuando yo quisiera sacar del convento las cajas de velas destinadas a uso real, ya que, tanto las que llevaban dineros como las que no, mostraban en sus tapas las letras «FIIR». Había que idear una razón de peso para que el monje me las devolviera. Tras algún tiempo buscando soluciones, convine con Agustín que tallara en uno de los costados de los cajones sus iniciales y le pagara quince maravedís a fray Tomás cada vez que le llevara cajas que contuvieran dineros. El monje debía apartar aquellas que mostraran la talla «AH» y esconderlas al fondo de un almacén de difícil acceso y alejado de la cerería. No sé si me seguís.

—No del todo —dijo Martínez de la Osa aproximando las últimas vasijas al final de la plataforma.

—Uno de los cometidos rutinarios de fray Tomás era reunir las cajas con las letras «FIIR». Por supuesto, él ignoraba que unas contenían dineros y otras no. Agustín le indicó que tenía que *despistar* las cajas con las letras «AH» en una despensa apartada y poco utilizada. La excusa que le dio fue que, desde hacía algún tiempo, podía hacer negocio con ellas y, a espaldas de la Corona, vendérselas a algún noble de esos que acompañan al rey en las *jornadas*. Así podría obtener algún dinero extra. Por si no lo sabéis, este tipo de triquiñuelas se hacen ya con el buen vino y el aceite del convento, que no sería la primera vez que se falsifica la firma del padre bodeguero para sacar unos cuantos odres de contrabando. Así que pensé que también se podría realizar con las velas —se regodeaba el de Almedilla en sus explicaciones—. Fray Tomás dudó en un primer momento. Aquel monje era un tanto peculiar, y no porque se negara a obrar de manera poco decorosa, sino porque la cuantía de la paga le parecía escasa. Así que Agustín le ofreció algo más del triple, esto es, dos reales por cada caja que apartara y luego, previo aviso, la sacara del convento. Y el monje aceptó.

—El arreglo era perfecto —asintió el alférez—. Esas cajas destinadas solo para uso real no podían utilizarse si no era por requerimiento de la Corona. Y cuando fuera así, las que no contenían monedas estaban accesibles y podrían ser usadas. Por su parte, las que portaban dineros se habrían *perdido* dentro de las tripas del convento y solo fray Tomás sabría de su existencia. En el hipotético caso de que alguien las descubriera por azar, jamás las tocaría ya que llevaban la marca «FIIR».

—Y no solo eso, sino que además estaban al fondo de un almacén que nadie visitaba. Esas velas tardarían en utilizarse muchísimo tiempo puesto que fray Tomás le aseguró a Agustín que disponían de tal remanente que, de trasladarse la corte entera allí, podrían hacer frente a la demanda durante dos o tres años. El propio monje me lo corroboró en una ocasión en la que Agustín nos hizo coincidir. Para comprobar que no era una exageración, yo mismo le ofrecí conseguirle más velas de aquella magnífica factura y fray Tomás declinó la oferta, ya que el convento disponía de suficientes recursos para generarlas y conservarlas. Y me dijo con cierta displicencia: «Poco después de que se habitara el monasterio, las colmenas no daban abasto para cubrir las necesidades reales y hacíamos traer la cera blanca desde el Reino de Valencia sin pagar derechos, que Su Majestad nos concedió ese privilegio. Pero ahora las cosas han cambiado. No solo podemos autoabastecernos, sino que tenemos reservas para un par de años. Incluso con el paso del tiempo no descarto que podamos comerciar con ellas».

El de Almedilla hizo una breve pausa antes de continuar sus explicaciones:

—Para comprobar que mi sistema funcionaba, durante las penúltimas *jornadas* reales le encargué a Agustín que le pidiera al fraile un par de cajas de aquel almacén escondido que tenía reservado *para sus negocios*. Como no hubo problema en obtenerlas, decidí continuar acumulando allí mis ganancias hasta que llegara el momento de sacarlas. Para ello utilizaría órdenes de compra emitidas por algunas de las ilustres amistades que tengo en el Alcázar, personas de gran influencia que procederían a cobrarse algún favor de los que ya les debía el mismísimo Martín de Gaztelu,

con lo que el encargo vendría firmado por el secretario del rey.

—Una idea redonda y una planificación perfecta —comentó Tello a la vez que comenzaba a subir las cajas con la marca «FIIR» a la plataforma para que Miguel de Almedilla pudiese huir—. Pero si el entramado era tan soberbio y todo estaba funcionando a las mil maravillas, ¿qué ocurrió para que os vierais obligado a actuar de esta manera tan criminal?

—La maldita bancarrota de la Corona, ¡ya os lo he dicho! Aunque en verdad no tendría que haberme supuesto ningún problema. Con esperar a que escampara el temporal, habría sido suficiente para recoger lo que me pertenecía.

—Lo que habíais robado —precisó el alférez tomando las cajas que le alcanzaba Tello.

—Consideradlo como queráis, pero ya entonces los dineros eran míos y no había quiebra financiera que pudiera quitármelos. Sin embargo, no contaba con que el rey ordenara controlar las cuentas y realizar auditorías de todos los gastos que generaba la construcción del monasterio. Aquella disposición sí suponía una amenaza para todos los que estábamos implicados en el juego —se explicó el mercader—. El primero que se puso nervioso fue el registrador. Me dijo que no iba a volver a marcar nombre alguno en los libros. Traté de convencerle de que aquella situación no pasaría a mayores, que podía dejar de señalar los nombres durante un tiempo y, si guardaba silencio, no le ocurriría nada a nadie. Pero como no atendía a razones y era un hombre al que le gustaba yacer con lavanderas y beber vino, bien podría irse de la lengua y levantar la liebre. Así que tuve que hacerme con los servicios de un rufián de El Escorial para que le cerrara la boca.

—¡Munio! —no pudo evitar la exclamación Tello.

—En efecto. Pagué bien a aquel malnacido, que se me fueron en el asunto hasta veinticuatro reales, pero no pudo tener mejor comienzo porque no solo eliminó al registrador, sino que su cadáver mostraba una peculiaridad que volvería loco a cualquiera que investigara aquella muerte: dos extraños cortes en la mano, dos heridas que el pánfilo de Fernando de Castro se produjo cuando esquivó el primer golpe de Munio y trató de quitarle la daga por el

filo, un acto instintivo y relativamente habitual en personas que no están acostumbradas a luchar.

—Hubo alguien que sí dedujo la causa de aquellas heridas… —lanzó al aire Martínez de la Osa.

—Lo sé, alférez, el propio Tello me iba poniendo al corriente de sus sospechas, ¿verdad, amigo mío? —El postulante ni siquiera se dignó a mirarle—. Con el paso de los meses, también hizo partícipe de sus averiguaciones a mi encantadora sobrina, y luego ella, asombrada por su perspicacia, me lo largaba todo a mí.

—De ahí que siempre fuerais un paso por delante y resultara difícil, casi imposible, que nadie os descubriera —dedujo Tello con fastidio.

—Como todo buen comerciante, una vez muerto el registrador elegí ser prudente y me propuse cortar cualquier hilo que pudiera delatar mis tejemanejes con la Hacienda Real. Aprovechando aquel detalle de los dos cortes que, más que a un robo, sonaba a ajuste de cuentas entre bandidos, ¡incluso a asuntos de brujería!, ordené a Munio que matara al contador de las obras. Temía que, cuando los veedores del Consejo de Hacienda revisaran sus cuentas, se destapara el engaño. De ser así, a Francisco Bajo le iba a faltar tiempo para descubrir lo que se cocía. En este caso le pedí a Munio que lo hiciera parecer un suicidio. También debía practicarle el doble corte en la mano, aunque en la contraria a la del registrador. Eso despistaría a cualquiera que quisiera indagar. Imaginaos: por un lado, teníamos a un hombre al que le gustaban las casquivanas y, por otro, a un contador que, en cuanto sintió encima de él la sombra del veedor real para inspeccionar sus cuentas, se vio acosado por su propia conciencia y se quitó la vida.

—¿Cómo pudo simular un suicidio? El cadáver no tenía marcas en las muñecas —se interesó el alférez—. Si no estaba atado, Francisco Bajo tuvo que defenderse, luchar por su vida. No me digáis que aquel malnacido lo convenció para que se colgara él mismo…

—Fue algo mucho más complicado —alardeó el comerciante—. Munio me contó que entró aquella noche en sus aposentos, le pasó un fino cordel alrededor del cuello y lo fue asfixiando hasta que perdió el conocimiento. Luego le hizo los cortes en la mano, pasó

una soga mucho más gruesa por una de las vigas de la estancia y lo ahorcó. La marca de la soga taparía la señal que le hizo el cordel y nadie repararía en ella.

—El rufián tenía habilidad para esos menesteres… Pensé que Francisco Bajo se había despellejado las yemas de los dedos porque se arrepintió a la hora de quitarse la vida. Pero ya veo que aquel desdichado no quería morir, y mucho menos asesinado —dedujo Tello mientras continuaba subiendo cajones a la plataforma—. ¿Qué ocurrió para que una mañana Munio apareciera muerto?

—Debió de enzarzarse en alguna pelea —aventuró el mercader.

—Imposible. En su cuerpo no había marcas de lucha, sino una única puñalada certera en el corazón. Alguien lo pilló desprevenido y vos sabéis de quién se trata.

—Cierto… Había olvidado que se os da bien investigar.

—No seáis ladino, eso lo habría visto un ciego…

—Munio era duro de mollera. Aunque le advertí que dejara de hacerlo, el hombre alardeaba de sus dineros por todo El Escorial. Yo tenía miedo de que cualquier día terminara soltando prenda. Por ello me vi obligado a contratar los servicios de un asesino a sueldo, el mejor de Madrid —admitió jactándose de su estrategia—. Después de acabar con Munio, le ordené deshacerse también de Agustín y de fray Tomás.

—¿Cómo los mató?

—Lo ignoro. —Frunció el ceño y sonrió con malicia al ver que ya habían cargado todas las cajas de velas en el carro—. Basta pues de tanta charla y soltad la mula del otro carro.

—¡Por cien diablos, don Miguel! —exclamó el alférez—. No dais puntada sin hilo. De esa manera tardaremos un buen rato en volver a engancharla si pretendemos perseguiros en vuestra huida, pero sabed que si queréis espantarla, estos animales están acostumbrados a no escapar aunque los azoten.

—Estoy seguro de que lo hará si escucha un disparo.

Tello y Martínez de la Osa cruzaron una mirada: sabían que si al mercader se le ocurría hacer un disparo al aire, no le iba a dar tiempo a coger el otro arcabucillo antes de que ambos saltaran sobre él para desarmarlo. Así parecían haberlo decidido cuando

Miguel de Almedilla elevó su brazo hacia el cielo.

Pero antes de apretar el gatillo, volvió a bajarlo.

El estampido rompió el anochecer en dos mitades. La bola de plomo salió despedida por la boca del arcabucillo y fue a estrellarse contra el costado de Martínez de la Osa, que se llevó la mano a la herida e hincó una rodilla en tierra. El de Almedilla buscó con la vista el pecho de Tello mientras dejaba caer al suelo el arma que había disparado y tomaba la que había sostenido con la mano izquierda. Para entonces, el postulante había dado dos zancadas tratando de ganar las ruedas del carro para protegerse. En ese instante observó con un golpe de vista cómo el pistolete apuntaba a su cuerpo. Fue al darse la vuelta para huir a la carrera cuando escuchó la segunda detonación. No sabía si estaba herido. De lo único que tenía la absoluta certeza era de que Miguel de Almedilla acababa de gastar su última bala y, desde ese momento, lo tenía a su merced. Así que se puso en pie para, aunque fuera con sus últimas fuerzas, sacarle de la garganta dónde se encontraba Gaspar. Pero al girarse vio que el mercader estaba en el suelo y se retorcía de dolor. A su espalda distinguió a un hombre con un arcabucillo humeante en la mano. De inmediato reconoció a Damián. ¡Le había salvado la vida! El soldado le hizo un gesto para que se ocupara del comerciante mientras él se acercaba al alférez.

—¿Nos has seguido? —le preguntó Tello mientras observaba que el de Almedilla tenía un orificio en la espalda a la altura de la escápula derecha. Al darle la vuelta descubrió el correspondiente orificio de salida en el pecho cuando la bala le atravesó el cuerpo.

—Por supuesto que sí —escuchó decir a Martínez de la Osa, que apartó la mano de su costado y se percató de que perdía mucha sangre. Entonces supo que la vida se le escapaba por el agujero que le había abierto el bolazo de plomo—. Yo siempre pienso en la próxima jugada, Tello. Por eso ordené a Damián que nos siguiera a buena distancia.

—De haber estado más cerca, no habría llegado tarde y te hubiese ahorrado recibir un disparo.

—Olvídate de mí —bramó de dolor—. Quien importa ahora es Gaspar.

Tello observó al comerciante. No estaba muerto. Ni siquiera estaba inconsciente. Damián sabía hacer su trabajo y el disparo no solo lo había desarmado, sino que, a partir de ese momento, su brazo derecho quedaba impedido para luchar.

—¿Dónde está Gaspar? —le preguntó incorporándole hasta dejarlo sentado.

—Lo desconozco.

Tello lanzó su puño contra el rostro del mercader, que, por lo inesperado del golpe y la fuerza desatada con la que le llegó, cayó de nuevo al suelo sin saber muy bien qué había pasado. Acto seguido, Tello dio los cinco pasos que le separaban de las armas que les había obligado a tirar y tomó su daga.

—Os lo preguntaré por segunda y última vez —le advirtió acercando la punta del arma a su ojo derecho—. No tengo todo el día y aún dispongo de menos aguante. ¿Dónde está Gaspar?

—¡Os juro que no lo sé! —tembló.

—¿Está vivo?

—Debería, pero no puedo asegurarlo.

—¡Explicaos de una vez! —le ordenó desviando sutilmente la daga y haciéndole un corte en la mejilla.

—¡Alto! ¡Alto! —aulló el de Almedilla como un perro asustado—. Encargué a una persona que se llevara a Gaspar fuera de las obras —admitió—. Tanto vos como el muchacho estabais muy cerca de descubrirlo todo.

—¿A quién se lo ordenasteis? ¿Dónde se lo ha llevado?

—Lo ignoro…

Tello levantó la daga.

—¡Rezad, hideputa! —le gritó con el rostro desencajado.

—¡No! ¡¡Esperad!! Si hubiese querido deshacerme del muchacho, el pobre ya estaría muerto. Solo le ordené que se lo llevara lejos y lo mantuviese a buen recaudo hasta que pudiera recuperar mi dinero.

—¿Quién lo tiene retenido?

—El más eficaz y desconocido asesino de todo Madrid.

—No os andéis con adivinanzas o lo vais a pasar muy mal antes de partir hacia los infiernos —le amenazó el postulante.

—Es el mismo que contraté para eliminar a Munio.

Tello lanzó su bota contra el estómago del mercader. El brutal impacto le cortó la respiración. Su rostro se congestionó y comenzó a patalear sobre la tierra. Después de unos segundos, el de Almedilla logró tomar aire dos, tres veces, y a la cuarta tosió con violencia. Luego le vino una arcada que no terminó de provocarle el vómito.

—¿Dónde está Gaspar? —insistió el alférez, que ya sentía la cercanía de la muerte.

—La única noticia que tengo es que sorprendió al chico en el chamizo donde vivía. En otro lugar hubiera resultado muy complicado ya que siempre estaba rodeado de gente, ya podéis imaginaros: trabajadores, mesoneras, el propio Tello… —Inspiró con fuerza y se dirigió al postulante—. Si el muchacho desaparecía y os hacía responsable de la salida de los dineros a cambio de su vida, os andaríais con mucho tiento a la hora de seguir investigando. Necesitaba tiempo para poner en marcha mi plan y abandonar San Lorenzo para siempre.

—No está mal pensado.

—Por supuesto que no —se jactó—. Mi cómplice se hizo con una mula y subió hasta el campamento fingiendo ser uno de tantos mozos de cuadra que lo hacen a diario. Gaspar estaba muy entretenido en esos momentos leyendo un libro. Cierto que no es más que un muchacho, pero es muy inteligente. Por lo visto, algo le llamó la atención como para sentirse amenazado. Supo que si no se daba prisa, iba a ser lo último que hiciera en la vida. Así que trató de defenderse.

—¿Lo habéis matado? —La pregunta hirió los labios de Tello al pronunciarla.

—Creo que se resistió y hubo que golpearle en la cabeza con uno de los pucheros que había junto al hogar. El muchacho se quedó desorientado y no quedó más remedio que arrearle otro buen golpetazo para que se quedara quieto.

—De ahí las manchas de sangre —dedujo Tello en un murmullo.

—Mentís —dijo el alférez—. Estoy seguro de que murió y vuestro hombre se llevó el cadáver para mantenernos a raya. Si teníamos la esperanza de encontrarle con vida, actuaríamos con más precaución

que si supiéramos que ya nada podíamos hacer por él.

—No habría sido mala solución, pero lo único que sé es que Gaspar perdió el conocimiento y tuvo el tiempo justo de subirlo a la mula. Acababa de asegurar su cuerpo a la grupa del animal cuando vio aparecer a Tello. En ese instante, como si se tratara de un arriero más, inició el descenso hacia la explanada.

Tello soltó un bufido.

—Se me acaba la paciencia… Tenéis un segundo para desvelar dónde está Gaspar.

—Está en Madrid, en uno de los muchos establos que hay cerca de los mataderos, a orillas del río, junto a los talleres de los curtidores y los tenderetes de los ropavejeros. Esas son las últimas noticias que tengo, porque la capital ahora es un bullir continuo. Dicen que las casas se levantan en apenas una semana para acoger a todos los que se van congregando en torno a la corte, gentes de todo tipo, nobles, comerciantes, pícaros… Aquello es una locura.

—¿Está vivo?

—Como ya os he dicho, tenía dos heridas en la cabeza y perdió sangre como para quedar bastante mermado de fuerzas el día que se lo llevaron a Madrid. Aun así, di orden de que lo amarrara a uno de los pilares de la cuadra cuando llegaran al río. Sé que la primera noche la pasó entre sudores y pesadillas, y que a la mañana siguiente pareció recuperarse. Pero a los pocos días de retenerlo allí comenzó a perder el sentido. Apenas podía comer, ni beber… De las diez noches que lleva cautivo, ayer ya cumplió la segunda sin despertarse.

—No solo sois un vulgar ladrón, sino que habéis pagado a un asesino para retener a un pobre muchacho —le acusó Tello al tiempo que iba a recoger su espada.

El mercader mudó su gesto. Cuando el postulante se acercó a él, no podía hacer otra cosa que guardar silencio y mirar de reojo la punta del arma.

—Deja que la justicia se ocupe de él —le pidió el alférez.

—Prefiero aplicarla yo.

—Un cerdo como él tendrá que rendir cuentas tarde o temprano, aunque sea ante el Altísimo.

—¡Eso es! —clamó angustiado el de Almedilla—. ¡¡Dejad que me condene la justicia divina!!

—Dios Nuestro Señor nos pedirá cuentas una vez hayamos muerto. No obstante, ahora vos y yo estamos aquí, y muy vivos. Si en verdad hay una justicia divina, no dudéis de que se me aplicará por todas las barbaridades que cometí en el pasado, pero también se me juzgará por lo que pienso hacer en este instante.

—¡No me hagáis daño! —suplicó Miguel de Almedilla casi llorando.

—No os preocupéis, que esto no duele.

Y en un rápido movimiento de mano, Tello le abrió un tajo en el cuello con la punta de la espada. En apenas tres segundos, el mercader se había desplomado, y al cabo de unos pocos más estaba muerto.

Tello bufó de asco y luego se acercó al alférez. Tras quitarle la mano con la que se cubría la herida, torció el gesto.

—No tiene buena pinta.

Damián había sacado varios lienzos de un zurrón que llevaba en su caballo y los estaba aplicando sobre la herida del oficial.

—Voy a taponar bien el agujero y después os llevaré en la carreta a Madrid para que os atiendan en un hospital —le informó el soldado.

—¿Llegaré vivo?

—No apostaría un solo maravedí —le contestó Tello.

—Gaspar te necesita. Toma mi caballo, cúbrete con el capote y parte de inmediato. Has de llegar a Madrid antes de que caiga la noche —le rogó con la voz entrecortada—. Damián se ocupará de mí. Nadie va a detener a dos carreteros que llevan al Alcázar un encargo de velas para el rey desde San Lorenzo el Real y han sufrido un asalto —se revolvió en su agonía—. ¡Vete y encuentra a Gaspar! En verdad cambio mi vida por la suya.

Tello montó en el caballo de Martínez de la Osa y abandonó el lugar al galope.

38

Las primeras estrellas ya titilaban en los cielos cuando Tello rebasó la ermita de San Isidro. A continuación, vadeó el río Manzanares por el paso de Segovia y llegó hasta las primeras construcciones de la ciudad. A su izquierda se erguía orgulloso el Alcázar. A través de sus ventanales distinguió el centelleo de las lámparas y los hachones que iluminaban su interior. Las calles se iban despejando y las gentes se retiraban a sus hogares con andares parsimoniosos. A su paso fueron apareciendo algunas hogueras en las esquinas, más por luchar contra la oscuridad que para calentar manos, pues las temperaturas eran muy templadas. Cerca del convento de Santa Catalina se acercó a una de esas fogatas y preguntó dónde se encontraban las tenerías próximas a los mataderos que había por allí.

—Llegaos hasta el palacio del duque de Uceda —le indicó una mujer que portaba un cesto de ropa recién lavada—. Allá está la ermita del Humilladero, en la plazuela de la Cebada.

—En verdad estoy buscando a curtidores que tengan cerca tenderetes de ropavejeros.

—¡Ah! Pues entonces debéis seguir más hacia el sur hasta que lleguéis al Cerrillo del Rastro. El primer edificio que encontraréis es la Carnicería Mayor. A partir de ahí ya se os abre por delante toda la loma. Si subís hasta la fuente tendréis a la vista multitud de establecimientos, pero a estas horas no habrá nadie para atenderos.

—¿Hay por allá también cuadras?

—No sois de aquí, ¿verdad? —Tello negó mientras la mujer dominaba una risotada por no parecer soez—. ¿Hay algún lugar en Madrid que no las tenga?

El postulante siguió las indicaciones y no tuvo problemas para localizar aquella que llamaban Fuente del Rastro tras coronar el

cerrillo. Desde allí divisó varias construcciones muy toscas, tenderetes, establos y almacenes a los que apenas les llegaba el resplandor que nacía de las hogueras. Gaspar tenía que encontrarse en alguno de esos burdos edificios. De haber llegado antes, aunque fuera con la pobre luz del atardecer, habría empleado algunos minutos en observar a las gentes que transitaban por allí por si algo le hubiese llamado la atención. Pero ahora debía ingeniárselas para encontrar al muchacho sin más ayuda que su instinto, su valentía y su espada.

Aquella zona estaba cada vez más desierta. Tan solo veía cruzar las sombras de los madrileños más rezagados en dirección a sus hogares o a las tascas que había al norte, junto a la Plaza Mayor y la Puerta del Sol. No podía quedarse allí parado como un pasmarote. Debía actuar sin demora.

—No puedo buscar en todas estas casas. Debo ser preciso —dijo para sí tratando de sosegar su ánimo casi desbocado—. Si la memoria no me falla, Miguel de Almedilla habló de un establo en concreto, y lo situó cerca del río, junto a los talleres de los curtidores y los tenderetes de los ropavejeros.

Con cuidado de no asustar a un hombre que cruzaba el cerro a pocos pasos de él, le chistó para llamar su atención y preguntarle dónde estaba el matadero más cercano al Manzanares.

—A cien pasos hacia el oeste encontraréis la calle de Toledo —le respondió ralentizando el paso, pero sin llegar a detenerse—. Recorredla hacia el sur hasta salir de la ciudad. La tapia que entonces veréis a mano izquierda, a poco más de veinte pasos en monte abierto, es la del matadero más cercano al río. Pero guardaos de ir ahora hasta allá, que no es lugar seguro.

Por supuesto, Tello no hizo caso a la advertencia. Es más: aquel aviso podía considerarlo como una buena señal. Sin perder un segundo, dirigió a su caballo hasta donde le había apuntado el hombre. Tras descender la cuesta de la calle de Toledo, halló la tapia que protegía un robusto edificio con un torreón en uno de sus extremos. Aquel tenía que ser el matadero. Muy cerca se desperdigaban pequeños cobertizos donde debían de almacenarse ropas viejas. Unos pasos más allá, en dirección al río y comidas ya

por la oscuridad, había dos construcciones realizadas en piedra. Por último, descubrió una tercera algo más apartada que parecía ser una cabaña de madera. En ese instante le pareció ver que una sombra se acercaba a ella y desaparecía detrás del costado que daba al Manzanares.

—Tiene que ser una cuadra —se alentó.

Amarró las riendas de su caballo a una acacia que resistía cerca de la tapia del matadero e inspiró aire con fuerza para contener su angustia. Luego se cercioró de que el capote cubría su espada y caminó en la penumbra hacia la cabaña con cuidado de no hacer ruido. Los postigos que protegían las dos ventanas que se ofrecían a la ciudad estaban entornados. No podía observar lo que había en su interior, por lo que no tuvo más remedio que rodear la casa hasta dar con el portón principal. Dado su tamaño, aquel lugar tenía que tratarse de un establo. Tras comprobar que el portalón estaba cerrado, posó la oreja sobre la unión de las maderas y logró distinguir sonidos que parecían ligeras pisadas, o roces, o fricciones… ¡Sí, y un quejido! Muy débil, casi inaudible, como una especie de lamento desganado…

Comido más por la necesidad que por la curiosidad, acercó su rostro a los tablones para echar una ojeada. A través de una de las grietas que el tiempo había escarbado en la madera, vio una lámpara de aceite que brillaba anaranjada al otro extremo de la cuadra, a no más de diez pasos. El resplandor era muy tenue, pero no tuvo duda de que había un cuerpo apoyado en uno de los pilares que sujetaban parte de la techumbre.

—Ratón…

El corazón voló de súbito a sus tímpanos. Peligro… ¡Sí, por supuesto que había peligro! Y sabía que un hombre había entrado en la cuadra. Su capacidad de observación a través de la rendija era muy reducida y no podía estar seguro, pero minutos antes, desde el matadero, había visto cómo alguien llegaba al lugar y desaparecía a espaldas de donde él se encontraba. ¿Cómo habría entrado? Quizá aquella sombra pasó de largo el portalón y no hubiese nadie dentro. Solo Gaspar. O su cadáver, pues el cuerpo que había vislumbrado a la luz de la lámpara no se movía y desde allí no podía percibir si

respiraba.

Decidió rodear el establo y, en medio del único costado que todavía no había examinado, descubrió una portezuela. Con cuidado de que sus pisadas no le delataran, se acercó y la empujó suavemente, pero la hoja no cedió. De nuevo apoyó la oreja en la madera y escuchó unas pisadas que, justo en ese momento, pasaron por delante de él al otro lado de la pared. ¡Había alguien dentro!

Tello respiró hondo y extrajo su daga. Con algo de maña, metió el filo entre la puerta y el marco para levantar el pasador de madera que debía de cerrarla. Una vez liberado, empujó despacio la puerta hasta separarla dos dedos de la pared. La sombra que vio entrar hacía unos segundos ahora se encontraba arrodillada ante el cuerpo inerte de Gaspar. ¡Sí, era Gaspar! Y dado cómo lo había visto, tenía que estar flirteando con la muerte. No podía esperar a que se quedara solo. Tras apretar los labios, el antiguo soldado desenvainó la espada y, tras patear la portezuela, avanzó dos pasos dentro de la cuadra.

—¡Alto! ¡Quedaos quieto!

Luego lanzó una mirada fugaz al otro lado del establo para cerciorarse de que no había nadie más.

—¡Ay, Dios mío!

¡Oh! Aquella era una voz femenina.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó con firmeza, pero solo obtuvo silencio—. ¡Responded! ¿Estáis acompañada por alguien?

—No. Se fue.

Aquella voz…

Con el arma en guardia, Tello se acercó hasta quedar a dos pasos de la mujer.

—El chico tiene muchas heridas, está muy débil… —dijo ella—. Es urgente que lo vea un cirujano. Ayudadme a salvarle. ¡Os lo ruego! Hay que llevarlo a un hospital.

Tello tenía los ojos muy abiertos. Le costaba parpadear.

—¿Ana?

—¿Tello? ¡Dios bendito, Tello! ¡Es un milagro! —estalló ella al borde del llanto.

—¡Ana! ¿Qué haces aquí? —preguntó incrédulo, tanto que su

espada continuaba alerta.

—¿Cómo has escapado? Te hacía preso en Sigüenza…

—Es largo de explicar —dijo envainando el arma—. ¿Qué haces aquí?

—Mi tío… ¡Tello!, mi tío no es trigo limpio. ¡Debes alejarte de él! Puede ocurrirte cualquier desgracia como le ha pasado a Gaspar.

—Pero ¿cómo lo has encontrado?

Ana comenzó a sollozar.

—Hace unos días, mi tío recibió a un hombre alto, grande, fuerte… y no demasiado aseado. Él no suele recibir a personas de esa clase en su casa. No digo yo que no tenga tratos con tejedores, carreteros y otras tantas personas de condición humilde, pero nunca lo hace en el salón —le explicaba con los ojos pegados a los suyos—. Sin que me viera, escuché hablar a mi tío de algo horrible, de un asalto y del rapto de un muchacho, y de dejar un mensaje en el convento para su rescate a cambio de dineros…

—Ese muchacho era Gaspar, y el mensaje me lo hizo llegar a mí.

Ana se secó una lágrima que le resbalaba mejilla abajo y suspiró.

—Que se trataba de Gaspar lo supe cuando se corrió la voz por las obras. No daba crédito, pero cuando caí en la cuenta de que mi tío era el instigador de su desaparición, ya era demasiado tarde, pues tú estabas preso y luego te trasladaron a Sigüenza —dijo aguantando el llanto en la garganta—. Lo he pasado muy mal, Tello.

En ese instante, Gaspar comenzó a moverse y a gemir débilmente. Tello y Ana se agacharon a su vera, el uno al lado del otro. Tenía los cabellos alborotados, aún con la sangre que había manado de las heridas y que, tras secarse, estaba apelmazada en una cataplasma oscura y macabra. El antiguo soldado tomó el rostro del muchacho por la barbilla y lo elevó. Su gesto era de confusión y debilidad. Tenía los labios agrietados, los párpados entrecerrados y la mirada perdida, absorta. Estaba muy pálido y su frente ardía de fiebre.

—La muerte le ronda —murmuró Tello—. Lleva sin comer ni beber varios días. Gracias a Dios que hemos llegado a tiempo. ¿Cómo supiste dónde estaba? No se lo preguntarías a tu tío…

—¡No, en absoluto! De hecho, me disponía a regresar a Alcalá sin decirle nada, aunque antes pasaría por el cuartel para contarle al

alférez lo que estaba haciendo. Pero el día que tenía previsto escapar, aquel hombre rudo se presentó de nuevo en casa de mi tío. Al no encontrarse allí esa mañana, regresó al poco y le dejó un mensaje a una de las sirvientas. No tardé ni un segundo en ordenarle a la mujer que me lo entregara y lo leí.

—¿Qué decía?

—Le informaba de que Gaspar estaba vivo, así como del lugar donde lo escondía, que lo mantenía atado y amordazado, y que solo iría a darle de comer y beber por las noches. También le recordaba que debía pagarle diez reales por cada día que lo mantuviese retenido. Se los daría cuando se cumpliera una semana de la entrega del primer mensaje, que, por lo visto, dejó en el chamizo la tarde que se llevó a Gaspar.

—¿Dónde está ese hombre?

—Esperé a que viniera esta noche a darle de comer. En cuanto se fue, entré en el establo con la idea de liberarle —dijo mientras apoyaba una mano en su cintura—. Pero no he podido. ¡Fíjate en qué estado se encuentra!… Iba a pedir ayuda cuando has aparecido tú. ¡Gracias al cielo que estás aquí!

El movimiento de Tello para defenderse fue rápido y preciso, pero no evitó que la punta de la daga le practicara un corte superficial en el costado, cerca del corazón. A continuación, logró sujetar las muñecas de Ana para que no pudiera volver a herirle. Luego, temiendo que se convirtiera en una gata salvaje, lanzó la frente contra su rostro de manera seca, violenta, abriéndole una brecha donde nacían sus hermosos cabellos color miel. La conmoción hizo que sus fuerzas flaquearan casi al instante y soltó la daga con la que había tratado de apuñalarle.

—¡Maldita seas! ¿Qué pretendías? ¿Matarme de una estocada en el corazón?… —De repente enmudeció—. Sí, directa al corazón…, repentina, inesperada, rápida…

Entonces recordó cómo habían muerto Munio y fray Tomás. En un visto y no visto, habían recibido la puñalada de alguien que empuñaba una daga. Resultaba inimaginable que se tratara de una mujer, de una bella mujer.

—Miguel de Almedilla contrató los servicios de un asesino a sueldo

—se dijo sin dejar de observar el rostro de Ana, que lentamente se iba recuperando—. El mejor de Madrid… ¡Pero no era un hombre! Y hoy has venido a terminar el trabajo que te encargó quien ha fingido ser tu tío, ¿verdad? No podían quedar testigos. Confiabas en que Almedilla me hubiese matado. Tú eras la encargada de cerrar el círculo el mismo día que él recibiera los dineros.

Ana se encogió de hombros aceptando la verdad. Tello soltó una de sus manos y recogió la daga del suelo. Luego procedió a cortar las ligaduras que sujetaban a Gaspar y clavó el arma en el pilar al que el muchacho había estado atado. Con uno de los trozos de cordel, rodeó la muñeca derecha de la mujer y la sujetó al poste asegurándola con dos nudos. A continuación, tendió a Gaspar en el suelo y procedió a explorar su cuerpo.

—Dada la manera en que has tratado de matarme, no me cuesta entender cómo asesinaste a Munio y a fray Tomás. Cuatro zalamerías y un guiño pícaro debieron bastar para distraerlos y pillarlos desprevenidos. Pero no logro imaginar cómo te deshiciste de Agustín de La Hoya.

Ana expulsó el aire con fuerza por la nariz y se palpó la frente para descubrir que estaba sangrando.

—No sabes lo que dices, Tello. A Munio lo maté subiéndome a horcajadas sobre él cuando estaba a punto de quitarse la ropa para yacer conmigo después de haberse emborrachado en cualquier taberna. Ni se enteró de que se iba derecho a los infiernos. Y fray Tomás bebió de su propia medicina porque le pedí que me poseyera por detrás en los mismos sótanos.

Tello se quedó atónito un instante. Era cierto: había sido asesinado en la cerería.

—Esa fue la primera vez que me introduje en el convento. Disfrazada de mozo, engañé al padre de las despensas y al bodeguero, así como a todos los monjes que me salieron al paso. La siguiente fue cuando dejé en tu celda el segundo mensaje que *mi tío* escribió para reclamarte los dineros.

—Hideputa… —murmuró al tiempo que se quitaba la capa para conservar el calor que se escapaba del cuerpo de Gaspar.

—A fray Tomás, primero le dije que iba de parte de Agustín, con

quien sabía que tenía tratos. Tras unos coqueteos que hasta a mí me daban vergüenza, logré que le sangraran los oídos de tanto gozo que sentía. Cuando aplasté mi espalda contra su pecho para que pudiera agarrarme bien por detrás, el hombre solo pensaba en su miembro y no tuve más que tomar mi daga y lanzar una estocada por encima de mi hombro izquierdo contra su corazón.

—De ahí que la cuchillada pareciera hecha por un zurdo —discurrió Tello—. Tu estrategia me impidió hilar los asesinatos. Podría felicitarte, pero no dejan de ser puñaladas hechas por una ramera —le dijo, y en ese momento se percató de que la respiración y el pulso de Gaspar comenzaban a transitar peligrosamente entre la vida y la muerte.

—¿Ramera? —fingió extrañarse Ana—. Asesina, ¡la mejor de Madrid! Jamás hubieras descubierto cómo me deshice del apicultor.

—No te vanaglories tanto. Aquello fue un accidente, una maldita casualidad. Es imposible que convencieras a un millón de abejas para que lo mataran.

—Pues podría decirse que fue así como sucedió. Aquel día me presenté de buena mañana donde Agustín tenía las colmenas y le dije que andaba perdida por aquellos lares. Solícito, él se ofreció a llevarme hasta El Escorial al final de la jornada. Y yo, en agradecimiento, quise pagarle haciéndole ver que admiraba su galantería y luego su virilidad, una admiración que pronto se transformó en auténtica pasión. Poco después, casi desnudos como estábamos ya, él trató de que nos alejáramos unos pasos de las colmenas, pero le dije que me excitaba yacer con aquel zumbido tan cerca. Cuando terminamos y él dormitaba a mi lado, saqué de mis ropas una cinta de seda que llevaba preparada para estrangularle. Fue entonces cuando se me ocurrió aquella genialidad para borrar cualquier rastro. Con cuidado de no despertarle, dividí la cinta en dos trozos y le até manos y pies, asegurando las ligaduras con firmeza y dobles nudos. Cuando él se despejó… —Ana se carcajeó con exagerada afectación—. ¡¡Qué iluso!! ¡Creía que todo era parte de un juego de amores! Y así continuó cuando me puse su vestimenta protectora y prendí un ahumador. Solo le cambió la cara al arrastrarle y dejarle tumbado entre dos colmenas. Fue el único

momento en el que me puse nerviosa. ¡Imagínate! Aunque me protegían aquellos recios ropajes, el humo no era muy espeso y algunas abejas ya zumbaban rabiosas a mi alrededor. El miedo me obligó a no andarme con rodeos. Tomé su cayado y golpeé las dos colmenas que Agustín tenía a ambos lados. Todas las abejas fueron contra él y le picaron por millares. Fue horrible, lo admito, ¡pero uno de mis mejores actos! —sentenció ufana—. Después solo tuve que esperar a que el joven dejara de moverse y las abejas se tranquilizaran. De nuevo protegida por el humo, llegué hasta él y le quité las cintas de seda, aunque la tremenda hinchazón de sus manos me impidió realizar los cortes con limpieza. Luego abandoné el lugar llevando conmigo las vestiduras y el ahumador. De todas formas, esos dos cortes cumplieron su función por las dudas que te suscitaron después.

—Morirás en la horca.

—Tello… —dijo arqueando las cejas en un gesto de súplica—. Ahora los dos tenemos una oportunidad única para vivir juntos y sin pasar necesidad alguna. Busquemos a Miguel de Almedilla. Guardaba todos los dineros en ese cargamento que tenía que entregarse en el Alcázar. Tomémoslo y huyamos.

—¿A Alcalá? —ironizó Tello.

—Almedilla no tiene que andar lejos, pues su intención era pagar mis servicios de estos días que he cuidado a Gaspar y luego llegarse a Sevilla.

—Ya, y de ahí a América… Me temo que no va a ser posible. Hace una hora que yo mismo le he quitado la vida.

Ana ahogó una exclamación y se incorporó para colocarse de rodillas.

—¿Por qué lo has matado?

—Justicia divina.

—Deberías temer que también cayera sobre ti.

—Dios me odia lo suficiente como para no llevarme al infierno tan pronto. Quiere que sufra aquí mucho más tiempo.

—¡Yo puedo ayudarte!

Ana alzó la mano que tenía libre para agarrar la daga que Tello había clavado antes en el madero. Luego, con una rapidez inusitada

incluso para un soldado, lanzó una nueva estocada contra el pecho del hombre. Sin embargo, la misma velocidad que había empleado para asesinarlo fue la que mostró Tello al detener el golpe con su antebrazo y, en un acto casi reflejo, liberar su daga del cinto y alojar su afilada hoja en el vientre de la mujer.

—Justicia divina —dijo retirando el arma y volviendo a hincarla bajo el esternón.

Fue al sacarla de nuevo cuando el cuerpo de Ana cayó muerto al suelo.

Después Tello observó a Gaspar.

—Vayámonos de aquí, ratón. Tienes que resistir un poco más. No puedes dejarnos. Ofelia se va a volver loca de alegría cuando te vea. Apuesto dos maravedís a que lo consigues. No permitas que la furcia de Ana, aun estando muerta, añada una muesca más a su lista de víctimas. Sería capaz de conseguirlo estando ya en el infierno.

EPÍLOGO

El himno de acción de gracias inundó cada rincón de la gran basílica del monasterio de San Lorenzo el Real. Era el colofón a una ceremonia de consagración muy sencilla. El templo se daba ya prácticamente por terminado aunque todavía faltaran por completar algunos trabajos de ornamentación en el interior. Era la primera vez que, desde su fundación, el *Te Deum* no se celebraba en la iglesia conventual, ahora ya denominada por todos la *iglesia vieja*.

Una vez finalizados los oficios, Felipe II abandonó el lugar con una ostensible cojera producida por la gota. Lo hizo a través de uno de los portalones que daban al Patio de los Reyes, un amplio atrio llamado así por las seis grandes estatuas de piedra que había en la fachada representando a los monarcas que participaron en la construcción del Templo de Jerusalén. El rey iba acompañado por Antonio de Villacastín a su derecha y Miguel de Alaejos a su izquierda, prior desde hacía dos años.

En silencio, y seguidos por un reducido cortejo, se situaron en la fachada del patio donde se abría la pequeña puerta de entrada al convento. Una vez allí, dirigieron sus miradas hacia los muros que tenían enfrente y que pertenecían al colegio y al seminario. En el centro había un estrecho andamio que se elevaba hasta los tejados.

—Hoy, trece de septiembre de 1584, más de veintiún años después de que comenzaran los trabajos de construcción, se ha colocado la última piedra en lo que a cantería se refiere —le explicó Antonio de Villacastín al rey señalando uno de los sillares de la cornisa—. Hemos tallado en él una cruz, pero como desde aquí no se aprecia bien, los pizarreros han recreado una flecha en el tejado para indicar el punto donde se encuentra ese último sillar. Como vuestra majestad podrá advertir, han empleado piezas de distinto corte al habitual, lo que hace que se distingan sin dificultad.

Después de observar el lugar preciso que le indicaba el obrero mayor, Felipe II meneó la cabeza de arriba abajo dando su aprobación.

—No os dignasteis a acudir a la colocación de la primera piedra, pero este momento no os lo habéis querido perder —le achacó burlón el rey al de Villacastín.

—Entonces había mucho trabajo, majestad.

—Bobadas. El trabajo no era mucho, pues quedaba *todo* por hacer. Lo que ocurrió fue que no queríais perder el tiempo en un acto que, estabais convencido, no iba a llegar a ningún lado porque la construcción del monasterio os parecía inviable, una quimera.

—En absoluto, majestad. ¡Me ofendéis!

—Digo lo que pensé entonces y sigo pensando ahora —dijo ufano.

—Lo que sucede es que a mí no me gustan demasiado ese tipo de ceremonias. Si bien ya os advertí que no asistiría a la colocación de la primera, sí os aseguré que llegaría a la última.

—Veintiún años, fray Antonio. Han pasado veintiún años y ya gastáis una edad. Habéis vivido hasta hoy de chiripa, y porque Nuestro Señor aún nos debe de tener cierto aprecio —refunfuñó con gracia el monarca—, aunque a mí me haga menos caso que a vos, que esta gota me está matando.

—Quizá debierais permitir que os lleven en silla de mano.

—A partir de hoy así lo haré.

El séquito y algunos invitados se fueron repartiendo por aquella fachada lateral del Patio de los Reyes. Con paciencia y algún murmullo, todos esperaron a que Felipe II diera por concluido el acto antes de regresar a sus habitaciones en el palacio.

Una vez el rey abandonó el lugar, Julián de Tricio se dirigió a la entrada central del monasterio en compañía de quien le había sustituido como prior. Desde allí lanzó una mirada cariñosa hacia la cruz que coronaba el cimborrio de la basílica. El día que los obreros la fijaron fue el último que él había dormido en aquel convento.

—Te agradezco que me hayas invitado a la ceremonia —le dijo a Miguel de Alaejos—. Jamás pensé que echaría tanto de menos este sitio.

—Pues apenas ha pasado el tiempo —trató de animarle su

sucesor, algo más joven que él aunque no lo pareciera porque en sus cabellos ya lucían abundantes canas.

—Cada persona somos un mundo. Los hay que jamás extrañarán nada ni a nadie así pasen mil años, y los hay, como yo, que sentimos añoranza al cabo de un minuto. Así que te reitero mi gratitud.

—Era de ley que estuvieras presente, pues has sido prior durante más tiempo que ninguno de nosotros en cualquier otro convento. Y no solo por eso, que además te tocó lidiar con todos aquellos sucesos horribles de hace ocho años.

—Ciertamente lo fueron. El año 1575 ya se nos había atragantado, pero lo que ocurrió el siguiente fue un auténtico martirio porq… ¡Oh! ¿No es aquel José de Sigüenza? —preguntó señalando con la barbilla. El de Alaejos asintió—. ¿Qué hace aquí?

—También lo invité yo. Al fin y al cabo, continúa siendo el cronista oficial de las obras del monasterio, aparte de su bibliotecario…

—Te voy a dejar en su compañía, que yo tengo otros quehaceres que atender.

Julián de Tricio salió a la lonja y accedió al edificio del colegio donde subió escaleras, rodeó claustros y cruzó patios. Luego serpenteó por pasillos, galerías y pasadizos hasta llegar a una sala ricamente adornada. El muro que miraba al oeste medía más de cincuenta pasos de largo y no tenía ventanas. En él se representaban pintadas al fresco algunas batallas ganadas por los ejércitos españoles, entre ellas la de San Quintín. La estancia era absolutamente majestuosa. Al final de la misma, una mujer observaba los Jardines del Rey desde el último de los nueve balcones que se abrían a oriente. Llevaba un vestido de costosas telas con un hermoso brocado en el cuerpo. Su exquisito peinado lograba que cada uno de sus oscuros cabellos permaneciera inamovible en su lugar.

—Os estaba esperando, padre —le dijo con impaciencia al sentir que el antiguo prior se acercaba, aunque no desvió la mirada del jardín.

—Si estos van a ser vuestros modales, quizá no debería haber venido —se quejó con firmeza fray Julián—. La misiva que me hicisteis llegar era más cortés que vuestro recibimiento. Si he

acudido a esta misteriosa cita ha sido porque el papel, la caligrafía y las palabras utilizadas en la carta me hicieron pensar que una persona educada y distinguida, alguien que seguramente frecuentaba la corte, precisaba de mi consejo y ayuda. Por eso ahora me extraña vuestro desdén…

Entonces la mujer apartó la vista del balcón y enfrentó su rostro al del monje.

—Debéis disculparme, padre. Después de tanto tiempo estoy algo nerviosa —se justificó—. No sé si me reconocéis. Soy Ofelia.

El prior guiñó los párpados.

—¡Ofelia!… ¡Oh! ¡Qué gran sorpresa! —exclamó mirándola de arriba abajo—. Parece que la vida ha tratado de compensarte por aquellos malos tiempos que pasaste en las obras. A la vista está que lo que llevas encima no es ninguna bagatela —dijo cambiando el tono hacia uno más cariñoso mientras echaba un descarado vistazo a sus ropajes—. Y dime, Ofelia, ¿qué es lo que puedo hacer por ti?

—Otorgarme el perdón de Nuestro Señor, aparte de su bendición, pues tengo pecados que me impiden vivir con la alegría que creo merecer.

—Déjate de misterios, Ofelia. Si me has citado en la Sala de Batallas será porque, ¡Dios sabe cómo!, has ganado la suficiente influencia para que se te permita subir hasta aquí, privilegio del que no disfruta casi nadie.

—La manera de ganar esa influencia es justamente la que me quita el sueño y precisa de vuestra absolución. Aunque también es cierto que no toda la culpa ha sido mía, que parte la tiene quien quiere desposarme pero aún no lo ha conseguido.

—¿Tienes un pretendiente?

—Uno que, sin querer, me hizo concebir un hijo fuera del matrimonio.

—¿Sin querer? —se sorprendió sin poder evitar una sonrisa reprobatoria—. Ya será para menos, Ofelia, que la carne es débil. Algo pondrías de tu parte, que a eso pocas veces se le hace ascos cuando el hombre lo merece, a no ser que te forzara a…

—En absoluto, lo hice con los cinco sentidos… ¡Uy! —Se santiguó —. Por eso os he citado aquí, padre, para pediros que pongáis un

poco de orden en mi vida.

—Jamás negaría mi ayuda a una buena cristiana, mucho menos si se muestra arrepentida como pareces estarlo tú. Solo puedo decirte que estoy a tu disposición. ¿Cuándo quieres que nos veamos para facilitarte la confesión y recibir la penitencia?

—Permitid que antes os presente a la criatura.

Ofelia se alejó del balcón y desanduvo junto al prior el camino que conducía a las afueras del edificio. Una vez ganada la lonja del oeste, se dirigieron hacia el vértice que la unía con la del norte. Allí esperaba un carruaje de dos caballos. Un cochero uniformado ocupaba el pescante mientras un oficial del ejército sujetaba los animales de la cabezada. A un lado, quien parecía ser un joven lacayo aguardaba junto al coche.

Mientras acompañaba a Ofelia, Julián de Tricio recordó los ocho años que habían transcurrido desde aquellos terribles sucesos acaecidos en las obras. A los cinco asesinatos y los accidentes provocados por los hugonotes, había que añadir la aparición en la explanada de don Pedro Saldaña y el posterior duelo que le había costado la vida. Coincidía aquella muerte con el apresamiento, traslado y fuga de su acólito y recordado Tello del Saz. Curiosamente, el postulante había rechazado convertirse en novicio al confesar que soportaba sobre su conciencia grandes crímenes. Si tenía en cuenta que en su celda siempre había escondido una espada, el hombre tenía que ser un hábil espadachín. Por ello no fue extraño que se le acusara de varios crímenes y robos. No se había vuelto a saber nada de él desde el día en que fue rescatado por tres asaltantes embozados cerca de Galapagar cuando lo trasladaban a Sigüenza para ser juzgado.

El prior también recordó cómo unos días más tarde se recibieron dos noticias que se extendieron con rapidez por las obras: la primera contaba que el alférez Guzmán Martínez de la Osa había sido encontrado por uno de sus soldados en el Hospital General con un balazo en un costado que le iba a costar la vida de no producirse un milagro; la segunda se refería al muchacho llamado Gaspar, quien hacía diez días que había desaparecido del campamento de San Lorenzo el Real y que había sido hallado en aquel mismo hospital

con dos grandes heridas en la cabeza, desnutrido, deshidratado y presa de unas fiebres que, salvo intervención divina, se lo iban a llevar a los cielos.

No todas las novedades habían concluido con la localización de aquellos dos moribundos. Como si faltara un colofón para tanta desgracia, uno de los soldados de confianza del alférez llamado Damián había hallado el cadáver de Miguel de Almedilla en las cercanías de Madrid junto a dos carretas que un día antes habían partido de los sótanos del convento con destino al Alcázar. Aparte de recuperar las velas y la cera que transportaban, el militar descubrió que, escondidos entre la carga, se ocultaban alrededor de treinta mil reales en monedas de a ocho. Fue poco después cuando localizó al oficial en el hospital de Madrid. A partir de ese momento, los rumores se desataron tanto por las calles de la capital como a lo largo y ancho de la explanada. El célebre mercader se había destapado como el autor de un expolio a la Corona que Martínez de la Osa había evitado a costa de exponer su propia vida. El misterio posterior de la desaparición de su sobrina Ana no hizo más que aumentar las habladurías hasta convertir el asunto en leyenda.

Gaspar y Ofelia tardaron dos meses en regresar al campamento. Sin embargo, por ninguna de las dos bocas salió palabra alguna acerca de los autores del secuestro que había sufrido el muchacho. Y así estuvieron dos años, trabajando en la tasca de Constanza hasta que un buen día abandonaron el lugar sin dejar tras de sí noticia ni recado.

El mismo milagro que había rescatado de las garras de la muerte al muchacho fue el que conservó la vida del alférez. Poco después de que Gaspar y Ofelia llegaran al campamento lo hizo él a su cuartel. La recuperación de la pequeña fortuna esquilmada a la Corona le valió posteriormente un ascenso a capitán, pero, en contra de lo que todos supusieron, Martínez de la Osa no abandonó las obras para instalarse en Madrid, sino que decidió permanecer en San Lorenzo, y aún seguía allí. Aunque el prior había tratado de hablar con él en varias ocasiones de todo lo sucedido —incluso bajo secreto de confesión, que la curiosidad y la preocupación lo torturaban a partes iguales—, el oficial guardó silencio amparándose en que se

trataba de hechos delictivos que debían guardar discreción.

Imposibilitado para acceder a la verdad de lo ocurrido, y sospechando que las culpas de Tello del Saz podrían ser perdonadas por todo el bien que había hecho durante su estancia como postulante, Julián de Tricio trató de quitarse la espinita que tenía clavada en su conciencia y se empeñó en exculparle de aquellas barbaridades de las que se le acusaba para que quedara libre de cargos. Para ello, quiso hacer valer su influencia como prior del convento, como principal de la Orden jerónima y como hombre de confianza del rey, pero la justicia no estuvo por darle la razón ya que, acerca de la muerte de doña Inés Atance, solo quedaban sobre la mesa la palabra de un noble asesinado contra la de un fugitivo. Por su parte, el corregidor de Sigüenza y el teniente de la guarnición solo habían escuchado a través de la puerta los gritos del señor de Guijosa acusando del asesinato de su mujer a Tello del Saz. Así que no hubo forma de dejarlo libre de culpas. Quien fuera postulante continuaba siendo un huido de la justicia.

En esos pensamientos estaba enredado Julián de Tricio cuando llegaron adonde estaba el carruaje. Para entonces ya había distinguido que una de las personas que los aguardaba era el capitán Guzmán Martínez de la Osa. El militar le saludó con un gesto afable y luego se movió a un lado. El vuelco al corazón que le había producido Ofelia al presentarse ante él en la Sala de Batallas quedó en nada cuando Gaspar se adelantó un paso para besarle la mano. Aquel que parecía un lacayo no era otro que el muchacho ahora convertido en un joven alto y bien parecido que contaba más de veintiún años. Después de pasado tanto tiempo, Gaspar mantenía aquella sonrisa en los labios que daba vida a todo San Lorenzo el Real.

En tanto los dos amigos se dedicaban parabienes bajo la tierna mirada del capitán y Ofelia, la portezuela del coche se abrió para permitir que descendieran un hombre elegantemente vestido y un niño de apenas cinco años. Padre e hijo quedaron durante unos instantes observando el monasterio. Ante ellos se abría una lonja ya limpia de sillares, herramientas, grúas o carros tirados por bestias. El lugar estaba ahora delimitado con un murete rectilíneo y atravesado

por una cuadrícula formada por grandes baldosas de piedra que dejaban crecer la hierba entre ellas. De frente se erigían las fachadas de las tres impresionantes construcciones como si se tratara de una sola. Al hombre le resultaba sobradamente conocida la del convento, cuya copia casi exacta se había terminado en el extremo opuesto, aquel que siempre habían denominado como el edificio gemelo. Ambas entradas principales eran iguales, aunque la del convento condujera a las cocinas y a los sótanos, y la otra diera al recibidor del colegio. En cualquier caso, lo que le robó la atención y el habla fue el soberbio e imponente frontispicio de la basílica. Estaba presidido por una portada clasicista con ocho columnas colosales. Sobre ellas se contaban otras cuatro que sostenían el escudo de armas de Felipe II y una estatua de san Lorenzo junto al bajorrelieve de una parrilla. Coronando todo el conjunto había un hermoso frontón. Toda la fachada estaba adornada con sobriedad por hornacinas vacías, vanos ciegos, bolas de piedra y pirámides. Las únicas ventanas que se apreciaban eran las que, según se decía, permitían que entrara la luz del día a la mayor y más completa biblioteca del Imperio. En esos momentos, el hombre creyó identificar a José de Sigüenza asomándose a una de ellas.

—Jamás imaginé tanta grandiosidad y esplendor —se admiró el visitante en un susurro—. La última vez que estuve aquí apenas sobresalían los pilares de la basílica. Ni siquiera se habían comenzado a excavar los cimientos de la fachada entre los picos de las grúas…

—¿Decíais algo? —se interesó Julián de Tricio a su espalda.

—Padre prior… —saludó entonces dándose la vuelta y besando su mano.

La vida en la lonja pareció detenerse.

—Maldita sea… —murmuró Julián de Tricio—. Puedes quitarte la barba, vestirte como un caballero y haber engordado dos arrobas, pero tus ojos te incriminan, y tu voz… ¡Qué demonios! Todo tú te delatas, Tello del Saz —le acusó tratando de dominar un gesto de profunda alegría.

—Ahora soy Jorge Téllez, pero todos me conocen como maese Jorge, un digno comerciante de cera que hace seis años cerró un

acuerdo muy ventajoso con la Corona para proveer al Alcázar de las mejores velas blancas de todas las Españas —respondió con una sonrisa franca, pues también se alegraba de encontrarse con el prior.

—Me importa cien demonios quién seas y, a la vista está, cómo hayas llegado a obtener tantos dineros.

—No os ofusquéis, padre, que los he conseguido trabajando. Aunque admito que tuve una pequeña ayuda inicial de tres mil quinientos reales que Su Majestad me ofreció cuando arriesgué mi vida para recuperar aquello que le habían robado.

—Tello, por Dios, que nunca más se supo de ti y…

—*Maese Jorge*, padre, os lo ruego.

—Como quieras, pero bien sé que nunca se ofreció gratificación alguna por traer de vuelta lo escamoteado en aquel desfalco. Tan solo se tuvo noticia de que el alférez había entregado inopinadamente al Contador Real unos dineros que fueron sustraídos de las arcas de la Hacienda Real y que él había recuperado. Y si mi memoria no me miente, se habló entonces de una suma de treinta y un mil reales.

—Pues había tres mil y pico más que, sinceramente, consideré que yo podría utilizar para erigir una gran cerería en el centro de Madrid, un negocio que empleara y diera de comer a algunos menesterosos de buena ley y que, con la máxima calidad como bandera, cubriera de forma rápida las necesidades del Alcázar. Supuse que el rey, contento por disponer de unos dineros que no sabía que había perdido, y más aún por recuperarlos estando la Corona en bancarrota, me ofrecería tal posibilidad.

—No aventures, Tello.

—*Maese Jorge* —recalcó entonces Gaspar con gracia.

—Y con lo bonito que es soñar, padre… —remachó guiñándole un ojo a quien había sido su postulante.

El prior se dio por vencido. En verdad, tampoco le apetecía discutir después de tan agradable reencuentro.

—Y este hombrecito, ¿cómo se llama? —preguntó agachándose con dificultad para ver la carita del niño que se agarraba a la mano de su padre. Era un pequeño de apenas cinco años, moreno, de ojos negros como los de Ofelia y Tello, hermoso y sonriente como ella, y

desenvuelto como él, pues se le acercó con respeto pero sin intimidarse.

—Os presento a Baltasar, nuestro hijo.

Julián de Tricio no pudo evitar una mueca de ternura.

—Supongo que te habrá gustado tener un hermano —le dijo a Gaspar—, mucho más con ese nombre.

—Sin duda, padre —corroboró el joven alborotando los cabellos de su hermanastro.

El prior tomó de la mano a Tello y a Ofelia, y les sonrió con cariño.

—Ha sido una sorpresa muy grata.

—Para nosotros también —cumplió ella con un mohín gracioso de su nariz—, pero hay algo más que…

—Nos gustaría que nos acompañarais esta noche a cenar. Hay un magnífico mesón que ha abierto sus puertas hace poco detrás de las casas de oficios —sugirió Tello refiriéndose a las construcciones que se habían levantado más allá del murete que bordeaba la lonja—. Lo regenta Constanza, a la que a buen seguro le encantará recibirnos a todos.

—Es de agradecer vuestro empeño, pero no sé cuánto tiempo querrá robarme esta tarde Miguel de Alaejos. Trataré de escaparme del convento en cuanto me lo permita.

—El mesón es un lugar propicio para recibir sacramentos, pues detrás tiene unos jardines que dan a la que fue la iglesia de los laborantes.

—Si os corre tanta urgencia, puedo confesaros aquí mismo.

—Este no es lugar donde pueda casarnos, y allí sí —contestó Tello.

—¡Oh! ¡Tenías guardada otra sorpresa! —se alegró—. ¿Estás dispuesto entonces a emprender una nueva vida?

—La llevo persiguiendo desde hace mucho tiempo, padre; en verdad, desde que llegué a Santa María de Sisla. Luego hubo acontecimientos que me exigieron emplear virtudes que creía ya olvidadas. Pero desde que abandoné San Lorenzo, y esta vez más que nunca, con respecto a mi pasado: *nada sirve, nada importa, nada existe*.

Julián de Tricio acarició con ternura la mejilla de quien fuera su acólito.

—Buscaré una excusa para acudir a ese mesón. Nada me hará más feliz que consagrar vuestra unión ante Dios.

El antiguo prior se despidió de la familia y encaminó sus pasos hacia el convento.

—Espero verte esta noche, capitán —le dijo Tello mientras abría la portezuela del coche para que Ofelia y Baltasar subieran.

—No sé si debiera… —dudó Martínez de la Osa acercándose a él.

—Concédeme ese favor.

—Después de tanto tiempo, aún te cuesta aceptar que haga lo que me venga en gana —le espetó con una sonrisa sincera—. Deberías cerrar la boca y estarme agradecido. No en vano, hace ocho años te salvé de terminar colgado de una soga en la plaza mayor de Sigüenza.

—Recuerda que tú también me debes la vida cuando fui yo quien pagó sobradamente a los médicos para que te libraran de terminar en los infiernos.

—En realidad, a quien hay que agradecer que no os escaparais a los infiernos es a Damián —malmetió Gaspar con guasa—. Fue él quien os llevó hasta aquel hospital. De no haberlo hecho, nadie os habría curado el bolazo de plomo.

—Calla de una vez, que tú también estás en deuda conmigo —contraatacó Tello.

—¡Nunca lo he negado!, que nadie habría apostado dos maravedís a que me encontrarías con vida en aquellos arrabales llenos de mataderos, tenedores y mercachifles.

—Cerrad todos la boca —les ordenó Ofelia desde el coche—. Debemos abandonar la lonja si pretendemos que no nos reconozca nadie.

—Te espero esta noche, Martínez —le rogó Tello—. Si no me haces caso, te lo pedirá fray Julián o el nuevo prior, que tanto me da hablar con uno que con otro.

—Concedednos a todos este placer —le rogó Gaspar alzando las cejas y haciendo media reverencia.

Martínez de la Osa observó el rostro expectante de Ofelia a través de la ventanilla y resopló fingiendo hastío.

—Después de tanto tiempo, ¿qué queréis ahora los dos de mí?

—Tienes que ser testigo de nuestra boda —le anunció Tello mirándole sonriente a los ojos—. Además, lo único que te queda por hacer aquí es esperar a que termine la *jornada* real dentro de un par de meses. Pronto cumplirás los cincuenta, si es que no los tienes ya. Deberías pensar en abandonar el monasterio e instalarte en Madrid. ¡Eres todo un capitán! Cuarenta escudos dan para tener tu propia residencia y vivir sin grandes apreturas.

Martínez de la Osa desvió la vista hacia las baldosas que cuadriculaban la lonja para luego sonreír a la pareja.

—Te haces viejo, capitán —insistió quien fuera postulante.

—*Muy viejo* —remachó Gaspar con sorna.

—En eso estáis en lo cierto. Quizá sea el momento de emprender una nueva vida alejada del ejército. Se me ocurre que podría instalarme en Madrid y entrar al servicio de algún comerciante para ayudarle en sus negocios. No sé si tú conoces alguno que se ajuste a mis pretensiones…

—Difíciles son de conseguir… ¡Ponle una vela a san Lorenzo! —le aconsejó el antiguo soldado después de guiñarle un ojo y soltar una tremenda carcajada—. Uno nunca sabe lo que se puede encontrar después de que la cera se derrita.

Algete, abril de 2025

AGRADECIMIENTOS

Hay algunas personas que han empleado parte de su tiempo en conseguir que esta novela llegara a buen puerto. No dormiría tranquilo si no dejara aquí constancia de sus aportaciones y esfuerzo.

En primer lugar, quedo profundamente agradecido a Toni por haber confiado en mí, por su dedicación y entusiasmo a lo largo de todo el proyecto. Las palabras en este caso se quedan tan cortas que no soy capaz de encontrar la fórmula exacta para expresar mi gratitud, tanto a los consejos que me ha dedicado como a esa fe ciega que ha tenido en mi trabajo.

Además, también quiero destacar la labor que ha desarrollado de su mano el equipo de Penguin Random House para la publicación de esta novela. Han sido unos inmejorables compañeros de viaje realizando un cometido brillante a todos los niveles. Entre todos ellos, quedo en especial deuda con Susana, Anna y Sergio por su tiempo y las acertadas contribuciones que han servido para sortear las dificultades que íbamos encontrando en el camino.

Como colofón a este intenso esfuerzo que han desplegado las personas que integran Grijalbo, nada de todo esto hubiera sido posible sin el apoyo y la confianza en el proyecto de Carmen, cuyo gobierno en toda la travesía lo ha hecho llegar a buen puerto.

Esta novela habría tenido un demoledor déficit de ambientación si el padre Navas no me hubiese permitido visitar el convento donde se desarrolla esta historia y, sobre todo, no me hubiera paseado de arriba abajo por celdas, aulas, dormitorios, iglesias, sacristías, refectorios, salas, pasillos, escaleras, corredores, claustros, patios, jardines, cocinas, despachos, cantinas, almacenes y sótanos (y tantos otros lugares que ni el propio fray José de Sigüenza quiso detallar en el libro que escribió hace más de cuatrocientos cincuenta

años, y que ha sido una de las bases documentales que he utilizado).

Por su parte, Agustín Arias Martínez, coordinador del Aula Apícola de Azuqueca de Henares, me enseñó todo lo que debía tener en cuenta acerca del mundo de las abejas cuando volaban por los campos de Castilla allá por el siglo XVI. Nadie debería perderse la oportunidad de hacer una visita a la institución que tiene esta localidad alcarreña, a tiro de piedra de Guadalajara y a dos patadas de Madrid.

José Ramón Galán me echó una mano en lo que a armas de fuego del siglo XVI se refería. Fue breve pero intenso.

Miriam, José Luis, Ana, Victoria, Mon, Juan, Míchel y Luis me dedicaron su tiempo y sus valiosas opiniones sin pelos en la lengua.

También le agradezco a Concha su comprensión, su ayuda y su complicidad, cualidades que no le impiden de vez en cuando ponerme en mi sitio.

También debo reconocer la enorme paciencia de José Miguel Pahissa cuando, a la hora de comer, le relataba sin piedad mis tribulaciones de escritor.

Por supuesto, a Chavi, que siempre ha tenido tiempo para darme buenos consejos cuando las dudas me acechaban. El camino es más placentero cuando hay alguien que te enseña a llevar las riendas. ¡Lo que he aprendido! (y lo que me queda).

A Jesús le debo su amistad y su apoyo incondicional, aspectos que han sido fundamentales en mi trayectoria. Las mismas piedras de siempre, donde siempre, siempre.

¡Y qué decir de Ana y su desmesurado e incansable empeño por promocionarme por tierras gallegas! (o allá por donde ella caiga).

A los libreros, verdaderos pilares de la difusión de la lectura. Y a ti, lector, por otorgarme tu confianza y tu tiempo. Espero que hayas disfrutado de un rato agradable.

Es fácil perseguir sueños y conseguir metas si detrás te animan sin descanso un batallón de miembros del foro ¡¡Ábrete libro!! y del Club de Lectura Ciervo Blanco. Con ellos, no existe el desfallecimiento.

Pero sobre todas las cosas, lo que no tiene precio es el apoyo de

Victoria para construir una vida juntos en la que ha sabido preservar y reservar un espacio para mis necesidades literarias. Una generosidad impagable que no pocas veces lleva con cierta abnegación.

Por último, debo una mención muy especial para mi maestro Luis Timón, un referente en mi vida, porque siempre me animó a seguir adelante y se tuvo que ir sin ver cómo subía el siguiente escalón.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

Álvarez Turienzo, Saturnino, *El Escorial en las letras españolas*, Madrid, Editorial Patrimonio Nacional, 1985.

Bajo de Castro, Luis, *El hierro y la pólvora*, Editorial Círculo Rojo, 2022.

Bury, John, *Juan de Herrera y El Escorial*, Madrid, Editorial Patrimonio Nacional, 1994.

Castello, Fabricio, *El Escorial en construcción, 1576*, dibujo atribuido al autor, Hatfield House, colección Lord Salisbury.

Checa Cremades, Fernando, Matteo Mancini y Elena Vázquez Dueñas, *Los libros de entregas de Felipe II a El Escorial*, Madrid, Editorial Patrimonio Nacional, 2013.

Corral, José del, *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVI*, Madrid, Ediciones La Librería, 2002.

Esteban Piñeiro, Mariano, *Las medidas en la época de Felipe II. La uniformación de las medidas*, Artículo publicado en el Museo Virtual de la Ciencia del CSIC.

Fernández Álvarez, Manuel, *Felipe II y su tiempo*, Espasa Calpe, S. A., 1998.

Herrera, Juan de, *Tratado de Arquitectura y Máquinas de Juan de Herrera (Comentario de Luis Cervera Vera)*, Valencia, Patrimonio Ediciones, 1996.

Méndez de Torres, Luis, *Tratado breve de la Cultivación y Cura de las Colmenas. Ordenanzas de Colmenería de la Ciudad de Sevilla y su Tierra de 1586 (Edición crítica de José Ramón Guzmán Álvarez)*, Junta de Andalucía, Consejería de Agricultura y Pesca, 2006.

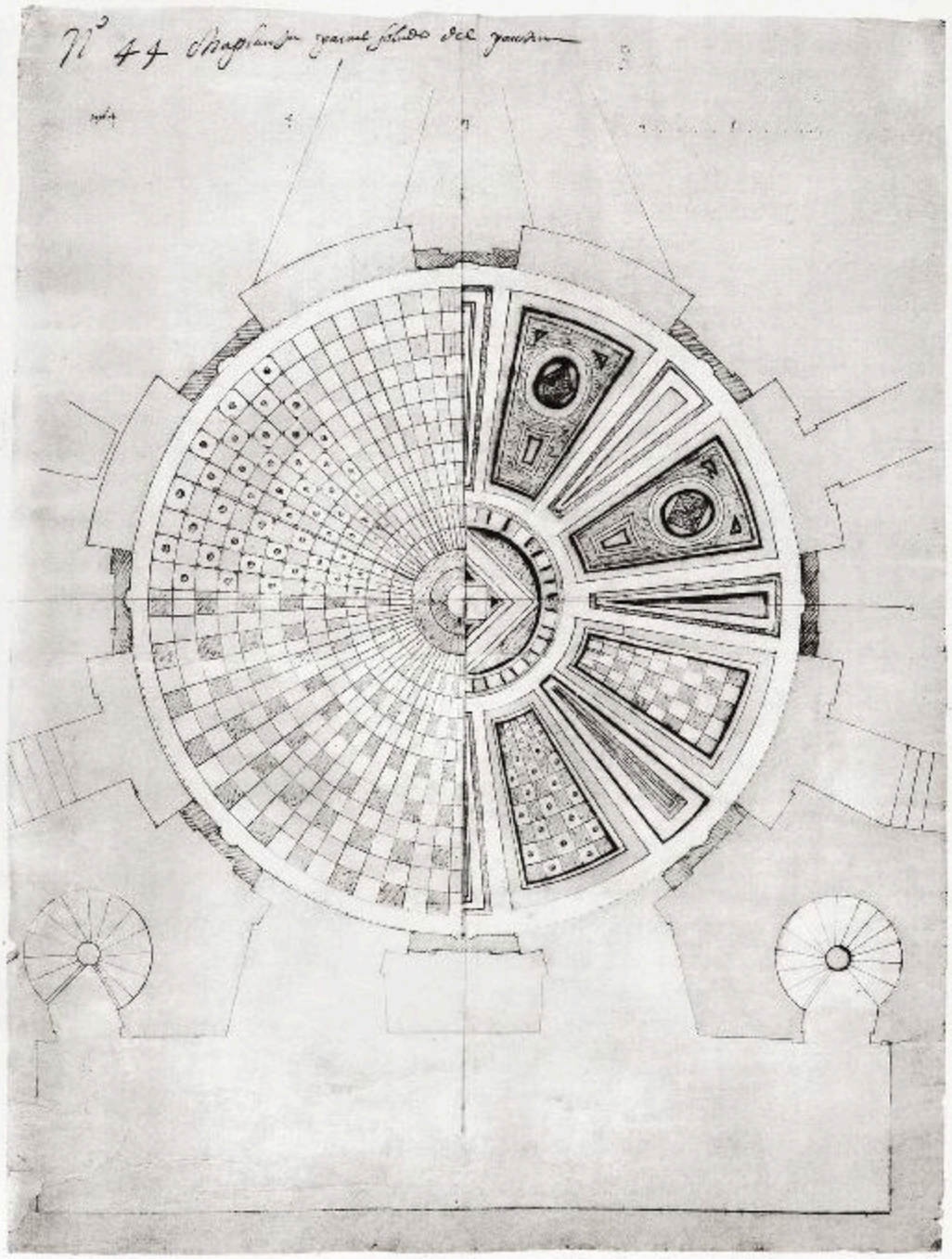
Modino de Lucas, Miguel, *Los priores de la construcción del*

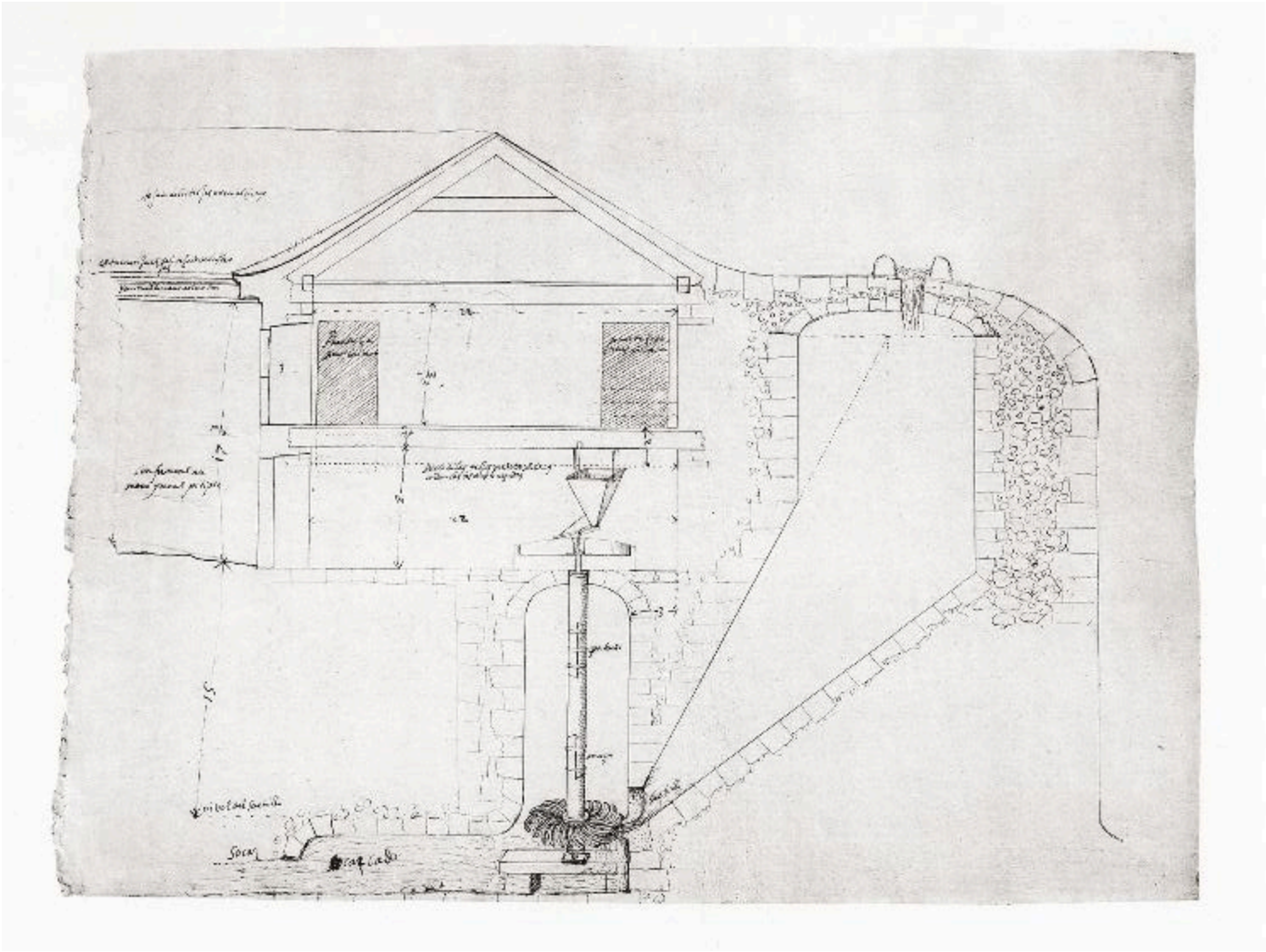
monasterio de El Escorial (Tomo I), Madrid, Editorial Patrimonio Nacional, 1985.
—, *Los priores de la construcción del monasterio de El Escorial (Tomo II)*, Madrid, Editorial Patrimonio Nacional, 1985.
Rincón Álvarez, Manuel, *Crónica de San Lorenzo de El Escorial, monasterio, pueblo y paisaje*, Madrid, Ediciones La Librería, 2019.
Sánchez, Gustavo, *El monasterio de El Escorial, curiosidades, anécdotas y misterios*, Madrid, Ediciones La Librería, 2018.
Sigüenza, José de, *Historia primitiva y exacta del Monasterio del Escorial*, Valladolid, Editorial Maxtor, 2003.
Vicuña, Carlos (O.S.A.), *Anécdotas de El Escorial*, Madrid, Ediciones Escurialenses, 2011.
VV. AA., *Monasterios de España (prácticas novedosas de los trabajadores del monasterio de El Escorial)*, Barcelona, Salvat Editores, 1993.

OTROS RECURSOS

Desmontando Madrid, espacio de televisión de Telemadrid, «Desmontando San Lorenzo del Escorial», programa emitido el 2 de noviembre de 2021.
Exposición del Centro de Recepción de Visitantes del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Vista del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial
desde el alto del Romeral entre Poniente y Norte.


N° 44



Javier Oliva (Madrid, 1965) es periodista y escritor. Amante de la Historia, con mayúsculas, y de las historias que se esconden tras las gestas de los héroes, lleva años dedicando gran parte de su tiempo libre a la literatura. Hasta el momento ha escrito siete novelas, con las que ha hecho viajar a los lectores a épocas lejanas y paisajes exóticos. *El laberinto de piedra*, publicado en Grijalbo, supone un paso adelante en su carrera: un apasionante thriller histórico ambientado en la construcción de la obra maestra del Renacimiento español, el monasterio de El Escorial.

[1] Personajes reales de la novela.
[2] Personajes reales de la novela.
[3] Personajes reales de la novela.
[4] Personajes reales de la novela.
[5] Personajes reales de la novela.
[6] Personajes reales de la novela.
[7] Personajes reales de la novela.
[8] Personajes reales de la novela.
[9] Personajes reales de la novela.
[10] Personajes reales de la novela.
[11] Personajes reales de la novela.
[12] Personajes reales de la novela.
[13] Personajes reales de la novela.

El Escorial en construcción, 1576,
dibujo atribuido a Fabricio Castello,
Hatfield House, colección Lord Salisbury.